Rodrigo Jiménez de Rada

Historia de los hechos de España

Alianza Universidad



Rodrigo Jiménez de Rada

Historia de los hechos de España

Introducción, traducción, notas e índices de
Juan Fernández Valverde

Alianza Editorial

Título original:
Historia de rebus Hispanie



Calle Milán, 38, 28043 Madrid; teléf. 200 00 45
ISBN: 84-206-2587-6
Depósito legal: M. 8479-1989
Compueste en Fernández Ciudad, S. L.
Impreso en Lavel. Los Llanos, nave 6. Humanes (Madrid)
Printed in Spain

A mis padres

JUSTIFICACION Y AGRADECIMIENTO

La *Historia de rebus Hispanie* o *Historia Gothica* de Jiménez de Rada es la obra cumbre de la cronística hispano-latina medieval. Por un lado supone la culminación y el compendio de una larga tradición que se remonta a varios siglos atrás y que se había ido configurando paso a paso, lentamente, a instancias de las sucesivas crónicas que, una tras otra, iban acrecentando la memoria histórica de los españoles de aquellos tiempos. Por otro lado, es el precedente inmediato y la fuente más directa de la *Primera Crónica General*, con la que nace la historiografía española en romance. A este doble valor hay que añadir su propia importancia como obra histórica, original e innovadora en muchos aspectos. Además, la arrolladora y polifacética personalidad de su autor —quizás el personaje histórico más relevante de la España del siglo XIII, sin contar los reyes— aumenta el interés que la obra ya tiene de por sí.

La necesaria y urgente revisión crítica que exigía tal crónica (téngase en cuenta que la última edición era de 1793) la emprendí hace años y fruto de ello ha sido una nueva edición crítica publicada en el volumen 72 del *Corpus Christianorum Continuatio Mediaevalis*. Pero, ahora y aquí, esa edición queda incompleta si no va acompañada de una traducción que la haga asequible. Este, y no otro, es el propósito de este libro.

En los largos años en que, con alguna interrupción, he trabajado sobre él, nunca me faltó el apoyo, el estímulo y la colaboración material de la Dra. Molinero, que, en gran medida, es responsable de que haya visto la luz. Mi agradecimiento ha de ser extensivo, por los mismos motivos, a los Profs. J. Gil y A. Ramírez de Verger.

Harvard University
Navidad de 1987

INTRODUCCION

DON RODRIGO JIMÉNEZ DE RADA

Los primeros datos sobre la vida de Rodrigo Jiménez de Rada, el Toledano [1], no atribuibles a su propia pluma o a los documentos oficiales de los que fue parte activa o pasiva, se deben a un oscuro monje de Santa María de Huerta, donde está enterrado el arzobispo. El monje Ricardo, que vivió por la misma época y «que debía ser el más aventajado en las letras que se usaban en aquel siglo, y más pío, escrivió unos coplones, que entonces se tenían por versos muy píos, y los puso en un pergamino clavado en una tabla» para que ilustraran la tumba del Toledano, laudatorios hasta la exageración y en un estilo propio de unos «tiempos donde se debía de leer poco en Virgilio, ni menos en Homero». Entre tanto encomio dejaba caer, desperdigados y esquemáticos, los principales hechos de la vida del ocupante del sepulcro: nace en Navarra, se cría en Castilla, estudia en Bolonia y París, es arzobispo de Toledo, va a Lyón, se entrevista con el Papa y muere en el Ródano, cuando regresaba a España, el 10 de junio de 1247 [2].

[1] El sobrenombre de Toledano se debe a su propia pluma, que en ocasiones se refiere a él mismo como *Rodericus Toletanus* o simplemente *Toletanus*, por su condición de arzobispo de Toledo.

[2] Al parecer el monje Ricardo vivió en la misma época que don Rodrigo. En mi edición de *De rebus Hispanie* (*CC. CM.* 72, págs. x-xii) transcribí la reproducción de estos versos que aparece en el códice Q.II.19 (s. xv) del monasterio de El Escorial, junto con las variantes de anteriores versiones.

Con el tiempo, los monjes de Huerta colocaron «una tabla brebe, escripta en romance o lengua vulgar», dando noticia de que allí estaba enterrado don Rodrigo. Entre 1557 y 1560, Fray Luis de Estrada, durante su primer mandato como abad del citado monasterio, sirviéndose de los archivos del cenobio compuso «una tabla en lengua bulgar questá colgada delante del sepulchro Sancto deste Señor, para mayor noticia de sus grandezas, la qual persevera en el mismo lugar siempre», en la que aportaba algunos datos más sobre la vida del Toledano, su enterramiento y escritos [3]. Esta tabla es la que reproduce, tomándola por Epitafio, Gil Gonçález Dávila en 1645, si bien en otro lugar suministra nueva información, como veremos más adelante [4].

Anterior a esta obra es el *Compendio historial de las chrónicas y universal historia de todos los Reynos de España*, de Estevan de Garibay, que introduce un par de datos de sumo interés, como también veremos [5]. Y en 1592 publicó en Toledo el P. Juan de Mariana la primera edición de su *Historia General de España* [6]. Mariana, que conoce la tabla de Estrada (v. XIII, 5), utiliza una nueva fuente de información para las noticias que sobre el Toledano irá dando, al hilo de su narración, entre los libros XI y XIII: «Todo esto consta de papeles de la su Iglesia de Toledo» (v. XI, 21). Además, por primera vez se ofrece relación de la familia de don Rodrigo.

Entre 1672 y 1696 Nicolás Antonio dio a la luz en Roma la primera edición de su *Bibliotheca Hispana Vetus*, en la que presentaba una nueva biografía del Toledano, siguiendo sobre todo a Garibay y Mariana [7]. También se basa en Mariana la que escribió J. Rodríguez de Castro, que añade las sucintas notas de Fabricio [8]. Pero, incluida ésta, todas son breves y esquemáticas.

---

3 Fray Luis de Estrada fue abad de Huerta en tres trienios distintos: 1557-1560, 1572-1575 y 1578-1581, año en que murió el 2 de junio nada más ser elegido su sucesor. El ms. que recoge la susodicha tabla lo publicó V. de la Fuente en la obra citada más abajo, en el apéndice XVIII, págs. 95-103. El ms. es de su último trienio, hacia 1580, pero en él dice que escribió la tabla «siendo Abbad mas mozo», esto es, entre 1557 y 1560. A Fray Luis de Estrada pertenecen todos los entrecomillados anteriores.

4 *Teatro eclesiástico de las iglesias metropolitanas y catedrales de los Reynos de las dos Castillas*, Madrid, 1645-1700; I, *...de Sigüenza*, págs. 157-159, y IV, *...de Osma*, págs. 34-37 (de esta última hay una primera edición en Salamanca en 1618).

5 Utilizo la segunda edición, Barcelona, 1628; la primera apareció en Amberes en 1571.

6 Utilizo la edición de Madrid, 1794-1795.

7 Utilizo la segunda edición, Madrid, 1783-1788, anotada por F. Pérez Bayer, vol. II, págs. 49-50.

8 *Biblioteca Española*, Madrid, 1786, vol. II, págs. 519-522.

Más completa fue la de J. Loperráez Corvalán en 1788, que publicó además «una tabla que está al pie de la urna sepulcral», posterior a 1660, y que sospecho que es ampliación y renovación de la de Estrada [9]. También es bastante completa la que dio a conocer el cardenal Lorenzana en las págs. xix-xxvi de su edición de las obras de Jiménez de Rada, y que, como veremos más adelante, aporta datos inéditos sobre las obras y el material de que dispuso el Toledano para redactarlas [10].

El 29 de junio de 1862, Vicente de la Fuente leyó en sesión pública de la Real Academia de la Historia su *Elogio del Arzobispo D. Rodrigo Jiménez de Rada y juicio crítico de sus escritos históricos*, obra que tiene más de lo primero que de lo segundo, pero que incluye un sabroso apéndice documental. En 1908, y también ante la Academia de la Historia, leyó E. Aguilera y Gamboa, Marqués de Cerralbo, una nueva biografía del Toledano, en la que, si bien iguala en sus loas a las del monje Ricardo, se detiene por primera vez en un intento de análisis de sus obras. Gran parte de ella está dedicada a una detalladísima descripción del monasterio de Huerta [11].

Hasta 1925 no se produce la primera aproximación racional a la figura del Toledano, partiendo de un sobrado estudio de la documentación de sus hechos. Fue su autor J. Gorosterratzu, redentorista y vasco, que, pese a todo, se deja llevar por el enamoramiento de la figura de su biografiado y por la pasión hacia su tierra vasco-navarra y cae en el error de intentar justificar toda actuación de aquél. Pero es el estudio más completo de la vida del Toledano, y su apéndice documental de las bulas papales, sumamente útil [12]. Un año más tarde, en 1926, E. Estella ofrece otro buen relato de la vida de Jiménez de Rada [13], acuciando su sentido crítico hacia la obra de Gorosterratzu a causa de un par de puntadas que éste dedicó en su libro al Archivero de la Catedral de Toledo, que no era otro que Estella, por poner impedimentos a su labor investigadora. En 1943, M. Ballesteros Gaibrois dio a conocer una obra divulgadora sobre D. Rodrigo [14], demasia-

---

[9] *Descripción histórica del Obispado de Osma*, vol. I, Madrid, 1788, páginas 195-208.

[10] v. la n. 68 de esta Introducción.

[11] *El Arzobispo D. Rodrigo Ximénez de Rada y el Monasterio de Santa María de Huerta*, Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del excelentísimo Sr. D. ... el 31 de mayo de 1908.

[12] *Don Rodrigo Jiménez de Rada, gran estadista, escritor y prelado*, Pamplona, 1925, con gran apéndice documental. Su reseña la hizo A. Pérez Goyena en «Boletín histórico», *Razón y Fe*, 74 (1926), págs. 403-412.

[13] «El fundador de la Catedral de Toledo», en *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, VIII (1926), págs. i-vi, 1-107.

[14] *Don Rodrigo Jiménez de Rada*, Barcelona, 1943. Creo que hay ediciones anteriores, de 1936 y 1940.

do apegada a los dos últimos, incluidos sus elogios. Por último, Hilda Grassotti publicó el más serio trabajo sobre la figura del Toledano que ha aparecido hasta la fecha, aunque limitado a un par de aspectos [15].

Con todo esto, y siguiendo sobre todo a Gorosterratzu, voy a dar una breve relación de la vida de nuestro hombre, fijándome en sus hechos más notables y despegándome un poco de tanta balumba de documentos como utilizan los últimos estudiosos, y que a veces impiden ver con claridad.

Aunque algunos la sitúan en 1180, la mayoría de los autores coincide en que Rodrigo Jiménez de Rada, el Toledano, nació en 1170 en Puente la Reina, Navarra [16], en el seno de una noble familia formada por navarros y castellanos; así, su abuelo paterno fue Pedro Tizón de Cadreita (o de Rada), que tan destacada intervención tuvo en la elección de Ramiro II el Monje como rey de Aragón [17]; su padre, Jimeno Pérez de Rada (o de Cadreita), que casó con Eva de Finojosa, hija de Sancha Gómez, entroncada con la casa real navarra, y de Miguel Muñoz de Hinojosa, un héroe legendario de Castilla. Eva de Finojosa, hermana de San Martín de Hinojosa, era señora de Bliecos y Boñices, en Soria. La procedencia castellana de su madre tendrá posteriormente una gran influencia en la vida de Rodrigo, que tuvo por hermanos a María, Bartolomé, Miguel y Pedro.

La casa solariega de esta ilustre familia estaba situada en el castillo de Rada, en la vega navarra de Marcilla, lugar de tan estratégica importancia que, años después de la muerte de Rodrigo y una vez extinguida la descendencia masculina directa de la familia, fue adquirido por la casa real navarra para evitar posibles amenazas de cualquier nuevo propietario poco de fiar. Acabó por ser destruido en 1455. Pero no fue en este castillo donde transcurrieron los primeros años de la vida de Rodrigo, sino en la corte de Sancho VI el Sabio de Navarra, donde su padre era un influyente personaje. Navarra estaba entonces en pleno conflicto con Castilla [18], pero pese al ambiente bélico que allí se respiraba, Rodrigo se inclinó hacia las letras. Algo tendrían

[15] «Don Rodrigo Ximénez de Rada, gran señor y hombre de negocios en la Castilla del s. XIII», en *Cuadernos de Historia de España*, LV-LVI (1972), páginas 1-302. En la pág. 2 califica las obras de Gorosterratzu y Estella como «incompletas, ditirámbicas y contradictorias».

[16] Gorosterratzu, *op. cit.*, págs. 14-19, quiere, pero no puede, demostrar que nació en el castillo de Rada.

[17] v. el relato que de este hecho hace su nieto en VII, ii.

[18] v. VII, xxxii-xxxiii.

que ver en ello su tío San Martín (monje cisterciense, primer abad de Santa María de Huerta, adonde regresó tras desempeñar seis años el obispado de Sigüenza), y el obispo de Pamplona, Pedro de París, que fue quien debió de influirle definitivamente en su decisión de proseguir estudios superiores.

Pero no era posible llevar a cabo esto en España. Aunque en las catedrales de la península se habían formado escuelas a raíz de la recomendación que a este propósito se hizo en el III Concilio de Letrán, aún distaba mucho de poder hablarse de una Universidad en España. Por aquel entonces, un *Studium generale* requería tres condiciones: que admitiera estudiantes de todas partes, y no sólo del lugar donde estaba radicado; que tuviera por lo menos una de las tres facultades principales (Teología, Derecho o Medicina); y que la enseñanza fuera impartida por un número considerable de Maestros o, al menos, por varios de ellos. A comienzos del siglo XIII había en Europa tres *Studia* a los que se podía dar este nombre: París, para la Teología y las Artes, Bolonia, para el Derecho, y Salerno, para la Medicina, siendo las dos primeras casi las únicas universidades originales, pues las demás, en su inmensa mayoría, se van a crear a partir de alumnos y Maestros desgajados de ellas dos [19].

A esta carencia de centros españoles de enseñanza superior se unía el desolador ambiente cultural cristiano y el abrumador dominio intelectual árabe en la península. Y Rodrigo, siguiendo la costumbre de las familias nobles navarras de enviar a sus hijos a estudiar al extranjero, marcha primero a Bolonia y luego a París, dos lugares, aparte de lo ya dicho, con los que Navarra estaba muy relacionada: en Bolonia tenía el monasterio de Roncesvalles la encomienda de la parroquia de Santa María de Mascarela, y en París se creará años más tarde el Colegio de Navarra. Rodrigo debió de estar unos cuatro años en cada una de ellas, a partir de 1195. No se sabe con certeza qué estudió, aunque es de imaginar que cursara Derecho Canónico en Bolonia (aún bajo el influjo del *Decreto* de Graciano) y Teología en París, donde alcanzaría el grado de *Magister Theologiae* [20]; pero nada más se sabe con exactitud, salvo que en 1201, y por razones que se desconocen, hizo Rodrigo testamento en París, siendo éste el primer documento que se conserva de él. Traducido dice así:

---

[19] v. la Introducción del vol. I de *The Universities of Europe in the Middle Ages*, de H. Rashdall, Oxford, 1895.

[20] Sobre la situación de estas dos Universidades en aquella época, además del citado vol. I de H. Rashdall, pueden consultarse: A. Sorbelli, *Storia della Università di Bologna*, vol. I, Bolonia, 1944, y P. Ferret, *La Faculté de Théologie de Paris*, vol. I, París, 1894.

«Que sepan todos, tanto los de ahora como los venideros, que yo, Rodrigo Jiménez, he decidido ser enterrado en Huerta, y esto lo he ratificado con un juramento. Así, si muriere en España, que nadie se atreva a negar mi cuerpo a los monjes del citado monasterio, cuando lo pidan, incluso si yo llegare a ser prelado. Hago esta promesa en París, a 24 de Abril del año 1201 de la Encarnación del Señor. Y para que no se le pueda tener por írrito, lo rubriqué con mi propia mano y le puse mi propio sello» [21].

De este documento se pueden deducir varios hechos. Primero, que ya era diácono, pues sólo así se podía llegar a ser obispo, aparte de aprovechar las facilidades que los eclesiásticos tenían para acudir a otros países a ampliar conocimientos. En segundo lugar, que ya por entonces vislumbraba, o tenía claras, sus posibilidades de llegar a ser obispo. Sin duda, hay algún dato de su vida, alguna amistad importante, alguna promesa anterior que desconocemos. Si no, hay que pensar que Rodrigo se sentía llamado a altas misiones o, con otras palabras, que poseía una enorme ambición. Porque desde el momento en que vuelve de Francia su carrera es meteórica, como veremos en seguida.

Por otro lado, me parece que su estancia en el extranjero fue decisiva para su evolución posterior en todos los aspectos. Desde la lejanía de Bolonia y París, asistiendo a las lecciones de los más afamados maestros de la época, rodeado de compañeros de toda Europa, viviendo el mundo cultural de dos ciudades cosmopolitas, debió de ver a España en sus justas dimensiones: dividida en cinco reinos cristianos que dedicaban más sus energías a luchar unos contra otros que a continuar los combates contra los musulmanes que ocupaban casi la mitad sur de la península. Y con una pobrísima vida intelectual fiada más a las personas que a los estados. Y entre éstos, el reino con menor posibilidad de expansión era el suyo, Navarra, ahogado entre el de Aragón y el que encarnaba un mayor vigor y lozanía: Castilla. Alguna idea debió de pasar por su mente, algo repito, que se nos escapa. Pero lo cierto es que Rodrigo, tras regresar a Navarra o a Castilla —que esto está en duda— entre 1202 y 1204, aparece en el lugar justo y en el momento preciso.

Alfonso VIII, el rey de Castilla, andaba desde tiempo atrás madurando la idea de lanzar una formidable operación contra los almohades, tanto para vengar la derrota que había sufrido en Alarcos en 1195 como para abrir los pasos de Sierra Morena. Pero para poder actuar

[21] Lo publica De la Fuente en el apéndice XVIII, págs. 97-98, dentro de la vida de don Rodrigo escrita por Fray Luis de Estrada. Se puede leer perfectamente en la fotografía que se publica en la pág. iii del libro de Gorosterratzu.

con total libertad tenía antes que eliminar sus problemas con los otros reyes cristianos. Ese fue el objetivo de la paz firmada en Guadalajara el 29 de octubre de 1207 con Sancho VII de Navarra. Garibay es quien aporta el dato: «...siendo el que en la concordia de los Reyes más trabajó don Rodrigo Ximénez Arzobispo de Toledo, que en el año siguiente ascendió a la primacía de las Españas, y Açobispado de Toledo» [22]. Era la persona adecuada para facilitar tal acuerdo. Ya hemos visto la buena posición que disfrutaba su familia paterna en la corte navarra, y la de su madre le debió de abrir las puertas de la castellana. Su padre, Jimeno Pérez, fue escogido por Alfonso VIII como uno de los fiadores de castillos que se entregaron como prendas de aquel acuerdo. Y él en particular le cayó tan en gracia al rey de Castilla que ya no se separó de él nunca más. Su entrada y ascendiente en la corte castellana no dejó de sorprender a los antiguos historiadores. Así se expresa Mariana: «Las raras virtudes y buena vida, y la erudición singular para en aquellos tiempos hicieron que sin embargo que era extranjero, subiese a aquel grado de honra y a aquella dignidad tan grande; y porque las treguas entre los Reyes se concluyeron en gran parte por su diligencia, tenía ganada la gracia de los Príncipes, y las voluntades de la una y de la otra nación» [23]. A partir de ese momento se convierte en consejero de Alfonso VIII, que no va a tardar en promocionarlo.

En ese mismo año de 1207 murió en Francia Diego de Aceves, obispo de Osma, a cuya sombra se había forjado el futuro Santo Domingo de Guzmán. Alfonso VIII solicitó al cabildo de Osma que eligiera a Rodrigo como sucesor, hecho que ocurrió en el mismo año o el siguiente. Pero no llegaría a ser consagrado. El 28 de agosto de 1208 fallecía Martín López de Pisuerga, arzobispo de Toledo, y antes de que se cumplieran los tres meses de que el cabildo disponía para elegir sucesor, lo hizo en la persona de don Rodrigo por unanimidad de los compromisarios: el deán, el maestrescuela y tres canónigos. Su confirmación la firmó Inocencio III el 13 de marzo de 1209. Todavía no era sacerdote cuando ocurrió su elección, y posiblemente fuera su tío San Martín quien lo ordenó con posterioridad.

Los primeros años como pastor de la diócesis toledana los pasa adaptándose a su nuevo cargo. Pronto tiene que intervenir en problemas de las diócesis sufragáneas y en los inevitables pleitos que surgen entre los monasterios. Pero ya en ese mismo año de 1209 aparece la primera llamada papal a la lucha contra los árabes. La bula de Inocencio III de 16 de febrero pide al arzobispo de Toledo que

---

[22] II, lib. xii, cap. xxxi, f. 146 a.
[23] XI, 21.

«Que sepan todos, tanto los de ahora como los venideros, que yo, Rodrigo Jiménez, he decidido ser enterrado en Huerta, y esto lo he ratificado con un juramento. Así, si muriere en España, que nadie se atreva a negar mi cuerpo a los monjes del citado monasterio, cuando lo pidan, incluso si yo llegare a ser prelado. Hago esta promesa en París, a 24 de Abril del año 1201 de la Encarnación del Señor. Y para que no se le pueda tener por írrito, lo rubriqué con mi propia mano y le puse mi propio sello» [21].

De este documento se pueden deducir varios hechos. Primero, que ya era diácono, pues sólo así se podía llegar a ser obispo, aparte de aprovechar las facilidades que los eclesiásticos tenían para acudir a otros países a ampliar conocimientos. En segundo lugar, que ya por entonces vislumbraba, o tenía claras, sus posibilidades de llegar a ser obispo. Sin duda, hay algún dato de su vida, alguna amistad importante, alguna promesa anterior que desconocemos. Si no, hay que pensar que Rodrigo se sentía llamado a altas misiones o, con otras palabras, que poseía una enorme ambición. Porque desde el momento en que vuelve de Francia su carrera es meteórica, como veremos en seguida.

Por otro lado, me parece que su estancia en el extranjero fue decisiva para su evolución posterior en todos los aspectos. Desde la lejanía de Bolonia y París, asistiendo a las lecciones de los más afamados maestros de la época, rodeado de compañeros de toda Europa, viviendo el mundo cultural de dos ciudades cosmopolitas, debió de ver a España en sus justas dimensiones: dividida en cinco reinos cristianos que dedicaban más sus energías a luchar unos contra otros que a continuar los combates contra los musulmanes que ocupaban casi la mitad sur de la península. Y con una pobrísima vida intelectual fiada más a las personas que a los estados. Y entre éstos, el reino con menor posibilidad de expansión era el suyo, Navarra, ahogado entre el de Aragón y el que encarnaba un mayor vigor y lozanía: Castilla. Alguna idea debió de pasar por su mente, algo repito, que se nos escapa. Pero lo cierto es que Rodrigo, tras regresar a Navarra o a Castilla —que esto está en duda— entre 1202 y 1204, aparece en el lugar justo y en el momento preciso.

Alfonso VIII, el rey de Castilla, andaba desde tiempo atrás madurando la idea de lanzar una formidable operación contra los almohades, tanto para vengar la derrota que había sufrido en Alarcos en 1195 como para abrir los pasos de Sierra Morena. Pero para poder actuar

---

[21] Lo publica De la Fuente en el apéndice XVIII, págs. 97-98, dentro de la vida de don Rodrigo escrita por Fray Luis de Estrada. Se puede leer perfectamente en la fotografía que se publica en la pág. iii del libro de Gorosterratzu.

con total libertad tenía antes que eliminar sus problemas con los otros reyes cristianos. Ese fue el objetivo de la paz firmada en Guadalajara el 29 de octubre de 1207 con Sancho VII de Navarra. Garibay es quien aporta el dato: «...siendo el que en la concordia de los Reyes más trabajó don Rodrigo Ximénez Arzobispo de Toledo, que en el año siguiente ascendió a la primacía de las Españas, y Açobispado de Toledo» [22]. Era la persona adecuada para facilitar tal acuerdo. Ya hemos visto la buena posición que disfrutaba su familia paterna en la corte navarra, y la de su madre le debió de abrir las puertas de la castellana. Su padre, Jimeno Pérez, fue escogido por Alfonso VIII como uno de los fiadores de castillos que se entregaron como prendas de aquel acuerdo. Y él en particular le cayó tan en gracia al rey de Castilla que ya no se separó de él nunca más. Su entrada y ascendiente en la corte castellana no dejó de sorprender a los antiguos historiadores. Así se expresa Mariana: «Las raras virtudes y buena vida, y la erudición singular para en aquellos tiempos hicieron que sin embargo que era extranjero, subiese a aquel grado de honra y a aquella dignidad tan grande; y porque las treguas entre los Reyes se concluyeron en gran parte por su diligencia, tenía ganada la gracia de los Príncipes, y las voluntades de la una y de la otra nación» [23]. A partir de ese momento se convierte en consejero de Alfonso VIII, que no va a tardar en promocionarlo.

En ese mismo año de 1207 murió en Francia Diego de Aceves, obispo de Osma, a cuya sombra se había forjado el futuro Santo Domingo de Guzmán. Alfonso VIII solicitó al cabildo de Osma que eligiera a Rodrigo como sucesor, hecho que ocurrió en el mismo año o el siguiente. Pero no llegaría a ser consagrado. El 28 de agosto de 1208 fallecía Martín López de Pisuerga, arzobispo de Toledo, y antes de que se cumplieran los tres meses de que el cabildo disponía para elegir sucesor, lo hizo en la persona de don Rodrigo por unanimidad de los compromisarios: el deán, el maestrescuela y tres canónigos. Su confirmación la firmó Inocencio III el 13 de marzo de 1209. Todavía no era sacerdote cuando ocurrió su elección, y posiblemente fuera su tío San Martín quien lo ordenó con posterioridad.

Los primeros años como pastor de la diócesis toledana los pasa adaptándose a su nuevo cargo. Pronto tiene que intervenir en problemas de las diócesis sufragáneas y en los inevitables pleitos que surgen entre los monasterios. Pero ya en ese mismo año de 1209 aparece la primera llamada papal a la lucha contra los árabes. La bula de Inocencio III de 16 de febrero pide al arzobispo de Toledo que

[22] II, lib. xii, cap. xxxi, f. 146 a.
[23] XI, 21.

anime a Alfonso VIII a ayudar a la empresa que promueve Pedro II de Aragón. No será así, porque, como hemos visto, el rey de Castilla tiene su propio plan y con ese fin acuerda paces con el rey de León, su primo Alfonso IX, en Valladolid el 27 de junio. También es en ese año cuando se inician las obras del Palacio de los Arzobispos Toledanos en Alcalá de Henares. Y a fines de 1209 o principios de 1210, realiza don Rodrigo su primer viaje a Roma. Le llevan allí, como ocurrirá casi siempre, algunos pleitos que mantiene con diócesis vecinas, y su primer paso en uno de los grandes objetivos de su vida: lograr el reconocimiento de la Primacía de la sede de Toledo sobre toda la península. Es de suponer que también entonces fuera consagrado obispo por el Papa.

En 1210 expiraban las treguas de diez años firmadas por Alfonso VIII con los musulmanes. Ya tiene las manos libres para su empresa. Empieza a pedir ayuda al Papa y a solicitarle la declaración de cruzada con todos los beneficios que ello comportaba. Se envían mensajeros al extranjero a propagarla. A don Rodrigo le correspondió ir a Francia, donde sólo tuvo algún éxito en el sudeste. El viaje lo hizo a fines de 1211. Antes, en julio, emprendió su segunda gran construcción: la Colegiata de Talavera para la formación del clero toledano.

Don Rodrigo Jiménez de Rada regresó a Toledo en la primavera de 1212. Lo que sucedió desde ese momento hasta el final de la batalla de Las Navas de Tolosa a mediados de julio lo cuenta él mejor que nadie en el libro VIII de la crónica. También en ese libro se pueden seguir los principales hechos que se desarrollaron hasta el 6 de octubre de 1214, fecha de la muerte de Alfonso VIII, de quien fue «su confesor y amigo querido de los últimos tiempos» [24]. Las atenciones que prestó en los últimos momentos al moribundo rey le granjearon la donación de la villa de Talamanca por su sucesor, Enrique I, a los seis días de la muerte de aquél.

Seguramente fue durante los dos años que mediaron entre la batalla de Las Navas de Tolosa y la muerte del rey cuando se creó la Universidad de Palencia, aunque algunos afirman que fue unos años antes. Ya hemos dicho que a raíz del III Concilio de Letrán las escuelas catedralicias fueron apareciendo en España. En Palencia, que era el centro de mayor preocupación por el saber, se mejoró la escuela que ya existía, y a principios de siglo había allí algunos maestros extranjeros. Por lo tanto, no se trataba de una creación *ex nihilo*, pues «cuando decimos que Alfonso VIII de Castilla fundó el Estudio General de Palencia en 1212, Alfonso IX de León el de Salamanca

[24] J. González, *El Reino de Castilla en la época de Alfonso VIII*, I, Madrid, 1960, pág. 10.

en 1215 (...), se entiende que los reyes se apresuraron a favorecer estudios ya existentes»[25].

Fue el P. Mariana quien atribuyó a Jiménez de Rada la idea de esa creación: «En el tiempo que las treguas duraron con los Moros[26], a persuasión del Arzobispo Don Rodrigo se fundó una Universidad en Palencia por mandato del Rey y a sus expensas para la enseñanza de la juventud en letras y humanidad: ayuda y ornamento de que solo hasta entonces España carecía a causa de las muchas guerras que los tenían ocupados. De Italia y de Francia con grandes premios y salarios que les prometieron traxeron cathedraticos para enseñar las facultades y ciencias». También atribuyen al Toledano la paternidad de la idea Lorenzana, Aguilera, Gorosterratzu y Sánchez-Albornoz, entre otros. El propio Toledano relata esa creación en VII, xxxiiii, pero nada dice de que fuera idea suya. Lo más posible es que no lo fuese, aunque es de suponer que, por su estancia en Bolonia y París, acogiera favorablemente el proyecto y lo ayudara en lo que pudiera. H. Rashdall[27] la atribuye a D. Tello, el obispo de Palencia, e insiste en que el papel de Alfonso VIII consistió en invitar a Maestros de las escuelas más famosas, sin duda París y Bolonia, a que fueran a Palencia a enseñar, fijándoles una retribución, que no sería suficiente ya que el Tudense afirma[28] que D. Tello utilizaba las tercias eclesiásticas para pagar a esos maestros. De esto se puede deducir que la crisis a la que alude el Toledano en el citado capítulo ocurrió durante el reinado de Enrique I, cuando los Laras confiscaron esas tercias, y que sería el momento que aprovechó Alfonso IX de León para crear la Universidad de Salamanca, confirmada más tarde por Fernando III en 1243[29].

No fueron fáciles los tres años escasos del reinado del jovencísimo Enrique I. Don Rodrigo, albacea del testamento de Alfonso VIII en cuanto que arzobispo de Toledo, cumple con su cometido. Pero las turbulencias que desatan los Núñez de Lara le recortan su influencia al tomar partido, como era de suponer, por la reina Berenguela. Además, en 1215 tuvo lugar un acontecimiento que ha hecho correr ríos de tinta como si del ser o no ser de España se tratara. En noviembre de ese año se celebró en Roma el IV Concilio de Letrán. El Papa Inocencio III quiso aprovechar la estancia en Roma de los obispos españoles para intentar llegar a una solución en el largo contencioso de la Primacía. El problema no era sólo protocolario. Antes de la

---

25 A. Jiménez, *Historia de la Universidad Española*, Madrid, 1971, pág. 44.

26 Hubo treguas antes y después de la batalla de Las Navas de Tolosa. Mariana (XI, 22) fecha en 1209 la creación de la Universidad.

27 *op. cit.*, II, i, pág. 66.

28 pág. 109.

29 v. J. González, *op. cit.*, págs. 631-635.

invasión de los árabes había un solo primado en la península con jurisdicción sobre todo el reino visigodo, que incluía también la provincia de Narbona. Ahora, cada reino pretendía tener su primado: el de Portugal, en Braga; el de León, en Santiago de Compostela; y el de Aragón, en Tarragona. La pretensión de los arzobispos de Toledo, y de don Rodrigo en particular, de que la primacía de Toledo fuera reconocida por todas las demás, implicaba una maniobra de largo alcance: el primado conseguiría así un poder considerable, pues sus decisiones, por ejemplo, los nombramientos de obispos, trascenderían las fronteras de los reinos. Como es lógico, a esto se oponían los otros primados, que a su vez la reclamaban como suya aduciendo diversas razones.

El 8 de octubre, antes de la apertura del Concilio, y con permiso del Papa, se trató la cuestión en un salón del Palacio de Letrán, con asistencia de los prelados que ya habían llegado para participar en el Concilio [30]. La actuación de don Rodrigo debió de ser una sensación para los asistentes. Todos los cronistas coinciden en señalar que «para los que estaban presentes (...) se enterassen del derecho que tenia, despues de haver informado en lengua latina (...) dio razon de su causa en las lenguas Española, Alemana, Francesa, Italiana e Inglesa [31], por ser en todas con excelencia practico» [32]. También los obispos de otros países se debieron de quedar impresionados. Siglos más tarde el abad Darras lo resumía así: «L'année 1215, avec le concile de Latran, procura une gloire toute pure à l'Espagne, en mettant en lumière aux yeux du monde entier un des hommes les plus remarquables parmi les plus grands qu'elle ait jamais produits» [33]; y en la página siguiente le llama «un des hommes plus savants de son siècle». Sin embargo, Rohrbacher señala: «Mais avec une connaissance si mereveilleuse des langues, Rodrige commit quelques mèprises historiques pour le détail de son affaire» [34].

La solución del problema se aplazó hasta proveer más información, y nunca alcanzó un acuerdo terminante, pese a que Jiménez de Rada consiguió una tras otra las bulas que pretendía, pero que eran sistemáticamente contestadas por los otros arzobispos.

Hoy está fuera de toda duda la asistencia de don Rodrigo al Concilio. Sin embargo, durante años se ha negado con obcecación. La razón es muy simple. En 1593 publicó García de Loaysa unas pretendidas actas del Concilio en las que ponía en boca de don Rodrigo que la

---

[30] Rohrbacher, *Histoire Universelle de l'Eglise Catholique*, ed. de 1882, VII, lxxi, pág. 382.

[31] Otros añaden el navarro o vasco.

[32] Gonçález Dávila, *...de Osma*, pág. 35, citando a García de Loaysa.

[33] J.-E. Darras-J. Bareille, *Histoire de l'Eglise*, París, 1881, XXVIII, pág. 286.

[34] *loc. cit.*

predicación de Santiago en España, argumento máximo del arzobispo compostelano, eran cuentos de beatas y monjas. A consecuencia de esto, Baronio modificó su primera afirmación sobre la venida de Santiago a España. Clemente VIII rectificó el Breviario Romano introduciendo las palabras *traditio est*, «dice la tradición». La protesta española, con intervención real, fue inmediata, logrando una nueva modificación que nadaba entre dos aguas. Pero los extranjeros afirmaron a partir de entonces que Santiago no predicó en España, mientras que los españoles, heridos en lo más profundo de su catolicismo, insistían en la apocrifidad de las actas de Loaysa. Así siguieron las cosas hasta que a algún español, cortando por lo más sano, se le ocurrió que lo mejor era negar la asistencia de Jiménez de Rada al citado Concilio, y así se solucionaba por completo el problema [35]. Esta es la causa de tanto ardor como se ha puesto en la cuestión.

Vuelve don Rodrigo a España a principios de 1216, y sigue con su influencia alicortada, al paso que marca el conde Alvaro Núñez de Lara. Pero el 6 de junio de 1217 Enrique I muere víctima de un accidente y la situación da un vuelco completo. Léanse todos estos hechos en los primeros capítulos del libro VIIII. El 2 de junio es proclamado Fernando III rey de Castilla. Comienza la época de mayor predicamento de don Rodrigo. Continúa siendo el Canciller Mayor del reino, cargo que desde tiempo atrás estaba identificado con los arzobispos de Toledo, aunque en realidad ejercía sus funciones algún eclesiástico de menor rango. Ha conseguido los primeros reconocimientos papales de su primacía, y, desde 1218, será por diez años legado pontificio en España para la cruzada que se va a lanzar en Oriente al año siguiente y para la que los españoles, relevados de enviar efectivos humanos y materiales, tienen que emprender una gran ofensiva de distracción en la península; pero Castilla tenía concertadas por entonces unas treguas con los almohades, que no expirarían hasta 1224.

Mientras tanto, el Toledano continúa ordenando su diócesis, pleiteando con las vecinas, recibiendo donaciones, comprando, vendiendo y cediendo villas y posesiones. Uno de los asuntos que resolvió con mayor habilidad fue el referente a los judíos de su diócesis. Los cánones 68-70 del Concilio de Letrán habían dispuesto que los judíos llevaran distintivos en sus ropas para identificarse como tales, vivieran en barrios separados y pagaran diezmos y otras cargas eclesiásticas por las propiedades que pudieran adquirir a los cristianos, así como la imposibilidad de ocupar cargos públicos. Pero la poderosa y arraigada

[35] Un buen ejemplo de estas tesis son las de F. Fita, «Santiago de Galicia. Nuevas impugnaciones y nueva defensa», en *Razón y Fe*, I (1901), págs. 70-73, 200-205, 306-315; II (1902), págs. 35-45, 178-195.

comunidad judía de Toledo se opuso a llevar los distintivos, amenazando con marcharse si se les obligaba. Ante el desastre económico que esto podía acarrear, don Rodrigo, de acuerdo con Fernando III, expuso la situación al Papa y el decreto se suspendió por algún tiempo. Pero el 18 de marzo de 1219 el Papa exigió que se les obligase a pagar los diezmos. Don Rodrigo llegó entonces al acuerdo siguiente con los judíos: todo judío varón, mayor de edad o casado, pagaría cada año la sexta parte de un áureo, que la propia comunidad se encargaría de recaudar, quedando exentos de los diezmos, que sólo se pagarían cuando el judío que no poseyera nada comprara alguna propiedad a un cristiano. Como contrapartida, el acuerdo establecía, sin precisar más, que el arzobispo los ayudaría en lo que fuera posible.

A finales de este mismo año, el 30 de noviembre, Fernando III contrajo matrimonio con su primera esposa, Beatriz de Suabia. Hasta que en 1224 expiren las treguas con los árabes, el reino permanece tranquilo, sin grandes problemas que lo soliviánten, mientras el Toledano prosigue su paciente labor de consolidación y acrecentamiento de su diócesis, pleiteando con quien hubiere lugar, y siempre presto a intervenir en cualquier problema que pudiera surgir en las diócesis que dependen de la suya.

En septiembre de 1224, Fernando III, tras rechazar un nuevo acuerdo con los árabes —como el propio Toledano cuenta en VIIII, xii 16 ss.—, inicia la primera de sus expediciones militares hacia el Sur, conquistando Quesada en octubre, pero abandonándola en seguida y volviendo a tierras cristianas poco después. En esa expedición tomó parte el Toledano, como también en la del año siguiente, en la que se sitió Jaén y se tomaron Andújar, Martos y Priego.

El 20 de febrero de 1226 recibe don Rodrigo el encargo del Papa Honorio III para que enviara misioneros a Marruecos y los reinos árabes y consagrara obispos en ellos si fuera menester. Algo parecido le había sido encomendado en 1191 a su antecesor Martín de Pisuerga por Celestino III. De acuerdo con ello, nombra al año siguiente obispo de Baeza a Domingo, un dominico que recibió la tarea de la administración espiritual de los reinos árabes de la península y con el que no tardaría en tener problemas. Baeza se había tomado en la campaña de 1226, año en que también se conquistó Capilla.

Es al retorno de esta expedición cuando Jiménez de Rada afirma [36] que él y el rey pusieron la primera piedra de los cimientos de la Catedral de Toledo, «debaxo de la qual echaron medallas de oro y plata conforme a la costumbre antigua de los Romanos» [37]. La fecha exacta

---

[36] v. VIIII, xiii, 6-10.

[37] Mariana, XII, 11, que la data en 1227.

del inicio de la más grandiosa construcción del Toledano parece que fue en noviembre de 1226 [38]. No la vería concluida y su financiación sería una continua preocupación.

En la campaña de 1229 se conquistaron Sabiote, Jódar y Garcíez. Al año siguiente Fernando III pone de nuevo sitio a Jaén, pero tampoco puede hacerse con ella. El 24 de septiembre moría en Vilanova de Sarria su padre Alfonso IX de León. Fernando III recibe la noticia en Guadalerza, camino de Toledo. Acompañado del Toledano y otros personajes de la corte se apresura a hacerse cargo del reino leonés. El relato del arzobispo en VIIII, xiiii y xv expone con claridad y detalle todos los avatares hasta que Fernando III fue proclamado rey de León en el mes de noviembre. La labor de don Rodrigo no debió de ser meramente decorativa, pues dos meses más tarde, en concreto el 20 de enero de 1231, el flamante rey de Castilla y León hace donación al arzobispo de Toledo, *iure hereditario*, de la villa de Quesada, en tierras de Jaén, la que había sido abandonada luego de su conquista en 1224 y que ahora se hallaba de nuevo en poder de los árabes, que la estaban reconstruyendo.

Don Rodrigo no tardó tres meses en aprestar una hueste, pues en abril inicia su expedición contra Quesada, a la que conquistó junto con numerosas aldeas [39]. «Este fue el principio del adelantamiento de Cazorla, que por largos tiempos por merced y gracia de los Reyes poseyeron los Arzobispos de Toledo, que nombraban como Lugarteniente suyo al adelantado» [40].

El 5 de noviembre de 1235 fallecía en Toro la reina Beatriz. Y pocos meses después, ya en 1236, Jiménez de Rada emprende un nuevo viaje a Roma para intentar solventar un problema que se arrastraba desde bastantes años atrás. La jurisdicción exenta de las Ordenes Militares chocaba en ocasiones con la jurisdicción ordinaria de los obispos, sobre todo cuando andaba por medio la percepción de los diezmos de las iglesias. El choque más violento fue con la Orden de Santiago. Aunque se había llegado a acuerdos en 1214 y 1224, el problema seguía rebrotando cada dos por tres [41]. Mientras se hallaba en Roma, ocurrieron dos hechos importantes. El 29 de junio era conquistada Córdoba. Y en octubre, dos racioneros de la Catedral de Toledo, Pedro y Gabino Pérez, hicieron llegar al Papa, a través del legado Otón, un libelo en el que acusaban a don Rodrigo de toda clase de irregularidades y apropiaciones indebidas en la administración de los bienes de

38 Para todo lo referente a esta cuestión, v. E. Estella, art. cit., págs. 155-180.
39 v. VIIII, xv, 30 ss.
40 Mariana, XII, 16.
41 Sobre este pleito, v. D. W. Lomax, «El Arzobispo Don Rodrigo Jiménez de Rada y la Orden de Santiago», en *Hispania*, XIX (1959), págs. 323-365.

la diócesis. No se sabe si la denuncia prosperó, pero tuvo que afectar al Toledano, como veremos en seguida, que regresa a la península, a través de Navarra, a principios de 1237.

En noviembre de este año contrae Fernando III segundas nupcias con Juana de Ponthieu, siendo este el último capítulo de la crónica del arzobispo. El 28 de noviembre de 1238 Jaime I el Conquistador entraba en Valencia [42]. El arzobispo de Tarragona se había apresurado a nombrar obispo de la nueva ciudad arrebatada a los musulmanes, surgiendo inmediatamente el conflicto con el Toledano, que reclamaba esa diócesis como suya aduciendo su primacía. El pleito subsiguiente le llevó de nuevo a Roma a fines de 1238 o principios de 1239. Cuando en la primavera regresa a través de la provincia tarraconense, llevando desplegado su guión, utilizando el palio y concediendo indulgencias, provoca una ruidosa protesta del arzobispo de esa provincia, que acaba por excomulgarlo en un Concilio provincial el 8 de mayo de 1240, mientras en Tudela se sustanciaba el pleito valenciano.

En agosto de 1240 el anciano Gregorio IX convoca para el año siguiente un Concilio General para debatir sus problemas con el emperador Federico II. El Concilio no se pudo celebrar por los enormes impedimentos que el emperador puso para que los obispos no llegaran a Roma. Pero don Rodrigo se había adelantado con la intención de solucionar el problema de su excomunión. Regresó tan pronto como se comprobó la imposibilidad de que el Concilio se reuniera.

El ya citado artículo de H. Grassotti nos desvela una imagen hasta ahora desconocida del Toledano. Analiza la actuación del arzobispo «desde su doble condición de gran señor feudal a la manera ultrapirenaica y de gran señor conforme a los módulos de las tradiciones castellanas» [43], producto del conflicto entre lo que él había observado en sus estancias en el extranjero y su residencia en Castilla. A lo largo de toda su vida nunca dejó de hacer negocios, tanto para provecho propio como para el de su diócesis, para lo cual «logró aprovechar a maravilla la favorabilísima situación en que la Providencia lo había colocado» [44]. También Rohrbacher afirma que «il avait une capacité prodigieuse pour les sciences et pour les affaires» [45]. Del análisis detallado de su proceder como negociante extrae Grassotti una primera conclusión: «Regir la sede de Toledo en los instantes en que hubo de gobernarla don Rodrigo y ejercer en esas décadas la primacía sobre las iglesias de España, no fueron sin duda fáciles tareas. Pero nadie podrá discutir que cuantos datos vamos registrando brindan de Jimé-

[42] v. VI, v, 25-35.
[43] pág. 4.
[44] pág. 56.
[45] *op. cit.*, VII, lxxii, pág. 403.

nez de Rada la imagen de un hombre poco frenado en escrúpulos morales y proclive a las trapacerías» [46]. Más adelante la misma autora expresa su convencimiento de que el Toledano sufrió una aguda crisis depresiva en torno a 1238, deduciéndolo del documento por el que, a 10 de julio de ese año, hace donación de su sede al cabildo toledano, reservándose para el resto de su vida el disfrute de las villas de Esquivias y Torrijos en el caso de que *siue in hoc officio siue ex quacumque causa contigerit nos dimittere regimen ecclesie toletane*, esto es, «tanto en el desempeño del cargo como por cualquier otro motivo sucediese que Nos dejáramos el gobierno de la iglesia de Toledo» [47]. ¿Cuál podría ser la razón de que en ese momento el arzobispo contemplara la posibilidad de abandonar su cargo? Podría ser su conflicto con las todopoderosas órdenes militares; o también, su enfrentamiento con el cabildo, a raíz de la denuncia de los dos racioneros que acababan de dar a conocer al Papa sus supuestas irregularidades. Nótese aquí que cuando muera años más tarde, el cabildo no reclamará su cuerpo, aunque podía hacerlo ya que había muerto fuera de España y su testamento de París de 1201 exigía que nadie lo reclamase «si muriere en España». La donación de su sede al cabildo sería un intento de congraciarse con él. También podría ser la razón de su depresión el que, a esas alturas de su vida, con casi setenta años, está viendo que sus dos últimas ambiciones (la finalización de las obras de la Catedral de Toledo y la conquista de Baza, un objetivo que se fijó con obsesión en su última época) no las va a poder cumplir.

Lo más probable es que fuera todo eso y algo más. Y creo que ese algo más pudo ser un enfrentamiento, enemistad o alejamiento de Fernando III. Si se lee la crónica con detenimiento, se podrá observar que los dos grandes héroes son Alfonso VIII y su hija la reina Berenguela. Todos los historiadores coinciden en señalar la enorme sintonía entre Fernando III y el Toledano, «sin el qual veo que ninguna cosa de importancia acometian» [48], o «que tenia la mayor autoridad entre todos como el merecia» [49], o, visto desde el extranjero, «le célèbre Rodrigue, archevèque de Tolède et granchancelier de Castille, fut durant trente ans à la tète de tous les conseils. It etait si parfaitement uni avec Bérengère et Ferdinand, qu'on eût dit qu'ils n'avaient tous les trois qu'une âme» [50]. Pues bien: si se exceptúa el Prólogo, que dirige al propio Fernando III porque a petición suya escribe la obra, en todo el resto sólo hay un adjetivo encomiástico hacia el rey:

---

[46] pág. 166.
[47] pág. 201.
[48] Mariana, XII, 11.
[49] Mariana, XII, 12.
[50] Rohrbacher, *op. cit.*, VII, lxxii, pág. 403.

inclito, en VIIII, xiiii, 19. Además, prácticamente todo lo que lleva a cabo Fernando III lo es por instigación, disposición o previsión de su madre Berenguela. Fernando III aparece como un instrumento mediante el que ésta pone en práctica una sensacional capacidad de gobierno en todos los órdenes de la vida. Tampoco habla para nada de las esposas del rey, salvo con expresiones protocolarias. Ni siquiera el capítulo x del libro VIIII, titulado «Sobre la alabanza del rey Fernando y su esposa Beatriz», responde a su propósito. Por tanto, creo que algo debió de ocurrirle a Jiménez de Rada con Fernando III (al que ni siquiera desea una larga vida, como hace con casi todos los contemporáneos) para que el relato que hace de los hechos de su rey parezca el de cualquier otro rey doscientos años antes. Pero la causa se me escapa por completo.

Don Rodrigo Jiménez de Rada falleció en el Ródano el 10 de junio de 1247, cuando regresaba de Lyón, donde se había entrevistado con el Papa Inocencio IV. No se sabe el motivo de la entrevista [51], pero emprendió el viaje a pesar de que «demas de estar muy apesgado con los años, se hallaba quebrantado con muchos trabajos» [52]; y «concluidos los negocios, en una barca por el Rhodano abaxo daba la vuelta, quanto le salteó una dolencia de que falleció en Francia» [53]. También pudo haber muerto por accidente. Garibay [54] fue el que introdujo la creencia errónea de que había muerto en Huerta el 9 de agosto de 1245 cuando regresaba de Roma. Gonçález Dávila, que también da esa fecha, afirma que quiso ser enterrado en Fitero, otro de los lugares predilectos del Toledano, y que allí había un sepulcro con su epitafio [55].

Su cuerpo fue embalsamado y trasladado al monasterio de Santa María de Huerta, donde aún hoy sigue enterrado y, al parecer, incorrupto. A Huerta donó su «libreria mano escrita en pergamino, y con ella el original de Historia, que escrivió de España» [56], además de bastantes heredades.

Terminemos el relato de la vida de don Rodrigo por donde empezamos. Fray Luis de Estrada se hacía eco de la reverencia que se tuvo hacia su sepultura, con estas palabras [57]:

«La sanctidad de este Señor tambien se infiere de la reputacion en que ha estado siempre su sepulchro; porque las Escripturas authoriza-

[51] H. Grassotti, art. cit., pág. 201, cree que en ese viaje solicitó un préstamo de 1.450 marcas a los banqueros toscanos de Lyón, para poder seguir las obras de la catedral.

[52] Mariana, XIII, 5.

[53] *ibidem*.

[54] *op. cit.*, II, lib. xiii, iii, f. 189 a.

[55] *...de Sigüenza*, pág. 159.

[56] Gonçález Dávila, *...de Osma*, pág. 35.

[57] págs. 100-101.

das antiguas de esta Sancta Casa, allende de lo que avemos visto en nuestros siglos, affirman queste cuerpo deste bendito Señor ha sido tenido por Sancto dende la antiguedad, y que los enfermos sanaban al tocamiento deste sepulchro, y para remedio de los affligidos se lleva la tierra de el y por esta causa su vulto y figura esta tan mal traslada de fuera. Pero dentro esta el cuerpo del bendito Pontifice todo entero hasta el dia de hoy vestido con su rico pontifical, Mitra, guantes, y anillos con una piedra que parece ser Rubi y el pallio Arzobispal esta prendido a su pecho con una aguja de plata grande, en la qual esta engastada otra piedra preciosa, y las sandalias estan todas bordadas con aljofar, y su cabeza esta llena de canas en toda la corona reclinada sobre almohada bordada de Castillos y Leones, y la casulla que tiene encima esta toda llena de Castillos de oro, y de la misma forma y figura que esta figurado el vulto en la delantera de este sepulchro de piedra, el qual no se permite ya abrir, porque á titulo de devoción diversos Señores pretendian despojar de su lustre y entereza este cuerpo Sancto».

Sus ropas han sido restauradas recientemente por S. Mantilla de los Ríos en el Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales.

Sorprende que un personaje que desplegó tan variada y continua actividad se dedicara también a escribir, y mucho más que el resultado fuera una obra de la categoría y la importancia de la presente; pero más aún debe sorprender el que el resto de su obra duplique con creces la extensión de ésta, siendo además, en algunos aspectos, absolutamente original en la España del siglo XIII. Aunque se le ha atribuido alguna que otra, las demás obras que se aceptan sin ninguna duda como suyas son:

Historia de los romanos
Historia de los ostrogodos
Historia de los hunos, vándalos, suevos, alanos y silingos
Historia de los árabes
Breviario de historia católica [58]

[58] Las tres primeras han sido editadas por mí en *Habis*, X-XI (1979-80), págs. 157-182; XV (1984), págs. 173-183; y XVI (1985), págs. 201-227, respectivamente. La última edición de la *Historia Arabum* es la de J. Lozano, Sevilla, 1974. El *Breuiarium historie catholice* está aún inédito. Todas ellas aparecerán en el vol. 72A del *Corpus Christianorum C. M.*

Noticia sobre códices, ediciones y fuentes

Como en mi edición de *De rebus Hispanie* en el *Corpus Christianorum C. M. 72*, págs. xii-xli, he tratado estos aspectos con la amplitud y el detalle que requiere una edición crítica, me voy a limitar aquí a resumir lo principal, rectificando algún punto y remitiendo a aquélla para cualquier aclaración o ampliación.

* * *

Los mss. que utilicé para llevar a cabo mi edición de *De rebus Hispanie* fueron seis: *I*: códice ç. IV. 12 de la Real Biblioteca de El Escorial. s. XIII [59]; *B*: códice 143 de la Biblioteca Universitaria de Madrid. Principios del s. XIV [60]; *A*: códice 7104 de la Biblioteca Nacional de Madrid. s. XIII; *D*: códice 301 de la misma Biblioteca. Finales del s. XIII; *F* y *G*, códices Vª-4-3 y 7008, respectivamente, de la misma biblioteca, y también del s. XIII [61].

Las relaciones entre ellos las establecí a partir de la manera en que cada uno concluye el cap. xxv del lib. VII. El ms. *I* titula: «Sobre el rey Alfonso de León, su descendencia y muerte», y omite las líneas 6-10 («también combatió... se rindió»), añadiendo todo lo que se incluye en la nota 146 y que era el texto que también daban los editores anteriores. Por su parte, *ADFG* lo hacen tal como aparece en la traducción. La parte que añade *I* y éstos omiten es la muerte de Alfonso IX de León, los problemas de su sucesión y el acceso de su hijo Fernando III al trono leonés. Por otro lado, el cap. xiiii del lib. VIIII, titulado «Sobre la muerte del rey Alfonso de León y la sucesión del rey Fernando», relata de nuevo los hechos mencionados; y mientras *I*, aparte de alguna pequeña variante, omite desde «...en la era 1268...» hasta «...Teresa» (7-10), *ADFG* lo hacen como aparece en la traducción.

Lo que creo que ha ocurrido es que el Toledano, cuando relata la muerte de Alfonso IX al escribir sobre su hijo (VIIII, xiiii), se da

---

59 Su descripción puede verse en G. Antolín, *Catálogo de los códices latinos de la Real Biblioteca de El Escorial*, Madrid, 1910, I, págs. 303-304. Comete el error de creer que está incompleto, cuando lo que ocurre es que está alterado el orden de los cuadernillos.

60 Su descripción puede verse en J. Villa-Amil y Castro, *Catálogo de los manuscritos existentes en la Biblioteca del Noviciado de la Universidad Central, procedentes de la antigua de Alcalá*, Madrid, 1878, I, Códices, pág. 57.

61 La descripción de estos cuatro últimos mss. puede verse en J. Gómez Pérez, «Manuscritos del Toledano», III, en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXVII (1959), i, págs. 128, 132-133, 129-130 y 131.

cuenta de que ya lo ha hecho antes, cuando hablaba de los hechos del reino de León; entonces, considerando más conveniente hacerlo en el segundo pasaje, cambia el título de VII, xxv y elimina en éste la parte final, que es la que le interesa contar ahora.

A su vez, el ms. *B*, el que falta de los seis citados más arriba, titula en el primer caso como *I*, pero lo tacha y sobre la línea lo hace como los otros cuatro; escribe el capítulo completo, incluida la parte que omite *I*, que sería un añadido posterior, incorporado ya por *B*, para que el capítulo no se quede demasiado corto al eliminar la parte final, parte final que también reproduce *B*, pero indicando en los márgenes, y al principio y al final, que debe omitirse. En el segundo caso (VIIII, xiiii), *B* tacha la versión de *I*, corrigiéndola en el margen según la de *ADFG*.

Si a todo esto se añade que en *I* no aparece la dedicatoria de la obra a Fernando III, que es de suponer que fue lo último que se escribió, y las numerosas variantes que ofrece *I* con respecto a los demás códices, creo que se puede concluir que el Toledano hizo una primera redacción de su obra que luego corrigió, siendo *I* una copia de esa primera redacción; *B*, copia de ésta una vez corregida, con las correcciones ya plenamente incorporadas, como ocurre en muchas ocasiones también en *B*, por lo que hay que desechar la duda de que éste sea una copia de *I* corregida sobre la lectura de los otros cuatro.

Otro dato que puede apoyar esta teoría es la forma que tenía el supuesto códice original. Ambrosio de Morales, tras la visita que realizó al monasterio de Huerta, lugar donde se cree que el Toledano compuso su crónica, dice lo siguiente [62]: «Yo he visto el que fue del mismo arçobispo don Rodrigo. No es de su mano, mas tiene algunas cosas escritas por los margenes de su letra, la qual es bien conocida por sus firmas largas, que se hallan, y yo las he visto en fueros y otras escrituras por este arçobispado. Este original tienen los monjes de Cister del insigne monasterio de nuestra señora de Huerta cerca de Medina Celi en las fronteras de Aragon, donde este excelente arçobispo don Rodrigo esta enterrado: y assi tienen también alli otros libros, que fueron suyos. Y por este original emende yo algunas cosas del mio impresso». También dice en otro lugar: «De la coronica del arçobispo don Rodrigo tuve el mismo original, que el tenia. No esta escrito de su mano, sino emendado y añadido por los margenes» [63]. Hacia 1580 escribía fray Luis de Estrada en su ya citada relación de la vida del Toledano: «y en lo que dice aqui de las Historias, es manifiesta la que hizo de España, y aqui esta una de su mano, que se dice

---

[62] *Coronica General de España*, III, Alcalá de Henares, 1577, pág. 191 C.
[63] *ibidem*, pág. 10 E.

ser su original, y como tal se ha presentado en pleytos de mucha importancia de la casa» [64].

Este ms., hoy perdido, pasó posteriormente a Soria, al cuidado del Instituto, junto con los demás fondos de la que fuera biblioteca del arzobispo, y más tarde a la Biblioteca Pública Provincial, donde tan sólo se conservan ahora treinta y tres mss. de aquellos fondos, pero ninguno de obras del Toledano.

Don Ramón Menéndez Pidal consta que fue el último que lo vio, en 1894: «En la Biblioteca del Instituto de Soria vi un ms. mutilado del Toledano, del cual no conservo notas ni recuerdo claro. ¿Será acaso el ejemplar que se guardaba en el monasterio de Huerta?» [65]. Ya en 1907 el marqués de Cerralbo no lo pudo hallar y lo dio por perdido.

Según la descripción que hace Ambrosio de Morales de este ms., corregido por el mismo Toledano, encajaría dentro de las características de uno similar a *B*, que luego sería pasado a limpio.

Basándome en la forma de concluir el cap. XXV del lib. VII, agrupé los veinticuatro mss. restantes en tres familias, y establecí sus relaciones a partir de calas hechas en más de ochenta pasajes problemáticos a lo largo de toda la crónica, fijando además el *stemma*. Las lecturas que seguí para la edición fueron sobre todo las de *ADFG* y las de *B*; el problema mayor radica en las ocasiones en que este último coincide con *I* y no con los demás, pudiéndose tratar de una corrección que *B* no ha recogido o de un error del ms. del que derivan *ADFG*. Cuando éstos coinciden con *B*, aunque la lectura de éste aparezca al margen o entre líneas, se está ante la correcta.

La primera edición de la crónica del Toledano vio la luz en Granada en 1545 y se debió a Sancho de Nebrija, hijo del famoso gramático [66]. Carece de cualquier tipo de aparato crítico. El autor, en la página i, afirma que utilizó varios mss., corrigiendo muchos pasajes y dejando otros al juicio de los lectores. El ms. que utilizó principalmente es el *B*, y también se pueden rastrear indicios más o menos claros de casi todos los demás, sobre todo *A* y *G*. La edición de Ne-

---

[64] pág. 103.

[65] *Crónicas Generales de España*, Madrid, 1918, pág. 13.

[66] *Reverendissimi ac Illustrissimi Domini Domini* (sic) *Roderici Toletanae Dioecesis Archiepiscopi rerum in Hispania gestarum Chronicon Libri novem nuperrime excussi, et ab iniuria oblivionis vindicati*. Apud inclytam Granatam. Anno MDXLV. Está incluido en el vol. *Aelii Antonii Nebrissensis Rerum a Fernando et Elisabe* (sic) *Hispaniarum foelicissimis Regibus gestarum Decades duas. 1545*, que en realidad pertenece a Hernando del Pulgar.

brija es la más cercana a la realidad manuscrita, pero no por ello la mejor. Incurre en numerosos errores de lectura y está plagada de erratas.

Hasta este momento se consideraba que la segunda edición era la que llevó a cabo Andreas Schott en Francfort en 1603, publicada en el II vol. de *Hispaniae Illustratae*, págs. 25-148. B. Sánchez Alonso en su reputada *Fuentes de la historia Española e Hispanoamericana*, 2.ª ed., Madrid, 1927, vol. I, pág. 8, aseguraba que la edición de Nebrija «fue reimpresa en *Rerum Hispanicarum Scriptores*, 135-289, también incompleta»[67], y así se había aceptado sin más. El título completo de esa edición es *Rerum hispanicarum scriptores aliquot, ex bibliotheca clarissimi uiri Dn. Roberti Beli*, dada a la luz en Francfort en 1579 por el tipógrafo Andreas Wechel. De la comprobación de esta obra, que carece de cualquier tipo de referencia a mss. o edición anterior, resulta que no se trata de ninguna reimpresión, sino de una edición diferente, si bien realizada sin ninguna duda a partir de la de Nebrija, como se desprende sin más de la titulación de los capítulos. Y lo que también resulta es que la de Schott sí es reimpresión de la de Beale-Wechel, a la que en los márgenes añade un rudimentario aparato crítico, resultado de la confrontación de esa edición con dos mss. que el sabio jesuita consultó en Toledo: el *D* y el *I* de nuestra edición. Tanto la de Schott como la de Beale-Wechel, que también utiliza un códice de la familia de *ADFG*, pecan de excesiva dependencia, directa o indirecta, de la de Nebrija, pues se dejan llevar por ésta en multitud de ocasiones a pesar de los mejores códices que utilizan.

La siguiente edición la realizó el cardenal Lorenzana[68] a partir de la de Schott y de otros mss., «entre los que doy lugar preferente al muy antiguo y correcto que se conserva en la Biblioteca del Colegio Mayor de San Ildefonso de Alcalá»[69]. Este códice es, sin ningún género de dudas, el *B*, el mismo que utilizó Nebrija, pero mucho mejor leído. De los otros, quizó sólo *A*.

En resumen, se puede decir que a lo largo de las anteriores ediciones se colacionaron los mss. más importantes que aún hoy se conservan, pero sin que ninguno de los editores llegara a lograr una visión de conjunto de la tradición manuscrita ni a considerar el valor de cada uno de los códices en su relación con los demás.

---

[67] En la de Nebrija faltaban la *Historia de los romanos* y la *Historia de los árabes*.

[68] En *Sanctorum Patrum Toletanorum Opera*, III, Madrid, 1793, págs. 1-208. Hay reimpresión facsímil de Valencia en 1968.

[69] pág. iv.

El propio autor, en las líneas 65-70 del Prólogo, afirma que utilizó las obras de S. Isidoro, S. Ildefonso, Isidoro el Joven, Hidacio, Sulpicio Severo, los Concilios de Toledo, Jordanes, Claudio Ptolomeo, Dión y Pompeyo Trogo, además de otras sin especificar. La obra de S. Ildefonso es el libro III del Tudense y no la *Historia rebellionis Pauli* de S. Julián, como cree Gómez Pérez [70]; la de Isidoro el Joven es la *Crónica Mozárabe*; de algunas de las otras, o no hay constancia de su utilización concreta, o lo hace a través de otros autores.

El cardenal Lorenzana asegura que «para que escribiera su historia profana [71], por mandato del Rey le fueron proporcionados o mostrados los más escogidos mss. latinos y árabes, además de códices escritos en lengua vulgar» [72]. También es de suponer, como apunta Menéndez Pidal [73], que, dada la dignidad eclesiástica que ocupaba, dispusiera de los ricos fondos de la Catedral de Toledo [74].

La columna vertebral de las fuentes de la crónica la constituyen tres autores: S. Isidoro y Jordanes, para los dos primeros libros, y el Tudense para los restantes. Utiliza el Toledano unas cuatro quintas partes de *De origine actibusque Getarum* de Jordanes, resumiéndolo en bastantes ocasiones, aunque en otras lo copia directamente. Mucho más literal es con S. Isidoro, cuya *Historia Gothorum* está recogida, casi al pie de la letra, en la crónica. Al hojear los dos primeros libros, se advierte que don Rodrigo va alternando a sus dos primeras fuentes según le interesa. Esta es quizás la primera y principal característica de su sistema de trabajo: nunca utiliza una fuente única, sino que siempre dispone de dos o más. Cuando acaba la de Jordanes, recurre al Tudense, y cuando la de S. Isidoro, a la *Crónica Mozárabe*.

El *Chronicon Mundi* de Lucas de Tuy, el Tudense, es, a partir del lib. III, el eje de la narración en el que se van a ir engarzando las demás crónicas: *Mozárabe*, *Alfonso III*, Sampiro, *Najerense*, Pelayo, *Silense*, teniendo así siempre a su alcance más de una versión de lo que relata y pudiendo elegir la que más le convence. El Tudense viene a ser como el telón de fondo por el que van desfilando las otras crónicas, la mayoría ya conocidas por éste, pero que el Toledano

---

70 art. cit., I, LX (1954), i, pág. 196.

71 Es decir, *De rebus Hispanie*, frente al *Breuiarium*...

72 pág. xxiii.

73 «El rey Rodrigo en la literatura», en *Boletín de la Real Academia Española*, XI (1924), pág. 262.

74 Sobre las fuentes historiográficas el mejor estudioso, y casi único, había sido Gómez Pérez (loc. cit., págs. 196-207), aunque sin llegar al fondo de la cuestión, aparte del artículo de E. Alarcos «El Toledano, Jornandes y San Isidoro», en *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo*, XVII (1935), págs. 101-129.

vuelve a considerar y a tomar de ellas datos desechados por aquél. Por ello, a veces es muy difícil determinar si don Rodrigo conoce una crónica directamente o a través del Tudense, como ocurre con la *Silense*. Hay otras a las que da un considerable valor, como a la *Mozárabe*, la de Pelayo o la de Sampiro.

Hay una segunda característica en su sistema de trabajo que es común en la utilización de todas las crónicas: cuando no entiende una palabra o una frase, o cree que no la van a entender los que lean su obra, la suprime o la cambia por otra parecida o similar. Los ejemplos son numerosos. Aunque en ocasiones el que se equivoca de medio a medio es el propio Toledano. No me resisto a incidir de nuevo sobre los problemas que causó por entonces la palabra *aceifa*: «expedición militar sarracena que se hacía en verano» (acepción del *DRAE*).

Mientras la *Silense* (II, 23, 1) escribe: «Decidió hacer una aceifa por la orilla del Tormes», el Tudense (pág. 84, lín. 13-14) lo entiende así: «Aceifa llegó con fuerzas de caballería a la orilla del río», no sólo tomando la aceifa por un nombre propio, sino confundiendo *Turmis*, el río Tormes, con *turma*, la caballería [75]. Y el Toledano, para que no haya ninguna duda, escribe así en V, viii, 2-3: «Un ejército de sarracenos, al mando de un príncipe llamado Aceifa, penetró siguiendo el curso del río Tormes». Dozy [76] ya había llamado la atención sobre esa confusión en la famosa inscripción de la matanza de los monjes de Cardeña, que fueron pasados a cuchillo «por el rey Zefa» [77]. Se podría, así, poner en duda los conocimientos de la lengua árabe que, según la mayoría de los testimonios, poseía el Toledano. También al final de la crónica, en VIIII, xviii, 21, cuando da una relación de ciudades y villas que pasan a poder de Fernando III, acaba con *Sede et Fila*, que no es otra que Setefilla, cerca de Lora del Río, Sevilla; pero su nombre árabe consta de dos palabras y don Rodrigo los toma como dos lugares diferentes.

En cuanto a la *Historia del rey Wamba* de S. Julián de Toledo, creo haber demostrado que el Toledano no la conoció personalmente, sino a través del Tudense.

Lo que sí está estudiado en profundidad es lo referente a las fuentes legendarias o juglarescas. Todos los autores que han tratado la cuestión coinciden en señalar, como principal característica de las versiones que el arzobispo hace de las leyendas que conoce, la elimi-

---

75 Si es atinada la edición de Schott en este punto, y a la espera de una definitiva de L. Vázquez de Parga.

76 *Recherches sur l'histoire et la litterature de l'Espagne*, Leyde, 1881, 2, pág. 167.

77 La inscripción la publicó el P. Flórez en *España Sagrada*, XXVII, pág. 223.

nación de aspectos novelescos y su forma despoetizada. Sobre la utilización que hace de ellas dice Menéndez Pidal: «...si bien no renuncia a aprovechar las leyendas épicas, da de ellas noticias menos precisas; prefiere utilizarlas sólo en algunos rasgos aislados, y cuando hace resumen del contenido, no suele ser total, sino que lo limita a algún episodio destacado, desechando con cuidado todo lo que desentone de su grave estilo cronístico. Además, hay que tener muy en cuenta que usa siempre como fuente la crónica del Tudense, y así las versiones que da de las leyendas épicas no suelen ser puras, pues en ellas se mezclan elementos de dos procedencias: los que el arzobispo toma de la fuente juglaresca por él conocida y los que acepta de su predecesor. La crítica ha ignorado a veces esta dependencia del Toledano respecto del Tudense, y eso trae grandes motivos de errores» [78].

La *Crónica Najerense* es la gran introductora de relatos legendarios en la cronística medieval española, seis en concreto. Menéndez Pidal (*ibidem*), al que sigue Gómez Pérez, también piensa que el Toledano no la conoció. Creo, por mi parte, que sí la conocía pero le daba poca importancia, y sólo le servía para estructurar relatos o leyendas que él sabía por tradición oral y que también aparecen en la *Najerense*.

Otra característica singular es que «el Toledano es el primer historiador que cita expresamente los relatos juglarescos; los cita una vez sola, para discutir la veracidad de las afirmaciones que hacen respecto a las conquistas de Carlomagno en España, y se encara con los que dan crédito a tales conquistas: *Non nulli histrionum fabulis inherentes* (IIII, x, 61-62). (...) Cuando no tiene reparo ninguno que oponer a los histriones, no los cita, limitándose a tomarlos como informadores» [79]. También en el Prólogo hace alguna referencia a esto, concretamente en las líneas 78-79: «añadiendo algunas leyendas que se cuentan de ellos». Once son las leyendas que recoge el Toledano: la de Witiza (III, xv-xvii); la de don Rodrigo (III, xviii-xx); la de Bernardo del Carpio (IIII, viiii-x); la de Mainete (IIII, xi); la abdicación de Alfonso el Magno (IIII, xviiii); la de los Jueces de Castilla (V, i-ii); la condesa traidora (V, iii); la de la muerte del último conde de Castilla (V, xxv); la de la reina calumniada (V, xxvi); la de la mora Zaida (VI, xxx-xxxi); y la de la peregrinación del rey Luis de Francia (VII, viiii) [80].

---

78 *Reliquias de la poesía épica española*, Madrid, 1951, pág. xlviii.

79 *ibidem*, pág. xlix.

80 Sobre estos aspectos también pueden consultarse: R. Menéndez Pidal, *Historia y Epopeya*, Madrid, 1934; «Relatos poéticos en las crónicas medievales», en *Revista de Filología Española*, X (1923); y el ya citado artículo de Gómez Pérez, I, págs. 202-207.

Carácter historiográfico

No ha tenido suerte don Rodrigo en los estudios que se han hecho sobre la historiografía española medieval; la mayoría de las veces ni siquiera ha entrado en el sorteo. Unos, que trataron sobre crónicas anteriores, buscan en él solamente la pervivencia y la utilización de esas crónicas [81]. Otros, que lo hicieron sobre la historiografía romance, lo estudian como mero punto obligado de referencia, pero sin ir mucho más lejos [82]. Muy pocos se han propuesto entrar de lleno en el análisis de la obra del Toledano, y cuando lo han hecho, se han limitado por lo general a una simple descripción de los asuntos que trata la crónica y a algún breve apunte sobre sus fuentes y derivaciones posteriores [83]. También falta un estudio global de la literatura de la época [84].

Para empezar ese necesario análisis, quizás sea lo mejor seguir por donde íbamos y abundar aún más en la actitud que el Toledano adopta ante sus fuentes. Su sistema de no utilizar nunca una sola le plantea en ocasiones el problema de no saber a cuál de ellas atenerse cuando sus datos no concuerdan. Ante esto, no duda en dejar constancia de esa disparidad: «...por lo que Galicia, la quinta provincia de España, recibió su nombre de los gálatas, *aunque algunos le atribuyen otro origen*» [85]. Otras veces va más allá y refuta una de las versiones, aunque con alguna reserva: «Algunos afirman que Oppa fue hijo de Witiza, otros, hermano del conde Julián, pero es más cierto que fue hijo

---

[81] Pueden verse, p. ej., L. Barrau-Dihigo, «Recherches sur l'histoire politique du royaume Asturien», en *Revue Hispanique*, LII (1921), págs. 49-54; C. Sánchez-Albornoz, *Investigaciones sobre la historiografía hispana medieval (s. VIII al XII)*, Buenos Aires, 1967, págs. 286-288.

[82] Como G. Cirot, *Etudes sur l'historiographie espagnole. Les Historiens Générales d'Espagne entre Alphonse X et Philippe II*, París, 1904, o R. B. Tate, *Ensayos sobre la historiografía peninsular del s. XV*, Madrid, 1970.

[83] Es el caso, p. ej., de J. Amador de los Ríos, *Historia crítica de la literatura española*, III, Madrid, 1863, págs. 413-431, que ofrece la mejor visión de conjunto; B. Sánchez Alonso, *Historia de la historiografía española*, I, Madrid, 1941, págs. 134-140, demasiado descriptivo; J. Gómez Pérez, art. cit., I, págs. 192-195, y II (1957, 1), págs. 157-159, que es el más profundo; C. Sánchez-Albornoz, *En torno a los orígenes del feudalismo*, II, Buenos Aires, 1974, págs. 240-248, que dedica casi toda su atención a la *Historia Arabum*. También merecen citarse el cap. XVIII del libro de Gorosterratzu, y las págs. 10-12 de la citada obra de J. González, y las 39-41 de *Reinado y Diplomas de Fernando III*, Córdoba, 1980, del mismo autor, que analiza el valor real de los datos históricos que suministra el Toledano.

[84] A la manera de la de F. Rico, «Las letras latinas del s. XII en Galicia, León y Castilla», en *ABACO, Estudios sobre literatura española*, 2, Valencia, 1969, págs. 9-91.

[85] I, iiii, 34-35.

de Egica y hermano de Witiza; pero *de cualquier manera que fuera,* lo seguro es que fue arzobispo de Sevilla»[86]. Y otras, lo deja al arbitrio del lector: «Afirman algunos que el cuerpo de Santa Justa fue trasladado entonces junto con el de San Isidoro; pero como ya en nuestro tiempo, mediante una revelación, los cuerpos de las Santas Justa y Rufina han sido trasladados por el noble príncipe Pedro Fernández al monasterio real cercano a Burgos, *no quiero pronunciarme, pero que lo haga quien lo sepa*»[87]; y al final de ese mismo capítulo tampoco se atreve a pronunciarse ante la diversidad de opiniones sobre el traslado de otras reliquias.

Pero no siempre su postura es tan austera. Cuando la tradición choca frontalmente con lo que él sabe o ha comprobado, su refutación se hace concluyente. El cap. iii del lib. IIII presenta dos buenos ejemplos de ello. En la primera parte (líneas 3-43) desmonta la creencia sobre la autoría y la fecha del traslado del arca y las reliquias a Asturias. Y a continuación, como si fuera algo estrechamente unido a lo anterior, aprovecha para levantar una vez más la bandera de su primacía, rechazando de plano que la iglesia de Sevilla hubiera sido alguna vez la primada. La conclusión del capítulo (líneas 58-60) es una llamada de atención al lector acerca de lo que puede encontrarse en algunos testimonios: «Así pues, como a causa de las diversas versiones de los escritores se duda a veces de la verdad de la historia, ha de esmerarse la sagacidad del lector para descubrir en los escritos verdaderos lo que debe aceptar».

Hay otro momento en que su beligerancia hacia lo tradicional o legendario se acrecienta. Es el caso, ya citado, de la venida de Carlomagno a España. Después de escribir el relato tal como cree que ocurrieron los hechos, añade: «Algunos, tomando en consideración las leyendas de los juglares, afirman que Carlos conquistó en España muchas ciudades...»[88] y que abrió el camino de Santiago. Tras admitir que eso es cierto en lo que se refiere a Cataluña, dedica todo el capítulo siguiente a enumerar una larga lista de ciudades y los nombres de sus conquistadores; y concluye[89]: «Así pues, como todas estas (ciudades) se fueron añadiendo al poder cristiano en los últimos doscientos años, no alcanzo a ver lo que Carlos pudo conquistar en las Españas si desde su muerte han transcurrido casi cuatrocientos años. Así pues, es preciso asentir más a la evidencia de los hechos que pres-

---

86 IIII, ii, 55-58.
87 VI, xii, 20-25.
88 IIII, x, 61 ss.
89 lín. 43-48.

tar atención a los relatos legendarios» [90]. Aunque poco más abajo incurre en la contradicción de dar alguna validez a la leyenda de Mainete.

Creo que son ejemplos más que sobrados para poder darse cuenta del novedoso y, por qué no, en cierto modo moderno comportamiento del Toledano ante sus fuentes. Pero todavía va más lejos. En IIII, xvi, 9 ss. se hace eco de la versión que sitúa la aventura de Carlomagno (en este caso, de Carlos Martel) en tiempos de Alfonso III, desmintiéndola en seguida «por la razón ya explicada anteriormente, porque se halla en escritos ciertos y porque la tradición de los francos y de los hispanos lo atestigua al unísono»; y añade: «pero si alguien probara lo contrario, *me comprometo a rectificar en esta pequeña recopilación*». Recuérdese que está escribiendo hacia 1240.

Esa misma honestidad ante la disparidad de opiniones de las fuentes se hace patente cuando éstas no existen: «No he hallado escritos sobre las hazañas de los godos desde el año 12 antes de la era hasta la 125, en la que fue el reinado de Domiciano, que hacen 137 años, y por ello los dejo de lado» [91]. Y es que, no se olvide, ya en el Prólogo ha dejado bien claro cuáles son los autores que utiliza y ha calificado su trabajo como de recopilación. Con todo, a veces comete la pillería de incluir en esas fuentes a las que no lo han sido. Al comienzo del capítulo viii del lib. I, incidiendo sobre la misma idea, afirma que ha compuesto los hechos de los godos «según lo que he podido recoger de las distintas obras de los historiadores. Pero hay diversas opiniones sobre el origen de los godos», y pasa a citar a Claudio Ptolomeo y Pomponio Mela. Pues bien: todas esas citas, incluidos los nombres de sus autores, estaban ya en el texto de Jordanes que le sirve de fuente en esos momentos. Pero esto es algo que nos ha pasado a todos alguna vez.

No toda la crónica está compuesta a partir de fuentes anteriores, sino que en ella hay también testimonios de primera mano. Don Rodrigo Jiménez de Rada es, a la par que escritor, un personaje histórico y como tal aparece en la obra desde el final del lib. VII. El Toledano-personaje no recibe ningún tratamiento especial que lo diferencie de los demás protagonistas de la historia. Ante él, el Toledano-escritor adopta una actitud de distanciamiento que en nada hace suponer que autor y personaje sean la misma persona. Sus intervenciones y hechos están relatados en tercera persona. La primera persona del singular está reservada únicamente para el Toledano-autor. Ya hemos visto algún ejemplo. Los hay más claros. En tres ocasiones se sirve de la

[90] Según Barrau-Dihigo, art. cit., pág. 53, n. 9, es una réplica al Pseudo-Turpin.

[91] I, xvi, 2-5.

misma expresión (*memini me uidisse*, «recuerdo haber visto») para dejar constancia inequívoca de que su testimonio es de primera mano: IIII, iii, 30, sobre los contemporáneos del obispo electo Clemente, que había huido a Talavera ante la llegada de los almohades; VII, viiii, 27, sobre el rubí que Luis VII de Francia se llevó como regalo de Alfonso VII y que estaba depositado en la iglesia parisina de Saint-Denis, y que el Toledano debió de contemplar en su época de estudiante; y VII, xiiii, 45, sobre Diego Velázquez. Cuatro líneas más arriba ha utilizado otra primera persona: «según oí de personas que lo habían presenciado», sobre la creación de la Orden de Calatrava. También en V, xxiiii, 36, al hablar de Urraca, la hija natural de Alfonso VII viuda del rey García Ramírez y casada con Alvaro Ruiz, dice: «cuya época alcancé a ver».

Hay, sin embargo, momentos en que esa primera persona del singular, la del escritor, aparece como participante en la acción, siempre en la batalla de Las Navas de Tolosa, en el lib. VIII. En el cap. viiii, 51 ss. dice así, refiriéndose al número de las fuerzas musulmanas: «pero *creo* que ninguno de nosotros hubiera podido calcular con certeza el incontable número tanto de éstos como de aquéllos, si no llega a ser porque luego *supimos* por los agarenos...» También al comienzo del cap. xi: «*Creo* que nadie está en condiciones de relatar las grandes acciones de cada uno de los nobles, puesto que *a nadie le fue posible* contemplar cada una de ellas». Pero nada hay que indique que ese autor participante en la batalla sea el arzobispo de Toledo. También en el famoso diálogo de éste con Alfonso VIII en los momentos más críticos de la batalla, redactado siempre como si de persona ajena se tratara, intercala una primera persona: «Y en todo esto, *doy fe* ante Dios, el noble rey no alteró su rostro...» [92]. La impresión que sacaría quien no supiera que el interlocutor del rey y el autor de la obra son la misma persona sería que éste es cualquier anónimo caballero de las mesnadas del rey, que se sintió luego impelido a dejar constancia escrita de aquella memorable jornada y que, en un momento determinado, reconoce su impotencia: «Mas si *pretendiera* seguir contando las hazañas de cada uno, mi mano se cansaría de escribir antes de *faltarme* materia que relatar». El autor, por tanto, quiere dejar bien claro que él ha sido testigo de la acción, pero, quizás para reforzar la credibilidad de su relato, no quiere identificarse con personaje tan relevante como el arzobispo de Toledo. Además, tanto en ese lib. VIII como en el VIIII, utiliza en varias ocasiones la primera persona del plural, con lo que no deja ninguna duda sobre su presencia en los hechos.

[92] x, 25.

En pocas ocasiones más, aparte de las ya reseñadas, escribe el Toledano en primera persona del singular. No ocurre así en la traducción, donde aparecen en esa persona todas las expresiones del tipo «como ya he dicho», «del que ya hablé», etc., que en el original latino figuran como plurales de modestia. Lo he hecho así para reforzar aún más la identificación de la primera persona del singular con el Toledano-autor y para diferenciarlo con más claridad de ese plural real con el que se reconoce partícipe de la acción.

La innovación de Jiménez de Rada en el campo de la historiografía medieval española no se limita solamente a esta nueva actitud del historiador ante sus fuentes y los hechos que relata o al tratamiento que da a su persona dentro de la narración. Su concepción previa de lo que quiere escribir es también original.

Las crónicas locales, que incidían especialmente sobre los asuntos de cada reino, se habían ido creando en los siglos precedentes como ramas desgajadas del gran tronco de las historias generales que, arrancando de un pasado bíblico y grecorromano, seguían considerando a Roma como eje del mundo y continuaban aplicando el criterio cronológico de las Seis Edades, con un cierto regusto analístico en el relato de los sucesivos acontecimientos. En el caso español, el ejemplo más claro era el de San Isidoro.

El cataclismo que la invasión de los árabes supuso en todos los órdenes de la vida de la península tenía que afectar por fuerza a la historia que empezó a redactarse en el reino de Asturias. El propio Toledano se hace eco en el Prólogo de la ruptura cultural que se produjo: «Pues en la época de la destrucción de los árabes los escritos y los códices acompañaron en la muerte a la patria, salvo los pocos que se salvaron por el cuidado de los diligentes» [93]. Así, la historiografía asturiana, desconectada de la tradición anterior, disponía casi únicamente de la transmisión oral y de alguna que otra fuente documental y, por ello, sus relatos son por lo general de primera mano y describen en pocas líneas los hechos de los reyes y de no muchos más personajes.

La *Crónica Silense* abre el camino de las compilaciones. Utiliza las anteriores, añadiéndoles datos que el autor conoce por sí mismo e introduciendo algún relato legendario. El sistema compilatorio se convierte en simple transcripción de las crónicas precedentes con Pelayo, el obispo de Oviedo que, con una intención propagandística, incorpora a esos textos cuantas interpolaciones cree convenientes. La *Crónica Najerense*, que continúa al camino de las compilaciones, presenta, en cambio, alguna novedad con respecto a las anteriores. Es, quizás, el

[93] lín. 63-65.

primer intento de una historia general de España en cuanto que su relato trasciende las fronteras de Castilla y entra en los hechos de otros reinos. También es, como ya dijimos, la gran introductora de los relatos legendarios en la historiografía medieval, que une a los datos que proporcionan las precedentes, nacidas por lo general al abrigo de la corte, y de las que se desmarca por ser la primera que carece de ese distintivo de oficialidad.

Lucas de Tuy recoge este intento de historia nacional de la *Najerense*, pero trasladando el centro de interés a León. Aunque describe acontecimientos de otros reinos, su punto de mira se dirige sobre todo al reino leonés. Además, sus primeros libros, más que una recopilación, son un verdadero centón, que compensa sobradamente con los jugosos datos de primera mano que aporta al final de la obra.

En la del Toledano nada de eso ocurre. Cierto es, y ya lo hemos visto, que en su crónica están, de una manera o de otra, casi todas las anteriores. Pero no se trata de una simple recopilación —por más que él se empeñe en llamarla así— ni mucho menos de un centón. Todas esas crónicas han sido pasadas por el tamiz de su sistema de trabajo, enfrentadas unas con otras para hallar lo que el autor cree que es la verdad de la historia, refundidas en una sola línea argumental y, sobre todo, sometidas a un criterio único y previo de composición que don Rodrigo tiene perfectamente claro antes de comenzar su relato. Así, la presente obra es, como decía en la primera página, la culminación y el compendio de una larga tradición; es la obra cumbre de la cronística hispano-latina medieval en el doble sentido de la expresión: la más importante y la última. Después de ella lo que aparece es ya la *Primera Crónica General* de Alfonso el Sabio.

El propio autor expone en el Prólogo el motivo que le lleva a componer su obra: «Por tanto, ya que la excelencia de vuestra majestad (i.e., Fernando III) tuvo a bien recurrir a la ignorancia de mi pobre persona para que me afanara en relatar, a petición vuestra, lo que viniese a mi memoria (...), yo, ciertamente, me siento incapaz de negarme a los ruegos de tal y tan magnífico señor y, por respeto, me veo obligado a intentar lo que a duras penas me es posible» [94]. Pero la petición del rey no provoca que don Rodrigo se ponga a escribir sin más, siguiendo los modelos precedentes. No. Como ya he dicho, al iniciar su obra tenía muy claro lo que quería hacer: «A partir de las obras (anteriores)... y de otros escritos..., me he esforzado con honestidad, en la medida de mis posibilidades, *para poner en pie la historia de España», ad historiam Hispanie contexendam* [95]. Aquí

[94] lín. 53-63.
[95] Pról. 73-75.

ya no hay que extraer deducciones partiendo de si escribe sobre este reino o aquel otro. Su innovación es concluyente.

Y si va a escribir la historia de España, lo mejor será que intentemos averiguar lo que el autor entiende por España. Para el Toledano España es la entidad geográfica que abarca exclusivamente la península Ibérica: «(España) está limitada por los montes Pirineos, que se extienden de mar a mar, por el océano y por el Mediterráneo. También pertenecían al poderío de los godos la Galia Gótica, es decir, la provincia Narbonense (...), y además una provincia en Africa con diez ciudades, que se llamaba Tingitania. España en verdad, como si fuera el paraíso del Señor, está regada por cinco ríos principales, a saber, Ebro, Duero, Tajo, Guadiana y Betis»[96]. Tampoco aquí hay duda alguna. Excluye lo que antaño perteneció al reino visigodo e incluye lo que en esos momentos estaba bajo dominio musulmán. El concepto de España ha dejado de significar esto último, como ocurría en las primeras crónicas de la Reconquista, para pasar a ser una realidad supranacional, por encima de las fronteras de los reinos y al margen del transcurrir de los tiempos[97].

Pasemos de la tierra a sus habitantes, los hispanos. Un vistazo a algunos pasajes ayuda a comprender mejor quiénes son los hispanos para don Rodrigo. I, iii, 3: «los iberos, que también se llaman hispanos»; II, vi, 21-23: Ataúlfo, cuando los godos aún andaban por las Galias, «comenzó a apiadarse de las desgracias de los hispanos»; xii, 17: el rey Theudis «libró a los hispanos de las arteras acechanzas de los francos»; III, xvi, 12-15: «el reino de los godos y de los hispanos (...) extendía su poderío de mar a mar»; xx, 53-55 (ante la invasión árabe): «como la gracia de Dios había apartado de los hispanos su mano protectora, aquel pueblo triunfador, aquel pueblo noble, el pueblo de los godos...»; xxii, 40-41 (tras la invasión): «¿Quién suministrará agua a mi cabeza y una fuente de lágrimas a mis ojos para que pueda llorar la ruina de los hispanos y la calamidad del pueblo de los godos?»; xxiiii, 36-37: «...al conocer las hazañas que su lugarteniente Tárik estaba logrando sobre los hispanos...»; VIII, vi, 59-60 (en camino hacia Las Navas de Tolosa): «...tras la partida de los que abandonaron la cruz de Dios ante las dificultades, los hispanos solos, junto con los pocos ultramontanos citados más arriba, iniciaron esperanzados el camino hacia la batalla del Señor». Son ejemplos suficientes para darse cuenta de que los hispanos son los iberos, los godos y los habitantes de los reinos cristianos de la península: Castilla, León,

---

[96] III, xxi, 29-36.

[97] Sobre esta cuestión puede consultarse el libro de J. A. Maravall *El concepto de España en la Edad Media*, Madrid, 1954.

Aragón, Navarra y Portugal. Y también los musulmanes. Si en el caso que acabamos de ver en III, xxiiii, Tárik, recién llegado como invasor, está destrozando a los hispanos, sus descendientes, con el tiempo, alcanzarán la carta de naturaleza hispana. Al final de la crónica, en VIIII, xiii, 20, el árabe Abenhut se hace con el poder de la «Andalucía de los hispanos»; a la que líneas más abajo vuelve a mencionar, para que no haya dudas, como la «Andalucía peninsular», *Vandalia cismarina*, siendo *Vandalia* la traducción de Al-Andalus, «todos los reinos árabes», y *cismarina*, la porción peninsular de éstos que está habitada ya por hispanos.

Sin embargo, a pesar de tanta orginalidad, don Rodrigo está inserto en una tradición de la que no se puede librar, y su línea argumental no va a diferir mucho, en principio, de lo que se estilaba por entonces. Dice en el Prólogo que va a hacer un relato «...de las antigüedades de España y también de lo que acaeció en los tiempos antiguos y modernos, y para que a través de la investigación de mis escritos hiciera llegar a conocimiento de vuestra curiosidad los pueblos de los que España sufrió calamidades y el origen de los reyes hispanos y las hazañas de los que persiguieron las glorias de sus antepasados con gloriosa imitación...» [98]; las grandezas de los godos «las he continuado hasta el tiempo que me precedió, añadiendo algunas leyendas que se cuentan de ellos, y también los desastres que con antelación sufrió España» [99]; y todo ello «desde los tiempos de Jafet, hijo de Noé, hasta el vuestro, gloriosísimo rey Fernando» [100].

El inicio de la crónica arranca, como es de suponer, del pasado bíblico. Dedica el primer capítulo a Moisés y sus hijos después del diluvio; el segundo, a Jafet y los suyos; y ya en el tercero se centra en la figura de Tubal, hijo de Jafet, cuyos descendientes, los cetúbales, fueron los primeros habitantes de España «tras recorrer distintas provincias buscando un asentamiento» y los que le dieron su primer nombre, Hesperia, y realizaron las primeras construcciones, pasando a llamarse celtiberos por el río Ebro, y aquella zona, Celtiberia. Se extienden por el resto de la península dejando a su paso nombres y costumbres, y tienen distintos jefes «entre los que se cuentan Gerion y otros que llegaron hasta la época de Hércules».

Los dos siguientes capítulos los dedica a la historia de Hércules, que llega a Hesperia por Gades. Enlaza aquí con la narración anterior, pues por entonces reinaba en la parte occidental Gerion, al que Hércules da muerte y arrebata sus posesiones, poniendo a continua-

---

[98] lín. 55-60.
[99] lín. 77-79.
[100] lín. 72-73.

ción nombre a diversos lugares: Galicia, Lusitania, Híspalis. Pasa después a la parte oriental y expulsa de allí a Caco, que huye a Italia. Da también el nombre a distintas ciudades: Tarazona, Urgel, Ausonia, Barcelona. El capítulo concluye con el dato que más le interesa al Toledano de toda la historia de Hércules: encomienda el gobierno de aquella tierra a «Hispán, un noble al que había criado desde la adolescencia, y por el nombre de éste llamó España a Hesperia»[101]. Ya tiene el Toledano el nombre y los habitantes de lo que va a tratar su historia.

El cap. vi es una digresión clásica, basada en Virgilio, sobre la muerte de Caco y Hércules. Y el vii, el último dedicado a los orígenes fabulosos de España, versa sobre el rey Hispán, su buen hacer y las construcciones que llevó a cabo.

R. B. Tate cree que el Toledano vio en Hércules «la clave para una etnología clásica de la monarquía española», ligando así a España con el mundo clásico, a la manera de lo que en Francia e Inglaterra hicieron Fredegario y Godofredo de Monmouth. «Fue probablemente la política internacional la que le incitó a llenar ese vacío de la historia española»[102]. Y en la página siguiente añade: «El propósito del Toledano es, deshaciendo el laberinto mitológico y bíblico de Isidoro y el Tudense, proveer a la dinastía española de un título de nobleza, según el modelo de Eneas y su fundación de Roma». Es cierto que el Toledano no fuerza la mitología y que el desarrollo de los hechos, como hemos visto, es más o menos lineal y admisible. Pero también es cierto que la figura de Hércules no sale bien librada en la obra de Jiménez de Rada. Si se exceptúa esa digresión clásica del cap. vi, repito que basada en Virgilio, Hércules aparece como un invasor que viene a turbar la idílica tranquilidad de aquella tierra. Dice el autor en v, 46 ss.: «Y tras conquistar, o mejor, devastar España, que desde sus orígenes, tan pronto como la habitaron los cetúbales, disfrutaba de una pacífica prosperidad, la espada de Hércules puso bajo el yugo de los griegos a sus desgraciadas gentes, a las que la larga tranquilidad había hecho pacíficos e indolentes». Las dos ocasiones en que aparece incidentalmente en la narración con posterioridad al relato de su muerte dejan mucho que desear en cuanto a su condición de héroe por excelencia. La primera de ellas tiene lugar en I, xii, 55 ss., en que Hércules vence a la reina amazona Oritía «más por engaño que en

---

101 lín. 52. *Hispan* e *Hispania*, en latín. Si traduzco *Hispania* por España —aparte de que por entonces la segunda era la pronunciación de la primera—, no es, evidentemente, para identificarla con lo presente, sino con lo que creía el Toledano. Tengo presentes las teorías de don Américo Castro sobre España y los españoles de aquel tiempo.

102 *op. cit.*, págs. 16-17.

combate leal», y aunque la deja en libertad, huye poco después a Grecia lleno de temor. El otro pasaje pertenece al Llanto por España tras la invasión árabe, en III, xxii, 7-8: «Ya surgen otra vez los estragos de Hércules». Y la *Historia de los romanos* la inicia el Toledano con estas palabras: «Como en anteriores pasajes he contado los zarpazos de Hércules que padeció el desgraciado pueblo de los hésperos...» En consecuencia, Hércules es para don Rodrigo el primer invasor de España, el iniciador de todas las invasiones que a lo largo de la historia va a sufrir su tierra, incluida la de los árabes («que ojalá sea la última», dice en el Prólogo de la *Historia Arabum*).

Si hay algún intento, que no lo creo, de establecer una conexión clásica para la monarquía española, no es desde luego a través de Hércules. Podría ser en todo caso a través de Gerion, el personaje mitológico al que el Toledano da un asentamiento en España y unos antepasados en los cetúbales. Pero son estos últimos el principio de todo en cuanto que primeros habitantes de España, y Fernando III no es descendiente de romanos o godos, sino precisamente «de los primeros habitantes de España» [103], con lo que la conexión sería bíblica y no clásica, pues los romanos también son invasores y destructores de España, aunque su presencia en ella pasa totalmente desapercibida en la crónica, salvo en referencias indirectas sobre sus efectos. Volvamos al Llanto por España: «Ya surgen otra vez los estragos de Hércules, ya vuelven a supurar las heridas cicatrizadas de los vándalos, alanos y suevos. La que en tiempo atrás fue herida por la espada de los romanos, sanada luego por la medicina de los godos...»

Los godos aparecen en la crónica en el cap. viii del lib. I. Al final del capítulo anterior el Toledano despachaba un amplio período de tiempo afirmando sin más que España —después de Hispán, es de suponer— permaneció sometida a la esclavitud de los griegos hasta la época de los romanos, y «durante un período intermedio el reino, roto, quedó al arbitrio del saqueo de cuantos querían y no pudo evitar su devastación, como la presa que a dentelladas se disputan los leones» [104]. Ya no volverá a tratar de España hasta que los godos lleguen a ella. Dejando de lado los orígenes fabulosos de España, y reduciéndolos a los siete primeros capítulos, el Toledano pasa a tratar de los godos con estas palabras: «Así pues, ya que un requerimiento mayor me ha obligado a relatar el origen y los hechos de los godos, los he compuesto y relatado hasta nuestros días según lo que he podido recoger de las distintas obras de los historiadores». Y empieza a contar las distintas teorías sobre su origen, las migraciones que emprendieron

---

103 Pról. 84.
104 lín. 14-16.

y los asentamientos que ocuparon, la historia de las amazonas, sus combates y victorias sobre persas, griegos, romanos, hunos y demás pueblos, su conversión al arrianismo y la última fase de sus relaciones con Roma, que concluyen, en II, v, con la invasión de Italia y la destrucción de su capital por Alarico.

En el capítulo siguiente se inicia el contacto de los godos con España. Ante el empuje de éstos penetran en la península los vándalos, los alanos y los suevos, que sojuzgan aquellas tierras. Ataúlfo, ya lo hemos visto antes, «al tener conocimiento de los desmanes de los bárbaros, comenzó a apiadarse de las desgracias de los hispanos y a poner coto a las correrías de los vándalos». Eso mismo van a seguir haciendo desde su reino de Tolosa hasta que acaben por asentarse en España y establezcan su capital en Toledo. Los godos, por tanto, no entran en España como invasores, sino para ayudar a los hispanos, a los descendientes de los cetúbales. Y al igual que éstos, su llegada a España se produce «después de recorrer (...) casi todas las provincias de Asia y Europa»[105].

Los godos, «a cuyos reyes tuvieron los siglos por principales entre todos los príncipes»[106], son, para don Rodrigo, los forjadores de la unidad española y los que logran la mayor extensión territorial y el más floreciente momento cultural[107]. El reino godo es el modelo a seguir en los tiempos que escribe el Toledano, en los que España, la entidad geográfica supranacional de la que escribe su historia, está partida en cuatro reinos cristianos, además de los árabes del sur. No creo que el Toledano vea una continuación del reino visigodo en el asturiano, ni en el leonés, ni mucho menos en el castellano. Las Crónicas Asturianas sí lo veían así y un cierto tufillo de ello ha quedado en la obra de don Rodrigo, sobre todo en el lib. IIII, pero sólo como mimetismo inconsciente de sus fuentes. Para el Toledano el reino de los godos acaba con la invasión de los árabes y lo que surge después es algo completamente diferente porque las circunstancias y los tiempos también lo son. Lo que echa de menos no es la recuperación de aquella tradición y aquella organización política porque sí, sin más, sino en cuanto que superadora de los localismos que impiden el crecimiento de España frente a naciones como Francia e Inglaterra. El mismo Toledano, un navarro trasplantado en Castilla, educado en el extranjero, con una formación muy superior al resto de sus compatriotas, con una admiración mal disimulada hacia la riqueza cultural de los árabes peninsulares, con estancias frecuentes y contactos impor-

---

[105] III, xxii, 24-25.
[106] lín. 75-76.
[107] v. III, xvi, 12-21, donde introduce una primera alabanza de España.

tantes en países al otro lado de los Pirineos, creyó que lo que necesitaba España para encauzar sus energías vitales y recuperar el pasado esplendor cultural era una conciencia común de nación por encima de cada uno de los reinos, y el mejor modo de conseguirlo radicaba en el logro de una memoria histórica también común a todos, pues «casi se desconoce ya la gente y el origen de los habitantes de España» [108]. Con esa finalidad escribe la historia de España, aunque su centro de mayor atención esté en Castilla, que era el reino que por entonces encarnaba la mayor potencia y tenía a su alcance las mayores posibilidades de llegar a las metas que él estimaba ideales. También estoy bastante de acuerdo con Tate cuando dice que «la historia del Toledano surge únicamente de las aspiraciones de Castilla a ser reconocida como igual en el trato internacional» [109], o más adelante, «su historia está compuesta definidamente con un ojo puesto en la escena europea» [110]. En suma, el Toledano escribe su obra «para pregón de nuestro pueblo» [111].

Su plan historiográfico de relatar los hechos desde Jafet hasta Fernando III va a ser lineal, seguido casi con escrupulosidad. Ya incluso en el primer capítulo dice que deja de lado a los hermanos de Jafet porque quien le interesa es éste [112]. Pero la continuidad de su hilo narrativo no va a ser óbice para que trate otros muchos asuntos, aunque considerándolos siempre como digresiones aisladas, después de las cuales se vuelve inmediatamente al asunto principal. La técnica viene a ser casi siempre la misma: algo que ocurre en ese asunto principal le da pie para introducir la digresión, y tan pronto como acaba, añade más o menos la misma frase, por lo general al inicio del capítulo siguiente: «Volvamos ahora al hilo de la narración, del que nos hemos apartado». Los casos son numerosos: I, xii, las amazonas; IIII, iii, el traslado de las reliquias y la cuestión de la primacía; xi, la conquista de las ciudades; V, i-iii, los condes de Castilla; xxi-xxiiii, los reyes de Navarra; VI, i-v, los reyes de Aragón; xx, la familia de Alfonso VI; VII, v y vi, los reyes de Portugal; x, los almohades, etc. Ya vimos que algunas de esas digresiones las utilizaba para refutar otras opiniones; pero, por lo común, la finalidad que tienen es suministrar datos al lector sobre algo que va a incidir en el relato principal a partir de entonces y sobre lo que el lector debe estar informado, como es el caso de los sucesivos reyes de Navarra, Aragón y Portugal, que irán desfilando en tanto en cuanto sus relaciones con los de León o

108 Pról. 51-53.
109 *op. cit.*, pág. 15.
110 pág. 18.
111 Pról. 89.
112 lín. 40-41.

Castilla lo hagan preciso [113]. Con todo ello el Toledano persigue y consigue la necesaria ambientación histórica para que los hechos no aparezcan descarnados, hilados sin más uno tras otro.

Si a cuanto hemos dicho se añade el intento de interpretación de los sucesos y la búsqueda de sus causas (hay incluso algunos capítulos, como III, xvii y xx, que así lo expresan en sus títulos), y la ingente cantidad de personajes de toda condición que aparecen en el relato, podemos entonces hacer nuestras las palabras de Amador de los Ríos: «Una obra pues que abarcaba tan largo espacio de tiempo, dando no escasa representación a las tradiciones populares, y comprendiendo bajo una misma narración los principios y sucesivo engrandecimiento de las diversas monarquías nacidas de los escombros del imperio visigodo; una obra sometida a un plan propiamente histórico, y escrita en un latín muy superior a cuanto se conserva de aquella edad, debía ser y fue en efecto, al mediar el s. XIII, una verdadera novedad literaria, ejerciendo notable influencia, o mejor dicho, dando nuevo aliento y vida a los ensayos que habían tenido por forma primera los descarnados *Anales*, escritos en los primeros días de la misma centuria» [114].

La verdad es que Alfonso X no lo tenía tan difícil.

* * *

Por último, un breve apunte sobre la fecha de redacción de la obra. En el remate de la crónica afirma que la termina el jueves 31 de marzo de 1243, cuando la sede apostólica llevaba vacante un año, ocho meses y diez días; la realidad es que el 31 de marzo de 1243 fue martes y que Gregorio IX había muerto el 28 de agosto de 1241, por lo que en el cómputo del Toledano sobran un mes y siete días [115]. Algo no encaja.

El título del último capítulo versa sobre la boda de Fernando III con su segunda esposa Juana de Ponthieu, que tuvo lugar en noviembre de 1237. Los datos más tardíos que ofrece son: al final de VI, v, el compromiso del primogénito de Fernando III, el futuro Alfonso X el Sabio, con Violante, hija de Jaime I el Conquistador, que debió de producirse hacia 1240 [116]; la entrega de unas poblaciones andaluzas, en 1241, también en el último capítulo de la obra; y en el anterior,

---

[113] No hay mención al condado de Barcelona porque, supongo, el Toledano lo considera parte integrante del reino de Aragón.

[114] *op. cit.*, págs. 420-421.

[115] Fue el Prof. J. González quien me llamó la atención sobre este punto.

[116] v. F. Valls-Taberner, «Relacions familiars y politiques entre Jaume el Conqueror i Anfos el Savi», en *Bulletin Hispanique*, XXI (1919), págs. 9-10.

la donación que el rey Fernando hizo de Lucena a la iglesia de Córdoba, que tuvo lugar el 21 de julio de 1241. Pero, sin embargo, hay que tener en cuenta que a partir de 1236 no cuenta prácticamente nada. Hay que descartar en seguida la posibilidad de que hubiera escrito con anterioridad a esa fecha, hubiera suspendido la redacción y añadido algún dato más poco antes de entregarla a Fernando III. Ya vimos la profusa utilización que hace el Toledano de la obra del Tudense, que fue terminada en 1236. Por tanto, es después de esa fecha cuando don Rodrigo escribe su obra. Por otra parte, en VIIII, x, 6 habla del vigésimoquinto año del reinado de Fernando III, que fue coronado en 1217. Está, entonces, escribiendo en 1241 ó 1242[117]. Pero, ¿por qué ese vacío casi absoluto a partir de 1236? ¿Nos hemos quedado, quizás, cortos al tratar la dependencia del Toledano con respecto al Tudense, de modo que se podría pensar que es éste quien le suministra las ideas y que, una vez concluida su obra con la toma de Córdoba, se siente el Toledano incapaz de seguir escribiendo? O, ¿por qué ese final tan poco brillante, cuando Murcia está a punto de caer en manos del primogénito Alfonso, lo que pondría un digno colofón a obra tan bien ideada? Me inclino a pensar, más bien, en algo que debió de ocurrirle al autor, quizás aquella crisis depresiva de 1238 o su despego de Fernando III. La confusión histórica que se advierte en algunos capítulos del último libro, sobre todo en el xii, sobre acontecimientos en los que él mismo participó, lleva a la conclusión de que al Toledano, por lo menos, le fallaba la memoria. ¿Está intentando refutar las acusaciones de los racioneros con el relato, en VIII, xiiii, de su benemérita actuación en el castillo de Milagro y la hambruna de aquel año, él, que tan aséptico es con el Toledano-personaje? ¿Está tratando de echarle en cara algo al rey con el cap. xviii del libro VII, «Sobre la alabanza de la fe y de la lealtad», que no viene a cuento? No lo sé, pero desde luego en todo esto hay algo que no cuadra.

La traducción

Creo que la presente es la primera traducción completa y directa de *De rebus Hispanie* del Toledano. Si bien desde el mismo s. XIII comenzaron a aparecer en seguida una serie de traducciones de todo tipo y en diferentes lenguas, sin embargo ninguna de ellas respetaba

[117] J. González (*...Alfonso VIII*, pág. 11) cree que, para la batalla de Las Navas de Tolosa, tal vez pudo utilizar un relato personal hecho a raíz de la campaña.

con fidelidad el texto latino, y mucho menos las editadas por Paz y Melia en los vols. LXXXVIII y CV-CVI de la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*[118]. Pero me ha sido siempre muy útil la *Primera Crónica General*, que también se puede considerar como otra traducción e incluso como otro códice[119].

Ni que decir tiene que la traducción la he realizado sobre mi edición del *Corpus Christianorum*. Advierto esto, aunque parezca obvio, porque se diferencia de las anteriores en no pocos pasajes y, a pesar de que casi siempre hago constar en las notas esas discrepancias, alguien que no lo tuviera presente y la confrontara con alguna de aquéllas podría creer que me he ido por los cerros de Ubeda, lugar, por cierto, tan reputado en la crónica. Los números de las líneas de los capítulos, tanto en las citas como en los índices, responden a los de la versión latina de mi edición, y los que figuran en los márgenes de la presente intentan reproducir aproximadamente aquella numeración, cosa que no siempre se consigue porque la traducción obliga a veces a alterar el orden de las líneas.

Como se podrá advertir en seguida, el estilo de don Rodrigo contiene una serie de características que se repiten a lo largo de toda la obra. En primer lugar, y en esto tampoco se sustrae a la tradición anterior, el continuo uso de las conjunciones copulativas para unir no sólo oraciones, sino párrafos y capítulos; en segundo lugar, la absoluta prevalencia de las oraciones consecutivas sobre las de cualquier otro tipo, de manera que casi todo viene dado en una relación causa-efecto; en tercer lugar, la abusiva utilización de la partícula *autem* al comienzo de la mayoría de las oraciones, y que he traducido por «a su vez» o «por su parte»; y por último, el poco juego que el Toledano da a los pronombres personales, prefiriendo, por lo general, repetir el mismo nombre; en la traducción este defecto está casi siempre enmascarado y se ha utilizado el pronombre para hacerla más ligera y menos repetitiva; pero en alguna ocasión lo he dejado tal cual para hacer constar ese rasgo. A todo esto hay que añadir algunos cambios de tiempo en las oraciones coordinadas, rasgo común, por otra parte, a muchas crónicas. Como es lógico, en la traducción se han respetado con escrupulosidad, y no se trata de erratas, como alguien podría suponer. Asimismo he reproducido en no pocas ocasiones

[118] Sobre las traducciones en romance de las obras del Toledano y su fortuna son fundamentales dos artículos: B. Sánchez Alonso, «Las versiones en romance de las crónicas del Toledano», en *Homenaje a Menéndez Pidal*, I, Madrid, 1925, págs. 341-354; y D. Catalán, «El Toledano romanzado y las Estorias del fecho de los godos del s. xv», en *Estudios dedicados a J. H. Herriot*, Universidad de Wisconsin, 1966, págs. 9-102. A ellos remito para cualquier dato.

[119] v. las págs. 873-875 del vol. II de la ed. de Menéndez Pidal.

las frecuentes repeticiones de la misma palabra o de palabras de la misma raíz en que incurre el autor, pues en obra de estas característi-cas creo preferible la literalidad al embellecimiento.

En algún momento, sobre todo en los cap. xxvi-xxviiii del lib. VII, nos vamos a encontrar con un estilo completamente distinto del habi-tual, y absolutamente original del Toledano. Don Américo Castro ya llamó la atención sobre esas frases paralelísticas y rimadas, de regusto bíblico y árabe, que resaltan muy mucho dentro del serio estilo his-tórico que impregna toda la obra [120]. Pero aunque en ocasiones alcanza momentos de gran brillantez, como en los cap. xxi y xxii del lib. III, en otras incurre en las más pueriles redundancias.

Los nombres de personas y lugares están actualizados en la me-dida de lo posible; los árabes, sólo transcritos, que, a mi entender, es lo mismo que hacía el Toledano. Recomiendo la utilización tanto de los índices como de las relaciones de reyes que aparecen al final, para poder seguir con más facilidad el relato y no perderse en la ma-raña de tanto personaje. Esa es la finalidad que tienen los nombres de los reyes y sus fechas correctas que he añadido en los márgenes, y las notas, que carecen de cualquier pretensión erudita.

En definitiva, lo que he pretendido es que Jiménez de Rada hable por sí mismo y que su voz se oiga con la mayor claridad posible, sin meterme a averiguar a cada momento qué fue lo que ocurrió en reali-dad, porque eso sería reescribir la historia.

---

120 *La realidad histórica de España*, 4.ª ed. renovada, México, 1971, págs. 413-417, cuya lectura recomiendo por lo sugerente de sus ideas.

COMIENZA LA HISTORIA GOTICA, COMPUESTA POR RODRIGO, SACERDOTE DE LA IGLESIA DE TOLEDO



A su señor, el serenísimo, invicto y siempre augusto Fernando,
por la gracia de Dios rey de Castilla y Toledo,
León y Galicia, Córdoba y Murcia,
Rodrigo, indigno sacerdote de la silla de Toledo,
(dedica) esta obrita, y al Rey de reyes con eterna devoción

PROLOGO

La fiel antigüedad y la antigua fidelidad de los primitivos, maestra y madre de los venideros, creyó que sería tenida en poco si estimaba que ella había nacido para su exclusivo beneficio. Pero como a través de los hechos inmateriales de Dios comprendieran que, por causa de la muerte, no podían subsistir los conocimientos que sobre los comportamientos de las criaturas habían ido acumulando poco a poco con la ayuda de la divina revelación, el trabajo constante, la enseñanza, la experiencia, la memoria y la inteligencia, a fuerza de intentos lograron transmitir a sus descendientes los hechos probados y el significado de las figuras y, teniendo por guía al espíritu, abarcaron el presente y anticiparon el futuro por medio de averiguaciones. Pero el olvido, eterno enemigo de la memoria, y la incuria que siempre le acompaña velaron lo que la escrupulosidad había descubierto. Sin embargo, con el fin de que el abandono, enemigo del saber, no cerrara los caminos del conocimiento, quienes tenían a la sabiduría como punto de referencia y la anteponían a todo lo demás inventaron los signos de las letras y las unieron en sílabas para formar con ellas palabras con las que, como los tejedores con el hilo y el tejido, se pudiese formar el discurso, y, por medio de ello, comunicaran a las siguientes generaciones lo pasado como si fuera del momento y, con la escritura, preservaran para el futuro el permanente avance de las artes liberales y los útiles inventos prácticos. El curso de las estrellas, el movimiento de los planetas, la posición de los signos, el efecto de los astros —todo lo cual lo halló el infatigable afán de los astrónomos—, las partes

de la geometría de las figuras, la diferencia de los grados, la distancia de los puntos, con qué obstáculo se ennegrece la resplandeciente luna, con qué eclipse se oscurece el brillo del sol, con qué método tuvieron conocimiento de las hierbas y su eficacia en la práctica, todo esto, si no existiera la escritura, ¿qué mente podría, por más esfuerzo que aplicara, recordarlo —y no digo ya hallarlo— si no le hubiera precedido la noticia de lo que antecedió y que los primitivos dejaron por escrito a sus descendientes? Pero como las aficiones de los hombres son tan enormemente dispares, su infatigable preocupación relató con idéntica sabiduría e igual afán las acciones de los sabios y de los necios, de los fieles y de los paganos, los valores católicos y mundanos, las leyes canónicas y civiles, con la finalidad de que por medio de todo ello el curso del mundo prosiga con rectitud; también las hazañas de los príncipes, a algunos de los cuales la indolencia hizo despreciables y a otros la sabiduría, la valentía, la generosidad y la justicia los consagró para los siglos venideros, a fin de que se vea a las claras cuán diferente fue el final de cada uno y aprendan los descendientes a basarse en los buenos ejemplos y a apartarse de la senda de los malos, porque aunque parezca que el Señor se olvida ocasionalmente de los buenos, al final no les niega su misericordia, y también, si los impíos tienen éxito alguna vez, se debe a que son empujados hacia arriba para que su caída sea mayor. Pues, sobre la creación del mundo, la sucesión de los patriarcas, la salida de Egipto, la ley antigua, los reyes de Tierra Santa, su aniquilación, la Anunciación, Nacimiento, Pasión, Resurrección y Ascensión del Señor Jesucristo, una vez que la muerte ha eliminado a los testigos, ¿quién podría saber algo con exactitud si no dejaran fe de ello las obras canónicas o los Evangelios? Estamos tanto más obligados a sus autores en cuanto que por su doctrina nos adentramos en el conocimiento del pasado. Del mismo modo, sin la escritura habrían desaparecido del recuerdo los gloriosos combates de los romanos y de los demás pueblos que con sorprendente variedad existieron en el mundo. Pues como el devenir de las Españas, repetido bajo las sangrientas catástrofes de los distintos reyes, no sólo ha cambiado su lengua sino que ha olvidado el principio de su raza, sacudida por la diversidad de sus gobernantes, casi se desconoce ya la gente y el origen de los habitantes de España. Por tanto, ya que la excelencia de vuestra majestad tuvo a bien recurrir a la ignorancia de mi pobre persona para que me afanara en relatar, a petición vuestra, lo que viniese a mi memoria de las antigüedades de España y también de lo que acaeció en los tiempos antiguos y modernos, y para que a través de la investigación de mis escritos hiciera llegar a conocimiento de vuestra curiosidad los pueblos de los que España sufrió calamidades y el origen de los reyes hispanos y las

hazañas de los que persiguieron las glorias de sus antepasados con gloriosa imitación, yo, ciertamente, me siento incapaz de negarme a los ruegos de tal y tan magnífico señor y, por respeto, me veo obligado a intentar lo que a duras penas me es posible. Pues en la época de la destrucción de los árabes los escritos y los códices acompañaron en la muerte a la patria, salvo los pocos que se salvaron por el cuidado de los diligentes. De esta forma, a partir de las obras de los Santos Isidoro e Ildefonso y de Isidoro el Joven [1] y de Hidacio, obispo de Galicia, y de Sulpicio de Aquitania y de los Concilios de Toledo y de Jordanes, canciller del sacro palacio, y de Claudio Ptolomeo, magnífico descriptor del orbe de la tierra, y de Dión, que fue escritor cierto de la historia goda, y de Pompeyo Trogo, que fue infatigable descifrador de las historias orientales, y de otros escritos que, leídos con trabajo en pergaminos y pieles, con más trabajo recopilé, me he esforzado con honestidad, en la medida de mis posibilidades, para poner en pie la historia de España que con tanto interés me pedisteis, desde los tiempos de Jafet, hijo de Noé, hasta el vuestro, gloriosísimo rey Fernando. Entre todos los príncipes los siglos tuvieron por principales a los reyes de los godos y los transmitieron de generación en generación, y sus grandezas las he continuado hasta el tiempo que me precedió, añadiendo algunas leyendas que se cuentan de ellos, y también los desastres que con antelación sufrió España, lugar en el que se asentaron como posesión definitiva después de haber recorrido y asolado las provincias de Asia y Europa, y donde también padecieron el juicio de Dios por medio de los árabes en el reinado de Rodrigo. Así pues, para vos, ínclito don Fernando, rey de Castilla y Toledo, León y Galicia, Córdoba y [Lusitania] [2] Murcia, descendiente de los primeros habitantes de las Españas, yo, Rodrigo, indigno sacerdote de la silla de Toledo, con torpe pluma y escasa sabiduría he recopilado para pregón de nuestro pueblo y gloria de vuestra majestad no sólo las batallas que Hércules realizó contra los antepasados y los castigos morales que los romanos les infligieron, sino también las ruinas en las que desaparecieron los vándalos, silingos, alanos y suevos, según he podido recoger de los escritos antiguos y de la fiel narración, pidiendo perdón por haberme atrevido a entregar a la curiosidad de los lectores y a poner al alcance de tan gran rey un presente tan pequeño.

ACABA EL PROLOGO

[1] Sobre la identidad de estos escritores, v. Introducción, pág. 34.

[2] El reino de Badajoz y no el de Portugal. Creo que es un añadido posterior porque rompe la construcción por parejas y porque no aparece en la dedicatoria. Lo mismo ocurre en VI, v, 42.

HISTORIA DE LOS HECHOS DE ESPAÑA
O
HISTORIA GOTICA

LIBRO PRIMERO

Cap. I[1]

Según atestigua la verdad del Génesis, que escribió Moisés con espíritu profético, la estirpe humana anduvo errante, huidiza y sin rumbo en una tierra de miseria hasta que, desbordándose los pecados de los hombres, muertos los demás por el desencadenamiento de un diluvio, sólo Noé y sus hijos y las esposas de éstos fueron preservados bajo la protección de Dios como sementera de la estirpe humana. Estos eran los nombres de sus hijos: Sem, Cam y Jafet. Sin embargo, sus descendientes, olvidados ya del castigo de los pecadores, volvieron a incurrir en las faltas expiadas, y deseando rivalizar con el Altísimo construyeron una torre como expresión de su soberbia. Pero, iguales a Lucifer en su pecado, en igual abismo se precipitaron. Y lo mismo que entonces, los distintos ángeles asumen distintas ocupaciones, de modo que, al estar todas las cosas contenidas en la esencia divina, asisten a ésta en todo momento y lugar, y por medio de ellos se organizan en la tierra las tareas de la salvación. Ciertamente los buenos, completamente parecidos a éstos, tienen a la vista el juicio de la majestad divina, y temiendo ofender al Altísimo por respeto filial, intuyen ya la dulzura de Dios, aunque como entre brumas. Sin embargo, los otros ángeles que, envidiando al hombre, lo maltrataron

[1] El ms. B, con otra mano distinta, da al margen el título *El fundamento de esta historia*; los editores anteriores, *Sobre el fundamento...*

e intentaron causarle la muerte, no escapan al castigo de Dios, sino que siempre se ven acompañados del pecado y el castigo. Y del mismo modo los malos, que llevan consigo el estigma de la iniquidad, están atormentados por el deseo de placeres. Y así la estirpe de Noé erraba sin asentamiento fijo por Caldea, la Siria de Damasco y Armenia Mayor, o Asiria, en la que se dice que está situada Nínive [2], mientras que las demás regiones de Asia, Africa y Europa permanecían solitarias, libres de habitantes y agricultores, hasta que, al poner fin la soberbia a la unidad del habla, una división separó los comienzos de nuestra raza. Y como la diversidad de las lenguas trastocó los hábitos, costumbres e intenciones de quienes antes hablaban la misma, a cada región le correspondió una lengua distinta, y de acuerdo con la forma de cada una de ellas crearon distintos pueblos, y una vez separados unos de otros en la distancia, formaron las provincias y las patrias, y cada lengua establecía la diferencia con el vecino; y alejados no tanto por la separación como por el odio, escogieron lugares tranquilos en los que establecieron asentamientos cómodos; y no contentos con sus propios límites, se dedicaron a invadir a los vecinos, y de las afrentas surgieron la muerte y la guerra, y les dieron sus nombres *a sus tierras y a sus descendencias* [3]; finalmente dividieron las lenguas en dialectos. Los hijos de Sem ocuparon Asia, mas no por completo; los de Cam, Africa; los de Jafet poseyeron desde los montes Amano y Toro, de Cilicia y Siria [4], que están en Asia, y toda Europa hasta Gades de Hércules, en los confines de España. Y considero que lo que los hijos de Cam y Jafet tuvieron en Asia lo fue por medio de la guerra. Pero puesto que es mi intención continuar en este libro con la descendencia de Jafet, dejo de lado en este punto a los otros hermanos.

Cap. II

Sobre Europa y la descendencia de Jafet

Europa, que tiene su comienzo en el río Tánais [5], limita por un lado con el mar Mediterráneo y por otro con el océano Septentrional y el Gaditano; me refiero al Tánais que nace en los montes Rifeos y que corre con tal rapidez que, cuando los cercanos ríos Meotis y Bós-

[2] Esto es, toda la zona situada entre el Mediterráneo, el Caspio y el golfo Pérsico.

[3] v. *Génesis*, 10, 20.

[4] Al S. de la península anatólica.

[5] El río Don.

foro se hielan a más no poder, es el único que al evaporarse en su caída desde los escarpados montes nunca se solidifica por el frío de Escitia [6]. Es el conocido límite entre Asia y Europa. El estrecho Gaditano, en los confines de Galicia, debe su nombre a Gades de Hércules; el océano Septentrional, a que contiene muchas islas hacia el Septentrión, a saber: Escandia [7], Frisia [8], Anglia, Hibernia [9] y otras menores. A continuación, todas las regiones adyacentes al Mediterráneo, con las islas que éste encierra, a saber: Mallorca, Menorca, Ibiza, Formentera, Córcega, Cerdeña, Sicilia, Mitilene [10], Venecia, Creta, Patmos, Ponto [11], Corfú, hasta llegar a la laguna Meótida [12]; también se sabe que la ciudad de Constantinopla está situada en Europa. Todos estos lugares, y hasta Gádara, que con Pela constituye la Decápolis [13], los poseyeron, según afirma Isidoro, *Gomer, Magog, Madai, Javán, Tubal, Mosoc y Tiras, hijos de Jafet, con sus lenguas y descendencias* [14]. Luego, de Asquenaz, hijo de Gomer, provinieron los reginos de Calabria (según Isidoro, Ascanec, del que descienden los sármatas o saurómatas, a quienes los griegos llaman reginos), de los que descienden los calabreses, sículos, apulleses y latinos, que habitaron el Lacio; de otro hijo de Gomer, Rifat, los paflagones (Paflagonia está junto a Galacia) [15], y como dice Cornelio Nepote, los paflagones, tras llegar a Italia, fueron llamados vénetos, de quienes descienden los vénetos lígures y emilios; de otro hijo de Gomer, Togorma, los frigios, que llamaron Frigia [16] a su tierra. Por su parte, los hijos de Javán fueron: Elisa, del que descienden los griegos, llamados eolios; Tarsis, del que descienden los cilicios, que habitaron Cilicia, cuya metrópolis era Tarso; Quitim, del que descienden los citios (según Isidoro, los chipriotas, y según esto Cipro es descendiente de los hijos de Jafet, no de los de Sem), cuya ciudad se llamaba Citio; Rodanim, de quien descienden los rodios, cuya ciudad se llama Rodas. Según Josefo e Isidoro, de Gomer, hijo de Jafet, descienden los gálatas, que en latín se llaman galogriegos, pues en otro tiempo, al invadir los galos senones [17] una parte de Grecia, por galos y griegos se hablaba de Galacia como de Galogrecia. De Magog

[6] Toda la zona N. del mar Negro.
[7] Escandinavia.
[8] En la costa holandesa y alemana del mar del Norte.
[9] Irlanda.
[10] La isla de Lesbos.
[11] No creo que se trate de la isla de Pontia (Ponza), cerca de Nápoles, sino del mar Negro.
[12] El mar de Azov.
[13] En Palestina.
[14] v. *Génesis*, 10, 2-5, 20.
[15] En el N. y el centro, respectivamente, de la península anatólica.
[16] Al E. de la península anatólica.
[17] Tenían su asentamiento entre París y Lyón.

provienen *los escitas, que también se llaman maságetas* —y godos, según Isidoro—, los vándalos, suevos, alanos y hunos. De Madai, los medos, de quienes toma su nombre Media [18]. De Javán, los jonios, que también se llaman griegos, de quienes toma el nombre el mar Jónico, y de los cuales descendieron los griegos que habitaban en Troya y alrededores. Tras la destrucción de ésta, dos hermanos, Príamo y Antenor, llegaron por mar a Venecia; de ellos, después de la muerte de Antenor y su entierro en Padua, Príamo junto con sus acompañantes ocupó Germania, que fue *llamada así por él* y por su hermano Antenor; la cual ahora se llama Teutonia por Teutos, que equivale a Mercurio, y los latinos le dicen Lemania por el río Lemán. Acerca de esto dice Lucano: *Abandonaron las tiendas plantadas junto al cóncavo Lemán* [19]. Comprende estas regiones: Lotoringia o Brabantia, Westfalia, Frisia, Turingia, Sajonia, Suevia, Baviera, Franconia, Carintia y Austria; las Galias que se separaron de ella fueron llamadas Francia por el fraccionamiento de la patria y por la ferocidad de sus gentes. Y Bruto, que también llegó por mar desde Troya, por su nombre le dio el de Bretaña a lo que ahora se llama Anglia, y de aquélla saca el suyo la actual Bretaña Menor, conocida antes por Silvaria, que está a este lado del mar. De Mosoc, hijo de Jafet, descienden los capadocios, cuya metrópolis es Mázaca, a la que Tiberio César llamó Cesárea [20] por su nombre. De Tiras, los tracios o tiracios, según afirma Isidoro, y por el nombre de su padre llamaron Tracia [21] a la tierra *que habitaban. He contado estas cosas porque la narración que he* emprendido me obliga a decir algo sobre los habitantes de Europa.

Cap. III

Sobre los primeros habitantes y el primer nombre de España

El quinto hijo de Jafet fue Tubal, de quien descienden los iberos, que también se llaman hispanos según opinan Isidoro y Jerónimo. Los hijos de Tubal, tras recorrer distintas provincias buscando un asentamiento, se dirigieron hacia los confines de Occidente. Al llegar a España habitaron en primer lugar las cumbres de los Pirineos y fueron creciendo en distintas zonas, y al principio fueron llamados cetúbales, como si fueran el séquito de Tubal [22]; y tomando como referencia

[18] Entre el mar Caspio y Arabia.
[19] Lucano, I, 396.
[20] En el centro de la península anatólica.
[21] Más o menos, la actual Bulgaria.
[22] *cetus Tubal*, en latín.

una estrella que se oculta allí a la caída del sol, al ocaso de ésa le llamaron Véspero y a la estrella Héspero, y por ella le dieron a su patria el nombre de Hesperia. Por otro lado, se cuenta que Europa se llama así por una hija del rey Agenor a la que Júpiter raptó [23] y por cuyo nombre llamó así a la tercera parte del mundo. Aquéllos, tras la separación de las lenguas, con el fin de marchar a otras tierras y evitar la tiranía de Nemrod [24], se dividieron por lenguas y pueblos y utilizaron la lengua que ahora se llama latina. Del mismo modo, los otros hijos de Jafet que se asentaron en lugares de Europa tuvieron otras lenguas: los griegos, una, los blacos y búlgaros, otra, los cumanos, otra, los eslavos, bohemios y polacos, otra, los húngaros, otra, e incluso las islas de Hibernia y Escocia hablan sus propias lenguas. Pero Teutonia, Dacia [25], Noruega, Suecia —que recibe su nombre de los suevos y de los escitas—, Flandes y Anglia tienen una sola lengua, aunque se diferencian en dialectos. Escandia y las demás islas del océano Septentrional que pertenecen a Europa hablan otras lenguas. También Gales, que está junto a Anglia, y la Bretaña Menor, cerca de la costa británica, tienen sus lenguas propias; igualmente, los váscones y los navarros. Y extendidos de esta forma los cetúbales en distintos pueblos, bajaron a las llanuras de Hesperia y construyeron villas, aldeas y fortificaciones junto al río que ahora se llama Ebro, y al asentarse allí, los que antes se llamaban cetúbales se llamaron celtiberos por el río Ebro [26] a causa de la contaminación de las palabras; y por ello esta tierra se llama Celtiberia, que limita con el océano, el Mediterráneo, el Ebro y los montes Pirineos. Esta Carpetania [27] —que comprende cuatro enclaves, a saber: Oca, Calahorra, Tarazona y Auripa, que después fue llamada Cesaraugusta por Augusto César— fue ocupada por el poderío de los príncipes romanos, aunque, según cuentan Plinio y Sisebuto, pertenecía a la provincia Cartaginense. Avanzando luego hacia otras partes de Hesperia, legaron a las tierras sus nombres y costumbres, y en las distintas provincias tuvieron distintos jefes, entre los que se cuentan Gerion y otros que llegaron hasta la época de Hércules. Pues desde Paleg, en cuyo tiempo se produjo la separación de las lenguas, hasta Gedeón, bajo cuyo mandato nació Hércules, transcurrieron 1273 años; desde la muerte de Hércules hasta la toma de Troya, 13; desde la toma de Troya hasta Rómulo,

---

23 Metamorfoseándose *en un toro.*

24 Fundador del imperio babilónico.

25 En la antigüedad Dacia era, más o menos, la actual Rumania, pero aquí debe de referirse a Dinamarca: v. la n. 40 del lib. VII.

26 *Hiberus*, en latín.

27 El Toledano entiende por Celtiberia todo lo que hay al N. del Ebro, y por Carpetania, lo que hay al S.

el fundador de Roma, 442; desde Rómulo hasta los cónsules, 241. A partir de Tarquinio el Soberbio, el último de los reyes, los cónsules gobernaron al pueblo durante 463 años. Y tras éstos reinó en solitario Gayo Julio César 4 años y seis meses. Durante el consulado fueron asoladas Africa y España por Escipión, y dos cónsules, Tolemón y Bruto, fundaron Toledo 108 años antes de que Julio César comenzara a reinar, en tiempos de Ptolomeo Evergetis, rey de Egipto. Volvamos ahora a la historia de Hércules.

Cap. IIII

Sobre la entrada y la victoria de Hércules en España[28]

Cuando Hércules, luego de ocupar casi toda Asia, llegó a una roca de admirables y grandiosas dimensiones con la intención de apoderarse de ella y de la gente que allí se había refugiado y de obligar a sus habitantes a rendirse, se vio rechazado por un terremoto y se dirigió por mar a Libia llevando consigo al gran astrólogo Atlante, bisnieto del gran Atlante hermano de Prometeo, de quien se cuenta legendariamente que del barro había hecho a los hombres y les había infundido el alma; también se ha escrito que su nieto Mercurio destacó en tiempos de Moisés por su destreza en muchas artes. Hércules tenía a este Atlante en gran consideración puesto que se guiaba por sus consejos. Existía también un monte elevadísimo llamado Atlas; pero como Hércules honraba a Atlante sobremanera, por confusión de nombres escribió el poeta: *Con el apoyo de Hércules Atlas sostiene los astros*[29]. Llevaba también consigo a Traxilino, destacado músico, en previsión del peligro de las Sirenas, pues en este tiempo se dice que sucedió la aventura de los Argonautas, y en los confines de Hesperia construyó un puerto para sus naves, y en ese mismo lugar levantó unas torres solidísimas, que aún hoy se llaman Gades de Hércules, para que sirvieran de recuerdo a los venideros. En aquella época vivía en Hesperia un príncipe llamado Gerion, rico en rebaños de ganado de todo tipo y que poseía los tres reinos que ahora se llaman Galicia, Lusitania y Bética; por lo que a este Gerion, que además era fuerte y terrible, tradicionalmente se le describe con tres cabezas. Así, Ovidio, en el libro nueve de las Metamorfosis: *Ni la triple apa-*

---

28 Los editores anteriores titulan *Sobre la llegada y la victoria* (omite Nebrija) *de Hércules en España y su lucha con Gerion, de tres cabezas.*

29 Ovidio, *Heroidas*, IX, 18.

riencia del pastor ibero[30] *ni la tuya también triple, Cérbero*[31], *me conmovió*[32]. Igualmente en el libro de las Heroidas: *Triple prodigio el de Gerion, rico ganadero ibero, aunque era uno en tres*[33]. Más concretamente habla Virgilio de su muerte en el libro VII de la Eneida: *Cuando el Tirincio*[34], *vencedor tras matar a Gerion, alcanzó ya los campos Laurencios*[35] *y en el río Tirreno bañó a las vacas iberas*[36]. Hércules luchó contra Gerion y, pese a su temible valor, lo sometió en sucesivas batallas y lo venció quitándole su vida, su hacienda y sus ganados, y la parte de Hesperia que conquistó la entregó a las gentes que habían venido con él desde Galacia para que la habitaran; por lo que Galicia, la quinta provincia de España[37], recibió su nombre de los gálatas, aunque algunos le atribuyen otro origen.

Cap. V

Sobre las victorias de Hércules y la construcción de ciudades en España

Desde allí marchó hacia lo que ahora se llama Lusitania, y en los campos de ésta, cerca del río Ana[38], instituyó unos juegos para celebrar su victoria a imitación de las Olimpíadas que su abuelo materno Pélope creara en Olimpo, y a esta provincia le llamó Lusitania por los juegos[39] de su padre Líber, hijo de Júpiter, y por el río Ana, ya que en las Olimpíadas construían una imagen en honor de Júpiter Olímpico. De allí marchó a la Bética, y en la campiña que riega el Betis pobló la ciudad de Híspalis, dándole este nombre porque los primeros habitáculos sostenían su techo mediante el apoyo de palos, y en ella acomodó a los espalos, que habían venido con él desde las proximidades de Escitia. Esta provincia debe su nombre a su situación y a la del río, pues los hispanos llaman vegas a los valles poco escarpados. Se dice que en estos tres reinos gobernaba el ya nombrado

---

30 Gerion.

31 El guardián de los infiernos, de tres cabezas, víctima del último trabajo de Hércules.

32 Ovidio, *Metamorfosis*, IX, 184-185.

33 Ovidio, *Heroidas*, IX, 91-92.

34 Hércules, llamado así porque se había criado en Tirinto.

35 El Lacio.

36 Virgilio, *Eneida*, VII, 661-663.

37 Las otras cuatro serían Tarraconense, Cartaginense, Bética y Lusitania.

38 El Guadiana.

39 *Lusus*, en latín.

Gerion. Avanzando luego a través de la provincia Cartaginense, la devastó tras ocuparla, y a Caco, que residía en Carpetania y Celtiberia, lo venció en combate y lo obligó a huir. Se dice de éste que era hijo de Vulcano, y era muy conocida su morada habitual en un monte de Carpetania al que aún hoy se le conoce como el monte de Caco [40], que abunda en ganado mayor, menor y de caza y que se halla en lo más alto de la cordillera del Sirreo [41], que se extiende desde las cercanías de Lerma hasta las de Segorbe, en el Mediterráneo. Caco, sintiéndose de antemano perdedor del combate y siendo como era proclive a la huida, se dirigió hacia Lavinia [42], y por el temor que Hércules le inspiraba se refugió en una gruta de piedra, muy honda y oscura, situada en el monte que ahora se llama Aventino, cuya entrada la disimulaba una pesada roca sujeta con cadenas de hierro que él mismo había forjado con la técnica de su padre [43]. La leyenda cuenta que era medio hombre y medio animal, puesto que tenía un tremendo aspecto y provocaba un enorme espanto, y hostigaba con repentinas matanzas a los hombres de los alrededores y causaba una incontable mortandad tanto de hombres como de animales, cuyas cabezas clavaba con cruel arrogancia en sus repulsivas puertas, y con los desgraciados cuerpos saciaba la maldita voracidad de sus fauces. Mas Hércules pobló una ciudad en las faldas del monte de Caco con aquellos que habían venido con él desde Tiro y Ausonia [44] —sobre ésta dice Lucano: *Cuando había que despojar a la soberbia Babilonia de los trofeos ausonios* [45]— para perpetuar la victoria conseguida, ciudad a la que dio el nombre de Tarazona [46] por los tirios y los ausonios. Marchando en seguida desde allí a las fortificaciones de Celtiberia, hizo rendirse a sus habitantes. Y como los urgía con la guerra, levantó la ciudad de Urgel. Para mostrar aún más su agradecimiento a los ausonios que habían venido con él, conquistó una ciudad y sus tierras y se las entregó, y a la zona le dio el nombre de Ausonia, cuya ciudad hoy se llama Vigo. Seguidamente, tras dejar amarradas en Galicia ocho de las nueve naves que llevaba, atracó con la novena en la costa de Celtiberia, donde levantó una ciudad a la que llamó Barcelona por esa novena barca [47], y cautivado por las excelencias de los griegos regresó al varadero de las naves en el estrecho Británico [48]. Y tras conquistar, o mejor, devas-

40 Según la *Crón. Gen.*, el Moncayo (10 a 48-49).
41 El sistema Ibérico.
42 En el Lacio.
43 La forja de Vulcano.
44 Antiguo nombre de Italia.
45 Lucano, I, 10.
46 *Tirasona*, en latín.
47 *ex nona barcha Barchinonam appellauit.*
48 El canal de la Mancha.

tar España, que desde sus orígenes, tan pronto como la habitaron los cetúbales, disfrutaba de una pacífica prosperidad, la espada de Hércules puso bajo el yugo de los griegos a sus desgraciadas gentes, a las que la larga tranquilidad había hecho pacíficos e indolentes, ellos que por naturaleza son hostiles a la esclavitud, y les puso al frente a Hispán, un noble al que había criado desde la adolescencia, y por el nombre de éste llamó España a Hesperia. Hércules, por su parte, volvió a embarcar y marchó a Italia.

Cap. VI

Sobre la muerte de Caco, la destrucción de Ilión y la muerte de Hércules

Cuando Hércules, el héroe Tirincio, uno de los grandes héroes, llegó al lugar donde ahora tiene su sede la gloria de Roma llevando consigo los rebaños de Gerion conquistados en los confines de España, se detuvo con ellos en las faldas del monte Aventino junto a la orilla del río Tirreno [49], y mientras allí retozaban los nobles animales entre los amenos pastos en la ribera del famoso río, el Vulcanida [50] disfrutaba de la tranquilidad de un sueño reparador que nada hacía presagiar. Pero éste, para que a su maldad no le faltase ningún crimen sin probar, sustrajo arteramente del rebaño los cuatro toros más hermosos y otras tantas vacas de semejante apariencia, y para engañar al que las buscara las arrastró reculando hacia la cueva tirándoles del rabo. Cuando la aurora siguiente comenzó a enrojecer, el clavígero [51] emprendió su marcha habitual con el ganado, y las reses, al iniciar el camino, llenaron los escarpados valles con sus tristes mugidos, a cuyo estruendo contestó una desde la cueva y, de repente, puso al descubierto el robo del bandido. Entonces Hércules, fuera de sí, recorrió jadeante por tres veces el contorno del Aventino buscando en vano las reses robadas, aunque las huellas apuntaban más hacia fuera que hacia dentro. Pero por fin descubrió al medio animal sentado a la entrada de la cueva, y sobre la marcha arrancó el pico de un elevado monte mientras con la mano derecha hacía vibrar su clava de tres nudos. Mas el hijo de Vulcano, presa de un pánico descomunal, se refugió entonces a toda prisa en la cueva y taponó la entrada haciendo girar la mole de piedra. Al no poder hallar Hércules la entrada de ninguna manera, desgajó a grandes empujones la parte de

---

[49] Evidentemente, el río Tíber.
[50] Caco, hijo de Vulcano.
[51] Hércules, cuya arma por antonomasia era la maza o clava.

arriba de la roca y, tras dejar al descubierto con su gran fuerza un boquete en la cueva, *comenzó a atacar al Vulcanida* ya con una lluvia de dardos, ya con un diluvio de piedras. Pero el medio animal, sintiéndose inferior en fuerzas, recurrió en vano, cuando Hércules se le aproximaba, al remedio de las artes de su padre vomitando sin parar por su boca estigia fuegos humeantes, con los que hacía más densas las tinieblas propias de la cueva. Mas el debelador del mundo, sin ningún temor y despreciando el peligro de la negra hoguera, se lanzó *con ágil salto a los oscuros fuegos y*, agarrándolo por el cuello, estranguló al tembloroso medio animal. Y después de asolar y someter las tierras de Italia navegó hacia Grecia y, de nuevo al frente de su ejército, destruyó Ilión, y a Anteo, el inventor de la palestra, como no podía vencerlo sobre el suelo, lo mató tras levantarlo en el aire. Seguidamente, en recuerdo de Pélope instauró de nuevo las Olimpíadas, que durante algún tiempo se habían abandonado. Por último, torturado por un dolor de cuello [52], se arrojó de mala forma a una pira ardiente, y se dio muerte a sí mismo quien se la había dado a muchos. Sin embargo, según la leyenda, fue Deyanira quien lo hizo *arder al darle una camisa, aunque se la dio sin mala intención*. Pues un malvado convenció a Deyanira de que Hércules amaba a otra, pero si éste se ponía esa camisa, seguiría cautivado por su amor. El malvado había impregnado la camisa con un veneno inflamable para que Hércules ardiera vivo al ponérsela. [De donde Ovidio: *Por fin Deyanira hizo arder a su marido*, a los 52 años] [53]. Por aquel tiempo Alejandro raptó a Elena y estalló la guerra de Troya, que duró diez años.

Cap. VII

Sobre las obras del rey Hispán

Hispán, a quien Hércules había puesto al frente del desdichado pueblo de los hésperos, como era hábil, valeroso y de estirpe de hé-

---

52 Según la tradición, Hércules muere al arrojarse a una pira que había mandado construir sobre el Eta, impotente ante el dolor que le causaba una túnica que su esposa Deyanira, presa de los celos, le había enviado. Deyanira había impregnado dicha túnica con un filtro amoroso que el centauro Neso —el malvado que aparece más abajo y que había intentado violarla al cruzar el río Eveno— le dio poco antes de morir por un flechazo de Hércules. El texto en este punto es *dolore coli*, estando *coli* por *colli* con simplificación geminada. De ahí el dolor de cuello, que es la parte del cuerpo en donde se ajustaba la túnica.

53 Creo que se trata de una interpolación posterior. Desconozco quién puede ser el autor del verso, que, desde luego, no es Ovidio.

roes, reconstruyó la devastada España y llevó a cabo con sabiduría grandes obras, de las que aún quedan algunas: las torres en el faro de Galicia y en Gades, que todavía admiran los tiempos presentes. Levantó también una ciudad junto a una cordillera del Duero [54], al pie de una peña llamada Cobia, y *como estaba situada* junto a Cobia [55], fue llamada Segovia, en donde construyó un acueducto que con su formidable estructura continúa sirviendo a la ciudad en el suministro de agua. También en otros muchos lugares se pueden hallar obras ajenas a nuestro tiempo, que admiramos mucho más en cuanto que aún siguen en pie desde las más antiguas épocas. Por tanto, España permaneció sometida a la servidumbre de los griegos hasta los tiempos de los romanos; durante un período intermedio el reino, roto, quedó al arbitrio del saqueo de cuantos querían y no pudo evitar su devastación, como la presa que a dentelladas se disputan los leones.

Cap. VIII

Sobre el origen y los primeros hechos de los godos

Así pues, ya que un requerimiento mayor me ha obligado a relatar el origen y los hechos de los godos, los he compuesto y relatado hasta nuestros días según lo que he podido recoger de las distintas obras de los historiadores. Pero hay diversas opiniones sobre el origen de los godos: Claudio Ptolomeo, el excelente descriptor del orbe terrestre, cuenta que en medio del océano existe una gran isla llamada Escandia, que, según Pompeyo Mela [56], está situada en el golfo de Codano [57] de ese mismo mar, y que tiene una forma redondeada y se cierra en sí misma. Y tiene al oriente el río Vístula, que nace en los montes Sármatas [58] y al llegar a la vista de Escandia se divide en tres brazos hacia el océano Septentrional y separa Escitia de Germania, y tiene al oriente un lago gigantesco [59] del que sale un río llamado Vagi como si se hubiera engendrado en su vientre, que tras atravesar las regiones australes desemboca con un gran caudal en el océano. Por el occi-

---

[54] La sierra de Guadarrama.
[55] *secus Cobiam*, en latín.
[56] Es claro que se trata de Pomponio Mela.
[57] En el mar Báltico.
[58] Los Cárpatos.
[59] ¿El golfo de Finlandia?

dente está limitada por el mar infinito. Por el septentrión, por la parte no navegable del océano. Y aunque en la isla de Escandia quedan muchos y diversos pueblos, Claudio Ptolomeo sólo da los nombres de siete de ellos, a saber: godos, visigodos, ostrogodos, danos, rugos, arotos y tanios [60], cuyo rey fue años después Rodolfo, quien, al tener noticia de la excelencia del rey Teodorico, abandonó su propio reino y se puso a su servicio. Es tan intenso el frío en una parte de Escandia que en ningún lugar se pueden hallar abejas, y en el solsticio de verano la luz permanece inalterable durante cuarenta días y cuarenta noches, y en el de invierno, una noche continua de igual duración esparce las tinieblas. Hay también allí otros pueblos que, como los turingios, montan magníficos caballos e intercambian con otras gentes pieles zafirinas, y por la brillante negrura de éstas visten como los más ricos, aunque viven como pobres. Por su parte los ostrogodos y los danos, que provienen del mismo tronco, expulsaron a los hérulos [61] de sus asentamientos. Estos eran gente de mayor envergadura y coraje y peleaban con una crueldad animalesca. Así pues, es de esa isla de Escandia de la que, como fábrica de pueblos y paridero de naciones, se cuenta que salieron los godos al mando de su rey Verig, y tan pronto como tocaron tierra y desembarcaron, le pusieron nombre inmediatamente a ese lugar llamándolo Gotiscandia, tal como aún hoy se le conoce. Desde allí marcharon a las tierras de los ulmerrugos, que entonces ocupaban las costas del océano, y luego de entablar combate los expulsaron de allí, y a los vándalos, el pueblo vecino, los sometieron y añadieron a sus victorias, y tuvieron varios reyes de su propia estirpe.

Cap. VIIII

Sobre las opiniones acerca del origen del pueblo godo, y su encomio

Tras la muerte de Verig reinó entre ellos Gadarig, que consiguió brillantes victorias y sometió a muchos pueblos en Escitia y Gepidia, conocida ahora como Dacia. Le sucedió su hijo Filimer, quien, al darse cuenta de que la tierra de los ulmerrugos se volvía cada vez menos fértil, tomó la determinación de marcharse de allí. Y después

[60] Pueblos que habitaban en la península de Jutlandia y la costa S. del mar Báltico.

[61] Residían cerca del mar de Azov.

de andar buscando durante largo tiempo el asentamiento más apropiado[62] y los lugares idóneos, llegó a las tierras del otro lado de Escitia, donde, maravillado por la fertilidad del lugar, que colmaba sus deseos, determinó habitarlo como propio. Y mientras andaba explorando la zona, dio con un puente sobre un ancho río y vislumbró al otro lado una tierra más agradable, que decidió recorrer a fondo. Y cuando ya una parte del ejército había pasado al otro lado, el puente se vino abajo por las sacudidas de las pisadas, y ni a los unos les fue posible regresar ni a los otros vadear el río. Pues, según se cuenta, es un lugar espantable que se halla encajonado entre unos pantanos que lo rodean en continua ebullición, y por ambas causas resulta inaccesible. Mas la leyenda afirma que incluso en la actualidad se oyen mugidos de reses y se captan voces como de personas que pasan a lo lejos. Pero el contingente de los godos que junto a Filimer habían quedado a este lado del río se apoderaron de la tierra que anhelaban y llegaron al país de los espalos, donde, entablado combate, alcanzaron la victoria; seguidamente marcharon como vencedores hacia la parte de Escitia más distante, la que linda con el Ponto, y sometieron Escitia a sus armas. Y como allí moraron y ejercieron el poder durante largo tiempo, se les llamó escitas, como si fueran naturales de allí. Y aunque los godos hacían expediciones hacia otros pueblos con bastante frecuencia, dejaban en Escitia a sus jefes, sobre quienes recaía la salvaguardia del pueblo. Todo esto que acabo de contar sobre los orígenes del pueblo de los godos lo afirma en su muy fiel relato Ablavio, el magnífico descriptor de este pueblo, y con él coinciden muchos de los más notables. Sin embargo, ignoro las razones por las que omiten lo que acabo de contar del origen de los godos Josefo —autor muy fiable de anales, que persigue con escrupulosidad el camino de la verdad y la raíz de las causas— e Isidoro, godo él mismo y el mejor narrador de crónicas. Pero sólo hablan de su devenir a partir de este punto, asegurando Josefo que eran llamados escitas, e Isidoro, getas. Mas al ser diversas las opiniones sobre su más remoto origen, esa falta de acuerdo esconde más de lo que esclarece. Josefo afirma que los escitas, llamados también maságetas, proceden de Magog, hijo de Jafet. A esto se debe el que algunos se esfuercen en adaptar a los hechos de los godos lo que Ezequiel profetizó en abstracto contra Gog y Magog. El maestro Isidoro, a quien ninguna materia le era extraña, enseña que los godos proceden de la estirpe de los getas o escitas y que, tras cambiar la letra e por la o, los getas se llamaron godos[63].

[62] Traduzco *aptissimas* según el texto de Jordanes, que es aquí la fuente, en vez de la errónea lectura *altissimas* del Toledano, que no tiene sentido.

[63] *Gethe, Gothi*, en latín.

De éstos dijo el poeta: *Desprecian la muerte los getas alabando las heridas*[64]. Pero Josefo e Isidoro, como omiten su salida de Escandia, los llaman escitas y getas por la tierra que habitaban, no por su origen. Los godos, después de tantear las cumbres más al norte, ocuparon los reinos de Escitia en lo más alto de los montes. Y esa zona se llama Gotia aún hoy día. El significado del nombre de ellos es 'fortaleza' en nuestra lengua, y es cosa cierta. Pues ningún otro pueblo se lanzó con más arrojo contra reinos e imperios. Pues nada más salir de Escandia arrojaron de sus asentamientos a los torpes pueblos de los ulmerrugos y los vándalos, dominaron las cumbres de Escitia, hicieron huir, tras derrotarlo, a Vesoses, rey de Egipto, sometieron Asia y se aposentaron allí algunos de ellos, de quienes, según se dice, provienen los partos. Sus mujeres, al verse abandonadas por sus maridos, se hicieron famosas por su valentía en el combate y subyugaron una parte de Asia y se adueñaron de Armenia, Siria, Cilicia, Galacia, Pisidia, Jonia y Eolia[65]. Télefo, rey de los godos, venció a los dánaos, dio muerte a Tersandro, persiguió a Ulises. El famoso Ciro murió a manos de la reina goda Támiris. Darío, hijo de Histaspes, y su hijo Jerjes comprobaron su inferioridad en el combate ante el rey godo Anciro. Alejandro comprendió que había que evitarlos, Pirro les temió sobremanera, César les tenía pánico. Cuando Pompeyo inició la guerra contra Julio César por el principado de la república, también éstos pelearon con más valor que los demás, se lanzaron a través de Tracia, asolaron Italia, tomaron Roma, construyeron Verona —a la que, por odio hacia los romanos, le dieron el nombre como *Ve Roma*[66]—, atacaron las Galias, se apoderaron de las Españas, y allí, en Toledo, fijaron el centro de su actividad y de su imperio. Después de abandonar Escandia vivían en chozas y tiendas, sembraban las tierras fértiles y en ninguna parte construían fortalezas ni casas estables. Y por más tierras, ciudades y fortalezas que conquistaban, siempre continuaban con las guerras y saqueos, contentos con el poder sobre los pueblos y ricos por el botín y los tributos. Dados desde un principio a una fiereza animalesca, apenas hacían caso de lo que conviene a la razón humana. Mas luego que conocieron las costumbres y las ciudades de otros pueblos, se hicieron más humanos y fueron impregnándose de la generosidad y la bondad, hasta el extremo de que llegaron a tener filósofos, a cuya sabiduría acudieron con gran humildad. Durante tiempo se gobernaron por caudillos propios y más tarde asumieron

---

[64] Verso de autor desconocido.

[65] Por tanto, el recorrido que siguieron los godos tras pasar el mar Báltico fue desde las costas del mar del Norte hasta el Cáucaso, y desde ahí atravesaron Asia Menor hasta llegar a las costas del mar Egeo.

[66] «¡Ay de Roma!»

la monarquía, que magnificaron con el sacerdocio. Ante ellos temblaron todos los pueblos de Europa. El valladar de los Alpes les abrió paso. Tras la aniquilación de Escitia el pueblo vándalo no tuvo tiempo de aterrarse ante su presencia: huyeron nada más conocer que se acercaban. Ante su ataque se desvanecieron los alanos. Los suevos estuvieron en un tris de desaparecer ante sus armas en los más escarpados rincones de España, y perdieron con vergonzoso menoscabo el reino que habían conseguido apenas sin esfuerzo. Protegieron siempre su libertad más con la guerra que con la paz. En el trance del combate preferían la fuerza a las negociaciones, y al luchar eran de admirar manejando todo tipo de armas: lanzas y picas, arcos y flechas, espadas y mazas, a pie y a caballo. Sentían, con todo, una mayor predilección hacia los caballos. Con los dardos y las picas se divertían simulando los prolegómenos de la lucha. La experiencia de estos juegos la aplicaban luego al ejercicio de las armas. Solamente les faltó práctica en el combate naval hasta la época de Sisebuto, bajo el que alcanzaron tal gloria que recorrieron no sólo las tierras sino también los mares con las hazañas de sus victorias. Pese a todo fueron de un natural generoso y valiente, de inteligencia rápida y profunda, de intención precavida y tenaz, de maneras y porte más que regular, de fuerza sobresaliente, de estatura elevada y esbelta, resistentes a las heridas, rápidos de acción, poderosos de cuerpo, hábiles de manejo, proporcionados de figura, de tez clara.

Cap. X

Sobre la situación de Escitia y sobre la organización del ejército de los godos

Escitia[67], tierra fronteriza con Germania, se extiende desde la parte de occidente en que nace el río Ister[68], y limita al este con los seres[69] y con el nacimiento de la costa del mar Caspio; al oeste, con los germanos y el río Vístula, y termina al sur en el Ponto y en el último meandro del Danubio. Al comienzo de Escitia[70] están los montes Rifeos, que separan Asia de Europa, de los que nace el río Tánais, que va a morir en la laguna Meótida. El primer pueblo de Escitia por

---

67 Recuérdese que ocupaba toda la zona N. del mar Negro.
68 Nombre del tramo final del Danubio.
69 Los chinos y tibetanos.
70 Por el E.

el este son los gépidas, por el norte, Misia [71], por el suroeste, el ancho Danubio, por el oeste, los varios pueblos de Venecia, cuyos nombres, si bien ahora están divididos en diversas ramas y lugares, sin embargo son conocidos sobre todo como esclavios. Así pues, los godos, tras bajar de los Alpes, en donde vivían, y destruir Grecia, Macedonia, el Ponto, Asia y el Ilírico [72], ocuparon Macedonia y el Ilírico durante casi quince años, y luego se detuvieron junto a Meótida, que fue su primer asentamiento en Escitia, donde se sabe que tuvieron por rey a Filimer. En el segundo, esto es, en Dacia y Misia [73], tuvieron al sabio filósofo Zeuta, luego a Dicineo, luego a Zalmoxis, de cuya admirable filosofía y erudición han dejado constancia los historiadores. Y no les faltaron quienes los adiestraran en el conocimiento, por lo que los godos resultaron los más sabios de casi todos los bárbaros, llegando prácticamente a la altura de los griegos, según cuenta Dión, que relató en griego sus historias y que afirma que entre ellos llamaban *pilleatos* [74] a los nobles, de entre los cuales escogían a los reyes y sacerdotes, y resalta hasta tal punto su destreza en el combate que llega a decir que Marte, a quien los poetas tienen por dios de la guerra, desciende de ellos. Sobre lo que dice Virgilio: *Y al padre Marte, que preside las armas géticas* [75]. Por ello los godos siempre aplacaron a Marte con ritos muy crueles, en el convencimiento de que, como guía en el combate, debía ser calmado con la sangre de los prisioneros. Su tercer asentamiento lo establecieron sobre el Póntico, cuando ya se habían hecho más humanos y sabios, y levantaban sus moradas repartidos por familias. Fabricaban arcos de cuerda con gran esmero. De lo que dice Lucano: *Y tensad los armenios arcos con las cuerdas de los getas* [76]. Tuvieron también canciones, música, instrumentos y cantores.

Cap. XI

Sobre Tánauso y el origen de los partos

Los escitas, a quienes la más antigua tradición considera los hombres de las amazonas, fueron atacados por Vesoses, rey de Egipto,

---

[71] Debe de tratarse de un error: Misia está en Asia Menor, y Mesia, al S. del Danubio.

[72] La actual Yugoslavia.

[73] Debe de ser Mesia otra vez.

[74] Tocados con el *pilleus*, especie de gorro frigio; v. xv, 21.

[75] Virgilio, *Eneida*, III, 35, que dice exactamente: *Y al padre Gradivo* (i.e. Marte) *que preside los campos de labor de los getas.*

[76] Lucano, VIII, 221.

que resultó derrotado en el combate por el ejército de los godos, a cuyo frente estaba el rey Tánauso. Y si no hubiera encontrado el obstáculo del Nilo y de las fortificaciones que Vesoses había levantado contra las correrías de los etíopes, habría acabado con él y con su patria. Y como no le era posible hostigarlo por haberse atrincherado allí, volvió riendas y domeñó casi toda Asia y la obligó a pagarle un tributo a Formi, rey de los medos [77], por el que sentía gran cariño por aquel entonces, y bastantes de su ejército vencedor, al observar que las provincias sometidas eran fértiles en sumo grado, dejaron a los suyos y se aposentaron en tierras de Asia. Pompeyo Trogo afirma que de los descendientes de éstos proceden los partos. En la lengua escita partos significa 'fugaces', cosa que responde a la realidad pues son los únicos arqueros y los mejores guerreros de casi todos los pueblos de Asia. Otros consideran que la etimología del nombre de los partos es 'huidos de sus padres', porque eso fue lo que hicieron.

Cap. XII

Sobre las mujeres de los godos, que luego fueron llamadas amazonas [78]

Los suyos colocaron a Tánauso entre los dioses tras su muerte. En ese momento sus ejércitos marcharon hacia otras tierras dejando allí a sus mujeres, y como tardaban demasiado en regresar, éstas se vieron obligadas a tomar las armas ante la amenaza de los enemigos, dirigiéndose algunas de ellas junto a sus maridos y quedándose las demás. De estas últimas se intentaban apoderar los pueblos limítrofes, pero les hicieron frente con bravura gracias a su conocimiento de las armas y rechazaron a los enemigos que las atacaban cubriéndolos de oprobio. Por aquella misma época vivían entre los que permanecieron en Escitia dos jóvenes apuestos de sangre real, llamados Plinio y Escolopecio, quienes tras salir de su tierra con una multitud de jóvenes se asentaron a orillas del río Termodonte [79]. Pero los habitantes de esa tierra les dieron muerte a todos en batallas y emboscadas. Sin embargo, sus mujeres, muy dolidas por la muerte de sus maridos, mataron a los pocos que habían escapado a fin de que, todas viudas y con

[77] Los medos y los partos eran pueblos persas que habitaban al S. del mar Caspio.

[78] Sobre las amazonas, v. J. Gil, *El libro de Marco Polo*, Madrid, 1986, n. 342, págs. 451-454.

[79] Al S. del mar Negro.

igual dolor, vengaran la sangre de sus maridos. Y en adelante no aceptaron los goces del matrimonio, sino que sólo se dedicaron a las luchas y combates. Mas yacían con quienes estaban en paz, y en el momento del parto mataban a los varones y se quedaban con las hembras, y decidieron cortarse el pecho derecho para manejar con más facilidad las armas y lanzar mejor las flechas. Con todo, las jóvenes despreciaban las obligaciones propias de las mujeres y se dedicaban a las armas y las cacerías, y cuando se enteraron de que otras mujeres de su estirpe habían sido abandonadas por los godos y eran expertas en la guerra, se unieron a ellas; confiadas todas en esta unión y animándose mutuamente unas a otras a un mayor arrojo, como se gobernaban por el azar sin jefe alguno, escogieron a las dos más sabias y valientes, esto es, a Lampeto y Marpesia, y les encomendaron el mando. Sus obligaciones eran la defensa propia y el saqueo de lo ajeno, y a Lampeto le correspondió en suerte la protección de sus fronteras. Marpesia por su parte formó con un contingente de mujeres un nuevo tipo de ejército, y en camino hacia Africa destruyó en combate a diversos pueblos, se ganó a otros con la paz y se volvió hacia el Cáucaso, y al demorarse allí cierto tiempo puso al lugar el nombre de 'roca de Marpesia'. De la que dice Virgilio: *Aun al duro pedernal lo vence la roca Marpesia* [80]. Allí se detuvieron las amazonas largo tiempo recobrando fuerzas, y cuando salieron de allí atravesaron el río Tales, terminaron por someter brillantemente Armenia, Siria, Cilicia, Galacia, Pisidia y toda la extensión de Asia, y en el camino de vuelta convirtieron a Jonia y Eolia en provincias tributarias suyas. Allí gobernaron mucho tiempo, hasta el punto de que las ciudades y fortalezas les deben el nombre. Además construyeron en Efeso, sin reparar en gastos, un templo de sorprendente belleza en honor de Diana, debido a la pasión que sentían por los arcos y las cacerías, menesteres a los que se habían dedicado. Esta fue la manera en que las mujeres naturales de Escitia alcanzaron la victoria y dominaron los reinos de Asia durante casi cien años, y así regresaron por fin junto a sus compañeras de la roca Marpesia, de las que hablé antes, junto al monte Cáucaso. Como vieran que su descendencia se iba menguando, solicitaron de los pueblos vecinos yacer con ellos, de tal modo que se reunieran en común durante nueve días una vez al año, y así quedó establecido en adelante con una fecha fija, dándoles los varones a sus padres y guardándose ellas a las hembras para dedicarlas al ejercicio de las armas. Cuando estas mujeres andaban asolando las tierras de Asia, se vieron sorprendidas por el ejército de los persas, que entabló combate con ellas y

---

[80] Virgilio, *Eneida*, VI, 471, que dice exactamente: *como si fuera el duro pedernal o una roca del Marpesa*. El Marpesa era un monte de la isla de Paros que abundaba en mármol.

dio muerte a Marpesia y a 40.000 más. Su hija Sinope le sucede en el gobierno; tras ella reinó Oritía, que luchó contra Menelao y Hércules y, vencida más por engaño que en combate leal, fue capturada por Hércules y perecieron a espada casi cien mil mujeres. Sin embargo Hércules entregó a Oritía a su hermana Antiope, que compartía el trono con ella. Seguidamente Oritía pidió a los escitas que le enviaran refuerzos con los que pudiera volver a luchar contra el gran Hércules. Por aquel tiempo entre los escitas reinaba Arpedo, quien, teniendo en cuenta que las amazonas procedían de los escitas o de los godos y hondamente preocupado porque desaparecieran tan destacadas mujeres, envió a su hijo a socorrerlas con un enorme contingente de guerreros, ante cuya presencia Hércules, temeroso, se refugió en Grecia. Tras Oritía asumió el trono Pentesilea, quien al saber que los griegos habían acudido a destruir Troya, se lanzó en ayuda de los troyanos con 70.000 guerreras y llevó allí a cabo muchas hazañas. Se cuenta que acabó por morir en aquel lugar a manos de Aquiles junto a muchas de las suyas. Tras Pentesilea asumió Talestris el trono de las amazonas. Esta, firmada la paz con Alejandro, llamado también Paris, dejó de hostigar a los griegos. Las amazonas vestían de variada forma, con el cabello cortado en la frente y largo por detrás, los pechos derechos cortados y los izquierdos ceñidos con la sujeción de la túnica. En aquel tiempo llegaban a ser más de 200.000. Estas mujeres de los godos conservaron valientemente su poderío hasta Julio César. Y a partir de entonces, y hasta el presente, tienen su reino en la tierra que comúnmente se conoce por Feminia.

Cap. XIII

Sobre los hechos de los godos y de las amazonas, Télefo y Eurípilo, reyes de los godos, y la reina Támiris

Pero como mi relato trataba de los godos y de cuán excelsa fue la gloria de este pueblo, he hecho la descripción de sus mujeres para demostrarlo con su grandeza. Orosio cuenta que los godos tuvieron por rey a Télefo mucho tiempo después. Sobre el que dice Juvenal: *El gran Télefo habría hecho perder el día inútilmente*[81]. Este Télefo, hijo de Hércules y esposo de una hermana de Príamo[82], era de ele-

[81] Juvenal, I, 4-5.

[82] Télefo, hijo de Hércules y Auge, casó con Astíoque, hermana de Príamo. Después de diversos avatares llegó a ser rey de Misia, y no de Mesia. El episodio

vada estatura, pero de fuerza tan descomunal que igualaba a su padre, de manera que se parecía enormemente a éste en el rostro y el cuerpo. Los antepasados llamaron Mesia a su reino. Puesto que se afirma que Hércules vivió en tiempos de Gedeón, y antes de Télefo, el hijo de Hércules, el pueblo godo tuvo varios reyes, a saber, Verig, Gadarig, Filimer, Zalmoxis, Tánauso y, tiempo más tarde, Télefo, el hijo de Hércules, y puesto que Hércules vivió en tiempos de Gedeón, que juzgó al pueblo de Israel en el año 185, se deduce de todo ello que los godos salieron de Escandia muchos años antes de Gedeón. El citado Télefo guerreó con los dánaos, combate en el que dio muerte a Tersandro, jefe de éstos. Y mientras atacaba con rabia a Ayax y perseguía a Ulises, su caballo se desplomó por los golpes y lo arrastró en su caída, y fue herido en la pierna por la lanza de Aquiles, de lo que no pudo curarse en mucho tiempo. Sin embargo, a pesar de esa herida rechazó de su tierra a los griegos. A la muerte de Télefo le sucedió en el trono Eurípilo, hijo de la hermana del rey Príamo, quien tomaba parte en la guerra de Troya por el amor de Casandra y por el deseo de ayudar a sus parientes y a su suegro, pero en cuanto llegó resultó muerto. Mucho tiempo después, Ciro, el famoso rey de los persas, al que Támiris, reina de los getas o maságetas, le había declarado una guerra sin cuartel, perdió su vida y su reino después de atravesar el río Araks [83], y Támiris sumergió su cabeza cortada en un odre lleno de sangre humana mientras decía: «Hártate de la sangre que codiciabas». Entonces la reina Támiris, tras conseguir tamaño triunfo y botín, se retiró vencedora a la parte de Mesia que ahora se llama Amazonia, a la que trocó el nombre y le dio el de Escitia Menor, y levantó una ciudad que se llamó Tamer por su nombre. Y aún hoy las descendientes de aquellas mujeres se siguen dedicando a la guerra, en cuyo ejercicio son muy consideradas, y su tierra todavía se llama vulgarmente Feminia.

Cap. XIIII

Sobre las victorias de los godos contra los persas y los griegos

Tras esto Darío, rey de los persas, hijo de Histaspes, pidió en matrimonio a la hija de Anciro, rey de los godos, mezclando ruegos

---

que se relata más abajo tuvo lugar cuando los griegos, en su marcha hacia Troya, llegan a Misia y comienzan a saquearla creyendo que han llegado a aquélla.

[83] En Armenia; desemboca en el mar Caspio.

y amenazas si no cumplían su deseo. Los godos, que repugnaban emparentar con él, no aceptaron ni su embajada ni su demanda. Darío, rabioso por el desprecio, condujo contra ellos un ejército de 700 mil soldados e intentó hacer un puente de barcas desde cerca de Calcedonia hasta Bizancio [84], pero al cabo de dos meses abandonó la empresa después de perder a 8.000 hombres. Sin embargo, temeroso de que los enemigos se hicieran con el puente, huyó a Tracia a marchas forzadas y ni siquiera en Misia [85] se sintió seguro. A su muerte su hijo Jerjes, que anhelaba vengar las afrentas de su padre, reunió un ejército con 700.000 de los suyos y 300.000 aliados; se dice que tenía 1.200 naves de guerra, que para el combate se reforzaban con espolones de hierros, y tres mil de carga. Y aunque marchó contra los godos, sin embargo no se atrevió a entablar combate, sino que, doblegado por el arrojo y el tesón de éstos, tuvo que retirarse de mala manera sin haber luchado. Filipo, el padre de Alejandro Magno, también estableció un tratado de amistad con los godos y casó con Medumpa, hija del rey Gudila, para asegurar el reino de Macedonia con el refuerzo de ese parentesco. Por esa época Filipo, que tenía escasez de dinero, planeó saquear la ciudad de Odisicana, en Mesia, que por su vecindad era vasalla de la reina goda Támiris. Pero los sacerdotes de los godos, que se llaman 'piadosos', abrieron las puertas de par en par y salieron a su encuentro vestidos de blanco y tañendo cítaras mientras entonaban plegarias a los dioses patrios para que se les mostraran favorables y rechazaran a los macedonios. Estos, como los vieron aproximárseles con tanta confianza, a pesar de estar armados sintieron pánico ante quienes no lo estaban, si se puede decir así; y tras deshacer el ejército que habían formado para el combate y no para la destrucción de la ciudad, firmaron un tratado con ellos y se volvieron a su tierra. Cuando Sitalco, ilustre sabio y jefe de los godos, conoció este engaño mucho tiempo después, reunió 150.000 soldados y atacó a los atenienses, cuyo rey era por entonces Perdiccas, al que Alejandro, entregándole su anillo, había designado en Babilonia su sucesor en el trono de los atenienses, después de haber bebido un veneno mortal por la traición de un servidor; y luego de superarlos en un violento combate, los godos se alzaron con la victoria, y en su marcha a través de Grecia asolaron toda Macedonia como venganza por la deshonra que los griegos les habían causado en Mesia.

---

84 Esto es, atravesar el Bósforo.

85 Otra vez el mismo error: debe de ser Mesia, al N. de Tracia, y no Misia, que está al otro lado del mar de Mármara. Sin embargo, del relato se desprende que no llega a concluir el puente, por lo que no se comprende cómo pudo atravesar el mar.

Cap. XV

Sobre los sabios de los godos y sus consejeros

A continuación reinó entre los godos Borvista, y ante él se presentó en Gotia Dicineo, por el tiempo en que Sila ejercía el gobierno de los romanos. Por consejo de aquél ocuparon las tierras de los germanos que ahora poseen los francos, y Borvista le concedió un poder casi ilimitado. César, que puso bajo sus pies a casi todo el mundo, por más que lo intentó no consiguió someter el reino de los godos, ni tampoco Gayo Tiberio, el tercer emperador romano [86], aunque lo pretendió una y otra vez. Los godos por su parte consideraban que lo adecuado, beneficioso y deseable en su conducta material y espiritual era lo que su consejero Dicineo tenía a bien. Pues éste les cambió sus costumbres salvajes y les enseñó casi toda la filosofía, la física, la teórica, la práctica, la lógica, la ordenación de los doce signos, el curso de los planetas, el crecimiento y la mengua de la luna, el giro del sol, la astrología, la astronomía y las ciencias naturales, y de aquel estado fiero y animalesco los convirtió en hombres y filósofos. Dicineo descolló sobremanera entre ellos al enseñarles con su maestría éstas y otras cosas, y no sólo influyó en las personas corrientes sino también en los reyes. Además escogió a los más nobles y sabios y los hizo sacerdotes e, iniciándolos en la teología, les dio el nombre característico de *pilleatos* [87], y creo que se llamaban así porque cubrían sus cabezas con tiaras. Al morir Dicineo tuvieron un respeto semejante hacia Eumosico, que no le iba a la zaga en ingenio. Incluso llegó a ser su rey y pontífice debido a su experiencia, e impartía justicia entre las gentes con la mayor equidad. Mucho tiempo después de que éste se marchara del mundo de los mortales, Dorpaneo le sucedió en el trono.

Cap. XVI

De nuevo sobre las guerras de los godos, y sus reyes Ostrogota y Gniva

No he hallado escritos sobre las hazañas de los godos desde el año 12 antes de la era hasta la 125 [88], en la que fue el reinado de

[86] Si se cuenta a César.

[87] v. x, 23.

[88] Recuérdese que la era hispana cuenta 38 años más que la cristiana; por tanto, es el año 87.

Domiciano, que hacen 137 años, y por ello los dejo de lado. Finalmente, durante el reinado de Domiciano en la era 125, los godos, que recelaban de su avaricia, rompieron el tratado que habían establecido con anteriores emperadores y asolaron las orillas del Danubio, que durante largo tiempo habían estado en poder del imperio romano, dando muerte a los soldados y a sus jefes. Cortaron la cabeza a Opio Sabino, que allí estaba al mando de los romanos, y destruyeron los castillos, ciudades y poblados sometidos a éstos. Domiciano, obligado por ello, marchó hacia el Ilírico con todo su potencial, pues la república corría peligro mortal. Y luego de enviar en avanzadilla a Fusco con las mejores tropas, le ordenó atravesar el Danubio mediante un puente de barcas para atacar al ejército de Dorpaneo. Entonces los godos mostraron cuánto valían: toman las armas y en el primer choque derrotan a los romanos, dando muerte de entrada a su jefe Fusco, y arramblan con los bienes del campamento romano y, alcanzada allí una gran gloria, llamaron semidioses a sus jefes por su gloria y su fortuna. Aunque en general se les conoce como godos a todos ellos, sin embargo a los que permanecieron en Escitia en la zona oriental se les llama con más precisión ostrogodos, y a los que lo hicieron en la occidental, visigodos. Y este pueblo destacó de manera sobresaliente en la parte de Escitia en la que residía, dominando tal extensión de terreno en las costas del Ponto, tal cantidad de golfos, tantos cursos de ríos, que Vándalo y Margomano, príncipes de los cuados, fueron súbditos suyos. Fastida, rey de los gépidas, planteó al rey godo Ostrogota mediante una embajada la disyuntiva de hacer la guerra contra él o de cederle una porción de tierras. Entonces Ostrogota, que era de gran entereza, le respondió que a él le repugnaba una guerra tal y que sería trágico y de todo punto criminal combatir contra sus parientes, pero que no consideraba conveniente dejarle las tierras. Los gépidas se lanzaron entonces al combate, pero al sufrir la pérdida de una parte de sus tropas, el rey se vio obligado a huir a su patria cubierto de vergüenza. Los godos vencedores permanecieron felizmente en su patria todo el tiempo sin pensar ni siquiera en abandonarla. A la muerte de Ostrogota subió al trono Gniva, que dividió el ejército en dos cuerpos, enviando uno de ellos a asolar Mesia, que había sido descuidada por sus indolentes reyes. El en persona se apresuró a marchar a Filípolis [89] y, tras asediarla un tiempo, la asaltó, y luego de apoderarse del botín hizo un tratado con Prisco, que era quien allí mandaba, pues tenía la intención de luchar con el emperador Decio. Decio empezó su reinado en la era 267. Tan pronto

[89] Situada al S. de Mesia.

como estalló la batalla el hijo de Decio resultó herido de muerte por una flecha. Se cuenta que, cuando su padre se enteró de ello, para animar a los suyos dijo: «La república no sufre menoscabo por la pérdida de un solo soldado». Mas aguijoneado por su sentimiento de padre, se lanza contra el enemigo buscando la muerte o la venganza del hijo, y una vez concluido el combate alcanza el final de su vida, de su imperio y de su venganza.

Cap. XVII

Sobre los emperadores Galo, Volusiano y Claudio y sus combates con los godos

Al morir Decio alcanzaron el trono romano Galo y su hijo Volusiano, y reinaron durante dos años, en la era 270. Cuando falleció Galo, Galieno se hizo con el poder en la era 271; durante su reinado el ejército de los godos atravesó con infinidad de naves el Helesponto en dirección a Asia, donde prendieron fuego a muchas ciudades de esa provincia y, luego de expoliarlo, al riquísimo templo de Diana, que dije más arriba que lo habían construido las amazonas, y saquearon y aniquilaron Calcedonia, que luego reconstruyó Cornelio Habito. Esta ciudad, si bien ostenta la categoría de regia, deja ver a las claras los restos de la antigua destrucción. Así pues, henchidos de alegría, triunfos, riquezas y botín, en su marcha a través del Helesponto devastaron Troya e Ilión y, como estaban siendo reconstruidas poco a poco desde la guerra de Agamenón, las abaten de nuevo con gran saña. Tras esto, Asia sufrió por segunda vez su fiereza. Pues después de atacar la ciudad de Antiolos, de la que se dice que fue fundada junto al mar por Sardanapalo, rey de los asirios, se cuenta que permanecieron allí muchos días cautivos de la bondad de sus aguas cálidas; pues eran de lo más provechoso para la curación de los enfermos. Seguidamente volvieron a sus tierras. Y como andaban saqueando regiones sometidas a los romanos, el emperador Claudio, que comenzó su reinado en la era 286, les salió al encuentro y, tras vencerlos, los obligó a regresar a su primer asentamiento en Escitia. Los romanos, para ensalzar merecidamente a Claudio Augusto por haber alejado a pueblo tan peligroso de las fronteras de la república, levantaron en su honor un escudo de oro en el Foro y una estatua del mismo metal en el Capitolio.

Cap. XVIII

Sobre el emperador Constantino y los reyes godos Geberid y Hermanarico, y sus guerras

Al fin, a pesar de haber ayudado en muchas ocasiones a los emperadores romanos Diocleciano y Maximiano, el sucesor de éstos, Constantino César Magno, que inició su reinado en la era 326, los dejó un tanto de lado. La razón se debía a que éste se había ensoberbecido tras sus repetidos éxitos sobre los partos y los persas. Y como Diocleciano había derrotado a Aquiles en Alejandría y Maximiano había destrozado a los hercúleos y quinquegencianos en Africa, los romanos empezaron a menospreciar las ayudas de los godos. Entonces éstos se lanzaron contra la tierra de los sármatas y cayeron sobre los romanos con numerosísimas tropas y, enardecidos, saquearon y destruyeron todo lo que encontraron a su paso. Constantino les hizo frente y, tras un violento combate, los forzó a pasar el Danubio. Constantino ya era famoso por sus triunfos sobre otros pueblos, pero entonces lo fue mucho más por su victoria sobre los godos. Por aclamación del senado el pueblo romano celebró públicamente su hazaña porque había logrado vencer a tan peligrosa gente y porque había dado nuevos rumbos al estado. Los godos por su parte volvieron a sus montes y allí moraron durante algún tiempo; pero como, aun vencidos, no renegaban de sus valores, intentaron de nuevo alzarse contra los romanos, y al mando de sus reyes de entonces, Ariaco y Eurico, arrasaron Panonia e Italia, invadieron Liguria y, seducidos por las ventajas que ofrecía el lugar, se propusieron levantar en recuerdo de Roma una ciudad que se le pareciera lo más posible, y algunos creen que se trató de Verona, que, como dije en otro lugar, fue llamada así como *Ve Roma*[90]. Otros cuentan que era Sicambria, que fue construida junto a la laguna Meótida. A Ariaco y Eurico sucedió en el trono Geberid en el año 27 de Constantino, en la era 353. Y como era del más noble origen, quiso emular las glorias de su familia y las hazañas de sus antepasados, y siendo su propósito que sus primeras acciones recayeran sobre el pueblo vándalo, lanzó la guerra contra su rey Huimar, lo venció y le obligó a dejar su tierra. Al verse éstos en tal trance pidieron al rey Constantino que les cediera Panonia, donde tuvieron su asentamiento durante casi 60 años y obedecieron las órdenes de los emperadores como otros más del lugar; y al cabo de un largo período ocuparon las Galias a petición de Estilicón, el jefe del ejército romano, que fue cónsul y patricio.

[90] v. viiii, 66.

Después de saquear a sus vecinos no pudieron regresar desde allí a su asentamiento anterior en Panonia por impedírselo los godos. Al morir Geberid le sucedió en el trono Hermanarico en el segundo año del emperador Constancio, en la era 367. Este[91] sometió a muchos y muy aguerridos pueblos y los hizo regirse por sus leyes, y con razón algunos lo compararon con Alejandro Magno. Y aunque tenía bien sujetos a los pueblos vencidos, y por ello su prestigio era grande en todas partes, no se dio por contento hasta que aniquiló casi por completo al pueblo de los hérulos, a cuyo frente estaba Alarico, y sometió a los sobrevivientes. Este pueblo, aunque venció a otros muchos por su velocidad, sin embargo sucumbió ante la solidez de los godos, de manera que vino a ser uno más de los sometidos a Hermanarico. Este, tras acabar con los hérulos, atacó a los vénetos, quienes, si bien no daban mucha importancia al armamento, sin embargo pretendían ante todo basar su resistencia en el número, y aunque se cuenta que los venecianos y los esclavianos provienen de un tronco común, Hermanarico los doblegó a todos estos y mandó sobre ellos como algo propio.

Cap. XVIIII

Sobre los hunos y la muerte de Hermanarico

Hermanarico, el rey de los godos que, como acabo de decir, había vencido a tantos pueblos, cayó en un estado de debilidad a consecuencia de una herida recibida, y entonces Halamber, rey de los hunos, se lanzó contra los ostrogodos, que ya andaban separados de los godos, y los derrotó. Hermanarico falleció a los 110 años de edad tanto por el dolor del desastre de su pueblo como por el de la herida. Su muerte dio a los hunos la ocasión de imponerse, y los godos que quedaban después de que casi desaparecieran los ostrogodos y los visigodos enviaron una embajada al emperador Valente solicitándole que les cediera una parte de Tracia y Mesia[92] donde residir. Aceptó éste y les entregó esas tierras para que las habitaran; y después de pasar el Danubio se asentaron en Dacia y Tracia gracias a la magnificencia del emperador.

[91] Hermanarico.

[92] Traduzco según el texto de Jordanes, y no sobre *Nicesie*, mala lectura del Toledano.

LIBRO SEGUNDO

Cap. I

Sobre la ruptura entre Atanarico y Fridigerno, y la herejía arriana

Atanarico fue el primero que ocupó el gobierno del pueblo godo en la era 381, y reinó durante 13 años. Este, por medio de una sanguinaria persecución que lanzó contra la fe, empezó a causar estragos entre los godos de su pueblo que se tenían por cristianos y dio martirio a muchos de ellos que se negaban a adorar a sus ídolos, y a los demás, como tenía algún reparo en matarlos por el gran número que eran, después de escarnecerlos con repetidas persecuciones les dio permiso para marchar a la provincia de los romanos en la era 389. Los godos se dividieron en Istria en dos facciones irreconciliables, la de Atanarico y la de Fridigerno, y se causaron mutuamente grandes matanzas. Pero Atanarico derrotó a Fridigerno con la ayuda del emperador Valente e impuso su hegemonía, de manera que Fridigerno era tenido por reyezuelo. Pero al fin, para que la gloria del pueblo godo no se quebrase definitivamente, Fridigerno se instaló en oriente con los llamados ostrogodos y Atanarico lo hizo en occidente con los visigodos. Fue entonces cuando el obispo Ulfilas les dio a conocer la ley cristiana y vertió a su lengua las palabras del Viejo y Nuevo Testamento; y los godos, que hasta entonces se habían entregado a una superstición idolátrica y habían practicado sacrificios paganos, desde

el mismo momento en que hicieron suya la fe levantaron iglesias y tuvieron sacerdotes según las normas evangélicas, y unas letras propias: las que su obispo Ulfilas les había dado junto con la ley, y que aún hoy perduran en los antiguos libros de España y la Galia. Es esta la letra que se llama toledana. Por esta razón enviaron una embajada cargada de presentes al emperador Valente y le solicitaron maestros con los que pudieran aprender las normas de la fe cristiana. Pero Valente, que se había apartado de la verdad católica y estaba atrapado por la maldad de la herejía arriana, cuando se enteró de que los godos habían hecho suya la fe católica, se congratuló, y mediante el envío de sacerdotes herejes y una engañosa predicación atrajo a los godos al dogma de su error, logrando que penetrara ese veneno contagioso en tan ilustre pueblo. Así fue como la ingenuidad de un momento se tragó el engaño que se mantuvo sin interrupción hasta el tercer concilio de Toledo, que se celebró en tiempos del rey Recaredo [1]. Los godos por su parte, tan pronto como recibieron la respuesta de Valente, levantaron iglesias de sus creencias e hicieron suyas todas las teorías de Arrio sobre la misma divinidad, de manera que creían que el Hijo era inferior al Padre en majestad y posterior en el tiempo, que el Espíritu Santo ni era Dios ni provenía de la sustancia del Padre, sino que había sido creado por el Hijo y que estaba entregado y dedicado a la obediencia y el servicio de los otros dos; afirmaban que de la misma forma que la persona del Padre era una, también era una su naturaleza, y otra la del Hijo, y otra, por último, la del Espíritu Santo, de modo que ya no se adoraba a un solo Dios y Señor según la tradición de las Santas Escrituras, sino que proclamaban que había tres dioses y señores de acuerdo con la superstición de su idolatría; persistieron en el mal de esta blasfemia durante largo tiempo, año tras año y rey tras rey. Al cabo, acordándose de su salvación y renegando de esa arraigada maldad, se reintegraron a la unidad de la fe católica en la era 390.

Cap. II

Sobre el hambre de los godos y la muerte del emperador Valente

Los godos, que primeramente habían expulsado a los cristianos de sus asentamientos, fueron a su vez expulsados por los hunos junto con sus reyes Atanarico y Fridigerno. Como no podían aguantar el

[1] v. XV.

empuje de éstos, luego de atravesar el Danubio y abandonar sus armas se sometieron al arbitrio del emperador Valente. Pero cuando se dieron cuenta de que, en contra de su tradición de libertad, eran hostigados por los romanos, buscaron la forma de alzarse. Pero les acechaba el peligro del hambre, hasta el punto de que Fridigerno y Atanarico, que hacían las funciones de reyes, comenzaron a apiadarse de la penuria del ejército y a darles cadáveres descompuestos de animales, de manera que un esclavo se vendía a cambio de un pan o de diez libras [2] de carne. Cuando ya no quedaban esclavos ni utensilios que vender, el avaro mercader les hacía ofertas por sus hijos, mas los padres, velando por la seguridad de sus seres queridos, prefirieron perder la libertad a la vida, pues el que se vende conserva la suya. Sucedió por entonces que el dictador de los romanos invitó al reyezuelo de los godos Fridigerno a un banquete que era una trampa. Pero nada más llegar Fridigerno al lugar del banquete acompañado de unos pocos sin sospechar nada, los gritos de los suyos que estaban siendo asesinados en el palacio llegaron hasta sus oídos y le hicieron extrañar, y en cuanto reconoce de quiénes son las lúgubres voces, sale al punto como un rayo y, después de librar a sus compañeros de la muerte que se cernía sobre ellos, los anima a buscar la de los romanos. La ocasión les vino al pelo y prefirieron morir luchando que por hambre, y dieron muerte a los generales Lupicino y Maximiano. Aquel día significó el final del hambre para los godos y de la tranquilidad para los romanos, y aquéllos empezaron a gobernar sobre las gentes y a mantener bajo su control toda la parte septentrional hasta el Danubio, no comportándose ya como forasteros y extraños, sino como ciudadanos y amos. Cuando Valente se enteró de esto en Antioquía, en seguida forma un ejército y parte hacia la zona de Tracia, donde en un sangriento combate librado en unos campos cercanos a Adrianápolis los godos salen vencedores y él huye herido; los godos, que desconocían que el emperador se había ocultado en una pobre choza, prenden fuego al lugar siguiendo su costumbre, y resultan abrasados el emperador y todo su cortejo. Se había merecido morir entre las llamas de este mundo quien había entregado almas tan limpias para que se consumieran en los fuegos eternos. En ese combate encontraron los godos a los primeros confesores que habían tenido, a los que habían expulsado de su tierra por causa de la fe tiempo atrás, y pretendieron que participaran del botín; como ellos se negaron, algunos fueron muertos y otros marcharon a las montañas y levantaron defensas, y no sólo continuaron siendo cristianos católicos, sino que además mantuvieron amistad con los romanos, que los habían acogido antes.

[2] Una libra equivalía a 327 gr.

Por aquel entonces los visigodos, después de conseguir tanta gloria en el combate, empezaron a habitar Tracia y la Dacia Ripense [3], a las que consideraban su tierra natal.

Cap. III

Sobre algunos saqueos, la paz con los romanos y la muerte de Atanarico y Fridigerno

Graciano, que comenzó a reinar en la era 391 y reinó durante seis años, tras la muerte de Valente, su tío paterno, en el quinto año de su reinado hizo emperador electo de Oriente a Teodosio, que tenía el sobrenombre de Hispano y era hijo del conde Teodosio, y asoció al trono romano a su hermano pequeño Valentiniano, que reinó ocho años junto con él. Teodosio, que era de inteligencia despierta y destacaba por su prudencia y determinación, suavizó de tal manera la dureza de las leyes por medio de la generosidad y la temperanza, que excitó a la superación a su decaído ejército. Pues en verdad que los soldados, en cuanto vieron que tenían un magnífico rey, recobraron la confianza para atacar a los godos y los echaron fuera de Tracia. Pero como Teodosio cayera enfermo hasta un extremo casi desesperado, Fridigerno dividió el ejército de los godos y, después de hacer correrías por Tesalia, Epiro, Acaya y Alateos [4], cayó sobre Panonia [5] con una parte de las tropas. Cuando se enteró de esto Graciano, que había marchado de Roma a las Galias, al punto reunió un ejército y acudió a su encuentro, y en el primer choque doblegó a las tropas que mandaba Fridigerno. Pero como los supervivientes buscaron refugio en el ejército de Atanarico, éste planeó en seguida vengar la muerte de su colega. Mas Graciano les sale al encuentro sin demora con la intención de apaciguarlos no tanto con las armas como con el perdón y los regalos, y firma con ellos un tratado de paz por el que se les conceden medios de subsistencia. Cuando Teodosio se restableció y tuvo conocimiento de ello, lo celebró y también él se sumó a ese tratado, y por su apacible forma de ser y por los regalos se ganó la amistad del rey Atanarico, que había sucedido a Fridigerno, y lo invitó a acudir a Constantinopla. Aceptó éste e hizo su entrada junto a Teodosio en la ciudad regia y, maravillado del emplazamiento de

[3] Las costas de Dacia con el mar Negro.
[4] La actual Grecia.
[5] La actual Hungría.

ésta, de su puerto y de que fluyeran gentes de las más diversas partes del mundo como a una misma fuente, dijo: «Aquí veo lo que oía sin creérmelo». Confortado por esta admiración y por las pruebas de afecto que le brindaba el príncipe, murió al cabo de pocos meses, y aquél, que por el cariño que le profesaba casi lo honró más muerto que en vida, le dio sepultura en la forma que correspondía.

Cap. IIII

Sobre la derrota de Radagaiso y de Estilicón, y el saqueo de Italia

Así pues, tras la muerte de Atanarico en la era 394, los godos se agregaron al imperio romano en consideración a la bondad de Teodosio, y pasaron 28 años sin rey propio. Y desde ese momento se les llamó 'federados', y Teodosio, que los tenía por amigos leales, llevó consigo a más de veinte mil soldados de ellos en su campaña contra el usurpador Eugenio, que había ocupado las Galias tras el asesinato de Graciano, y logró sobre él la victoria y la venganza. Durante el gobierno de Teodosio los alanos, vándalos y suevos irrumpieron en España. A los alanos les correspondieron la Cartaginense y Lusitania; el grupo de los vándalos llamados silingos se aposentó en la Bética, y los demás se apoderaron de Galicia junto con los suevos. Como Teodosio empezó a reinar en compañía de Graciano en la era 392 y lo hicieron juntos durante cinco años, y Valente reinó siete en Roma y Teodosio diez como monarca en Oriente después de la muerte de Valentiniano el joven, hacen en total 17 años. Teodosio sentía predilección por la paz y por el pueblo godo, y se fue de este mundo en la era 412. Le sucedieron sus hijos Honorio y Arcadio, que reinaron durante 25 años; y como despilfarraban sin mesura, les escamotearon a los godos las aportaciones establecidas; de inmediato surgió la indignación entre éstos, que temían que su valentía menguase por la larga inactividad, y tuvieron por indigno estar sometidos al poder de los romanos y andar tras ellos, cuyas leyes y poderío habían menospreciado y a quienes habían vencido en combate una y otra vez. Pero al tratar de elegir rey en el año once de Arcadio y Honorio, la era 423, se dividieron en dos facciones, la de Radagaiso y la de Alarico, que se causaron mutuamente gran mortandad. Al fin, el deseo de acabar con los romanos les hizo concertarse, y de la unidad de objetivo se llegó a la de la determinación de que los dos reinaran al mismo tiempo. Sin embargo Alarico se tenía por más, y de nuevo se dividen

para saquear las tierras de Italia. Pero Radagaiso, escita de nacimiento, que practicaba el culto a los ídolos y era de lo más cruel por su desmesurado salvajismo, arremetió con doscientos mil soldados contra las tierras de Italia saqueándolas a conciencia y asegurando, en menoscabo de Cristo, que haría una libación a sus dioses con la sangre de los romanos. Su ejército fue copado por el general romano Estilicón en las montañas de Toscana y aniquilado más por el hambre que por las armas, y su rey acabó prisionero y muerto. Tras esto comenzó a reinar en solitario Alarico, su consorte en el trono, cristiano de nombre pero hereje en su fe. Este, muy afectado porque tan gran número de godos hubiera perecido, tras deliberar con los suyos envió una embajada al emperador Honorio para ver si daba su consentimiento a que los godos se establecieran pacíficamente en Italia, pero añadía que, si se negaba, lo harían por la fuerza. Pero Honorio, que temía ambas propuestas, con el fin de mantenerlos lejos de las fronteras de Italia decidió de acuerdo con el senado cederles provincias más distantes, esto es, las Galias y España, que estaban en trance de perder. Pese a todo los godos aceptaron esta donación tras confirmarla por medio del sagrado oráculo y se trasladaron a la patria que les había sido entregada. En cuanto se marcharon, sin haber causado ningún incidente en Italia y sin temer nada de los romanos, el patricio Estilicón, que era suegro de Honorio y oriundo del artero y traidor pueblo de los vándalos, intentó atacarlos en los Alpes. Mas los godos, recobrando su ardor según su costumbre y teniendo presente el gran número que había perecido junto a Radagaiso, llenos de ira aniquilaron casi por completo al ejército de Estilicón y volvieron riendas hacia Liguria, por donde habían pasado, y tras asolarla sin contemplaciones saquearon del mismo modo Emilia y recorrieron Toscana a sus anchas.

Cap. V

Sobre la destrucción de Roma y la muerte de Alarico

Y para que la inductora de esas muertes no escapara indemne, Alarico llevó con los suyos la guerra a la misma Roma para vengar la muerte de Radagaiso, y después de asediarla entró en ella a sangre y fuego. Y de esta forma la ciudad vencedora de todos los pueblos quedó vencida y prisionera de las armas godas. Sin embargo, los godos llevaron su generosidad hasta el punto de perdonar la vida a todos los que se refugiaron en recintos sagrados y no sacaron a nadie

de las iglesias. Ya dentro de la ciudad respetaron a todos, pero también perdonaron con igual misericordia a los que encontraron fuera de los templos de los mártires y que invocaban los nombres de Cristo y de los Santos, y a los demás, aunque eran botín de guerra, su piedad les impidió matarlos. Mientras los godos iban y venían a su antojo por aquella desolada ciudad, uno de sus nobles encontró al pasar a una virgen consagrada de avanzada edad y le rogó con buenas palabras que le enseñara espontáneamente el oro y la plata que llevara. Ella se lo mostró sin ocultar nada. Y como él se maravillara de la perfección y la belleza de unos vasos que atestiguaban el pasado esplendor de los romanos, le dijo la virgen: «Estos vasos me han sido encomendados del santuario de San Pedro Apóstol. Si te atreves, tómalos. Yo no me atrevo a darte la ofrenda sagrada». El godo aquel se aterrorizó enormemente ante el nombre del apóstol y envió un mensajero a comunicárselo al rey, quien al punto dio orden de que la misma virgen los llevara con el mayor respeto al santuario de San Pedro, añadiendo que «él luchaba con los romanos, no con los apóstoles de Jesucristo». Así lo hizo la virgen con la mayor devoción y todos los que se le habían unido, llevando alzados sobre sus cabezas aquellos vasos de oro y plata y entonando himnos y cánticos. A las voces de los que cantaban acuden de todas partes desde sus escondrijos formaciones de cristianos, acuden también los paganos y, mezclados con aquéllos, se libraron de la culminación del desastre simulando ser siervos de Cristo. Así fue tomada Roma por Alarico en el año 1164 de su fundación. Y según lo expresa el santo Papa Inocencio I, que a la sazón se hallaba en Ravena para no ser testigo de la destrucción del pueblo pecador, «aquella invasión no se debió a la fortaleza del enemigo, sino a la voluntad de Dios». Es entonces cuando los godos hacen prisionera en Roma, junto con un inestimable tesoro de oro y plata, a Placidia, hija del emperador Teodosio y hermana de Arcadio y Honorio, y al cabo de tres días de robar cuanto quisieron, incendiar y reducir a escombros algunas partes de la ciudad, se retiraron enaltecidos por el botín y el triunfo. Seguidamente desataron la misma locura a través de Campania, Abruzos y Lucania, hasta que llegaron a Reggio. Cuando, una vez embarcados, se disponían a pasar a Sicilia, que está separada de Italia por un pequeño estrecho, sufrieron un terrible temporal que les hizo perder a gran parte del ejército. Como el orgullo que sentían por la captura de Roma era tal que pensaban que ninguna desgracia les había de suceder, compensaron el percance del naufragio con su triunfo. Sin embargo, al cabo de pocos días Alarico falleció repentinamente en Cosenza [6],

[6] Al S. de Italia.

que él mismo había destruido, en el año 27 de su reinado, en la era 450. Los suyos le lloraron con verdadera aflicción y, tras desviar de su curso al río Barsento [7], en medio del lecho hacen que unas brigadas de prisioneros excaven su tumba, y en el interior de la fosa es enterrado Alarico con infinidad de riquezas y, cubierta la tumba, volvieron el río a su propio curso, y para que no fuera conocida por nadie dieron muerte a todos los prisioneros que la habían excavado.

Cap. VI

Sobre las victorias de Ataúlfo y su muerte

Ataúlfo (410-415)

Tras el entierro de Alarico elevaron al trono en la era 449 a Ataúlfo, pariente suyo [8] y muy parecido en el físico y en las ideas, que reinó durante seis años. Aunque no era muy alto, tenía un cierto atractivo para quienes lo miraban por la buena proporción de su cuerpo. Este, tras asumir el poder, regresó a Roma, y si algo había quedado en pie, lo redujo a la nada igual que una plaga de langostas; y no sólo esquilmó Italia de los bienes de los particulares, sino que también hizo lo propio con los públicos, sin que el emperador Honorio pudiera hacer nada por impedírselo. Atraído ya por el abolengo, ya por la belleza de Placidia, la hermana de Honorio a la que los godos habían hecho prisionera en Roma, se casó con ella en el Foro Julio [9], ciudad de Emilia. Y como haciéndole un favor a su cuñado, que se hallaba en la más completa ruina, abandonó Italia y se dirigió a las Galias. Cuando lo supieron los burgundios y los francos, que hacía tiempo pululaban por allí, empezaron a resguardarse dentro de sus fronteras. Los vándalos, alanos y suevos, expulsados de Panonia por los godos y refugiados en las Galias, habían oído contar a sus antepasados de qué forma el rey godo Geberid los había oprimido en Panonia con castigos y muertes y cómo los godos les habían forzado a refugiarse en la zona de las Galias. Por ello, en cuanto oyeron que se acercaban, se marcharon a España. Y como Ataúlfo anduvo mucho tiempo a su antojo por las Galias, acabaron por reconocerlo como rey. Así se fortaleció el reino de los godos, y Ataúlfo, al tener conoci-

7 Desemboca en el golfo de Tarento.

8 Eran cuñados.

9 La boda se celebró en Narbona. En la Emilia está *Forum Liui* (Forlì); *Forum Iulii* puede ser Frejús, en la costa de Provenza, o Friuli, en el NE. de Italia.

miento de los desmanes de los bárbaros, comenzó a apiadarse de las desgracias de los hispanos y a poner coto a las correrías de los vándalos. Sin embargo, durante el viaje de las Galias a España fue degollado en Barcelona por uno de los suyos mientras hablaba tranquilamente con sus allegados, en la era 455. Algunos pretenden que la profecía de Daniel «*el rey del Aquilón* tomará *a la hija del rey del Austro*[10] *y no habrá* descendencia de ellos»[11] se refiere al matrimonio de Ataúlfo y Placidia; y dicen que el rey del Austro es Teodosio y el del Aquilón Ataúlfo, y no hubo descendencia de ellos porque no tuvieron hijos. Pero en Daniel lo que se dice es otra cosa referida a los reyes de Siria y Egipto[12], y no hay ningún pasaje de sus profecías que indique que el reino romano está situado hacia el Austro. Entretanto el conde Estilicón, del que ya he hablado[13], planeó destronar a Honorio y colocar en su lugar a su hijo Eucherio, pero Honorio les dio muerte a él y a su hijo tras derrotarlos en combate.

Cap. VII

Sobre Sigérico y Valia y sus victorias en España

Tras el fallecimiento de Ataúlfo Sigérico es elegido rey de los godos en la era 455, y reinó un solo año. Fue el que peor recuerdo dejó en Roma por los desastres que causó. Era de mediana estatura, reconcentrado, poco hablador, sin interés por el sexo, de prontos violentos, avaricioso, el más hábil en revolucionar a las gentes y siempre dispuesto a sembrar inquietudes y a provocar los odios; quedó cojo por una caída de caballo. Como tenía varios hijos, con el fin de que el reino fuera heredado por éstos sin que el pueblo sufriera las consecuencias de una guerra civil, que es lo que solía suceder entre las demás gentes, comenzó a tender lazos de amistad con los romanos. Este era el orden de sus hijos: el primero, Gisérico, padre y señor; el segundo, Hunérico; el tercero, Guntemando; el cuarto, Trasamundo, y el quinto, Hildérico. Así pues, cuando Sigérico dio a conocer su plan de que los godos, por razón de sus hijos, se mantuvieran largo tiempo en paz y accedieran a las pretensiones de los romanos, los godos, que siempre tuvieron en más la razón de la guerra que la de

Sigéric (415)

[10] El Aquilón es el N., y el Austro, el S.
[11] Daniel, 11, 6.
[12] Antíoco II y Ptolomeo Filadelfo. La hija de éste era Berenice.
[13] v. I, xviii, 35-36; II, iiii *passim*.

Valia (415-418)

la paz, inmediatamente tramaron una conjura y lo asesinaron a traición. En la era 456 Valia sucedió a Sigérico en el trono, ocupándolo durante tres años. Como había sido alzado rey por los godos en razón de la guerra pero se sentía empujado hacia la paz por la divina providencia, tan pronto como empezó a reinar estableció un tratado con el emperador Honorio, le devolvió con todos los honores a su hermana Placidia, prisionera desde hacía tiempo, y se comprometió a ayudar al emperador en defensa de la república. Así fue como, reclamado en España por el patricio Constancio, infligió graves pérdidas a los bárbaros en nombre del pueblo romano, derrotó a los vándalos silingos en la Bética; a los alanos, que dominaban a los vándalos y a los suevos, hasta tal extremo los aniquiló que los pocos que sobrevivieron a su rey Adax se olvidaron de su reino y se entregaron a Gundérico, el rey de los vándalos que gobernaba en Galicia. Y como intentaran enfrentarse con Valia, no pudieron aguantar su poderío. Así resulta derrotado Gundérico junto con los vándalos y planea huir a Africa, y cuando acabada la guerra se disponía a iniciar el viaje por mar, se vio sorprendido en el estrecho del mar de Cádiz por una fortísima tempestad, y acordándose del naufragio ocurrido en tiempos de Alarico [14] no quiso exponerse al riesgo del mar y abandonó España huyendo hacia las Galias. Así pues, derrotados los vándalos, alanos y suevos, Valia regresó a Tolosa [15] vencedor y cubierto de gloria por sus triunfos en España, habiéndole dejado al imperio romano algunas provincias libres de enemigos, tal como había prometido. Y en reconocimiento a esa victoria el emperador le concedió la Aquitania Segunda [16] con algunas provincias y ciudades. Tras esto, el que había sido feliz, aunque poco, falleció en Tolosa después de una larga enfermedad.

Cap. VIII

Sobre Teodoredo [17] y la caída de los hunos

Teodoredo (418-451)

A la muerte del rey Valia le sucedió en el trono Teodoredo en la era 459, y reinó durante 33 años. Este, estimando pequeño el reino aquitánico, denuncia el tratado de paz con Roma y ocupó por la fuerza

---

[14] v. v, 41 ss.

[15] Entiéndase siempre Toulouse, Francia.

[16] Según la *Crón. Gen.* (233 b 35-36), se extendía entre los ríos Garona y Charente. Es el origen del reino visigodo de Tolosa.

[17] También conocido como Teodorico I.

diversos municipios de los romanos. Asedió y atacó con un gran ejército Aurillac, el más reputado enclave de la Galia, cuyo asedio tuvo que levantar no sin daño ante la llegada del valeroso Aecio, general del ejército romano. Mas luego, destituido Aecio de su cargo por orden del emperador Valentiniano, Teodoredo intentó rendir la ciudad de Narbona mediante un largo asedio y el hambre, mas a su vez es puesto en fuga por Litorio, jefe del ejército romano, con la ayuda de los hunos. Sin embargo, aunque con antelación había hecho batallas contra los godos en favor de la república, Litorio se dejó inducir equivocadamente por las señales de los demonios y las respuestas de los adivinos y trabó de nuevo con los godos un combate en el que había de morir, y tras perder a su ejército fue vencido y muerto de forma lamentable, e hizo comprender cuánto habría podido lograr aquella muchedumbre que pereció con él si hubiera combatido llevado por la fe más que por las arteras predicciones de los demonios. Después de morir Litorio, Teodoredo firmó la paz con los romanos tras recibir una carta del emperador Valentiniano, y como los hunos andaban saqueando las tierras de las Galias y destruyendo muchas ciudades, emprendió la guerra contra ellos y su rey Atila en los Campos Cataláunicos. En el ejército romano tanto brilló el valor del patricio Aecio, en quien la república tenía puestas sus esperanzas, que en aquel flanco la fiereza de los hunos quedó en nada, habiendo contado Aecio además con la ayuda de los francos, burgundios, sajones y briones [18], que tiempo atrás habían sido soldados romanos, pero que en esta ocasión iban como tropas de refuerzo. Sin embargo, Sangibano, el rey de los alanos, aterrorizado por lo que se le venía encima, promete a Atila entregarle Orleáns, ciudad gala en la que residía. Pero cuando lo supieron Teodoredo y Aecio, la ocuparon adosando rampas a las murallas antes de que llegara Atila, y, por si acaso, hacen vigilar a Sangibano, a quien el día de la batalla colocaron en el eje de las tropas con su gente. Sin embargo Atila, rey de los hunos, hondamente preocupado ante tan crítica situación, no se decidía a probar la suerte del combate e intentó averiguar el futuro por medio de los adivinos, quienes entre malos presagios sólo le profetizaron este consuelo: que perecería el jefe del ejército enemigo y con su muerte aminoraría [19] la victoria. En aquellos campos había un lugar elevado que ambos ejércitos anhelaban tomar. Los hunos se colocaron a la derecha, y los godos y los romanos con sus refuerzos, a la izquierda. En este bando

---

[18] Según Jordanes, los olibriones.

[19] El texto del Toledano es *triumphum sedaret*, corroborado por '*apaziguarie*' de la *Crón. Gen.* Es un claro error de lectura de la fuente (*foedaret* en Jordanes), por la fácil confusión entre *s* y *f* y la monoptongación del diptongo: «se desluciría la victoria».

Teodoredo ocupaba el flanco derecho, Aecio y los romanos, el izquierdo, y Sangibano, el centro. Frente a ellos se desplegó la formación de los hunos, colocándose Atila en el centro con los suyos para que en tal posición se resguardase del peligro que se avecinaba, y pueblos y gentes de lo más variopinto, a los que había sometido, rodeaban al ejército de Atila para proteger sus flancos. Pese a esto Atila se preocupaba por todos y los arengaba para el combate. Pero Turismundo, hijo de Teodoredo, y el general romano Aecio se hicieron con la cumbre de la colina tras un sangriento combate, y cuando los hunos contratacaron, los rechazaron sin problemas apoyados en la ventaja estratégica de la colina y contando con la ayuda inestimable de Ardérico, rey de los gépidas, que por su reconocida lealtad participaba en las deliberaciones y planes, y de Valamer, rey de los ostrogodos, que era hombre de palabra, sin doblez y de afable trato; a los dos, valerosos hasta la temeridad, los habían hostilizado los hunos en repetidas ocasiones, sin que quiera decir con esto que los habían sometido[20]. Sin embargo Atila, cuando ve a los suyos en desbandada por ese motivo, les habla para que no resultasen vencidos entonces quienes hasta ese momento habían quedado invictos. Animados con estas y otras palabras parecidas se lanzan al combate, quitándoles cualquier reparo la presencia del rey; el combate es cuerpo a cuerpo, salvaje, sin cuartel, desmesurado, inacabable, como ningún otro de los que cuenta el pasado; se dice que en él se hicieron tales hazañas que nadie que no fuera testigo de tamaño espectáculo podría presumir de haber visto algo importante en su vida. Tanto corrió la sangre que el cauce del río la arrastraba mezclada con el agua, como ocurre cuando se desborda por la lluvia. Entonces fue cuando Teodoredo, rey de los godos, mientras iba y venía entre los soldados dándoles ánimo, fue alcanzado por una flecha perdida y, al caerse del caballo, fue aplastado por los pisotones de los que corrían, y no pudo disfrutar de la última parte de su vida. Esto era lo que los adivinos habían asegurado a Atila. También murió allí Laudarico, cuñado de Atila. Entonces los godos se separaron de los alanos y atacaron valientemente a los hunos, y a punto estuvieron de acabar con Atila si, al ver el desastre de los suyos, no se hubiera refugiado en el campamento y parapetado tras unas defensas que había pertrechado para su protección con carretas y baúles. Sin embargo Turismundo, el hijo de Teodoredo, en la creencia de que volvía de noche a sus líneas desde la colina que había tomado con Aecio, llegó sin darse cuenta a los carros de los enemigos y, aunque luchó con valentía, uno lo hirió en la cabeza y lo tiró del caballo, pero fue salvado por la oportuna llegada de los suyos y cejó en su deter-

[20] En el relato de Jordanes, Ardérico y Valamer están en el ejército de Atila.

minación de seguir combatiendo. También Aecio, aprovechando las tinieblas de la noche, deambulaba en solitario entre las líneas enemigas e intentaba averiguar de forma temeraria si a los godos les había ocurrido alguna calamidad; por fin llegó al campamento y pasó el resto de la noche protegido por los escudos. En cuanto amaneció, contemplaron los campos cubiertos de cadáveres, y sin embargo los hunos no se decidían a salir. Los godos sabían que Atila no se daría por vencido hasta que el desastre fuera completo; aunque ya no empuñaba las armas, el cornetín de órdenes seguía sonando amenazador; lo mismo que el león que, enfurecido por el golpe de la lanza, recorre una y otra vez la entrada de su guarida y no se atreve a atacar ni tampoco deja de aterrorizar los alrededores con sus rugidos, así el aguerrido rey Atila mantenía en tensión a los suyos aun estando rodeado. Se cuenta que, cuando la situación ya era desesperada, preparó una hoguera detrás de sus líneas con las sillas de los caballos para lanzarse a morir en ella si los enemigos los desbordaban, a fin de evitar que alguien se vanagloriara de haberle herido o que el señor de tantos pueblos cayera en manos de los enemigos. Por su parte los godos, sorprendidos por la muerte de su rey, de la que nada habían sabido, y con dolor redoblado porque no había estado presente en el logro de tan gran dicha, lo buscaron llorándolo largo rato y acabaron por encontrarlo donde había más cadáveres, y a la vista de los enemigos lo sacaron reverenciándolo con cánticos y, en masa, con voces desacompasadas, le dieron la sepultura que le correspondía en medio de la locura de la guerra, y sus hijos, porque así les había sido pedido, mezclaron la alegría con una honda tristeza. Entonces Turismundo, enaltecido por la batalla, como correspondía al hijo de tan gran padre, tras llorar su orfandad y llevado de su valor, quiso vengar en los hunos la muerte de su padre, y sobre ello pidió consejo al patricio Aecio como persona de más edad y mayor experiencia. Este, que temía que los godos, envalentonados por su victoria, se lanzaran contra los romanos, le aconsejó que regresara a su tierra y afirmase los comienzos del reinado que acababa de heredar, no fuera a ser que sus hermanos consiguieran tropas y se le anticiparan. Este consejo no fue dado con honestidad, pero por su utilidad fue aceptado en buena ley. Así de débiles son los hombres, que, cuando actúan sin pararse a sospechar, dejan pasar el momento de hacer la mayor parte de las cosas.

Turismundo (451-453)

Así pues, tras la muerte de su padre es elevado Turismundo a la dignidad real en los Campos Cataláunicos, donde había combatido y triunfado, en la era 492, y reinó durante un año, pues los otros dos en que había compartido el trono con su padre se le computan a éste. Y pese a que fue recibido con alegría por sus hermanos y por los dignatarios, sin embargo se mostró tan mesurado en sus comienzos

que no halló la menor oposición en su llegada al trono. En esa legendaria batalla se dice que perecieron casi 300 mil entre ambos bandos, sin contar los quince mil francos y gépidas que habían perdido la vida en los prolegómenos luchando entre ellos. Por aquel tiempo se sucedieron muchas señales en el cielo y la tierra que presagiaban la gran crueldad de esa batalla. Pues los hombres andaban angustiados por continuos terremotos, la luna se oscureció por levante, por poniente apareció un cometa de enorme tamaño que brilló largo tiempo augurando desgracias; por la parte del aquilón el cielo se enrojeció como una hoguera, lanzando por entre medio rayos más claros que despedían destellos a la manera de lanzas resplandecientes. Y no es de extrañar que fuera la divinidad quien anunciara con tales prodigios la descomunal masacre de tantas gentes. Así pues Atila, a pesar de conocer la marcha de los godos, sin embargo permaneció largo tiempo dentro del campamento ante el temor de que fuera un ardid para engañarle. Pero lo cierto es que Turismundo volvió a Tolosa desde los Campos Catalaúnicos. Por su parte Eufronio, obispo de Autun, dio sepultura a incontables cadáveres. Así pues Atila, atravesado el Danubio después de la batalla de los Campos Catalaúnicos, atacó a los alanos. Cuando lo supo el rey godo Turismundo, sin igual en gloria por aquel entonces, salió rápidamente al encuentro del ejército de Atila para ayudar así a los alanos y, entablado el combate como en los Campos Catalaúnicos, hizo huir a los estandartes de Atila, a los que tanto habían temido los romanos, y obligó al propio Atila a alargar su huida más allá del Danubio y a dirigirse a su tierra, de la que ya casi ni se acordaba; y aquel famoso Atila, señor de pueblos, huye sin gloria abrumado por las dos batallas. Por su parte Turismundo, después de dispersar los alanos a los restos de los hunos, regresó a Tolosa y, tras poner orden entre los suyos, comenzó a comportarse con más soberbia de lo que acostumbraba, y en el año segundo de su reinado, cuando se estaba haciendo una sangría, fue asesinado por un cliente suyo instigado por sus hermanos. Pero antes de morir vengó su propia sangre y mató a algunos de los conjurados con la pequeña navaja que tenía en la mano.

Cap. VIIII

Sobre Teodorico y los reyezuelos de los suevos

Teodorico (453-466)

Tras su muerte en la era 493 gobernó su hermano Teodorico durante trece años, y se encontró con la hostilidad de su cuñado Rekhiario, rey de los suevos. Pues este Rekhiario se había crecido mucho

desde su matrimonio con la hija del rey Teodoredo y creía que podía hacerse con casi toda España. Su cuñado Teodorico, como prudente que era, le rogó en son de paz y por medio de una embajada no sólo que se retirara de las tierras que no le pertenecían, sino además que ni siquiera pensara en intentarlo. Mas Rekhiario consideró que el comienzo de un reinado es el momento adecuado para socavarlo y, cuando llegó ante él la embajada de Teodorico, le respondió lleno de arrogancia: «Si me sigues criticando lo de aquí, voy a Tolosa, donde resides, y a ver si puedes hacerme frente allí». Cuando Teodorico se enteró, firmó la paz con los pueblos con los que andaba guerreando y salió desde la Galia Gótica a toda prisa para enfrentarse a Rekhiario. Este le salió al encuentro con un gran ejército y, entablado el combate entre Astorga y León a orillas del río Orbigo, Teodorico quedó vencedor y resultaron muertos bastantes de los suevos, otros muchos, prisioneros, y la mayoría, huidos. Por último, el propio rey Rekhiario escapó herido con unos cuantos y, como ya no tenía la protección de los suevos, se embarcó con la sola compañía del recurso de la huida, y una tormenta que estalló en el océano lo arrojó a las costas de Oporto, y allí es hecho prisionero y entregado a su enemigo, viéndose privado del reino, la victoria y la vida. Por su parte Teodorico, ya vencedor, perdonó a los vencidos y puso al frente de ellos a un cliente suyo llamado Agiúlfo, quien, alentado por las lisonjas de los suevos, planeó actuar por su cuenta y riesgo convencido de controlar la provincia con el mismo poder que su señor. Era descendiente de avernos, sin ningún antepasado godo. Cuando Teodorico lo descubrió, dirigió un ejército contra él, llegó al instante y lo derrotó al primer choque y, abandonado por los suyos, es decapitado y sufre la ira de aquél cuya predisposición no había sabido conservar. Entonces los suevos, al comprobar la muerte de su jefe, enviaron a sus sacerdotes a rogar a Teodorico, que los recibió de buenas maneras debido a la dignidad de su condición, y no sólo dejó sin castigo a los suevos, sino que, llevado por su misericordia, incluso les concedió que eligieran rey a uno de ellos. Tras la muerte de Rekhiario Teodorico pasó de Galicia a Lusitania y, cuando se disponía a saquear la ciudad de Mérida, se vio aterrorizado por un milagro de la mártir Santa Eulalia [21], y al punto se marchó con su ejército y dejó a sus generales con una parte de las tropas para que protegieran lo que había conquistado en España; envió una columna a la Bética al mando del duque Cirila y otra la destinó a Galicia al mando de Sunérico y Nepociano, quienes destrozaron a los suevos junto a Lugo con gran saña. Y desde entonces hubo jefes godos al frente de España. Seguidamente Teodorico, una

[21] Había sufrido martirio durante la persecución de Diocleciano, en el s. III.

vez sometido el pueblo suevo y sus jefes, se volvió a la Galia Gótica. Y entonces el conde Agripino entregó Narbona a Teodorico para garantizarse su ayuda. En cuanto éste se marchó, los suevos se dividieron en dos bandos: unos tomaron por rey a Maldras, hijo de Masila, que reinó sólo dos años, y los otros, a Framtan. Maldras murió al poco tiempo y los suyos pusieron en su lugar a su hijo Remismundo, que en seguida hizo las paces con Framtan, y ambos, aliados en igualdad de condiciones, se dedicaban a asolar las tierras de Lusitania. Framtan murió al cabo de dos años y los suyos eligieron rey a Frumario, que, entrando en disputa con Remismundo por la supremacía del trono, destruyó Chaves y causó estragos en su tierra. Pero fallecido Frumario al cabo de dos años, Remismundo se hizo con el principado de los suevos en Galicia, luego de hacer las paces con los gallegos. Pues los suevos lo alzaron como reyezuelo suyo, y pasando a Lusitania saqueó y destruyó Coimbra, engañada con una oferta de paz, y también se apoderó de Lisboa, que le fue entregada por Lusidio, un vecino de allí que mandaba en ella. Al cabo de unos cuantos días Remismundo, envalentonado por estos éxitos, dirigió una embajada al rey Teodorico ofreciéndole paz y amistad. Teodorico la acogió con agrado y aceptó la propuesta, y en señal de su sincera disposición le envió una esposa y gran cantidad de regalos y armas por medio de Sallano, uno de su corte. Y cuando recibió la esposa y los regalos, comenzó a ufanarse mucho más, y a su vez despidió a Sallano cargado de presentes y con una carta de reconocimiento para Teodorico. Cuando Sallano llegó a la Galia, se encontró con que Teodorico había sido asesinado por su hermano Eurico.

Cap. X

Sobre el rey Eurico

Eurico (466-484)

En la era 506 Eurico sucedió a su hermano en el trono de la misma forma criminal que éste lo había hecho, y reinó 17 años. Aguijoneado por el cargo y por el crimen, asoló con saña las tierras de Lusitania, rindió Pamplona y Zaragoza, contra las que había lanzado el ejército, sometió la España superior y recorrió a sangre y fuego lo mejor de la provincia Tarraconense, que no le había aceptado. Una vez que regresó a las Galias a marchas forzadas, se enteró de que Valentiniano había sido asesinado por Máximo, y de que el propio Máximo había sido muerto por Urso, un caballero romano. Conside-

rando por ello que el imperio romano se hallaba en gran alteración, debeló Arlés y Marsella y las incorporó a su reino, y en el combate que mantuvo contra el rey de los bretones Riótimo, que había acudido con 12.000 hombres a socorrer a los romanos, resultó vencedor y aniquilador. A todas estas cosas lo inducía con consejos y regalos Gensérico[22], el rey vándalo que gobernaba en África tras ser expulsado de España, para poder disfrutar de paz y tranquilidad en África mientras la república anduviera trastocada. Eurico, que lo aceptaba de buen grado, se hizo con el control de España, la Galia y la provincia de los borgoñones. Un día que había convocado a los godos en Arlés para una asamblea y tenían éstos las armas en las manos, vio que durante algún tiempo cambiaba el color natural del hierro de la punta: unas veces tomaban el verde, otras, el rosáceo, otras, el azafranado, y otras, el negro. Fue en tiempos de este rey cuando los godos pusieron por escrito las disposiciones de sus leyes, pues hasta entonces sólo se regían por la costumbre y la tradición. El rey Eurico falleció en Arlés de muerte natural.

Cap. XI

Sobre Alarico y Gesaleico

Alarico II (484-507)

Al morir Eurico en Arlés, su hijo Alarico es elevado al trono en Tolosa en la era 523, y reinó 23 años. El rey de los francos Fluiduigio, que anhelaba hacerse con el reino de la Galia Gótica, atacó a Alarico con la ayuda de los borgoñones y, luego de poner en fuga a las tropas de los godos, acabó dando muerte a su rey cerca de Poitiers[23]. Tras la muerte de Alarico —como Amalarico, hijo de éste y de la reina Amalasunta, hija de Teodorico, rey de los ostrogodos que por entonces reinaba en Italia, era un niño de apenas cinco años—, le sucede en Narbona Gesaleico, hijo del anterior rey[24] y de una concubina, en la era 546, y reinó durante cuatro años; y así como era de origen espurio, de la misma forma fue el más desgraciado y abúlico. Al cabo del tiempo esta ciudad de Narbona fue saqueada por Gundobado, rey de los borgoñones, y Gesaleico tuvo que refugiarse en Barcelona tras sufrir grandes pérdidas, y permaneció allí hasta que fue despojado de los símbolos del poder por la afrenta que suponía el haber

Gesaleico (507-510)

[22] Hermanastro y sucesor de Gundérico; v. vii, 27 ss.
[23] Es la batalla de Vouillé, en la que Clodoveo acabó con el reino de Tolosa.
[24] Alarico.

huido. Y como veía que su situación no mejoraba, partió para Africa con la intención de solicitar la ayuda de los vándalos; vuelto de allí sin haber conseguido su propósito, se refugió en Aquitania por el temor que le tenía a Teodorico. Desde allí regresó a España al cabo de un año, y es obligado a huir por un general del rey Teodorico en un combate que tuvo lugar a doce millas de Barcelona, y murió al otro lado del Durance, río de las Galias. De esta forma, primero perdió el honor y luego la vida.

Cap. XII

Sobre Theudis

Amalarico (510-534)

Theudis (534-548)

Tras la muerte de Amalarico, su madre, atendiendo a la debilidad de su condición de mujer y al poco aprecio que le tenían los godos, hizo venir a su primo Theudis, otrora ayo de su hijo y que vivía en Toscana como particular, y por razón de su parentesco lo hizo rey con el asentimiento de los principales en la era 570, y reinó durante 17 años y 5 meses. Aunque era hereje, sin embargo se portó bien con la Iglesia, hasta el punto de que autorizó a los obispos católicos a que se reunieran en la ciudad regia [25] y trataran con plena libertad de todo lo que incumbía al ordenamiento de la Iglesia. Durante su reinado, como quiera que los reyes francos habían acudido a España con incontables tropas y andaban asolando la provincia Tarraconense, los godos, al mando de Theudisclo, después de bloquear las salidas de España vencieron al ejército franco de una manera sorprendente. El general, tras muchos ruegos y a cambio de una gran cantidad de dinero, les dio a los enemigos que sobrevivieron un día y una noche de ventaja en su huida, y la restante caterva de desgraciados que no tuvo tiempo de escapar no pudo evitar la muerte a manos de los godos. Y de esta forma libró a los hispanos de las arteras acechanzas de los francos. Por su parte Theudis ordenó al cabo de unos días estrangular a Amalasunta en un baño sin tener presente el gran bien que le había dispensado. Pero como ésta se había puesto a sí misma y a su hijo bajo la protección de Justino [26], el católico rey de Oriente, cuando éste se enteró del crimen sintió gran pena por ella y envió

[25] Entiéndase siempre Toledo. Pero durante el reinado de Theudis no se reunió ningún Concilio en Toledo, sino en Barcelona (540), Lérida (546) y Valencia (549).

[26] Justiniano (527-565).

al general y patricio Belisario a vengarse de Theudis; pero se vio retenido por los asuntos de los romanos y Theudis fue asesinado antes de que llegara, y de esta forma quedó la impiedad sin castigo. Luego de alcanzar tan fructífera victoria, los godos se hicieron a la mar un tanto a la ligera. Al cabo, en una ocasión en que habían recorrido las costas del Mediterráneo para atacar a los soldados que habían ocupado la fortaleza de Ceuta después de arrojar de allí a la guarnición de los godos, y cuando estaban tratando de asaltar ese castillo con un enorme esfuerzo, llegó el domingo y cesaron de combatir y descansaron para no profanar con la lucha el día sagrado. Aprovecharon entonces los de dentro la ocasión que se les ofrecía e hicieron de improviso una salida, logrando copar por completo al ejército contra el mar, y como estaba sin armas, lo aniquilaron hasta el extremo de no quedar ni uno que pudiera dar la noticia de tan gran descalabro. Inmediatamente le llegó al propio rey la muerte que merecía, pues fue herido en palacio por uno que desde hacía un tiempo fingía estar loco para sorprender al rey. Pues simuló con habilidad su locura para darle muerte. El rey cayó a tierra por la herida, que era profunda, y entregó su alma indigna. Además se cuenta que, mientras le brotaba la sangre, hizo jurar que nadie mataría al asesino, y que dijo que había recibido exactamente la recompensa que merecía, pues él, cuando aún era un particular, también había atentado contra su jefe. Tras la muerte de Theudis es inmediatamente puesto al frente de los godos Theudisclo, el jefe del ejército, en la era 587, y reinó durante un año y tres meses. Este, como se dedicaba a mancillar los matrimonios de los nobles con la prostitución pública y por ello causaba la muerte a muchos, sorprendido en Sevilla en medio de una comida por un grupo de conjurados, es atacado y degollado.

Theudisclo (548-549)

Cap. XIII

Sobre Agila

Agila (549-555)

Tras la muerte de Theudisclo es elevado al trono Agila en la era 588 y reinó cinco años. Este atacó Córdoba y profanó, con desprecio de la religión católica, la tumba del santísimo mártir Acisclo[27] haciéndola pisotear por los enemigos y los animales de carga, y al comenzar el combate contra los de allí los santos le hicieron pagar el castigo que merecía. Pues, alcanzado por la venganza de esa guerra,

27 Había sufrido martirio durante la persecución de Diocleciano, en el s. III.

perdió en plena confusión a su hijo, muerto con gran parte de su ejército, y todo el tesoro junto con magníficas riquezas. Vencido y puesto en fuga con despreciable temor, se refugió en Mérida. Al cabo de un cierto tiempo se rebeló contra él Atanagildo y se hizo con el trono después de vencer en Sevilla al ejército que venía en su contra. Por todo ello vieron los godos que se estaban destruyendo entre ellos y, ante el temor de que las fuerzas romanas [28] entraran en España aprovechando la ocasión, dieron muerte a Agila en Mérida y se pusieron a las órdenes de Atanagildo.

Cap. XIIII

Sobre Atanagildo, Liuva y Leovigildo

Atanagildo (555-567)

Tras el asesinato de Agila, Atanagildo fue su sucesor mediante una rebelión en la era 593, y reinó durante catorce años. Este, como desde mucho tiempo atrás tramaba quitarle el trono a Agila, solicitó al emperador Justino ayuda militar, pero no pudo arrojar a Agila del trono hasta que éste fue muerto por los suyos. Atanagildo por su parte falleció en Toledo de muerte natural [29], y el trono estuvo vacante durante cinco meses.

Liuva I (567-573)

Después de Atanagildo, Liuva es puesto al frente de los godos en Narbona en la era 607, y reinó durante tres años. En el segundo año de su mandato nombró a su hermano Leovigildo no sólo su sucesor, sino también copartícipe del trono y administrador de España, limitándose él al reino de las Galias. Y de esta forma el trono acogió a dos, por más que ningún poder soporta ser compartido [30]. Por tanto, a éste sólo se le adjudica un año en la cronología, pues los demás se le computan a su hermano Leovigildo. Leovigildo había casado con Teodosia, hija de Severiano, duque de la provincia Cartaginense, que fuera hijo del rey Teodorico.

Leovigildo (573-586)

Tras la muerte de Liuva, Leovigildo se hizo con la gobernación de España y la Galia en la era 610, y reinó 18 años [31]. Como ansiaba ensanchar el reino, dispuso hacer acopio de recursos, idea para la que contaba con el apoyo del ejército. Domeñó a muchos pueblos granjeándose el apoyo popular y distinguiéndose por su vehemencia. Pues éste con-

[28] Entiéndase 'bizantinos' a partir de ahora. La entrada de éstos en España se produce a requerimientos de Atanagildo (v. xiiii, 4), y llegaron a controlar dos amplias zonas en el SE. y SO. de la península. Su presencia concluyó en el reinado de Suínthila (v. xviii, 10).

[29] El primer rey visigodo que moría así en ese siglo.

[30] v. Lucano, I, 93-94.

[31] Aquí añade el ms. *D*: «en esa época vivió San Millán».

quistó y destruyó Cantabria; éste tomó Aregia; Sabaria fue debelada por él; ante él se rindieron muchas ciudades rebeldes de España; igualmente derrotó en distintos combates a las fuerzas que se le oponían y les arrebató luchando los baluartes que habían ocupado. Luego, a su hijo Hermenegildo, que se había enfrentado a su poder, lo capturó en Sevilla mediante un ardid después de asediarlo, y como se negó a participar en sus abominables ceremonias, luego de torturarlo con varios tormentos el impío parricida acabó por decapitarlo con un hacha, y lo consagró mártir digno de Dios. Por último atacó a los suevos, y en una rápida operación puso el reino de éstos bajo el poder de los godos, y dilató los límites de España siendo ya señor de la mayor parte de ella, pues hasta entonces el pueblo de los godos estaba constreñido entre apretadas fronteras. Pero el desvarío de su impiedad empalideció en su persona la gloria de tanto bien. Al cabo, saciado de la locura de la maldad arriana, lanzó una persecución contra los católicos y envió al exilio a los santísimos obispos Leandro de Sevilla y Másona de Mérida y a muchos otros, incautó las rentas de las iglesias y anuló sus privilegios, y por medio de amenazas condujo a muchos al veneno arriano, pero a los más los ganó seduciéndolos con oro y riquezas, sin necesidad de violencia. También se atrevió, entre otros desmanes de su herejía, a rebautizar a los católicos, y no sólo de entre el pueblo llano, sino también de la dignidad del estamento sacerdotal, como a Vicente de Zaragoza, a quien hizo que, de obispo, se convirtiera en apóstata y lo arrojó como del cielo al infierno. También resultó dañino para alguno de los suyos; pues a todos los que estimó más nobles y poderosos, o les cortó la cabeza o los esquilmó quitándoles sus bienes y, luego de proscribirlos, los envió al exilio. También éste fue el primero que enriqueció el fisco y el primero que, lleno de codicia, enriqueció el erario con los bienes robados a los ciudadanos y con el botín de las guerras. También fue el primero de su dinastía que se sentó en un trono real, revestido de ropas reales, a la manera de los reyes. Pues los reyes que vivieron antes de él no hacían diferencia con los caballeros en los trajes y asientos. También fundó una ciudad en Celtiberia a la que denominó Recópolis por el nombre de su hijo. También enmendó con sumo interés aquellas leyes que parecían que habían sido elaboradas por Eurico con cierto descuido, añadió otras que no se habían tenido en cuenta y derogó otras tantas obsoletas. Pero cuando se vio duramente acuciado por la enfermedad, ordenó a su hijo Recaredo que hiciera volver del exilio a los obispos, y que a Leandro de Sevilla y a su hermano Fulgencio de Ecija, que brillaba con luz propia en la doctrina de la Iglesia, los escuchara como a un padre y atendiera a sus consejos. Falleció en Toledo de muerte natural.

Cap. XV

Sobre el rey Recaredo

Recaredo I (586-601)

A la muerte de Leovigildo le sucedió en el trono su hijo Recaredo en la era 628, y reinó 15 años. Este descolló por la observancia de la religión y su comportamiento fue muy distinto al de su padre. Pues el uno fue irreverente y predispuesto al combate, y el otro, piadoso y amante de la paz; el uno amplió las tierras de su pueblo con la práctica de las armas, y el otro, glorioso, encumbró a ese mismo pueblo con el triunfo de la fe. Pues, instruido en la fe católica por Leandro y Fulgencio desde el mismo principio de su reinado, hizo volver a las gentes de todo el pueblo godo a la práctica de la fe verdadera tras limpiar la mancha del arraigado error. Después, reunió en la ciudad regia un Concilio de 62 obispos de las distintas provincias de España y la Galia para condenar la herejía arriana; y el príncipe en persona acudió a ese Concilio lleno de fervor y devoción y rubricó con su firma los acuerdos del Concilio, renegando, junto con los obispos, los cortesanos, el clero, el ejército y todo el pueblo, de la maldad que hasta entonces el pueblo godo había aprendido de las teorías arrianas y proclamando la unidad de las tres Personas: un solo Dios, el Hijo engendrado consustancialmente por el Padre, el Espíritu Santo proveniente de manera inseparable del Padre y el Hijo, siendo uno solo el espíritu de los dos, por lo que son uno solo. Contando con la ayuda de la fe también guerreó con éxito contra los pueblos hostiles. Pues no sólo derrotó, sino que también puso en fuga con una feliz victoria a casi 60 mil soldados francos que habían penetrado en la Galia Gótica, tras enviar contra ellos a Claudio, duque de Mérida [32]. En ningún momento se puede hallar una victoria de los godos en España mayor ni parecida. Pues una vez vencidos y capturados muchos miles de enemigos, el resto del ejército fue aniquilado por los godos, que los persiguieron hasta las cercanías de su reino. También guerreó muchas veces haciendo frente a los desplantes de los romanos y a las correrías de los váscones. Por todo ello el pueblo godo no daba tanto la impresión de andar guerreando como de entrenarse para ganar experiencia, igual que en el juego de la palestra. Por otra parte, las provincias que su padre ganó con la guerra él las mantuvo con la paz, ordenó con justicia y rigió con prudencia. Era tranquilo, agradable, de notable bondad, e irradiaba tanta simpatía de su rostro y había en su corazón tanta dulzura y nobleza que dejaba huella

[32] Es la batalla de Carcasona (589), en la que fue derrotado Gontran, rey de Borgoña.

en las mentes de todos e incluso mantenía a los perversos en el respeto de su aprecio. Hasta tal punto fue generoso que devolvió a sus legítimos dueños los bienes de los particulares y las tierras de las iglesias que el desvarío de su padre había incluido en el fisco; hasta tal punto fue compasivo que alivió los tributos del pueblo condonándolos más de una vez. También enriqueció a muchos con bienes, enalteció a otros tantos con distinciones, regaló su dinero a los menesterosos y sus tesoros a los necesitados, convencido de que el trono le había sido entregado para eso, para disfrutar de él de la manera más provechosa. A sus buenos comienzos añadió un buen final: pues en su última hora, por medio de la confesión y de la penitencia pública, puso el remate a la fe de la verdadera gracia que recibió en los comienzos de su reinado. Marchó en Toledo al encuentro de Cristo con una muerte tranquila. El 15 de mayo del cuarto año del muy glorioso rey Recaredo se reunió el III Concilio de Toledo, y transcurrieron 62 años entre el II Concilio, presidido por Montano, y éste [33]. Y éste fue presidido por Eladio, y asistieron Másona de Mérida, Eufemio de Tarragona [34], Leandro de Sevilla, Migecio de Narbona, Partardo de Braga, y sus sufragáneos. Y en este Concilio fue erradicada por los hispanos la herejía arriana, con la que se había contagiado el pueblo godo desde los tiempos del rey Atanarico y del emperador Valente, que cedió a los godos unos maestros para que los adoctrinaran en la maldad arriana. Pero en este Concilio, después de erradicar la inmundicia de esa secta, los godos se reafirmaron en la verdadera profesión de la fe católica, y allí es pronunciada la homilía del santo obispo Leandro sobre la alabanza de la Iglesia por la conversión de los godos, que comienza así: «La propia novedad subraya que esta festividad es la más solemne de todas las festividades, etc.» Y asistieron a este Concilio 62 obispos.

Cap. XVI

Sobre Liuva, Witérico y Gundemaro

Después del rey Recaredo comenzó a reinar su hijo Liuva en la era 643, y reinó durante dos años; pese a que su madre era de baja

Liuva II (601-603)

[33] Efectivamente, el II Concilio de Toledo se celebró en 527, bajo el reinado de Amalarico, y éste, en 589.

[34] Según las actas del Concilio, el arzobispo de Toledo era Eufemio, y el de Tarragona, Esteban.

extracción, él se distinguió por la bondad de su carácter, pero en los primeros años de su juventud, y sin haber cometido ningún desmán, *Witérico lo arrojó del trono por medio* de una conjura y, luego de cortarle la mano derecha, le dio muerte a los dieciséis años de edad, esto es, en el segundo de su reinado, en la era 645.

Witérico (603-610)

Al morir Liuva ocupa Witérico durante siete años el trono que había asaltado en vida de aquél; aunque era hombre valeroso en la práctica de las armas, sin embargo no logró victoria alguna. Pues por más que una y otra vez lanzaba la guerra contra los romanos, nunca alcanzó la gloria, salvo una vez que hizo presos a unos soldados y los llevó prisioneros a Sigüenza. Cometió muchos desafueros en su vida, y en su muerte pereció a espada porque a espada había obrado: en verdad, la muerte del inocente no quedó sin venganza. Pues fue muerto por unos conjurados en medio de un banquete[35]; su cuerpo fue arrastrado de mala forma y enterrado de la peor, en la era 652.

Gundemaro (610-612)

Después de Witérico se hizo con el trono Gundemaro, y reinó durante dos años. Este asoló a los váscones en una expedición y en *otra sitió al ejército romano*. Falleció en Toledo de muerte natural.

Cap. XVII

Sobre el rey Sisebuto

Sisebuto (612-621)

Después de Gundemaro, el muy glorioso rey Sisebuto es llamado al trono real en la era 654, reinando durante ocho años y seis meses. Este demostró un gran afán por llevar a los judíos a la fe cristiana en los comienzos de su reinado, pero con torpeza; pues conminó por la fuerza a quienes era mejor atraerlos por el razonamiento de la fe. Pues como dice Pablo, *«con esto me alegro y me alegraré: que Cristo sea anunciado tanto con artimañas como con la verdad»*[36]. De esta manera Sisebuto conserva Iberia durante ocho años como persona de sabiduría y muy aficionada a las letras. Sometió a las ciudades romanas a lo largo y ancho de España. La Iglesia siente gran respeto por el venerable Eladio, obispo metropolitano de la sede de Toledo, que brillaba por la fama de su santidad. Por este tiempo España honraba al muy santo Isidoro, metropolitano de Sevilla, ilustre y esclarecido maestro, quien en el séptimo año del reinado del citado príncipe Sisebuto reunió un Concilio en Sevilla en la sacristía de la santa iglesia

[35] Fue el último rey visigodo que murió asesinado.
[36] *Filipenses*, 1, 18.

de Jerusalén contra la herejía de los acéfalos [37], y apoyándose en los argumentos verdaderos de los maestros vence a un obispo sirio que defendía la citada herejía, y con el apoyo decidido del Concilio condenó sus teorías y sacó *para siempre* al citado obispo de su error con un extenso adoctrinamiento. Sisebuto, por su parte, fue de palabra brillante, sabio en el conocimiento de las letras, decidido en sus juicios y el más aventajado en la piedad, de buen corazón, magnífico en el gobierno del reino, siempre distinguido en los hechos de guerra y en los triunfos. Pues con un ejército que envió obligó a rendirse a los ástures, que se levantaban una y otra vez. Por medio de sus duques debeló a los rucones, encerrados por todas partes entre escarpadas montañas. Construyó en Toledo el admirable edificio de la iglesia de Santa Leocadia. También logró en persona dos fructíferos triunfos sobre los romanos [38] y sometió algunas de sus ciudades en combate, y a las demás las debilitó desde el mar de tal manera que poco después el pueblo godo las agregó a sus tierras sin problema alguno. Fue tan indulgente hacia los vencidos que devolvió la libertad, pagando el rescate, a *quienes el derecho de guerra había hecho esclavos*, y su tesoro se convirtió en la salvación de los cautivos. Unos dicen que murió de enfermedad, otros, por una ingestión excesiva de medicamentos, otros, envenenado. Su pérdida fue motivo de dolor no sólo para los religiosos, sino también para los mejores laicos. Durante su reinado el maldito Mahoma predicó la maldad de su secta a los pueblos de poco seso. Así pues, murió Sisebuto dejando en este mundo a su pequeño hijo Recaredo, quien, rey tras la muerte de su padre, falleció a los pocos días, es decir, a los siete meses. La cortedad de su vida no dejó nada digno de recuerdo.

Recaredo II (621)

Cap. XVIII

Sobre Suínthila y su hijo Ricimiro

Suínthila (621-631)

El muy glorioso Suínthila, hijo del rey Recaredo [39], asumió el trono real por la gracia de Dios en la era 663, y reinó diez años. Este, ostentando el cargo de general durante el reinado de Sisebuto, doblegó

[37] Según el canon xii de este Concilio —el II de Sevilla, celebrado el 13 de noviembre de 619—, «negaba la existencia de dos naturalezas en Cristo»; esto es, los acéfalos eran seguidores del monofisismo propugnado por Eutiques y que fue condenado por los Concilios de Constantinopla (448) y Calcedonia (451). Su nombre se debe a que no reconocían jefe alguno.

[38] Posiblemente contra Cartagena y Málaga.

[39] No era hijo de ninguno de los reyes de este nombre. Había sido un general de Sisebuto.

las fortificaciones de los romanos. También venció a los rucones. Y después de conseguir la primacía del reino, conquistó y sometió mediante combates a las demás ciudades que las fuerzas romanas habían ocupado en España y, redoblada la gloria de su triunfo, alcanzó una envidiable felicidad por encima de los demás reyes. Fue el primero entre los godos que consiguió, tras expulsar a los romanos, el control de toda la España rodeada por el mar, hecho que no había ocurrido con ningún rey anterior [40]. Aumentó en aquel combate el renombre de su valor al apoderarse de dos patricios, a uno de los cuales lo cautivó con su prudencia y al otro lo subyugó con su valor en la lucha. Al comienzo de su reinado reprimió las correrías de los váscones que hostilizaban la provincia Tarraconense, de tal manera que esas gentes montaraces, conmocionadas por el pánico que les infundía su llegada, dejadas las armas y agitando las manos en actitud de ruego como si de pronto reconocieran las obligaciones que tenían, se inclinaron sumisos ante él; y para que los perdonara, construyeron con su dinero y su trabajo una ciudad para los godos, Olite [unos dicen que fue Oloro, otros, Olito] [41], comprometiéndose a aceptar su poder y a obedecer sus mandatos. Junto a estas alabanzas de su gloria militar, brillaron en él muchas virtudes reales: sinceridad, sabiduría y diplomacia, larga reflexión en sus juicios, dedicación exhaustiva al gobierno, generosidad alegre para con todos, indulgencia siempre predispuesta hacia los pobres, de manera que no sólo era llamado príncipe de las gentes, sino también padre de los pobres. Falleció en Toledo de muerte natural en la era 673. Su hijo Ricimiro había sido asociado a la gobernación del reino y reinó en igualdad de condiciones con su padre. Durante su infancia refulgió de tal manera el brillo de su sagrada condición que en su persona, tanto en el rostro como en el comportamiento, se revelaba la imagen de las virtudes de su padre. Cuando murió, casi al mismo tiempo que éste, quedaron con vida otros dos hijos de Suínthila: Sisenando y Khindasvinto, nacidos de Teodora, hija del ya citado rey Sisebuto. Pero San Isidoro, brillante narrador de la historia de los godos, llega con su relato hasta el quinto año del rey Suínthila, y en el cuarto año del reinado de Khíntila (no Suínthila, sino el segundo después de él), mientras San Isidoro estaba celebrando una ceremonia en la iglesia de Sevilla, y habiendo ya alimentado al pueblo que le estaba encomendado con el manjar del trigo celestial, se encomendó a sus oraciones y, despidiéndose de él, le anunció su muerte, que sabía por una profecía. Y así murió en el cuarto año del citado rey, el 3 de abril de la era 681.

---

[40] Es el final de las posesiones bizantinas en España.

[41] Creo que se trata de una glosa incorporada al texto.

Cap. XVIIII

Sobre Sisenando y Khíntila y los Concilios celebrados durante sus reinados, y sobre Tulga

Sisenando (631-636)

Después de Suínthila y de su hijo Ricimiro comenzó a reinar Sisenando en la era 673, y reinó cinco años y once meses. Este fue puesto en el trono del reino de los godos mediante una conjura. En el tercer año de su reinado reunió en Toledo en la iglesia de Santa Leocadia, virgen y mártir de Cristo, un Concilio sobre diversos asuntos bajo la presidencia de Justo, primado de la ciudad regia —cuando aún vivía Isidoro, obispo de Sevilla, y ya brillaba de manera admirable por sus muchas obras—, que contó con 68 asistentes entre obispos de la Galia y España, los vicarios de los ausentes y los nobles de la corte, y firmaron las actas Isidoro de Sevilla, Esclúa de Narbona, Julián de Braga, Audax de Tarragona, Imiro, vicario de Mérida, y sus sufragáneos, hasta un total de 68; y éste fue el IV Concilio de Toledo. Tras la muerte de Sisenando Khíntila es puesto al frente de los godos en la era 679, reinando exactamente cuatro años. Este dispone que se celebre el V Concilio de Toledo, al que asisten 24 obispos bajo la presidencia de Eugenio, primado de la ciudad regia. En él se derramó profusamente la luz de la gracia sobre las mentes ignorantes no sólo en los asuntos de este mundo, sino también en los divinos. Las actas de los Concilios dan gloriosa fe de cuán grande fue la afluencia de santos obispos y de vicarios que asistieron junto a los nobles de la corte a los que se consideró dignos de participar en el Concilio, que se celebró en la iglesia de Santa Leocadia virgen. En este Concilio brilló con luz propia por encima de los demás el obispo Braulio de Zaragoza, que difundió con brillantez la piadosa doctrina entre las mentes cristianas y cuyas obras aún las sigue venerando la Iglesia [42]. Roma, madre y señora de ciudades, se prendó de su elocuencia a través de sus cartas [43]. Y en este Concilio firmó las actas el arzobispo de Tarragona y algunos de sus sufragáneos y los vicarios de los obispos ausentes. En tiempos del mismo rey Khíntila se celebró el VI Concilio sobre la observancia de la fe católica y otros asuntos eclesiásticos bajo la presidencia de Eugenio, metropolitano y primado de la ciudad regia, firmando las actas Esclúa de Narbona, Julián de Braga, Honorato de Sevilla, Protasio de Tarragona, y sus sufragáneos y los vicarios de

Khíntila (636-639)

---

[42] El texto reproduce literalmente el de la *Crónica Mozárabe*.

[43] Se refiere a la famosa carta de San Braulio al Papa Honorio I, en contestación a la de éste a los obispos hispanos censurándoles su debilidad con los judíos.

Tulga (639-642)

los obispos ausentes. A la muerte de Khíntila asumió el trono de los godos Tulga, que era de buena condición y origen, en la era 683, y reinó dos años. Se mostró amable y católico en todos sus actos. Ensanchó sin guerras las tierras bajo su mando. Fue juez imparcial en sus juicios; brilló por su generosidad; descolló por su benignidad. Ratificó con igual autoridad los Concilios ratificados por sus predecesores. Conduélase el pueblo godo por haber perdido tan pronto tal tesoro, llorando todos porque la flor de tan gran esperanza no llegara a fructificar. Falleció en Toledo de muerte natural.

Cap. XX

Sobre Khindasvinto y el hallazgo de «Las Morales» por el obispo Tajón

indasvinto (642-649)

Después de Tulga comenzó Khindasvinto a gobernar triunfalmente en Iberia en la era 685, tras asaltar el trono de los godos mediante una conjura, y reinó diez años. En el quinto año de su reinado dispuso que se celebrara en la ciudad de Toledo un Concilio de treinta obispos junto con todo el clero y los vicarios de aquellos obispos a los que la enfermedad o la falta de recursos impedía acudir, y junto con los cortesanos que merecían tomar parte en las reuniones, y asistiendo los notarios exclusivamente necesarios para su buen funcionamiento. Y este fue el VII Concilio de Toledo, celebrado el 18 de octubre bajo la presidencia de Eugenio, metropolitano y primado de la ciudad regia, y que trató sobre los clérigos y laicos desertores o traidores [44] y otros asuntos eclesiásticos; y asistieron y firmaron las actas Oroncio de Mérida, Antonio de Sevilla, Protasio de Tarragona, y sus sufragáneos y los vicarios de los ausentes, hasta un total de cuarenta. Y en este Concilio se produjo una gran conmoción porque el manuscrito de «Las Morales», que San Gregorio había compuesto a petición de San Leandro, había desaparecido por descuido y no se hallaba en España. Por ello el rey en persona, contando con el refrendo del sagrado Concilio, envió por mar ante el Romano Pontífice, junto con la solicitud de los manuscritos de «Las Morales», a Tajón, obispo de Zaragoza, que destacaba por su religiosidad y erudición y era un estudioso de las Escrituras. Y como el Papa demorara su respuesta día tras día con la excusa de que, por más que se buscaba,

[44] Este es el título del primer canon de este Concilio.

no se podía encontrar con facilidad entre la enormidad de volúmenes de la biblioteca de la iglesia romana, el obispo Tajón, conseguida la anuencia de los porteros de la iglesia, pasó la noche en la basílica del primero de los apóstoles con la intención de rezar; y estando en plena oración, a eso de la media noche, mientras derramaba lágrimas con profundos sollozos delante de la sepultura de San Pedro, de repente se iluminó de tal manera toda la iglesia con una luz enviada del cielo que sus lámparas no se notaban lo más mínimo, y en ese instante vio entrar un cortejo de santos que cantaban a coro. Por último, cuando el obispo ya había caído a tierra fulminado por un miedo descomunal y como muerto, una vez que los santos concluyeron su oración, desde ese grupo se acercaron dos ancianos vestidos de blanco hasta el lugar en el que se encontraba el obispo, y como lo hallaron ya casi sin vida, lo devolvieron a su anterior estado reconfortándolo con palabras agradables. Y como le preguntaran la razón por la que había venido desde lugares tan distantes y por qué estaba en vela en esa basílica, y todo esto se lo demandaran como si nada supieran, el obispo, reanimado por la mucha afabilidad, dijo con decisión: «Os pido, señores, que me digáis quiénes son ésos y cuál ese tropel de santos que se acompaña de tan gran luminosidad». Le respondieron: «Los dos primeros a los que ves que se sostienen uno a otro de la mano son Pedro y Pablo, apóstoles del Señor Jesucristo. Los demás, sus sucesores que descansan en esta basílica». Después de exponerles la razón por la que había venido, pregunta a su vez quiénes eran los que habían venido a confortarlo; uno de ellos le contestó que él era Gregorio, «por cuyos libros te has sacrificado con tanta devoción, y por ello venimos a darte a conocer lo que deseas». Le dijeron: «En el penúltimo estante de la biblioteca encontrarás lo que buscas». Mas él, alegre por la revelación, les pregunta si entre aquella muchedumbre tan santa se hallaba San Agustín, por cuyos libros se sentía no menos atraído que por los de San Gregorio. Entonces aquel varón, el más brillante y más agradable de ver, le dijo: «A Agustín, por quien preguntas, lo guarda un lugar más elevado que a nosotros». En verdad que, tan pronto como hizo ademán de postrarse a los pies de ellos, con más rapidez desaparecieron de su vista los santísimos ancianos y la luz con la que habían venido, quedando al punto profundamente sobrecogidos él y los porteros. Cuando al día siguiente contó su visión al Romano Pontífice, el venerable Tajón, que antes era tenido en poco, fue muy honrado en la sede de los apóstoles. Y tras encontrar el libro, tal como había indicado el anuncio de los santos, y recibir la bendición papal, regresó ante su rey acompañado del libro, la alegría y la gloria y tenido por digno de veneración en Roma y España.

Cap. XXI

Sobre la muerte de Khindasvinto y la primacía de la iglesia de Toledo

Khindasvinto colocó a su hijo Recesvinto al frente del reino de los godos, reinando en solitario seis años y nueve meses, y junto con su hijo Recesvinto cuatro años y quince días. Este[45] consiguió del Papa Romano el privilegio de que, con el visto bueno de los obispos españoles, la dignidad de la primacía radicase en Toledo, como había sido desde antiguo. E instruyó a la Iglesia con muchos Concilios que celebró con los obispos. En sus días España se vio libre de cualquier alteración, hasta el extremo de no hallarse en ella ningún desleal ni quien tomara las armas para alzarse. Hizo buscar con sumo interés los libros de los Santos Padres y cumplir con rectitud las enseñanzas de San Isidoro. Mediante una decisión del Concilio condenó a Teodisto, malvado obispo de Sevilla, y con el beneplácito de todo el Concilio confirmó a la iglesia de Toledo la dignidad de la primacía que había poseído desde antiguo[46]. Falleció en Toledo.

Cap. XXII

Sobre Recesvinto y los Concilios celebrados en su tiempo, y sobre San Ildefonso

ecesvinto (649-672)

Recesvinto fue el sucesor en el trono tras la muerte de su padre en la era 695 y reinó 18 años y once meses, y en total, 23 años. Pero cinco años no se le computan a él en la cronología, porque se le cuentan a su padre, con quien había compartido el trono. Por tanto, quedan 18 años y once meses de reinado. Este dispuso que se celebraran en Toledo —cuando aún brillaba Eugenio, metropolitano de la ciudad regia— tres Concilios con asistencia de 46 obispos, un incontable clero, los vicarios de los ausentes y los más dignos miembros de la corte, en la basílica pretoriense de los santos apóstoles Pedro y Pablo. Y no sólo trató de asuntos de este mundo, sino que también explicó a las almas ignorantes el misterio de la Santa Trinidad. En su tiempo, en el quinto año de su reinado, se celebró con toda solem-

---

45 Khindasvinto.

46 v. la n. 27 del lib. IIII.

nidad el VIII Concilio de Toledo bajo la presidencia de Eugenio, obispo y primado de Toledo, al que asistieron y firmaron sus actas Oroncio de Mérida, Antonio de Sevilla y Potamio de Braga y sus sufragáneos, y también los obispos de las provincias de Narbona y de Tarragona, hasta un total de 52 obispos y 10 vicarios de los ausentes, y muchos abades y 16 personajes notables de la corte [47]. También en la relación de este Concilio aparecen algunas leyes promulgadas por el citado rey Recesvinto. En tiempos de este mismo rey, en el séptimo año de su reinado, se celebró el IX Concilio de Toledo bajo la presidencia de Eugenio, obispo de la ciudad regia, al que asistieron y firmaron sus actas un total de 16 obispos de las otras provincias, los vicarios de los ausentes y muchos notables de la corte. En tiempos de este mismo rey, en el octavo año de su reinado, se celebró el X Concilio de Toledo, también bajo la presidencia del obispo Eugenio, y firman sus actas Fugitivo de Sevilla, Fructuoso de Braga y los sufragáneos y los vicarios de los otros, hasta un total de 25. El rey, que amaba de corazón la fe católica, solicitaba a los entendidos en la Santa Escritura que le aclarasen los pasajes complicados de ésta y los artículos de la fe, porque a él siempre le deleitaba la lectura de la Escritura divina; enriquecía los altares de Cristo con diversos adornos. En su época toda España siente pánico ante un eclipse de sol con aparición de estrellas a mediodía, y rechazó sin sufrir daño alguno las correrías de un más que mediano ejército de los váscones. Así pues, Recesvinto amó a todos de forma loable y por todos fue amado. Falleció el 1 de septiembre en una villa de su propiedad que entonces se llamaba Gérticos y ahora Wamba, en tierras de Palencia, y allí fue enterrado en la era 713. En el noveno año de este rey Recesvinto asumió San Ildefonso la silla de la iglesia de Toledo. San Ildefonso fue de noble familia, discípulo de San Isidoro, monje profeso, varón digno de encomio en todo y preclaro por su santidad, y, por último, obispo de Toledo. En su tiempo, como Helvidio y Pelayo vinieran de las Galias y corrompieran la mayor parte de España difamando la virginidad de la Santa Virgen, les plantó cara San Ildefonso y refutó sus teorías con citas de las Sagradas Escrituras, con su seductora palabra y con la gracia que se derramaba de sus labios, y los arrojó de España avergonzados. Por todo ello, en la festividad de la gloriosa Virgen, que en España se celebra el 18 de diciembre [48], cuando él acudía a la iglesia para la función de la mañana acompañado del clero, el pueblo y con muchas antorchas, se le apareció la Santa Virgen rodeada de

[47] Es la primera vez que los abades y cortesanos firman las actas de un Concilio.

[48] Había sido instituida en el X Concilio de Toledo.

coros de apóstoles, mártires y vírgenes, y le dijo así: «Ya que con fe verdadera y pensamiento limpio has ceñido tus costados con el cíngulo de la virginidad, y con la gracia que se derrama de tus labios has forjado en los corazones de los fieles la gloria de mi virginidad, recibe esta túnica de los tesoros de mi Hijo, para que incluso en esta vida te realces con vestido de gloria y la vistas en mis solemnidades y en las de mi Hijo». Y tras decir esto regresó junto a la gloria del Hijo con el glorioso cortejo con el que se había mostrado. San Ildefonso, convencido de lo que se le había prometido, quedó lleno de alegría por el regalo recibido. Nadie se atrevió a usar esa túnica después de él, salvo el arzobispo Sisberto, que por culpa propia fue depuesto de aquella sede y desterrado al exilio [49]. Ocupó [50] la silla toledana durante nueve años y dos meses, y al cumplirse el año décimoctavo del rey Recesvinto, que había reinado 18 años sin la compañía de su padre Khindasvinto, acabó su vida en Toledo el 23 de enero [51] y fue enterrado con enorme veneración en la iglesia de Santa Leocadia a los pies de su antecesor San Eugenio. Y muchas de sus obras las escribió antes de su pontificado, las demás las concluyó durante él con admirable estilo, e incluso, sorprendido por la muerte, dejó algunas sin acabar. Ildefonso era llamado «boca de oro» porque la gracia de Dios se había derramado sobre su boca y, también, porque se expresaba muy dulcemente en sus distintos libros y trató sobre la virginidad de María con brillante y precisa palabra. El ancla de la fe se afianza en toda España y la Galia Gótica durante su tiempo. Y los libros sacados por él a la luz fueron después leídos con frecuencia en los Concilios y asentidos por todos, porque, como el alimento de la gracia de Dios, reconfortaron en la fe a los débiles de espíritu. Y como San Isidoro había relatado el devenir de los godos hasta el quinto año del rey Suínthila, San Ildefonso lo hizo con las épocas de los godos, los alanos, los vándalos y los suevos desde el quinto año de Suínthila hasta el décimoctavo de Recesvinto. E Isidoro el Joven, que comenzó su crónica desde el origen del mundo siguiendo con escrupulosidad hasta el año décimoctavo de Recesvinto, llegó incluso hasta la destrucción de España por los árabes.

---

49 Fue condenado en el XVI Concilio de Toledo (canon ix) por conspirar contra el rey Egica.

50 San Ildefonso.

51 El 25, según la *Crón. Gen.*

LIBRO TERCERO

Cap. I

Sobre el reinado de Wamba

Wamba (672-680)

Así pues, tras la muerte de Recesvinto, Wamba —persona noble, de la noble estirpe de los godos, valeroso, tranquilo, mesurado, que antes de alcanzar la dignidad real era tenido en mucho por numerosos indicios— fue allí mismo [1] elevado por unanimidad a la dignidad real en la era 714, y reinó nueve años y un mes. Y aunque reticente y de mala gana, sin embargo, debido a las amenazas y al miedo [2], acabó por aceptar no muy convencido, pero determinó que no se le aplicara el tratamiento de rey hasta que recibiera el sacramento de la unción [3] en la iglesia mayor de la ciudad regia. Por ello fue inmedia-

---

[1] En Gérticos. El canon x del VIII Conc. de Toledo había establecido que la elección de un nuevo rey se hiciera en Toledo o en el lugar donde hubiera muerto el rey anterior.

[2] Según la *Historia de Wamba* de San Julián de Toledo, cap. 2, fue uno de los jefes militares, «como actuando en nombre de todos», quien le amenazó con matarlo si no aceptaba.

[3] Es la primera de la que hay noticia cierta, aunque es posible que ya se hubiera realizado en algún caso anterior. Es la ceremonia que encierra un mayor simbolismo, pues daba al nuevo rey un carácter sacro y eliminaba cualquier duda sobre su legitimidad. Los visigodos españoles fueron los primeros que la introdujeron en Occidente, recuperando una tradición que se remontaba a los reyes de Israel.

tamente llevado a Toledo por los más notables, y con el asentimiento de todos fue consagrado rey en la iglesia primada de la Santa Virgen por Quirico, obispo de ésta. Y todos confirmaron espontáneamente esta elección y juraron lealtad a él y a la patria, y Paulo, el futuro traidor, lo confirmó y juró junto a los demás. Y una vez revestido de la pompa real hizo profesión de la fe católica ante el altar divino y refrendó con su juramento las leyes y las costumbres que estaban de acuerdo con el derecho. Y en el mismo instante en que era ungido por el obispo, todos los presentes pudieron ver un vapor que, a la manera de una columna de humo, surgía del mismo lugar donde se estaba derramando el óleo de la unción, y también se vio salir de su cabeza una abeja y revolotear sin parar hasta los cielos. Y los más perspicaces deducían que por medio de él el reino de los godos había de ser enaltecido con felicidad y regido en las dulzuras de la paz.

Cap. II

Sobre la rebelión de Hilderico

Pero como rara vez lo nuevo se ve libre de problemas, en el primer año de su reinado estalló una conmoción más que mediana. Pues Hilderico, que ocupaba el condado de la ciudad de Nimes, en contra de las leyes de los godos y con la inspiración de Gumildo, dañino obispo de Maguelonne, y del abad Ramiro, hizo volver a su patria a los judíos, e intentó enredar en la locura de su rebelión al venerable Aregio, obispo de Nimes; y como no consiguió atraparlo, lo arrojó de su sede y lo entregó a manos de los francos para escarnecerlo, y en la silla del exiliado colocó a su compañero de maldad el abad Ramiro e hizo que fuera consagrado por dos obispos partícipes de la traición, en contra de lo establecido en los cánones. Al cabo, sin temor alguno a la locura de su osadía, el conde Hilderico, Gumildo de Maguelonne y el usurpador Ramiro de Nimes, reafirmada su conjura, se reparten las tierras desde Montcamel hasta Nimes, ganándose cómplices para que la deslealtad fuera mayor que la lealtad. Y no contentos con la locura de su desafuero, comenzaron a exasperar con saqueos y asaltos a los vecinos y campesinos que aguardaban la llegada del nuevo rey Wamba. Cuando esto llegó a conocimiento del rey, envió al punto con un ejército al duque Paulo, que era descendiente de la noble estirpe de los griegos. Pero imbuido aún de la doblez de su pueblo, empezó a actuar con cierto relajo, y refrenaba

la rápida marcha de los corazones de los soldados, que iban deseosos de combatir para vengar la afrenta del rey, e intentaba cambiar su disposición diciéndoles que los problemas del rey beneficiaban al ejército. Y llegó un momento en que incumplió a las claras la lealtad jurada al rey Wamba, y con el fin de acceder al anhelado trono atrajo a su secreto propósito a Ranosindo, duque de Celtiberia, y a Hildigiso, que aún desempeñaba un cargo en la corte, para que accedieran a sus añagazas. Pues para esconder el veneno de su intención, fingía que llevaba al ejército dando un rodeo contra los rebeldes al poder real. Argebado, obispo de la iglesia de Narbona y varón de gran santidad, intuyendo esto, intentó bloquear la entrada de la ciudad. Pero también esto llegó a conocimiento de Paulo y, antes de que el venerable obispo llevara a efecto lo que había tramado con lealtad, Paulo se apoderó de las puertas de Narbona por medio de una avanzadilla, y después de que el grueso del ejército hubo tomado posiciones, convocados los vecinos, comenzó a lanzar agravios contra el obispo porque había intentado impedir su entrada en la ciudad.

Cap. III

Sobre la traición de Paulo

Y cuando ya había cambiado las ideas de casi todos, sacó a la luz sin ningún tapujo la rebelión contra la majestad regia que había planeado en su interior, asegurando bajo juramento que él no consideraría rey a Wamba bajo ningún concepto ni estaba a su servicio; antes bien, los convenció de que eligieran de entre ellos mismos un rey, a quien también él obedecería en todo como los demás. A esto respondió Ranosindo, cómplice de la trama, de esta manera: «No queremos otro rey que Paulo y a él lo elegimos por rey y le obedecemos como príncipe». Entonces todos los implicados en la conjura secundaron eso mismo a grandes voces. Paulo por su parte, olvidado de la lealtad, deseoso de medrar, empujado por su soberbia, dio su asentimiento al crimen de los traidores y, revestido en seguida con los símbolos de la realeza, obligó a todos para con él con la misma fórmula de juramento que él había utilizado junto a los demás en Toledo ante el rey Wamba. Una vez hecho esto, dueño ya del trono, empezó a atraerse a unos con amenazas, a otros con presentes y a otros con castigos; a los francos y a los váscones los comprometió en su ayuda por medio de regalos; con facilidad hizo aliados de su maldad al

conde Hilderico y a los pseudobispos Gumildo y Ramiro. Y al plan de los traidores se adhirió no sólo la Galia Gótica, sino también una parte de Celtiberia [4]. Paulo por su parte, asegurado ya por tal número de complicidades, comenzó a disponerse para penetrar en España como el traidor que va a combatir contra su señor y a asaltar las fronteras de su reino. Mientras sucedía todo esto, los váscones, desconocedores de la tranquilidad, atacaron las tierras del Pirineo y de Cantabria saqueándolas, tal como prueban también los hechos y las aspiraciones de este pueblo, que roba lo ajeno a su antojo. Cuando esto llegó a conocimiento de Wamba, marchando con todas las de la ley contra los bandidos, los echó de la peor forma de los límites de Cantabria y del Pirineo.

Cap. IIII

Sobre la marcha del rey contra Paulo

Sin embargo, las nuevas de la rebelión de Paulo e Hilderico llegaron rápidamente desde la parte de las Galias sorprendiendo al rey que se encontraba por tierras de Cantabria. Y una vez que hubo comunicado a los dignatarios de la corte la urgencia de la noticia, las opiniones se dividieron en dos bandos: unos proponían volver a la patria y aparejar un mayor potencial para marchar contra los traidores a ésta; los otros, que se partiera sin demora para atacar a los malvados. Y cuando la próvida solicitud del rey católico hubo entendido que las opiniones variaban, lleno de coraje les habló a los suyos de esta manera: «Ya habéis oído lo que pretenden Paulo y los suyos; por tanto, lo mejor es anticiparse a ellos para que no se propaguen las llamas de tan gran peligro; y no estaría a la altura de la gloria de los godos regresar a nuestra tierra mientras no quede vengada la afrenta de tan gran crimen; y sería vergonzoso que el traidor Paulo, que ha usurpado la patria con el engaño y no con las armas, se atreviera a plantar cara a la gloria de los godos, y que quien no fue capaz de someter a un pueblo débil para pacificar la patria se atreviera a declararse enemigo del ejército de los godos, como si no fuéramos capaces de reprimir su levantamiento con ningún recurso, cuando desde siempre todos los pueblos y todos los reyes han comprobado la grandeza de los godos. Pues aunque Paulo hace ostentación de las fuerzas de los francos, es más que sabido que frecuentemente éstos,

[4] Sobre todo en Cataluña.

cuando eran invadidos por sus enemigos, suplicaron el socorro de los godos y se libraron por la ayuda de éstos. Además, cada vez que se produjo un combate los godos resultaron siempre superiores a los galos. Así pues, corramos a aniquilar la confabulación de los rebeldes, para que, desiguales en las armas, sean aniquilados por armas dobles. Y además reportará más gloria coger las armas cuando escaseen los víveres que vegetar en la indolencia de la abundancia. También está de nuestro lado el que la nobleza de los godos siempre recompensó con la libertad a los nobles a los que los francos tiranizaron con la más salvaje esclavitud. Por todo ello, démonos prisa en acabar con los váscones y corramos a través de ellos a dar muerte a los facciosos». Se alegra el ejército al escuchar estas cosas y, enardecidos los corazones, quiere emular la gloria de los godos y pone la mente en subsanar por la fuerza la ruptura de la patria. Y pasando por Calahorra y Huesca entraron en Vasconia a través del valle del Pirineo que se llama Somport, y luego de saquearla durante algunos días y prender fuego a los campos, también derruyeron con combates y máquinas de guerra sus castillos, en cuya estructura abundaba más la madera que la piedra, de tal manera que quienes se habían comprometido a ayudar a Paulo, perdido su arrojo, rogaron que se les conservara la vida y se les otorgara la paz a cambio de rehenes, cosas que a duras penas pudieron conseguir del rey no tanto por las súplicas como por los regalos. Y después de recibir los rehenes y el dinero y de firmar la paz, el rey Wamba y su ejército partieron hacia la Galia, y dividió el ejército en tres columnas: una, en dirección a Rodez y Albi, ciudades de Aquitania que a la sazón pertenecían a la provincia Narbonense, a cuyo frente colocó a su sobrino Desiderio; otra, en dirección a Vich contra los que en Celtiberia se habían alzado en favor de Paulo; y la tercera la envió por el camino de Tolosa en dirección a Narbona, Béziers y Agde. Por su parte el rey marchaba con el grueso del ejército detrás de la columna que iba a través de Vich. Pero como el enemigo de las buenas obras se esfuerza siempre en sembrar la cizaña entre éstas, algunos del ejército que se regodeaban en los pillajes y las violaciones llegaban incluso a meter fuego a las casas, hecho que el justo rey castigó con el mismo rigor que si fueran reos de un delito de lesa majestad, para que sirviera de ejemplo a los demás y no intentaran imitarlo. Y dirigiéndose al ejército les dijo: «Cuando la guerra acucia, no vale caer en el pecado, porque la bondad de Dios detesta cualquier aberración. Por ello, debemos tener cuidado en no poner en marcha el juicio de Dios con pecados y que nos veamos derrotados no por las fuerzas de los enemigos sino por nuestros crímenes, y que perdamos por nuestros desmanes lo que la gloria de los godos acostumbró a ganar por las armas, y yo, que tengo el poder,

quedaría en ridículo si dejara los delitos sin castigo. Así pues, confiando en el Señor, avancemos limpios de pecado». Y cuando llegó a Barcelona, que era una de las rebeldes, la ganó en una rápida maniobra, apresando en ella a los cabecillas que se le oponían, a saber, Euredo, Pompedio, Guntifredo, el diácono Vulso y Naufredo. Seguidamente se apoderó con una maniobra parecida de Gerona, donde le fue entregada una carta que el traidor Paulo había enviado a Amador, obispo de esa ciudad, en estos términos: «He sabido que el rey Wamba se apresta a venir contra nosotros con su ejército; pero no debe alterarse tu prudencia, pues no creo que eso suceda; sin embargo, aquel de nosotros dos al que tu santidad vea llegar el primero con el ejército, a ése es al que debes tener por señor y en cuyo afecto debes volcarte». Esto fue lo que escribió el desgraciado sin saber que estaba dictando una justa sentencia contra sí mismo. Por ello el rey Wamba, tras sopesar las palabras del mensaje, le dijo [5]: «Paulo no alude a él mismo en este escrito, pero está profetizando sin saberlo».

Cap. V

Sobre el paso del Pirineo

Así pues, partiendo el príncipe desde la ciudad de Gerona, llegó con el ejército aprestado a una plaza fuerte del Pirineo que se llama Collioure, donde hay un puerto de mar de fácil acceso y seguro para los marinos. También allí el Pirineo acaba en el mar. Y se hizo con los cercanos castillos de Oltrera y Llivia, castillos que, por cierto, eran ricos en oro, plata, sedas y otras riquezas, todo lo cual cayó en manos del ejército, absteniéndose el rey de quedarse con nada de ello; con esto enardecía aún más los corazones de todos para su servicio. Y cuando llegó al castillo de Llivia, que es la capital de la Cerdaña, Jacinto, obispo de Elne, se afanaba junto con Aragisclo en tomar el castillo para sí, pero ni pudo tomarlo ni escapó a las manos del rey Wamba. Y tras enviar a dos duques con una parte de las tropas, el rey Wamba se apoderó del castillo que se llama *Clausura* [6] pese a la resistencia que halló, apresando allí a Ranosindo e Hildigiso junto un gran tropel de traidores que con gran boato habían acudido a defender el castillo; los duques condujeron a éstos a presencia del glorioso príncipe con las manos atadas a la espalda. También Witi-

[5] Al obispo Amador.

[6] ¿La Cluse, cerca de Perpignan?

miro, uno de los traidores que se había refugiado en Cerdane, abandonado el castillo, huyó temeroso hacia Narbona e informó de los movimientos del rey Wamba a Paulo, el falso rey; éste, abatido, de la misma forma que había estado implicado en la conjura, así también lo estuvo en el miedo. Por lo que escapando de Narbona confuso y en actitud servil, no fue capaz de aguardar la llegada del príncipe y encomendó la defensa de Narbona a Witimiro, el que había escapado de Cerdane, dejando allí al pseudobispo Ramiro, Argemundo y al primicerio [7] Gultriciano; también este Ramiro, una vez divisado el ejército y antes de que la ciudad comenzara a ser atacada, emprendió la huida, pero pronto es capturado en el término de Béziers y devuelto a su punto de partida. Así pues, capturados estos baluartes, el glorioso Wamba reagrupó a su cansado ejército y a la columna que había enviado por Tolosa, y permaneció allí concediéndose a él mismo y a los suyos dos días de descanso. Una vez que se habían reunido los ejércitos desde todos los puntos, envió una fuerza por mar para que hostigase Narbona con un ataque naval. Por otra parte, envió en avanzadilla a cuatro de sus principales con lo mejor de las tropas para que la asaltaran con máquinas de guerra. Y una vez que éstos hubieron llegado ante las murallas de la ciudad, ofrecida la paz según la costumbre, les prometen la inmunidad si se entregan al rey. Mas Witimiro, que estaba alzado allí en favor de Paulo, comenzó a desafiar al rey a gritos y a amenazar a los demás con la pérdida de la vida y con el poder de Paulo. La fogosidad de los godos, incapaz de soportar esto, hirvió de cólera y acometió con dardos las bocas de los blasfemos. Se traba un atroz combate por ambos lados y se acometen unos a otros con lanzamientos de flechas. Y si bien por ambos lados se actúa con bravura, la ciudad es batida por el ejército del rey con tales golpes de piedra que a todos parecía que iba a ser arrasada como por una tormenta de granizo. Pues durante casi cuatro horas fue batida de tal modo por los honderos que ni siquiera hubo un momento de respiro. Entonces las fuerzas de los godos, no soportando con su enaltecido valor el retraso de la victoria, se acercaron con osadía a las puertas de la ciudad y, tras pegarles fuego, penetraron en ella. Entonces Witimiro, sobrecogido por la entrada de los godos, se refugió en la iglesia de la Santa Virgen pavoneándose de que él se defendería mejor con la espada que tenía en la mano que con el respeto que infundía el sagrado altar. Mas uno del ejército, al oírle desbarrar con palabras de soberbia, agarró un madero y se lanzó contra él; pero el desgraciado y cobarde se arruga, cae a tierra, es capturado con vida, le es quitada la espada que tenía y se le conduce enca-

[7] El cantor mayor o chantre de un templo.

denado, y junto con aquellos con los que había decidido defender la ciudad es azotado con la mayor dureza. Así pues, ganada ya la ciudad con brillante victoria y guarnecida con muchos guerreros, sometieron con igual triunfo las ciudades de Béziers y Agde, apresando en ésta al obispo Wilesindo, a Aragisclo y a Ranosindo, hermano del obispo Wilesindo. Seguidamente encaminaron sus huestes contra Maguelonne. Al conocer esto Gumildo, el pseudobispo de esa ciudad y cómplice de la traición que se hallaba allí, emprendió la huida desconcertado y acobardado y llegó a Nimes a presencia de Paulo. Por su parte el rey Wamba asedió de tal modo Maguelonne con el ejército desplegado en derredor y con un ataque naval que la sometió con igual triunfo y la guarneció del mismo modo.

Cap. VI

Sobre la llegada del ejército a Nimes

A continuación las huestes de los godos se dirigen contra Nimes. Se les encomienda a cuatro jefes la avanzadilla con gran contingente de fuerzas, en las que se encontraba lo más escogido con casi treinta mil soldados. Y éstos, marchando por delante del ejército del rey como hábiles exploradores, llegaron al alba a la vista de Nimes, pareciéndoles a los de dentro notables por la gallardía tanto de sus corazones como de sus armas. Paulo se hallaba allí con los cómplices de la revuelta y con el ejército de los francos llamado en su ayuda. Y en la misma ciudad se hallaban junto a él los más importantes y los que durante tanto tiempo apoyaron con empecinamiento su deslealtad, hasta que, corrompidos, murieron junto a él: el obispo Gumildo, Fruisco, Flodoario, Witimiro, Ranemundo, Adosindo, Adolfo, Máximo y Gotila y demás sinagoga de pecadores, pegados a él con la misma intensidad que la estopa. Pero cuando vieron aproximarse al ejército del rey, al creerlos pocos, decidieron luchar en campo abierto, pero intuyendo que era una trampa, prefieren aguardar acontecimientos dentro de la ciudad, dado que, además, estaban convencidos de que muy pronto les llegarían refuerzos extranjeros. Mas cuando la luminosidad del sol se desparramó sobre las tierras, al toque de los clarines comenzó el ejército godo a acometer con ardor las murallas de la ciudad y a hostigar con saña a los que estaban dentro de ella, utilizando hondas, dardos y flechas, y los que resistían en el interior atacaban al ejército de fuera con iguales medios, y durante todo el día

y toda la noche combatieron sangrientamente por todos lados sin que la lucha se decidiese. Uno de los cómplices de la conjura, gritando a lo lejos desde lo alto de la muralla, exclamó así: «¿Por qué os empeñáis aquí en un combate en el que habéis de morir? ¿Por qué no volvéis a vuestras casas? ¿Por qué arriesgáis vuestras vidas antes de tiempo? ¿Por qué no buscáis lo escarpado de las montañas, lo hondo de los valles, lo espeso de los bosques, lo erizado de las colinas para que, cuando llegue el grueso de nuestras ayudas, al menos podáis allí evitar un poco el peligro que corréis? Y no os hablo así para meteros miedo, sino que siento compasión de vuestra desgracia. Pues están al llegar los refuerzos de fuera que con tanta más saña os aniquilarán en cuanto que os aventajarán en ardor y en número, y hoy hace tres días que me adelanté a ese ejército. Y no confiéis en vuestro príncipe, a quien os mostraré apresado por nuestros refuerzos. Por tanto, no conviene seguir luchando por él, pues ya es casi seguro que ha muerto a manos de los nuestros, y cuando nuestro triunfo os alcance, no nos quedará ninguna esperanza de perdón». Ni diciendo esto amedrentó a los combatientes, sino que los empujó aún más a la lucha: acercándose con arrojo a la muralla recrudecen la lucha peleando con más valor. Y entonces enviaron mensajeros al rey Wamba para que el ejército corriese a ayudarles, no fuera a ser que por casualidad se le anticiparan los refuerzos del bando enemigo. Conocido el mensaje a primera hora de la noche, el rey Wamba envió por delante a diez mil soldados al mando del duque Vandemiro, quienes, marchando a paso ligero durante toda la noche, llegaron al alba junto a los que estaban asediando Nimes; y la moral de éstos creció en la misma proporción en que menguó la de los abatidos asediados. Pues cuando vieron que los enemigos habían aumentado en número, comprendieron que había llegado el rey Wamba. Y como Paulo hubiera subido a un torreón para observar al ejército, desmoralizado, dijo así: «Veo que ha llegado mi rival, a quien distingo por su porte. Esas son sus fuerzas, ese, su potencial, ese, su ejército; no tiene más reservas; nada más habéis de temer. Pues el famoso valor de los godos, con el que sojuzgaba a los pueblos, ya ha desaparecido por completo, porque la poca práctica en el combate ha hecho torpes a quienes la mucha encumbró con su valor. Y si llegamos al combate, corrompidos como están, huirán en vez de luchar». Ante esto algunos de los suyos apuntaban que un rey no va sin las enseñas de sus estandartes. A esto dijo Paulo: «Precisamente ha venido sin enseñas para que creamos que aún resta otro ejército del rey, y mediante esa treta intenta debilitar con engaños a quienes no puede con la guerra». Al decir esto Paulo, comenzó el ejército a tronar con los clarines reales y a hostigar la ciudad con arremetidas en distintos puntos. Pero

los que estaban dentro, aunque esgrimían a gritos otros recursos, confiaban más en la solidez de la muralla que en sus propias fuerzas. Por ello se afanaban en el lanzamiento de piedras y dardos, y al recrudecerse de nuevo el combate sufrían ellos más pérdidas que el ejército de fuera. Y como una parte de los de Paulo se vieran apremiados duramente por las flechas, las hondas, los dardos y las heridas, presa ya del miedo y desmoralizados, dijeron a Paulo: «No vemos que mengüe el arrojo de los godos ni que disminuya el valor en ninguno de ellos, sino que su inconmovible bravura reafirma lo que atestigua la antigua nobleza de ese pueblo, y la potencia de sus golpes y heridas nos muestran bien a las claras la fortaleza de quienes nos las causan, y el lanzamiento de los dardos nos diezma sin cesar, el golpe de las piedras es mortal de necesidad, además de la intensidad de las flechas, a las que no pueden hacer frente ni los escudos ni el resguardo». Paulo, mientras se ve sacudido por estas palabras, estaba atravesado por el dardo de la desesperación.

Cap. VII

Sobre la entrada en Nimes y la desesperación de Paulo

Así pues, el ejército del rey Wamba, considerando tardía la victoria si se dejaba para el día siguiente, con renovado valor hostigaron sin cesar los muros casi hasta la hora nona [8], prendieron fuego a las puertas de la ciudad y asaltaron las murallas, y tras abrir brechas en bastantes puntos, se hacen con la ciudad. Y como los asediados no podían aguantar la violencia de los que entraban, se refugian en el fortín de las Arenas [9], que antiguamente había sido fortificado por los godos para defenderse del poderío de los romanos. Pero los soldados del ejército los persiguen hasta allí matando sin cesar, hasta el extremo de que casi todos los edificios y plazas se llenaron de cadáveres. También algunos paisanos que se dedicaban al pillaje murieron por la espada de los enemigos. Y como en el bando de Paulo surgieran desavenencias porque los del lugar acusaban de traición a algunos de los suyos, empezaron a matarse entre ellos, y hasta tal extremo llegó la matanza que, aunque Paulo en persona gritó que uno de ellos era servidor suyo, no lo pudo librar de las manos de

---

[8] Unas tres horas antes del anochecer.

[9] Se trata del famoso anfiteatro de Nimes, construido a fines del s. I d. de C.

los que lo atacaban. Por ello perdieron ascendiente tanto él como los que le habían acompañado desde España, y todos los del lugar empezaron a mirarlos con recelo y desdén. Pues temían que recayera sobre ellos el castigo que merecían del rey Wamba. Por lo que, entablando de nuevo la pelea, un gran número de traidores es abatido de sorprendente manera, y quienes habían escapado a la violencia de los godos sucumbieron ante las armas de los suyos, de manera que los rincones y lo más hondo de las casas estaban llenos de cadáveres; incluso algunos heridos graves fingían estar muertos. Paulo por su parte, al ver esto, abandonado el ardor de la rebelión, andaba hundido por la gran desgracia de su corazón, pues ni podía hacer frente al enemigo ni mirar por él ni por los de la ciudad. Un hombre que tiempo atrás había pertenecido a la casa de Paulo, condolido por el desastre, dijo a éste: «¿Qué haces? ¿Dónde están los consejeros que te abocaron a tal ridículo? ¿De qué te ha servido levantarte contra el rey y los tuyos, si no puedes velar ni por ti ni por los tuyos?» Y ese hombre no decía esto con ánimo de ofender, sino que, teniendo presentes los favores que había recibido de él, hablaba por la amargura de la compasión. Entonces Paulo le suplicó que no le mezclara los remordimientos con el dolor, y al instante aquel hombre fue muerto por los soldados de Paulo en la escalera de mármol desde donde hablaba, por más que Paulo, rompiendo a llorar, asegurara que era de los suyos y pidiera una y otra vez que no lo tocaran; pero, mirado ya con desprecio, no le hacen caso, como a quien está a punto de morir. Entonces Paulo, completamente desesperado, se despojó de las insignias reales que con vanagloria había portado, y en el mismo día justo un año después, esto es, el 1 de septiembre, de que el devoto Wamba fuera elevado al trono, se produjo el asalto de la ciudad, y Paulo, despojado de los atributos de la realeza, se quitó la corona y lo que ésta representaba. Así pues, destrozado el traidor Paulo por estas calamidades, tres días después de abandonar el trono habla con los suyos para que le aconsejen si debe morir o quedar con vida.

Cap. VIII

Sobre la embajada del obispo Argebado ante el rey

Entonces, todos por unanimidad piden con insistencia a Argebado, obispo de Narbona, que se presente ante el rey a pedir perdón. Este no fue cómplice de sus hechos, sino que lo habían traído a la

fuerza desde Narbona, y, pese a todo, accediendo con su acostumbrada caridad, asumió la misión de rogar; y tras celebrar el sacramento del misterio divino y con las mismas vestiduras sagradas con las que había oficiado a Dios salió a cuatro millas de la ciudad al encuentro del rey. Y cuando llegó a su presencia se bajó del caballo y se puso de rodillas ante la majestad real; en cuanto lo vio el rey, conmovido por la piedad, se detuvo inmediatamente y dio orden de que el obispo fuera levantado del suelo. Y éste le rogaba con tenue voz, sollozando y diciendo: «*Hemos pecado, hemos obrado* con maldad [10] y no merecemos el perdón de tan gran rey por haberse conocido nuestra perversidad tanto en la tierra como en el cielo, pues no solamente hemos roto la palabra dada de lealtad, sino que además hemos incurrido en el delito de lesa majestad; mas, apiádese la indulgencia de tu piedad y conceda el perdón lo que no merece la súplica, a fin de que el cuchillo no se ensañe hasta el aniquilamiento y la espada no acabe con todo, y quede al menos un ascua de los vecinos. Manda, pues, que cese la sangre, porque somos pocos los que hemos escapado y para pocos pedimos el perdón; pero si no lo ordenas en seguida, no te quedará con quien hacerlo». Movida la indulgencia del rey con estas palabras, les asegura a todos la vida reservándose otro castigo para tan gran delito. Contento el obispo con tal clemencia, insistió en su ruego para que también perdonara el castigo. Pero el rey le dijo: «Lo que te he dicho lo cumpliré punto por punto, pero no admito otras condiciones; sea suficiente el que por ti solo haya librado a todos». Y así el rey, un poco molesto por tanta insistencia, apretó el paso dispuesto a tomar el fortín de las Arenas, ya que había sabido que se aproximaban las fuerzas de los francos. Y al avanzar así el rey con el ejército, el resplandor de las armas, acentuado por el reflejo del sol, cubría la tierra como con un doble brillo, y era tal la prestancia del ejército que con dificultad se podía comparar alguna gloria con él, puesto que los viejos, adultos y jóvenes marchaban con tal orden que ninguno había que se saliese de su hilera, y cada unidad se distinguía por sus propios estandartes. Se cuenta que también estaban presentes tropas de ángeles y que acrecentaban el valor de muchos soldados que los vieron. Y cuando llegaron ante el rey las dos columnas que iban con él y la otra que había marchado hacia Aquitania, reconfortado ya por la visión de los ángeles a un estadio de la ciudad, formado el ejército, arenga los ánimos de los suyos para el combate con los traidores. Pues se había extendido el rumor de que los francos y los sajones, que venían en ayuda

---

[10] *Judit*, 7, 19.

de los asediados, se aprestaban a lanzarse a la lucha; pero cuando el valeroso rey comprobó que nada de eso había, sino que algunos que acababan de llegar lo andaban diciendo, ordenó al instante que los traidores y sus secuaces fueran sacados del recinto de las Arenas para ser llevados vivos a su presencia. Cumpliendo los soldados las órdenes, Paulo es sacado junto a sus cómplices de los sótanos de las Arenas, descolgado por la muralla con una cuerda, arrastrado por los pelos por dos jefes y, tenido por objeto de escarnio, es llevado ante el rey. Por ello, estallando en llanto el gran rey, comenzó a hablar al Rey de todos y, extendiendo las manos hacia el cielo, exclamó: «Oh Rey de todos, a ti te alabo, que humillaste al soberbio derribándolo y con el brazo de tu virtud *doblegaste* a los enemigos»[11]. Pero Paulo, tan pronto como vio el rostro del rey, desatado el cinturón con el que se ceñía, se arrojó al suelo a los pies de aquél y se ató el cinturón al cuello con sus manos. Pues, desvanecido y aterrorizado ya por el pánico, no sabía qué hacer quien poco antes se había sentido tan encumbrado. Como él y sus cómplices quedaran de esta manera ante el rey, la compasión de éste dijo así: «¿Por qué habéis llegado a tan gran extremo de locura, que devolvéis el mal a cambio del bien que recibisteis? Os concedo la vida, pero dispongo que se os tenga en estrecha vigilancia hasta que se tome la decisión sobre el castigo». Entonces el ejército los entregó a los guardianes que les habían asignado. Por otro lado ordena que se trate con menos rigor a los francos y sajones que habían sido apresados. Pues eran nobles y habían acudido por la soldada y no por el odio. A todos estos los devolvió libres a sus tierras al cabo de dieciocho días, luego de darles provisiones.

Cap. VIIII

Sobre la reconstrucción de Nimes y la restitución de los objetos sagrados

Seguidamente el rey, dolido por la destrucción de la ciudad, dispuso que las murallas fueran reconstruidas sin dilación, que las puertas quemadas fueran hechas de nuevo, que los cuerpos de los muertos fueran enterrados, que los heridos fueran atendidos por la asistencia médica y, no movido por la codicia sino animado por el respeto de

[11] *Salmos*, 88, 11.

los lugares sagrados, que todos los tesoros que habían sido robados fueran buscados con ahínco y guardados con cuidado. Pues el traidor Paulo, ante el temor de que le escaseasen los fondos que había recibido del rey, los acrecentó con robos en lugares sagrados y, sacrílego, se apoderó de cuantos vasos de oro y plata pudo conseguir de los tesoros del Señor; en su locura, incluso detentó en su cabeza la corona de oro que el muy devoto rey Recaredo había ofrecido en Gerona al altar de San Félix. Así pues, el rey Wamba dispuso que fueran devueltos a sus iglesias respectivas los vasos sagrados que pudo hallar. El martes después de la victoria Paulo es llevado ante el rey, encadenado junto a los demás que estaban bajo vigilancia. Y una vez que de esta forma estuvo ante el tribunal, le dijo el príncipe: «Te emplazo, traidor, a que des a conocer aquí, delante de todos, si te ofendí en algo o te causé daño a conciencia, hasta el punto de que tramaras contra mí tan gran crimen e incluso pretendieses la jefatura del reino». Paulo sin demora deja constancia ante todos de que él nunca fue ofendido por el rey ni molestado en nada, sino honrado más de la cuenta por sus favores, y que lo que había hecho lo fue a instigación del demonio. Todos los cómplices de la revuelta respondieron también de la misma forma. Entonces, por orden de los *seniores* [12] y de los dignatarios de la corte que formaban parte del tribunal, fue presentado el documento redactado en Toledo en el que, como dije más arriba [13], Paulo, al igual que los demás, juró lealtad al rey y a la patria y lo rubricó de su puño y letra. Fueron también traídas y leídas las cláusulas con las que hizo al pueblo prestarle juramento a fin de que se mantuviera indisolublemente unido a él, le obedeciera con lealtad, le respetase como rey, le diera su ayuda contra el rey Wamba y sus partidarios y luchara con todas sus fuerzas contra su destitución, o amenaza de ello, hasta el derramamiento de sangre, y por decisión de aquella asamblea el rey Wamba fue declarado rey nefasto. Una vez leídos uno tras otro ambos documentos, la sentencia de los *seniores* y dignatarios consideró a Paulo y los suyos traidores al rey y la patria, porque se habían confabulado para matar al uno y destruir la otra. Por ello son condenados a la pena capital. Pero el honesto rey, no olvidándose de su palabra, dispuso que se les perdonara la vida, tal como había prometido al arzobispo, pero mandó que fueran encarcelados después de escarnecerlos con la humillación de la decalvación [14] y de sacárseles los ojos.

---

[12] Los viejos guerreros y magnates godos que aconsejaban al rey.
[13] v. i 13-14.
[14] Quien sufría esta pena no podía ser rey, según el canon xvii del VI Concilio de Toledo.

Cap. X

Sobre la huida del duque Lupo y el temor de los francos

De nuevo se extendió el rumor de que los francos y los teutones estaban a punto de llegar en son de guerra contra el rey. Este, acordándose de las pasadas afrentas a su pueblo, recibió con alegría esta noticia, deseoso como estaba de medir sus fuerzas con los francos. Por ello se mantuvo a la expectativa algún tiempo, pero al desvanecerse por completo la falsa noticia, tomó la determinación de medirse con ellos en su propia tierra. Pero como había por medio un acuerdo de paz con el rey de los francos, no quiso romperlo. Y pese a ello, las ciudades de los francos que destacaban por sus fortificaciones, en cuanto conocieron la llegada del rey a la Galia Gótica, temieron su presencia, y sus habitantes, lamentándose de su peligro, se marcharon de sus hogares buscando un refugio donde proteger sus vidas. Y una vez que el rey había abandonado la idea de asolar a los francos y había reconstruido la ciudad de Nimes con fosos y bien seguras murallas, le llegó la noticia de que el duque Lupo, uno de los más ilustres de Francia, andaba saqueando las tierras de Béziers. Cuando el rey lo supo, salió a toda prisa con el ejército con la intención de cortarle la retirada a Lupo. Mas habiéndose enterado éste de la maniobra del rey junto a una villa que se llama Aspiran, se empieza a tratar la posibilidad de la huida con tanto miedo que él creía que los suyos le abandonaban por completo, y los suyos, que él. Cada uno huyó por un lado sin el consuelo del acompañamiento, y dejaron en manos de los enemigos el botín, los productos de los robos y las riquezas que habían acumulado; también muchos a los que el miedo cortó las alas fueron luego apresados, y fue tal la velocidad del huido que no pudo cumplirse el objetivo del perseguidor, y de tal modo escaparon hacia lo profundo de los escondites que pocos o ninguno pudieron ser hallados.

Cap. XI

Sobre la reconstrucción de la provincia de Narbona y el regreso del rey a España

Ahuyentado así el duque Lupo, el rey vencedor regresó a Narbona en alegre cortejo y, en relación con la provincia de Narbona y con

Rodez y Albi, que a la sazón pertenecían a esa provincia, dispuso que lo destruido fuera rehecho, que fueran llamados los que habían huido por miedo al desastre, que las costumbres impropias fueran mejoradas, que todos los lugares perdieran su mala utilidad y que, en donde correspondía, fueran nombrados gobernantes con la recomendación de que obraran con indulgencia, a fin de que la tierra, irreconocible por tanta abyección, fuera purificada como con un nuevo bautismo. Dispuso también que fueran expulsados de aquellos pagos los judíos a los que había hecho venir Hilderico, aseguró el buen ordenamiento de todos con el acuerdo de la paz, arrancó por completo la raíz de la rebelión y la secesión y dejó allí de retén un poderoso contingente de aguerridos soldados, no porque temiera los ataques de los francos, sino más bien teniéndolos en poco, ya que no había rey vecino que se atreviera a luchar contra él. Una vez puesto todo esto en orden con sabiduría, decidió regresar a España. Y cuando hubo llegado al lugar llamado *Canebat* [15], convocada una asamblea de todo el ejército, expresó a todos su agradecimiento por la lealtad, constancia y valentía tan enormes con que le habían apoyado en todo momento y por la rapidez con que, gracias a su entrega, había dominado la revuelta. Por ello el generoso rey, sin temor alguno, despidió a todos dándoles la licencia y el viático para que regresaran por el camino que quisieran. El por su parte, al llegar a Elne se demoró allí dos días. Seguidamente llegó a España haciendo su feliz entrada a los seis meses de su partida; y a casi cuatro millas de la ciudad regia Paulo y sus cómplices de conjura —tras rapárseles las cabezas, afeitárseles las barbas, con los pies descalzos, revestidos de sacos, montados en camellos, y Paulo, para mayor afrenta, coronado con una raspa de pescado, siguiéndole la larga hilera de los suyos a los que había empujado la ceguera y la traición, convertidos en objeto general de escarnio y chanza, de burla y risa—, entraron en la ciudad de Toledo siendo encarcelados, a fin de que queden y se pudran sin compañía quienes se levantaron con maldad por encima de su rango.

Cap. XII

Sobre la renovación de la ciudad de Toledo

Así pues, después de que el rey tornó con su gran triunfo a la sede real, reflexionando sobre el reino, restauró con buen gusto la

[15] Posiblemente Les Cabanes de Fitou, en Aude, Francia.

ciudad de Toledo mediante una obra admirable y perfecta, y queriendo dejar constancia de ella con unos versos esculpidos, hizo grabar a hierro sobre el brillante y pulido mármol unas inscripciones sobre las puertas con lo siguiente:

> Wamba, el ínclito rey, levantó la ciudad, mediante
> Dios, resaltando célebre el honor de su pueblo.

También en recuerdo de los mártires escribió de la misma forma lo que sigue, colocándolo en los torreones de las puertas:

> Vos, señores santos, aquí presentes con brillo,
> esta ciudad y su gente guardad con el bien de siempre.

Este, en el cuarto año de su reinado, después de dieciocho años de alteraciones y distintas catástrofes, convocó un concilio de reparación en la ciudad de Toledo, en la sacristía de la iglesia de la Santa Virgen. Y éste fue el XI Concilio de Toledo, bajo la presidencia de Quirico, primado de la ciudad regia. Y asistieron a este Concilio 16 obispos y muchos vicarios de los obispos ausentes, entre quienes también se lamentó el tiempo transcurrido sin Concilios. Sin embargo, este Concilio tuvo el consuelo de tan gran asistencia, y en él fue aprobado el *Cum longe lateque* [16] y que los obispos vecinos debían permanecer un mes cada año en la ciudad regia [17]. En este reinado arribaron a la costa de España doscientas setenta naves de los árabes, y como se dedicaran a la matanza y el saqueo y llegara a conocimiento del rey, con el envío de un contingente de soldados son inmediatamente capturados, las naves, quemadas, la mayor parte de los invasores, decapitados, y otra parte, apresada, y de esta forma el ejército regresó con gloria junto al rey. Por otra parte, en tiempos del rey Khindasvinto llegó de Grecia un hombre llamado Ardabasto, quien, expulsado por su emperador, viajó por mar hasta España. El rey Khindasvinto lo acogió de muy buena manera y le dio en matrimonio a una sobrina [18] suya, de la que tuvo un hijo al que dio el nombre de Ervigio. Este Ervigio, criado en palacio, con el tiempo es promovido a la dig-

---

[16] Estas palabras pertenecen al canon vi del XII Conc., que facultaba al arzobispo de Toledo para ordenar obispos de ciudades alejadas. Esto significaba la ratificación de la primacía de Toledo.

[17] Este acuerdo pertenece al canon vi del VII Conc. Tol.

[18] El texto es *consobrina*, «prima», pero al comienzo del cap. siguiente Ervigio, hijo de ésta, es *sobrinus* de Recesvinto, lo que sería imposible si su madre no fuera prima de éste y sobrina de Khindasvinto.

nidad de conde, y a la muerte de Khindasvinto se deja llevar por la ambición y empezó a tramar arteramente una conjura contra el rey Wamba, y echó en la bebida de éste una yerba [19] con la que perdiera el sentido. Y como Quirico [20], obispo de la ciudad regia, y los cargos de la corte comprendieran que el rey había perdido el sentido y desconocieran por completo la causa, inmediatamente le administraron el antídoto de la confesión y la penitencia para que el católico rey no estuviera privado de los sacramentos de la fe, y el buen rey los recibió con devoción y pidió el hábito religioso [21], y se retiró a un monasterio en la villa que se llama Pampliega, y se cree que allí está enterrado. Y permaneció nueve *años en el trono y siete en el monasterio.*

Cap. XIII

Sobre el reinado de Ervigio, y Julián Pomerio

A éste le sucedió Ervigio por ser sobrino de Recesvinto, pero mediante una conjura, no legalmente [22]. Pues Recesvinto había dejado al morir un hijo pequeño, Teodefredo, a quien correspondía la sucesión del trono. Sin embargo, Ervigio comenzó a reinar en la era 723, y reinó durante siete años. Este dio en matrimonio a su hija Cixilón a un importante varón, Egica, sobrino [23] del rey Wamba, con la intención de que Teodefredo, el hijo de Recesvinto, no le creara problemas en los inicios de su reinado. En este tiempo una hambruna tremenda despobló parte de España. En el primer año de su reinado determinó Ervigio que el 11 de mayo [24] se celebrara el XII Concilio de Toledo, al que asistieron 35 obispos y un grupo incalculable de clérigos y laicos. Y este Concilio fue presidido por Julián, primado

---

19 «cuyo nombre es esparto», esto es, la esparteína, como dice la *Crón. Alf. III* y añaden también los mss. *F* y *G*.

20 El obispo era ya San Julián, que había sucedido a Quirico en este mismo año y que, según muchos historiadores, no fue ajeno a la conjura.

21 El canon xvii del VI Conc. Tol. excluía del acceso al trono a los que habían entrado en la vida religiosa.

22 La mecánica de la sucesión sí fue legal; lo que la tradición historiográfica, que arranca de la *Crón. Alf. III*, quiere resaltar es que Ervigio, en cuanto que había atentado contra el rey, no podía reinar, de acuerdo, otra vez, con el canon xvii del VI Concilio de Toledo.

23 Otra vez *consobrinus*, lo que corrobora la n. 18.

24 Según las actas, el 9 de enero.

de la ciudad regia, y firman sus actas Julián de Sevilla, Liuva de Braga, Esteban de Mérida y los sufragáneos y los vicarios de los prelados ausentes. En el cuarto año del rey Flavio Ervigio se celebró el XIII Concilio de Toledo bajo la presidencia del mismo primado Julián, y asistieron un total de 48 obispos: Liuva de Braga, Esteban de Mérida y el abad Espasando en nombre del de Tarragona, el abad Pacato en nombre de Sunifredo de Narbona, y otros obispos de España y la Galia con los vicarios que sustituían a los ausentes. El XIV Concilio de Toledo tuvo lugar en el quinto año de Flavio Ervigio bajo la presidencia de Julián, primado de la ciudad regia, firmando sus actas Vitaliano, vicario de Cipriano, metropolitano de Tarragona, el abad Juan en nombre de Sunifredo, arzobispo de Narbona, el abad Máximo, vicario de Esteban, metropolitano de Mérida, Recesindo, vicario de Liuva, arzobispo de Braga, Gaudencio, vicario de Floresindo, arzobispo de Sevilla, y firman las actas 16 obispos y otros vicarios de los prelados ausentes. Y este Concilio se celebró el domingo 20 de noviembre. Ya en este tiempo es famoso en todo el mundo por su sabiduría cristiana Julián, llamado Pomerio, nacido del árbol judío como la flor de la rosa de entre las espinas, quien, hijo de padres ya cristianos, educado brillantemente en todo tipo de saber, vivía en Toledo, donde con el tiempo fue honrado con el obispado.

Cap. XIIII

Sobre el reinado de Egica y los escritos enviados al Papa Benedicto

Egica (687-702)

Egica, el yerno y sucesor de Ervigio, es elevado a la jefatura del reino de los godos tras la muerte de éste en la era 730; y reinó diez años, y tres más con su hijo, pero estos tres se le cuentan al padre, no al hijo, y por tanto reinó en total 13 años; y en cuanto recibió el trono abandonó a la hija de Ervigio a causa de la conjura contra Wamba[25]. Maltrató a los godos con saña y sangre. Durante su reinado la tragedia de una peste bubónica estalló en la provincia de Narbona, por cuyo motivo los obispos dependientes de la silla de ésta fueron dispensados de acudir al Concilio de Toledo, e igualmente se dispuso que en todas las iglesias catedrales se publicaran

[25] Parece que por mandato de éste, que aún vivía.

y acataran las actas de ese sagrado Concilio; y si algún obispo no lo hiciere, fuera anatema y multado con la quinta parte de sus bienes [26]. En el primer año del reinado de éste se celebra en Toledo el XV Concilio en la iglesia pretoriense [27] de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, al que acuden, cuando aún brillaba Julián, de feliz recuerdo, todos los obispos de España y la Galia en un número aproximado de sesenta, contando a su alrededor con la presencia de una enorme representación de cristianos. En él el rey pide al Concilio, con diversos razonamientos, que le libere del juramento que, para su mal, había hecho al ya citado rey Ervigio [28]. Durante las reuniones se trató de la obra acerca de las tres sustancias que tiempo atrás el devotísimo primado Julián había enviado a Roma, y el Papa Benedicto, actuando con cierta ligereza, había declarado digna de censura por aquello de que «la voluntad engendró a la voluntad»; pero San Julián, con pruebas documentales y apoyándose en las palabras de lo que había mandado a Roma a petición del citado rey, afirmó en este Concilio que era verdadera e hizo su defensa y lo envió a Roma por medio de unos delegados suyos, un presbítero, un diácono y un subdiácono, personas de lo más sabio y entregadas a Dios en todo y expertas en las divinas Escrituras, añadiéndole unos versos encomiásticos sobre la alabanza del emperador de Roma, también en consonancia con lo que había enviado antes. Roma lo acogió con respeto y veneración y ordenó que fuera leído por todos, y lo hizo llegar a conocimiento del emperador entre insistentes gritos de «*Alabanza a ti, Dios, en los confines de la tierra*» [29]. También remitió su respuesta al obispo Julián por medio de los enviados antedichos con su agradecimiento y reconocimiento, y declaró que todos sus escritos eran correctos y piadosos [30]. Y este XV Concilio de Toledo se celebró en el primer año del rey Egica, el 11 de mayo, bajo la presidencia de Julián, primado de la ciudad regia, y firman sus actas los metropolitanos Sunifredo de Narbona, Floresindo de Sevilla, Faustino de Braga, Máximo de Mérida y Sisuldo, vicario de Cipriano de Tarragona, y otros vicarios de

[26] Este acuerdo pertenece a la ley sancionadora del XVI Concilio.

[27] Dentro del recinto del palacio.

[28] Ervigio había exigido a Egica dos juramentos: el primero, al entregarle a su hija Cixilón, que protegería y ayudaría a sus hijos; el segundo, al designarle sucesor, que gobernaría con rectitud a todo el pueblo. Egica, que sentía una enorme animosidad hacia la familia de su suegro, creía que los dos juramentos eran incompatibles. El Concilio le absolvió del primero.

[29] *Salmos*, 47, 11.

[30] El párrafo, un tanto confuso, hace referencia a la conmoción que causó entre el episcopado español el rechazo que la Santa Sede hizo del «Apologético» de San Julián, escrito como aportación de los obispos españoles a la condena del monotelismo. El emperador citado es Justiniano II.

los obispos que no habían podido acudir por causa justificada; 61 en total además de los vicarios. El 7 de mayo del sexto año de Flavio Egica se celebró el XVI Concilio de Toledo bajo la presidencia de Félix, primado de la ciudad regia, y firman sus actas los metropolitanos Faustino de Sevilla, Máximo de Mérida, Vera de Tarragona, Félix de Braga y otros obispos sufragáneos y los vicarios en nombre de los ausentes. El 9 de noviembre del séptimo año de Flavio Egica se celebró el XVII Concilio de Toledo en la iglesia de Santa Leocadia, donde descansa el santo cuerpo de ésta, en las afueras de Toledo, bajo la presidencia de Félix, primado de la ciudad regia, que era enormemente considerado por su gran influencia y sabiduría, y firman sus actas los metropolitanos Faustino de Sevilla, Máximo de Mérida, Vera de Tarragona, además de los ausentes que enviaron vicarios en su lugar [31]. El mismo rey asistió personalmente a este Concilio y, postrado en tierra en presencia de todos, se encomendó a sus oraciones, y tras hacer entrega al primado y al Concilio del tomo [32] que llevaba en la mano, les rogó que le contestaran sobre lo que allí se incluía; y todo esto está perfectamente expuesto en el libro de las actas.

Cap. XV

Sobre la muerte de Egica y el reinado de Witiza

Tres años antes de morir, este Flavio Egica encomendó a su hijo Witiza, al que había tenido de Cixilón [33], la gobernación de Galicia, que antaño fuera el reino de los suevos, y dispuso que residiera en Tuy, que es una de las más apacibles ciudades de Galicia; también a ese mismo lugar había desterrado Flavio Egica al duque Fáfila, padre de Pelayo, pese a la resistencia que opuso. A este Fáfila lo hirió Witiza con un palo en la cabeza por un asunto relacionado con su mujer [34], herida de la que murió junto al Orbigo, y allí fue enterrado en una villa que unos llaman Doce Manos y otros, Palacios. Tras esto fallece Egica en Toledo de muerte natural y allí mismo es

[31] En las actas no figuran los nombres de los firmantes.
[32] El 'tomo regio' era el pliego que el rey, tras inaugurar el Concilio, entregaba a éste y en el que figuraban las principales cuestiones a debatir.
[33] Con la que se había reconciliado.
[34] A la que pretendía el rey.

Witiza (702-710)

enterrado con todos los honores. Le sucedió su hijo Witiza en la era 740, y reinó nueve años. Al suceder a su padre en el trono, aunque era libidinoso, sin embargo fue de lo más generoso, y no sólo recuperó en su favor a los que su padre había condenado al destierro, sino que también se esforzó para que todo mejorara como si fuera un vasallo más. Pues la pesada carga que su padre había impuesto, él la aliviaba con misericordia, y a los que su padre había quitado los derechos sobre sus tierras, él los devolvía a su situación legal restituyéndoselos. Y por último, tras citar a todos, quemó a la vista de todos, con el fuego que merecían, las escrituras de reconocimiento de deudas que su padre había fijado con engaños, y no sólo los liberó por completo de la eterna dependencia de las deudas, sino que además devolvió todo lo que Egica había confiscado y repuso en su puesto a los expulsados de la corte. Este celebró un Concilio con los obispos y dignatarios sobre la gobernación del reino en la iglesia de San Pedro, en las afueras de Toledo, del que sin embargo no hay constancia en el libro de actas [35]. Y habiendo tenido Witiza unos inmejorables comienzos, empezó poco después a echarse a perder y obligó a marcharse de la ciudad regia a Pelayo, hijo del duque Fáfila de Cantabria, quien más tarde se alzó junto a los ástures contra los sarracenos, por el motivo que antes conté de su padre; y si bien antes su libidinosidad quedaba a escondidas, ahora ya saca por completo a la luz la desvergüenza de su pasión y, a rienda suelta, no se abstuvo de ningún pecado. Y ojalá hubiera perecido él solo en sus aberraciones y no hubiera contagiado con sus porquerías a lo mejor del clero y el pueblo de los godos. Pues llegó a tal grado de relajación que detentó al mismo tiempo muchas esposas y amantes para saciar su deseo. Y con tal ejemplo empujaba a los hombres nobles e influyentes de los godos a crímenes semejantes, y con este ejemplo pecados semejantes se extendían entre el pueblo bajo. Por la misma época alcanza fama Gunderico, primado de la sede de Toledo, por el don de su santidad, y es muy honrado por muchos hechos sorprendentes. Su sucesor como primado de la ciudad regia fue Sinderedo, varón ilustre por su afán de santidad, y permaneció hasta el tiempo de Rodrigo, y con éste se perdió la ciudad de Toledo. Este empezó a tratar con dureza a los varones ancianos y venerables que había encontrado en la iglesia de Toledo a la muerte de sus antecesores San Félix y Gunderico, y lo hacía por su deseo de santidad, aunque no de la mejor manera, y esto ocurría por inspiración de Witiza, que por su propia maldad recelaba de la virtud de aquéllos.

[35] Así es en efecto.

Cap. XVI

Sobre los crímenes y las artimañas de Witiza

Pero como ésos se le enfrentaban cara a cara y recurrían al Romano Pontífice por las humillaciones del obispo, el criminal Witiza, ante el temor de que pusieran coto a sus maldades y apartaran al pueblo de su obediencia, dio permiso, o mejor, ordenó a todos los clérigos que tuvieran a las claras tantas mujeres y amantes como les apeteciera y que no se atuvieran en nada a las disposiciones de Roma que prohíben tales cosas, y poder así mantener de su lado al pueblo por medio de ellos. Por tanto, fue tal la tromba del desbordamiento de los pecados en tiempos de éste, que la fortaleza de los godos, la que tenía por costumbre gobernar sobre reinos y pueblos, por las aberraciones de todos se encontraba ya casi ahogada en lo más hondo de los pecados. Pero el reino de los godos y de los hispanos, enorme de amplitud, extendía su poderío de mar a mar, y desde Tánger, ciudad de Africa, hasta el Ródano alargó sus tentáculos, ilustre por su nobleza, rico por su fertilidad, piadoso por su religiosidad, apaciguado por su unidad, distinguido por la brillantez de sus Concilios, el número de sus obispos, el respeto de sus religiosos, la diáfana sabiduría de Leandro, Isidoro, Eladio, Eugenio, Ildefonso, Julián, Fulgencio, Martín de Dumio, Idalio de Barcelona, Tajón de Zaragoza, y la profunda filosofía de Córdoba. Pero como el enemigo de la raza humana no cesa de mirarla con malos ojos, esparció la altanería sobre el poder, la indiferencia sobre la religión, el enfrentamiento sobre la paz, la lujuria sobre la riqueza, la indolencia sobre la diligencia, hasta el punto de que tal como obraba el pueblo, así también el sacerdote, y como los pecadores, así también el rey. Este, como recelara de que lo fueran a derrocar por sus maldades, dispuso que fueran derribadas las murallas de las ciudades, menos las de unas pocas que temió echar abajo, y trocar el hierro de las armas en arados [36], de manera que pareciera que buscaba la paz, la tranquilidad y el placer como quien no quiere ver las faltas de nadie. Por su parte actuaba con maña para que no pudieran enfrentársele quienes pretendían poner coto a sus crímenes. Por tanto, al desbordarse la tromba del desenfreno en toda España, al desafiar el rey Witiza la mirada de la Majestad, *la tierra se colmó de maldad. En verdad, toda la carne había corrompido su camino* [37], y el que era mejor quedó como un abrojo, y el que obraba bien, como espino de zarza.

---

[36] Obsérvese que el arzobispo también presenta causas materiales, aparte de las sobrenaturales, para el desastre que se avecina.
[37] *Génesis*, 6, 11-12.

Cap. XVII

Sobre los motivos del enfrentamiento que provocó la destrucción de España

Pero como el Señor quiso doblegar la gloria de los godos, se introdujo Satanás en la ficticia paz de Witiza. Pues como Teodefredo, el hijo de Recesvinto al que aún niño su padre había dejado en este mundo, ya adolescente era estimado por todos por su benignidad, buena apariencia y atractiva forma de ser, temiendo Egica, el padre de Witiza, que un joven de tal prosapia y tan buenos augurios pusiera sus miras en el trono real, lo expulsó de sus tierras desterrándolo a Córdoba. Y como le agradara la estancia allí, levantó un palacio de sorprendente solidez —que además su hijo, un joven en la flor de la edad, no sólo amplió sino también fortificó—, y al permanecer allí bastante tiempo tomó por esposa a Ricilón, que era de ascendencia real, de la que tuvo a su hijo Rodrigo. Por su parte Witiza, una vez que tomó las riendas del reino tras la muerte de su padre Egica, comenzó a perseguir a Teodefredo con la misma animosidad que éste, hasta que logró apresarlo y sacarle los ojos [38]. También pretendía aplicar un castigo semejante a Pelayo, a cuyo padre había matado en Tuy con un palo, pero al refugiarse en Cantabria esquivó el odio de su perseguidor, ya que el Señor quería que se mantuviera en España un refugio de salvación. Por su parte Witiza, enemigo de las disposiciones sagradas, encomendó la iglesia de Toledo a su hermano Oppa, arzobispo de Sevilla, aunque aún vivía Sinderedo, el obispo de aquella ciudad, con el propósito de que su hermano se viera implicado en el adulterio espiritual como él lo estaba en el carnal. Y para añadir maldad a la maldad, tras anular los privilegios de las iglesias, hizo regresar a los judíos y los enalteció con privilegios de mayor alcance que los de las iglesias. Pero como por medio del justo juicio de Dios se actúa para que los causantes de los crímenes sufran el castigo de la venganza, por la mano del Señor recibieron el doble los que no quisieron pagar por uno solo. Así pues, Rodrigo, hijo de Teodefredo, a quien Witiza intentó arrancarle los ojos como a su padre, decidió levantarse a las claras contra el rey con el apoyo del senado romano [39],

---

[38] De esta forma no podía ser rey.

[39] El Toledano es el único historiador cristiano que afirma que don Rodrigo se sublevó contra Witiza. Según Sánchez-Albornoz («Dónde y cuándo murió don Rodrigo», *C.H.E.*, III (1945), p. 89, n. 29), la frase *ortante senatu* de la *Crón. Mozárabe* le engañó: como sólo conocía el senado romano, esto es, el *bizantino*, creyó que el ascenso de don Rodrigo al trono se debió al apoyo de éste. El Senado visigodo era el concejo del rey, integrado por los *seniores* (v. la n. 12), que auxiliaban al rey en los asuntos graves.

que le apreciaba por el buen recuerdo que tenía de Recesvinto [40]. Haciendo valer su superioridad lo capturó y le hizo lo que él le había hecho a su padre, y tras echarlo del reino consiguió para sí el trono por elección de los godos y mediación del senado. Y así Witiza, ahíto de aberraciones, falto del reino, privado de los ojos, exiliado y exrey, acabó su vida de muerte natural en la era 751 en Córdoba, adonde había desterrado a Teodefredo; y aunque dejó a su muerte dos hijos, Sisberto y Eba [41], ninguno de ellos le sucedió en el trono, ya que repugnaban a todos por los desmanes de su padre.

Cap. XVIII

Sobre el reinado del rey Rodrigo [42]

Rodrigo (710-711)

Por tanto, Rodrigo, el último rey de los godos, comenzó a correinar [43] bajo los auspicios y el favor del senado y cuando Witiza aún vivía, en el año cuarto de Ulid, esto es, el 91 de los árabes, la era 749, en el séptimo año de Witiza, y sólo reinó durante tres años, uno en solitario y dos con Witiza. Rodrigo era avezado en la guerra y resuelto en las decisiones, pero en su forma de ser no difería de Witiza, pues en los comienzos de su reinado obligó a marcharse de su patria a Sisberto y Eba, los hijos de aquél, luego de provocarlos con afrentas y desplantes. Estos, tras abandonar su patria, se dirigieron por mar junto a Ricila, conde de Tingitania, debido a la amistad que éste tenía con su padre. Por aquel entonces había en Toledo un palacio que llevaba cerrado desde tiempo inmemorial y estaba precintado a cal y canto. El rey Rodrigo, contra el parecer de todos, hizo que se abriera para saber qué había dentro, pues pensaba encontrar grandiosos tesoros. Pero al abrirlo no encontró nada salvo un arca solitaria. Una vez abierta, descubrió un paño en el que estaba escrito con letras latinas que «cuando ocurriera que se rompieran los cerro-

---

[40] Recuérdese que Teodefredo era hijo de Recesvinto.

[41] Los hijos de Witiza fueron Akhila, Olmundo y Ardabasto; estos dos eran hermanos suyos.

[42] Para estos últimos capítulos, tanto en su comentario como en sus fuentes, es muy útil la consulta del artículo de R. Menéndez Pidal «El Rey Rodrigo en la literatura», *Boletín de la Real Academia Española*, XI (1924), págs. 157-197, 251-286, 349-387, 519-585.

[43] Así sería legalmente mientras viviese Witiza.

jos, se abriera el arca y el palacio y se viera lo que allí había, las gentes cuya fisonomía estaba dibujada en ese paño invadirían España y la someterían bajo su poder». Al ver esto el rey, se lamentó de haberla abierto y ordenó que el arca y el palacio fueran cerrados tal como estaban antes. En el paño estaban dibujadas unas figuras tal como son aún los rostros, los rasgos y los vestidos de los árabes, que cubren sus cabezas con cintas, montan a caballo, lucen trajes vistosos de distintos colores, blanden espadas, ballestas y estandartes enhiestos; ante este dibujo sintieron pánico el rey y los dignatarios.

Cap. XVIIII

Sobre la violencia hecha a la hija del conde Julián y la conjura de éste con los árabes

Por aquel entonces existía entre los godos la costumbre de que los hijos y las hijas [44] de los nobles se criaran en el palacio del rey. La hija del conde Julián sobresalía por su belleza entre las demás. Era Julián persona noble, descendiente de la noble alcurnia de los godos, influyente en la corte, veterano en el ejército, conde de los espatarios [45], pariente y amigo de Witiza, dueño del castillo que se llama Consuegra y poseedor de diversos títulos de lugares del otro lado del mar. Acaeció que este Julián fue enviado por el rey Rodrigo a Africa con el pretexto de una embajada. Y mientras ésta se llevaba a cabo, el rey Rodrigo violó a la hija de aquél, de la que he hablado. Esta estaba prometida al rey, pero aún no se había celebrado el matrimonio. Otros afirman que violó a la esposa del conde. Pero en cualquier caso fue la razón de la funesta ruina de la Galia Gótica y de España. Mas al regresar Julián una vez concluida la embajada, cuando se enteró del estupro por contárselo su esposa o su hija, escondió su dolor simulando alegría por fuera, y tras dar cuenta de la embajada se marchó furioso, y en pleno invierno navegó hasta Ceuta, donde dejó a su esposa y sus enseres y, luego de mantener una entrevista con los árabes, regresó a España; y, pretextando el gran anhelo que su esposa enferma tenía por ver a su hija, solicitó ésta al rey para que sirviera de alivio de la enfermedad de la madre, y tras recibirla, la llevó junto a ésta. Por aquel tiempo el conde Julián poseía la isla

---

44 *domicelli et domicelle*, en latín, esto es propiamente 'donceles y doncellas'.

45 El conde de los espatarios o espaderos era el jefe de la guardia real.

Verde, que ahora se llama en árabe *Gelzirat Alhadra*[46], desde donde infligía frecuentes correctivos a los bárbaros africanos, por lo que era muy temido por éstos. Por aquel entonces había en Africa un príncipe llamado Muza[47] y que había sido puesto al mando de Africa por Ulid Miramamolín[48]. Con éste se alió el conde Julián en su traidora entrevista, prometiéndole que le entregaría España si confiaba en él. Muza, que tenía el sobrenombre de Avennoçair, se alegró enormente cuando oyó al conde Julián, porque había comprobado las hazañas de su valor en los descalabros de su gente, e inmediatamente comunicó la propuesta a Ulid, Miramamolín de los árabes, quien le ordenó que no navegara a España —pues temía que pudiera ocasionarle peligro—, pero que enviara a unos cuantos por medio de los cuales pudiese comprobar las promesas del conde. Muza envió con el conde Julián a un tal Tarif, de sobrenombre Avenzarca, con cien jinetes y cuatrocientos infantes africanos; y éstos pasaron el mar en cuatro naves en el año 91 de los árabes, en la era 750, en el mes llamado del Ramadán[49]. Y ésta fue la primera llegada de los árabes a este lado del mar[50], y atracaron en una isla de este lado del mar que por el nombre de aquél se llama *Gelzira Taref*[51], y allí se mantuvo hasta que llegaron a él sus parientes y cómplices de España; y llevó a cabo las primeras escaramuzas en *Gelzirat Alhadra* y logró allí abundante botín y saqueó otros lugares de la costa. Y la pobre España, que llevaba casi 140 años en paz desde la época del rey Leovigildo, comenzó en ese mismo instante a ser desgarrada al brotar de nuevo los desastres de su antigua desgracia. Y tras llevar a cabo matanzas en parte de Lusitania y la Bética, Julián regresó soberbio ante Muza junto con los árabes a los que había guiado. Por aquellos días Sinderedo, el obispo y primado de la ciudad regia del que ya hablé[52], aterrorizado por la llegada de los árabes y cansado de los desplantes de Witiza, se retiró a la patria romana abandonando a sus ovejas como un mercenario, no como un pastor. Por su parte, los ancianos de los que hablé eligieron por obispo a Urbano, varón de santidad, sin que sirviera de nada la intromisión de Oppa, que ya no tenía ningún poder.

---

[46] Algeciras.

[47] Era el walí de Kairwán.

[48] En latín *Amiramomeninus, Miram-, -ius*, del árabe *Amir al-mu minin*, 'príncipe de los creyentes', título ostentado por los sucesores de Mahoma. Es el nombre que se daba en España a los califas almohades. En este caso se trata del califa de Damasco Al-Walid I (705-715).

[49] Entre junio y julio.

[50] Recuérdese, sin embargo, la noticia de una llegada anterior en xii 22 ss.

[51] Tarifa.

[52] v. xv, 40 ss.

Cap. XX

Sobre la segunda entrada de los árabes en España

Seguidamente, Muza marchó a Ifriqya [53] reclamado por Ulid Miramamolín, dejando el mando de la patria a Tárik Avenciet, que era bizco, al que encargó que proporcionara ayuda al conde Julián y mantuviera su amistad. Tárik entregó a éste 12.000 soldados, a los que condujo por grupos a España en barcos de mercaderes para que pasase desapercibida la razón de la llegada. Y se reunieron en un monte que por aquel moro aún hoy se llama *Gebel Taric* [54] —pues en árabe *gebel* significa «monte»— en el mes de Rayab [55] del año 92 del reinado de los árabes, la era 751. Cuando esto llegó a conocimiento del rey Rodrigo, envió contra ellos a un sobrino suyo llamado Iñigo [56], que tantas veces como les presentó batalla, otras tantas fue vencido y, al final, muerto; de ahí, crecida su moral, aumentaron los árabes su arrojo, siendo guiados por el conde Julián a través de la Bética y Lusitania. Pues el ejército de los godos, sorprendido en las primeras algaradas y desacostumbrado al manejo de las armas por el largo período de paz, desconocía las antiguas hazañas y, convertidos en indolentes y débiles, resultaron incapaces de combatir, y volviendo grupas ante los obstáculos llegaron antes a la muerte que al recurso de la huida. Tárik por su parte regresó con el conde Julián a Africa a presencia de Muza, y por aquellas acciones la lealtad de Julián fue celebrada con admiración entre los árabes. Por ello Muza confió un ejército más numeroso a Tárik y al conde, y retuvo a Ricila, pues recelaba de las tretas del artero conde en el caso de que lo enviara con los otros. Cuando éstos arribaron a España, comenzaron a causar robos y calamidades en la Bétida y Lusitania. Por su parte el rey Rodrigo, conocido el descalabro de los suyos y el saqueo de la provincia, luego de reunir a todos los godos salió al paso de los árabes y se apresuró con valentía a detenerlos. Y habiendo llegado al río que se llama Guadalete [57], cerca de Asidona, que ahora es Jerez, el ejército africano acampó en la otra orilla. Por su parte el rey Rodrigo, con una corona de oro y un traje recamado en el mismo metal, era conducido en un lecho de marfil tirado por dos mulas, tal como exigía

---

[53] Túnez.

[54] Gibraltar.

[55] Entre abril y mayo.

[56] Generalmente se le da el nombre de Sancho.

[57] El nombre de este río ha provocado una enorme controversia. De los seis mss. principales del Toledano, cinco escriben *Vedelac* y uno, el I, *Vedalac*.

el protocolo de los reyes godos. Y se luchó sin interrupción durante ocho días, de domingo a domingo, hasta el punto de perecer casi 16.000 del ejército de Tárik. Pero ante el insistente empuje del conde Julián y de los godos que estaban con él son desbordadas las líneas cristianas, que resultaron indolentes, débiles e incapaces de combatir por el largo período de paz y la buena vida, y volviendo grupas ante los obstáculos, en domingo, el cinco de los idus del mes de Sawwal [58] del año 92 de los árabes, en la era 752, el rey Rodrigo y el ejército cristiano son vencidos y perdieron la vida en una huida sin esperanza. Por su parte, los dos hijos de Witiza que se habían confabulado con el conde Julián estuvieron al lado del rey Rodrigo en esta batalla y, uno por la derecha y otro por la izquierda, comandaban las alas, y se dice que la noche anterior se entrevistaron con Tárik a fin de que, al retirarse ellos de la lucha, el ejército de los godos fuera vencido con facilidad y, una vez muerto el rey Rodrigo que, como hombre de altas miras, dejaría que le mataran antes que huir, el trono vacante pudiese corresponderles a ellos; pues no se les pasaba por la mente que los árabes pudieran o quisieran quedarse con su patria, y por ello, abandonadas las armas, escaparon tan pronto como estalló la contienda. Tárik también les había prometido eso mismo y que les devolvería todo lo que había pertenecido a su padre. Y se dice que el ejército cristiano contaba con más de cien mil soldados, pero la debilidad era general tras dos años de epidemia y escasez [59]. Y como la gracia de Dios había apartado de los hispanos su mano protectora, aquel pueblo triunfador, aquel pueblo noble, el pueblo de los godos a quien se habían rendido Asia y Europa y que había hecho huir a los vándalos, ante quienes se habían inclinado las tierras de Africa, es doblegado por la victoria de los árabes. Al iniciarse el combate el rey Rodrigo se comportaba con valentía, pero abatida la torpe fuerza de la valentía goda, la que tenía por costumbre enaltecerse con la sangre de muchos se ve forzada a que los enemigos se ceben con la suya. Julián por su parte arengaba a los godos que estaban con él y también a los árabes para que recrudecieran su ardor en la lucha. Y como los dos bandos acrecentaran su bravura en el combate, la mayoría pereció matando. Pero al estar cada vez más desbordadas las líneas de los godos por casi todas partes, el rey Rodrigo se batía unas veces en retirada y otras contratacaba, mas, como resultado de la larga duración del combate, el pueblo de los godos en parte perece, en parte se salva con el recurso de la huida. Y mientras esto sucede, se

---

58 Intentando casar el calendario romano con el árabe, la fecha sería el 11 o el 9 de agosto, aunque toda la fecha parece una interpolación posterior.

59 Sigue el Toledano introduciendo causas materiales.

desconoce qué le ocurrió al rey Rodrigo; sin embargo, la corona, el traje, los atributos reales y el calzado recamado en oro y piedras preciosas y el caballo, que se llamaba Orelia, fueron encontrados en un lugar pantanoso junto al río, sin rastro de su cuerpo. Se desconoce por completo qué sucedió con éste, salvo que en tiempos más recientes[60] se halló en Viseo, ciudad de Portugal, una tumba con esta inscripción: «Aquí yace Rodrigo, el último rey de los godos». *Maldita sea la obcecación* de la impía *locura* de Julián y *la crueldad de su rabia*[61], maniático por su ceguera, empujado por su rabia, arrojado por su locura, olvidado de la lealtad, descuidado de la religión, desdeñador de la divinidad, cruel contra sí mismo, asesino de su señor, enemigo de los suyos, aniquilador de su patria, culpable contra todos. Que su recuerdo amargue cualquier boca y que su nombre se pudra para siempre.

Cap. XXI

Sobre la destrucción de los godos y la alabanza de España[62]

¡Ay dolor! Aquí concluye la gloria de la grandeza goda en la era 752, y la que doblegó tantos reinos en tantas guerras, en una sola abatió las banderas de su gloria; los que asolaron con diversas matanzas Escitia, el Ponto, Asia, Grecia, Macedonia y el Ilírico, y cuyas mujeres sometieron con sus armas la parte de Oriente y ahogaron en un odre de sangre a Ciro, el gran señor de Babilonia, Asiria y Media, Siria e Hircania, tras vencerlo y capturarlo; y ante quien dobló las rodillas Roma, dueña de las tierras; ante quien el emperador Valente murió en un incendio; ante quien el famoso Atila, rey de los hunos, aceptó la derrota en la batalla de los Campos Catalaúnicos; ante quienes los alanos cedieron Panonia tras escapar del combate; ante quienes los huidizos vándalos abandonaron las Galias; cuyas batallas ensordecieron desde siempre a todo el mundo con sus imponentes truenos; a este pueblo lo aniquiló la revuelta tan reciente de Mahoma, en una sola batalla, con una derrota sin precedentes, para que todos sepan que el rico no se debe vanagloriar en su riqueza, ni el poderoso en

---

60 Fue en tiempos de Alfonso III (866-910), cuando ocurrió esto, tal como atestigua su crónica (7) y confirma la Albeldense (XV, 12 Gil).

61 *Génesis*, 49, 7.

62 Sobre este capítulo y el siguiente v. mi «*De laude et deploratione Spanie* (estructura y fuentes literarias)», en *Los Visigodos. Historia y Civilización. Actas de la Semana Internacional de Estudios Visigóticos*, Murcia, 1986, págs. 457-462.

su poder, ni el fuerte en su fortaleza, ni el sabio en su sabiduría, ni el gobernante en su boato. *Pues quien se gloría, que se glorie en el Señor*[63], pues *es El quien hiere y sana*, El quien *golpea*, El quien cura[64]. Pues al ser del Señor toda tierra, todo pueblo, toda gente, toda lengua, todo ello va cambiando en un devenir alterable, mientras que permanece inalterable siempre y en todo el Creador de todas las cosas, que engalanó las partes de la tierra y cada una de las regiones con distintos dones, entre las cuales fecundó sobremanera, con todo lo deseable, a España, situada en los confines de occidente. A ésta —después de recorrer, según he dicho, y conquistar casi todas las provincias de Asia y Europa y tras sufrir guerras y contiendas—, teniendo en cuenta la comodidad de los lugares y las diversas sedes en las que se habían establecido, la prefirieron a todas, porque excedía por méritos propios de fertilidad a todas las tierras del mundo; está limitada por los montes Pirineos, que se extienden de mar a mar, por el océano y por el Mediterráneo. También pertenecían al poderío de los godos la Galia Gótica, es decir, la provincia Narbonense junto con las ciudades de Rodez, Albi y Viviers, que en tiempos de los godos eran de esa provincia, y además una provincia en Africa con diez ciudades, que se llamaba Tingitania. España en verdad, como si fuera el paraíso del Señor, está regada por cinco ríos principales, a saber, Ebro, Duero, Tajo, Guadiana y Betis, y entre ellos se alzan montañas. Los valles que hay por medio están abocados a la fertilidad por su anchura y son fecundados por la corriente de los ríos, y en su mayor parte están regados por arroyos y fuentes; y además pocas veces les faltan el recurso de los pozos. Fértil en mieses, agradable por sus frutos, seductora por sus peces, sabrosa por los productos de su leche, celebrada por sus animales de caza, apetitosa por sus manadas y rebaños, magnífica por sus caballos, apropiada por sus mulos, favorecida por sus castillos, esmerada con su vino, despreocupada por el pan, rica en metales, orgullosa de sus sederías, dulce por sus mieles, sobrada de aceite, contenta de azafrán; aventajada en ingenio, arrojada en el combate, rápida en la práctica, leal al poder, resuelta en el afán, ornada en la expresión, fecunda en todo; ninguna se le asemeja en fertilidad, ninguna se le equipara en fortificaciones, pocas la igualan en extensión; superior en generosidad, incomparable en lealtad, única en valentía. Tiene también otros ríos que, al conservar siempre el mismo nombre, se llaman principales, como el Miño, que nace en las tierras de Galicia y, fluyendo a través de esa misma provincia, desemboca en el océano; además, por este río aquella provincia se llama

[63] *Corintios*, II, 10, 17.
[64] Job, 5, 18.

Mínea; el Abar[65] y el Júcar, que nacen en el término de Sigüenza, en la provincia de Toledo, y discurren hacia el Mediterráneo sin perder su nombre. Así pues, este reino tan noble, tan distinguido, blandida contra sí mismo la propia espada, como si los enemigos no hubieran puesto sus manos en él, se derrumbó en los prolegómenos de un solo ataque. Y fueron conquistadas todas las ciudades de España y son arrasadas por obra de los destructores.

Cap. XXII

Llanto por España y los godos, y la causa de la ruina

Por tanto, concluida la batalla de forma lamentable y, como apenas hubo nadie que no hubiera acudido a ella desde cualquier parte, muertos todos entre sí, quedó la tierra vacía de gente, cubierta de sangre, empapada de llanto, atronada de lamentos, abierta a los de fuera, extraña a los suyos, despojada de habitantes, privada de sus hijos, confundida por los bárbaros, podrida por la sangre, menoscabada por la herida, desasistida de defensa y desprovista del consuelo de los suyos. Ya surgen otra vez los estragos de Hércules, ya vuelven a supurar las heridas cicatrizadas de los vándalos, alanos y suevos. La que tiempo atrás fue herida por la espada de los romanos, sanada luego por la medicina de los godos, ahora se abate a sí misma al haber perdido ya a sus crías y, olvidadas las canciones en su habla materna, ya se expresa en lengua extranjera. Los soldados visten de rojo y las riendas de sus caballos son de fuego, y sus caras, como el tizón; la galanura de su rostro es como las ollas, y sus ojos, como fuegos; su jinete es más rápido que los leopardos y más cruel que el lobo en la noche. En verdad que ante el pueblo de los africanos, que tiempo antes medraba con engaños y dineros sin arriesgar sus fuerzas, ahora se derrumba el poderío de los godos en un instante, que se vino abajo antes que se pueda contar y apenas queda quien llore lo que destruyó el golpe de la muerte, quien grite ya sin vida a los caminantes: «*¡Mirad si hay un dolor como el mío!*»[66]. Su voz se oye como de ultratumba y su palabra resuena como desde el fondo de la tierra, apenas se escuchan los sombríos sollozos y gemidos. España llora a sus hijos y no puede *ser consolada porque no hay quien lo haga*[67].

---

[65] Según la *Crón. Gen.* (311 b 47), el *Aluarrezen.* ¿El Turia, el Guadalaviar?

[66] *Lamentaciones*, 1, 12.

[67] Jeremías, 31, 15.

Sus hogares ya están deshabitados, su honra ya está trastornada, sus hijos ya murieron a espada y los mejores ya están prisioneros. Sus jefes cayeron en el deshonor, y los guerreros, en el aniquilamiento. Los que eran libres están esclavizados, los que solían enaltecerse en las armas son forzados a doblarse con la reja y la mancera, *los que se nutrían de manjares delicados* no tienen ni con las sobras, y los que se criaron *entre púrpuras* se cubren con desechos [68], de manera que ni el desbordamiento de las tormentas ni el turbión de las tempestades se les podrían igualar. ¿Qué calamidades no recayeron sobre España? Los niños son masacrados, a la muerte los adolescentes son lanzados, con espadas los jóvenes son aniquilados, en los combates los hombres son destrozados, en la derrota los ancianos son exterminados, y a los que la vejez y la senectud había hecho dignos de respeto, a ésos la crueldad de los africanos los derriba para eliminarlos; las mujeres son destinadas al deshonor, y las más bellas, al ultraje [69]. El que era decidido sucumbió a espada, y el que era rápido de pies fue abatido por los arqueros. La espada respeta a los enemigos y se ensaña con los propios; no había quien frenase la lucha de unos godos contra otros. *¿Quién suministrará* agua *a mi cabeza y una fuente de lágrimas a mis ojos* [70] para que pueda llorar la ruina de los hispanos y la calamidad del pueblo de los godos? Enmudeció la santidad de los sacerdotes, terminó la abundancia de los religiosos, desapareció la dedicación de los prelados, se perdió el magisterio de la fe y se deshizo la unión de los santos padres ortodoxos; los templos son derruidos, las iglesias son derribadas, y donde se alababa con alegría se desafía con blasfemias; la cruz de la salvación es arrojada de los lugares santos, no hay quien se preocupe de salvarse. Las festividades desaparecieron por completo, y la música de la Iglesia sonó a blasfemia; no hay quien exulte en las iglesias, y se mofa la proclamación de Mahoma; el mal uso estropea los ornamentos, y los profanos ensucian los vasos sagrados; los enemigos consumen las tierras, y toda morada se vacía cuando perece su morador; las ciudades son devoradas por el fuego, y todos los vergeles son talados. Pues hasta tal extremo creció la calamidad que no quedó en toda España sede catedralicia que no fuera o incendiada o arrasada o conquistada. Pues a las que los árabes no podían someter las engañaron con falsos tratados, mientras Oppa, el hijo de Egica, el obispo de Sevilla, les aconsejaba que siguieran su vida sometidos a los árabes pagándoles tributo, y si por casualidad el Señor acudía a visitar su patria, ellos ayudarían a los que vinieran a socorrerlos. Y de esta

---

68 *Lamentaciones*, 4, 5.
69 v. Isaías, 13, 15-16.
70 Jeremías, 9, 1.

forma, engañados por estos señuelos, entregaron los baluartes y las fortificaciones de las ciudades. Y a éstos se les dio el nombre de «mozárabes», porque vivían mezclados con los árabes [71], cuyo nombre y linaje subsiste aún hoy entre nosotros. Y con tal treta los árabes ocuparon casi todo y, una vez logrado, rompieron el tratado y expoliaron los tesoros de las iglesias y los bienes de los particulares a partes iguales, a excepción de los obispos que poco después se refugiaron en Asturias con las reliquias [72]. Lo que soportó *aquella* gran *Babilonia* [73], la primera entre los reinos de la historia, arrasada por Ciro y Darío, salvo que su suelo acoge a animales y serpientes en eterna desolación; lo que padeció Roma, dueña de las tierras, a manos de Alarico y Ataúlfo, reyes de los godos, y de Genserico, príncipe de los vándalos; lo que sufrió Jerusalén, destruida y abrasada sin que quedara *piedra sobre piedra* [74], de acuerdo con la profecía del Señor; lo que sintió la noble Cartago por el saqueo y el incendio del romano Escipión; todo eso lo experimentó la pobre España, sumadas las desgracias de todos los desastres, y no queda quien la compadezca. Pero como «todo el mundo se ordena a semejanza del rey», por los pecados de Witiza y del postrer Rodrigo y de otros reyes anteriores, algunos de los cuales se apropiaron de la dignidad del trono con una conjura, otros por fratricidio o parricidio, sin respetar la sucesión establecida, estalló la ira de Dios y apartó de la presencia de su Majestad a la gloria de los godos, a la que hasta entonces había tolerado; y a los que toleró durante la herejía arriana desde la época del emperador Valente hasta la de Recaredo, como se ha contado más arriba [75], desafiado ahora por las aberraciones de Witiza y por los crímenes de otros reyes, no les prolongó más su paciencia. He considerado que en este punto se deben citar los nombres de los reyes que perecieron por espada traidora. Ataúlfo fue muerto a traición en Barcelona por uno de los suyos durante una amigable conversación [76]; Sigérico fue muerto por los suyos de manera semejante [77]; Turismundo fue muerto en Tolosa por un criado suyo a instigación de su hermano [78]; Teodorico fue muerto por su hermano Eurico de manera semejante [79]; Amalarico fue muerto por su ejército en Narbona en medio de la plaza [80]; Theudis fue

[71] *Mixti Arabes* en latín; pero la etimología es árabe: *mustarab*, 'arabizado'.
[72] v. IIII, iii.
[73] Isaías, 13, 19.
[74] Marcos, 13, 2.
[75] v. II, i, 27 ss.; xv, 10 ss.
[76] v. II, vi, 24 ss.
[77] v. II, vii, 16 ss.
[78] v. II, viii, 137 ss.
[79] v. II, viii, 70 ss.
[80] No hay noticia previa de esta muerte.

muerto por uno que fingió estar loco para matarlo [81]; Theudisclo fue estrangulado en Sevilla por uno de los suyos en medio de un banquete [82]; Agila fue muerto por los suyos en Mérida [83]; Leovigildo mató a su hijo Hermenegildo porque no quería acceder a la herejía [84]; Liuva, hijo de Recaredo, fue muerto a traición por Witérico [85]; Witérico fue muerto por unos cuantos conjurados durante un banquete [86]; y Witiza fue cegado por Rodrigo [87], y Rodrigo, según se cree, fue muerto por Julián [88]; Fruela mató a su hermano Vímara con sus propias manos, y los suyos, en venganza, lo asesinaron en Cangas [89].

Cap. XXIII

De qué manera ocupó Tárik las ciudades y las fortalezas

Después del desastroso resultado de la batalla Tárik persiguió a los cristianos hasta Ecija, y tanto los vecinos de ésta como los que habían escapado a la hecatombre, fiados aún de su número, le salieron al encuentro sin mucha precaución, e iniciada la batalla con mala fortuna, con peor perecieron, y muertos muchos, otros tantos se volvieron al recinto de la ciudad. Tárik por su parte acampó con su ejército a orillas del río, en el lugar donde hay una fuente que desde entonces se llama Fuente de Tárik. Por su parte los cristianos, al saber que habían llegado unas gentes que habían arrollado con su número al poderío de los godos y que, aunque esto era mentira, comían carne humana, cayeron en tal estado de postración que ni siquiera pensaban en defenderse. Y como Toledo aventajaba a las demás ciudades en defensas, todos miraban por cobijarse allí, y las otras ciudades y fortalezas quedaron guarnecidas con pocos defensores. Entonces el conde Julián aconsejó a Tárik que dividiera las fuerzas de su ejército para asolar España por distintos lugares, y él le cedería algunos de sus colaboradores para que ayudaran a los árabes como guías y en lo que fuera menester. Entonces Tárik dividió su ejército y envió a uno que de

81 v. II, xii, 35 ss.
82 v. II, xii, 46.
83 v. II, xiii, 16.
84 v. II, xiiii, 26 ss.
85 v. II, xvi, 6.
86 v. II, xvi, 14 s.
87 v. xvii, 32.
88 Contrasta esto con el final del cap. xx.
89 v. IIII, vi, 20 ss.

cristiano se había convertido en sarraceno, cuyo nombre árabe era Mogeyt Arromi y estaba al servicio del Miramamolín, que se llevó consigo a 700 jinetes y partió hacia Córdoba. Pues casi no se podía encontrar algún infante entre los árabes porque los de infantería se habían convertido en jinetes utilizando los caballos de los godos. Y envió otro ejército contra Málaga y Granada. El por su parte se dirigió con el grueso de las tropas hacia Mentesa [90], cerca de Jaén, y demolió la ciudad hasta los cimientos. Por su parte Mogeyt, cuando hubo llegado a Córdoba, preparó una emboscada en un arrabal cercano que se llama Segunda; y unos de su ejército interrogaron sobre la situación de Córdoba a un pastor que habían capturado, quien les informó de que los principales de Córdoba habían buscado refugio en la fortaleza de Toledo y de que había quedado el gobernador de la ciudad con 400 jinetes, y de que la ciudad estaba rodeada por una muralla que era segura salvo en las cercanías del puente, donde el lienzo de ella estaba cortado. Entonces Mogeyt pasó el Betis con su ejército y entre las tinieblas y la bruma de la noche llegó al lugar por donde el corte de la muralla dejaba paso, y donde además había una higuera; aprovechándose de ésta como apoyo para la subida se encaramaron al lugar derribado, y utilizando las cintas [91] de Mogeyt como cuerdas subieron a lo más alto de la muralla y, luego de dar muerte a los centinelas, hicieron saltar los cerrojos de las puertas y penetraron por la puerta del puente. Cuando el gobernador de la ciudad se enteró de esto, se refugió tras los muros de la iglesia, que era el lugar más seguro. Pero allí le asediaron durante tres meses, al cabo de los cuales el propio gobernador de la ciudad consiguió escapar a los montes que dominan la ciudad, dejados unos cuantos para defender la iglesia. Cuando esto llegó a conocimiento de Mogeyt, envió inmediatamente a algunos en su persecución. Pero el desgraciado, derribado por una caída del caballo en el que huía, perdida toda esperanza, estaba sentado en su propio escudo cuando Mogeyt, llegándose a él, lo capturó con vida. Salvo éste, de ninguno de los *seniores* de los hispanos se cuenta que fuera capturado. Pues todos los demás se entregaron mediante rendición o pacto. Mogeyt por su parte, a su regreso a Córdoba no cesó en su asedio al fortín de la iglesia hasta que los apresó y los decapitó, y desde entonces se le llama «la iglesia de los cautivos». Dejaron entonces a los judíos que allí vivían para que poblaran y defendieran Córdoba junto con unos árabes, y al señor de la ciudad, al que habían apresado, lo llevaron a presencia de Ulid, Miramamolín de los árabes.

---

[90] La Guardia.

[91] Las del turbante, v. xviii 23.

Cap. XXIIII

Sobre la toma de Málaga y Murcia[92]

Por otro lado, Málaga fue tomada por el ejército que había marchado hacia ella, y los cristianos que allí vivían buscaron refugio en las escarpaduras de las montañas. El otro ejército ocupó Granada con un triunfo parecido tras asediarla un tiempo y la guarneció con los judíos que allí habitaban y con árabes. Luego emprendió el camino de la ciudad que entonces se llamaba Orihuela y ahora se llama Murcia, y el señor de Murcia, saliendo a su encuentro, luchó sin éxito contra ellos; y parapetado en el recinto de la ciudad, como era listo y precavido, ordenó que se les cortaran las cabezas a las mujeres para que, colocadas en las almenas de las murallas, fueran tomadas por hombres desde lejos, y las cañas que llevaban en sus manos parecieran lanzas. El por su parte, fingiéndose un mediador de la ciudad, se presentó ante los sitiadores y con habilidad logró del señor de éstos la garantía de que no serían inquietados mediante el acuerdo de una tregua. Entonces condujo dentro de la ciudad a unos pocos de ellos, y cuando comprobaron la escasez de hombres, se arrepintieron de haber concedido la tregua, mas pese a todo no la rompieron por respeto a la palabra dada, pero, dejados allí unos pocos árabes, los demás marcharon a Toledo, donde residía Tárik por entonces. Pues cuando éste hubo llegado a Toledo, la encontró casi sin habitantes, pues muchos habían huido a Amaya, otros, a Asturias y otros, a las montañas. Entonces Tárik guarneció la ciudad con los árabes que llevaba con él y con los judíos que había encontrado allí. Seguidamente marchó hacia Guadalajara y hacia el monte llamado *Gebelçuleman*[93], y le dio el nombre de Gebeltaric; y desde allí llegó a una ciudad cercana al monte, en la que encontró una mesa verde hecha de una piedra preciosa, y tanto el tablero como los pies eran de una sola pieza, y era de una enorme anchura y longitud, y a la villa le dio el nombre de Medina Almeida, que significa «ciudad de la mesa». A continuación llegó a Amaya, ciudad patricia en otro tiempo, en la que mucha gente desesperada había buscado refugio fiada de la fama de sus fortificaciones; pero como toda España padecía de hambre y escasez, en seguida fue capturada a causa del hambre, y se apoderó allí de muchos miles de prisioneros y tesoros y bienes de los nobles; a continuación saqueó la Tierra de Campos y Astorga y ocupó la ciudad de Gijón

---

92 Algunos mss. y los editores anteriores añaden también a Granada.

93 El puerto de Somosierra, en la prov. de Madrid; v. E. Lafuente, *Ajbar Machmuâ*, Madrid, 1867, pág. 252.

y otros muchos lugares en Asturias, y en los puntos estratégicos situó delegados suyos, y poco después regresó a Toledo en el año 93 de los árabes. En el mes de Ramadán de este mismo año, Muza, hijo de Abnozair, al conocer las hazañas que su lugarteniente Tárik estaba logrando sobre los hispanos, movido por la envidia y los celos de su servidor, navegó hacia España llevando consigo a más de 12.000 soldados; y cuando hubo llegado a la isla Verde, que ya se llamaba *Gelzirat Alhadra* en árabe, los de allí le aconsejaron que tomara el mismo camino por el que había entrado Tárik, pero no quiso hacerlo así. Entonces los guías, que en árabe se llaman «adalides», y los otros cristianos [94] le aconsejaron que avanzara por los lugares y ciudades que aún no habían sido conquistados por Tárik, con lo que superaría lo hasta entonces logrado; y recibido este consejo con alegría, llegó a un lugar fortificado que en latín se llama *Ciuitas Salua* y que en adelante fue llamada *Medinat Abnacelim* [95] por los árabes; está situada entre el mar y lo que ahora es Jerez, llamada en latín *Assidona*, y la tomó tras un duro combate. Luego llegó a Carmona, y como se le había advertido que era casi imposible tomarla al asalto, envió por delante al conde Julián con algunos cristianos para que se fingieran vencidos que huían después del combate, y acogidos así por los de la ciudad, a cambio del favor de la hospitalidad entregaron la hospitalaria ciudad en manos de los árabes; pues al anochecer mataron a los centinelas y dieron entrada a los árabes por la puerta llamada «de Córdoba». Después llegó a Sevilla, en donde quedaba un gran número de godos. Esta era la ciudad regia de los vándalos silingos antes de la llegada de los godos, pero éstos trasladaron la corte desde allí a Toledo. Como se prolongara el asedio de Muza a Sevilla, los cristianos de allí huyeron a la villa que se llama Beja. El por su parte, tras tomar Sevilla la pobló con judíos y árabes; desde allí se dirigió a Beja y se apoderó de ella de la misma manera; luego marchó a Mérida, que dejaba constancia de la gloria de su antiguo esplendor en muchos y antiguos monumentos, y sus vecinos salieron a luchar contra él confiados en el número, pero Muza no pudo lograr la victoria aquel día. Entonces, a la vista de que no podía tomarla por la fuerza, emboscó a unos cuantos en una cantera cercana, y al día siguiente los de la ciudad salieron al combate tal como habían hecho el día anterior, pero, cogidos entre los emboscados y el resto de las fuerzas, perdieron la vida muchos de ellos, y los que lograron escapar se refugiaron en el recinto de la ciudad. Pues la solidez de la muralla estaba perfectamente conseguida.

---

94 Los del conde Julián.

95 Es un despiste del Toledano, porque es imposible que se trate de Medinaceli, en Soria. La *Crón. Gen.* ya lo corrigió por Medina Sidonia.

Sin embargo los cristianos, desmoralizados y abatidos, solicitaron al día siguiente una entrevista. Y cuando, tras serles concedida, llegaron a presencia de Muza, observaron la decrepitud que denotaban sus canas, y después de la entrevista regresaron junto a los suyos; y luego de darles cuenta de la decrepitud de quien los sitiaba, expresaron su convencimiento de que el anciano no tardaría en morir, y por esta razón desistieron de salir aquel día a parlamentar. Entonces Muza ordenó socavar la muralla por todas partes. A su vez los asediados hicieron una salida desde el interior dando muerte a muchos de los zapadores. Al tercer día, luego de solicitar de nuevo una entrevista, volvieron a presencia de Muza, y descubrieron que el cabello que la vez anterior era blanco ahora era de distinto color a causa del tinte, y estupefactos ante esta simpleza, lo tomaron por un milagro, y regresando en seguida junto a los suyos les hicieron saber que se trataba de un hombre dotado de poderes, que a su antojo cambiaba su aspecto ahora en joven, ahora en viejo; anonadados por este milagro, entregaron inmediatamente la ciudad, habiendo pactado, pese a todo, que pudieran marcharse sin sufrir daño en sus bienes y personas. Y tomó la villa en el año 94 de los árabes, el último día del mes de Ramadán [96]. Y mientras esto sucedía, alzándose los cristianos de Niebla, Beja y otros lugares, marcharon hasta Sevilla, y tras hacerse con el fortín de la ciudad dieron muerte a muchos de los árabes que Muza había dejado allí; los demás que lograron escapar se refugiaron en Mérida, conquistada por Muza. Entonces éste envió a Sevilla a su hijo Abdulaziz con un numeroso ejército, quien, nada más llegar, se apoderó de la ciudad y mató a los cristianos que habían causado la matanza. También se apoderó de Niebla dando muerte a sus habitantes. Mientras ocurre esto, Pelayo se levantó en Asturias. Muza por su parte, muy honrado por los triunfos y botines, marchó a Toledo, donde residía Tárik con no menos honra; éste salió al encuentro de Muza a los límites de Talavera, y con fingida alegría se reunieron junto al río que se llama Tiétar. Sin embargo Muza, que andaba tramando alguna afrenta contra Tárik, reconvino a éste con aspereza porque, si bien había tenido éxito, no había cumplido exactamente sus órdenes; y marchando juntos a Toledo, le exigió cuentas muy detalladas de lo ganado y conseguido, de las riquezas y tesoros, incluso de la mesa; y después de recibir la mesa y el dinero, cosa que Tárik le comunicó espontáneamente, ambos marcharon a Zaragoza y se apoderaron de ésta y de otras ciudades y de muchos baluartes de Carpetania y Celtiberia.

---

[96] El 21 de julio.

LIBRO CUARTO

Cap. I

Sobre la rebelión de Pelayo contra los árabes, sobre su hermana y sobre su reinado [1]

Y mientras destrozaban España con tantas acometidas, Dios todopoderoso, no olvidándose en su ira de la misericordia, quiso preservar bajo sus ojos a Pelayo como una pequeña ascua. Según se ha relatado [2], este Pelayo se refugió en Cantabria huyendo de la presencia de Witiza, que quería arrancarle los ojos, aunque había sido espatario [3] suyo; pero al oír que el ejército cristiano había sucumbido y que los árabes campaban por sus respetos, tomó consigo a su hermana y se dirigió a Asturias para poder mantener en sus escarpaduras al menos un pequeño rescoldo del pueblo cristiano, pues los sarracenos habían ocupado toda España, pulverizada ya la fortaleza del pueblo godo y sin oponer resistencia en ningún lugar con la excepción de unos pocos

---

[1] Para todos los detalles y pormenores sobre el reino de Asturias (casi todo este libro), es muy útil la consulta de la obra de C. Sánchez-Albornoz *Orígenes de la nación española. Estudios críticos sobre la historia del reino de Asturias.* 3 vols., Oviedo, 1972-1975, que también hace referencia al final del reino visigodo. Asimismo, y desde otro punto de vista, debe consultarse la Introducción y la Edición Crítica de J. Gil y la traducción y notas de J. L. Moralejo en *Crónicas Asturianas*, Oviedo, 1985, obra de la que me reconozco deudor.

[2] v. III, xvii, 16-18.

[3] De su guardia personal; v. la n. 45 del lib. III.

restos que quedaron en las montañas de Asturias, Vizcaya, Alava, Guipúzcoa, Ruconia y Aragón, a los que el Señor resguardó precisamente para que en su presencia no se apagase la luminaria de los santos en las Españas. Los sarracenos pusieron al frente de cada región a delegados suyos para que recaudaran las rentas y los tributos de los pobres viticultores y campesinos cristianos a los que habían permitido quedarse bajo tributo. En la parte de Gijón, ya sometida a los sarracenos, que también habían ocupado algunos lugares en las montañas, había un gobernador llamado Munuza, cristiano en realidad pero aliado con los árabes; éste, seducido por la belleza de la hermana de Pelayo, fingió hacer amistad con él, y con el pretexto de una embajada lo envió a Córdoba, la que en otro tiempo fue patricia y que a la sazón era la capital del reino de los árabes. Tras su marcha, Munuza, con la complicidad de un liberto, casó con su hermana. Pero cuando Pelayo volvió, no quiso aceptar la deshonra y, luego de llevarse a su hermana con cualquier excusa, se refugió en Asturias tan ardoroso como preocupado y confiando aún en la liberación de la patria. Sin embargo Munuza, considerándose deshonrado por la pérdida de su esposa, comunicó al príncipe Tárik que Pelayo se había alzado ya abiertamente. Este le envió soldados y le ordenó que capturara a Pelayo y lo remitiera a Córdoba. Cuando los soldados llegaron a Asturias, quisieron apresar a Pelayo mediante una estratagema; pero desvelado el plan por medio de un amigo en una aldea que se llama Brete, Pelayo, como no podía hacerles frente con las armas, montado en su caballo atravesó hasta la otra orilla del río Piloña, y como el río se salía de madre, los sarracenos dejaron de seguirlo, y llegó solo al valle que se llama de Cangas. Y encontrando a muchos que andaban huidos por miedo a la tiranía de los árabes, los confortó con su espíritu de resistencia y con la esperanza en el Señor, porque aunque castiga a sus hijos corrompidos a causa de sus pecados, sin embargo *al final no deja de apiadarse*[4]. Haciendo caso aquéllos de su sagrado mensaje, sacudido el miedo, reconfortados y esperanzados de nuevo, subieron a una gran montaña que se llama Auseva; y llevando su sagrado mensaje entre todos los ástures, despertó como de un pesado sueño a los pobres de espíritu; y acudiendo a él como a un enviado de Dios desde todos los rincones de Asturias, en medio de tan gran abandono lo eligieron príncipe. Y comenzó a causar estragos contra los moros por lugares apartados y desconocidos y a soliviantar como un torbellino su tranquila victoria y a animar a los suyos al hostigamiento de los árabes. El ejército que había venido para su captura volvió a Córdoba. Al enterarse de esto Tárik, que residía en Córdoba,

Pelayo (718-737)

[4] *Salmos*, 76, 9-10.

envió contra Pelayo a su lugarteniente Alkama y al hijo de Egica Oppa, arzobispo de Sevilla, para que convenciera a Pelayo de que obedeciera sus mandatos.

Cap. II

Sobre la entrada de Pelayo en la cueva, el descalabro de los sarracenos, la captura de Oppa y la muerte de Alkama

Cuando Pelayo conoció la llegada de éstos, se refugió en una cueva que está en una ladera del monte Auseva, del que ya hablé [5]. Esta cueva está rodeada, como por obra divina, por una roca inexpugnable y es segura ante cualquier ataque; y como la cueva apenas si podía acoger a mil hombres, tomó consigo a los que consideró más aguerridos y dejó a los demás a merced de la gracia divina, para que en la seguridad de los montes aguardaran la misericordia de Dios y el desenlace de la empresa. El por su parte imploró en la cueva la misericordia de Dios junto con los que habían quedado. Alkama y el obispo Oppa, luego de llegar a Asturias con un ejército de honderos y de infantes y de haber llevado a cabo algunas expediciones de castigo, acabaron por acampar plantando las tiendas alrededor de la cueva. Se dice que Oppa, que había embaucado a muchos cristianos [6], habló así entonces a Pelayo, según se cuenta, montado en un mulo: «Tú mismo sabes cuán grande fue la gloria de los godos en las Españas y que, aunque siempre resultó invicta contra los romanos y los pueblos bárbaros, ahora llora vencida por decisión de Dios. ¿En qué, pues, confías para que, encerrado en una gruta con muy pocos hombres, intentes oponerte a los árabes, a los que todo el ejército del pueblo godo bajo un solo rey no pudo hacer frente? Recuerda lo rico que fue el reino de los godos en saber y en poderío, y que ahora ha desaparecido por completo, aniquilado por el agotamiento de todas sus virtudes. Por lo tanto, mira por tu vida y por la de quienes se debaten en la misma miseria que tú y entrégate al arbitrio del invicto príncipe Tárik para que no sólo vuelvas a alcanzar tus privilegios, sino que también disfrutes de tu vida y hacienda en compañía de los que están contigo». Pelayo le respondió: «Aunque en ocasiones Dios golpee a sus hijos corrompidos, sin embargo no los *abandonará para siempre* [7]. Sabes perfectamente, obispo Oppa, de qué manera tú y tus hermanos y tu hermano el rey Witiza desatasteis junto con el conde Julián la ira del

[5] v. i, 43-44.
[6] v. III, xxii, 56-59.
[7] *Salmos*, 76, 8.

Altísimo por causa de vuestros crímenes, razón por la que sobrevino la ruina del pueblo godo. Y llora la Iglesia, completamente huérfana, por sus hijos muertos y desaparecidos, y no puede consolarse mientras no lo esté el Señor. Pero a cambio de este pequeño y pasajero exterminio nuestro la Iglesia *pondrá* sus cimientos *para resurgir*[8]; y yo, confiando en la misericordia de Jesucristo, no temo en absoluto a esa muchedumbre con la que vienes, pues *ante el Padre tenemos como valedor a Jesucristo*, en quien creemos y confiamos»[9]. Se cuenta que entonces el obispo Oppa, desistiendo de convencerlo, dijo al ejército: «He dado con un hombre obcecado; sólo queda luchar». Entonces Alkama ordenó a los honderos, arqueros y lanceros batir con intensidad la entrada de la cueva. Pero luchando misericordiosamente la mano de Dios en favor de los suyos encerrados, las piedras, las flechas y los dardos se volvían hacia atrás causando la muerte de los que los lanzaban; y así, muertos por disposición divina casi veinte mil árabes, los demás andaban desconcertados como en medio de un huracán. Cuando Pelayo observó esto, alabando el poder de Dios y reafirmado en su espíritu de fortaleza, sale con los suyos de la cueva y dio muerte a Alkama y a la mayor parte de los suyos, sin contar los que ya habían muerto al volverse los dardos[10]; los demás, en su huida hacia las alturas del Auseva, murieron a manos de los que Pelayo había dejado fuera. Sin embargo, los que escaparon a éstos llegaron a Liébana, en la orilla del río Deva, y cuando marchaban por una cornisa del monte, fueron arrojados al río al derrumbarse la cornisa y arrastrarlos la tierra, y se reprodujo con el nuevo milagro el ahogamiento de los egipcios[11]. Oppa por su parte quedó prisionero de Pelayo. Algunos afirman que Oppa fue hijo de Witiza, otros, hermano del conde Julián, pero es más cierto que fue hijo de Egica y hermano de Witiza; pero de cualquier manera que fuera, lo seguro es que fue arzobispo de Sevilla.

Cap. III

Sobre el traslado del arca, las reliquias y los libros sagrados a Asturias

Se cuenta que Urbano, sucesor de Sinderedo, del que ya hablé más arriba[12], había enviado a Asturias el arca de las reliquias y las

8 *Salmos*, 40, 9.
9 Epist. de S. Juan, I, 2, 1.
10 La mayoría de los historiadores datan la batalla de Covadonga en 718 ó 722.
11 v. *Exodo*, 14, 23 ss.
12 v. III, xviiii, 53-54.

obras de San Ildefonso y de Julián Pomerio y la túnica sagrada que la Santa Virgen había entregado a San Ildefonso [13], cuando ya intuía la destrucción de la Iglesia y del pueblo cristiano en las Españas, y que eran llevadas por los fieles de un lugar a otro según apremiaba la persecución. Después que la ciudad regia fue ocupada por los árabes no con un ataque sino mediante un tratado —tratado que luego incumplieron los sarracenos—, el clero y los cristianos sojuzgados, junto con otros que prefirieron vivir en España bajo tributo obligados a la servidumbre de los bárbaros, obtuvieron permiso para seguir utilizando su ley y sus normas eclesiásticas y para conservar sus obispos y sus sacerdotes evangélicos, entre quienes perduró el rito de Isidoro y Leandro y perdura aún hoy en día en seis parroquias de Toledo [14]. Por la misma época en la que Urbano ocupaba la silla de la ciudad regia [15], Evancio, arcediano de Toledo, era muy considerado por su saber, erudición, devoción, esperanza, fe y caridad de acuerdo con las Escrituras, y Frodoario, obispo de Guadix, destacaba por su religiosidad y sabiduría, y conservaron sin problemas las reglas evangélicas hasta el tiempo de los almohades, que llegaron en época del emperador Alfonso [16]. Y en este intervalo [17] sucedió lo que se cuenta en las actas de los Concilios sobre el obispo de Málaga [18]. También en este intervalo vivió Juan, el glorioso y santísimo obispo de Sevilla [19], que era llamado por los árabes Çayet Almatran, que destacó por su gran conocimiento de la lengua árabe y brilló con gloria propia como intermediario de muchos milagros, y que también explicó las Sagradas Escrituras con correctas demostraciones que dejó escritas en árabe para conocimiento de los venideros. Hubo también allí [20] otro electo llamado Clemente, que huyó a Talavera ante la presencia de los almohades y allí murió tras una larga estancia, y cuyos contemporáneos recuerdo haber visto. Llegaron también [21] tres obispos, de Asidona, de Niebla y el tercero de Marchena, y un santísimo arcediano, por medio del cual el Señor incluso realizaba sus milagros, que en árabe era llamado *Archiquez*; y permanecieron hasta su muerte en la ciudad regia ejerciendo sus funciones episcopales, y uno de ellos está enterrado en la iglesia mayor. Lo que se afirma por algunos de que el arca de

---

[13] v. II, xxii, 53 ss.

[14] El rito mozárabe.

[15] Entre 719 y 737.

[16] Alfonso VII.

[17] Entre el pontificado de Urbano y la llegada de los almohades.

[18] Hostegesis (854-864), contra el que el abad Sansón escribió su *Apologético*. Fue condenado en el Concilio de Córdoba de 850 por razones poco claras.

[19] Alrededor de 850, aproximadamente.

[20] En Sevilla.

[21] A Toledo, huyendo de los almohades.

las reliquias y los escritos de los Santos fueron trasladados desde la iglesia de Toledo hasta Asturias por el obispo Julián [22] y por el príncipe Pelayo, no puede mantenerse, puesto que Julián Pomerio fue el tercero [23] después de Ildefonso, y Sinderedo, en cuyo tiempo se produjo la caída de España, fue el cuarto después de Julián. Así, a Ildefonso le sucedió Quirico, a éste, Julián Pomerio, a éste, Sisberto, a éste, Félix, a éste, Gunderico, a éste, Sinderedo, en cuyo tiempo fue ocupada la ciudad por los árabes. Igualmente afirman algunos que el primado de España residió primero en la iglesia de Sevilla y que luego fue trasladado a la de Toledo, cosa que tampoco puede mantenerse. Pues en el XVI Concilio de Toledo, en el que el arzobispo de ésta Sisberto fue destituido a causa de su delito [24] por el capítulo general de todos los arzobispos, obispos y clero de las Españas y la Galia Gótica, se decidió que nada se debía tratar en el Concilio antes de *proveer de pastor a la sede principal* de la ciudad regia [25]. Y fue elegido y trasladado a la iglesia de Toledo como pontífice toledano Félix, arzobispo de Sevilla. Y en el mismo Concilio el arzobispo de Braga, Faustino, fue creado arzobispo de Sevilla, y Félix, obispo de Oporto, fue nombrado arzobispo de Braga [26]; y después trataron sin problemas acerca del funcionamiento de las iglesias. De donde queda claro que, si la iglesia de Sevilla hubiese sido de mayor rango, el obispo de ésta no habría sido trasladado a otra menor. Así pues, como a causa de las diversas versiones de los escritores se duda a veces de la verdad de la historia, ha de esmerarse la sagacidad del lector para descubrir en los escritos verdaderos lo que debe aceptar [27].

Cap. IIII

Sobre la muerte de Munuza, de los hijos de Witiza, del conde Julián y del rey Pelayo

Volvamos, pues, ahora al hilo de la narración. Una vez que el Señor doblegó a sus enemigos junto a la entrada de la cueva del príncipe Pelayo con su providencial intervención y en los roquedales del

[22] San Julián Pomerio.
[23] Con cómputo inclusivo.
[24] Por haber conspirado contra el rey Egica.
[25] Según las actas del Concilio no fue así, sino al término de éste.
[26] v. *Conc. Tol.* XVI, ix.
[27] Sin embargo, la *Primera Crónica General*, después de traducir todo esto, añade: *pero fallamos que Sant Esidro touo la primacia en Espanna et las uezes del apostoligo* (326 b 36-38).

Deva con el desprendimiento de tierras y con dardos, Munuza, que gobernaba en la ciudad costera de Gijón y en Asturias, intentó la huida, pero fue capturado y muerto por los ástures en una aldea que se llama Olalíes [28]. Aunque la ciudad de Gijón está deshabitada, al lugar se le llama comúnmente *Giion*, donde se encuentra el monasterio de San Salvador. Muza, irritado por el descalabro, sospechó que se debía a una maquinación de los hijos de Witiza y del conde Julián, y a un mismo tiempo los liberó de sus tratados, sus cabezas y su vida. Los godos que no habían tenido posibilidad de huir, al oír que la mano del Señor no había abandonado a los suyos, se marcharon junto al príncipe Pelayo a escondidas y con disimulo, y en su celo por la ley y su emulación por la justicia de los Macabeos prefirieron morir en defensa de la fe. Incluso con un primer ejército atacaron la ciudad de León, que estaba ocupada por los árabes en la bajada de Asturias, desplegando en ella los estandartes de su fe. En aquel tiempo Alfonso el Católico, hijo del duque Pedro de Cantabria, se trasladó a Asturias con la intención de hacer la guerra del Señor junto al príncipe Pelayo, quien le dio por esposa a su hija Ermesinda. Pelayo marchó a presencia del Señor, después de muchas gloriosas batallas, en Cangas, en el decimoctavo año de su reinado [29].

Cap. V

Sobre el reinado de Fávila y de Alfonso el Católico y la muerte de ellos

Fávila (737-739)

A la muerte de Pelayo comenzó a reinar su hijo Fávila en la era 770, y reinó durante dos años. Este, llevado por su insensatez, se dedicaba a la caza más de lo aconsejable, y cuando cierto día intentaba perseguir a un oso, pues había decidido hacer un combate singular con uno, fue muerto por éste de forma desgraciada. Nada hizo digno de mención, salvo que exornó admirablemente una iglesia de la Santa Cruz [30]. Tras éste empezó a reinar Alfonso, el yerno de Pelayo, en la era 772, y reinó durante diecinueve años. Fue apodado «el Católico» porque cumplió escrupulosamente los mandatos de la fe e incitó a otros a ello como guardián de aquélla, y por esto todos lo amaban y fue aceptado como rey por unanimidad. Fue hijo del duque Pedro de Cantabria y tuvo un hermano que se llamaba Fruela. A su vez el

Alfonso I (739-757)

---

[28] Desaparecida en la actualidad.

[29] Para todas las cuestiones familiares y de sucesión en el reino de Asturias, v. el apéndice IV.

[30] En Cangas.

duque Pedro era descendiente del gloriosísimo príncipe Recaredo. Alfonso, hostigando sin cesar a los árabes junto con su hermano Fruela, llevó a cabo numerosas batallas y devolvió al poder cristiano muchas ciudades ocupadas por aquéllos, fortificando unas y arrasando otras que no podía conservar por falta de combatientes. En Galicia conservó Lugo, Tuy y Astorga; en la bajada de Asturias, tras derrotar a un ejército árabe, ocupó León, la que luego fue llamada ciudad regia por ser residencia habitual de los reyes; conquistó también la Tierra de Campos, que limita con los ríos Esla, Carrión, Pisuerga y Duero; y en la zona de Castilla, Simancas, Dueñas, Saldaña, Amaya, Miranda, Cenicero, Alesanco, Trasmiera, Sopuerta y Carranza; y en Alava y Orduña, Vizcaya y Navarra, Ruconia y el valle de Salazar, hasta los Pirineos, reforzó muchos castillos con poblaciones cristianas, y a muchos que estaban prisioneros los devolvió a su patria y a los lugares que pudo fortificar. Los esclavos cristianos acudían a él desde las regiones limítrofes que ocupaban los árabes como al único refugio de la fe cristiana; y aunque la gracia divina le había honrado con tan grandes dones, sin perder la humildad se mostraba amable con todos y, devoto de Dios, se encargó, dentro de sus posibilidades, de que se crearan obispos por cuyo magisterio se reafirmaran en la fe católica los restos de la población cristiana. Además, en lo que permitía tan gran abandono, reparaba las iglesias y las dotaba con largueza de ornamentos, recogía los libros de las Sagradas Escrituras de todos los lugares que podía y mostraba a más no poder todas sus obras de amor hacia Dios, las iglesias y el prójimo. De Ermesinda, la hija del rey Pelayo, dejó dos hijos, Fruela y Vímara, y una hija, Odisinda, y un tercer hijo de una esclava, Mauregato. Falleció de muerte natural. En este trance se cuenta [31] que se oyeron en el cielo voces que cantaban: «He aquí de qué manera es llevado el *justo* y nadie lo tiene en cuenta; es arrancado *de la presencia* de la iniquidad y su recuerdo quedará en paz» [32]. Fue enterrado junto con su esposa Ermesinda en la iglesia de Santa María, en el término de Cangas.

Cap. VI

Sobre Fruela, sus obras y su muerte

Fruela I (757-768)

Tras su muerte le sucedió en el trono su hijo Fruela en la era 791, y reinó durante trece años. Este repobló Oviedo y levantó allí la igle-

[31] En la *Crón. Alf. III*, 15.

[32] Isaías, 57, 1.

sia catedral. Como desde los tiempos de Witiza se había extendido la desvergonzada aberración de que el clero tuviera esposas para su trato carnal [33], comprendiendo éste que la ira de Dios estaba a punto de estallar a causa de tanta repugnancia, *ordenó*, de acuerdo con las disposiciones de los cánones sagrados, que los ministros de la Iglesia, mantenida la castidad, no se echaran a perder bajo ningún concepto con matrimonios o amancebamientos; y aunque otras veces se había mostrado mezquino y cruel, el Señor guió su mano en esta decisión sobre el clero. Y como hostigara Omar, un general de Córdoba, los confines de Galicia, saliéndole Fruela al encuentro lo capturó tras derrotarlo y lo mató; y en esa batalla murieron 54 mil árabes [34]. También sojuzgó al pueblo de Galicia, que se había levantado contra su poder, saqueando sus tierras. Atacó a los navarros que también se habían levantado, y en prueba de amistad con ellos tomó por esposa a Monina, de sangre real navarra, y con su ayuda sometió a los vascones que eran hostiles a su dominio. Y de vuelta a Asturias tuvo un hijo de Monina llamado Alfonso [35]. Y como su hermano Vímara era *apuesto*, valiente y simpático y era querido por todos, Fruela lo mató con sus propias manos por temor a que le arrebatara el trono, y a su hijo Vermudo lo adoptó casi como reparación, y pese a todo no amainó la indignación de su pueblo contra él; por lo que también fue muerto por los suyos de forma parecida en Cangas y enterrado en Oviedo junto a su esposa Monina.

Cap. VII

Sobre Aurelio, Silón, Mauregato y Vermudo el Diácono

Tras su fallecimiento le sucedió en el trono su hermano [36] Aurelio en la era 804, y reinó durante seis años. En tiempos de éste se rebelaron los esclavos contra sus amos, pero fueron devueltos a su primitiva condición por la habilidad de aquél. Y durante su reinado su

Aurelio (768-774)

---

[33] v. III, xvi, 5 ss.

[34] Esta fue la batalla de Pontuvio.

[35] Aquí añade el ms. *A*: «llamado el Casto, y una hija, Jimena, madre de Bernardo, sobre el que luego trataré». En efecto, el hijo de Fruela es el futuro Alfonso II el Casto.

[36] Como acertadamente corrigen en el margen los mss. *A* y *D*, Aurelio no era hermano de Fruela I, sino su primo, ya que era hijo de Fruela, el hermano de Alfonso I que aparece en v 13 y 15.

hermano Silón casó con Odisinda, hermana del rey Fruela, hecho que luego le deparó el trono; y ⟨Aurelio⟩ falleció de muerte natural al empezar el séptimo año de su reinado. Tras la muerte de éste recibió

Silón (774-783)

Silón el trono en razón de Odisinda en la era 810, y reinó durante ocho años; y fue elevado a la dignidad real en Pravia [37]. Firmó un tratado de paz con los árabes y en el monte Cuberio venció y reintegró bajo su mando a los gallegos, que se habían levantado. Alfonso, el hijo de Fruela y de Monina, estaba al frente del palacio real por encargo de su tía Odisinda y llevaba los asuntos de Silón porque éste se había abandonado por completo al perder la esperanza de conseguir descendencia de Odisinda; y en el octavo año de su reinado marchó de este mundo y fue enterrado en la iglesia de San Juan Apóstol, que él mismo había construido. Muerto Silón en la era 818, todos los dignatarios de palacio junto con la reina Odisinda elevan al trono a Alfonso. Sin embargo Mauregato, su tío paterno que había nacido de una esclava, según dije más arriba [38], llevado por su soberbia se pasó a los árabes y, aliado con ellos, les pidió ayuda prometiéndoles que les obedecería con lealtad si le ayudaban a conseguir el reino de su sobrino; y como era locuaz, los convenció, y con el ejército que le dieron los árabes atacó el reino de su sobrino contando con la ayuda de algunos cristianos. Alfonso, temiendo su encuentro, se refugió en

Mauregato (783-789)

Alava y Navarra [39]. Para conservar la predisposición de los árabes Mauregato conculcó muchas veces la ley de Dios, pues entregaba a la lascivia de los árabes doncellas nobles, libres y plebeyas [40]. Por lo que, odioso a los ojos de Dios y de los hombres, cumplidos cinco años de reinado, murió y, como depravado, en Pravia [41] fue enterrado. Reinó cinco años, pero en la cronología se cuentan entre los años del rey

ermudo I (789-791)

Alfonso [42]. A su muerte es elegido rey Vermudo, el hijo del rey Fruela [43], y aunque era esforzado, sin embargo abandonó el trono por propia iniciativa al tener en cuenta que tiempo atrás había sido ordenado diácono; y ocupó el trono dos años e hizo volver a su sobrino Alfonso [44] que se había refugiado entre los navarros, y lo hizo su sucesor en el trono, y junto a él pasó otros cuatro años y seis meses de la más apacible existencia y falleció de muerte natural, siendo enterrado en Oviedo [45] junto con su esposa Inulón, de la que se había

---

[37] Es el primer traslado de la corte, desde Cangas.

[38] v. v, 42.

[39] De donde era su madre Monina; recuérdese vi, 14 ss.

[40] Este es el origen del legendario «tributo de las cien doncellas».

[41] Juego de palabras en latín: *prauus in Prauia.*

[42] Alfonso II.

[43] Fruela, el hermano de Alfonso I.

[44] Exactamente, sobrino segundo.

[45] Alfonso II hizo a esta ciudad el segundo traslado de la corte.

separado en vida en razón de su estado eclesiástico, dejando dos hijos pequeños que había tenido de ella, Ramiro y García.

Cap. VIII

Sobre Alfonso el Casto y sus piadosas obras

Alfonso II (791-842)

Y así Alfonso, llamado «el Casto», hijo del rey Fruela, hombre dotado de todas las virtudes y sobresaliente por su castidad y piedad, llevó una vida célibe alejado de cualquier contacto con mujer, por lo que mereció ser llamado Alfonso el Casto. Reinó cuarenta y un años. Al tercer año de su reinado irrumpió en Asturias un ejército árabe al mando de su general Mugay, pero la caballería de Alfonso cerró el paso a los árabes en un lugar que se llama Lodos y, entablado combate con el mismo general, dio muerte a setenta mil árabes [46], y rechazando a éstos en frecuentes combates aseguró la paz a su patria. Sin embargo, en el undécimo año de su reinado, expulsado de su reino por los suyos mediante un golpe de estado, se retiró al monasterio de Albelda [47]. Sacado de allí por Teudo y otros leales, fue repuesto en la jefatura del reino. Recordemos ahora las obras de su misericordia. Como brillara por sus muchas virtudes, construyó en Oviedo un palacio real hermoso y sólido. Fundó también la iglesia catedral y levantó el altar mayor en honor de San Salvador y los altares de los doce apóstoles con sus capillas, y decoró la iglesia de Santa María, junto a la basílica de San Tirso, con piedras preciosas y columnas de mármol, con plata y oro al igual que el palacio real, y dentro de sus posibilidades restauró el esplendor de los godos tanto en las iglesias como en los palacios, tal como en otro tiempo había brillado en Toledo. Y de la misma manera que tras la reconstrucción del templo por obra de Esdras y Neemías se alegraban los jóvenes que desconocían el esplendor del primitivo templo y lloraban los viejos que recordaban su grandiosidad [48], así también allí caían en el llanto y la tristeza los que habían contemplado el esplendor de Toledo, y los jóvenes desconocedores del pasado exaltaban con alabanzas las grandes obras del rey. Instaló también en el altar de San Miguel el arca de las reliquias que el rey Pelayo y Urbano, obispo de la ciudad regia, trasladaron a Asturias en tiempos de la perdición de España, a la que hoy acuden

---

[46] En el año 794.
[47] En la *Crón. Albeldense* es el monasterio de Ablaña, en Mieres.
[48] v. Esdras, 3, 11-13.

con devoción desde todos los lugares los cristianos alabando los dones de Dios que el Señor Jesucristo reparte allí entre sus fieles. Y se dice que en la misma iglesia se halla aquella gloriosísima túnica que la Santa Virgen entregó al glorioso obispo Ildefonso. Por otra parte, se dice que este arca de las reliquias fue construida en Jerusalén y que fue trasladada por mar a Sevilla en tiempos de la persecución del falsario Mahoma y desde allí llevada a Toledo, y que, finalmente, según se ha dicho [49], fue ubicada en Asturias junto con otras muchas reliquias de Santos en la época de la destrucción.

Cap. VIIII

Sobre los orífices angelicales, y Bernardo

En esto, estando el rey examinando personalmente unas piedras preciosas, pensó en hacer una cruz con oro y con estas piedras; y cuando iba de la iglesia al palacio le salieron al paso dos ángeles bajo la apariencia de peregrinos afirmando que eran orífices. El rey entonces, además de darles el oro y las piedras, les proporcionó una casa donde pudiesen trabajar con tranquilidad. Y habiéndose sentado a comer, envió unos propios a los orífices preguntándoles quiénes eran. Al llegar éstos, encontraron una cruz admirablemente terminada y que iluminaba con un brillo deslumbrador todos los rincones de la casa, hasta el punto de no poder soportar los ojos de los presentes tan gran resplandor. Al conocer esto el rey, salió a toda prisa y, comprobado tan gran resplandor, dando gracias al Salvador, luego de convocar al clero, al pueblo y al obispo, llevó la gloriosa cruz al altar del Salvador; y al relatarle esto a León III, que ocupaba la sede apostólica, obtuvo de él que en la iglesia de Oviedo fuera creado un arzobispo. Y como anduviera dedicado intensamente a estas obras y a la guerra, su hermana Jimena accedió a casarse en secreto con un noble, el conde Sancho, del que tuvo un hijo llamado Bernardo [50]. Cuando esto llegó a conocimiento del rey, encarceló y encadenó al conde Sancho en el castillo que se llama Luna, determinando que el final de su vida y de su prisión fuera el mismo. Por otro lado, a su hermana Jimena la destinó a la vida religiosa en un monasterio. A su vez, como él no tenía hijos, crió con cariño a Bernardo, quien, cuando llegó a la juventud,

---

[49] v. iii, 3-8.

[50] Aquí inicia el Toledano los pocos datos que ofrece de la leyenda de Bernardo del Carpio, que continuará en los cap. x, xv y xvi.

aventajaba a casi todos en estatura, apariencia, simpatía, inteligencia, prudencia e incluso en el ejercicio de las armas.

Cap. X

Sobre la embajada a Carlomagno y la victoria del rey Alfonso

Por su parte el rey, cansado por los largos años de reinado y por los trabajos, envió en secreto embajadores al emperador Carlos, que gobernaba sobre los italianos, teutones y galos, proponiéndole que, ya que carecía de hijos, le entregaría el reino si venía en su ayuda. El emperador Carlos se dedicaba entonces a la lucha contra los árabes, que tras ocupar las Españas habían atravesado el Pirineo y ocupado la Galia Gótica, Burdeos, Poitou, Tours y casi toda Aquitania. Pero Carlos los expulsaba a fuerza de combates de los lugares que ocupaban; incluso, a este lado del Pirineo, la parte de Celtiberia que se llama Cataluña la invadió como vencedor y la conservó como dueño. Y pese a estar ocupado en estos combates, prometió a los embajadores que iría en ayuda del rey Alfonso. Sin embargo, a la vuelta de los embajadores el asunto llegó a oídos de los magnates de Alfonso, quienes, llevándolo a mal, aconsejaron con insistencia al rey que retirara sus ofrecimientos; en caso contrario, lo apartarían del trono y no respetarían en absoluto los acuerdos que tenían con él y se buscarían otro rey, pues preferían morir libres a vivir al servicio de los francos; y el que más insistía era Bernardo[51], que ya daba buenas muestras de lo que se esperaba de él. Entonces el rey, aunque confuso por las amenazas, no sólo se avino a esta opinión, sino que con una nueva embajada ante Carlos retiró lo que había prometido. A su vez éste, fuera de sí y maldiciendo la palabra no cumplida, comenzó a amenazar ferozmente al rey Alfonso y, aplazada la lucha contra los árabes, condujo a sus fuerzas contra lo que quedaba de hispanos. Cuando llegó a las montañas de España, donde vivían unos pocos que habían escapado a la matanza, doliéndose a voz en grito desde el fondo de su corazón, mezclaron el llanto con ofrendas al Señor como si no les quedara posibilidad de seguir viviendo, pues habiendo cumplido ya la condena del cielo por medio de las armas de los árabes, se veían de nuevo abocados a una segunda muerte, que les angustiaba tanto más cuanto que el temor les venía de quienes debían esperar solidaridad y con quienes estaban unidos por el lazo del cristianismo. Cuando esta noticia se conoció en Asturias, Alava, Vizcaya, Navarra, Ruco-

---

[51] Bernardo del Carpio, como también más abajo, en la línea 51.

nia y Aragón, todos con la misma decisión e igual afán prefirieron morir antes que ser esclavos, y cerrando filas en torno al rey Alfonso marcharon contra Carlos. Este, para contrarrestarlos, apostó por su parte al ejército al pie de los Pirineos, en un valle que aún hoy se llama *Hospita Vallis*. Y avanzando desde allí por un valle que se llama Valcarlos y es más llano, para que lo abrupto del Pirineo no fuera obstáculo para quienes subían, llegaron hasta la cima del monte en una larga columna. En la vanguardia marchaban Roldán, gobernador de Bretaña, el conde Anselmo y Egiardo, que era el mayordomo de Carlos. Saliéndoles al encuentro el rey Alfonso con la gente ya reseñada, los venció por la fuerza de las armas, o mejor, por la del Señor; y una vez aniquilados éstos, muchos de los que avanzaban en la larga columna murieron por el ataque y el empuje cuando Carlos aún marchaba por Valcarlos. Al descubrir el descalabro de las primeras tropas, desconcertado, hizo sonar la corneta que llevaba, acompañándole el desastre, el miedo, la huida y el peligro; y algunos que tenían esa misma compaña y andaban perdidos por el descalabro de las primeras tropas, al oír la corneta huyeron medio muertos hacia él y hacia los que custodiaban la retaguardia en previsión de Bernardo, del que se contaba que venía por la parte de Somport y Soule con un ejército de árabes dispuesto a atacarlos por detrás; a su vez, siempre estuvo junto a Alfonso en el aniquilamiento de las primeras tropas. Carlos por su parte, abatido por la impotencia y el desconcierto, llorando la pérdida de tantos de los suyos y rechazando el consuelo de las derrotas que había infligido a los árabes, regresó a Germania con la intención de volver a atacar España una vez recompuesto su ejército. Pero abandonándose al placer de unas aguas termales, dejando de un día para otro el asunto del ejército, murió en Aquisgrán y fue enterrado en un magnífico panteón que estaba grabado en derredor con las inscripciones de sus primeras victorias, quedando vacía la parte en la que, tras proclamar la venganza de Valcarlos, resultó sin gloria y sin venganza. Algunos, tomando en consideración las leyendas de los juglares, afirman que Carlos conquistó en España muchas ciudades, castillos y baluartes, que había llevado a cabo con éxito muchos combates con los árabes y que había trazado una calzada pública [52] directa desde la Galia y Germania hasta Santiago. Cosa que ciertamente es segura en lo que se refiere a la zona de Cataluña, es decir, a los términos de Barcelona, Gerona, Vich y Urgel, que el rey de los francos afirma que, junto con la Galia Gótica, le pertenecen desde aquella conquista que relaté más arriba. Pero el conde de Barcelona sostiene que él, por un acuerdo, está libre y exento de vasallaje para con aquél.

[52] Es decir, conocida: v. xi, 54.

Cap. XI

Sobre las ciudades de España, por quién fueron conquistadas

Pero, puesto que se sabe que Carlos fue contemporáneo del rey Casto, no acierto a descubrir qué ciudades, castillos o baluartes pudo conquistar en España. Pues la metrópolis de Tarragona permaneció largo tiempo destruida en época de Bernardo [53], primado de Toledo, según consta en el registro del Papa Urbano II; este último animó con sus cartas al mismo Bernardo a que reconstruyese la ciudad y la iglesia. También se sabe que tras la reconquista de la ciudad regia de Toledo el conde de Barcelona conquistó Lérida, Tortosa y Fraga. Tizón [54], un noble de Aragón, conquistó Monzón, y el castillo, tras serle arrebatado a traición, llegó a poder del conde de Barcelona por rendición. Se sabe que Huesca fue conquistada por el rey Pedro de Aragón [55]. El rey Alfonso de Aragón [56] conquistó Zaragoza, Tarazona, Calatayud y Daroca con sus términos colindantes, contando con la ayuda de Rotrou, conde del Perche —en cuyo poder cayó Tudela además de otros castillos que entregó junto con su hija Margelina a García Ramírez, rey de Navarra [57]—, y de Gastón, vizconde de Bearn —que también se hizo con diversos castillos y posesiones en Aragón. El mismo rey, que tenía por esposa a Urraca, la hija del rey Alfonso, el conquistador de Toledo [58], repobló Soria, Almazán, Valeránica, que ahora se llama Berlanga, y Belorado [59]. Pero en los confines del reino de Castilla Alfonso, el conquistador de Toledo, conquistó también Talavera, Maqueda, Santa Olalla y Alfamín; repobló Escalona; conquistó Madrid, Canales y Olmos [60], Talamanca, Uceda, Guadalajara, Hita y Almoguera; repobló Buitrago. Durante su reinado Bernardo, que a la sazón era el primado, conquistó Alcalá [61]. El mismo rey Alfonso repobló también Segovia, Avila, Salamanca con todos los pueblos y villas de sus diócesis, que habían permanecido siempre abandonadas desde el tiempo de la destrucción de los árabes. Por obra de él y de los suyos

[53] Bernardo de Cluny (1086-1124), primer arzobispo de Toledo tras la conquista de ésta por Alfonso VI.
[54] Podría tratarse de un antepasado lejano del Toledano, pero Monzón fue conquistada el 24 de junio de 1089, quedando bajo el mando de Jimeno Garcés e Iñigo Sanz.
[55] Pedro I de Aragón (1094-1104); v. VI, i.
[56] Alfonso I de Aragón (1104-1134).
[57] García Ramírez (1134-1150); v. V, xxiiii, 21 ss.
[58] Alfonso VI (1072-1109).
[59] v. VII, i, 9-10.
[60] ¿El Alamo, cerca de Navalcarnero, Madrid?
[61] v. VI, xxviii.

se añadieron a sus victorias Medina, que ahora se llama Celi y antes Segoncia, y Atienza, Riba y Andaluz. Osma, San Esteban y Gormaz llegaron a dominio cristiano en tiempos de los condes de Castilla [62]. El emperador [63] conquistó Huete, Oreja y Coria. Su hijo Sancho [64] puso bajo su control Uclés. Alfonso el Noble [65] agregó a la fe cristiana Cuenca, Alarcón, Moya, Plasencia, Béjar, Alarcos, Calatrava y Caracuel, perdidas tiempo atrás. El rey Fernando [66], padre del rey Alfonso el conquistador de Toledo, conquistó Coimbra [67]. Alfonso [68], el primero que tuvo el nombre de rey en Portugal, conquistó Lisboa, Santarém, Evora y Sintra [69]. De los demás enclaves de estas diócesis, algunos los repobló él mismo y otros su hijo el rey Sancho [70]. De los que han sido conquistados en nuestros días hablaré en su momento, si Dios lo quiere. Así pues, como todas éstas se fueron añadiendo al poder cristiano en los últimos doscientos años, no alcanzo a ver lo que Carlos pudo conquistar en las Españas si desde su muerte han transcurrido casi cuatrocientos años [71]. Así pues, es preciso asentir más a la evidencia de los hechos que prestar atención a los relatos legendarios. Pues, ya fuera por los cristianos o los sarracenos, él o su ejército fue derrotado, se retiró por donde había venido con la muerte y la angustia como compaña, y no pudo abrir el camino de Santiago en su avance porque le fue imposible pasar más allá de Roncesvalles. Pero como mucho después la gloria del apóstol Santiago, difundida por obra de sus milagros, llamara la atención de los arrepentidos, una vez que desapareció la amenaza de los ataques de los sarracenos sobre la ruta, los senderos secretos se fundieron en un camino público, a través del cual son visitados los umbrales del santo apóstol desde casi todos los confines del cristianismo. A no ser que realizara alguna hazaña durante el tiempo en que residía con el rey Galafro en Toledo [72]. Pues se cuenta que en su juventud fue expulsado de las Galias por el rey Pipino porque rechazaba la justicia de su padre. Y para afrentarlo se marchó a Toledo lleno de indignación; y al surgir desave-

---

62 v. V, ii, 33.
63 Alfonso VII (1126-1157).
64 Sancho III de Castilla (1157-1158).
65 Alfonso VIII (1158-1214).
66 Fernando I de Castilla (1037-1065).
67 v. VI, xi, 27 ss.
68 Alfonso I de Portugal (1138-1185).
69 v. VII, vi, 11-12.
70 Sancho I de Portugal (1185-1211).
71 Carlomagno murió en 814. Esto querría decir que el Toledano está escribiendo antes de 1214, lo que parece demasiado arriesgado. Hay que pensar más bien en un error de cronología.
72 Aquí introduce el Toledano una breve referencia a la leyenda de Mainete.

nencias entre los reyes Galafro de Toledo y Marsil de Zaragoza, luchando en el bando del rey de Toledo libró algunas batallas, tras las cuales, sabida la muerte de su padre Pipino, volvió a las Galias llevando consigo a Galiena, hija del rey Galafro, de la que se cuenta que casó con él tras convertirse a la fe de Cristo. Incluso dice la leyenda que construyó para ella unos palacios en Burdeos.

Cap. XII

Sobre las victorias de Alfonso y su muerte

Volvamos ahora al relato de los hechos del rey Alfonso, de los que nos hemos alejado. En el año trigésimo de su reinado penetraron en Galicia dos ejércitos árabes; el jefe de uno se llamaba Abolabez, el del otro, Melhy; y si penetraron con arrojo, con mucho más arrojo fueron rechazados; el primero sucumbió en un lugar que se llama Narón, el segundo, en el río Anceo. Más adelante, en el trigesimoséptimo año de su reinado, como el prestigio de su nombre sedujese a cristianos y árabes, un vecino de Mérida llamado Mahamut, familiar del rey Abderramán de Córdoba[73] contra quien se había alzado, temiendo la ira de éste se encomendó a la generosidad de Alfonso con muchos árabes que le seguían; y, acogido con generosidad, permaneció durante siete años en Galicia; y al octavo año de su llegada, formada una partida de árabes, causaba daños a los habitantes de Galicia, y no habiéndose olvidado de su anterior traición, fijó un objetivo mayor para sus banderías. Pues intentó levantarse en armas en un castillo que se llama Santa Cristina para escarnio de su generoso señor y aniquilación de su hospitalaria tierra. Al enterarse el rey, puso en marcha a su ejército y rodeó el castillo con muchos miles de soldados. Y como el citado traidor se arriesgase a luchar contra el rey, es vencido y se le corta la cabeza que es inmediatamente presentada al rey, y el castillo es conquistado y devuelto a su poder, y murieron unos cincuenta mil de los árabes que habían llegado la primera vez junto con él y de los otros que se le habían unido posteriormente. Por su parte el rey

[73] Mahamut fue uno de los jefes de la rebelión de Mérida que aplastó Abderramán II en 833. Ningún historiador o crónica árabe ni cristiana menciona este supuesto parentesco (o relación estrecha, pues también podría ser «de la casa de...») entre los dos personajes: *de familia Abderramen*, dice la nuestra. Me inclino a pensar que Jiménez de Rada, al igual que algún historiador reciente, no acierta a comprender el *natione mollitis*, «muladí de origen», de la *Crón. Alf. III*.

Alfonso volvió victorioso a Oviedo. Aunque se dice que reinó cincuenta y dos años, sin embargo compartió el trono con Silón durante cuatro, y cinco los pasó exiliado en tiempos de Mauregato, y durante dos colaboró con Vermudo en las tareas de gobierno, de modo que en solitario reinó cuarenta y un años, en los que, aunque tenía esposa, se mantuvo siempre alejado de todo contacto con ella, gobernando el timón de su reino con castidad, austeridad, pureza y cariño, querido por Dios y los hombres. En Oviedo, y de muerte natural, entregó a los cielos su espíritu inmaculado. Su cuerpo, trasladado con el mayor respeto a la iglesia de Santa María, que él había construido, es enterrado en un sepulcro de piedra.

Cap. XIII

Sobre el descalabro de los normandos y las victorias de Ramiro

amiro I 42-850)

Tras la muerte de éste es elevado al trono real Ramiro, hijo del rey y diácono Vermudo, en la era 859, cuando aún el rey Alfonso vivía sus últimas horas y había dispuesto personalmente esa sucesión, y reinó durante seis años. Pero como se demoró durante un tiempo para casarse en Bardulia, que ahora se llama Castilla, Nepociano, un conde de palacio[74], intentó hacerse con el trono mediante una conjura. Al tener Ramiro conocimiento de esto, vuelve a toda prisa y reunió un ejército en una ciudad de Galicia que se llama Lugo, y penetró en Asturias en son de guerra porque los ástures eran partidarios de Nepociano. Este por su parte salió al paso de Ramiro con un contingente de ástures y váscones en un puente del río que se llama Narcea. Y abandonado al punto por los suyos, intenta huir durante el combate, y en su fuga es capturado en Primorias por los condes Somna y Escipión; y de esta forma Ramiro puso paz en el reino. Este a su vez ordenó encerrar a Nepociano en un monasterio para que allí, ciego y en estado religioso, aguardase el fin de sus días. En tiempos de Ramiro un pueblo pagano y de lo más cruel, los normandos, arribaron al Faro de Galicia[75] con muchas naves y trirremes. Cuando Ramiro se enteró, formó un ejército de condes y magnates y les presentó batalla en el citado Faro de Galicia; y con la ayuda del Señor fueron vencidos los normandos, aunque eran gente dura, y les fueron quemadas setenta naves y muerta una gran multitud de ellos[76]; los que habían

[74] Era, además, cuñado de Alfonso II.
[75] El Faro de Brigancio, en La Coruña.
[76] En el año 844.

sobrevivido huyeron por mar no sin abandonar un gran botín en manos de sus vencedores. En su huida llegaron a Sevilla y robaron y mataron a muchos, hasta el punto de que asaltaron la misma Sevilla, y al cabo de un año volvieron a su tierra. Mientras esto sucede, Ramiro está acuciado por luchas internas, pues un conde de palacio, Alderedo, y un prócer de palacio, Piniolo, junto con sus siete hijos, dieron rienda suelta a su petulancia alzándose contra el rey. Pero Ramiro, atajando su intento, arrancó los ojos a Alderedo y mató a Piniolo y a sus siete hijos. Tras estos hechos, el rey Ramiro, que no quería permanecer inactivo en el servicio de Dios, atacó los dominios de los árabes e incendió todo lo que encontró a su paso, tanto poblados como sembrados, incluida Nájera. Entonces los sarracenos le salieron al paso con infinitas tropas. Por su parte el ejército del rey Ramiro, al divisar a las tropas, se replegó a un lugar fortificado que se llama Clavijo. Y como Ramiro anduviera indeciso por la noche acerca del combate, se le apareció Santiago animándole a que, seguro de su victoria, entablara combate con los árabes al día siguiente. Con la primera luz del día comunicó su visión a los obispos y magnates, quienes, dando gracias por la visión, se aprestaron en común para la lucha confortados por la promesa del apóstol. Pero también desde el otro bando salieron al combate los sarracenos confiados en su superioridad numérica. Iniciada de esta forma la batalla por una y otra parte, los sarracenos, sacudidos por el desconcierto, dieron la espalda a las espadas de los cristianos, de modo que perecieron casi setenta mil de ellos. Se cuenta que en esta batalla apareció Santiago sobre un caballo blanco haciendo tremolar un estandarte blanco. Entonces el rey Ramiro se apoderó de Albelda, Clavijo, Calahorra y otros muchos lugares que agregó a su reino. Desde aquel día, según se cuenta, se utilizó esta invocación: «*¡Dios, ayuda, y Santiago!*» También entonces ofrendaron a Santiago exvotos y regalos, y en algunos lugares todavía los ofrecen sin estar acuciados por la desgracia o la pobreza, sino por espontánea devoción. Junto al rey estaba presente su hermano García, que era un niñito cuando murió el padre de ambos, Vermudo el Diácono, y a quien criaba el rey Ramiro con tanto cariño que lo amaba como a sí mismo y lo hizo copartícipe de su trono. Por su parte la esposa de Ramiro, la reina Urraca, oriunda de Castilla, llevada por su gran piedad exornó con muchas donaciones las iglesias de Santiago y San Salvador. También el rey Ramiro construyó una iglesia abovedada en honor de Santa María en una ladera del monte Naranco, a dos millas de Oviedo. En el sexto año de su reinado falleció de muerte natural, siendo enterrado en Oviedo con todos los honores.

Cap. XIIII

Sobre el rey Ordoño y sus grandes acciones

Ordoño I (850-866)

A la muerte de Ramiro le sucedió en el trono su hijo Ordoño en la era 865, y reinó diez años. De carácter tranquilo y discreto, casó con Momadomna [77], de la que tuvo cinco hijos: Alfonso, Vermudo, Nuño, Odoario y Fruela, que fue llamado Aragonto. Reconstruyó, dotándolas de habitantes, las ciudades abandonadas que había destruido en sus correrías Alfonso el Mayor [78] tras expulsar a los árabes, a saber: Tuy, Astorga, León, Amaya y Patricia [79]. Resultó triunfador en frecuentes luchas con los árabes. En el primer año de su reinado reunió un ejército contra los váscones, que se habían levantado, y por la fuerza de las armas los sometió a ellos y a su patria bajo su poder. Mientras regresaba victorioso a su tierra, tuvo conocimiento de que un ejército de árabes venía contra él, y sin dudarlo se apresuró a combatir con todo el potencial de su ejército; y vencedor sobre los árabes, muertos en el combate una gran cantidad de ellos, huyeron los demás, y el rey Ordoño volvió cargado de gloria, botín y prisioneros. Entretanto un príncipe sarraceno, godo de nacimiento pero emponzoñado por los ritos mahometanos, sintiéndose engañado junto con toda su gente, a la que los árabes llaman *Benkazim* [80], se levantó contra el rey de Córdoba [81] y le arrebató muchas ciudades, unas en combate y otras mediante engaños: Zaragoza, Huesca, Tudela y Toledo, al frente de la cual había puesto a su hijo Lupo. A continuación volvió sus huestes contra los francos de Cataluña y de la Galia Gótica, saqueando y matando por donde pasaba, y venció con armas y artimañas a dos duques de los francos, Sancho y Pulión, y los encadenó y encarceló. Muza por un lado y su hijo Lupo por otro capturaron en combate a dos reyezuelos sarracenos, Imbemkamza y Alporç, y al hijo de éste, Azeth. Entonces el rey Carlos de Francia [82], no aquel Magno que ya había muerto, comprendiendo que sin enormes dispendios y peli-

---

[77] O Doña Moma.

[78] Alfonso I; v. v, 19 ss.

[79] El Toledano hace una ciudad de lo que es un calificativo, patricia (*esto es padrona et exienplo de las otras pueblas, Crón. Gen.* 733 b 9), al seguir literalmente a la *Crón. Najerense*. También la hace una ciudad la *Crón. Gen.* (364 a 20-21). Pero comp. con III, xxiiii, 27. Puede consultarse L. A. García Moreno, «Estudios sobre la organización administrativa del reino visigodo de Toledo», *Anuario de Historia del Derecho Español*, XLIV (1974), págs. 141-143.

[80] Son los famosos Benicasi o Banū Qasi', descendientes de visigodos. Del que aquí se trata es de Muza II, que falleció en 862.

[81] Muhammad I (852-886).

[82] Carlos el Calvo (840-877).

gros no le podía hacer frente, decidió apaciguar a Muza con regalos, y, aceptados éstos, cesó en sus hostilidades. Entonces Muza, ensoberbecido por el éxito de tantas victorias, ordenó a los suyos que le llamaran «tercer rey de España» [83]. Luego, no contento con su última vanidad, se aprestó contra el rey Ordoño tras formar una poderosa fuerza. Pero el rey Ordoño, para detener las locuras de Muza, marchó a Albelda, que el mismo Muza, luego de arrebatársela hacía poco a los cristianos, había reconstruido y asegurado en ella una fortaleza con murallas y torreones. Al llegar a ella el rey Ordoño, la bloqueó con su asedio. Cuando Muza se enteró, se apresuró a socorrerla con su poderosa fuerza y, al llegar al monte que se llama Laturce, acampó en espera de acontecimientos. Al conocer Ordoño la llegada de Muza, dejó la mitad de su ejército en el asedio y con el resto avanzó valientemente contra Muza y, comenzado el combate, venció a Muza y a su ejército dando muerte a más de diez mil soldados, sin contar los civiles muertos, que sobrepasaban este número [84]. Muza, herido tres veces, escapó medio muerto a duras penas y con su derrota perdió el aparejo de todo su ejército y los regalos que con tanta gloria había recibido de Carlos, que pasaron a manos del rey Ordoño y de su ejército. Y de esta forma, victorioso y enaltecido, volvió junto a los que había dejado en el asedio, y a los siete días de su regreso conquistó al asalto la fortaleza; una vez ejecutados todos los que la ocupaban y arrasada la ciudad hasta los cimientos, regresó triunfalmente a su tierra. Por su parte Lupo, el hijo de Muza que ocupaba el gobierno de Toledo, al conocer lo que le había sucedido a su padre, se sometió al rey Ordoño con todo lo que tenía, y mientras vivió le prestó sumisión y luchó muchas veces contra los árabes en ayuda del rey Ordoño, a quien se había entregado. Este por su parte atacó con grandes medios Coria y a su rey Zeyt y Salamanca [85] y a su rey Muzerez y, tras dar muerte a un gran número, dispuso que fueran vendidos los sobrevivientes junto con sus esposas e hijos. Por la misma época arribaron a las costas de España piratas normandos y saquearon los pueblos del litoral destruyendo a los hombres con las armas y a las tierras con el fuego. Navegando seguidamente hasta Mauritania, al otro lado del mar, atacaron Nekur [86], una ciudad de esta provincia, matando a gran número de sarracenos. A continuación asolaron las islas Baleares: Mallorca, Menorca, Ibiza y Formentera. A continuación llegaron a Grecia y, luego de hacer algunas correrías, regresaron también por mar a su tierra. Por su parte el ya nombrado rey Ordoño, cumplido

[83] Los otros dos eran el de Córdoba y el de Oviedo.
[84] En el año 860.
[85] En la *Crón. Alf. III* es Talamanca (del Jarama, Madrid).
[86] O Anakor, cerca de Alhucemas, Marruecos.

el décimo año de su reinado —algunos dicen que el decimosexto—, enfermo de gota, fallece en Oviedo siendo enterrado en la iglesia de Santa María al lado de los anteriores reyes.

Cap. XV

Sobre Alfonso el Magno y sus gloriosos combates

Alfonso III (866-910)

Tras la muerte de Ordoño reinó su hijo Alfonso —tenía catorce años cuando comenzó a reinar en la era 875—, y reinó 46 años. Este estaba lejos de palacio en el momento de la muerte de su padre, pero al conocerla acudió rápidamente a Oviedo, donde, acogido gozosamente por todos, se hizo cargo del trono. Y aunque empezó a tratar los asuntos del reino con general aprobación, Fruela Vermúdez, partiendo desde las tierras de Galicia con un gran ejército, intentó hacerse con el trono. Y como el rey Alfonso se retiró inesperadamente a Alava [87] para hacer frente a la rebelión de Fruela con la leva de un ejército más numeroso, entretanto el citado Fruela, que se comportaba más como tirano que como rey, es muerto en Oviedo por el senado [88]. Su muerte es acogida con tanta alegría como merecida era. Cuando Alfonso lo supo, se trasladó rápidamente de Alava a Asturias, y al punto, siempre atento a lo práctico, repobló Sublancio [89] y Cea y las fortificó con murallas y torreones. Un conde de Alava, Eilón, provocó arteramente la animosidad de los suyos contra el rey, planeando rebelarse; pero mientras el rey se apresuraba a reprimir la revuelta tras formar una fuerza, los alaveses, aterrorizados por la llegada de éste, se entregaron prometiéndole que en adelante le guardarían sumisión y lealtad. Y sometida así Alava a su poder, envió al conde Eilón encadenado a Oviedo. Por los mismos días un ejército árabe con sus generales Ymundar [90] y Alchanater atacó León; al enterarse Alfonso de su llegada, los obligó a huir por la fuerza de las armas. Tras esto, dejado de lado todo lo demás, deseando redoblar la ruina de los árabes y ampliar las fronteras de la fe, se granjeó la amistad de los galos y los navarros, y casó con Amelina, de la familia real de los francos, que después cambió su nombre por el de Jimena, de la que tuvo cua-

[87] Que formaba parte de Castilla.

[88] Reminiscencia visigoda. Recuérdese la subida al trono del rey Rodrigo (n. 88 del lib. III). Aquí se trata de los que rodeaban al rey, que eran los mismos que lo habían alzado.

[89] O Sollanzo; v. J. L. Moralejo, *op. cit.*, pág. 251, n. 268.

[90] Puede ser Al-Mundir, el sucesor de Muhammad I (886-888). El año es 868.

tro hijos: García, Ordoño, Fruela y Gonzalo, que fue arcediano de la iglesia de Oviedo. Este rey Alfonso fue hombre amante de las guerras, la piedad, la religión y la justicia; deseando dedicar su tiempo a las guerras del Señor, con la ayuda de los galos de Gotia y de los pueblos de los váscones y de los navarros hostigó las tierras que detentaban los árabes con el hambre, el fuego, la muerte y las correrías; se apoderó de Lences incendiando sus torreones y matando a sus habitantes. Entre otras muestras de su piedad y devoción, repartió entre las iglesias y los pobres los tesoros que le había dejado su padre, reconstruyó con piedra tallada y columnas de mármol la iglesia de Santiago [91], que era de argamasa, y otras muchas iglesias y palacios en la diócesis de Oviedo y baluartes, fortalezas y castillos por todos los confines de su reino. Por otra parte, sucedió que un incontable número de árabes llegó desde el reino de Toledo con la intención de destruir el suyo, pero, desconcertados por el ataque del rey Alfonso, no sólo renunciaron a su propósito, sino que además perdieron lo que traían, y muertos en la batalla un número incalculable, también murieron los que habían huido. Conseguida la victoria en las orillas del Duero, el rey regresó colmado de gloria y de honor, y en estas luchas le prestó una gran ayuda Bernardo [92], caballero de enorme valía. Pero como el padre de éste se encontraba aún encarcelado a pesar de estar ciego y enfermo [93], Bernardo construyó en tierras de Salamanca un castillo que llamó del Carpio, y desde allí, aliado con los árabes, comenzó a hostigar las fronteras del reino. A consecuencia de esto también los árabes empezaron a asolar con un gran ejército León, Astorga y sus alrededores. Pero el rey Alfonso, ganándose a Bernardo mediante la excarcelación de su padre, formó un ejército contra los árabes. Estos, que se encontraban muy seguros de su superioridad numérica, dividieron en dos sus fuerzas: una parte la enviaron hacia Polvorosa y con la otra salieron al encuentro del ejército del rey. Pero Bernardo, con una parte del ejército, atajó en Valdemora a las fuerzas que venían contra el ejército del rey y las destruyó estrepitosamente. Por su parte el rey, saliendo al encuentro de los que marchaban hacia Polvorosa, a orillas del Orbigo los derrotó como superior, los mató como triunfador, los aniquiló como dueño y señor, y sin contar a los que perdieron la vida durante la huida, quedaron en el campo de batalla unos doce mil muertos, de forma que de una y otra parte del ejército no escaparon sino diez que, cubiertos de sangre, pasaron desapercibidos [94].

---

91 Santiago de Compostela.
92 Retoma aquí la leyenda de Bernardo del Carpio.
93 v. viiii, 18 ss.
94 La batalla de Polvorosa, otra vez contra Al-Mundir, se celebró en el año 878.

Cap. XVI

De nuevo sobre los combates y las piadosas acciones de Alfonso

Tras estos hechos, un renovado ejército de árabes sitió Zamora. Cuando el rey se enteró, penetró inopinadamente en la ciudad con las fuerzas de las que en ese momento pudo disponer, ordenando a todos los suyos que acudieran cuanto antes en su ayuda; y con un ejército formado por obra y gracia de Bernardo aniquiló a los árabes, resultando muerto a espada su profeta Alkama [95]. Con estas derrotas los árabes se vieron obligados a firmar con el rey un tratado de paz. Algunos afirman que la batalla de Roncesvalles tuvo lugar en tiempos de este Alfonso, y no contra Carlomagno, sino contra el llamado Carlos Martel, contra quien aseguran que ocurrió. Pero como fueron tres los Carlos que se sucedieron, a saber, Carlomagno, Carlos el Calvo y Carlos Martel, por la razón ya explicada anteriormente, porque se halla en escritos ciertos y porque la tradición de los francos y de los hispanos lo atestigua al unísono, afirmo que sucedió en tiempos de Carlomagno; pero si alguien probara lo contrario, me comprometo a rectificar en esta pequeña recopilación. Por esta época, según se cuenta, Fruela, el hermano del rey, que con sus hermanos pretendía asesinarlo, se refugió en Bardulia al descubrirse la conjura; pero su hermano el rey lo capturó tras perseguirlo, y por esta razón arrancó los ojos a sus hermanos Vermudo, Nuño, Odoario y Fruela. Sin embargo, Vermudo huyó a escondidas a Astorga y durante siete años anduvo alzado; incluso formó un ejército con los de allí y asedió Grajal, pero, derrotado su ejército por el rey Alfonso, Vermudo, ciego, corrió a refugiarse entre los árabes. Entonces el rey tomó venganza de Ventosa y Astorga porque habían acogido a Vermudo. También retuvo Coimbra bajo su mando, después de librarla del asedio a que la tenían sometida los sarracenos. También entonces empezaron a ser habitadas por cristianos las ciudades de Oporto, Viseo y Chaves. También en la zona de Portugal repobló algunas hasta el límite del río Tajo. Un general y procónsul de los árabes llamado Aboali [96], cap-

---

95 El Alkama de las crónicas cristianas se llamaba en realidad Ahmed-ben-Moawia, y tenía entre los árabes el sobrenombre de Abenalkití, y descendía de Hixem I. Era un iluminado que, en su pretensión por hacerse con el trono de Córdoba, soliviantó a varias gentes a las que se presentaba como profeta, animándolas a aniquilar a los cristianos. La batalla que aquí se narra, conocida como «el día de Zamora», se dio en julio de 901.

96 Es el general Abu Halid Haxim, primer ministro de Muhammad I, entregado a Alfonso III por el rebelde Ibn Marwān, que lo había apresado en Caracuel.

turado en combate, fue llevado a presencia del rey; y se le permitió marchar libre e indemne tras haber entregado a cambio cien mil áureos. El mismo rey también repobló Simancas, Dueñas y otras villas en Tierra de Campos. A continuación el rey, asolando la zona de Toledo, destruyendo algunas fortificaciones, muertos sus habitantes, recibido dinero de los sarracenos, les concedió una tregua de tres años. Al regresar a su tierra descubrió que un tal Adanio, que era de la corte, estaba conspirando para asesinarlo, y al punto hizo que lo despedazaran. También levantó, sin reparar en gastos, las iglesias de Santiago y de los Santos Facundo y Primitivo [97], que los árabes destruyeron posteriormente. Fortificó el castillo de Gozón en la costa de Asturias para mayor seguridad de su patria; repobló dignamente la ciudad de Zamora, de la que se cuenta que recibió su nombre por el siguiente hecho: cuando el rey en persona subía a un promontorio para contemplarla, se dice que uno de la escolta que lo precedía con una jabalina encontró una vaca negra, y queriendo apartarla con una voz de las que usan los campesinos, se cuenta que dijo: «Ca, mora», pues los pastores hispanos llaman «moras» a las vacas de este color; por lo que el rey dio a la ciudad el nombre Zamora [98]. Y como el rey estaba satisfecho con tantos éxitos, envió al Papa Juan [99] a dos presbíteros, Severo y Desiderio, con una carta suya, quienes, acompañados a su vuelta por Reinaldo, un mensajero del mismo Papa, trajeron una carta que decía así:

Cap. XVII

Carta del Papa Juan al rey Alfonso

«El obispo Juan, siervo de los siervos de Dios, al muy cristiano rey Alfonso y a todos los venerables obispos, abades y cristianos ortodoxos: Puesto que por la sempiterna providencia Nos somos el sucesor de San Pedro, príncipe de los apóstoles, en el gobierno de toda la Cristiandad, estamos obligados por la misma exhortación que Nuestro Señor Jesucristo hizo al Santo Apóstol Pedro cuando le dijo: *"Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi iglesia y a ti te daré las llaves del reino de los cielos"* [100], etcétera. También a él le dijo, cuando

[97] El monasterio de Sahagún.
[98] En latín, *ce mora* y *Zemora*.
[99] Juan VIII (872-882).
[100] Mateo, 16, 18-19.

se acercaba el trance de la gloriosa pasión de Nuestro Señor: "*He rogado por ti para que no desfallezca tu fe, y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos*"[101]. Y precisamente porque el conocimiento de vuestras nuevas nos ha llegado con enorme clamor de santidad por medio de estos hermanos que han visitado el umbral de los apóstoles, los presbíteros Severo y Desiderio, os hago una paternal exhortación para que perseveréis en las buenas obras que habéis iniciado teniendo por guía a la gracia, para que os alcance con creces la bendición de vuestro protector el Santo Pedro y la nuestra, y cuantas veces, carísimo hijo, quiera venir cualquiera de los vuestros o comunicarse desde los últimos confines de Galicia, donde el Señor os puso junto a Nos como gobernante, lo acogeremos como si fuera hijo nuestro con toda la alegría del corazón y el gozo del espíritu, y os ordenamos que todos os sometáis a la iglesia de Oviedo, a la que hacemos metropolitana por acuerdo vuestro y reiterada petición[102], y concedemos así mismo a la citada sede y decretamos que posea para siempre, de una manera firme, inalterable y permanente, todo lo que los reyes o los fieles le entregaron en justicia y lo que le entreguen en el futuro con la ayuda de Dios. También os exhorto a que cuidéis de todos los portadores de nuestras cartas. Adiós»[103].

Cap. XVIII[104]

De nuevo otra carta del mismo Papa Romano traída por el mensajero Arnaldo en el mes de julio

«El obispo Juan, siervo de los siervos de Dios, a su querido hijo Alfonso, rey de Galicia: Habiendo recibido las cartas de vuestra devoción, os damos infinitas gracias porque hemos sabido que sois devoto de nuestra Santa Iglesia, rogando al Señor para que siempre persista la fortaleza en vuestro reino y os conceda la victoria sobre vuestros enemigos. Pues Nos, tal como pedisteis, hijo carísimo, hemos elevado sinceras oraciones al Señor para que dirija vuestro reino, os guarde con bien, os custodie y proteja y os alce sobre vuestros enemigos. Por otra parte, procurad que la iglesia del Santo Apóstol Santiago sea

[101] Lucas, 22, 32.

[102] v., sin embargo, lo que se dice en viiii, 14-15.

[103] La carta es el número 3035 en Ph. Jaffé, *Regesta Pontificum Romanorum*, Berlín, 1851.

[104] Los editores anteriores hacen un solo cap. de éste y del precedente, por lo que en sus ediciones este libro tiene uno menos.

consagrada por los obispos hispanos y celebrad con ellos un Concilio. Y ciertamente también Nos, como vos, glorioso rey, nos vemos acosados por los paganos y día y noche emprendemos combates con ellos; pero Dios todopoderoso nos concede el triunfo sobre ellos. Por este motivo pedimos a vuestra solicitud y suplicamos a vuestro ánimo que, ya que estamos completamente acuciados por los paganos, como hemos dicho, no dejéis de enviarnos caballos árabes de los mejores y más fuertes, los que los hispanos llaman 'alfaraces', con armas, y tan pronto los recibamos alabaremos al Señor, os daremos gracias y os lo pagaremos a través de nuestro enviado con bendiciones de San Pedro. Adiós, amadísimo hijo e ilustrísimo rey»[105].

Cap. XVIIII

Sobre la transformación de la ciudad de Oviedo en metrópolis, la consagración de la iglesia de Santiago y el Concilio de Oviedo[106]

Y así él rey se alegró enormemente a la vista de las cartas y fijó un día en el que se reunieran los nobles, magnates y obispos para consagrar la iglesia de Santiago. Y concluida la ceremonia todos volvieron a sus tierras con alegría, y estuvieron presentes en aquella consagración muchos obispos: Vicente de León, Gumiel de Astorga, Hermenegildo de Oviedo, Diego de Tuy, Egila de Orense, Sisnando de Iria, Recaredo de Lugo, Teodosindo de Mondoñedo. Las ciudades de éstos ya estaban en poder de los cristianos por gracia de Dios. También estuvieron presentes allí otros obispos, cuyas ciudades unas estaban desiertas y otras las ocupaban los árabes: Juan de Oca, Dulcidio de Salamanca, Santiago de Coria, Fausto de Coimbra, Ardimiro de Lamego, Teodemiro de Viseo, Gumago de Oporto, Argimiro de Braga, Heleca de Zaragoza. Las ciudades de éstos, aunque alguna vez las ganaron los reyes de Asturias, ante la imposibilidad de conservarlas permanecieron ocupadas, sometidas o destruidas por los árabes hasta la época de Alfonso, el conquistador de Toledo. Y sus obispos, que se habían refugiado en Asturias, vivían como buenamente podían habiéndose repartido entre ellos las zonas de la ciudad y de la diócesis de Oviedo[107]. Por lo que en algunos libros antiguos se llama a Oviedo

105 El número 3036 en los *Regesta*... de Jaffé.

106 Este Concilio, discutido hasta la saciedad, forma parte de la famosa interpolación que llevó a cabo Pelayo, el obispo de Oviedo y autor de la crónica de su nombre.

107 Son los obispos *in partibus infidelium*.

'la ciudad de los obispos'. Al cabo de once meses el citado rey se reunió en Oviedo, según el mandato del Papa Juan, con su esposa e hijos, obispos, condes y magnates para celebrar un Concilio en el que por unanimidad la ciudad de Oviedo es honrada con la dignidad de metrópolis y Hermenegildo es nombrado arzobispo, porque España, al estar ocupadas las cinco sedes metropolitanas [108], carecía de esa dignidad; porque los prelados que habían escapado a la muerte habían huido ante la animosidad de los atacantes y se habían refugiado en las escarpaduras de Asturias, y manteniendo con rigor las antiguas disposiciones del Concilio de Toledo, en la medida en que lo permitía tan gran abandono regían de acuerdo con el mandato de los cánones la iglesia de Oviedo y las demás, sobre las que ya tenía preeminencia como metrópolis. Y decididas, de acuerdo con Dios, muchas cosas de gran utilidad, una vez disuelto el Concilio regresaron a sus tierras.

Cap. XX

Sobre el encarcelamiento de García, hijo del rey, y la muerte de Alfonso

Marchando tras esto a Zamora, prendió a su hijo García y lo encadenó y lo encerró en Gozón, porque le era sospechoso debido a que su suegro, Nuño Fernández, que se comportaba de forma desafiante, preparaba levantarse contra el rey. Irritados los otros hijos por esta decisión, planeaban derrocar a su padre mediante una conjura. La causa de este enfrentamiento fue la reina Jimena, que antes se llamaba Amelina, que se dedicaba a descubrir nuevas formas de impuestos y modos de servidumbre lo más duros posibles y a sembrar la disputa y la desavenencia. Esta, que no amaba al rey Alfonso tal y como exige el cariño conyugal, tramó desposeer a su marido del trono y sustituirlo por su hijo García, al que su padre había encarcelado. Por esto fortificó castillos en la frontera de León, a saber: Alba, Gordón, Arboleo y Luna, de modo que su hijo se rebelara en ellos con la ayuda de su suegro Nuño y vengara las afrentas de su prisión, animándole a ello la conjura de sus hermanos. El rey por su parte, forzado por la hostilidad tanto de su hijo como de los suyos, renunció al trono [109] en un pueblo de Asturias que se llama Boiles y, aunque mala gana,

---

[108] Tarragona, Sevilla, Mérida, Braga y Toledo.
[109] En el año 909.

nombró sucesor a su hijo García en presencia de sus otros hijos y de los nobles del reino. A continuación acudió en oración a la iglesia de Santiago, y al volver solicitó de su hijo el rey García, al que había elevado al trono, porque ya por entonces dominaba sobre sus otros hermanos [110], poder atacar una vez más a los sarracenos; y conseguido del hijo lo que pedía, condujo al ejército contra los moros y, asoladas las tierras de éstos con matanzas e incendios y enaltecido por el botín y los prisioneros, regresó como triunfador a la ciudad de Zamora, y rubricó con sus victorias el final de su reinado tal como había hecho con el inicio. Y allí, víctima de una enfermedad, entregando en paz su espíritu al Creador, dio feliz término al curso de su vida [111], y enterrado en Astorga, trasladado luego a Oviedo, consiguió su sepultura definitiva junto a su esposa la reina Jimena en la iglesia de Santa María, habiendo reinado cuarenta y seis años.

Cap. XXI

Sobre los combates de García y su muerte

García (910-914)

A la muerte de Alfonso le sucedió en el trono su hijo García en la era 921, y reinó tres años. Al comienzo de su reinado atacó las tierras de los árabes, y tras recorrerlas a sangre y fuego y destruir muchas fortificaciones, agostó con el fuego voraz los campos de labor, y en un combate contra el rey árabe Ayolas lo venció y capturó causándole muchas pérdidas. Y llevando tras él un enorme botín de objetos, ganado y prisioneros, llegó a un lugar que se llama Tremedal, y allí, en un descuido de sus guardianes, Ayolas, que estaba esperando la ocasión, escapó y volvió con los suyos. García por su parte falleció al cabo de tres años en Zamora de muerte natural y, trasladado a Oviedo, fue enterrado en el panteón real.

Cap. XXII

Sobre el rey Ordoño y sus batallas y sobre el traslado de la iglesia de León

Ordoño II (914-924)

Se lee que, tras García, su hermano Ordoño se hizo cargo del timón del reino en la era 924, y reinó ocho años y seis meses. A éste lo

---

110 Tras el período de anarquía que se produjo a la abdicación de Alfonso III.
111 Falleció el 20 de diciembre de 910.

Cap. XVI

De nuevo sobre los combates y las piadosas acciones de Alfonso

Tras estos hechos, un renovado ejército de árabes sitió Zamora. *Cuando el rey se enteró, penetró inopinadamente en la ciudad* con las fuerzas de las que en ese momento pudo disponer, ordenando a todos los suyos que acudieran cuanto antes en su ayuda; y con un ejército formado por *obra y gracia de Bernardo aniquiló a* los árabes, resultando muerto a espada su profeta Alkama[95]. Con estas derrotas los árabes se vieron obligados a firmar con el rey un tratado de paz. Algunos afirman que la batalla de Roncesvalles tuvo lugar en tiempos de este Alfonso, y no contra Carlomagno, sino contra el llamado Carlos Martel, contra quien aseguran que ocurrió. Pero como fueron tres los Carlos que se sucedieron, a saber, Carlomagno, Carlos el Calvo y Carlos Martel, por la razón ya explicada anteriormente, porque se halla en escritos ciertos y porque la tradición de los francos y de los hispanos lo atestigua al unísono, afirmo que sucedió en tiempos de Carlomagno; pero si alguien probara lo contrario, me comprometo a rectificar en esta pequeña recopilación. Por esta época, según se cuenta, Fruela, el hermano del rey, que con sus hermanos pretendía asesinarlo, se refugió en Bardulia al descubrirse la conjura; pero su hermano el rey lo capturó tras perseguirlo, y por esta razón arrancó los ojos a sus hermanos Vermudo, Nuño, Odoario y Fruela. Sin embargo, Vermudo huyó a escondidas a Astorga y durante siete años anduvo alzado; incluso formó un ejército con los de allí y asedió Grajal, pero, derrotado su ejército por el rey Alfonso, Vermudo, ciego, corrió a refugiarse entre los árabes. Entonces el rey tomó venganza de Ventosa y Astorga porque habían acogido a Vermudo. También retuvo Coimbra bajo su mando, después de librarla del asedio a que la tenían sometida los sarracenos. También entonces empezaron a ser habitadas por cristianos las ciudades de Oporto, Viseo y Chaves. También en la zona de Portugal repobló algunas hasta el límite del río Tajo. Un general y procónsul de los árabes llamado Aboali[96], cap-

[95] El Alkama de las crónicas cristianas se llamaba en realidad Ahmed-ben-Moawia, y tenía entre los árabes el sobrenombre de Abenalkití, y descendía de Hixem I. Era un iluminado que, en su pretensión por hacerse con el trono de Córdoba, soliviantó a varias gentes a las que se presentaba como profeta, animándolas a aniquilar a los cristianos. La batalla que aquí se narra, conocida como «el día de Zamora», se dio en julio de 901.

[96] Es el general Abu Halid Haxim, primer ministro de *Muhammad I*, entregado a Alfonso III por el rebelde Ibn Marwān, que lo había apresado en Caracuel.

turado en combate, fue llevado a presencia del rey; y se le permitió marchar libre e indemne tras haber entregado a cambio cien mil áureos. El mismo rey también repobló Simancas, Dueñas y otras villas en Tierra de Campos. A continuación el rey, asolando la zona de Toledo, destruyendo algunas fortificaciones, muertos sus habitantes, recibido dinero de los sarracenos, les concedió una tregua de tres años. Al regresar a su tierra descubrió que un tal Adanio, que era de la corte, estaba conspirando para asesinarlo, y al punto hizo que lo despedazaran. También levantó, sin reparar en gastos, las iglesias de Santiago y de los Santos Facundo y Primitivo [97], que los árabes destruyeron posteriormente. Fortificó el castillo de Gozón en la costa de Asturias para mayor seguridad de su patria; repobló dignamente la ciudad de Zamora, de la que se cuenta que recibió su nombre por el siguiente hecho: cuando el rey en persona subía a un promontorio para contemplarla, se dice que uno de la escolta que lo precedía con una jabalina encontró una vaca negra, y queriendo apartarla con una voz de las que usan los campesinos, se cuenta que dijo: «Ca, mora», pues los pastores hispanos llaman «moras» a las vacas de este color; por lo que el rey dio a la ciudad el nombre Zamora [98]. Y como el rey estaba satisfecho con tantos éxitos, envió al Papa Juan [99] a dos presbíteros, Severo y Desiderio, con una carta suya, quienes, acompañados a su vuelta por Reinaldo, un mensajero del mismo Papa, trajeron una carta que decía así:

Cap. XVII

Carta del Papa Juan al rey Alfonso

«El obispo Juan, siervo de los siervos de Dios, al muy cristiano rey Alfonso y a todos los venerables obispos, abades y cristianos ortodoxos: Puesto que por la sempiterna providencia Nos somos el sucesor de San Pedro, príncipe de los apóstoles, en el gobierno de toda la Cristiandad, estamos obligados por la misma exhortación que Nuestro Señor Jesucristo hizo al Santo Apóstol Pedro cuando le dijo: "*Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi iglesia y a ti te daré las llaves del reino de los cielos*" [100], etcétera. También a él le dijo, cuando

---

[97] El monasterio de Sahagún.
[98] En latín, *ce mora* y *Zemora*.
[99] Juan VIII (872-882).
[100] Mateo, 16, 18-19.

se acercaba el trance de la gloriosa pasión de Nuestro Señor: *"He rogado por ti para que no desfallezca tu fe, y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos"* [101]. Y precisamente porque el conocimiento de vuestras nuevas nos ha llegado con enorme clamor de santidad por medio de estos hermanos que han visitado el umbral de los apóstoles, los presbíteros Severo y Desiderio, os hago una paternal exhortación para que perseveréis en las buenas obras que habéis iniciado teniendo por guía a la gracia, para que os alcance con creces la bendición de vuestro protector el Santo Pedro y la nuestra, y cuantas veces, carísimo hijo, quiera venir cualquiera de los vuestros o comunicarse desde los últimos confines de Galicia, donde el Señor os puso junto a Nos como gobernante, lo acogeremos como si fuera hijo nuestro con toda la alegría del corazón y el gozo del espíritu, y os ordenamos que todos os sometáis a la iglesia de Oviedo, a la que hacemos metropolitana por acuerdo vuestro y reiterada petición [102], y concedemos así mismo a la citada sede y decretamos que posea para siempre, de una manera firme, inalterable y permanente, todo lo que los reyes o los fieles le entregaron en justicia y lo que le entreguen en el futuro con la ayuda de Dios. También os exhorto a que cuidéis de todos los portadores de nuestras cartas. Adiós» [103].

Cap. XVIII [104]

De nuevo otra carta del mismo Papa Romano traída por el mensajero Arnaldo en el mes de julio

«El obispo Juan, siervo de los siervos de Dios, a su querido hijo Alfonso, rey de Galicia: Habiendo recibido las cartas de vuestra devoción, os damos infinitas gracias porque hemos sabido que sois devoto de nuestra Santa Iglesia, rogando al Señor para que siempre persista la fortaleza en vuestro reino y os conceda la victoria sobre vuestros enemigos. Pues Nos, tal como pedisteis, hijo carísimo, hemos elevado sinceras oraciones al Señor para que dirija vuestro reino, os guarde con bien, os custodie y proteja y os alce sobre vuestros enemigos. Por otra parte, procurad que la iglesia del Santo Apóstol Santiago sea

---

[101] *Lucas*, 22, 32.

[102] v., sin embargo, lo que se dice en viiii, 14-15.

[103] La carta es el número 3035 en Ph. Jaffé, *Regesta Pontificum Romanorum*, Berlín, 1851.

[104] Los editores anteriores hacen un solo cap. de éste y del precedente, por lo que en sus ediciones este libro tiene uno menos.

consagrada por los obispos hispanos y celebrad con ellos un Concilio. Y ciertamente también Nos, como vos, glorioso rey, nos vemos acosados por los paganos y día y noche emprendemos combates con ellos; pero Dios todopoderoso nos concede el triunfo sobre ellos. Por este motivo pedimos a vuestra solicitud y suplicamos a vuestro ánimo que, ya que estamos completamente acuciados por los paganos, como hemos dicho, no dejéis de enviarnos caballos árabes de los mejores y más fuertes, los que los hispanos llaman 'alfaraces', con armas, y tan pronto los recibamos alabaremos al Señor, os daremos gracias y os lo pagaremos a través de nuestro enviado con bendiciones de San Pedro. Adiós, amadísimo hijo e ilustrísimo rey» [105].

Cap. XVIIII

Sobre la transformación de la ciudad de Oviedo en metrópolis, la consagración de la iglesia de Santiago y el Concilio de Oviedo [106]

Y así el rey se alegró enormemente a la vista de las cartas y fijó un día en el que se reunieran los nobles, magnates y obispos para consagrar la iglesia de Santiago. Y concluida la ceremonia todos volvieron a sus tierras con alegría, y estuvieron presentes en aquella consagración muchos obispos: Vicente de León, Gumiel de Astorga, Hermenegildo de Oviedo, Diego de Tuy, Egila de Orense, Sisnando de Iria, Recaredo de Lugo, Teodosindo de Mondoñedo. Las ciudades de éstos ya estaban en poder de los cristianos por gracia de Dios. También estuvieron presentes allí otros obispos, cuyas ciudades unas estaban desiertas y otras las ocupaban los árabes: Juan de Oca, Dulcidio de Salamanca, Santiago de Coria, Fausto de Coimbra, Ardimiro de Lamego, Teodemiro de Viseo, Gumago de Oporto, Argimiro de Braga, Heleca de Zaragoza. Las ciudades de éstos, aunque alguna vez las ganaron los reyes de Asturias, ante la imposibilidad de conservarlas permanecieron ocupadas, sometidas o destruidas por los árabes hasta la época de Alfonso, el conquistador de Toledo. Y sus obispos, que se habían refugiado en Asturias, vivían como buenamente podían habiéndose repartido entre ellos las zonas de la ciudad y de la diócesis de Oviedo [107]. Por lo que en algunos libros antiguos se llama a Oviedo

---

105 El número 3036 en los *Regesta*... de Jaffé.

106 Este Concilio, discutido hasta la saciedad, forma parte de la famosa interpolación que llevó a cabo Pelayo, el obispo de Oviedo y autor de la crónica de su nombre.

107 Son los obispos *in partibus infidelium*.

'la ciudad de los obispos'. Al cabo de once meses el citado rey se reunió en Oviedo, según el mandato del Papa Juan, con su esposa e hijos, obispos, condes y magnates para celebrar un Concilio en el que por unanimidad la ciudad de Oviedo es honrada con la dignidad de metrópolis y Hermenegildo es nombrado arzobispo, porque España, al estar ocupadas las cinco sedes metropolitanas[108], carecía de esa dignidad; porque los prelados que habían escapado a la muerte habían huido ante la animosidad de los atacantes y se habían refugiado en las escarpaduras de Asturias, y manteniendo con rigor las antiguas disposiciones del Concilio de Toledo, en la medida en que lo permitía tan gran abandono regían de acuerdo con el mandato de los cánones la iglesia de Oviedo y las demás, sobre las que ya tenía preeminencia como metrópolis. Y decididas, de acuerdo con Dios, muchas cosas de gran utilidad, una vez disuelto el Concilio regresaron a sus tierras.

Cap. XX

Sobre el encarcelamiento de García, hijo del rey, y la muerte de Alfonso

Marchando tras esto a Zamora, prendió a su hijo García y lo encadenó y lo encerró en Gozón, porque le era sospechoso debido a que su suegro, Nuño Fernández, que se comportaba de forma desafiante, preparaba levantarse contra el rey. Irritados los otros hijos por esta decisión, planeaban derrocar a su padre mediante una conjura. La causa de este enfrentamiento fue la reina Jimena, que antes se llamaba Amelina, que se dedicaba a descubrir nuevas formas de impuestos y modos de servidumbre lo más duros posibles y a sembrar la disputa y la desavenencia. Esta, que no amaba al rey Alfonso tal y como exige el cariño conyugal, tramó desposeer a su marido del trono y sustituirlo por su hijo García, al que su padre había encarcelado. Por esto fortificó castillos en la frontera de León, a saber: Alba, Gordón, Arboleo y Luna, de modo que su hijo se rebelara en ellos con la ayuda de su suegro Nuño y vengara las afrentas de su prisión, animándole a ello la conjura de sus hermanos. El rey por su parte, forzado por la hostilidad tanto de su hijo como de los suyos, renunció al trono[109] en un pueblo de Asturias que se llama Boiles y, aunque mala gana,

---

[108] Tarragona, Sevilla, Mérida, Braga y Toledo.
[109] En el año 909.

nombró sucesor a su hijo García en presencia de sus otros hijos y de los nobles del reino. A continuación acudió en oración a la iglesia de Santiago, y al volver solicitó de su hijo el rey García, al que había elevado al trono, porque ya por entonces dominaba sobre sus otros hermanos[110], poder atacar una vez más a los sarracenos; y conseguido del hijo lo que pedía, condujo al ejército contra los moros y, asoladas las tierras de éstos con matanzas e incendios y enaltecido por el botín y los prisioneros, regresó como triunfador a la ciudad de Zamora, y rubricó con sus victorias el final de su reinado tal como había hecho con el inicio. Y allí, víctima de una enfermedad, entregando en paz su espíritu al Creador, dio feliz término al curso de su vida[111], y enterrado en Astorga, trasladado luego a Oviedo, consiguió su sepultura definitiva junto a su esposa la reina Jimena en la iglesia de Santa María, habiendo reinado cuarenta y seis años.

Cap. XXI

Sobre los combates de García y su muerte

García (910-914)

A la muerte de Alfonso le sucedió en el trono su hijo García en la era 921, y reinó tres años. Al comienzo de su reinado atacó las tierras de los árabes, y tras recorrerlas a sangre y fuego y destruir muchas fortificaciones, agostó con el fuego voraz los campos de labor, y en un combate contra el rey árabe Ayolas lo venció y capturó causándole muchas pérdidas. Y llevando tras él un enorme botín de objetos, ganado y prisioneros, llegó a un lugar que se llama Tremedal, y allí, en un descuido de sus guardianes, Ayolas, que estaba esperando la ocasión, escapó y volvió con los suyos. García por su parte falleció al cabo de tres años en Zamora de muerte natural y, trasladado a Oviedo, fue enterrado en el panteón real.

Cap. XXII

Sobre el rey Ordoño y sus batallas y sobre el traslado de la iglesia de León

Ordoño II (914-924)

Se lee que, tras García, su hermano Ordoño se hizo cargo del timón del reino en la era 924, y reinó ocho años y seis meses. A éste lo

110 Tras el período de anarquía que se produjo a la abdicación de Alfonso III.

111 Falleció el 20 de diciembre de 910.

había puesto al frente de Galicia el rey Alfonso, cuando aún reinaba. Ordoño, que tomó el modo de actuar de su padre como ejemplo inmejorable, era mesurado y hábil, recto y piadoso, alivio de los pobres en sus necesidades, y gobernaba el reino con prudencia. Pues cuando en vida de su padre ostentaba el principado [112], tras reunir un ejército y asaltar algunas ciudades de la provincia Bética, arrasó los campos de labor dando muerte a muchos de sus habitantes [113]. Al comienzo de su reinado el rey Ordoño, formado un ejército, sitió con gran coraje la fortaleza de Talavera; y cuando llegaron los árabes para socorrer a los sitiados, no sólo fueron éstos derrotados en combate y quedaron los asediados sin esperanzas, sino que unos y otros fueron pasados a cuchillo, y, saqueada la fortaleza, los que allí vivían engrosaron el botín del rey Ordoño, y se llevó prisionero al jefe del ejército cordobés y regresó cubierto de gloria a su reino con ingente botín y largas columnas de prisioneros que rubricaban su gloria. Sin embargo tras estos hechos, acuciados los árabes por tantos desastres, acudieron a pedir ayuda a Abderramán [114], rey de Córdoba, y a Almotaraf, rey de Tingitania; quienes, accediendo a la luctuosa petición, profiriendo amenazas de muerte, reunieron un ejército; y Avolalpaz, alcaide de Córdoba, y el otro rey de Tingitania, llamado Almotaraf, llegaron con un gran ejército de árabes a un castillo que se llama San Esteban, a orillas del Duero. Cuando se enteró el rey Ordoño, convocado un enorme tropel de cristianos, acudió a toda prisa y, tras derrotarlos en triunfal combate, los destruyó; y muertos el rey Hulit y el general en jefe Almohabat y otros generales, mató o capturó a los demás y regresó a su tierra en olor de triunfo. Pero como era incapaz de estar alejado de las grandezas del combate, lanzó un ejército contra Mérida y, además de arrasar casi toda Lusitania, se apoderó del castillo de Colubri, que ahora se llama Alanje [115], y luego de conseguir un botín de oro, plata, seda y hombres, regresaba con gran aparato. Pero los habitantes de aquella provincia, que le salieron al encuentro ofreciéndole regalos, le pedían humildemente la paz, y concedida temporalmente, volvió a su tierra. Y al llegar a León, dando gracias a Dios todopoderoso por tantas victorias, convocados los obispos y los dignatarios, determinó con acierto que la iglesia mayor de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, que estaba en lugar poco seguro, fuera trasladada

112 El principado de Galicia, una tradición que ya se había extendido entre los herederos de la corona. Esta pudo ser una de las razones de la rebelión de García, que era mayor, al sentirse preterido por su padre.

113 Llegó hasta las puertas de Sevilla en 901.

114 Abderramán III.

115 Año 914, pero esta expedición sucedió antes del ataque musulmán a San Esteban de Gormaz.

dentro de la ciudad, y ubicó la sede episcopal en el palacio real, que antaño había sido baño público de paganos, contando con el acuerdo del obispo de León Fronimio y de otros obispos que por entonces se encontraban allí. Y como en el palacio había tres pabellones, en el primero levantaron un altar mayor en honor de Santa María Siempre Virgen; en el segundo lo hicieron en honor de San Salvador y de todos los apóstoles; en el tercero, de San Juan Bautista y de todos los mártires y confesores. Y una vez consagrados los tres, los dotó con largueza de ornamentos de oro y plata y transfirió varias posesiones a la dote de la iglesia, y en esta misma fue coronado por doce obispos, por común acuerdo de príncipes y dignatarios.

Cap. XXIII

De nuevo sobre los combates de Ordoño, sus esposas, la captura de los dignatarios y la muerte del rey

Acabadas estas cosas, irritado el rey de Córdoba por tanto menoscabo de su pueblo, traspasó las fronteras de su reino y llegó hasta Mindonia [116]. Saliéndole al encuentro el rey Ordoño, en el combate subsiguiente hubo un gran número de bajas por el bando del rey Ordoño y por el de los árabes, y aunque se luchó bravamente durante todo el día, no hubo ni vencedor ni vencido, sino que ambos regresaron a sus tierras con pérdidas. Tras esto se presentó Abderramán con una gran muchedumbre de los suyos y de África, a la que había hecho venir, y penetró en el territorio de los navarros hasta el lugar que todavía hoy se llama Muez. El rey García, hijo del rey Sancho [117], ante la imposibilidad de detenerlos se lo comunicó al rey Ordoño, quien al punto y a marchas forzadas acudió en su ayuda con grandes recursos. Y cuando los dos ejércitos se arremetieron mutuamente en Valdejunquera, hubo muchas bajas en el ejército cristiano, porque así lo quiso el Señor [118]. Incluso fueron capturados por los árabes dos obispos, Dulcidio de Salamanca y Hermoigio de Tuy. Y a cambio de este Hermoigio fue entregado como rehén su sobrino San Pelagio [119],

---

116 ¿Mondoñedo?

117 García Sánchez I (925-970) y Sancho Garcés I (905-925), respectivamente, reyes de Navarra; pero téngase en cuenta que Ordoño II muere en 924. En realidad se trataba del segundo de ellos.

118 En el año 920.

119 v. V, x, 33-39.

que luego sufriría martirio. También de la misma forma fue liberado Dulcidio a cambio de un rehén. El rey Ordoño, aguijoneado por estos hechos, reunió una gran hueste de entre los suyos e irrumpiendo por el territorio de los árabes que se llama Cendejas, sembró la desolación y la muerte, se apoderó a punta de espada de muchos castillos y enclaves, saqueó y destruyó Sarmalión, Helip, Pálmaces, Castejón y Magnancia y otros muchos castillos. Luego, al volver a Zamora triunfalmente, se encontró con que había muerto su esposa Doña Monina, que también era conocida por su nombre de Elvira, de la que había tenido dos hijos, a saber, Alfonso y Ramiro [120], resultando más dolorido por la muerte de su esposa que jubiloso por su victoria. Se casó en segundas nupcias con Aragonto, originaria de Galicia, a la que abandonó más tarde porque sospechaba de ella, hecho por el que luego pagó sobradamente. Concluido todo esto, citó a los condes que daban la impresión de ser reyes de Castilla en el lugar que se llama Tejar, a la orilla del río Carrión, con la excusa de que quería tratar con ellos [121]. Y a su llamada acudieron Nuño Fernández, Almondar Albo y su hijo Diego y Fernando, hijo de Ansúrez; y sin que nadie lo esperase, salvo sus consejeros, los apresó y los llevó encadenados a León; y al cabo de un tiempo de tenerlos encarcelados ordenó matarlos, y puso un baldón en su reputación y manchó de sangre inocente el estandarte [122] de su gloria. Y casó con Sancha, hija del príncipe de los navarros García Iñigo Arista [123], con quien se había aliado. Seguidamente capturó también Nájera, que en otro tiempo se llamaba Tricio, y Viguera [124], de la que se cuenta que debe su nombre al hecho de que en tiempos de los godos era sede judicial [125]. Vuelto finalmente a su tierra, murió al salir de Zamora a causa de una enfermedad, siendo enterrado en León en la iglesia catedral.

---

120 Los futuros Alfonso IV y Ramiro II.

121 La razón era que Ordoño los culpaba de la derrota de Valdejunquera por no haber acudido a la batalla.

122 El texto dice exactamente *balteum*, «tahalí». Recuerda a *Libro de los Reyes*, III, 2, 5.

123 En realidad era hija de Sancho Garcés I.

124 En el año 923. Viguera fue conquistada por Sancho Garcés I.

125 Viguera es *Vicaria* en latín.

LIBRO QUINTO

Cap. I [1]

Sobre el rey Fruela y los jueces de Castilla

Fruela II (924-925)

A la muerte de Ordoño le sucedió en el trono su hermano Fruela en la era 932, y reinó durante un año y dos meses; y casó con Doña Monina, de la que tuvo tres hijos, Alfonso, Ordoño y Ramiro, y un cuarto, llamado Aznar, de una concubina. Este rey no hizo nada digno de recordarse, salvo que ordenó matar sin razón alguna a los hijos del noble Olmundo, y que castigó con el destierro a Fronimio, obispo de León y hermano de los anteriores. Y como los hombres malvados no alcanzan la mitad de sus días, atacado por la lepra murió al cabo de un año y dos meses de reinado y fue enterrado sin pena ni gloria en León junto a su hermano Ordoño; inmediatamente el obispo Fronimio fue reintegrado a su sede [2]. Por esta época los nobles de Bardulia, que ahora se llama Castilla, considerando que Nuño Fernández, Almondar Albo y su hijo Diego, nobles de aquellas tierras, habían sido muertos alevosamente por el rey Ordoño cuando éste los había citado para una entrevista, y que Fruela se comportaba con la misma crueldad, y otras muchas afrentas que sufrían en León por parte de los reyes

[1] Tanto para este libro como para el siguiente es muy útil la consulta de *La España del Cid*, de R. Menéndez Pidal, Madrid, 1929.

[2] Aquí añade el ms. *A*: «Sobre los jueces de Castilla.»

y gente de la corte cuando allí acudían a pedir justicia, y dándose cuenta también de que las fronteras de su tierra estaban amenazadas por todas partes y de que en vez de justicia conseguían desprecios y atropellos, miraron por ellos mismos y por sus descendientes y eligieron a dos caballeros, no de los más poderosos sino de los más ecuánimes, y los hicieron jueces para que apaciguasen con sus decisiones los desacuerdos y los motivos de querella en su patria. Uno de ellos fue Nuño Núñez, llamado Rasura, hijo de Nuño Bellídez; el otro se llamaba Laín Calvo; éste, sin embargo, atendía nada o muy poco a los juicios, antes bien andaba continuamente pensando en guerras y batallas, pues se enfurecía fácilmente y no soportaba con tranquilidad las vistas de los pleitos, cosa que no conviene a quien juzga. De su familia nacieron muchos y destacados nobles de Castilla. Laín Calvo tuvo dos hijos, Fernando Laínez y Vermudo Laínez; Fernando engendró a Laín Fernández; Laín, a Nuño Laínez; Nuño casó con Egilón, de la que tuvo un hijo, Laín Núñez; Laín Núñez engendró a Diego Laínez; Diego Laínez casó con la hija de Rodrigo Alvarez de las Asturias, hombre noble e influyente, y de ella tuvo a Rodrigo Díaz, que fue llamado 'el Campeador'. El otro hijo de Laín Calvo se llamaba Vermudo Laínez; Vermudo engendró a Rodrigo Vermúdez; Rodrigo, a Fernando Ruiz; Fernando, a Pedro Fernández, no el que fue llamado 'Castellano'[3].

Cap. II

Sobre Nuño Rasura y sus hijos

Nuño Núñez, conocido como Rasura, fue un hombre sensato y discreto, hábil y juicioso, trabajador, serio, y por esta razón era querido por todos, hasta el punto de que apenas hubo quien estuviera en desacuerdo con sus fallos o recurriera sus decisiones, que sin embargo tomaba muy de tarde en tarde, pues ponía fin a casi todo con una amigable reconciliación; y así todos lo apreciaban, de forma que no quedaba resquicio alguno a la maledicencia o la envidia. Este tuvo un hijo llamado Gonzalo Núñez, que ya desde su adolescencia destacaba sobre los de su edad por su buena disposición, y con estos buenos augurios agradaba a todos. Su padre Nuño les pidió a casi todos los caballeros de Castilla sus hijos pequeños para criarlos, y los educó con

[3] El que aparece en esta obra con el apodo de «el Castellano» es Fernán Ruiz; v. VII, xxi, 3 y xxii.

tal cariño, cuidado y buenas maneras que los padres de los jóvenes, a la vista del progreso de sus hijos, se reconocían obligados a tal ayo; y los mismos jóvenes apreciaban tanto a Gonzalo Núñez que casi lo tenían por su señor y no consentían en alejarse de su presencia ni por un momento. Cuando con el tiempo llegó a ser caballero [4], luchaba valientemente y aportaba a su patria las delicias de la paz, de modo que, a la muerte de su padre, fue elegido por unanimidad en su lugar, y además le encomendaron la jefatura del ejército a petición de los que se habían criado con él. Y casó con una mujer de lo más noble, Jimena, hija de Nuño Fernández, de la que tuvo un hijo llamado Fernán. Fue [5] tan apreciado como su padre, sincero al hablar, justo en sus fallos, glorioso en el combate; pues ensanchó las fronteras de su patria guerreando valerosamente contra los árabes. Tuvo un hijo que se llamó Fernán González. A éste lo distinguió Dios, por encima de su padre y de su abuelo, con tantas virtudes que, sin que él lo pretendiese, fue elegido conde no sólo por los poderosos sino también por los caballeros y el pueblo de Castilla en general, y todos se sometieron a su poder. Y tras ser elegido conde, velaba por toda Castilla con un gobierno tan lleno de paz que todos daban gracias a Dios porque mediante tal conde había liberado a su pueblo del peso de la esclavitud. Este libró muchas batallas contra los árabes; devolvió al poder cristiano Osma, San Esteban y otros muchos lugares. Desde que éste asumió el condado de su patria, los reyes de Asturias dejaron de agraviar a Castilla y no consideraron como suya ninguna tierra más allá del río Pisuerga; pues hacía frente a los ataques de éstos con su valentía y no por ello dejaba de luchar con los árabes. Construyó el monasterio de San Pedro a orillas del río Arlanza y lo dotó con numerosas posesiones; y al fallecer de muerte natural fue enterrado en ese mismo monasterio. Le sucedió su hijo García Fernández, hombre de mucha fe, que llevó a cabo con éxito muchos combates contra los reyes de Asturias que intentaban dominar las tierras de Castilla, reconstruyó, sin reparar en gastos, muchos castillos a orillas del Duero y extendió los límites de su influencia hasta el río Carrión. A orillas del río Arlanza, en una aldea que se llama Covarrubias, levantó un monasterio en honor de los santos Cosme y Damián y lo amplió con extensísimas posesiones; y determinó que los lugares que le concedía se llamaran 'el Infantado' [6], en previsión de que, si alguna mujer de su

---

[4] Gonzalo Núñez.

[5] Otra vez Gonzalo Núñez.

[6] «Los "Infantazgos" fueron los "Señoríos" territoriales constituidos por los dominios atribuidos a un Infante o hijo del Rey y a los que por esa razón se llamó *infantaticum* o "Infantazgo". Los reyes, en efecto, cedían a un infante algunos dominios —generalmente como una dotación en favor de infantas— y

familia no pudiera o no quisiera conseguir el amparo de un esposo, se le proveyera con largueza y conveniencia con los bienes del monasterio, exceptuando exclusivamente lo necesario para los monjes que en ese lugar sirvieran a Dios y a los santos mártires. Falleció de muerte natural [7] y es sepultado en el monasterio de San Pedro de Cardeña.

Cap. III

Sobre el conde Sancho y su muerte

Le sucedió su hijo el conde Sancho Fernández [8], hombre lleno de virtudes, amante de su patria y totalmente entregado a sus súbditos. Este conquistó Peñafiel, Sepúlveda, Montejo, Gormaz, Osma y San Esteban, que habían perdido los cristianos durante la prisión de su padre [9], e infligió duros golpes a los agarenos. Otorgó los antiguos fueros de Sepúlveda [10]. A los caballeros castellanos, que no sólo estaban obligados a pagar tributos sino también a guerrear al lado del príncipe, les concedió prerrogativas, esto es, que no estuvieran obligados con tributo alguno y no fueran forzados a guerrear sin cobrar la soldada. Este tuvo un hijo que fue llamado el infante García y fue muerto a traición en León [11], y una hija llamada Elvira, que casó con Sancho el Mayor, rey de Aragón y Navarra, sobre el que luego trataré [12] si Dios lo quiere. La madre de éste [13], que deseaba unirse con un príncipe sarraceno [14], planeó asesinar a su hijo para conseguir así, al mismo tiempo, las fortalezas, los baluartes y la anhelada boda. Y como hubiera mezclado un veneno mortal con una bebida que debía causar un efecto retardado, el hijo fue advertido por una acompañante de su madre y rogó a ésta que bebiera primero; aunque se negó, obli-

---

dotaban dichos dominios con privilegios e "inmunidades"» (Luis García de Valdeavellano, *Curso de Historia de las Instituciones Españolas*, 3.ª ed., Madrid, 1973, pág. 352). En este caso es el dominio sobre el monasterio de Covarrubias, instituido por García Fernández en 978 para su hija Urraca. Más adelante será una zona de la Tierra de Campos.

7 v., sin embargo, el cap. xviii.

8 Sancho García (995-1017).

9 v. la n. 68 de este mismo libro.

10 Este conde fue conocido como «el de los buenos fueros».

11 v. el cap. xxv de este mismo libro.

12 Sancho III de Navarra; v. xxiiii, xxv.

13 Del conde Sancho. Aquí se inicia el relato de la leyenda de la condesa traidora.

14 Almanzor.

gada al fin, probó el mejunge que había preparado y la parricida madre, merecidamente, apuró su muerte con la bebida que preparó. Luego el conde Sancho, aguijoneado por el remordimiento de su arrepentido corazón, erigió un monasterio muy noble, que llamó Oña porque a su madre en vida la llamaba Mioña, siguiendo la costumbre hispana. Por último, tras haber alcanzado bravamente muchas victorias, entregó su feliz espíritu al Creador y fue enterrado en el monasterio de Oña, que él había construido. Volvamos ahora a la estirpe y los hechos de los reyes de Asturias [15].

Cap. IIII

Sobre Alfonso y Ramiro y la disputa de los hermanos

Alfonso IV (925-931)

A la muerte de Fruela alcanzó el poder Alfonso, hijo del rey Ordoño [16], en la era 933, y reinó exactamente cinco años y siete meses. Su esposa se llamaba Jimena, de la que tuvo un hijo, Ordoño, que fue apodado «el Malo» y fue muerto cerca de Córdoba [17]. Este Alfonso, más por ligereza que por virtud, determinó emprender el camino de la confesión y de la penitencia, y por esto se entregó a las obras de la religión; y como al cabo de un tiempo perseverase en su propósito, decidió hacerse sustituir por su hermano Ramiro. Y al comunicarle a éste su intención por personas interpuestas, oídas éstas, llegó Ramiro a Zamora con un gran ejército, y sustituye a su hermano Alfonso, luego de abdicar éste de su poder. Alfonso, ya exrey, se encaminó en seguida a un lugar que se conoce comúnmente como «Los Santos Señores» [18], a orillas del río Cea, y tomando los hábitos de monje escogió el camino de la perfección.

Cap. V

Sobre el reinado de Ramiro y la sublevación de Alfonso el Monje

Ramiro II (931-951)

Ramiro le sucedió en la era 939, y reinó exactamente diecinueve años y dos meses. Y como era persona inclinada a los combates, movi-

---

[15] La historia de los condes de Castilla se reanudará en el cap. xviii.
[16] Ordoño II.
[17] Ordoño IV el Malo; v. x, 13 ss.
[18] El monasterio de Sahagún, en honor de los Santos Facundo y Primitivo.

lizó sus tropas contra los moros, y mientras reunía al ejército, su hermano, con la misma ligereza con la que de rey se había convertido en monje, se escapó del monasterio rompiendo su voto y, dirigiéndose a León, empezó allí a sublevarse y a pretender de nuevo el trono. Cuando Ramiro tuvo conocimiento de esto, encaminó contra aquél al ejército que había reunido y, tras asediarlo durante dos años, aceptó su rendición sin condiciones e inmediatamente ordenó que fuera encarcelado. Y mientras esto sucedía, los ya nombrados hijos del rey Fruela, Alfonso, Ordoño y Ramiro [19], se rebelaron en Asturias en inteligencia con los ástures, y actuando ilegalmente le daban a Alfonso, que era el mayor, tratamiento de rey. Los ástures apoyaban una rebelión de este tipo porque estaban indignados al no habérseles consultado en la abdicación de Alfonso y su sustitución por Ramiro. Por esto hicieron llamar con engaños a Ramiro, con la intención de que, a ser posible, cayera en manos de los hijos de Fruela. Intuyendo esto Ramiro, penetró en Asturias con tropas y, tras vencerlos en combate, los sometió a su poder, y llevándoselos con él los encarceló en el mismo lugar que a su hermano Alfonso, el que había sido rey, y al cabo de poco tiempo ordenó, con la mayor crueldad, sacarles los ojos a su hermano y a sus primos. Por último, movido Ramiro por el arrepentimiento, levantó el monasterio de San Julián cerca de León, a orillas del río Torío, y alojó en él a su hermano y a sus primos de la mejor manera posible, donde nada necesario les faltó hasta el final de su vida. Al morir Alfonso fue enterrado allí mismo junto a su esposa la reina Jimena y sus primos. Alfonso reinó cinco años y siete meses, y en el quinto año de su reinado le fueron arrancados los ojos y prolongó su vida después durante dos años y siete meses.

Cap. VI

Sobre la victoria de Ramiro y del conde Fernán González

Penetrando Ramiro por su parte en el reino de Toledo, sitió la plaza fuerte de Madrid y, luego de derribar sus murallas y saquearla, hizo prisioneros a sus habitantes y emprendió el camino de vuelta con su ejército [20]. Después de esto, determinaron los árabes atacar las fronteras de Castilla, y el conde Fernán González, que en aquella época gobernaba Castilla, le comunicó la llegada de los árabes a Ra-

[19] v. i, 5.
[20] En el año 932.

miro, quien, reunido su ejército, acudió presto en ayuda del conde de Castilla. Y una vez que se hubieron juntado los ejércitos leonés y castellano [21], salieron al encuentro de los árabes cerca de Osma, y una vez dada la señal de ataque, se inició el combate [22]. Pero con la ayuda de la gracia de Dios a los cristianos les correspondió la victoria y a los árabes la retirada, y el ejército cristiano tomó prisioneros a muchos miles. Y de esta forma volvió el rey Ramiro felizmente a su tierra.

Cap. VII

Sobre la traición de Abenahya y la victoria de Ramiro

Seguidamente el rey Ramiro reunió por segunda vez su ejército para atacar Zaragoza. Por su parte Abenahya, que era el príncipe de esa ciudad, al enterarse de que Ramiro y Fernán González, conde de Castilla, habían hecho una alianza, temió sobremanera. Por lo que sometió al poder de Ramiro su persona y la tierra, traicionando al rey de Córdoba, Abderramán [23], con el que estaba obligado en igual grado. Por su parte el rey Ramiro obligó con matanzas y ataques a obedecer a Abenahya a todas las fortificaciones del reino de Zaragoza que se oponían a éste. Acto seguido, una vez que Ramiro había regresado a su tierra, Abenahya, buen conocedor de la traición, rompió lo acordado y, reconciliado con el rey de Córdoba, calculó que estaba dentro de sus posibilidades atacar el territorio de Ramiro, y al frente de su ejército se plantó rápidamente en Simancas. Al enterarse Ramiro, tomó de nuevo su ejército y se dirigió a su encuentro para atajarlo, y entablándose allí mismo la batalla por ambos ejércitos, los árabes, derrotados, no se vieron privados de la huida ni de la muerte, sino de la victoria, y el lunes, justamente en la festividad de los santos Justo y Pastor, encontraron la muerte alrededor de ochenta mil árabes, y el traidor Abenahya fue capturado [24]; los demás que habían escapado se refugiaron en una fortaleza que se llama Alhandega [25]. Pero Ramiro, anhelando saciarse más con la sangre de los árabes que con su botín o sus despojos, tras perseguirlos lleno de ánimo hasta

---

[21] Es la primera vez que aparecen estos gentilicios.
[22] En el año 933.
[23] Abderramán III.
[24] La batalla de Simancas tuvo lugar en 939.
[25] O Albendiego, en Guadalajara; v. L. García de Valdeavellano, *Historia de España*, Madrid, 1967, I, ii, pág. 23.

el castillo de Alhandega, donde se habían refugiado, los capturó. Sin embargo Abderramán [26] pudo escapar a duras penas con unos pocos acompañantes. Entonces se produjo un eclipse de sol durante una hora. Entonces el rey y los suyos regresan cubiertos de gloria con enorme botín y seguidos por una gran muchedumbre de prisioneros, incluyendo a Abenahya.

Cap. VIII

Otra vez sobre los combates de Ramiro

Concluidos estos hechos, un ejército de sarracenos, al mando de un príncipe llamado Aceifa [27], penetró siguiendo el curso del río Tormes, y con la ayuda de Fernán González y Diego Núñez, poderosos hombres del reino de Ramiro, empezó a repoblar Salamanca, Ledesma, Ribas, Baños, Alhandega, Peñausende y otros muchos castillos. También entonces el conde Rodrigo repobló Amaya y realizó algunos saqueos en Asturias, por la parte de Santillana. Al punto el rey Ramiro, indignado por tales alianzas, salió al encuentro de los sarracenos; y rechazados éstos varias veces mediante batallas y con graves pérdidas, desistieron de su empresa, y Ramiro prendió a Fernán González, que no debe confundirse con el conde de Castilla, y a Diego Núñez, que habían colaborado con los árabes, y a uno lo encarceló en León y al otro en Gordón [28]. Pero al cabo del tiempo, como otros hombres poderosos llevaban a mal la prisión de aquéllos, tras exigirles juramento de fidelidad, los excarceló, y escogió como esposa para su hijo Ordoño [29] a Urraca, hija del conde de Castilla Fernán González. Tras esto el rey Ramiro, que de la reina Teresa, hermana del rey de Navarra García el Temblón [30], conocida como Florentina, hagía engendrado a Sancho y Elvira, levantó en León junto al palacio real un monasterio en honor de San Salvador y en él consagró a Dios a su hija Elvira. En el decimonoveno año de su reinado asedió la fortaleza que antes se llamaba *Aquis* y ahora Talavera, en la diócesis de Toledo.

---

26 El califa, que participó en la batalla.

27 v. Introducción, pág. 35.

28 Esto ocurre en 944. Los apresados fueron el conde de Saldaña, Diego Núñez, o Muñoz, y Fernán González, el primer conde castellano, que en la época en la que se escribe esta crónica ya debía de ser un personaje legendario y por ello el Toledano quiere negar que fuera él quien hiciera alianza con los árabes.

29 El futuro Ordoño III.

30 García Sánchez II.

Los árabes que acudieron rápidamente a socorrerla cayeron derrotados en la lucha con el citado rey, y muertos unos doce mil, hizo prisioneros alrededor de siete mil, y al volver a su tierra se entregó a obras piadosas y, a petición de su esposa la reina Teresa, construyó los monasterios de San Andrés y San Cristóbal a orillas del Cea, el de Santa María a la vera del Duero y el de San Miguel Arcángel en el valle de Orna, que ahora se llama Destriana, y los enriqueció con extensas propiedades. Y habiendo llegado a Oviedo con intención de orar, cayó allí gravemente enfermo, y trasladado a León, en la vigilia de la Epifanía, luego de hacer confesión ante los obispos y abades que le acompañaban, recibió con toda devoción el sacramento del cuerpo y la sangre del Señor Jesucristo; tras lo cual abdicó del trono que había recibido de su hermano, exclamando entre lágrimas: «*Desnudo salí del vientre de mi madre, desnudo he de regresar*[31]. *Con la ayuda del Señor no he de temer lo que el hombre me pueda hacer*»[32]. Y una vez concluido todo esto, expiró, y es enterrado en el monasterio de San Salvador, que había construido para su hija. Dentro de los diecinueve años de su reinado se cuentan los cuatro del anteriormente citado Alfonso, puesto que justo al cabo del primero de ellos se hizo sustituir por su hermano; Alfonso reinó en solitario un solo año, y Ramiro, quince.

Cap. VIIII

Sobre el rey Ordoño, su disputa con los castellanos y su muerte

Ordoño III (951-956)

Le sucedió en el trono su hijo Ordoño en la era 958, y reinó cinco años y seis meses. Este Ordoño fue bastante juicioso y moderado en el gobierno del ejército. Pero su hermano Sancho, a quien el rey Ramiro había tenido de Teresa, hermana del rey García de Navarra[33], se acercó a León con los auspicios y la colaboración de ese mismo tío suyo, García, y del conde de Castilla Fernán González, que incluso le acompañaban en persona, con la intención de arrojar a su hermano del trono y revestirse él con el poder real. Pero el rey Ordoño, esforzado como era en los asuntos de las armas, fortificó las ciudades y defendió las fortificaciones con gran energía y, valeroso, conservó su reino; y abandonó a su esposa Urraca una vez que supo que su suegro,

---

[31] Job, 1, 21.
[32] *Salmos*, 117, 6.
[33] v. viii, 19.

el conde Fernán, se había convertido en enemigo suyo, y casó en segundas nupcias con Elvira, de la que tuvo un hijo, llamado Vermudo, que sufría el mal de la gota. Por su parte los gallegos, cuando tuvieron conocimiento de las discordias entre leoneses y castellanos, empezaron a levantarse contra el rey Ordoño. Pero éste, reunido un ejército, los sometió aplicando la política de tierra quemada hasta llegar a Lisboa, y regresó enaltecido por el abundante botín y el número de prisioneros. Luego de esto, una vez que las desavenencias entre el rey Ordoño y el conde de Castilla Fernán González se habían amortiguado, llegó un ejército de árabes hasta San Esteban, a orillas del Duero, y andaba asolando todo el territorio hasta Burgos. Pero el conde Fernán González, alcanzándolos junto al Duero con un ejército formado con gente suya y del rey Ordoño, los derrotó en el combate y, vencedor, dio muerte a una gran cantidad y apresó otra mayor. Al enterarse el rey Ordoño, determinó que se formase un ejército para marchar contra los árabes, pero, atacado por una enfermedad, muere en Zamora y, trasladado a León, es enterrado en el monasterio de San Salvador, que había construido su padre.

Cap. X

Sobre el rey Sancho y Ordoño el Malo

Sancho I (956-966)

Al morir Ordoño le sucedió en el trono su hermano Sancho, hijo del rey Ramiro[34], en la era 963, y reinó doce años. Y como los poderosos de su reino conspirasen contra él sin excepción, se apresuró a refugiarse junto a su tío el rey García de Navarra, llamado «el Temblón». Sancho estaba afectado por una inmoderada obesidad, por lo que fue llamado Sancho el Craso, y su tío le aconsejó que consultara a Abderramán, rey de Córdoba[35], sobre cómo podía curarse del defecto de tamaña gordura. Y tras haber firmado con él la paz, acudió a Córdoba donde fue acogido por Abderramán muy amigablemente. Después de una consulta de médicos, y mediante el antídoto de una yerba, se ve libre de su carga y vuelve a su agilidad y compostura normal. Mientras tanto, el conde Fernán y los poderosos del reino

Ordoño IV (958)

de Asturias eligieron como rey y príncipe a Ordoño el Malo, al que el rey Alfonso[36], ya ciego, había tenido de su esposa Jimena. Y el

[34] Ramiro II.
[35] Abderramán III.
[36] Alfonso IV.

conde Fernán González le dio como esposa a su hija Urraca, la que había sido abandonada por el rey Ordoño. En aquel tiempo había un joven noble llamado Vela, que, como fuese de los más nobles de la patria, no estaba dispuesto a obedecer como súbdito al conde Fernán. El conde, persiguiéndolo con saña, le obligó a salir de su tierra y marcharse junto a los árabes [37]. Por su parte el rey Sancho regresó con un ejército de árabes cedido por Abderramán por ver si conseguía en persona el reino que había perdido en ausencia. Al enterarse Ordoño el Malo, se refugió en Asturias con la intención de resistirle allí con la ayuda de las asperezas de las montañas. Pero el rey Sancho, el otrora Craso, tan pronto como llegó, sometidos los rebeldes, recuperó su reino. Ordoño el Malo, como era ruin, apocado y afeminado, odioso para Dios y los hombres por sus malas acciones, al no sentirse seguro ni siquiera en Asturias, marchó, fugitivo y despreciable, junto a su suegro. A su vez el conde Fernán le quitó a su hija, a la que casó con otro hombre, y le obligó a marcharse con los árabes, donde pagó el castigo de su ruindad mientras vivió. El rey Sancho, una vez apaciguado su reino, tomó como esposa a Teresa, de la que engendró a Ramiro [38]. Entonces el rey Sancho, como era hombre de religión, a petición de su esposa Teresa y de su hermana Elvira, que era monja, envió a Velasco, obispo de León, y a otros delegados a firmar la paz y a reclamar el cuerpo del mártir San Pelagio, que había alcanzado en Córdoba la corona del martirio por orden de Abderramán [39]. El rey construyó un monasterio en León en el que había decidido depositar el cuerpo de San Pelagio. Y mientras esta embajada tenía lugar, los gallegos con sus desavenencias internas causaban daños y afrentas. Pero el rey Sancho, haciendo acto de presencia, sometió a los revoltosos y corrió a los que le agraviaban hasta el Duero, que separa Galicia de Lusitania. Al enterarse Gonzalo [40], que gobernaba más allá del Duero, llegó rápidamente a la orilla del mismo río con todas las fuerzas de su ejército; pero al comprender que no podía detener al rey Sancho, se encomendó a su generosidad, y tras prestarle juramento de pagarle tributo, incluso reconoció la soberanía del rey Sancho sobre su tierra. Pero anidando en su corazón el veneno de la traición, le dio a comer al rey un veneno mortal introducido en una manzana, y al primer bocado empezó a alterarse el corazón del rey, como suele

[37] Esto ocurrió en 958. La historia del conde Vela, o Vigila, y sus hijos o nietos, irá apareciendo en los caps. xii, xiiii, xvii, xviiii y xxv.

[38] El futuro Ramiro III.

[39] v. IIII, xxiii, 17-19. Murió a los 13 años de edad, hacia el 938, por mandato de Abderramán III, que se había prendado de su extraordinaria belleza y a quien rechazó.

[40] Un conde gallego.

ocurrir con los tósigos, y al darse cuenta el rey, mientras, sabedor de su muerte, se apresuraba a llegar a León, muere al tercer día de camino y es enterrado en León, al lado de su padre, en el monasterio de San Salvador.

Cap. XI

Sobre el rey Ramiro y el desastre de los normandos

Ramiro III (966-982)

A la muerte de Sancho le sucedió en el trono su hijo Ramiro, que tenía a la sazón cinco años, en la era 975, y reinó veinticinco años. Este, por consejo de su madre la reina Teresa y de su tía la monja Elvira, y de acuerdo con la embajada de su padre, firmó la paz con los árabes y consiguió el cuerpo de San Pelagio, que su padre había enviado a buscar, y lo depositó [41] en el monasterio que su padre había construido a propósito. Durante el segundo año de su reinado desembarcaron en las costas de Galicia una multitud de normandos con su rey Gundiredo, y asolaron con matanzas y saqueos las ciudades y las tierras de Galicia y dieron muerte a Sisnando, obispo de Santiago, llegando en sus correrías hasta el lugar conocido como monte de los Onagros. Cuando al cabo de tres años de robar a su antojo se disponían a embarcarse rumbo a su patria, el conde Gonzalo Sánchez, invocando el nombre del Señor y el de Santiago, les salió al encuentro por ver si podía vengar la matanza. Y habiéndose trabado el combate, con la gracia de Dios y la virtud del apóstol los que habían sido destructores sin tasa fueron vencidos por la decisión de Dios, y tanto ellos como su rey perecieron a punta de espada, y el conde Gonzalo Sánchez prendió fuego a sus naves [42].

Cap. XII

Sobre la devastación de Castilla, Zamora y Galicia, y la muerte de Ramiro

Y mientras esto sucedía, los árabes, sintiéndose seguros a la vista de la paz firmada con el rey Ramiro, movieron su ejército contra los

[41] Año 967.

[42] En el año 968.

castellanos. Y como el conde Fernán González no fue capaz de detenerlos, ocuparon los árabes Simancas, Dueñas, Sepúlveda y Gormaz y otros muchos lugares, recorriendo la tierra a sangre y fuego, contando en todo ello con la colaboración, en forma indigna de un ser humano, de Vela, el noble que había sido expulsado de la zona de Alava por el conde Fernán González porque le había hecho frente [43]. Los árabes, por tanto, ensoberbecidos por tantos éxitos, también rompieron el tratado que habían establecido con Ramiro, y llegándose a Zamora la demolieron hasta los cimientos tras haberla asaltado. Por esta época fallece un hombre valeroso, el conde de Castilla Fernán González, que se había esforzado con habilidad, valentía y entrega en la emancipación, consolidación y ampliación de su patria, y es enterrado en el monasterio de San Pedro de Arlanza, que él mismo había construido. El rey Ramiro casó con Urraca. Como era aún un niño y no llegaba al uso de la razón y se hallaba ya huérfano de los consejos de su madre y de su tía, empezó a importunar a los condes de Galicia con sus decisiones fuera de lugar. Y como los gallegos no estaban dispuestos a soportar sus agravios, eligieron en la sede de Santiago un rey para ellos en la persona de Vermudo [44], hijo del rey Ordoño. Al enterarse Ramiro, reunió un ejército, marchó rápidamente hacia Galicia para atacarlo, y saliéndole al encuentro Vermudo, chocaron en Portello de Arenas. Y aunque el combate acabó sin vencedor ni vencido, ambos bandos sufrieron numerosas pérdidas, y durante dos años se recrudeció la guerra civil no sin gran carnicería de uno y otro pueblo. Ramiro, atacado por una enfermedad, murió en León y es enterrado en Destriana. Entretanto Alcorexi, rey de los agarenos, asoló esa parte de Galicia que ahora se llama Portugal, llegando hasta Santiago sin temor alguno al apóstol; pero el poder de éste le salió al paso y, lanzada entre ellos una epidemia, pocos o ninguno quedaron que llevasen la noticia a su patria [45].

Cap. XIII

Sobre el rey Vermudo y el milagro del toro

Vermudo II (982-999)

A la muerte de Ramiro, llegándose a León Vermudo, hijo del rey Ordoño, es acogido por todos y elevado al honor del trono, puesto

[43] v. x, 17-21.

[44] Vermudo II el Gotoso, hijo de Ordoño III.

[45] Don Rodrigo está adelantando, sin saberlo, el final de Almanzor; v. xvi. Los Alcureixíes (*al-qurayšī*) formaban una de las tribus árabes más nobles.

que al haber muerto su tío Sancho y su primo Ramiro, la sucesión le correspondía a él por derecho, en la era 1000, y reinó diecisiete años. Este ratificó con generosidad las leyes de los godos y ordenó que se cumplieran las disposiciones litúrgicas de los Santos Padres, y aunque generalmente era bastante juicioso, solía prestar sus oídos ávidos a los maledicentes e intrigantes. Y así sucedió que tres siervos de la iglesia de Santiago, que se llamaban Zadón, Cadón y Ansilón, acusaron ante el rey a su señor el obispo Ataúlfo de un crimen abominable y de que incluso se había comprometido con los sarracenos a abrazar la fe de Mahoma y a entregarles Galicia. El rey los creyó, influido además porque el obispo era hijo de aquel príncipe [46] que había suministrado la pócima mortal en la manzana al rey Sancho. Y cuando dicho obispo, citado previamente a la curia [47], llegó a Oviedo el jueves antes de Pascua, a algunos que le aconsejaron que se presentase ante el rey antes de entrar en la iglesia, el obispo les respondió muy seguro de sí que primero se presentaría ante el Salvador de todos y luego iría ante un príncipe que no se comportaba como tal; y entrando en la iglesia del Salvador, al punto celebró los oficios divinos revestido con los ornamentos sagrados. El rey, por su parte, había hecho traer un toro bravo para que embistiera al obispo cuando llegara. Pero éste, que era inocente, aunque había presagiado algo así, una vez acabados los oficios se dirigió sin temor al lugar donde el toro mugía inquieto; y acercándose en seguida el toro al obispo, le dejó sus cuernos en las manos y, tras habérselos dejado, se volvió al monte de donde había venido. El obispo por su parte, depositando en el altar los cuernos que le había dejado el toro, dio gracias al Señor Salvador en compañía de los demás fieles, maldiciendo a los promotores de la falsa acusación y a su descendencia, de la misma forma que David abominó de Joab y su descendencia por haber matado a Abner sin razón, con estas solemnes palabras: «Que entre los descendientes de Zadón, Cadón y Ansilón *no falten leprosos* y cojos, ciegos y mancos, esclavos y *afeminados*» [48]. Entonces el rey, conmocionado por la contemplación del milagro, quiso presentar sus excusas al obispo, pero éste no consintió en verlo. Es más, emprendiendo el camino, el lunes después de la fiesta de Pascua llegó a la iglesia de Santa Eulalia, en Primorias, donde, atacado por una enfermedad, murió el miércoles. Y cuando los suyos pretendían trasladar su cuerpo a la iglesia de Santiago, se encontraron con que no lo podían mover, y comprendiendo que era la voluntad del Señor, lo enterraron en la misma iglesia de Santa Eulalia.

---

[46] El conde Gonzalo; v. x, 47 ss.

[47] v. la n. 101 del lib. VII.

[48] *Libro de los Reyes*, II, 3, 29.

Cap. XIIII

Sobre las irreverencias de Vermudo, sus esposas, y sobre la victoria de Almanzor

El rey Vermudo, olvidando la ley del Señor, tuvo dos concubinas nobles, que eran hermanas, y de una engendró al infante Ordoño, y de la otra, a Elvira. Con el tiempo, el infante Ordoño engendró de la infanta Fronilda a Alfonso, Pelayo, Sancho y Jimena; también el citado Vermudo tuvo además dos esposas legítimas, a saber, Velasquita, a la que abandonó en vida, y no contento con este pecado formalizó una unión adúltera con otra llamada Elvira [49], de la que tuvo a Alfonso [50] y Teresa. De Velasquita tuvo a la infanta Cristina; esta Cristina tuvo de Ordoño el Ciego, hijo del rey Ramiro, a Alfonso, Ordoño, la condesa Pelaya y Aldonza. Aldonza tuvo del diácono Pelayo Flórez al conde Pedro, Ordoño, Pelayo, Nuño, la madre del conde Suero y el hermano de ésta, y a la condesa Teresa, que, siendo señora de Carrión, construyó allí la iglesia de San Zoilo. Todos éstos son conocidos comúnmente como los Infantes de Carrión. Así pues, a causa de los pecados del rey Vermudo y del pueblo cristiano, el rey de los árabes de nombre Alhagib decidió llamarse Almanzor. Alhagib significa «ceja», porque de la misma forma que la ceja es la defensa o la protección de los ojos, así también él se consideraba la defensa de su gente. Por esto decidió utilizar el nombre más aparente de Almanzor. Almanzor significa «defensor» y «defensa», y ello porque se defendió a sí mismo y a los suyos con éxito y valor en enormidad de batallas [51]. Y habiendo buscado cobijo en él el conde Vela, del que ya hablé [52], y otros condes y bastantes cristianos, le andaban prometiendo que le entregarían lo poco que quedaba de España; y alentado por esta ilusión, luego de formar un ejército de árabes y de los cristianos que estaban con él, y llevándose también consigo a su hijo Abdelmelich, cuyo nombre significa «criado del rey», empezó a asolar las tierras de León, Castilla y Navarra, acción que facilitaron sobremanera las rencillas de los príncipes cristianos, que se negaban a socorrerse unos a otros. Almanzor, como era persona juiciosa, valerosa, alegre y generosa, intentaba por todos los medios ganarse a los cristianos, de forma

[49] Era hija del conde de Castilla García Fernández.

[50] El futuro Alfonso V.

[51] Almanzor es la transcripción castellana de *Al-Mansur billah*, «el vencedor por la gracia de Dios», título que se dio a sí mismo. Su verdadero nombre era Ibn Abi Amir; *al-hagib* no es un nombre propio, sino un cargo: primer ministro. Como se sabe, Almanzor, aunque actuó como tal, nunca fue califa.

[52] v. x, 17-21 y xii, 7-9.

que daba a entender que apreciaba más a los cristianos que a los árabes. Por esta benevolencia era amadísimo por los suyos, hasta el punto de que todos por igual se desvivían espontáneamente por servirle, y de esta manera asoló todo lo que hay entre el Duero, que era la frontera entre los cristianos y los árabes, y el Esla, a cuyas orillas plantó su campamento. Cuando Vermudo se enteró de esto, acudió rápidamente con su ejército y, en un ataque contra el campamento de Almanzor, causó muchas bajas en su ejército. Pero Almanzor, como era animoso y de gran voluntad, quitándose un gorro de oro que llevaba como corona, se levantó de su sitial y se sentó en el suelo, de acuerdo con la costumbre de los príncipes de su pueblo [53]. Su ejército, que lo amaba de todo corazón, llevando a mal su abatimiento, reanudó el combate y, puestos en fuga los caballeros de Vermudo [54], llegó hasta las puertas de León. Pero como se acercaban las lluvias del invierno, que en aquellas zonas suelen ser torrenciales, Almanzor regresó a su tierra. Las gentes de León y de Astorga, ante el temor de que al año siguiente se les viniera encima tan gran muchedumbre, trasladaron a Asturias los cuerpos de los reyes, que estaban enterrados en León y Astorga, y el cuerpo del mártir San Pelagio [55], y los inhumaron en Oviedo en la iglesia de Santa María y colocaron el cuerpo de San Pelagio sobre el altar de San Juan Bautista. Algunos vecinos de León, trasladando el cuerpo del obispo San Froilán [56] al pie de los Pirineos, al valle que se llama de Cize, lo depositaron en la iglesia de San Juan Apóstol.

Cap. XV

Sobre el asalto de León y Astorga

Con la llegada de la primavera Almanzor aparejó de nuevo su ejército y, llegándose a León, la sitió y atacó con dureza. Vermudo por su parte, imposibilitado por la gota, se refugió en Oviedo. Poniendo Almanzor todo su interés en la toma de León, al cabo de casi un año de asedio se hizo la primera brecha por la puerta oeste; y cuatro

---

[53] *Crón. Gen.* (445 b 29 ss.): *fazien ellos por sennal que auien muy gran querella de los suyos quando no uencien.*

[54] Batalla de Rueda, en el verano de 981; el rey de León era aún Ramiro III.

[55] v. xi, 6.

[56] Abad y obispo de León, había fallecido en 905, durante el reinado de Alfonso III.

días después se llevó a cabo la segunda brecha junto a la puerta sur [57]. Por aquel entonces el conde de Galicia Guillermo González, que había venido a socorrerla, se encontraba gravemente enfermo, pero al tener noticia de que la muralla había sido resquebrajada, ordenó que lo llevaran provisto de sus armas al lugar del peligro para ser testigo de su propia muerte antes que de la caída de la ciudad. Y al hacer los árabes su entrada es muerto el conde y ocupada la ciudad, y Almanzor ordenó que fueran demolidas hasta sus cimientos las puertas de la ciudad, que era una hermosa obra de mármol, el fortín central, la muralla de la puerta este y los demás torreones, a excepción de uno que sirviera a los venideros de recordatorio de que él había destruido una ciudad de tales murallas y tan altos torreones. Tomó Astorga e hizo desmochar los torreones. Arrasó Coyanca, que ahora es Valencia [58], Sahagún y otros muchos lugares; aunque lo intentó, no consiguió apoderarse de Alba, Luna, Gordón y Arboleo. Luego, a su regreso a través de Castilla, conquistó y destruyó Osma, Alcubilla, Valeránica, que ahora es Berlanga, y Atienza [59]. Seguidamente volvió a su tierra altanero por el boato y el orgullo. De tal forma se había desatado sobre los cristianos la ira del Rey de los cielos que, aunque invadió el territorio de los cristianos durante casi doce años, lo saqueó a su antojo e hizo tributarios suyos muchos lugares [60], siempre regresó victorioso y triunfador. En consecuencia, habiendo desaparecido de España la gloria de los godos, robaron los árabes los tesoros de la Iglesia, y el culto de la Iglesia cayó en la incuria y acaecieron de nuevo las calamidades que ocurrieron en tiempos de Rodrigo y que parecían ya olvidadas.

Cap. XVI

Sobre la muerte de Almanzor

Y así, en el año decimotercero, Almanzor, tomado de nuevo su ejército, penetró por la parte de Galicia que se llama Portugal, destruyendo con saña fortificaciones y ciudades. Y habiendo llegado a las tierras cercanas al mar, destruyó también la ciudad y la iglesia de

---

[57] Estos hechos son de 988, es decir, siete años después de los relatados en el cap. anterior. El asedio de León sólo duró unos días.

[58] Valencia de don Juan.

[59] En el año 989.

[60] Vermudo III se había hecho con el reino de León mediante la ayuda de Almanzor, a cambio de reconocerle su soberanía.

Santiago, pero, espantado por un rayo, no se atrevió a hollar el lugar donde se creía que estaba el cuerpo del apóstol, aunque se había propuesto profanarlo. Lo que sí hizo, en cambio, fue llevarse con él, como señal de su victoria, las campanas menores, y las utilizó como lámparas en la mezquita de Córdoba. Sin embargo, Almanzor y su ejército, golpeados por el Señor, sufrieron un castigo acorde con el sacrilegio que habían cometido, pues casi todo el ejército que había profanado el santo lugar del apóstol fue aniquilado por una peste asquerosa de por sí, esto es, la disentería. Los demás perecieron de forma repentina. Al tener conocimiento de esto el rey Vermudo, envió fuerzas de infantería ligera que sin dificultad pasaron a cuchillo en las montañas a quienes se encontraban sin fuerzas y consumidos por la enfermedad. Y así Almanzor, forzado por la peste, regresó a su tierra. Por su parte el rey Vermudo, forzado por los acontecimientos, envió una embajada al conde de Castilla García Fernández y al rey de Navarra García el Temblón para que, olvidados de las afrentas, hicieran frente común en los combates a librar en defensa de la fe. Al recibirla, el rey García envió a su ejército; el conde García Fernández acudió en persona con el suyo; y el rey Vermudo, aunque afectado por la gota, lo hizo a hombros de porteadores con todas las fuerzas que le restaban; y cuando todos se hubieron reunido, salieron al encuentro de Almanzor, que venía con sus árabes a invadir Castilla, en un lugar que en árabe se llama *Calatañazor* y en latín *Altitudo Vulturum* [61]. Y como ambos bandos se arremetieran a conciencia, pereció la mayor parte del ejército agareno; sin embargo, al cesar la batalla con las tinieblas de la noche, ninguno de los dos bandos cedió terreno; pero al constatar ⟨Almanzor⟩ la carnicería que habían sufrido los suyos, no se atrevió a reanudar el combate a la mañana siguiente. Por lo que huyó de noche, y al llegar al valle de Bordecorex, expiró abatido por el dolor, y fue llevado a Medina, la llamada Celi. Con la primera luz del día el ejército cristiano creyó que los árabes volverían al combate, pero cuando comprobaron que las tiendas estaban vacías, se hicieron con ellas, los bagajes y demás botín. Por su parte el conde García Fernández, emprendiendo con ardor la persecución de quienes habían escapado a la muerte, no dejó casi ninguno con vida. Almanzor por su parte, el que siempre había vencido, se siente tan abrumado por el dolor que desde el día del combate hasta el último de su vida no probó alimento ni bebida alguna [62].

---

61 «Altura de los buitres».

62 Los anacronismos de este cap. son continuos: el saqueo de Santiago fue en 997; Almanzor murió en 1002; el rey Vermudo había muerto en 999; el conde García Fernández, en 995; y el rey García de Navarra, en 1000. La única

Cap. XVII

Sobre la huida de Abdelmelich y la muerte del rey Vermudo

Igualmente al año siguiente, su hijo Abdelmelich, después de asumir el cargo de su padre, reunió al ejército con la intención de reanudar las correrías por las tierras cristianas; y llegándose a León pulverizó los restos que encontró en las murallas y torreones, para que no hubiese posibilidad alguna de reconstrucción. Pero el conde García Fernández, acercándose desde Castilla con un gran contingente de caballeros y de gente de a pie, agregó los leoneses a su ejército y puso en fuga a Abdelmelich a punta de espada. Y libres por fin los confines cristianos de tantos desastres, se aquietaron las tierras durante cierto tiempo. Entonces, hechos venir los caballeros cristianos[63], el rey de León, el rey de Navarra y el conde de Castilla les reintegraron sus propiedades y derechos para evitar que las disensiones internas ofrecieran a los árabes la posibilidad de imponerse. Por aquella época el rey Vermudo, embaucado por un intrigante, hizo prender a Gudesteo, obispo de Oviedo; pero para que tal sacrilegio no quedase sin castigo, sobrevino una gran sequía sobre las tierras, hasta el punto de que todo el pueblo estaba agobiado por la escasez de alimentos. Y como les fuera comunicado por el Señor a algunos religiosos que la calamidad se debía a la afrenta causada al obispo, y esta revelación le fuera transmitida al rey, perdonó al punto al obispo y ordenó que fuera excarcelado por mediación de Jimeno, obispo de Astorga, a quien el rey había encargado su custodia; e inmediatamente el Señor hizo caer una lluvia espontánea y la tierra produjo sus frutos. Entonces el rey Vermudo, profundamente arrepentido, reconstruyó dentro de sus posibilidades la iglesia de Santiago y los demás lugares que Almanzor había profanado con sus saqueos; y entregado ya a las obras piadosas y a las limosnas, cumplía con largueza, con la ayuda de los obispos, la penitencia por sus pecados; y muere y es enterrado en una villa que se encuentra en el Bierzo, y al cabo de un tiempo es trasladado a León por su hijo y sucesor Alfonso, y es enterrado por segunda vez en la iglesia de San Juan Bautista junto a su esposa Elvira.

---

alianza entre los dos últimos y Ramiro III *de León* fue en la batalla de Rueda, en 981. En Calatañazor tendrían que haber sido Alfonso V, Sancho el Mayor y el conde Sancho García.

63 Los hijos o nietos del conde Vela y demás caballeros que se habían marchado a tierras de los árabes; v. xiiii, 26-28. *Esto* ocurre hacia 1005, y regresan a Castilla, como se verá en xviiii, 19.

Cap. XVIII

Sobre Alfonso, el milagro de su hermana y la muerte del conde García Fernández

A la muerte de Vermudo le sucedió en el trono su hijo Alfonso; tenía cinco años al empezar el reinado, en la era 1017, y reinó veintisiete años. Su madre se llamaba Elvira. Al ser de tan corta edad, fue encomendado al cuidado del conde de Galicia Menendo González y de su esposa la condesa Mayor para que lo criasen. Cuando llegó a la edad propia, casó con Elvira, hija de los anteriores, de la que se dice que tuvo dos hijos, Vermudo [64] y Sancha; y esta Sancha, al cabo del tiempo, casó con el rey Fernando, hijo del rey Sancho de Navarra [65]. Por su parte este Alfonso, tomando un camino equivocado, cuando aún era un niño entregó a su hermana Teresa como esposa al rey Abdalla de Toledo, como parte de un tratado de ayuda contra el rey de Córdoba, pese a la total oposición de aquélla. Y cuando aquel rey intentó abrazarla, le dijo ésta: «Soy cristiana y me repugnan las uniones con gentes extrañas; no me toques, no vaya a ser que te fulmine el Señor Jesucristo, a quien adoro». El rey, riéndose de tales palabras, la forzó a pesar de su resistencia, y golpeado acto seguido por un ángel, sintió que corría peligro de muerte, y, convocados sus allegados, la devolvió rápidamente a León con camellos cargados de oro, plata, ricas telas y magnífica orfebrería, y ella vivió allí largo tiempo habiendo tomado los hábitos de monja; pero trasladándose más tarde al monasterio de San Pelayo, no sólo acabó allí sus días sino que recibió sepultura. Por esta misma época [66], Sancho [67], hijo del conde García Fernández, intentó levantarse contra su padre. Y a raíz de las desavenencias surgidas entre los dos, encontraron los sarracenos la oportunidad para su ataque, y penetrando en el territorio de Castilla destruyeron Avila, que había comenzado a repoblarse, y conquistaron Coruña del Conde y San Esteban, pasando por todos lados a sangre y fuego. Al darse cuenta de esto el conde García Fernández, llevado de su gran corazón, prefiriendo morir por su patria aunque su pueblo se hallaba dividido entre él y su hijo, se enfrentó a los árabes; pero, copado por la superioridad numérica, es capturado con vida entre infinidad de muertos, pero fallece al cabo de pocos días debido a una herida mortal

---

64 El futuro Vermudo III.

65 Fernando I de Castilla y Sancho el Mayor de Navarra, respectivamente.

66 Lo que se cuenta desde aquí hasta el final del cap. tuvo lugar en 995.

67 El conde de Castilla Sancho García.

que había recibido en la batalla, y su cuerpo, luego de pagar a los sarracenos un rescate por él, descansa en el monasterio de San Pedro de Cardeña [68].

Cap. XVIIII

Sobre el conde Sancho y las piadosas obras de Alfonso

Le sucedió al frente del condado su hijo Sancho [69], un hombre juicioso, ecuánime, generoso, valiente y afable, que aumentó las prerrogativas de la nobleza y alivió entre los más pobres la dureza de la servidumbre. Este, incapaz de tolerar la afrenta causada a su padre, llamó, de acuerdo con el tratado establecido por éste [70], a los ejércitos de los navarros y de los leoneses, y entrando junto con éstos en la zona de Toledo, asoló todo a sangre y fuego y, una vez tomado el botín, incendió lo demás. No escapó a estos castigos el reino de Córdoba; y exhaustos ambos reinos a causa del saqueo, no sólo ofrecieron reparación sino que tuvieron que calmar la llama de la indignación con gran cantidad de tributos. Y vengada de este modo la afrenta de su padre, regresó honrado y enaltecido. Por su parte el rey Alfonso celebró un Concilio [71] y reconstruyó León, que habían destruido Almanzor y su hijo Abdelmelich, según se contó más arriba [72], y reformó las leyes de los godos y añadió otras, que aún hoy tienen vigencia en el reino de León, y reuniendo los restos de los reyes que se hallaban desperdigados a causa de las repetidas incursiones ⟨de los árabes⟩, les dio sepultura en la basílica de San Juan. Por esta época los dos hijos de Vela, que se habían pasado a los moros debido a su insubordinado comportamiento [73], hicieron defección del conde Sancho y, generosamente acogidos por el rey Alfonso, recibieron un predio al pie de las

---

[68] El conde García Fernández, «el de las manos blancas», personaje objeto de leyenda, murió el 29 de julio de 995 en Córdoba, adonde había sido llevado prisionero (a esto debe de referirse iii, 6) tras ser derrotado y herido cerca de Osma el 25 de mayo. El levantamiento de su hijo, al parecer instigado por Almanzor como venganza al asilo que el conde dio al suyo, hay que ponerlo también en relación con la leyenda de la condesa traidora, que se relató en el cap. iii de este libro.

[69] Sancho García.

[70] v. xvi, 17 ss.

[71] En León en 1020.

[72] v. xv, 3 ss.; xvii, 4-6.

[73] v. xiiii, 26-28.

montañas[74]. Luego de esto, llegando el rey Alfonso con su ejército ante la plaza fuerte que se llama Viseo, la asedió al instante. Y en una ocasión en que andaba examinando sin coraza los lugares más vulnerables de la plaza, alcanzado por una flecha entre los omóplatos, comprendió que la herida era mortal; y dispuestos los asuntos en presencia de los obispos, hecha su confesión y tomado el sacramento del viático, falleció, y, levantado el asedio, es llevado por los suyos a León y enterrado en el panteón paterno.

Cap. XX

Sobre el rey Vermudo y las hijas de Sancho, conde de Castilla

Vermudo III (1027-1037)

A la muerte de Alfonso le sucedió en el trono su hijo Vermudo en la era 1044, y reinó durante diez años; y continuando, aunque niño, las últimas obras de su padre, se afanó en reconstruir tanto las iglesias como los monasterios y demás lugares sagrados destruidos por los árabes y en castigar las desvergüenzas de los malvados. Este casó con Teresa, hija del conde Sancho de Castilla; este Sancho tuvo otra hija, Elvira, llamada, según otros, Mayor, que entregó como esposa a Sancho, rey de los navarros, llamado «el Mayor», de quien este Sancho tuvo dos hijos, a saber, García y Fernando.

Cap. XXI

Sobre el origen y la genealogía de los reyes de Navarra

Pero como la descendencia directa de varones en los reinos de Castilla y León se rompió después de Vermudo y del conde Sancho, y las respectivas sucesiones recayeron en mujeres, es conveniente relatar la genealogía de los reyes de los navarros que contrajeron matrimonio con estas herederas. Pues en la época en la que Castilla, León y Navarra estaban siendo asoladas por repetidas correrías de los árabes, llegó desde el condado de Bigorra un hombre curtido desde su infancia en batallas y correrías, que se llamaba Iñigo y era

[74] Según la *Crón. Gen.*, *las Somoças* (465 a 48). Esto ocurre en 1016.

conocido como Arista por lo desabrido de sus combates; y residía en la zona del Pirineo. Y bajando con el tiempo a las llanuras de Navarra, llevó allí a cabo muchos combates, por lo que se hizo acreedor del principado entre los habitantes de aquella tierra. Este tuvo un hijo llamado García, al que casó con Urraca, que era de estirpe real.

Cap. XXII

Sobre el rey García Iñiguez y su hijo Sancho

A la muerte de Iñigo Arista ocupó su lugar García Iñiguez, persona generosa y valiente, que guerreaba sin parar. Y como un día se hallara excesivamente confiado en un caserío que se llama Larumbe, presentándose de repente los árabes, le dieron muerte, y a su esposa la reina Urraca, que estaba encinta, la hirieron en el vientre con una lanza; pero, puestos en fuga los bandoleros árabes por la rápida llegada de los suyos, la reina, ya cerca de la muerte, pero aún con vida, por voluntad del Señor dio a luz un niño a través de la herida de la lanza, y el crío, con gran sorpresa de todos, sobrevivió con el cuidado de las mujeres, y fue llamado Sancho Garcés. Al morir su madre lo adoptó un noble que había sido estrecho colaborador del rey García desde los tiempos de Iñigo Arista, y se preocupó de criarlo con todo cariño; y transcurridos los años de la infancia y la niñez, al llegar a la adolescencia excedía su edad con su condición y su condición con sus valerosas acciones, y sucedió al rey García en el trono[75]. A su vez su ayo, como era noble y rico, andaba siempre exhortándolo, con sus consejos y apoyo, a hacer grandes cosas, y le consiguió una esposa de estirpe real que se llamaba Toda, de la que tuvo un hijo llamado García, que fue apodado «el Temblón»[76]. Tuvo también cuatro hijas, Jimena, María, Teresa y Velasquita, que casó con Nuño, conde de Vizcaya. Pero el rey Sancho hostigaba duramente a los árabes desde Cantabria, hasta el punto de extender su dominio casi por completo hasta los montes de Oca, Tudela y las cercanías de Huesca. Incluso conquistó Aragón y sus montañas. Los cántabros, un pueblo hecho a la movilidad y al frío, aguantaban con bravura las incursiones de los

[75] Entre los dos se cita el reinado de Fortún Garcés.

[76] El autor está confundiendo en la misma persona a dos reyes distintos: Sancho Garcés I (905-925) y Sancho Garcés II Abarca (970-994); atribuye al primero los hijos del segundo y omite al rey que hubo entre ellos, García Sánchez I (925-970), que apareció en IIII, xxiii, 11.

árabes en épocas de ataque [77]; y en cierta ocasión en que los árabes atacaron Pamplona en invierno y el rey Sancho se encontraba al otro lado del Pirineo, al tener conocimiento del peligro, corrió a atajar el peligro, y para salvar el impedimento de la nieve se fabricó unas abarcas de cuero sin curtir, sirviéndose de las cuales como calzado pasó a través de la nieve sin sufrir daño alguno, y por esto fue llamado a partir de entonces «Abarca», y algunos de sus descendientes conservan aún hoy el sobrenombre de Abarca; y llegando al asedio poco antes del amanecer, desbarató con su ataque a los asediadores, y perdió la vida tal muchedumbre que apenas quedó algún árabe para contar la desgracia. Y como tenía gente rápida y hábil en el lanzamiento de dardos, con el fin de incitarlos con mayor vehemencia a la guerra y la lucha contra los árabes se dedicaba continuamente a los combates de la fe, unas veces cabalgando con la caballería y otras marchando con la infantería; y construía a menudo fortines en las rocas escarpadas y conquistaba muchos castillos tanto en combates abiertos como con golpes de mano; y calzado con las abarcas a la manera de la infantería, acompañado por ésta y con igual o mayor agilidad, conquistó multitud de lugares en Celtiberia y Carpetania, que aún hoy se conocen como «del rey Sancho Abarca», y el propio rey Sancho Abarca es recordado aún hoy; y a partir de entonces reprimió de tal modo a los enemigos, que su tierra disfrutó de una perenne tranquilidad durante su reinado; y el rey Sancho, llamado Abarca, reinó veinticinco años y murió en la era 943.

Cap. XXIII

Sobre el rey García, que fue llamado «el Temblón»

A su muerte ocupó su lugar su hijo García, que fue llamado «el Temblón» porque, cada vez que le llegaban noticias de un peligro o debía entrar en combate, empezaba a temblar de los pies a la cabeza, pero luego aguantaba con la mayor entereza. Era una persona bondadosa, piadosa y generosa, valiente y afable, y regalaba a sus caballeros cualquier cosa que podía conseguir; y como tenía a su padre como ejemplo, a veces marchaba mezclado con las compañías de infantería y utilizaba incluso su mismo calzado; fue llamado García Abarca; reinó veinticinco años y murió en la era 968.

---

[77] No sé qué quiere decir exactamente este *tempore irruptionis*, pues la época normal para las guerras era la primavera y el verano, cuando el frío no es obstáculo. Otra posibilidad es que el *tempore irruptionis* se refiera a la in-

Cap. XXIIII

Sobre el rey Sancho y el linaje de los reyes de Navarra

Tras su muerte le sucedió en el gobierno de los navarros su hijo Sancho, llamado «el Mayor», y casó con la hija del conde Sancho de Castilla [78], que se llamaba Mayor, o Elvira, según otros, y tuvo de ella dos hijos, García [79] y Fernando [80]. Y el rey García tuvo dos hijos, el rey Sancho [81], a quien había designado sucesor, pero que fue muerto en Peñalén, y otro que también se llamó Sancho, que fue muerto a traición en Rueda. Este tuvo un hijo, el infante Ramiro; este Ramiro casó con la hija de Rodrigo Díaz, cuando vivía en Valencia, y tuvo de ella a García Ramírez [83], que fue el primero que reinó en Navarra desde que Fernando, hijo de Sancho el Mayor, trasladara la capitalidad del reino de Navarra a Castilla, y por entonces los navarros, como habiendo perdido el norte, estaban vacilantes entre el reino de Castilla y el de Aragón. Debido a esto, como después de la muerte de los reyes de Aragón Pedro y Alfonso [83], que murieron sin hijos, el reino de Navarra anduviera dividido en diversas facciones, los navarros hicieron venir en secreto desde la corte de Monzón a García Ramírez, de quien ya he hablado, mediante el concurso de dos barones, Guillermo Aznar de Oteiza y Fortún Iñiguez de Leet, y lo hicieron su rey y señor, y con su persona resurgió el reino de Navarra con suficiente garantía. Casó éste con Margelina, hija de Rotrou, conde del Perche, de la que tuvo un hijo, Sancho [84], que fue juicioso, esforzado y valiente en su comportamiento; tuvo también el rey García dos hijas, Blanca, que casó con Sancho, rey de Castilla [85], y tuvo un hijo, el noble Alfonso, de quien hablaré más adelante [86]; la otra hija fue Margarita, que casó con el rey Guillermo de Sicilia y de la que éste tuvo al rey Guillermo [87], que siempre sobresalió por su riqueza y refinamiento. Este casó con Juana, hija de Enrique, rey de los ingleses [88],

---

vasión de España en 711. En cualquier caso, aquí hay una mezcla de fuentes mal encajada.

78 Sancho García.
79 García III el de Nájera (1035-1054).
80 Fernando I de Castilla (1035-1065).
81 Sancho IV el de Peñalén (1054-1076).
82 García Ramírez (1134-1150).
83 Pedro I (1094-1104) y Alfonso I el Batallador (1104-1134).
84 Sancho VI el Sabio (1150-1194). En la corte de éste se educó el Toledano.
85 Sancho III (1157-1158).
86 Alfonso VIII de Castilla (1158-1214); v. VII, xv ss.
87 Guillermo I (1154-1166) y Guillermo II (1166-1189).
88 Enrique II (1154-1189).

y sin embargo no tuvo descendencia de ella. Pero al morir éste, su esposa la reina Juana casó con Raimundo, conde de Tolosa, con el que tuvo un hijo llamado Raimundo, que aún hoy gobierna en Tolosa. A la muerte de Margelina el rey García casó con Urraca, hija del emperador [89], que la tuvo con Gontroda, hermana de Diego Abregón, de la que tuvo una tercera hija. Y a la muerte del rey García la reina Urraca casó con Alvaro Ruiz, cuya época alcancé a ver; y de ésta tuvo el rey García una tercera hija llamada Sancha, que fue dada en matrimonio a Gastón, vizconde de Bearn, y al morir éste sin hijos casó con Pedro, conde de Molina, y tuvo con ella un hijo llamado Aimerico, que fue vizconde de Narbona debido a que el conde Pedro fue hijo de Ormisinda, a quien correspondió Narbona por derecho de sucesión. El rey Sancho de Navarra [90] casó con Beatriz, hija del emperador, de la que tuvo dos hijos, Sancho [91], que fue el sucesor y que fue llamado «el Encerrado» debido a que, cuando se hallaba en el castillo de Tudela, no se dejaba ver por nadie, salvo por algunos sirvientes; tuvo también otro hijo, Fernando, que por su buen comportamiento era apreciado por todos, pero murió en Tudela aplastado por la caída de un caballo en un lamentable accidente. Tuvo igualmente tres hijas, Berenguela, que fue esposa de Ricardo, rey de Inglaterra [92]; al morir éste sin descendencia llevó largo tiempo una digna viudedad, y pasaba largas temporadas en la ciudad de Le Mans, que le pertenecía como dote de su boda, entregada a la limosna, la oración y las obras de caridad, alentando a las mujeres a seguir su ejemplo de castidad y devoción; y en esta ciudad puso feliz término al curso de sus días; la segunda hija del rey de Navarra fue Constanza, que murió soltera; la tercera fue Blanca, que casó con Teobaldo, conde de Champaña [93], y tuvo con él un hijo póstumo, Teobaldo [94]; éste casó con la hija del conde Mateo de Lorena [95], pero se separó de ella más tarde por decisión eclesiástica. Luego casó con la hija del barón Guiscardo de Beaujeu y de Sibilia, hija de Felipe, conde de Flandes y de Hainaut; tuvo de ésta una hija llamada Blanca, que es la esposa del noble duque Juan de Bretaña [96]; luego tuvo una tercera esposa, Margarita, hija del noble príncipe Archembaudo, de quien tuvo dos hijos, Teobaldo [97] y Pedro, y

[89] Alfonso VII (1126-1157).
[90] Sancho VI.
[91] Sancho VII el Fuerte (1194-1234).
[92] Ricardo de Inglaterra (1189-1199).
[93] Teobaldo III, conde de Champaña.
[94] Teobaldo I de Navarra (1234-1253).
[95] Mateo II (1220-1251).
[96] Juan I (1237-1286).
[97] El futuro Teobaldo II de Navarra (1253-1270).

una hija, Leonor, cuya niñez guarde, proteja y cuide el Señor. Este Teobaldo [98], empujado por el ardor de su fe, marchó en socorro de Tierra Santa con una infinita cantidad de caballeros, príncipes y barones, y conquistó muchos lugares que devolvió a la soberanía cristiana, y él corrió allí con los gastos de todos los caballeros sin medios, incluso de los que no dependían de él, hasta que concluyó la expedición, y liberó con negociaciones y dinero a muchos caballeros a los que había apresado la artería de los agarenos; y a su vuelta a Champaña rigió el condado y el reino de manera loable, mostrándose afable, ecuánime, sosegado y humilde con todos, y todavía gobierna en Navarra y Champaña; que el Señor guíe su camino.

Cap. XXV

Sobre el infante García, que fue asesinado en León [99]

Volvamos ahora a la historia del rey Sancho, llamado «el Mayor» [100], de la que nos hemos apartado. A la muerte del conde Sancho [101] le sucedió en el condado su hijo García, a quien los poderosos de Castilla le buscaron por esposa a una hermana del rey Vermudo [102], que se llamaba Sancha. Cuando el infante García, acompañado de su ejército y del rey Sancho de Navarra, había llegado a Sahagún para celebrar su matrimonio, despedido allí su ejército, marchó en secreto a León con la sola compañía de unos pocos, por ver si podía conocer personalmente a su prometida. Por aquella época se encontraban en León los hijos del conde Vela, Rodrigo, Diego e Iñigo, quienes, deseosos de traicionar al hijo por el odio que aún sentían por el padre [103], habían reunido una facción contra él, y saliéndole al encuentro le rindieron vasallaje al besarle la mano, tal como pide la costumbre hispana [104]; y sintiéndose seguro con este homenaje, y convencidos los servidores de la novia con una hábil explicación, le fue permitido al

---

[98] Teobaldo I. Recuérdese que el Toledano muere en 1247.

[99] Para este cap. y el siguiente, v. R. Menéndez Pidal, «Relatos poéticos en las crónicas medievales», *Revista de Filología Española*, X (1923), págs. 340-344.

[100] Sancho III de Navarra.

[101] Sancho García.

[102] Vermudo III de León (1027-1037).

[103] v. más abajo, en las líneas 19-20.

[104] «El "vasallaje" era una relación de servicio, amistad y protección pactada entre dos hombres de condición social noble, por la que uno de ellos ("vasallo") vinculaba su persona a otro (*senior*, señor), jurándole fidelidad, comprometiéndose a servirle especialmente en la guerra y recibiendo del señor su sustento en la casa de éste o mercedes y dones especiales, como la cesión de un "beneficio"»

infante disfrutar de su anhelado goce. Y una vez que se hubieron conocido uno a otro, surgió entre ambos tal amor que casi no podían separarse uno del otro. Entonces, algunos caballeros del reino de León que se habían pasado a los sarracenos junto con los ya nombrados hijos de Vela, porque se habían tenido que marchar de Castilla de mala manera por obra del conde Sancho [105], poniendo en práctica su traición dieron muerte al infante García, que tenía trece años, hiriéndole de muerte Rodrigo Vela con la misma mano con la que lo había sacado de la pila bautismal [106]. Y su prometida Sancha le había prevenido sobre algún tipo de acechanza, de la que ella se había enterado casualmente; pero los magnates que le acompañaban, nobles y leales como eran, no quisieron dar pábulo a tan gran felonía. Por lo que una vez cometida la felonía, los castellanos y los leoneses cayeron en la tragedia de una lucha fratricida. La prometida, que apenas si había saboreado el deleite de su prometido, viuda antes que casada, sin ganas de vivir, mezclaba las lágrimas de su triste llanto con la sangre del asesinado, repitiendo sin cesar que ella había muerto con él. Cuando éste fue a ser enterrado en la iglesia de San Juan al lado del padre de su prometida, ella también quiso ser enterrada con él. Por su parte algunos de los traidores huyeron a lo más inaccesible de las montañas. A su vez Sancho, llamado «el Mayor», que estaba casado con la hermana mayor del infante García, penetró inmediatamente en el condado de Castilla, cuya sucesión le había correspondido por razón de su esposa; y también poseía el ducado de Cantabria porque su padre, el rey García, era hijo de Sancho [107], el que había anexionado el principado de Cantabria al reino de Navarra y había ampliado extraordinariamente el reino de Navarra, el condado de Castilla y el ducado de Cantabria con sus continuas guerras, cuya capital fue Nájera desde tiempo inmemorial [108]. Durante su reinado, el conde Diego Porcel repobló Burgos, a la que puso este nombre porque la había formado con muchos burgueses [109], en la era 922, y, debido a los frecuentes ataques de los árabes en Álava y los desfiladeros de Asturias, desvió el camino de Santiago desde Nájera, hasta llegar a León y Astorga a través de Briviesca, Amaya y las cercanías de Carrión.

(L. García de Valdeavellano, *Historia de las Instituciones*..., pág. 368). Sobre el rito, v. la n. 9 del lib. VII.

105 v. xviiii, 17-21.

106 Esto ocurrió el 13 de mayo de 1029. Algunos historiadores creen que el asesinato fue promovido por Sancho el Mayor, que así heredaba el condado de Castilla.

107 García Sánchez II y Sancho Garcés II.

108 Nájera había sido la capital de Navarra.

109 Entiéndase en el sentido etimológico.

Cap. XXVI

Sobre la difamación de la reina y la división del reino

Y como tenía a los árabes destrozados con sus victorias, vivía con suficiente seguridad. Poseía un caballo al que tenía especial aprecio porque aventajaba a todos los demás en velocidad y fuerza. Pues tenía valor, doma y experiencia, y confiaba en él como en sí mismo; lo dejó en Nájera encomendado al cuidado de su esposa. En aquella época eran tan habituales los ataques de los árabes que los caballeros, los condes e incluso los reyes situaban los establos dentro de las casas, en el mismo lugar que la alcoba matrimonial, con el fin de poder tomar los caballos y las armas sin la menor demora en cualquier momento que se oyese el tumulto de los atacantes. Su hijo García, que era el primogénito, pidió a su madre que le diera el caballo que tenía encomendado; y como ésta acabara transigiendo a sus ruegos, un caballero asignado al servicio de la reina la hizo volver de su decisión, no fuera a ser que el enfado del rey cayese sobre ella. Y ésta, aceptando la recomendación, no concedió lo que había prometido. El hijo por su parte, irritado sobremanera, convenció a su hermano para que acusaran a su madre ante su padre de tener relaciones íntimas con el caballero que la había hecho volverse atrás. Pero Fernando, que no quería denunciar a su madre, le dijo: «No la acusaré, pero tampoco negaré lo que tú digas». García, cuya *maldita irritación y cólera* llegaban a extremos inverosímiles de *ceguera y obstinación*[110], expuso ante su padre sin el menor rubor la infamia contra su madre e invocó el testimonio de su hermano. El rey, sin dudar de sus hijos, recluyó a su esposa en el castillo de Nájera, y reunida la corte para tratar del asunto, determinó que la reina debía ser condenada o absuelta mediante un duelo. Pero como no había nadie dispuesto a luchar contra los hijos del rey en defensa de la reina, se presentó Ramiro, un hombre de gran apostura y avezado en las armas, que era hijo del rey Sancho, pero no de la misma madre que los otros; él se ofreció a afrontar el duelo en defensa de la reina. Y como el asunto se discutiese con opiniones encontradas, apareció un monje del monasterio de Nájera, famoso por su santidad, y le dijo al rey: «Si sucediera que a la reina se la acusa con un falso testimonio, ¿estaríais dispuesto a librarla de la acusación y a perdonar a los inductores?» El rey le respondió: «Nada me podría ser más grato que el que quedara libre con toda razón». Los hijos le habían confesado a este santo

[110] *Génesis*, 49, 7, el mismo texto que utilizó en la maldición del conde Julián en III, xx, 74-75.

varón que ellos habían lanzado la infamia contra su madre sin fundamento alguno. Entonces el santo varón, viendo que la reina, que era inocente, corría el peligro de ser condenada, relató al rey lo que sabía. Y aquel día quedó a salvo la inocente sangre de la reina. El rey por su parte, muy contento por la absolución de la reina, le rogó a ésta que perdonara el pecado de impiedad [111] de sus hijos. Accedió la reina con una condición: que García no reinara en Castilla, que le había correspondido a ella en la herencia de su padre [112], como así sucedió. Pues cuando llegó el momento de dividir el reino entre los hijos, para que los árabes no tuviesen posibilidad de imponerse si surgían desavenencias, por disposición de su padre le correspondieron a García, el primogénito, el reino de Navarra y el ducado de Cantabria; a Fernando le entregó el principado de Castilla. La reina, que de esta forma no sólo había recuperado su antigua honra, sino que la había ampliado, concedió a su hijastro Ramiro, que se había ofrecido a defenderla en el duelo, Aragón, que lo había recibido como parte de su dote, contando con la total aprobación del rey Sancho [113].

---

[111] En el sentido clásico latino: falta de respeto a los padres.

[112] Recuérdese que era hija del conde Sancho García.

[113] Este es el origen legendario de los reinos de Castilla y Aragón. Los reyes son, respectivamente, García III de Navarra (1035-1054), Fernando I de Castilla (1035-1065) y Ramiro I de Aragón (1035-1063).

LIBRO SEXTO

Cap. I

Sobre el rey Ramiro y la genealogía de los reyes de Aragón, y sobre la toma de Huesca

Pero como Ramiro supuso el comienzo de los reyes que reinaron en Aragón, apartándonos por un momento de la historia de sus hermanos, voy a relatar, sin solución de continuidad hasta nuestros días, la descendencia de los reyes de Aragón, que brillaron por sus muchos triunfos. Como se ha dicho, Ramiro fue hijo del rey Sancho, llamado «el Mayor», que lo tuvo de una señora muy noble del castillo de Aibar. A la muerte de su padre, valeroso como era, fue el primero que determinó ser llamado rey de Aragón; y fue el primero de los reyes de Aragón. Este tuvo un hijo al que llamó Sancho en recuerdo de su padre. Este Sancho asedió Huesca, y al ser alcanzado por una flecha comprendió que la herida era mortal, y les hizo jurar a sus hijos Pedro y Alfonso [1] que no cejarían en el asedio hasta que la ciudad fuese conquistada; y una vez fallecido a consecuencia de la herida, mantuvieron su cuerpo insepulto hasta que la ciudad fue conquistada. Y como se hubiera presentado un ejército de árabes para desarticular el asedio, Pedro, que era el mayor de los hijos y que

[1] Pedro I y Alfonso I el Batallador.

había sido hecho rey inmediatamente después de la muerte de su padre, hizo traer del monasterio de San Victoriano el cuerpo del mártir, y encomendándose a sus oraciones entabló batalla con los árabes y, animado por el auspicio del mártir, redobló su ardor en la lucha hasta el punto de que no solamente puso en fuga a los árabes, sino que, con los despojos de éstos, pudo revitualIar a su ejército, que ya empezaba a sufrir dificultades de aprovisionamiento [2]; y al cabo de pocos días asaltó la ciudad con tal ímpetu que no sólo se la entregaron, sino que reconocieron su soberanía. Este Pedro es el que más tarde fue capturado en un combate por Rodrigo Díaz, siendo inmediatamente liberado por la magnanimidad de su enemigo [3]. Este tuvo dos hermanos, Alfonso, del que más adelante seguiré hablando [4], y Ramiro [5], que fue monje y sacerdote en el monasterio de San Ponce de Tomeras.

Cap. II

Sobre las desavenencias de los aragoneses y sobre el reinado de Ramiro el Monje

Pero al cabo de bastantes años surgió el conflicto entre los aragoneses al morir los otros dos hermanos sin descendencia y ser Ramiro, como he dicho, monje y sacerdote y no poder hacer la guerra ni dictar justicia a la manera de los reyes, ni poder proveerse legalmente de una esposa [6]. Debido a esto estaban dispuestos a nombrar sucesor del fallecido rey a un noble que se llamaba Pedro Atarés; pero como éste se comportaba de una manera poco sensata, empezó a pavonearse con su próximo tratamiento y a mostrarse altanero con el poder que anhelaba, pero aún no poseía, y a menospreciar a los nobles. Por esta razón dos hombres poderosos, Pedro Tizón de Cadreita [7] y Peregrino de Castillo Azuelo, nobles y ricos como eran, y deseando preservar la lealtad a su señor natural, hicieron desistir a muchos de

---

2 Esta es la batalla de Alcoraz (1096).

3 Debe de ser un error, confundiéndolo con el conde Berenguer II de Barcelona.

4 v. VII, i ss.

5 Ramiro II el Monje (1134-1137).

6 La razón del conflicto era otra. Alfonso I había dispuesto en un testamento que hizo poco antes de morir que sus reinos (Aragón y Navarra) pasaran a las órdenes militares del Temple y del Hospital. Es el momento que aprovechan los navarros para alzar rey a García Ramírez; v. V, xxiiii, 15 ss.

7 Este es el abuelo del Toledano.

su primitiva decisión y lograron a base de inteligencia y entrega que hicieran venir al monje Ramiro del monasterio. Cierto día en que, mientras la corte de los aragoneses se encontraba reunida en Borja para elevar al trono al ya nombrado Pedro, habían llegado de Navarra algunos nobles y los aragoneses los habían acogido con escasa cordialidad, Pedro Tizón, saliéndoles al encuentro, los acogió con generosidad y efusión, y al enterarse de que Pedro Atarés estaba disfrutando de un baño, condujo a esos nobles hasta él, pero les fue impedida la entrada por los porteros, y al punto se alejaron llenos de indignación, y luego de almorzar con Pedro Tizón cambiaron de idea y regresaron. En esta misma reunión de la corte fue vetada, a instancia de estos nobles, la subida al trono de Pedro Atarés y el asunto fue aplazado hasta la corte de Monzón. Cuando se hubieron reunido de nuevo en Monzón, se impuso la opinión de los más influyentes, que postulaba que el monje Ramiro sucediese a su hermano difunto; y tras hacerle salir del monasterio lo elevaron al trono en Huesca, y poco tiempo después le consiguieron por esposa a la hermana del conde de Poitou. Este [8] salió con suerte de sus batallas y se mostró con los suyos desprendido, atento y generoso hasta el extremo de regalar a los caballeros casi todas las villas y castillos que correspondían a la corona. Tuvo una hija llamada Petrona, que luego cambió su nombre por el de Urraca, y que casó con Ramón, conde de Barcelona [9]; y tan pronto como se concertó su boda, el rey monje se reintegró a su monasterio. Sin embargo, mientras estuvo en el trono, enriqueció su monasterio con multitud de iglesias y tierras, que todavía hoy posee en Aragón y Navarra.

Cap. III

Sobre la unión del reino y del condado de Barcelona, y los hijos del conde y de la reina

Así pues, a la boda de su hija Urraca y el conde de Barcelona siguió la unión del reino y el condado; y de la reina Urraca tuvo el conde dos hijos y una hija, Alfonso, Sancho y Dulce, que casó con el rey Sancho de Portugal, cuya historia relataré más adelante [10].

---

[8] Ramiro.
[9] Ramón Berenguer IV (1131-1162).
[10] Sancho II (1223-1248); v. VII, v, 29 ss.

Sancho casó con Sancha, hija de Nuño, conde de Castilla [11], de la que tuvo un hijo, Nuño, que murió sin descendencia. Alfonso [12], que era el primogénito, al suceder a su padre y a su madre obtuvo el gobierno del reino y del condado. Este fue hombre valeroso y muy proclive a la generosidad y llevó a cabo grandes acciones en la zona de Provenza, pues el condado de Provenza era suyo. Este repobló Teruel y otros muchos castillos, y casó con Sancha, que era hija del emperador de las Españas [13] y de la emperatriz Rica, que fue hija del duque de Polonia [14], de la que tuvo tres hijos, Pedro, Alfonso y Fernando, y tres hijas, Constanza, Leonor y Sancha. A Alfonso [15] le entregó el condado de Provenza. Fue éste persona bondadosa, esforzada y dadivosa, y casó con la nieta del conde de Forcalquier, con la que tuvo un hijo que aún gobierna en Provenza y es valeroso y prudente, y ha reconquistado muchas ciudades y castillos que se habían desgajado del condado. Este [16] casó con Beatriz, hija del conde de Maurienne [17], de la que tuvo cuatro hijas, una casada con don[18] Luis, rey de Francia [19], otra, con don Enrique, rey de Inglaterra [20]. Constanza, hija del rey [21], casó con el rey de Hungría [22], y al morir su marido sin hijos, regresó a Aragón y su hermano el rey Pedro [23] la dio en matrimonio a Federico, rey de Sicilia [24], que luego fue emperador. Y habiendo hecho su hermano Alfonso, conde de Provenza, la travesía hasta Sicilia con su hermana la reina, una vez que se celebró la boda de ésta con Federico murió el conde Alfonso junto con otros muchos nobles de Aragón y Cataluña que le habían acompañado en la travesía [25]. Federico por su parte tuvo de Constanza un hijo, Enrique, que casó después con la hija del duque de Austria. Pero como había intentado alzarse contra su padre, éste lo encarceló en Apulia hasta el fin de sus días.

11 Nuño Pérez de Lara.
12 Alfonso II (1162-1196).
13 Alfonso VII de Castilla y León.
14 Ladislao II (1139-1146).
15 Alfonso Berenguer, conde de Provenza (1189-1209).
16 El conde de Provenza contemporáneo del Toledano: Ramón Berenguer V (1217-1245).
17 Tomás I (1188-1232) y su hija Beatriz de Saboya.
18 Traduzco así *dominus*, tal como lo hace la *Crón. Gen.*
19 S. Luis IX (1226-1270).
20 Enrique III (1216-1272).
21 Hija de Alfonso II de Aragón, la que ha aparecido en la línea 17.
22 Emerico (1196-1204).
23 Pedro II (1196-1215).
24 Federico I (1152-1190).
25 *et esto les contecio por dolencia que les tomo por el demudamiento de la tierra* (*Crón. Gen.* 478 b 33-34). Parece que todo se debió a una peste.

Cap. IIII

Sobre Pedro, rey de Aragón, y su muerte

Pedro por su parte, que era el primogénito, sucedió a su padre Alfonso en el trono. Este fue valeroso, amable y dadivoso, y regalaba con generosidad cualquier dinero que podía conseguir, hasta el extremo de que frecuentemente empeñaba castillos y plazas fuertes con tal de que su mano, acostumbrada al regalo, no se encontrase sin nada que dar. Este fue un fiel amigo y un constante aliado del noble rey Alfonso de Castilla [26], y junto a él triunfó en la muy renombrada batalla de Ubeda, tal como relataré con más amplitud[27]. Este conquistó el castillo de Ademuz y otros baluartes a los que libró del yugo de los sarracenos. Este casó con María, hija del noble príncipe Guillermo, señor de Montpellier, que la había tenido de la hija del emperador de Constantinopla, y tuvo de ella un hijo llamado Jaime [28]. Este rey Pedro acudió a Roma durante el papado de Inocencio III y fue coronado por este Papa en la iglesia de San Pancracio. En fin, cuando el venerable Arnaldo, arzobispo de Narbona, convocó a multitud de cruzados de las Galias contra los herejes que en la provincia de Narbona blasfemaban del nombre del Señor [29], el rey Pedro de Aragón acudió en ayuda del conde de Tolosa, pues este conde Raimundo de Tolosa estaba casado con Leonor, hermana del rey Pedro de Aragón. También su hijo Raimundo, que se puede confundir con su padre, estaba casado con otra hermana del rey, Sancha, y de esta Sancha tuvo una hija que casó con Alfonso, hijo del rey Luis de Francia [30] y conde de Poitou. Y así el rey Pedro, acompañado de unos pocos aragoneses y muchos catalanes y del ya citado conde y, además, del de Foix y otros nobles de la Galia Gótica, entabló combate con los galos junto al castillo que se llama Muret, y fue la voluntad del Señor que el rey y los aragoneses cayeran en el combate, porque ellos fueron los únicos que resistieron con valentía, ya que huyeron los condes de Foix y de Tolosa y algunos catalanes. El rey Pedro, siendo católico sin tacha, no había acudido en ayuda de los blasfemos, sino, como dije, obligado por su parentesco. Fue enterrado en Sijena, que su madre la reina Sancha había construido como hospital y había fundado allí una institución de doncellas. Murieron junto a él en esa

26 Alfonso VIII.
27 La batalla de Las Navas de Tolosa; v. VIII *passim*.
28 Jaime I el Conquistador.
29 Los albigenses.
30 Luis VIII (1223-1226).

batalla los nobles de Aragón Aznar Pardo y su hijo Pedro Pardo, Gómez de Luna, Miguel de Lusia y muchos otros ilustres aragoneses. Esta batalla tuvo lugar en la era 1252.

Cap. V

Sobre el rey Jaime y sus hijos, y sus hazañas

Al morir el rey Pedro su hijo Jaime era todavía un niño y había sido encomendado por su padre al cuidado de Simón, conde de Montfort, y estaba prometido con la hija de éste; pero como en la batalla de Muret este mismo Simón había provocado la muerte del rey Pedro[31], la sede apostólica determinó que el niño fuese devuelto a su familia, y por mediación del cardenal Pedro de Benevento, diácono de Santa María de Aquiro, fue entregado el rey Jaime a sus leales, siendo el inspirador de toda esta operación el venerable obispo Hispano de Segorbe, que corrió con los gastos de la misma. Al llegar a la adolescencia casó con Leonor, hija del noble rey Alfonso de Castilla, que era una niña a la muerte de éste, y de la que tuvo un hijo que se llama Alfonso; pero más tarde, por decisión eclesiástica y a través del venerable obispo Juan, cardenal de la sede apostólica, fueron separados en razón de su consanguinidad, quedando, sin embargo, legitimado el hijo por el mismo legado. El rey Jaime, que se esforzaba con gran ahínco en aventajar las grandezas de sus antepasados, comenzó a hostigar las tierras de los árabes y tomó la fortaleza que se llama Burriana, junto a otros muchos castillos y aldeas en poder de aquéllos. Seguidamente, tras armar una gran flota de todo el litoral de su reino, atacó las islas Baleares, y a Mallorca, la capital del reino, ciudad noble, grandiosa y rica, tras un largo asedio que estuvo a punto de acabar con su rey y demás habitantes, la sometió a su poder, aunque en las sucesivas batallas perdieron la vida en emboscadas muchos de los suyos. Luego de conquistar también Ibiza y Menorca y dejar allí unas guarniciones, navegó hacia Aragón. Y no contento con la conquista de este solo reino, penetró, seguro de sí mismo, en el de Valencia, que era famoso por sus muchas fortificaciones, y la ciudad, hostigada por interminables asaltos, se entregó vencida y sometida al invicto rey; y como éste consideraba que, aunque invicto, no había hecho nada mientras quedara algo por hacer,

[31] Había mandado las fuerzas enemigas.

salvo que conquistara las demás ciudades del reino, no cesó de acosar a los naturales de éste con correrías y matanzas hasta que las ciudades, los castillos y casi todas las plazas fuertes del reino de Valencia se entregaron al ilustre rey, de manera que, conseguida la paz en todos los rincones de sus reinos y capturada la totalidad de sus enemigos, no tenía a quien presentarle batalla. Este, como dije, separado eclesiásticamente de su primera esposa, casó en segundas nupcias con Violante, hija del rey Andrés de Hungría [32] y de la reina Violante, hija del emperador Pedro [33] y la emperatriz Violante de Constantinopla, emparentados con los reyes de Francia. Y de esta esposa tuvo una hija llamada Violante, que dio por esposa a don Alfonso, el primogénito del rey Fernando [34] que gobierna en Castilla, Toledo, León, Galicia, Córdoba [Lusitania] y Murcia. Tuvo también de la misma otros hijos, todavía pequeños. Que el Señor los bendiga y guíe sus pasos.

Cap. VI

Sobre el matrimonio del rey Fernando con la hermana de Vermudo y sobre la muerte del rey Sancho

Volvamos ahora a la historia del rey Sancho y de sus hijos. Así pues, el rey Sancho, llamado «el Mayor», una vez ampliados los límites de su patria y establecida la concordia entre sus hijos, lanzó sus fuerzas contra Vermudo, rey de León [35], y le arrebató muchos lugares de su reino. Este Sancho, un día en que se entretenía con su afición a la caza, persiguiendo a un jabalí encontró por casualidad, en una ciudad antaño noble y que entonces estaba abandonada, llamada Palencia, una cripta en forma de iglesia y un altar, que aún se mantenía en pie, en honor del mártir San Antonino. Y como el jabalí llegase a aquélla en su huida y el rey se dispusiera a matarlo en la cripta blandiendo su lanza, tocado por un milagro del cielo no pudo llevar a cabo lo que se proponía; pues se le inmovilizó su brazo derecho y de esta forma el jabalí escapó indemne. Entonces el rey, postrado en oración, suplicó la ayuda del santo mártir Antonino y, restablecido al instante, ordenó reconstruir la ciudad derruida y levantar una

---

[32] Andrés II (1205-1235).
[33] Pedro de Courtenay (1217-1219), nieto de Luis VI de Francia.
[34] El futuro Alfonso X, y su padre, Fernando III.
[35] Vermudo III.

iglesia sobre la cripta, y se encargó de que allí mismo fuera consagrado un obispo, e hizo, a éste y a la iglesia, generosa donación de toda la ciudad con todas sus tierras en pleno dominio, añadiéndole otras villas y posesiones de las que aún hoy disfruta la iglesia palentina. Los nobles, que observaban el declive de la patria, persuadieron con hábiles razonamientos al rey Vermudo de que consintiera en el matrimonio de su hermana Sancha, doncella de gran hermosura, con Fernando, hijo del rey Sancho, cosa a la que accedió; y al volver de tierras de Galicia, se celebraron las bodas reales con gran lujo y boato. Entonces el rey Sancho, llamado «el Mayor», regaló a su hijo Fernando y su nuera Sancha lo que había conquistado más allá del Pisuerga [36], contando con el beneplácito de Vermudo. Luego de esto, García, el futuro rey de los navarros, visitó la sede de los santos apóstoles Pedro y Pablo en cumplimiento de una promesa; y mientras se hallaba en su peregrinaje, su padre el rey Sancho, cumplidos sus días, dio fin a su vida tras haber reinado treinta y cinco años.
nando I
5-1065)
Murió en la era 1003. Su hijo el rey Fernando, después de los funerales reales, lo enterró en el monasterio de Oña.

Cap. VII

Sobre la victoria del rey García sobre el rey Ramiro

Mientras tanto, Ramiro, a quien su padre le había dado su parte en Aragón, aliado con los reyes de Zaragoza, Tudela y Huesca maquinó una inicua conjura contra su hermano el rey García. Cuando éste regresó de Roma tras haber cumplido su promesa, se encontró con que su hermano Ramiro alardeaba ya de rey y había reunido un ejército que amenazaba Tafalla. Pero el rey García, valiente y decidido como era, cayó sobre Ramiro y lo hizo huir en total desorden [37]; tan rápido fue el ataque que ni Ramiro ni su ejército tuvieron posibilidad alguna de tomar las armas; es más, Ramiro tuvo que saltar a su caballo descalzo y vestido tan sólo con una camisa, gobernando la montura con el ronzal y no con el freno. Y así, tras hacer una escabechina tanto entre los reyes que le ayudaban como entre el ejército de Ramiro, y tras apoderarse de las tiendas y los bagajes de uno y otros, el rey García quedó vencedor y se apoderó brillantemente de lo que Ramiro había recibido de su padre, a excepción de Sobrarbe y Ribagorza.

[36] Las tierras de Carrión y Saldaña, entre el Pisuerga y el Cea.
[37] En el año 1043.

Cap. VIII

Sobre la muerte del rey Vermudo

Más adelante surgió un contencioso entre los reyes Fernando de Castilla y Vermudo de León. La causa fue ésta: cuando Alfonso[38], el padre de Vermudo, empezó a reinar siendo aún un niño, el rey Sancho ocupó todo lo que hay desde el río Cea hasta Castilla. Pero a la sazón, tal como se ha dicho[39], Fernando, hijo del rey, que había casado con Sancha, hermana del rey Vermudo, ocupaba las tierras de la discordia en paz y tranquilidad, puesto que les habían sido cedidas libremente a él y a su esposa por el rey Vermudo con ocasión de su boda. Al morir el rey Sancho, Vermudo, que no había olvidado la antigua afrenta, no cumplió lo que había prometido y quiso recuperar lo que había regalado a su hermana y a su cuñado. Al darse cuenta el rey Fernando, tras llamar a su hermano García, rey de Navarra, salió al encuentro del rey Vermudo, que venía con todas las fuerzas de su ejército, en un lugar que se llama Llantada[40], junto al río Carrión; y chocando allí los ejércitos, se infligieron mutuamente graves pérdidas; y el rey Vermudo, que hacía gala de la rapidez y la fuerza de su caballo, se lanzó en persona, lleno de ardor y valentía, entre las filas enemigas con la intención de herir con su propia espada al rey Fernando. Pero el rey García y el rey Fernando aguantaban en el otro bando con no menor bravura y gallardía. Y en el momento en que el rey Vermudo se dejaba llevar por el ímpetu de su caballo, alcanzado por una lanza cayó a tierra, perdiendo al mismo tiempo la victoria y la vida. Muchos de sus caballeros, que habían penetrado por la brecha abierta por él, cayeron también allí y perdieron al mismo tiempo su vida y su señor. El cuerpo del rey Vermudo, llevado a León, fue enterrado junto a su esposa Teresa.

---

[38] Alfonso V.

[39] v. vi, 25 ss.

[40] No tengo claro este pasaje. El ms. *I* da *in uallem Tamaronis aduenit*, «llegó al valle de Tamarón»; lo mismo hace *B*, pero corrige al margen, y los otros cuatro mss. incorporan ya esta corrección. El Tudense, la fuente de estas líneas, también escribe *super uallem Thamaron*. La *Crón. Gen.* tira por la calle de en medio: *cercal rio de Carrion en un lugar que dizen Llantada, en ual de Tamaron* (482 b 9-10). Se trata de la batalla de Tamarón (año 1037). Lo que ha podido ocurrir es que el Toledano, al ir corrigiendo su primera redacción, ha creído que se trata de la batalla de Llantada, que tuvo lugar en 1068 entre Sancho II y Alfonso VI (v. xv).

Cap. VIIII

Sobre la unión de los reinos de Castilla y León y sobre los hijos del rey Fernando

Seguidamente, en la era 1054, como el reino de León le correspondía al rey Fernando a través de su esposa Sancha, pues no había otro heredero, el rey Fernando, luego de formar un ejército, atacó León. Y aunque los de allí intentaron una cierta oposición a causa de la muerte de Vermudo, sin embargo no le costó trabajo hacerse con la ciudad, puesto que aún no había sido convenientemente fortificada después de ser destruida por los árabes [41]. Y entrando en León fue acogido como rey por todos y coronado por el venerable Servando, obispo de León, el 22 de junio; y reinó cuarenta años y seis meses; y de esta forma desapareció el enfrentamiento de los reinos. Refrendó las leyes de los godos y añadió otras referentes al gobierno de las gentes. Este rey Fernando fue un hombre bondadoso, ecuánime, temeroso de Dios y resuelto, y de la ya nombrada Sancha, hermana de Vermudo, tuvo antes de llegar al trono a su primogénita Urraca, que sobresalía por su comportamiento y belleza. Luego tuvo a Sancho [42], luego, a Elvira, luego, a Alfonso [43], luego, a García; hizo educar a éstos en el conocimiento de las letras y, cuando fueron mayores, en el arte de la milicia, ordenándoles tomar parte en expediciones y combates, y a las hijas las hizo formarse en la devoción y demás ocupaciones de la mujer.

Cap. X

Sobre las desavenencias de los hermanos y la muerte del rey García

Como a Fernando todo le salía bien, su hermano García, rey de los navarros, que era altivo e incapaz de sufrir a alguien superior, envidiaba los éxitos de su hermano. Cierto día en que estaba enfermo en Nájera y el rey Fernando acudió a visitarlo, el rey García concibió la malvada idea de apresarlo; pero al descubrirse el plan, el rey Fernando escapó libre de la fortaleza por la gracia de Dios y volvió a su

[41] Por Almanzor y su hijo; v. V, xv, 5-17 y xvii, 4-6.

[42] Sancho II.

[43] Alfonso VI.

tierra. Al cabo de pocos días fue el rey Fernando el que cayó enfermo; y como el rey García acudiera a devolverle la visita con la idea de hacerse perdonar su mala acción, sufrió como culpable lo que había tramado contra un inocente, y, apresado por el rey Fernando, es puesto bajo vigilancia en Cea. Pero a los pocos días escapa sobornando a sus guardianes con promesas, y, vuelto a su patria, sólo pensaba en la venganza; y aceleró el ultraje contra su hermano tras haber reunido un ejército no sólo con su *gente*, *sino* también con rucones, váscones y moros. Cuando, después de pasar los montes de Oca, acampó en un lugar que se llama Atapuerca, el rey Fernando, que llegó por el otro lado, le envió embajadores solicitándole humildemente la paz, de forma que, contentándose cada uno con lo suyo, disfrutaran de eterna paz. Pero el rey García, sin acceder a ello, despidió a los embajadores de mala manera y con graves amenazas. Como la guerra ya era inminente, los nobles y los caballeros de su reino se le presentaron juntos a rogarle con humildad que les devolviera lo quitado y refrendara las leyes de la patria. Esto se debía a que, como aventajaba a todos en corpulencia y fortaleza, hasta el punto de imponerse sobre todos, se dejaba llevar por su fiera altanería y confiscaba las tierras de los caballeros y modificaba las leyes de la patria [44]. Pero él, confiando en imponerse con sólo sus fuerzas, rechazó las peticiones de los caballeros para que no fuera a parecer que accedía por temor. Entonces dos caballeros, cuyos bienes había confiscado, se pasaron al enemigo abjurando de su obligación natural. Ante esto, su ayo, que lo había criado desde niño y que era hombre prudente y bondadoso, valiente y leal, le aconsejaba con lágrimas no fingidas no sólo que accediera a las peticiones sino que se ganara los ánimos de los suyos. Pero el rey, obstinado en su resolución, no satisfizo a nadie. Entonces le dijo el ayo: «Veo que hoy vas a morir vencido y deshonrado, pero yo voy a morir antes para no ver morir a quien he criado con tanto cariño». Y en el momento en que los ejércitos se avistaron y se lanzaron a la lucha por todo el frente, el ayo, dejados el escudo, el casco y la coraza, vestido tan sólo con la ropa de diario, armado exclusivamente con la lanza y la espada, se lanzó a la muerte en primera línea para no ser testigo de la destrucción de su pupilo y de su gente. Una vez que ambos ejércitos se atacaron causándose mutuamente pérdidas, empezó a imponerse el ejército castellano porque era superior en número y capacidad ofensiva y porque el rey García no contaba con el favor de los suyos. Entonces unos caballeros, que habían sido de la escolta de Vermudo y que habían ocupado de

[44] Sobre lo que viene a continuación, v. R. Menéndez Pidal, *La España del Cid*, I, págs. 131-132.

noche y por sorpresa una colina desde la que se dominaba al ejército de los navarros, haciendo una descubierta contra las líneas del rey García junto a los dos caballeros que habían desertado, llegaron hasta la posición del rey, y se cuenta que uno de los desertores lo atravesó con la lanza; a causa del golpe cayó a tierra el rey García junto con dos nobles que estaban con él [45]. Una vez muerto su hermano y puesto en fuga el ejército de éste, aunque el rey Fernando estaba alegre por su victoria, sin embargo no se olvidó de su piedad y ordenó a los suyos que no se ensañaran con los cristianos que huían; no obstante, la mayor parte de los sarracenos presentes fueron apresados y pasados a cuchillo. Dispuso entonces el rey Fernando que el cuerpo del rey García fuera llevado a Nájera con todos los honores y enterrado en el monasterio de Santa María, que él había construido y enriquecido con amplias donaciones.

Cap. XI

Sobre el reinado del rey Fernando, la conquista de Portugal y la separación de los reinos

Así pues el rey Fernando, no menos enaltecido por la gracia de Dios que por su victoria, se hizo sin demora con el reino de su hermano, convirtiéndose así en monarca de la España Ulterior, esto es, Galicia, Asturias, León y Castilla, Nájera y el Ebro; a su vez, el territorio de Navarra entre el Ebro y el Pirineo quedó en poder de Sancho [46], hijo del rey García, el que fue muerto en Peñalén, y Aragón con Ribagorza, en el de Ramiro [47]. Dichoso por tanta paz y seguridad, reunió un ejército y se lanzó a la conquista de Portugal y Lusitania, que estaban entonces en poder de los árabes. Y en el primer choque capturó Seia causando muchas bajas al enemigo y pactando con sus habitantes que éstos quedaran allí y fueran sus súbditos a cambio de un tributo. Luego, dirigiéndose a Viseo, la asedió; pero como la ciudad contaba con gran fuerza de arqueros, el rey, tras explorar las entradas de la ciudad ordenó establecer puestos de vigilancia ante las puertas por los más esforzados y añadir un refuerzo a los escudos a causa de la lluvia de flechas, para que los atacantes no fueran diezmados por los arqueros y la doble madera amortiguase el

[45] La batalla de Atapuerca tuvo lugar el 1 de septiembre de 1054.
[46] Sancho IV (1054-1076).
[47] Ramiro I.

golpe de las flechas. Y como asediase la ciudad sin tregua y con ardor, acabó por conquistarla y, después de haber sido capturados o muertos sus habitantes, la entregó al saqueo, y fue identificado el arquero que en otro asedio anterior había dado muerte a su suegro Alfonso[48], e hizo el rey que le sacaran los ojos y le cortaran las manos y un pie. Llegó luego en su avance a Lamego, y aunque la ciudad parecía inexpugnable por su situación, sin embargo, tras rodearla con castillos de madera y otros ingenios, cae en seguida en sus manos, y después de apoderarse de sus habitantes y sus bienes, dio muerte a una parte de éstos y se reservó otra para reconstruir las iglesias destruidas. Ocupadas así estas fortalezas, se dispuso con la ayuda de Dios a atacar Coimbra, la más importante ciudad de aquella tierra, y visitó la iglesia de Santiago para impetrar la ayuda del cielo. Y luego de rogar durante tres días el socorro de la divina Majestad, alentado con la protección del santo apóstol, aprestó su ejército contra Coimbra, donde, después de acampar, distribuyó en derredor los ingenios y los castillos de madera. Pero como la ciudad destacaba por su poderío y enormidad, tuvo que alargar por más tiempo el asedio. Había por entonces bajo el dominio de los árabes unos monjes en un reducido lugar que aún hoy se llama Lorvaon. Estos, que subsistían con el trabajo de sus manos, habían conservado un granero de trigo, cebada, mijo y legumbres sin que lo supieran los árabes y quitándoselo de su propio sustento. Pero como con el alargamiento del asedio empezaron a escasear las vituallas, se estaba ya hablando por todos de retirarse. Pero al enterarse los monjes, se presentan, y ofrecieron generosamente al rey y para el asedio lo que desde tanto tiempo habían guardado. Y reanimado el ejército con estas vituallas, creció su moral y, recobradas las fuerzas con el alimento, redoblaron con más ardor el asedio de la ciudad sin parar ni de día ni de noche hasta que los asediados, forzados por el hambre y la lucha, cedieron en sus ánimos ya desfallecidos. Pero ante la valerosa acometida de los cristianos y las arremetidas de los ingenios por todas partes, con la ayuda de Dios y la intervención de Santiago se logra una brecha en la muralla de la ciudad. Desmoralizados los árabes ante este cuadro, entregaron al príncipe Fernando la ciudad y sus bienes, implorándole tan sólo por sus vidas, cosa que aceptó la clemencia del rey, y a la hora tercera[49] de un domingo hicieron entrega del gobierno de la ciudad al invicto príncipe. Se dice que por aquel tiempo un griego de Jerusalén había llegado en peregrinación a la iglesia de Santiago y, una noche en que se encontraba haciendo oración, oyó contar a los lugareños que San-

48 Alfonso V; v. V, xviiii, 22-24.
49 Entre las siete y las ocho de la mañana. Año 1064.

tiago aparecía como caballero en los combates de los cristianos; pero él, aunque devoto del apóstol, defendía que no era caballero, sino pescador; y como persistiera en su idea, por revelación divina le fue dado contemplar que un caballo de brillante resplandor le era presentado al apóstol y, guarnecido con magníficas armas, ayudaba a los que asediaban Coimbra [50]. Y el peregrino del que he hablado, convencido por esta visión, anunció en público en la iglesia del apóstol el día y la hora de la toma de Coimbra, y tal como predijo, así ocurrió luego en la realidad. Y de esta forma quedó en poder de la fe cristiana la tierra más allá del río Mondego. Encomendó la defensa de ella a Sisnando, que, desterrado tiempo atrás, se había unido a Abenadab, rey de los agarenos, al que cayó en gracia por su honradez, y que llevó a cabo guerras y saqueos contra los cristianos que vivían en Lusitania y Portugal; pero ahora, reconciliado ya con el príncipe Fernando, había recuperado su honra y estima. El rey Fernando visitó la iglesia de Santiago para dar gracias por su triunfo y, tras hacer una ofrenda, volvió a su tierra y comenzó a prodigar buenas obras, y durante toda su vida no cejó en sus hostilidades contra los árabes. Y temiendo que después de su muerte sus hijos se disputaran el reino, repartió éste en vida, y dio a Sancho, su primogénito, a partir del río Pisuerga, Castilla, Nájera y el Ebro; y dio a Alfonso León, Asturias y Trasmiera hasta el río que se llama Deva, Astorga y lo que se conoce como Tierra de Campos, y el Bierzo hasta la villa de Ux [51], en el monte que se llama Cebrero; a sus hijas Urraca y Elvira les dio Zamora y Toro; a García le dio toda Galicia con la tierra que se llama Portugal.

Cap. XII

Sobre la devastación del reino de Toledo y el traslado de las reliquias a su reino

Seguidamente, tras reunir la corte en León, condujo sus ejércitos contra los moros y se apoderó con honroso triunfo de algunos castillos hostiles a los cristianos, a saber, Gormaz, Vadorrey, Aguilera,

---

[50] El texto es confuso. Parece que hay que suponer a Santiago como sujeto de la segunda parte, o de toda la oración.

[51] El *Diccionario Geográfico de España* (Madrid, 1961, dirigido por Germán Bleiberg) recoge una Villaux, en La Riera, al N. de Somiedo, en Asturias (t. XV, pág. 723); y una Uz en Olleros, Carballedo, en Lugo (VI, pág. 566); Madoz, que también recoge la segunda, da otra La Uz en Murias de Paredes, León. Quizás se trate de esta última.

Valeránica, que ahora se llama Berlanga, Riba de Santiuste, Santamera y Huérmeces; y muchas torres de vigías, que ahora se llaman atalayas, con las que se detectaban las llegadas de los cristianos, las demolió por completo en el valle de Bordecorex y en el lugar que ahora se llama Caracena, hasta Medinaceli. Saltando desde allí a la zona de Cantabria, expulsados los moros, sometió a su poder los montes de Oca y de Oña. Desde allí, fijando su atención en Toledo, hasta tal extremo entró a sangre y fuego en Talamanca, Guadalajara, Alcalá, Madrid y demás lugares de influencia toledana, que el rey de Toledo, haciéndose eco de los deseos de los suyos, no sólo le entregó regalos sino que le prometió bajo juramento que le pagaría un tributo anual. Luego, acosó hasta tal punto al rey de Sevilla, que le permitió llevarse de allí el cuerpo de San Isidoro, que fue trasladado desde Sevilla a Toledo por dos obispos, Alvito de León y Ordoño de Astorga, que eran ilustres por muchos milagros. Afirman algunos que el cuerpo de Santa Justa fue trasladado entonces junto con el de San Isidoro; pero como ya en nuestro tiempo, mediante una revelación, los cuerpos de las Santas Justa y Rufina [52] han sido trasladados por el noble príncipe Pedro Fernández al monasterio real cercano a Burgos [53], no quiero pronunciarme, pero que lo haga quien lo sepa. Lo cierto es que el rey Fernando hizo levantar una iglesia conmemorativa y consagrarla a San Isidoro, que adornó con oro, plata, piedras preciosas y telas de seda, y a esta iglesia acudía por la mañana, por la tarde, por la noche y a las horas del sacrificio, unas veces acompañando a los clérigos en sus cantos de alabanza a Dios y otras incluso haciendo la vez de chantre. Y aunque había determinado situar su panteón en el monasterio de Sahagún o de San Pedro de Arlanza, accediendo a los ruegos de su esposa la reina Sancha situó el suyo, el de su esposa y el de sus sucesores en la iglesia que había construido en León, e incluso, convencido también por su esposa, trasladó los restos de su padre el rey Sancho desde el monasterio de Oña al mismo panteón. También, a requerimiento de los leoneses reconstruyó la noble ciudad de Zamora, que Almanzor había destruido hacía tiempo. Luego, como la ciudad de Avila seguía destruida desde hacía largos años, se dice que el rey Fernando sacó de allí los restos de los santos mártires Vicente, Sabina y Cristeta [54]. Pero como algunos dicen que están en Avila, otros que en el monasterio de San Pedro de Arlanza, otros que el cuerpo de San Vicente está en León, otros que el de Cristeta en Palencia, no me atrevo a dar nada por seguro. Determinó también que las leyes de los godos tuvieran vigencia en todo el reino de León.

[52] Habían sufrido martirio en Sevilla a comienzos del s. IV.
[53] El monasterio de las Huelgas.
[54] Habían sido martirizados en Avila a fines del s. III.

Cap. XIII

Sobre las piadosas acciones del rey Fernando, su muerte y sus esposas

Así pues, este rey Fernando, cuando ya era de edad avanzada, dedicó su vida a las buenas obras y a cumplir la voluntad de Dios. Enriqueció con tierras y donaciones las iglesias de su reino, en especial las de Santiago, San Salvador, San Isidoro y la catedral de León. También aliviaba con su propio peculio la pobreza de los monasterios. Cierto día en que asistía a los cultos en la catedral de León, vio que los servidores de la iglesia cumplían su labor descalzos debido a la escasez de recursos de la comunidad, e inmediatamente destinó determinadas rentas para el calzado de esos servidores. Otro día en que acudía al monasterio de Sahagún, satisfecho con lo que comían los monjes, asistía a los oficios divinos y hacía sus mismas comidas como si fuera uno más de ellos. En una ocasión en que, sentado a la mesa, se disponía a coger un vaso de cristal que le ofrecía el abad, se le cayó el vaso de las manos y se rompió. Entonces el rey, como reparación de su descuido, hizo traer en seguida otro vaso de oro recubierto de piedras preciosas y lo entregó al abad en compensación por el de cristal. Además, concedió a perpetuidad al monasterio cluniacense [55] una renta anual de mil áureos del tesoro real. Su esposa la reina Sancha no le andaba a la zaga en estas buenas y piadosas obras y daba muestras de habilidad y gran pragmatismo tanto en los asuntos internos del reino como en las situaciones críticas de las guerras. En cierta ocasión en que los árabes de Celtiberia y Carpetania se negaron a pagar sus tributos [56] al rey Fernando, éste, atacándolos al frente de sus tropas, no sólo los hostigó con saqueos sino que los reintegró a su anterior sumisión. Cuando ya su vida tocaba a su fin, se le apareció San Isidoro y le reveló el día de su muerte; y como al poco tiempo sintiese los primeros síntomas, se hizo conducir a León y entró en ésta el sábado 24 de diciembre, y siguiendo su costumbre, oró de rodillas ante los cuerpos de los Santos pidiéndoles y suplicándoles que, como ya se aproximaba el día de su muerte, su alma fuera llevada por los ángeles. Esa misma noche de la Natividad del Señor asistió a los maitines junto a los clérigos a pesar de estar enfermo, acompañándolos en sus cantos en lo que le permitía su estado; y entonces se seguía observando allí el rito toledano [57]. Convocados los obispos en cuanto amaneció, les hizo celebrar una misa solemne por

[55] El de Sahagún.
[56] Las parias.
[57] El mozárabe.

él y recibió el sacramento del cuerpo y la sangre del Señor. Al día siguiente, convocados los obispos, abades y demás religiosos, se hizo conducir a la iglesia junto con ellos; y llevando la corona en la cabeza y revestido con la túnica real, ante el sarcófago de San Isidoro habló al Señor con voz clara: «*Tuyo es el poder*, tuyo es el reino, *Señor; tú estás sobre todos* los reyes; todo está sometido a tu arbitrio[58]; te devuelvo el reino que recibí de ti: sólo te pido que lleves mi alma a la luz eterna». Tras decir esto, despojado de los atributos regios, rogaba por su perdón; y recibida la absolución de los obispos y la gracia del último sacramento, aplicándose un cilicio y cubierto de ceniza, pasó dos días entre penitencias y llantos. A la hora sexta[59] del martes, festividad de San Juan Evangelista, una vez llegado al límite de sus días, devolvió a Dios su espíritu inmaculado y fue enterrado junto a su padre en la misma iglesia de San Isidoro. Había reinado doce años en vida de su padre; muerto éste, otros doce en Castilla; en Castilla y León, dieciséis; en total, cuarenta años, seis meses y doce días. Su esposa la reina Sancha le sobrevivió dos años y murió el ocho de noviembre, y fue enterrada junto a él.

Cap. XIIII

Sobre las desavenencias de los hermanos y cómo venció Sancho a Alfonso

Así pues, tras la muerte del magnífico rey Fernando quedaron tres hijos suyos y dos hijas: Sancho, Alfonso, García, Urraca y Elvira. Pero por más que su padre había repartido el reino entre ellos y le había asignado una parte a cada uno, como *ningún poder admite ser compartido*[60] y como los reyes de España deben a la feroz sangre de los godos el que los poderosos no soporten a nadie igual ni los débiles a nadie superior, con bastante frecuencia las exequias de los reyes se empaparon con la sangre del hermano entre los godos. Así, el rey Sancho, al que le parecían poco los reinos de Castilla y de Navarra, digno sucesor y heredero de la crueldad goda, empezó a sentir sed de la sangre de sus hermanos y a ambicionar más de lo normal los reinos de éstos, siendo su obsesión que a sus hermanos y hermanas no les quedara nada de lo que su padre les había dejado, sino que,

58 *Paralipómenos*, 29, 11-12.
59 Alrededor de mediodía.
60 Lucano, I, 93-94.

codicioso, fuera él solo el dueño de todo. De ahí resultó no sólo que se produjeran varias muertes, sino también que se derramara con frecuencia sangre inocente. Su padre había encomendado a su hijo Alfonso velar por sus hijas Urraca y Elvira, teniendo en cuenta que era el más sensato de los tres. Como Urraca era astuta y prudente, Alfonso la trataba en todos los aspectos como si fuera su madre y se guiaba por sus consejos.

Cap. XV

Sobre la lucha entre los hermanos y la marcha de Alfonso junto al rey de Toledo

Sancho II (1065-1072)

Sancho, que era el primogénito, empezó a reinar en la era 1095, y reinó durante seis años. Este quiso hacerse con los reinos de sus hermanos, y de entrada comenzó a hostilizar a Alfonso, que era el segundo. Cuando el rey Sancho había reunido su ejército, aquél, llegando por lado contrario, le plantó batalla, y lucharon en un lugar que se llama Llantada; y fue voluntad del Señor que Sancho pusiera en fuga a su hermano y al ejército de León, para que él se ensoberbeciera y fuera mayor su caída; y hubo muchísimas bajas por ambos bandos [61], y lo que los árabes estaban acostumbrados a sufrir lo padecieron los desgraciados cristianos luchando en guerra fratricida. Alfonso marchó a León tras su derrota. Sin embargo, fijan un día para luchar otra vez con la condición de que el vencido ceda su reino al vencedor sin intentar volver a combatir. Y habiéndose reunido en un lugar que se llama Golpejera, junto a la orilla del río Carrión, después de producirse en la batalla graves pérdidas en uno y otro bando, finalmente resultó vencido el rey Sancho; y como se arriesgara a emprender la huida, el rey Alfonso, que no quería ensañarse con cristianos, ordenó que nadie se atreviera a perseguir a los huidos. Estaba junto al rey Sancho un valeroso caballero llamado Rodrigo Díaz el Campeador, quien consiguió convencer a su desmoralizado rey de que todavía era posible reorganizar el ejército en desbandada y caer al amanecer sobre los leoneses y los gallegos, que estarían desprevenidos, pues aquellas gentes solían pavonearse y ridiculizar a los demás en los momentos de triunfo y lanzar graves amenazas en los de derrota. Por esto se durmieron ya avanzada la madrugada agotados

[61] La batalla de Llantada tuvo lugar el 19 de julio de 1068.

tras una noche de charla, y se vieron sorprendidos por el rápido ataque del ejército del rey Sancho; y capturados muchos, muertos otros y los demás puestos en fuga, también es capturado el rey Alfonso en la iglesia de la Santa Virgen, que se encuentra en el recinto de Carrión, y es conducido preso a Burgos [62]. Finalmente es excarcelado por mediación del conde Pedro Ansúrez, enviado por su hermana Urraca, con la promesa de que tomaría los hábitos de monje en el monasterio de Sahagún. Como al rey Sancho le pareció bien todo esto, el rey Alfonso tomó los hábitos no por su voluntad, sino coaccionado [63]. Pero de acuerdo con un plan del conde Pedro Ansúrez, huyó de noche, y dirigiéndose a Toledo fue recibido con toda solemnidad y ampliamente agasajado por el rey Almemón [64], que a la sazón ocupaba aquel trono. Y el rey de Toledo, luego de mutuos juramentos de no agresión, se preocupó de su seguridad e hizo disponer dentro del propio palacio real unas estancias que le sirvieran de residencia a tono con su persona, para que el rey Alfonso viviera con más comodidad junto a sus cristianos lejos del ajetreo de la ciudad y tuviera a su disposición los jardines reales anejos, para solazarse cuando quisiera. Estaban con él tres hermanos nobles y leales, a saber, Pedro, Gonzalo y Fernando Ansúrez, a quienes la reina Urraca había encomendado la protección y el asesoramiento de su hermano el rey Alfonso. Y Almemón descubrió en él tantas virtudes que lo apreciaba como a un hijo. El por su parte colaboraba con éxito en los combate que Almemón libraba contra los reyes árabes vecinos, y en épocas de paz se dedicaba a la caza por las montañas y las riberas de los ríos.

Cap. XVI

Sobre las cacerías y los augurios de Alfonso

Por aquel entonces había abundancia de osos, jabalíes y otros animales en la espesura de los bosques y el frescor de las fuentes a orillas del Tajuña; y un día que marchaba orillas arriba del río, encontró un lugar que le agradó, que ahora se llama Brihuega. Y como le fascinara el castillo, la bondad del lugar y la abundancia de caza, a su vuelta a Toledo se lo solicitó al rey, que se lo concedió. Y tras esta-

[62] *Batalla de Golpejera, en el año 1072.*

[63] Para lo que resta de este cap. y el siguiente, v. R. Menéndez Pidal, *op. cit.*, págs. 194-196.

[64] Al-Mamún (1043-1075).

blecer allí monteros y cazadores cristianos, quedó el lugar bajo su jurisdicción, y dio allí albergue a unos cuantos cristianos expertos en la caza y en el manejo del arco, cuyos descendientes permanecieron allí hasta la época de Juan, tercer arzobispo de Toledo [65], que concedió más espacio a sus habitantes y pobló el barrio de la parroquia de San Pedro, aledaño ya a la ciudad. Cierto día bajó con Almemón a los jardines para dar un paseo y junto a ellos se sentó un grupo de árabes, y al contemplar la perspectiva de la ciudad, comenzó a divagar en voz alta sobre cómo podría una ciudad tan importante volver a manos cristianas. Pero cuando, hartos de estar tanto tiempo sentados, reanudaron el paseo por el jardín, el rey Alfonso se sentó al pie de un árbol a descansar; y como fingiera estar dormido, el rey Almemón continuaba hablando con sus árabes sobre si una ciudad tan poderosa podía ser asaltada de alguna forma. Uno le contestó así: «Si esta ciudad se viera privada durante siete años de sus huertas y viñas, podría ser capturada al faltarle los víveres». Al oír esto Alfonso, lo guardó en el fondo de su corazón. Otro día en que Alfonso estaba descansando sentado junto a Almemón, empezaron a erizársele los cabellos y Almemón intentó contenerlos con sus manos. Pero cuanto más los presionaba más se erizaban los cabellos. Y al darse cuenta de esto los sabios árabes, aconsejaron al rey que diera muerte a Alfonso, puesto que esa señal indicaba que se convertiría en el dueño de la ciudad. Almemón no quiso romper la palabra dada, pero le hizo jurar que mientras él viviera no atacaría las fronteras de su reino, y el rey Alfonso se lo juró de buen grado. Mientras éste permanecía así en Toledo, la reina Urraca vislumbró que su hermano el rey Sancho pretendía despojarla de lo que su padre le había entregado. Los zamoranos, que a duras penas soportaban el exilio de Alfonso, eligieron como jefe a Arias González, un hombre noble y poderoso que había sido ayo de la reina Urraca, para que dirigiera su resistencia frente a los castellanos.

Cap. XVII

De qué manera ocupó el rey Sancho los reinos de sus hermanos [66]

Pero el rey Sancho, formado un ejército en las tierras de Castilla y Navarra, avanzó sobre León y, tras un breve asedio, penetró como

[65] El tercero después de la conquista de la ciudad (1152-1166).

[66] v. Menéndez Pidal, *op. cit.*, págs. 184-188.

vencedor en ella y en lo demás que había pertenecido al rey Alfonso, y se colocó la corona de los tres reinos [67]. Mientras Sancho se entretenía en estos asuntos, el rey García se comportaba cada día de peor manera con los suyos, y era despreciado por todos, incluso por los suyos, y provocaba escaramuzas contra su hermano, aunque sin mucho entusiasmo. Tenía un servidor al que trataba con más confianza de lo normal debido a los secretos que compartían y a cuyas denuncias contra caballeros y barones prestaba oídos crédulos; y aunque le pidieron una y otra vez que alejara de él al citado servidor, se negó en redondo a permitir su destitución. Entonces ellos, sopesando el deshonor y el menoscabo, ya que se sentían perjudicados por sus denuncias, dieron muerte al delator en su presencia. Considerando su muerte una afrenta personal y un ataque directo, echándoles en cara cada dos por tres el deshonor causado, empezó a atormentar a todos los suyos sin motivo alguno, amenazándolos seriamente con no poner término a su indignación. Los suyos, aterrorizados por el peligro de estas amenazas y recordando el deshonor cometido, lo iban dejando solo, quitándose de en medio cada uno como podía. Por su parte el rey Sancho, luego de ocupar León y Asturias, dirigió su atención a Galicia. Como los gallegos estaban entonces divididos en facciones por el problema que acabo de relatar, el rey Sancho consiguió sin problemas lo que pretendía. El rey García se fue entonces junto a los agarenos llevando consigo trescientos caballeros e intentó convencerlos de que mandaran con él un ejército contra su hermano, prometiéndoles que les entregaría el reino de éste y el suyo. Le respondieron así: «Mientras eras rey, muy poco pudiste hacer para conservar tu reino. ¿Cómo nos lo vas a dar ahora que lo has perdido?» Aunque lo colmaron de regalos, sin embargo lo despidieron a tierra de cristianos sin echarle cuenta. Entonces, abatido por su doble fracaso, empezó a hacer correrías por las provincias, y asentándose en Portugal se apoderó de muchos lugares. Saliéndole al encuentro su hermano el rey Sancho, ambos pusieron sus ejércitos hermanos en posición de combate en un lugar que se llama Santarém; y comenzado el combate, García, vencido, es apresado perdiendo su reino y es encarcelado en Luna [68].

---

67 El 12 de enero de 1072.

68 Aquí se mezclan dos hechos distintos. Efectivamente, Sancho apresó en Santarém a su hermano García, pero lo liberó más tarde permitiéndole marchar a Sevilla a la corte de Almotamid. Esto ocurrió en 1071, es decir, antes de la batalla de Golpejera. Quien encarcela a García en el castillo de Luna es Alfonso VI en 1073, después de que aquél volviera de Sevilla.

Cap. XVIII

Sobre el asedio de Zamora y la muerte del rey Sancho

Tras apoderarse de esta manera de los reinos de sus hermanos, intentó apoderarse también de los reinos de sus hermanas, con las que estaba a mal porque compadecían la huida y el exilio de Alfonso. Y aparejados los batallones a su mando, atacó la ciudad de Zamora y, luego de rodearla por completo, inició un duro asedio. Pero Arias González, del que he hablado [69], y los demás asediados se defendían bravamente y el agresor no pudo conseguir lo que pretendía. Mientras se llevaban a cabo los enfrentamientos por uno y otro lado, saliendo de la ciudad un caballero llamado Bellido Ataúlfo, sin pensárselo dos veces atravesó con su lanza al rey que paseaba por el campamento y se volvió a la ciudad con la misma rapidez con que había salido [70]. Mas Rodrigo Díaz el Campeador, llevado por su lealtad al rey muerto, lo persigue al punto y estuvo a pique de darle muerte en las mismas puertas de la ciudad, pero no pudo atajar la velocidad de Bellido. Con la herida perdió el rey Sancho lo que poseía y lo que ambicionaba, su vida y sus reinos, y surgida una gran confusión en el ejército, se puso fin a la porfía entre asediados y asediadores; y huyendo unos a las claras, otros buscando caminos poco frecuentados, cayeron en las redes de la muerte o del cautiverio. Los castellanos, que siempre destacaron por su tenacidad y buen propósito, introdujeron con todos los honores el cuerpo del rey en un ataúd y lo trasladaron al monasterio de Oña acompañándolo con un triste cortejo y sonoras lamentaciones, y allí, después de celebrar el funeral, le dieron sepultura con el boato propio de los reyes.

Cap. XVIIII

Sobre la salida de Alfonso del reino de Toledo y su regreso a su tierra

Al término de las honras fúnebres se reunieron en Burgos los castellanos y los navarros y, como el rey Sancho había fallecido sin descendencia, llevando siempre a gala su innata lealtad, eligieron de común acuerdo como rey y señor a Alfonso, que se había refugiado

[69] v. xvi, 35-38.

[70] Sancho II murió el 7 de octubre de 1072.

en Toledo huyendo de su hermano, con la condición de que antes les jurara que no había tenido nada que ver con la muerte del rey Sancho; y le enviaron en secreto unos mensajeros previamente seleccionados. También la reina Urraca, después de convocar la curia de leoneses y zamoranos y de oír su parecer, envió mensajeros a su hermano Alfonso, a quien apreciaba especialmente y que a la sazón residía en Toledo, para que se apresurase a tomar posesión de los reinos de sus hermanos; y encareció a los mensajeros que mantuvieran el aviso en el mayor de los secretos, no fuera a ser que su filtración se convirtiera en un peligro para el rey. Pero unos hombres diabólicos, a los que ahora llaman «iniciados» [71] y que acostumbraban a desvelar a los árabes las intenciones de los cristianos, tras descubrir la muerte del rey Sancho se apresuraron a comunicarla a los árabes. Pero Pedro Ansúrez, que era persona discreta y conocedora de la lengua árabe y que estaba siempre atento a las noticias que venían de su patria, salía todos los días a cabalgar a tres leguas o más de Toledo, como si fuera a dar un paseo. Y dio la casualidad de que una tarde se encontró con alguien que llegaba, que le dijo que el motivo de su venida era comunicar al rey Almemón la muerte de Sancho. Pedro lo apartó del camino con el pretexto de conversar con él y lo mató cortándole la cabeza. Tras volver al camino y proseguir su paseo, se encontró con otro que venía por el mismo motivo y lo decapitó de la misma manera. Pero como llegaron otros por otros caminos, el secreto no tardó en ser conocido por Almemón. El enviado de la reina Urraca se encontró con Pedro Ansúrez, que había vuelto al camino por tercera vez, y le contó cómo habían sucedido todos los hechos; y regresando a Toledo a uña de caballo, comenzó a disponer lo necesario para el viaje sin que Alfonso lo supiera. Cuando al día siguiente llegó el mensajero de los castellanos y dio a conocer el asunto al rey, andaban éste, Pedro Ansúrez y sus hermanos indecisos, temiendo que, si le comunicaban el mensaje a Almemón, apresara al rey y le exigiera onerosas condiciones; pero si se lo ocultaban y él llegaba a enterarse por otro lado, temían que se encolerizase grandemente. Y mientras sopesaban ambas posibilidades, el rey Alfonso, confiando en el Señor, habló así: «Me acogió con todos los honores, me suministró con generosidad todo lo que necesité y me trató como a un hijo. ¿Cómo le voy a poder ocultar lo que el Señor me ha concedido?» Y acudiendo ante él, le comunicó lo que le habían transmitido los enviados. Almemón por su parte ya sabía todo eso y había hecho vigilar con

[71] Los *enaciados* o *iniciados* (conocedores de las dos lenguas) eran personas que vivían vendiendo secretos a unos y otros. Según Menéndez Pidal (*op. cit.*, pág. 210, n. 2), «a veces formaban pueblos enteros, como lo indica un lugar llamado Puebla de Naciados, en la prov. de Cáceres».

suma atención todas las salidas, para que Alfonso fuese capturado por los vigilantes si intentaba marcharse sin que él lo supiera. Al oír las palabras de Alfonso, le contestó lleno de alegría: «Doy gracias al Altísimo por haber querido librarme a mí de una villanía y protegerte a ti de un peligro. Pues si hubieras huido sin mi conocimiento, de ninguna manera habrías escapado a la muerte o al apresamiento. Vete ahora y hazte cargo de tu reino y recibe de mí oro, plata, caballos y armas con los que puedas ganarte la devoción de los tuyos». Y como siguieran hablando larga y amigablemente, Almemón le pidió, entre otras cosas, que renovara con él y con su hijo primogénito el juramento de no agresión que le había hecho y que le ayudara contra los árabes vecinos cuando la necesidad lo exigiese. Y de la misma forma se obligaron con Alfonso él y su primogénito. Sin embargo Almemón tenía un hijo menor que no fue incluido en el acuerdo y con el que Alfonso no estaba obligado en nada. Seguidamente, Almemón, tras acompañar junto a los más importantes de los suyos a Alfonso con todo ceremonial hasta el monte Velatón, le entregó los regalos y el dinero con los que le honró, y tras decirse adiós, se separaron en la cumbre del monte y Alfonso vuelve felizmente con los suyos.

Cap. XX

Sobre la subida de Alfonso al trono y sobre sus esposas e hijas

Llegando de esta forma a Zamora y después de una provechosa entrevista con la reina Urraca, que era mujer juiciosa y entregada a obras piadosas, comenzó a poner en práctica su equidad. Rápidamente se presentaron ante él los castellanos y los navarros y antes que nada le exigieron el juramento de que no había sido cómplice de la muerte de su hermano el rey Sancho, tal como dije [72]. Pero como nadie se atrevía a tomarle el juramento, Rodrigo Díaz el Campeador se ofreció en solitario a ello. Esta fue la razón de que luego no le cayera en gracia, por más valeroso que se mostrara. Y una vez conseguido el reino que había perdido y, además, los de sus hermanos, entre unánimes vítores y aclamaciones todos le prestaron juramento al rey Alfonso, y recibió la corona del imperio en la era 1101 [73]. Tenía treinta

lfonso VI 1072-1109)

[72] v. xviii, 7-9.

[73] En noviembre o diciembre de 1072. Alfonso VI adoptó el título de «Emperador de toda España» en 1077; v. xxviii, 13.

años y siete meses al comenzar su reinado y reinó durante cuarenta y tres años. Tuvo sucesivamente cinco esposas legítimas: la primera fue Inés; la segunda, Constanza, de la que tuvo una hija llamada Urraca que casó con el conde Ramón [74], y de la que este Ramón tuvo a Sancha y Alfonso, que luego sería emperador [75]; la tercera fue Berta, oriunda de Toscana; la cuarta, Isabel, de la que tuvo a Sancha, que fue esposa del conde Rodrigo [76], y a Elvira, que casó con Rogelio, rey de Sicilia [77]; éste era hermano de Roberto Guiscardo e hijo de Tancredo de Hauteville, quien llegando desde Normandía se apoderó de Sicilia, Apulia, Calabria y Capua [78]; la quinta esposa fue Beatriz, de tierras francesas [79]. Tuvo también dos amantes nobles; una se llamaba Jimena Núñez, de la que tuvo a Elvira, que casó con el conde Raimundo de Tolosa, con el que tuvo a Alfonso Jordán, llamado así porque había sido bautizado en el río Jordán. Esta se embarcó con su marido hacia Siria en los tiempos en que aquel poderoso ejército de Francia, cuyo jefe y adelantado era este conde Raimundo junto con el obispo Aniciense, conquistó Jerusalén, Trípoli y Antioquía, expedición que contó con el auspicio y la predicación personal en Francia e Italia del santísimo Papa Urbano II, que fue el primero en disponer que los que fueran en socorro de Tierra Santa llevaran en el hombro derecho la señal de la cruz [80]. Y de la misma Jimena Núñez tuvo otra hija llamada Teresa, que casó con el conde Enrique de Besançon [81], hermano del conde Ramón, padre del emperador, y de la que este Enrique tuvo a Alfonso, que luego sería rey de Portugal [82].

---

74 La reina Urraca, que sería su sucesora, y el conde de Galicia Ramón de Borgoña.

75 Alfonso VII.

76 Rodrigo González de Lara.

77 Rogelio I (1062-1101).

78 En 1042, Guillermo de Hauteville, uno de los jefes de bandas de aventureros procedentes del ducado de Normandía, ocupó las tierras que aquí se citan; en 1059, Roberto Guiscardo fue proclamado duque de Apulia y Calabria. Tancredo era sobrino-nieto de éste.

79 Aquí añade en el margen el ms. *B*: «Tuvo también otra esposa que se llamaba Ceyda y que luego cambió su nombre por el de María». Los editores anteriores lo incorporaron al texto; v. xxx, 3-5.

80 Se trata de la Primera Cruzada, que se inició en 1095, tras ser convocada el año anterior por el Papa Urbano II en el Concilio de Clermont, a consecuencia de las predicaciones de Pedro el Ermitaño. El obispo Aniciense debe de ser Adhemar de Monteil, obispo de Puy, legado papal en la cruzada y que murió en ella en 1098.

81 Enrique de Borgoña.

82 Alfonso Enríquez (1138-1185).

Cap. XXI

Sobre las cualidades de Alfonso

Volvamos ahora a los comienzos de sus hazañas. Su nobleza se conjugaba con su valentía; sobresalía por su virtud; su gloria no tuvo par. En su reinado reverdeció la justicia, la esclavitud halló su fin, las lágrimas, su consuelo, la fe, su expansión, la patria, su engrandecimiento, el pueblo, su confianza; el enemigo fue aniquilado, las armas callaron, el árabe desistió, el africano se aterrorizó; el llanto y los lamentos de España no encontraron consuelo hasta su llegada; su diestra era la garantía de la patria, la salvaguardia sin miedo, la fortaleza sin menoscabo, la protección de los pobres, el valor de los poderosos. Las estrecheces de Asturias no fueron capaces de contener la grandeza de su corazón y escogió el esfuerzo como único compañero de su vida; despreciaba los placeres, encontraba gozo y deleite en los peligros de la guerra, pareciéndole que malgastaba los días de su vida que no pasaba entre ellos. Alfonso, rey poderoso y magnánimo, rey poderoso que nada teme; su arco, confiando en el Señor, halló gracia ante los ojos del Creador, que lo engrandeció con el temor de sus enemigos y lo eligió entre su pueblo para velar por la fe, ampliar el reino, aniquilar a los enemigos, acabar con los rivales, multiplicar las iglesias, reconstruir los lugares sagrados, reedificar lo destruido. Y como, según conté [83], estaba obligado mediante un tratado con Almemón y su hijo primogénito, de acuerdo con ese tratado les ayudó en todo mientras vivieron. En cierta ocasión en que el rey de Córdoba trataba de invadir el reino de Almemón, acudió en seguida el rey Alfonso contra aquél en cumplimiento del tratado; cuando Almemón se enteró de su venida, temió que sus intenciones fueran atacarle a él; pero el rey Alfonso le comunicó que venía en su ayuda, de acuerdo con los pactos que habían establecido entre ellos tiempo atrás. Entonces Almemón corrió a su encuentro lleno de gratitud y ambos penetraron en las tierras de Córdoba llevando por todas partes la muerte y la desolación, y luego de conseguir el botín, cada uno volvió felizmente a su reino, y el rey de Córdoba no intentó hostigar de nuevo el reino de Toledo [84]. Fallecida por entonces su esposa Inés, casó con Constanza, de tierras francesas, de la que ya he hablado más arriba[85].

---

83 v. xviiii, 50-55.

84 A quien ayuda Alfonso VI es el sucesor de Al-Mamún. Este conquistó Córdoba en 1075 (arrebatándosela a Almotamid, rey de Sevilla, que se la había anexionado cinco años antes), y allí murió envenenado en ese mismo año.

85 v. xx, 16. Inés murió en 1078 y el matrimonio con Constanza se celebró en 1080.

Cap. XXII

Sobre el asedio y la conquista de la ciudad de Toledo[86]

Tras la muerte de Almemón, ⟨Alfonso⟩ se mostró con su hijo primogénito Hyssem, del que ya hablé[87], tan predispuesto y deferente como con el padre; muerto aquél, el segundo hijo de Almemón, llamado Hyahya, sucede a su hermano[88] en el trono de Toledo, y apartándose en demasía del ejemplo de su padre y de su hermano, empezó a humillar a los más respetables y al pueblo en general, a los que abrumaba sin tasa con impuestos y más impuestos, hasta el punto de hacerles preferir la muerte a la vida, siendo, por lo demás, vicioso, torpe e incapaz. Su padre Almemón había regalado al rey Alfonso las plazas fuertes de Canales y Olmos, en las que dejaba a los heridos y enfermos cuando acudía en ayuda de Almemón. Como los toledanos, según he dicho, estaban oprimidos por su propio príncipe y se veían acosados por sus vecinos y su rey no ponía remedio a sus desastres, como si fueran uno solo le dijeron: «Conviértete en el defensor de tu gente y de tu patria o nos buscamos otro que lo haga». Hyahya, esclavo de su lascivia, no tomó en consideración la advertencia. Entonces aquéllos, cogidos entre los dos fuegos de su señor y de los ataques de los vecinos, enviaron mensajeros al rey Alfonso teniendo en cuenta su antigua relación y recordando sus leales e impagables servicios, y a través de los mensajeros le imploraron que asediara la ciudad, por muy inexpugnable que fuera, para que, forzados por el combate, pudieran guardar las apariencias cuando le entregaran la ciudad. Y como no le obligaba ningún tratado con aquel rey, aceptada la oferta de los vecinos, reunió un ejército de todos los rincones de su reino y arrasó las cosechas y los viñedos de todo el reino de Toledo, y repitió la misma operación durante cuatro años consecutivos. Y aunque la ciudad aventajaba a todas las ciudades en recursos, sin embargo no pudo soportar la carencia de víveres tras tantos años seguidos de castigo. Y el rey Alfonso, comprendiendo esto, reunido un ejército innumerable,

[89] La asegurada Castilla puso sitio a su Toledo
Disponiendo campamentos para siete años y bloqueando sus entradas.

---

[86] Para este cap., v. R. Menéndez Pidal, «*Adefonsus, imperator toletanus, magnificus triumphator*», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 100 (1932), págs. 513-538.

[87] v. xviiii, 50-53.

[88] En realidad era el nieto y sucesor de Al-Mamún: Al-Cádir (1075-1085).

[89] Delante de los once primeros versos los anteriores editores colocaron un falso acróstico: *OPPIDA CAPTA*, «ciudades conquistadas».

Aunque encumbrada en las rocas y enormemente poblada,
Rodeándola el Tajo, repleta de las mejores cosas,
Vencida por la falta de alimento se entregó a su invicto enemigo.
Aplaudan a éste Medinaceli, Talavera, Coimbra,
Avila, Segovia, Salamanca, Sepúlveda,
Coria, Coca, Cuéllar, *Iscar*, Medina, Canales,
Olmos y Olmedo, Madrid, Atienza, Riba,
Osma con Río de Piedras [90], Valeránica, Mora,
Escalona, Hita, Consuegra, Maqueda, Buitrago,
Entre júbilo canten por siempre a su vencedor:
Alfonso, que tus triunfos resuenen sobre las estrellas.

Así tomó Toledo en la era 1123 [91], fijándose muchas condiciones, a saber, que los sarracenos conservarían de pleno derecho sus casas, tierras y todo lo que poseían, y quedarían en poder del rey la fortaleza de la ciudad y los jardines de más allá del puente; las rentas que los agarenos estaban obligados a pagar desde antiguo a sus reyes, se las pagarían a él; y además, la mezquita mayor les pertenecería a perpetuidad. Y así el rey, tras hacerse cargo de la fortaleza y del control de la ciudad, permaneció en ella para asegurarla, exponiéndose a un grave peligro. Toledo fue tomada en la festividad de San Urbano, Papa y mártir, el 24 de mayo, en el año vigésimo de su reinado; y como el dominio de la ciudad no ofrecía aún una garantía completa, se dejó para más adelante la elección de un obispo. El rey decidió entonces fijar su corte en la ciudad regia hasta que dispusiera de una poderosa fortaleza y la repoblara con creyentes y éstos fueran mayoría.

Cap. XXIII

Sobre la dote de la iglesia de Toledo [92]

Comprendiendo el rey la ayuda de Dios en sus éxitos, llamó a capítulo a las gentes más poderosas de su reino, a obispos, abades y demás religiosos, y se reunieron en Toledo el 18 de diciembre. Y tras un fructífero cambio de impresiones, eligieron por unanimidad como arzobispo a don Bernardo, hombre muy piadoso y prudente;

---

[90] Guadalajara.

[91] Toledo se rindió el 6 de mayo de 1085, y Alfonso VI hizo su entrada en ella el 25 del mismo mes.

[92] Sobre este cap., v. A. González Palencia, *Los mozárabes de Toledo en los siglos XII y XIII*, Madrid, 1930, vol. prel., págs. 155-157.

y seguidamente hizo el rey generosa y magnífica donación a la iglesia; le entregó Brihuega, que la conservaba desde los tiempos de Almemón, Barciles, Cabañas de la Sagra, Coveja, Rodillas, Alcolea, la que está al sur de Talavera, Azecuch, que ahora se llama Melgar, Almonacid y Alpuebrega, y, dentro de la ciudad, todos los establecimientos que llamamos vulgarmente tiendas y, además, casas, molinos, hornos, jardines, viñedos y huertas, en agradecimiento por todo lo cual aún hoy venera la iglesia de Toledo su recuerdo y aniversario, y le concedió muchos otros privilegios de inmunidad.

Cap. XXIIII

Cómo fue convertida la mezquita de los moros en iglesia cristiana

Como todavía entonces se observaba en toda España la escritura gótica, la traducción del Salterio y el oficio de la misa instituido por Isidoro y Leandro, que junto con la escritura y la traducción se conoce por toledano, Alfonso, a instancias de su esposa la reina Constanza, que era de tierras francesas, envió una delegación a Roma para pedir al Papa Gregorio VII que, una vez derogado en España el oficio toledano, fuera sustituido por el romano o francés. Bernardo, el obispo electo de Toledo [93], era oriundo de Agén, concretamente del pueblo de Sauvetat. Aunque en su infancia había cursado estudios religiosos, tras abandonar la clerecía se alistó en el ejército, pero poco después se vio forzado por una enfermedad a tomar los hábitos en el monasterio benedictino de San Aurencio de Aux. Requerido luego por el abad Hugo de Cluny [94], llevó junto a él una honorable existencia. Más tarde, cuando el rey Alfonso quiso ampliar el monasterio de Sahagún por la razón que dije [95], le solicitó al venerable abad Hugo de Cluny que le enviase a alguien sabio y piadoso para desempeñar el cargo de abad en el citado monasterio de Sahagún, que sería el principal de todos los monasterios de esa orden en España, al igual que lo era aquel otro monasterio en Francia. El citado abad de Cluny envió a Bernardo, a quien apreciaba por su santidad, y a algunos otros monjes. Marchando éstos en seguida, una vez nombrado abad se mostró afectuoso y comprensivo con todos, hasta el punto de que, cuando Dios todopoderoso devolvió Toledo al poder cristiano, fue elegido sin duda alguna, tras un corto espacio, arzobispo y primado. Y aprovechando

[93] Bernardo de Cluny (1086-1124).
[94] El famoso San Hugo (1049-1109).
[95] V. XV, 30-33.

un viaje del rey a la zona de León, aquél, aún electo, penetró de noche, a instancias de la reina Constanza, en la mezquita mayor de Toledo llevando consigo algunos caballeros cristianos; y después de borrar los vestigios de la inmundicia de Mahoma, levantó un altar de culto cristiano e instaló campanas en la torre mayor para llamar a los fieles. Cuando esto llegó a oídos del rey, profundamente irritado y espoleado por el dolor, puesto que había establecido un pacto con los sarracenos acerca de la mezquita, en tres días se plantó en Toledo desde Sahagún decidido a hacer quemar al electo Bernardo y a la reina Constanza. Cuando los árabes de Toledo tuvieron conocimiento del estallido de cólera del rey, se cuenta que salieron al encuentro de éste gentes de toda condición con sus esposas e hijos pequeños en una aldea que ahora se llama Magán. Cuando el rey llegó ante esa multitud, creyendo que venían a presentarle quejas, les dijo: «La afrenta no os la han hecho a vosotros, sino a mí, pues mi palabra fue inquebrantable hasta este día; pero de ahora en adelante ya no podré llevarla a gala; es de gran importancia para mí no sólo desagraviaros sino también castigar duramente a los culpables». Los árabes por su parte, como eran prudentes, le rogaron a gritos, de rodillas y con llantos que los escuchara. El rey, frenando a su caballo, se detuvo un momento y los árabes comenzaron a hablar de esta manera: «Sabemos perfectamente que el arzobispo es la cabeza visible de vuestra ley, y si fuéramos la causa de su muerte, los cristianos nos matarán en un solo día llevados por la pasión de su fe, y si la reina muriera por nuestra causa, seremos odiados por siempre por su descendencia y se vengarán de nosotros tan pronto como mueras. Por lo tanto, te solicitamos que no los castigues, y nosotros por nuestra parte te libramos de la obligación de tu juramento». Al oír estas palabras, la cólera del rey se troca en alegría, porque podía hacerse con la mezquita sin romper su palabra, y entrando en la ciudad puso orden en todo sin recurrir a la violencia.

Cap. XXV

Sobre la sustitución del oficio toledano [96]

Gregorio VII, del que he hablado [97], atendiendo a la petición del rey Alfonso, le envió a Ricardo, abad de San Víctor de Marsella, para

[96] Sobre este cap. y el siguiente, v. R. Menéndez Pidal, *La España del Cid*, I, págs. 255-281.
[97] v. xxiiii, 6.

que organizara, de acuerdo con las directrices eclesiásticas, las iglesias de España, que andaban sin concierto tras tantas calamidades. Este empezó a comportarse con cierta ligereza, llevando a cabo su misión con poca escrupulosidad. Al observar esto el obispo electo de Toledo, arriesgándose a los peligros de un viaje por tierra y mar, se presentó ante el Romano Pontífice. Pero en lugar de Gregorio VII, que había seguido el camino de todos los mortales, se encontró con su segundo sucesor en la sede apostólica, Urbano II [98]; acogido por éste con cariño y afabilidad, mereció la consagración, el palio y el privilegio [99], y confirmado como primado de España y tras recibir la bendición de la sede apostólica, regresó por Tolosa, donde celebró un concilio con los obispos de la Galia Gótica y el arzobispo de Narbona; marchando desde allí a España a través de los Pirineos, se hizo cargo del gobierno de todas las iglesias de España y, convocados los obispos, consagró la iglesia de Toledo en honor de Santa María Siempre Virgen, los santos apóstoles Pedro y Pablo, la Santa Cruz y el protomártir San Esteban, el día 25 de octubre, esto es, en la festividad de los Santos Crispín y Crispiniano, y puso sobre el altar mayor muchas y valiosas reliquias que había traído de la sede apostólica y otras que le habían entregado el rey y la reina de su tesoro y del de sus antepasados, por cuyos favores aún hoy se regocija el pueblo cristiano. Pero como Ricardo, el enviado papal, no mostraba mucho criterio en algunos asuntos, empezó a minarle su autoridad y poder hasta que Ricardo fue apartado de su misión y llamado a Roma por el Papa Urbano [100]. Pero antes de su destitución andaba alborotado el clero y el pueblo de toda España porque el legado y el rey los presionaban para que adoptaran el oficio francés; y habiéndose reunido un día fijado previamente el rey, el primado, el legado y una gran afluencia del clero y del pueblo llano, se produjo un grave enfrentamiento, pues mientras el clero, el ejército y el pueblo se negaban rotundamente a que se cambiase el oficio, el rey, instigado por la reina, defendía lo contrario amenazándoles con toda clase de calamidades. Finalmente la firmeza del ejército fue decisiva para que se acordase poner fin a la disputa mediante un duelo. Y habiéndose escogido dos caballeros para que lucharan uno por el rey en defensa del oficio francés y otro por el pueblo y el ejército en defensa del toledano, fue vencido en el duelo el caballero del rey, estallando el júbilo del pueblo porque

---

98 En efecto, Gregorio VII había fallecido en 1085; en 1086 fue elegido Víctor III, que murió al año siguiente; Urbano II comenzó su pontificado en 1088.

99 La consagración es la confirmación de su elección; el palio, el distintivo de los obispos; y el privilegio, el de la primacía de Toledo.

100 Ya había sido excomulgado por Víctor III.

había triunfado el caballero del oficio toledano. Pero el rey se vio tan presionado por la reina Constanza que perseveró en su propósito pretextando que el duelo no había sido legal. El caballero que había luchado por el oficio toledano era de la casa de Matanza, cerca del Pisuerga, cuya familia todavía existe. Como surgiera una fuerte protesta por parte del ejército y el pueblo, finalmente se llegó al acuerdo de arrojar el libro del oficio toledano y el libro del oficio francés a una gran hoguera. Y tras decretarse por el primado, el legado y el clero un ayuno general y habiendo rezado todos con gran devoción, arde en el fuego el libro del oficio francés, y ante la mirada de todos, que alababan al Señor, saltó fuera de las llamas el libro del oficio toledano sin haber sufrido un rasguño ni la más ligera quemadura [101]. Pero como el rey era perseverante y llevaba siempre a la práctica lo que pensaba, sin dejarse amedrentar por el milagro ni convencer por los ruegos mantuvo su resolución y ordenó, bajo pena de muerte o de suplicio de los que se opusieran, que el oficio francés fuera observado en todos los rincones de su reino. Y en medio del llanto y de la desolación de todos nació este dicho: «A donde quieren los reyes van las leyes» [102]. Y desde entonces el oficio francés, tanto en el Salterio como en lo demás, se observó en las Españas, donde nunca antes había tenido vigor, aunque en algunos monasterios se conservó ⟨el otro⟩ durante algún tiempo y aún hoy se sigue entonando su traducción del Salterio en muchas catedrales y monasterios. Después que Ricardo fuera apartado de su misión, comenzó el primado Bernardo a organizar las iglesias de las Españas.

Cap. XXVI

Sobre el cisma de los clérigos, sobre la vuelta del primado y sobre los buenos varones llegados de las Galias

Por la misma época el santísimo Papa Urbano II, profundamente afligido porque la ciudad de Jerusalén seguía en manos de los agarenos, empezó a predicar personalmente la cruzada por todas partes, según recuerdo haber contado antes [103]. Animado por las indulgencias, el primado Bernardo encomendó la iglesia de Toledo a clérigos

[101] Todo esto tuvo lugar en Burgos.

[102] v. A. G. Solalinde, «Alla van leys o mandan reys», *Revista de Filología Española*, III (1916), págs. 298-300.

[103] v. xx, 30-35.

del lugar y, tras tomar lo necesario para el viaje y ponerse la señal de la cruz, se fue de su ciudad con la intención de embarcarse hacia Siria junto al ejército del que he hablado. Apenas hacía tres jornadas que había salido de su sede cuando los clérigos que había dejado al frente de su iglesia empezaron a desbarrar y a decir que el primado ya no regresaría nunca más; por lo que, enardecidos por su espíritu de maldad y de ignorancia, eligieron ilegalmente a otro y expulsaron a los familiares del primado, quienes, dando rápidamente alcance a su señor, le comunicaron lo que había ocurrido. Y éste, asombrado con *toda razón*, regresó a Toledo encolerizado contra los promotores del suceso, a los que suspendió, junto al que habían elegido, con no menos rapidez que la que ellos habían empleado en su maldita precipitación para entronizar al sacrílego. Y colocó en su lugar a algunos monjes que trajo de Sahagún, para que la iglesia no se viese desasistida de culto durante su ausencia. Él por su parte, tras emprender el camino, marchó a Roma; pero *al llegar a la sede apostólica* le impidió el Papa Urbano continuar el viaje, antes bien, le ordenó regresar a su sede que estaba en tan delicada situación, no fuera a ser que la nueva semilla no germinase por descuido de quien la plantó; y tras ser relevado de su voto y de su decisión de ir a la cruzada, regresó *a través de Francia*, de donde, habiendo buscado en diversos lugares hombres honrados y sabios y también a los jóvenes dispuestos que pudo encontrar, se los llevó con él a España. De Moissac se llevó al beato Gerardo, a quien primero hizo chantre de la iglesia de Toledo y más tarde arzobispo de Braga; de Bourges, a San Pedro, a quien primero hizo arcediano de Toledo y más tarde obispo de Osma; de Agen, a Bernardo, que fue chantre de la iglesia de Toledo y al que luego hizo obispo de Sigüenza y posteriormente arzobispo de Santiago; y de la misma ciudad ⟨se llevó⟩ a Pedro, un joven que se formó en Toledo para ser más tarde arcediano y posteriormente obispo de Segovia; y a otro Pedro, a quien hizo obispo de Palencia; y a Raimundo, que era natural de Sauvetat y a quien luego hizo obispo de Osma tras San Pedro, y que más tarde le sucedió a él en la silla de Toledo[104]; y a Jerónimo, que era de Perigueux, a quien hizo obispo de Valencia en la época de Rodrigo el Campeador, pero, perdida de nuevo la ciudad al poco tiempo, don Bernardo, su metropolitano y primado, *lo colocó* en Zamora para que actuara allí como obispo, aunque allí nunca había existido obispo ni catedral; de aquel mismo lugar se trajo a Bernardo, a quien hizo obispo de Zamora a la muerte de Jerónimo, y éste fue propiamente el primer obispo de Zamora.

---

[104] Su mandato fue de 1124 a 1152.

Cap. XXVII

Sobre el cisma y la destitución de Burdino [105]

Se trajo también de Limoges a Burdino, a quien primero hizo arcediano de Toledo, más tarde obispo de Coimbra y posteriormente arzobispo de Braga. Era una persona taimada y veleidosa y, aunque su nombre era Burdino, se hizo llamar Mauricio al ser hecho obispo; y sin tener en consideración la lealtad y el agradecimiento debidos, después de que el Papa Urbano II, de feliz memoria, siguiera el camino de todos los mortales, se presentó ante el Papa Pascual II, que había sustituido al citado Urbano [106], y llevando consigo una gran cantidad de dinero le prometió al recién entronizado Papa Pascual II que le daría el dinero si lo convertía en arzobispo de Toledo destituyendo a Bernardo, que era quien lo había consagrado. Aquél, con la intención de castigar la infamia en la que había incurrido, aceptó el dinero y luego hizo caso omiso a su petición. Como por aquella época sufría la Iglesia una peligrosísima crisis debido a que el emperador Otón había apresado al citado Papa y a los cardenales y los había encarcelado [107], Burdino, espoleado por la pérdida del dinero, se presentó ante el cismático emperador ofreciéndosele para lo que quisiera. Y como el emperador le estaba dando vueltas a la elección de un nuevo Papa, fijándose en la habilidad de Burdino tomó la decisión de elevarlo a la cúspide de la sede apostólica; y una vez creado Papa, más bien antipapa, hace su entrada en Roma acompañado del aparato imperial, y tomó posesión como Papa de la iglesia de San Pedro y celebró una función solemne, tomando el nombre de Gregorio VIII [108]. Sucedió entonces que el Papa Pascual consiguió escapar de la cárcel con la ayuda de Dios, y andaba por la zona costera y por Apulia sin rumbo fijo para eludir la persecución; y permaneciendo por allí algún tiempo como un desterrado, soportó con gran entereza la persecución, y se dice que murió en Gaeta. Y allí mismo fue sustituido por el Papa Gelasio [109], que escribió al primado de Toledo una carta en los siguientes términos, según consta en el registro de este Papa: «El obispo Gelasio, siervo de los siervos de Dios, a su venerable

---

105 Sobre este cap., v. J. F. Rivera Recio, *La Iglesia de Toledo en el s. XII (1086-1208)*, Roma, 1966, págs. 177-178.

106 En el año 1099. Su pontificado duró hasta 1118.

107 Está confundiendo a Otón IV (1198-1218) con Enrique V (1106-1125), que fue el protagonista de estos sucesos, que concluyeron con el concordato de Worms entre él y Calixto II el 23 de septiembre de 1122.

108 Su antipapado fue de 1118 a 1121.

109 Gelasio II (1118-1119).

hermano Bernardo, primado de Toledo, y demás obispos de las Españas: Creemos que no escapa a vuestra fraternidad de qué manera se viene comportando desde hace algún tiempo nuestro hermano Mauricio, obispo de Braga, y cómo ha abandonado su iglesia y de qué forma se ha alineado junto a un rey que está excomulgado. Nos parece que también sabéis que él fue excomulgado en Concilio [110] por nuestro antecesor el Papa Pascual, de feliz recuerdo, y que se ordenó a la iglesia de Braga que buscase otro pastor. Ahora, a pesar de que ya hace tiempo de mi elección, sigue habitando en el corazón de la Santa Madre Iglesia gracias al despotismo del rey. Por ello encomendamos a vuestra fraternidad que proveáis, en un acto de obligada caridad, para que se lleve a cabo la elección en la iglesia de Braga y que deis a conocer a los demás hijos de la Iglesia que Mauricio ha sido excomulgado por cometer perjurio y mancillar a la Santa Madre Iglesia. Dado en Gaeta a 25 de marzo» [111]. Y este Papa, tras marchar por mar a Francia, falleció en Lyón sin haber llegado a cumplir un año de pontificado; y le sucedió Calixto II [112], que era arzobispo de Viena, hermano del conde Ramón, el padre de Alfonso el emperador hispano. Este, tan pronto como se impuso la paz, es restituido en la dignidad que le correspondía, y obligó a Burdino, ya sin el apoyo del emperador, a refugiarse en Sutri, y tras apresarlo y trasladarlo a Calabria, lo encarceló a perpetuidad en el monasterio de Santa Trinidad de Cavea; y allí vivió casi hasta la época del Papa Eugenio III [113], después del cual don Alejandro fue el cuarto [114]. A todo esto hacen referencia los siguientes versos que se encuentran grabados en una sala del palacio de Constantino:

---

[110] Lo fue en el Concilio de Benevento (1117).

[111] Del año 1118. La carta, en los números 6637-6638 de los *Regesta*... de Jaffé.

[112] Su pontificado fue de 1119 a 1124.

[113] De 1145 a 1153. Pero no fue así. Burdino, que había sido excomulgado por Calixto II en el Concilio de Reims (1119), huyó de Roma en 1121 ante la llegada de éste. Apresado en Sutri, fue encarcelado en Santa María de Cavea, cerca de Salerno, pero al año siguiente fue trasladado a la ciudadela de Janula, junto a Monte Casino; dos años después fue enviado por Honorio II al fuerte de Fumone, donde murió muy mayor.

[114] El pontificado de Eugenio III fue de 1145 a 1153; su sucesor fue Anastasio IV (1153-1154); el de éste, Adriano IV (1154-1159); y el de éste, Alejandro III (1159-1181). La expresión *a quo fuit IIIIus dominus Alexander*, que contiene un cómputo inclusivo, como ya hemos visto en otros pasajes, llevó a engaño a la *Crón. Gen.*, que traduce: *que fue aquel despues del que ueno Alexandre el quarto* (545 b 28-29). Alejandro IV gobernó la Iglesia entre 1254 y 1261 y, por tanto, no pudo ser conocido por el Toledano. También se podría pensar que el autor ha confundido Alejandro con Anastasio, y entonces la traducción sería: «a quien sucedió Anastasio IV», lo que es cierto.

He aquí a Calixto, honra de su patria, gloria del imperio;
condena al malvado Burdino y restablece la paz.

Según dije, el primado Bernardo se llevó con él a España, a su paso por las Galias, a los citados varones instruidos, sabios y honrados, y los ordenó canónigos en la iglesia de Toledo. A los monjes que había dejado en ésta los devolvió al monasterio de Sahagún, y de los que había llevado con él extrajo, como un buen arquitecto, los cimientos para *levantar las iglesias, cuyo buen y recto juicio proporcionó a las* iglesias la razón de su arraigo y crecimiento, tal como queda demostrado hoy día por los privilegios de tierras y franquicias que los reyes concedieron a las citadas iglesias como reconocimiento a la devoción de aquéllos.

Cap. XXVIII

Sobre la toma de Alcalá y Valencia

Así pues, una vez que el primado Bernardo regresó a su sede, organizó el asedio del castillo que se llama Alcalá, que era casi inexpugnable, y levantó otro castillo en una colina desde la que dominaba al primer castillo. Y víctimas al cabo del hambre, los habitantes del lugar escaparon por senderos ocultos, dejando en manos del venerable primado Bernardo el castillo, que todavía hoy se cuenta entre las propiedades de la iglesia de Toledo. Por su parte el rey Alfonso, después de conquistar y asegurar la ciudad de Toledo, reparados los baluartes y ciudades de Extremadura, como no era capaz de estar inactivo, se dedicó a recorrer las tierras de los sarracenos derribando los lugares más fortificados y asolando las llanuras, hasta el punto de que forzó a los árabes de la península a pagarle un tributo; *y como* su situación era tan hegemónica, firmaba como «Emperador de Hesperia» en los privilegios [115] que otorgaba a las personas o a las iglesias. Durante su reinado, Rodrigo Díaz el Campeador, quien, por la razón que conté [116], no era bien visto por el rey, formada una tropa de parientes y caballeros, se dispuso a hostigar a los árabes por su cuenta. Y dirigiéndose hacia la frontera de Aragón, derrotó en combate al

[115] Entiéndase siempre «documento».
[116] v. xx, 10.

rey Pedro de Aragón y lo hizo prisionero, pero lo liberó en seguida [117]. Y avanzando desde allí llegó hasta Valencia y la sitió; y como el rey árabe Búchar [118] acudiera en ayuda de Valencia con su ejército, en la batalla que se entabló logró Rodrigo el triunfo y Búchar huyó consiguiendo a duras penas salvar su vida, aunque quedó sobre el campo de batalla un número incontable de los suyos. Y al punto se rindió la ciudad a Rodrigo, y la ocupó mientras vivió; y tal como dije [119], Jerónimo fue consagrado en ella obispo por don Bernardo, primado y arzobispo de Toledo. Pero después de la muerte de Rodrigo la ciudad fue recuperada por los árabes. El cuerpo de Rodrigo Díaz fue trasladado por los suyos, con gran nobleza y valentía entre las mofas de los árabes, al monasterio de San Pedro de Cardeña, donde aún hoy permanece enterrado [120].

Cap. XXVIIII

Sobre la muerte del rey García y sus hermanas

Por aquella época cayó enfermo en la cárcel el rey García; al enterarse el rey Alfonso lo sintió sobremanera, porque lo amaba y porque había pensado hacerlo su sucesor, ya que él no tenía hijo alguno [121]; y nada más regresar a Toledo, tomó la decisión de excarcelarlo, pero cayó en la cuenta de que corría el peligro, por el carácter levantisco de aquél, de provocar una revuelta en sus reinos, por lo que se decidió por mejorar las condiciones de su prisión y permitirle algunas libertades. Pero como la enfermedad se agravaba y se le estaban haciendo sangrías, ordenó el rey que lo liberasen; pero aquél dijo: «Ya que Dios no ha querido que fuera liberado cuando estaba sano, me niego a serlo ahora que voy a morir; pero suplico y encargo a mis hermanas que me entierren en León con las cadenas que ahora atan

---

[117] v. la n. 3 de este mismo libro.

[118] El Búcar del *Poema del Cid* se identifica con Abu Beker, lugarteniente de Yúsuf, que en 1093 no llegó a atacar Valencia.

[119] v. xxvi, 40-42.

[120] Los cristianos, amenazados por el general almorávide Mazladí, abandonaron Valencia entre el 1 y el 4 de mayo de 1102, llevándose el cuerpo del Cid, que había muerto el 10 de julio de 1099.

[121] Hijo varón, se entiende; tenía a su hija Urraca (v. xx, 17), aparte del infante Sancho, del que va a tratar en el cap. siguiente, y de otra hija natural, Teresa (v. xx, 36).

mis pies». Y tras llevarlo a León, como había dispuesto, fue enterrado con todos los honores por sus hermanas y los obispos que habían acudido allí, en el decimosexto año del reinado de su hermano, en la era 1117. Y asistió también Ranerio, legado y cardenal de la iglesia de Roma. Y luego de celebrar un Concilio [122] con el primado Bernardo de Toledo, tomaron diversos acuerdos sobre asuntos de la Iglesia, e incluso que los escribanos abandonasen desde entonces la escritura toledana, que había inventado el obispo de los godos Ulfilas [123], y utilizasen la francesa. Al cabo de un tiempo falleció la reina Urraca Fernández y fue enterrada en León. Poco tiempo después murió Elvira, que recibió sepultura en León junto a su hermana Urraca y sus padres.

Cap. XXX

Sobre la llegada de los árabes y la muerte de Abenabeth

Una vez fallecidas sus sucesivas esposas, a saber, Inés, Constanza, Berta e Isabel [124], casó Alfonso con Ceyda, hija del rey Abenabeth de Sevilla, que, tras ser bautizada, cambió su nombre por el de María[125]. Esta, que había oído de las grandes hazañas de Alfonso, aunque no lo conocía en persona se enamoró perdidamente, hasta el extremo de abrazar la fe cristiana y entregar en poder de Alfonso los castillos que su padre le había regalado. Los castillos que dio a su marido son éstos: Caracuel, Alarcos, Consuegra, Mora, Ocaña, Oreja, Uclés, Huete, Amasatrigo y Cuenca. Y tuvo de ella un hijo llamado Sancho, al que había confiado al conde García de Cabra [126] para que lo criase. Y por consejo de su suegro Abenabeth hizo venir de Africa a los almorávides, que por entonces tenían la hegemonía entre los árabes, para que le ayudasen en su lucha contra los árabes de la península [127].

122 En el año 1090. El cardenal Ranerio es el futuro Papa Pascual II.

123 v. II, i, 17 ss.

124 Falta Beatriz, su última esposa, con la que casó un año antes de morir, en 1108 (v. xx, 24).

125 Ceyda, Zaida, María o Isabel, que de una u otra forma se la conoce, era hija, o nuera, del famoso rey Almotamid de Sevilla (Mohamed ben Abbad, 1069-1091), que se la ofreció a Alfonso como concubina en 1090 para sellar un pacto. Murió en 1099.

126 v. la n. 135 de este mismo libro.

127 Los almorávides fueron llamados por Almotamid y otros reyes de taifas para que les ayudasen contra Alfonso VI.

Pero la cosa resultó al revés; pues tan pronto como pasaron el mar en gran número, empezaron a hostilizar duramente a Abenabeth hasta el punto de darle muerte en un combate [128]; pues lo consideraban un cristiano por haber entregado su hija y sus castillos a un cristiano. Y cuando los andaluces [129] hubieron comprobado su poderío, empezaron a considerar qué les era más rentable, si guardar los cerdos de los cristianos o los camellos de los almorávides, y llevados por la pasión hacia su secta decidieron servir a los almorávides [130]. Y a partir de entonces tuvieron un solo rey los árabes de uno y otro lado del mar.

Cap. XXXI

Sobre la derrota de los cristianos en Sagrajas y la victoria de Alfonso en tierras de Sevilla

Así pues, los agarenos, una vez agrupados, comenzaron a atacar a los cristianos, y se desparramaron sobre la faz de la tierra como las langostas; y como hubieran llegado a un lugar de Castilla que se llama Roa, les salieron al encuentro dos condes, García [131] y Rodrigo. Y en el combate que siguió hubo miles de bajas por ambos bandos, pero acabó por ser derrotado el ejército cristiano y los árabes volvieron a sus tierras envanecidos por los muchos cautivos conseguidos y la cantidad de lugares que habían incendiado. Seguidamente el rey Alfonso, que llevaba muy a mal un descalabro de estas características, reorganizó el ejército para salir al paso del ejército agareno, que venía en su contra al mando de su jefe supremo, a quien llaman Miramamolín [132]. Y chocando ambos ejércitos en un lugar que se llama Sagrajas, acabaron cediendo los cristianos, y aunque las bajas de los árabes fueron numerosas, las de los cristianos fueron tantas y tan importantes que el descalabro de aquella batalla y su recuerdo son todavía casi proverbiales [133]. Puesto en fuga de esta forma el rey Alfonso, a

---

[128] Almotamid murió en prisión, en Marruecos, en 1095.

[129] v. la n. 49 del lib. VIIII.

[130] Son las famosas palabras de Almotamid a su primogénito Alraxid cuando decidió llamar a los almorávides. El Toledano no se las atribuye a él porque lo está retratando como aliado de Alfonso VI.

[131] Posiblemente, el conde García Ordóñez.

[132] En este caso es Yúsuf, el primer sultán almorávide.

[133] La batalla de Sagrajas tuvo lugar el 23 de octubre de 1086.

quien tantas victorias habían ensalzado, sin embargo no disminuyó su perseverancia; antes bien, vueltos a reunir los suyos y reclutados todos los que pudo de todos sus reinos, dispuesto a la victoria su gran corazón, en el mismo año se lanzó contra Sevilla; y penetrando en la Bética y en la parte de Lusitania que no le obedecía, hasta tal punto lo arrasó todo con saqueos, matanzas e incendios que la huida que provocó se podía equiparar perfectamente con la ⟨anterior⟩ victoria de los agarenos [134]. Y aunque el Miramamolín contaba con muchos cristianos del conde García Ordóñez [135], sin embargo no se atrevió a cortar la marcha del rey; y el rey Alfonso regresó a su tierra enaltecido por el botín y el triunfo.

Cap. XXXII

Sobre el sitio de Uclés y la muerte del infante Sancho

Y así, como el rey Alfonso ya era viejo y anciano al cabo de tantos esfuerzos y guerras y estaba achacoso por las enfermedades y los años, el Miramamolín, que en realidad se llamaba Haly [136], aprovechó para poner sitio a Uclés. Pero el rey Alfonso, como estaba impedido por la edad y el estado que he dicho, envió al conde García con su propio hijo Sancho, que todavía era un niño, y, con ellos, nobles y caballeros de su reino; y cuando ya estaban cerca de Uclés, les planta batalla a los que llegaban un gran contingente de sarracenos, que

---

134 Esta incursión de Alfonso VI por tierras andaluzas puede tratarse del cerco del castillo de Aledo (1090), entre Murcia y Lorca, que Yúsuf levantó ante la llegada de Alfonso VI, o del intento de batalla contra los almorávides en Granada (1091), donde se produjo un enfrentamiento con el Cid.

135 El conde García Ordóñez, que había casado con Urraca, hermana de Sancho IV de Navarra, fue alférez de Castilla, gobernador de Pancorvo y conde de Nájera. Fue una persona inepta y engreída, y Alfonso VI lo prefirió siempre sobre el Cid, de quien era enemigo personal a raíz de que éste lo apresara cerca de Cabra en 1079, cuando ayudaba al rey de Granada a atacar al de Sevilla, vasallo de Alfonso VI, al que el Cid había acudido a cobrar las parias. Desde entonces el pueblo le dio el nombre de «don García de Cabra» (v. xxx, 11); los moros lo conocían como «el boquituerto», y los cristianos, como «el Crespo de Grañón». Sobre el confusionismo de las crónicas y cantares medievales acerca de este personaje (de lo que es buena prueba este pasaje, que debe de referirse al episodio de Cabra), v. el lema *Garçi Ordonnez* en la ed. de Menéndez Pidal de la *Crón. Gen.*, II, pág. 806. Pese a todo, tuvo una digna muerte en la batalla de Uclés amparando al infante Sancho, de quien había sido ayo (v. xxxii).

136 Alí, sucesor de Yúsuf (1106-1143). La batalla de Uclés tuvo lugar en 1108.

ya se estaban imponiendo sobre los asediados; y una vez dispuestos ambos ejércitos en formación de combate, comenzó la batalla, y fue voluntad del Señor que un flanco de los cristianos comenzara a ceder ante el empuje de los árabes, haciéndose especialmente delicada la situación en la posición que ocupaban el conde y el infante; y como fuera gravemente herido el caballo que montaba el infante Sancho, dijo (éste) al conde: «Ayo, ayo, han herido el caballo que monto». Le contestó el conde: «No te muevas, porque si no te herirán a ti». Y al punto se desplomó el caballo que había sido alcanzado y, al arrastrar consigo al hijo del rey, se apeó el conde y parapetó como pudo al niño entre él y su escudo, mientras la muerte le apremiaba por todas partes. El, valiente como era, no sólo protegía al niño con el escudo, sino que repelía los ataques que llovían de todos lados, pero, al serle cercenado un pie de un tajo, no pudo aguantar más y cayó sobre el niño para morir él antes que el niño. Los demás nobles y caballeros que lograron escapar a la muerte, huidos y vencidos, dieron la espalda a la victoria. Y cuando el conde García Fernández, el conde Martín y otros condes y nobles llegaban al lugar que ahora se llama Siete Condes, les dieron alcance los árabes que los perseguían; y muertos allí siete nobles y otros muchos, los árabes llamaron Siete Puercos al lugar de la matanza, al que luego, cambiándole el nombre, llamó Siete Condes Pedro de Franco, comendador de Uclés. Una vez que los condes y nobles que habían salido con vida del combate llegaron a Toledo y se presentaron ante el rey con los rostros abatidos, el rey, sobrecogido por un dolor indescriptible, les habló así: «¿Dónde está mi hijo, la alegría de mi vida, el consuelo de mi vejez, mi único heredero?» Le respondió así el conde Gómez: «No nos encomendasteis a nosotros el hijo por el que preguntáis». El rey le dijo: «Aunque lo encomendé a otro, también os hice a vosotros responsables del combate y de su seguridad; y el que estaba especialmente encargado de ésta luchó, fue herido y murió encima de él; vosotros en cambio, que abandonasteis a mi hijo, ¿cómo os atrevéis a venir?» Se cuenta que Alvar Fáñez, un hombre valeroso y leal, le respondió así: «Conocedores de las penalidades que habéis sufrido desde vuestra adolescencia, de la sangre que habéis derramado tantas veces por vuestra patria, por sus ciudades, baluartes y castillos, y de que ningún socorro necesitaba vuestro hijo una vez muerto, hemos venido aquí para que con la muerte de éste no se apague la gloria de vuestras hazañas si, al morir nosotros, se pierde lo que habéis conquistado desde vuestra juventud con tanto éxito». Pero ni aun así se le pudo calmar el profundo dolor; cuanto más le hablaban, tanto más le atormentaba el recuerdo de su hijo y se renovaban sus sollozos.

Se perdieron entonces Cuenca, Amasatrigo, Huete, Uclés, Oreja, Ocaña y Consuegra.

Cap. XXXIII

Cómo es dada Urraca, la hija del rey, en matrimonio a Alfonso, rey de Aragón

Y así, al cabo de cierto tiempo, observando los condes y nobles que el rey iba perdiendo facultades por el dolor y la edad, se reunieron en una aldea cerca de Toledo, que se llama Magán, para tratar del casamiento de Urraca, la hija del rey, que estaba aún viuda desde la muerte de su esposo el conde Ramón. Y después de diversas consideraciones decidieron por unanimidad casarla con el conde Gómez, que luego sería llamado de Candespina, que era el más poderoso. Pero como no se atrevían a exponer al rey su acuerdo teniendo en cuenta su fuerte carácter, llamaron a un judío que tenía por nombre Cidiello, muy cercano al rey por su experiencia y sabiduría médica; y tras revelarle su acuerdo lo enviaron ante el rey para que le comunicara lo que habían acordado. Entonces el rey, como si se avivara su dolor, se dice que respondió así al judío: «No te echo a ti la culpa de que te hayas atrevido a decirme esto, sino a mí, pues con la confianza que te di has osado tanto. Guárdate en adelante de intentar presentarte ante mí, porque si lo haces serás hombre muerto. Es mi interés velar por mi hija, pero no como ellos planean». Al oír la respuesta, los condes y nobles se retiraron azorados. Por aquel entonces el conde Pedro de Trava criaba en Galicia al pequeño Alfonso, hijo de Urraca y del conde Ramón; el rey casi ni le prestaba atención porque el conde Ramón nunca le había agradado, pero, convocado el primado de Toledo y demás obispos y abades de su reino, decidió de acuerdo con ellos que su hija Urraca casara con Alfonso, rey de Aragón [137]; y tras llamar al rey de Aragón, le expusieron su decisión. Y una vez celebradas las bodas [138], que habían tenido tan amargo preludio, Alfonso, rey de Aragón, se llevó a su esposa a su tierra. Por su parte el rey Alfonso, conocido como Emperador de Hesperia, a pesar de su edad, eliminó hasta tal punto los peligros en su reino que los nobles y el pueblo llano, los poderosos y los menesterosos se regían por el mismo rasero de la ley, hasta el extremo

---

137 Alfonso I (1104-1134).

138 La boda se celebró en septiembre de 1109, un mes después de la muerte de Alfonso VI.

de que cualquier persona de ambos sexos, por muy débil que fuera, podía caminar sin temor por todos los senderos de su reino.

Cap. XXXIIII

Sobre la muerte del rey Alfonso y el milagroso anuncio de ésta

Y cuando se aproximaba el fin de sus días, llevaba ya casi un año padeciendo la misma enfermedad, y sin embargo montaba a caballo un poco todos los días por prescripción médica, a fin de que, acostumbrado como estaba a la actividad, se mantuviera en forma con el ejercicio. Y como Dios todopoderoso había acogido con agrado sus obras, quiso anunciar su muerte con un triste vaticinio; pues ocho días antes de ésta, en la natividad de San Juan, a la hora sexta [139], empezó a brotar agua, a la vista de todos, de las piedras que había en las gradas del altar, no de la tierra o de las junturas, sino del mismo interior de las piedras, y estuvo brotando sin interrupción durante tres días. Por aquellos días estaban en la ciudad los obispos Pedro de León y Pelayo de Oviedo, quienes, al tener conocimiento del milagro, fueron en procesión revestidos de ceremonial y acompañados de todo el clero y los habitantes de la ciudad desde la catedral hasta el altar de San Isidoro, donde esto había sucedido; y una vez celebrada la misa y pronunciado el sermón por el obispo de Oviedo, se acercaron al lugar del milagro y, entre lágrimas y alabanzas a Dios, bebieron de la misma agua los obispos y los demás, sin saber aún qué acontecimiento anunciaba el fenómeno. Pero, conocida la muerte del rey [140], al instante se dieron cuenta de que el duelo y la aflicción se abatían sobre España, ya huérfana, por lo cual lloraron incluso las duras piedras. Al amanecer del jueves 1 de julio, llegado al límite de su gracia y de sus días, dejó el duelo a su pueblo, el peligro a su patria, el gozo a los enemigos, el llanto a los pobres, el sollozo a los clérigos. Con su muerte apareció el ladrón, se mostró el bandido, se escondió el pobre, enmudeció el clero, sufrió el pueblo, se jactó el enemigo, desapareció la victoria, aumentó la huida, la espada se desboca contra los hermanos y la patria se dispone al aniquilamiento, al hacer cada uno su real voluntad. Después del excelso fin del rey, el primado Bernardo, junto con los nobles y demás que allí estaban, celebró honras fúnebres durante veinte días. Como no confiaban en

139 Hacia el mediodía.

140 Alfonso VI murió en Toledo el 1 de julio de 1109. El milagro ocurre en León.

poder conservar la ciudad tras la muerte del rey, llevaron su cuerpo al monasterio de Sahagún, que él había engrandecido, donde, enterrado entre cánticos y alabanzas, descansa. Reinó dos años en vida de su hermano, pero estos años se computan entre los de éste; después de su vuelta de Toledo, cuarenta años, seis meses y doce días [141], que con los otros meses hacen cuarenta y un años. Fue enterrado allí junto a sus esposas citadas más arriba.

[141] Según este cómputo habría sido coronado rey el 20 de enero de 1069 (lo fue en noviembre o diciembre de 1072). Recuérdese que en xx, 13 se dio como fecha de coronación la era 1101 (año 1063).

LIBRO SEPTIMO

Cap. I

Sobre la separación del rey de Aragón y la reina de Castilla

Urraca (1109-1126

Alfonso, rey de los aragoneses, al tener conocimiento de la muerte de su suegro, se encaminó rápidamente hacia Castilla junto a su esposa la reina Urraca y su ejército y se hizo con toda la tierra casi sin hallar resistencia, ya que le correspondía a su esposa por derecho de sucesión [1], y la gobernó en paz y tranquilidad, como buen rey que era, y la defendió valerosamente de los ataques de los moros; y amplió el reino de Castilla por todos sus límites, como si se tratase de su propio reino, y repobló con nuevos habitantes los lugares abandonados que incorporó a ella, a saber, Belorado, Valeránica, Soria y Almazán. Como no se hallaba seguro de la legalidad de su matrimonio, puesto que estaba emparentado con su esposa, confió muchas fortificaciones del reino de Castilla, dejando de lado a los castellanos, a la lealtad de los aragoneses, algunos de los cuales las poseyeron lealmente durante algún tiempo. Este era el parentesco entre los esposos: el rey Sancho, llamado «el Mayor» [2], era padre de Fernando [3], rey de Castilla, y de Ramiro [4], primer rey de Aragón; Fernando

[1] Alfonso VI había declarado heredera a su hija Urraca, sin tener en cuenta al hijo de ésta.

[2] Sancho III de Navarra.

[3] Fernando I.

[4] Ramiro I.

tuvo a Alfonso [5], el conquistador de Toledo; Alfonso tuvo a la reina Urraca. Ramiro tuvo a Sancho [6], el que asedió Huesca; Sancho tuvo a Alfonso, que casó con Urraca [7]. Pero el conde Pedro Ansúrez había recibido del rey Alfonso, el conquistador de Toledo, el encargo de criar a la reina Urraca cuando era una niña; pero al morir el rey y luego de los funerales de su padre, instigada por un sentido de ingratitud, le quitó las tierras al conde Pedro Ansúrez; pero el rey de los aragoneses, no tolerando la ingratitud de su esposa, se las devolvió al conde. Y como la reina no guardaba la mesura debida en estas y otras cosas parecidas, el rey hizo recluirla en un castillo que se llama Castellar; la reina, que llevaba con gran enfado su confinamiento, hizo venir caballeros de Castilla [8], con cuya intervención, después de convencer a los guardianes que tenía asignados, consiguió volver a Castilla. Pero los nobles de su reino, que reprobaban a las claras el divorcio que se había buscado la reina, luego de diversas negociaciones la entregaron a la merced de su esposo. Pero al cabo del tiempo, como comprendiera el rey que el comportamiento de su esposa distaba mucho de sus deseos, la condujo hasta Soria y, repudiándola, la dejó libre de hacer lo que le placiera; y ella, marchando en seguida junto al conde Pedro Ansúrez, se confió a su consejo. Entonces, reunida la corte, solicitó de todos los castellanos las tierras que poseían por entonces, aunque se las hubiera dado el rey de Aragón; y, tal como exigía el deber de lealtad, todos le devolvieron las tierras que poseían. Y como desde todos los rincones de su reino acudían gentes presas de enorme irritación porque el rey de los aragoneses la había repudiado y había colocado aragoneses al frente de su patria, recusaron el poder de ese rey y devolvieron a la reina, su señora natural, todas las fortificaciones y castillos que ocupaban. Entonces el conde Pedro Ansúrez, vestido de rojo y montado sobre un caballo blanco y llevando una cuerda en la mano, acudió en persona en el castillo que se llama Castellar ante el rey de los aragoneses, a quien había rendido homenaje besándole la mano por la tierra que de él había recibido como un honor, y le habló así delante de toda la corte: «La tierra que me disteis se la he devuelto a la reina, mi señora natural, a quien pertenecía; mis manos, mi boca y mi cuerpo, que os rindieron homenaje [9], os los ofrezco para que sean castigados con

5 Alfonso VI.

6 Sancho Ramírez.

7 Es decir, eran primos hermanos.

8 Los condes Pedro González de Lara y Gómez de Candespina.

9 «La relación de "vasallaje" se concertaba por medio del "homenaje" por el que el vasallo hacía entrega de su persona al señor y se convertía en su "hom-

la muerte o la tortura». Entonces el rey, que estaba bastante encolerizado, quiso condenarlo en seguida, pero, convencido por los suyos, accedió a aplazar la sentencia. A la mañana siguiente sus nobles le aconsejaron que perdonase generosamente a aquel noble que había guardado hasta tal extremo la lealtad para con su señora natural y que le había ofrecido su cuerpo y su persona para que dispusiera de ellos, puesto que había guardado fidelidad a sus dos señores, tal como exigía el deber del vasallo. Y el rey, colmándole de honores y regalos, lo despidió sin daño; este hecho lo imitan aún hoy los hispanos.

Cap. II

Sobre la victoria del rey de Aragón sobre gallegos y castellanos y la muerte del conde Gómez

Los castellanos asaltaron rápidamente los castillos y enclaves, y el reino, puesto así en trance de dividirse, se veía duramente dañado por ambos lados. A todo esto, el conde Gómez ansiaba casarse con la reina, tal como, según dije [10], había sido acordado por los nobles en tiempos de su padre. Pero la reina Urraca se entregó en secreto al conde Gómez, sin mediar las bodas, por lo que el conde, dando ya por seguro el matrimonio, comenzó a dirigir las guerras del reino y a presionar a los aragoneses en la medida de sus fuerzas; y tuvo de la reina un hijo en secreto, que fue llamado Fernando Hurtado. Entretanto, otro conde, Pedro de Lara, intentaba ganarse discretamente el favor de la reina, y consiguió lo que quería, a tenor del resultado [11]. Y como el reino andaba entre tantos peligros y enfrentamientos, Alfonso, el rey de los aragoneses, que todavía conservaba algunas plazas fuertes en tierras de Castilla, reunido su ejército, atravesó las fronteras de Castilla, y todos los castellanos, haciendo causa común con el conde Gómez, le salieron al paso. Y cuando ambos

---

bre", acto seguido del juramento de fidelidad que le prestaba y que a veces se convino mediante el rito franco de la mezcla de las manos del señor y del vasallo ("homenaje de mano" se llamó en España), pero, sobre todo, por el acto de besar el vasallo la mano del señor» (L. García de Valdeavellano, *Historia de las Instituciones*..., págs. 369 y 384). v. también la n. 104 del lib. V y la 81 de este libro.

[10] v. VI, xxxiii, 8-10.

[11] Fernando Hurtado (*Furatus*, en latín) parece que en realidad fue hijo de Pedro González de Lara, lo que corroboraría esta última afirmación.

ejércitos se encontraron en Candespina, cerca de Sepúlveda, los castellanos dispusieron así sus líneas: la primera línea, con el estandarte del reino, la encomendaron al conde Pedro de Lara; en la última estaba el conde Gómez por ser de más edad. Y cuando los ejércitos comenzaron el combate, el conde Pedro, que deseaba casarse con la reina, arrojando el estandarte al primer choque, se retiró sin ofrecer resistencia a los enemigos y se marchó a Burgos, donde a la sazón estaba la reina. Por su parte el conde Gómez, junto con los demás castellanos, continuó en la batalla luchando bravamente; pero, acabando por imponerse el rey de Aragón, resultó vencido y muerto. Pero un caballero de la casa de Olea, que portaba el estandarte del conde en su línea, cayó a tierra al ser derribado su caballo y, sosteniendo el estandarte sólo con los brazos, ya que había perdido las manos, no dejaba de proclamar a voz en grito: «¡Olea, Olea!» El ejército castellano huyó dejando muchas bajas en el campo de batalla, y Castilla, ilustre hasta enonces, queda abatida y abandonada por tratos tan despreciables [12]. Por su parte los aragoneses, enfervorizados por esta victoria sobre Castilla, después de atravesar el Duero y la Tierra de Campos llegan hasta León, habiendo dejado a su paso ruina y desolación; y aunque el botín había sido abundante, sin embargo empezaron a menguar las soldadas por la escasez de dinero; por esta razón el rey de Aragón saqueó los lugares de culto y robó con mano sacrílega los tesoros de oro, plata y piedras preciosas que había regalado la devoción de reyes y reinas, e incluso confiscó las tierras que habían donado los reyes. Por esto fue causa de escándalo y pecado ante Dios y los hombres; además, confiaba en poseer para siempre los reinos de su esposa. Y al proseguir su avance, los gallegos y los leoneses, junto con el infante Alfonso, que, como dije [13], permanecía en Galicia, le salieron al paso entre Astorga y León, en un lugar que se llama Viadangos. Y en el combate que siguió, puestos en fuga los leoneses y los gallegos y con muchas bajas por los dos bandos, el rey de los aragoneses resultó vencedor [14], y en su regreso por la zona de Castilla destrozó a los partidarios del conde Pedro y, saliendo tras ellos, los copó en Monzón, cerca de Palencia, donde los huidos se habían refugiado con la reina, y logró capturar allí a algunos de ellos; y de esta manera regresó a León distinguido con dos triunfos. Por su parte el conde Pedro de Lara, que había dado pábulo de manera improcedente a sus relaciones íntimas con la reina en el convencimiento de que concluirían en matrimonio, hacía valer su hegemonía

12 La batalla de Candespina se celebró el 12 de abril de 1111.

13 v. VI, xxxiii, 21-23.

14 La batalla de Viadangos se dio en octubre de 1111, después de la coronación de Alfonso VII.

sobre los demás, y comenzó a actuar como rey y a dar órdenes a todos como si fuera su señor; pero los demás nobles, que no toleraban el deshonor de su señora, empezaron a oponérsele y a obstaculizar su intención de casarse.

Cap. III

Sobre la reconciliación del rey de los aragoneses y del rey Alfonso, y sobre la muerte del rey de los aragoneses [15]

Pero ante la posibilidad de que se pudiera llevar a cabo por algún azar, Gómez de Manzanedo y Gutierre Fernández de Castro hicieron especial hincapié ante los demás en elevar al trono a Alfonso, el hijo de la reina y del conde Ramón, que estaba siendo criado en Galicia desde la época de su abuelo. Tras hacerle venir con la aprobación de todos, es entronizado [16] con la única oposición de su madre y del conde Pedro de Lara; pero, con la ayuda de los suyos, consiguió expulsar de su reino al conde Pedro de Lara, que halló cobijo a su destierro junto al conde de Barcelona [17]. El rey sitió a su madre la reina Urraca en las torres de León, pero, reconciliados madre e hijo, luego de quedarse la reina con lo que quiso, le dejó a su hijo lo demás; y una vez apaciguadas de este modo las discordias internas, el rey, a pesar de su juventud, empezó a fustigar el poderío de los aragoneses, que todavía detentaban el control de las posiciones más estratégicas en su reino. Y habiendo formado un ejército de gallegos, leoneses, asturianos y castellanos, el rey de los aragoneses marchaba en su contra con su ejército por la zona de Nájera. Los obispos y los abades de Castilla y de Aragón, dándose cuenta de que esta querella podía abrir las puertas a los árabes como en los tiempos de Rodrigo, con toda humildad rogaron a ambos reyes que renunciaran al combate mientras se intentaba un acuerdo. Finalmente el rey Alfonso, que era más joven, accedió a pedir al rey de los aragoneses, como si fuera su padre, a través de los obispos y abades, que le devolviera su reino, y si no podía *de iure*, que no se lo negara *de facto*, puesto que él estaba dispuesto a ayudarle en todo como si fuera su hijo. Y el rey de los aragoneses, cuando oyó estas palabras, como era hombre pia-

[15] Los editores anteriores titulan: «Sobre la elección del rey Alfonso como rey», lo mismo que hace *B* al margen.

[16] Fue coronado en Santiago el 17 de septiembre de 1111. Su reinado se computa a partir de 1126, fecha de la muerte de su madre la reina Urraca.

[17] Por esta época gobernaba el condado Ramón Berenguer III (1096-1131).

doso y cabal, respondió así: «Doy gracias al Dios verdadero por haber iluminado a mi hijo en esta resolución, porque si esto lo hubiera hecho antes, nunca habría encontrado en mí un enemigo sino un valedor; desde este mismo momento en que me pide el favor, no quiero para mí nada de lo que le pertenece y todo se lo devuelvo sin vacilar». Ordenó en consecuencia a todos los que ocupaban fortalezas, castillos y baluartes que los devolvieran sin dilación a su hijastro el joven rey; y acordada así la paz con buena disposición y generosidad, cada ejército regresó a su tierra sin haber tenido que afrontar el riesgo del combate, recuperando el joven rey Alfonso la integridad de su reino [18]. Pero el rey de Aragón supo allí mismo que los árabes se aproximaban a sus fronteras, y marchando a su encuentro a marchas forzadas trabó batalla con los árabes en un lugar que se llama Fraga; pero como el valor de los aragoneses había ido languideciendo, el que hasta entonces había sido casi siempre vencedor pagó el castigo del sacrilegio que había cometido en León, pues, vencido, muere [19], y se duda si se encontró su cadáver; pues algunos afirman que su cuerpo fue enterrado en el monasterio de Montearagón, luego de pagar a los moros un rescate por él; otros afirman que escapó con vida del combate, pero que al no poder soportar el oprobio de la derrota, tras cambiar su figura y apariencia anduvo por este mundo como un peregrino; y al cabo de algunos años apareció uno que aseguraba por todas partes ser él, y lo corroboraban los testimonios de muchas personas de Castilla y Aragón que habían tenido con él trato muy estrecho en ambos reinos y que traían a la memoria muchos detalles que él les recordaba haberle sucedido con ellos tiempo atrás; y la opinión de los más viejos aseveraba sin ninguna duda que se trataba de la misma persona. Por último, como muchos del reino lo creían y el número de sus seguidores crecía por días, el rey Alfonso de Aragón [20] lo hizo ahorcar.

Cap. IIII

Sobre las gestas del rey Alfonso en los comienzos de su reinado

onso VII
26-1157)

Alfonso, hijo del conde Ramón, comenzó su reinado en la era 1146 [21], y reinó cincuenta y un años. Su madre había reinado cuatro

18 Son los pactos de Támara, en el año 1124.

19 Enorme salto en el tiempo. Alfonso I el Batallador murió en Almuniente el 7 de septiembre de 1134.

20 Alfonso II (1162-1196).

21 Recuérdese la n. 16 de este libro.

años después de la muerte de Alfonso, el conquistador de Toledo. Y fue hombre bondadoso, generoso, valiente, noble, cuyo reinado se vio resaltado por gran número de hombres excelentes, condes, nobles y otros valientes caballeros, con los que emprendió ambiciosas y difíciles empresas y las concluyó con todo éxito. En los comienzos de su reinado conquistó la ciudad de Coria, donde, por medio del primado Bernardo, que aún vivía, restableció las enseñas de la dignidad perdida, y no cesó de hostigar a los moros que ocupaban Lusitania. En medio de todo esto, el venerable primado Bernardo, organizadas las iglesias de su provincia y de su primacía, digno de la gloria de Dios por sus buenas obras, acudió a presencia de Cristo siguiendo el común destino de la naturaleza humana, el 3 de abril del decimotercer año del reinado del emperador [22], y recibió sepultura en la iglesia que había sido mezquita y que él había consagrado en honor de la Santa Virgen, entre los llantos y los lamentos de todos, que gritaban: «¿Por qué nos dejas desamparados, padre?» Su pontificado duró cuarenta años. En su tumba se halla la siguiente inscripción: «Este fue el venerable Bernardo, el primer primado». Su sucesor fue Raimundo, obispo de Osma [23]. Luego, atacando el emperador a los moros por la zona de Toledo, tras asediar largo tiempo con asaltos y máquinas de guerra a Calatrava, que constituía un grave peligro para el reino de Toledo, la conquistó y cedió al primado don Raimundo de Toledo la iglesia con sus amplias posesiones y los diezmos de los réditos reales, y conservó algunas aldeas de su término, que tenían buenas defensas, y arrasó otras, a saber, Alarcos, Caracuel, Pedroche, Santa Eufemia, Mestanza, Alcudia y Almodóvar. Y aunque con frecuencia sufría los ataques de los moros, todo le iba resultando con éxito y ya se llamaba en sus cartas «rey de las Españas».

Cap. V

Sobre el origen y la genealogía de los reyes de Portugal

Pero el conde Enrique, del que ya dije que el rey Alfonso le había dado por esposa a su hija Teresa [24], aunque era persona bondadosa, justa, valerosa y temerosa de Dios, empezó a actuar por su cuenta

[22] Falleció el 6 de abril de 1124.
[23] La *Crón. Gen.* (649 b 48) considera esta segunda frase como parte del epitafio; pero así como la primera es un hexámetro, ésta no lo es.
[24] Alfonso VI; v. VI, xx, 36-39.

de vez en cuando; sin embargo, en ningún momento de su vida traicionó la lealtad que le debía, pero arrojó con sus solos medios a los agarenos de los límites de Portugal, reivindicando como suyo este principado. Pues hasta entonces acudía con su gente a las convocatorias del ejército o de la corte, pero la benevolencia, o más bien, la negligencia de Alfonso era sumamente indulgente con su pariente y amigo. Este Enrique restableció las sedes catedralicias de Viseo, Lamego y Oporto, donde fueron consagrados obispos por el primado de Toledo. También en su tiempo fue consagrado Burdino, del que ya hablé [25], como primer obispo de Coimbra. También reconstruyó con notable interés Braga, que todavía permanecía destruida tras sucesivos ataques, y fue devuelta a su primitiva dignidad por el primado Bernardo de Toledo; pues en ella consagró como arzobispo a San Gerardo, chantre de Toledo, de quien ya hablé [26]. El conde Enrique, a instancias de su esposa Teresa, que tenía el tratamiento de reina por ser hija de rey, entregó a título de donación a cada uno de estos obispos las ciudades de su tierra, a excepción de Coimbra, que aquellas gentes la consideraban entonces ciudad regia. Este Enrique tuvo de Teresa a Alfonso [27], que fue el sucesor en el principado a la muerte de su padre y que desde el principio se hacía llamar duque de Portugal; casó éste con Mafalda, hija del conde de Maurienne [28], de la que tuvo a Sancho [29] y Urraca, que luego sería esposa de Fernando, rey de León [30], con el que tuvo a Alfonso, de quien luego hablaré [31], y otra hija llamada Teresa, que casó con Felipe, conde de Flandes y Hainaut [32], y que murió sin descendencia. Su hijo Sancho [33] casó con Dulce, hija de Ramón, conde de Barcelona [34], y de Urraca, reina de Aragón, y tuvo de ella a Alfonso [35], que le sucedió en el trono y casó con Urraca, hija de Alfonso, el noble rey de Castilla [36], y tuvo de ella a Sancho, sucesor en el trono de Portugal, que todavía reina [37]; tuvo un segundo hijo, Alfonso [38], que casó con Matilda, oriunda de Francia y condesa de Bolonia, por la que aún hoy ocupa el condado; tuvo

[25] v. VI, xxvii.
[26] v. VI, xxvi, 29-31.
[27] Alfonso Enríquez (1138-1185).
[28] Amadeo III de Saboya (1103-1148). La boda fue en 1146.
[29] Sancho I de Portugal (1185-1211).
[30] Fernando II (1157-1188).
[31] Alfonso IX de León (1188-1230); v. xxiiii, 17 ss.
[32] Felipe I (1168-1191). La boda fue en 1184.
[33] Sancho I de Portugal.
[34] Ramón Berenguer IV (1131-1162).
[35] Alfonso II de Portugal (1121-1223).
[36] Alfonso VIII (1158-1214).
[37] Sancho II de Portugal (1223-1248).
[38] El futuro Alfonso III de Portugal (1248-1279).

también un tercer hijo llamado Fernando, que casó en Castilla con Sancha, hija del conde Fernando[39]; tuvo también una hija, Leonor, que casó con el rey de Dacia[40] y murió allí sin descendencia. El ya citado rey Sancho[41], además de Alfonso, cuya descendencia ya he relatado, tuvo otro hijo llamado Pedro, que casó con la hija de Armengol, conde de Urgel[42], que murió sin haber tenido hijos; tuvo también otro hijo, Fernando, que casó con la condesa de Flandes[43] y murió antes de haber tenido descendencia; tuvo una hija llamada Teresa, que se unió incestuosamente con Alfonso, rey de León[44], con el que tuvo un hijo llamado Fernando y dos hijas, Sancha y Dulce; y mientras Fernando y Sancha ya han fallecido, Dulce permanece aún soltera.

Cap. VI

Sobre los brillantes combates de Alfonso, rey de Portugal

Ahora, una vez establecida la genealogía de los príncipes de Portugal, volvamos al duque Alfonso, por el que empezamos[45]. Este Alfonso fue valeroso y constante en sus empresas. Fue el primero que utilizó en Portugal el título de rey, puesto que su padre tenía el de conde y él, antes, el de duque, y consiguió muchos privilegios e indulgencias del Papa Eugenio III, de quien hizo tributario su reino. Este construyó en Coimbra el monasterio de Santa Cruz, que enriqueció con donativos y tierras. Construyó también otro monasterio, que se llama de Alcobaza, al que dotó y enriqueció con amplias posesiones. Conquistó Santarém, Sintra, Lisboa, Evora y Alenque. Además, no sólo fortificó con murallas muchos puntos estratégicos de su patria, sino que repobló los que hacía tiempo que estaban abandonados. Guerreó con Fernando, rey de León[46], resultando vencido y prisionero, pero pudo regresar pronto junto a los suyos gracias a la magnanimidad de su enemigo[47]. Falleció de muerte natural, siendo enterrado en Coimbra en el monasterio de Santa Cruz. Le sucedió su

[39] Fernando Núñez de Lara.
[40] Valdemar II de Dinamarca (1202-1241).
[41] Otra vez Sancho I.
[42] Armengol VIII (1183-1209).
[43] Juana, hija de Baldovino, emperador de Constantinopla.
[44] Alfonso IX. Sobre este matrimonio y su separación, v. xxiiii, 16 ss.
[45] En v, 22.
[46] Fernando II.
[47] Batalla de Badajoz, en el año 1169; v. xxiii.

hijo Sancho, de quien ya hablé[48], persona de extrema prudencia y resuelto en la acción. Libró muchas batallas contra los moros y sitió con gran ardor la noble ciudad de Silves, y acabó por tomarla con la ayuda de los grandes refuerzos que le llegaron de Flandes, y estableció en ella una sede obispal; pero poco después, un enérgico ataque de los árabes logró arrojar de ella a los habitantes católicos, volviendo la ciudad a poder de sus primeros ocupantes. Repobló muchos lugares que aún están en poder del rey de Portugal: Cueva de Julián, conocida vulgarmente como Covilha, Guarda, Monchique, Portimao, Tôrres Novas y muchos otros con los que se amplió Portugal. Y acabó su vida víctima de una enfermedad crónica que padecía desde bastante tiempo atrás, recibiendo sepultura junto a su padre en el monasterio de Santa Cruz. Le sucedió su hijo Alfonso, que en sus comienzos era de lo más cristiano y al final dio rienda suelta a sus instintos. Durante su reinado se rindieron a la fe católica Alcácer y otros castillos. Al acercarse la hora de su muerte escogió el monasterio de Alcobaza para ser enterrado. Tras él, le sucedió en el trono su hijo Sancho. Durante su reinado cayeron en poder de los cristianos Elvas, Juromenha, Serpa y otros muchos castillos de los moros. Aún vive: que el Señor rija su destino. Y nos hemos apartado un tanto de nuestro propósito para poder establecer la relación genealógica de los reyes de Portugal.

Cap. VII

Cómo repartió el emperador el imperio entre sus hijos

Volvamos ahora a los hechos de Alfonso, rey de las Españas, tal como habíamos empezado. Así pues, tras la muerte del rey Alfonso de Aragón y su sucesión por su hermano el monje Ramiro[49], Alfonso, rey de las Españas, comenzó a hostilizar Aragón, hasta el extremo de llegar a ocupar las ciudades, los castillos y todo el terreno de este lado del Ebro[50]. Tras una prolongada lucha, se llegó finalmente a un acuerdo en estas condiciones[51]; que el rey de los aragoneses poseyera

---

[48] En v, 29, 40.

[49] Alfonso I el Batallador y Ramiro II el Monje. Sobre la elección de éste, v. VI, ii.

[50] Alfonso VII pretendía suceder a Alfonso I de Aragón por ser su madre biznieta de Sancho III.

[51] El acuerdo tuvo lugar en Carrión de los Condes en 1140.

todo lo citado como feudo del rey de las Españas y fuese vasallo de éste [52], lo que fue escrupulosamente cumplido hasta el asedio de Cuenca, en el que, según se dice, el noble rey Alfonso de Castilla relevó al rey Alfonso de Aragón de ese juramento y vasallaje [53]. Regresando a León después de esto, se colocó la corona del imperio y en adelante fue llamado emperador [54]. Tuvo dos esposas, Berenguela y Rica; de Berenguela tuvo a Sancho, Fernando [55], Isabel y Beatriz. Isabel casó con Luis, rey de Francia [56], y tuvo una hija llamada Adeledis, que fue esposa del conde de Ponthieu [57] y, ya condesa, tuvo a María, que fue madre de Juana, reina de Castilla y León [58]. Beatriz [59] casó con el rey Sancho de Navarra y tuvo con él dos hijos y tres hijas, de los que ya se ha hablado antes [60]. Seguidamente, a instigación de los condes Manrique de Lara y Fernando de Trastámara, que pretendían sembrar la semilla de la discordia, dividió el reino entre sus dos hijos Sancho y Fernando; a Sancho, el primogénito, le entregó Castilla hasta Sahagún, y Moral de la Reina, Tordehumos, Urueña, Cubillas, Medina, y toda la parte de Avila, y desde allí los límites quedaron en la calzada que se llama de Guinea [61] y en la orilla del Deva por la parte de Asturias. El resto hasta el mar, incluida Portugal, lo dio a Fernando, que era el menor.

Cap. VIII

Sobre la toma de Córdoba

A continuación atacó la ciudad de Córdoba con un formidable ejército. Al llegar a sus proximidades, el príncipe Avengania, que gobernaba en Córdoba, como desconfiaba de sus fuerzas, salió al encuentro del emperador y le entregó las llaves de la ciudad sometiéndosele [62]. Y aceptando el emperador el ofrecimiento, se hizo cargo de

---

52 Sobre el feudo, v. la n. 81 de este mismo lib., y sobre el vasallaje, la 104 del lib. V.
53 El asedio, que duró nueve meses, concluyó el 21 de septiembre de 1177.
54 En el año 1135.
55 Los futuros Sancho III de Castilla y Fernando II de León.
56 Luis VII (1137-1180). Su esposa es conocida generalmente como Constanza.
57 Guillermo II.
58 La segunda esposa de Fernando III.
59 También llamada Sancha.
60 Sancho VI de Navarra; v. V, xxiiii, 42 ss.
61 Iba de Avila a Mérida.
62 En el año 1144.

la ciudad, y el primado y arzobispo de Toledo, Raimundo, celebró en la mezquita una función solemne según el rito católico. Pero como la ciudad tenía demasiados habitantes y el emperador no disponía de soldados suficientes como para dejar allí una guarnición capaz de hacer frente a los naturales si pretendían obrar con artería, acabó por seguir el peor consejo y encomendó la protección de la ciudad a Avengania, que se la había entregado, y éste le prestó juramento de vasallaje a él y a su hijo el rey Sancho sobre el libro de Mahoma que se llama Alcorán.

Cap. VIIII

Sobre la llegada a España del rey de Francia

Tras esto, algunos aviesos que intentaban sembrar la discordia entre él y el rey de Francia dejaron caer en los oídos de éste que su esposa Isabel era hija de una concubina de lo más bajo; y el rey Luis [63], que quería comprobar las habladurías, tomó el camino de Santiago. Al enterarse el emperador, le salió al encuentro en Burgos acompañado de gran número de nobles señores y con ostentación de caballos y riquezas, y su yerno fue recibido de la mejor manera por él mismo y por el rey de Navarra [64], que le acompañaba, hasta el punto de quedar impresionado el rey de Francia ante la contemplación de tanto boato. Después de acompañarlo hasta Santiago y volver desde allí a Toledo, celebró cortes tanto de cristianos como de los árabes sometidos a su poder, en las que también estuvo presente el conde Ramón de Barcelona [65]. Maravillado el rey de Francia ante la contemplación de tan ilustres cortes, afirmó en presencia de todos que él no había visto en ningún rincón del mundo unas cortes tales, ni tanta magnificencia ni tanta gala. Entonces el emperador, señalando al conde de Barcelona, que venía entre su amplio y magnífico cortejo, le dijo: «De Berenguela, la hermana de éste, tuve una hija que os entregué como esposa; que vean vuestros ojos la verdad, si alguien os ha insinuado que ella no es de noble cuna y yo carezco de gloria». Entonces el rey Luis le dio las gracias diciendo: «Bendito sea Dios por haberme hecho merecedor de tener por esposa a la hija de tal señor y hermana de tal príncipe». El emperador le ofreció infinidad

63 Luis VII.
64 García Ramírez (1134-1150) o Sancho VI (1150-1194).
65 Ramón Berenguer IV.

de regalos, a cada cual más valioso; pero Luis sólo quiso aceptar un rubí, que colocó en la corona de espinas del Señor en Saint-Denis, y que yo recuerdo haber visto.

Cap. X

Sobre el origen de los almohades

Durante el reinado de este emperador Alfonso surgió entre los árabes un tal Aventumerth [66], que era muy versado en astronomía y ciencias naturales. Este, llevado por su curiosidad y afán de saber, dio con un joven, hijo de un alfarero y que se llamaba Abdelmón [67], y convenciéndole del gran porvenir que le aguardaba, le pronosticó que sería rey de los árabes; y creyéndole éste al punto, se dispuso a seguir las indicaciones del profeta. Aventumerth se ganó a un tal Almohadi [68], persona muy docta en la doctrina de Mahoma, y comenzó a predicar y enseñar el libro de Mahoma, que se llama Alcorán, y a defender ideas opuestas a las del califa de Bagdag, que es el Papa de los árabes y desciende de Mahoma por línea directa, y de la misma forma comenzó a instigar levantamientos contra los almorávides, que entonces poseían el poder en Africa. Y consiguieron ganarse para su causa a tal enormidad de gente que, a pesar de que Aboali [69], que era el rey y señor de los almorávides, luchó a menudo con ellos e incluso los venció, sin embargo no pudo acabar con ellos debido a la difusión que habían alcanzado. Abdelmón, que se comportaba como un rey, consiguió, con la ayuda de las prédicas de Almohadi y de los consejos de Aventumerth, vencer al rey Aboali y darle muerte, y se hizo con todo el reino de Africa y estableció su capital en Marrakech, metrópolis de aquella gente, y a Almohadi lo honraba en todo como si fuera un profeta de Dios, con cuya predicación conquistó toda Africa y la sometió por la fuerza. Finalmente, también navegó hasta España y doblegó bajo su poder a casi todos los árabes; y al regresar a su tierra falleció Almohadi, a quien Abdelmón dio sepultura con honores de rey no lejos de Marrakech. Y se le tiene en tal veneración que en los momentos de necesidad acuden a él a rogarle ayuda y por

[66] Muhammad ben Tumart (1122-1129).
[67] Abdelmumen (1129-1162).
[68] Almohadi es la transcripción que hace el Toledano de al-Mahdi, «el anunciado del Profeta», título que se dio a sí mismo Aventumerth.
[69] Alí, el segundo sultán almorávide (1106-1143).

su nombre los seguidores de esa secta se llaman almohades. Otros opinan que almohades significa «unidos». Seguidamente, muerto Abdelmón, le sucedió en el trono su hijo Aveniacob [70], que fue muerto por un cristiano en Portugal cuando había venido a las Españas; le sucedió su hermano Aveniuceph [71], que batió a los cristianos en la batalla de Alarcos [72]; y muerto éste, le sucedió su hijo Avenmahomath [73], que fue vencido en Las Navas de Tolosa [74] por el noble rey Alfonso; esta batalla fue el origen del hundimiento y la aniquilación de los almohades.

Cap. XI

Sobre la toma de Baeza y Almería y sobre la muerte del rey

Y como ya empezaba a brotar la semilla de la discordia bajo el manto de la realeza, el emperador, aprestado su ejército, asedió Baeza; y como algunos de los suyos le abandonaron, se reunieron sarracenos de muchas partes y acudieron a toda prisa para levantar el asedio. Entonces se apareció San Isidoro en medio de la noche dando ánimos al emperador y asegurándole su ayuda en el combate del día siguiente. Y así, empezada la batalla tan pronto como amaneció, el emperador alcanzó la victoria de acuerdo con la promesa de San Isidoro, y al emprender la huida los que habían acudido de lejos, los moros del lugar, como eran incapaces de hacerle frente, se le rindieron y le entregaron la fortaleza de la ciudad, que al punto guarneció con soldados y paisanos cristianos, y los moros quedaron sometidos a tributo; y a causa del milagro dispuso el emperador la iglesia de San Isidoro [75] como convento de regulares y la honró con muchos donativos. Y avanzando desde allí, llegó hasta una ciudad costera que se llama Almería; y cuando ya llevaba allí algún tiempo, se presentaron el conde Ramón de Barcelona y naves de Génova, y con su leal concurso durante el asalto conquistó e hizo suya la ciudad [76], y entregó a los genoveses todo el botín, entre el que se encontraba un vaso de esmeraldas del tamaño de una escudilla; y los genoveses, conten-

[70] Abu Yacub Yúsuf (1162-1184).
[71] Al-mansur Yacub ben Yúsuf (1184-1198).
[72] En el año 1195.
[73] Muhammad ben Yacub ben Yúsuf (1198-1213).
[74] En el año 1212.
[75] En Baeza, según la *Crón. Gen.* (661 a 18).
[76] En octubre de 1147.

tándose con éste, le dejaron todo lo demás, que el emperador regaló casi en su totalidad al conde de Barcelona. Y el emperador regresó victorioso y enaltecido y llegó hasta Baeza, y, dejado allí su hijo Sancho para que defendiese esta ciudad, además de Andújar y Quesada, el emperador emprendió el camino de vuelta por el monte que se llama Muradal. Y al llegar al pie de una encina muy frondosa, agotado por la enfermedad, expiró [77]; e inmediatamente su hijo Fernando, temiendo que se le adelantara su hermano Sancho, se presentó en el reino de León con los nobles de su reino.

Cap. XII

Sobre la sucesión del rey Sancho en el reino de Castilla [78]

Y cuando el rey Sancho, que había quedado en Baeza, tuvo conocimiento de esto, abandonando todo lo que ocupaba la Cristiandad más allá del monte del Muradal, acudió a toda prisa al entierro de su padre, y junto con el primado Juan, que allí estaba, trasladó a su padre a Toledo y allí le dio sepultura con todos los honores en la iglesia patriarcal. Y comenzó su reinado en la era 1197, y reinó un año, y desde ese momento comenzó a disponer los asuntos del reino que le había correspondido; y en vida de su padre había casado con Blanca, hija del rey García de Navarra [79] y de Margelina, hija de Rotrou, conde del Perche, de la que ya había tenido un hijo llamado Alfonso [80], que tenía tres años cuando murió el emperador. Este rey Sancho tenía tan buen talante que se le llamaba «escudo de los nobles», y brilló por tal cúmulo de virtudes que por todos era querido no padre de los pobres, amante de las obras piadosas, protector las viudas, valedor de los huérfanos, recto juez de todos; consiaba que nada había difícil en lo tocante a la grandeza del corazón; su corazón guardaba día a día el aumento de las virtudes y, en amor por lo puro, aspiraba a las cosas que hacen al hombre ejem-

Sancho III (1157-1158)

[77] El 21 de agosto de 1157. La muerte se produjo no al regreso de la consta de Almería, sino diez años más tarde, cuando volvía de allí mismo después haber intentado socorrerla ante el asalto de los almohades, que se hicieron ella.

[78] Para lo que resta de este libro y el siguiente, es de gran provecho la lec- de la obra de J. González *El reino de Castilla en la época de Alfonso VIII*, ols., Madrid, 1960.

[79] García Ramírez (1134-1150).

[80] El futuro Alfonso VIII.

plar. ¿Qué podría decir de su forma de vida, su valentía ante los enemigos, su generosidad para con todos, su rectitud con los suyos, su cariño hacia el hermano, su entrega para con las iglesias, su temor de Dios? Su padre le dio una parte del imperio, pero él, con el lazo de sus virtudes, se ganó las virtudes de todos.

Cap. XIII

Sobre la reparación a los nobles de León por intermedio del rey de Castilla

Por su parte el rey Fernando, aunque piadoso, misericorde y bondadoso, sin embargo daba crédito con facilidad a las habladurías de los intrigantes que, pretendiendo soliviantar los comienzos de su reinado, dejaban caer calumnias sobre algunos condes; y él, dando crédito a las maledicencias de aquéllos, les quitó los feudos [81] que tenían. Pero éstos acudieron al rey Sancho de Castilla, que se presentó en seguida en Sahagún con su ejército. Cuando el rey Fernando de León se enteró de esto, ante el temor de luchar contra su hermano, después de deliberar con los suyos se puso a disposición de aquél; y con poca escolta y sin armas se dirigió al galope hacia su hermano. En el momento de su imprevista llegada el rey Sancho estaba sentado a la mesa para comer, y el rey Fernando se presentó tan repentinamente que apenas tuvieron tiempo de levantarse los comensales. El rey Sancho, tan pronto como se recuperó de la sorpresa, lo recibió con mucha amabilidad y alegría y lo hizo sentar a su lado en la presidencia. El rey Fernando era descuidado en su aspecto exterior y llegó con las ropas y la cabeza sucias. Al ver esto el rey Sancho, que apreciaba la limpieza de ropas y cuerpo, hizo que le dispusieran en seguida un baño y, mientras tanto, aguardó en la mesa sin probar bocado hasta que ⟨Fernando⟩, con el cuerpo y la cabeza limpios y con nuevas y magníficas ropas, tomó asiento a la mesa con prestancia real. Y cuando dio fin el magnífico banquete, el rey Sancho le pre-

[81] «El "feudo", tal como se desarrolló en los s. IX y X, era un pacto entre nobles, o entre el Rey o Príncipe y los nobles, en virtud del cual una de las partes se vinculaba a la otra por la relación de "vasallaje" —elemento personal del pacto—, que obligaba al vasallo a prestar al señor fidelidad y servicios de índole noble y al señor a proteger al vasallo, al cual cedía en "beneficio" hereditario —elemento real del contrato— una tierra, un oficio o función pública, una renta o un rendimiento económico cualquiera (...). El pacto feudal se constituía por el rito del homenaje» (L. García de Valdeavellano, *Historia de las Instituciones...*, pág. 370). v. también la n. 9 de este mismo libro y la 104 del V.

guntó el motivo de su venida y por consejo de quién había venido de esa forma. Le respondió: «Vengo a vos lleno de confianza como si fuerais mi padre y señor, dando por supuesta la bondad de vuestra virtud, y os suplico que no ataquéis las fronteras de mi reino, ya que, incluso, estoy dispuesto a rendiros homenaje, si así lo quisierais». El rey Sancho le contestó así: «Lejos de mi ánimo está apoderarme de la tierra que mi padre os entregó, o que mi hermano, hijo de tal padre, se obligue con ningún homenaje. Pero puesto que nuestro padre dividió el reino entre nosotros, estamos obligados a repartir no sólo las rentas, sino también la tierra entre los nobles, vos a los vuestros y yo a los míos, con cuya ayuda nuestros antepasados no sólo conquistaron la tierra perdida sino que además rechazaron a los árabes. Devolvedle, por tanto, sus feudos al conde Ponce de Minerva y demás nobles, a quienes se las quitasteis, y no hagáis caso de las habladurías contra ellos, y yo me retiraré al instante». Entonces el rey Fernando, piadosísimo y bondadoso como era, aceptó todo lo que el rey Sancho le había dicho, y al punto se despidieron entre grandes muestras de amistad [82].

Cap. XIIII

Cómo fue entregada Calatrava al abad de Fitero, y sobre la muerte del rey Sancho

Luego de esto llegó el rey Sancho a Toledo, y empezó a tomar cuerpo la noticia de que un gran ejército árabe marchaba sobre Calatrava. Los frailes de la orden del Temple, que ocupaban la fortaleza de Calatrava, ante la posibilidad de que no fueran capaces de resistir la embestida de los árabes, acudieron al rey Sancho a rogarle que se hiciese cargo de la fortaleza y de la villa de Calatrava, ya que ellos no tenían fuerzas suficientes para hacer frente a los árabes y no habían encontrado ningún poderoso dispuesto a asumir el riesgo de la defensa. Se encontraba por entonces en Toledo un clérigo, Raimundo, abad de Fitero, acompañado de un monje llamado Diego Velázquez, de origen noble y antaño experto en cosas de la milicia, y que era oriundo de la Bureva y se había criado en su adolescencia junto al rey Sancho. Al darse cuenta de la preocupación del rey ante el peligro que corría Calatrava, aconsejó al abad que le solicitara ésta al rey; y aunque en un principio el abad se mostró reticente,

[82] Este es el tratado de Sahagún (23 de mayo de 1158).

acabó por acceder a los ruegos del monje, antes soldado, y, presentándose al rey, le solicitó Calatrava. Y aunque algunas personas lo consideraron una temeridad, sin embargo fue voluntad del Señor que el rey diera su aprobación, y sin demora el abad y el monje se presentaron al primado Juan, que entonces gobernaba la iglesia de Toledo; al oír éste su loable intención, dio gracias a Dios y al punto les aportó ayuda de su propio patrimonio y dispuso que se hiciera público que ganarían indulgencias de todos los pecados todos los que acudieran a la defensa de Calatrava. Y se produjo tal conmoción en la ciudad que apenas si se podía encontrar a alguien que o no fuera en persona o no contribuyese con caballos, armas o dinero. Y el rey Sancho concedió inmediatamente al abad y a Santa María de Fitero la posesión a perpetuidad de la villa y la fortaleza de Calatrava. Y con el Señor como guía llegaron a ésta el abad y el monje Diego Velázquez, y sucedió, por voluntad del Altísimo, que el ejército agareno, del que tanto se había hablado, no se presentó. Y entonces muchos a los que animaba su devoción, aligeradas sus vestimentas tal como exige la movilidad militar, entraron en esa orden, y en seguida comenzaron a acosar y atacar a los árabes, y con la ayuda del Señor fue tomando cuerpo la proeza a impulsos de los monjes [83]. Entonces marchó el abad al monasterio, y al volver a Calatrava trajo con él rebaños de vacas y ovejas y cantidad de utensilios, de lo que por entonces poseía Fitero con creces, y también gran cantidad de combatientes, a quienes proporcionó soldada y viático, dejando *allí solamente a los enfermos e* impedidos para que procurasen el mantenimiento del monasterio. Y según oí de personas que lo habían presenciado, se llevó con él casi veinte mil ovejas [84]. Y fue éste el primer abad de Fitero; a su muerte fue enterrado en la villa que se llama Ciruelos, cerca de Toledo, donde, según se dice, Dios hace milagros con su mediación. Por su parte Diego Velázquez vivió más tiempo, incluso yo recuerdo haberlo visto, y falleció en el monasterio de San Pedro de Gumiel, y allí está enterrado; descanse en paz. Después de dar Calatrava a Fitero, el rey Sancho, *llegado en poco tiempo a la perfección, vivió una larga vida, pues su alma era grata a Dios*, y por ello el Señor se apresuró a *sacarlo de en medio de la maldad* y darle un imperio no dividido [85]. Murió en Toledo el 31 de agosto, y el transcurrir de un año puso fin a su reinado y a su vida, ya que reinó un año y doce días, siendo enterrado junto a su padre en la iglesia mayor de Toledo.

---

83 Este es el origen de la Orden de Calatrava, en el año 1157.

84 Los editores anteriores dan *hominum*, siguiendo una glosa marginal y posterior de B. La *Crón. Gen.* (667 b 17) traduce *omnes de armas*. Pero los mss. son concluyentes: *ouium*, que podría tener el sentido religioso de «fieles».

85 *Sabiduría*, 4, 13-14.

Cap. XV

Sobre el rey Alfonso y el acoso que sufrió desde su infancia y sobre sus ayos

Alfonso VIII (1158-1214)

Tras la muerte del añorado [86] Sancho en la era 1198 le sucedió su hijo Alfonso, que entonces tenía tres años y se hacía querer por el recuerdo de su padre. Su madre había sido Blanca, hija del rey García de Navarra [87]. Desde su infancia fue de rostro vivaz, memoria tenaz e inteligencia capaz. Pero como los comienzos de los reinados, incluso entre los adultos, difícilmente se ven libres de problemas, muchos de su reino que ansiaban sembrar la enemistad propusieron al rey Fernando de León, tío del niño, que alterara los primeros momentos del pequeño rey; y aceptando en seguida, ocupó algunas ciudades y fortalezas, hasta el extremo de que el mismo rey, niño como era, le presentó sus quejas. Según se dice, el motivo de este contencioso fue el siguiente: cuando su padre, el añorado rey Sancho, comprendió que se aproximaba el día de su muerte, tras convocar a los nobles les encareció que conservaran como feudo hasta los quince años ⟨del niño⟩ las tierras que habían recibido de él, y que en ese momento las pusieran a disposición de su hijo con toda lealtad. Como el niño había sido confiado por el añorado Sancho a Gutierre Fernández de Castro, y éste cuidaba del niño con gran celo después de la muerte del padre, se presentaron a éste García Garcés de Aza y los condes Manrique [88], Alvaro y Nuño Pérez de Lara, que eran hermanos e hijos del conde Pedro de Lara [89] y de la condesa Eva [90]; García Garcés era hermano de ellos por parte de madre, e hijo del conde García, que murió en la batalla de Uclés al lado del infante Sancho [91]. Todos estos exhortaron a Gutierre Fernández de Castro a que entregara el niño al conde Manrique, que era poderoso y querido por los habitantes de Extremadura [92], para que así se pudiese apaciguar el desorden, y ellos, por su parte, le estarían reconocidos a Gutierre Fernández como a persona digna de respeto. Pues era éste un hombre mayor y respetable, que había recibido el encargo de cuidar del

---

[86] *desiderabilis*, después de muerto, significa esto. Hay quien cree que Sancho fue llamado «el Deseado» por lo que tardaron sus padres en tener descendencia.

[87] García Ramírez.

[88] Sancho III le había encomendado la regencia, que desempeñó de 1158 a 1164.

[89] Pedro González de Lara.

[90] Eva Pérez de Trava.

[91] El conde García Ordóñez; v. VI, xxxii, y la n. 135 de ese libro.

[92] *Extrematura*, en latín; en otros pasajes, *Extrema Dorii* o *Extremadoria*, «los confines del Duero».

añorado Sancho, padre del niño, cuando aún vivía el emperador. Se cuenta de él que había armado caballeros [93] personalmente a casi quinientos, y casó con Toda [94], de la que, sin embargo, no tuvo hijo alguno, pero tenía un hermano, Rodrigo Fernández, a quien llamaron «el Calvo». Tuvo éste cuatro hijos, Fernán, Alvaro, Pedro y Gutierre Ruiz, y una hija, Sancha Ruiz, que fue esposa de Alvaro Ruiz de Guzmán [95]. Y como Gutierre Fernández creyó en la buena voluntad del conde Manrique y sus hermanos, les confió al niño fiado de su palabra, y ya con el niño en su poder, lo confiaron al cuidado de García Garcés de Aza, como mayor que era. Este, que era de corta inteligencia y poco amante de la prodigalidad, les preguntó a sus hermanos de dónde podía conseguir dinero para los gastos; éstos, viendo el cielo abierto, ya que estaban deseosos de conseguir la tutoría del niño, le contestaron que podía ahorrarse el montante de los gastos entregándole el niño al conde Manrique [96]; al aceptar aquél, se vio libre no sólo de los gastos, sino también de su privilegiada situación.

Cap. XVI

Sobre la discordia entre los nobles de Castilla acerca de la custodia del rey y sobre la fuga de éste a Atienza

Cuando Gutierre Fernández comprendió que aquellos hermanos se andaban levantando aprovechando la custodia del rey niño, de acuerdo con lo que habían prometido les pidió que le devolvieran al rey, y éstos se burlaron de él como si no estuviera en sus cabales. Y estallando entonces entre ambas casas, es decir, la de Castro y la de Lara, un largo enfrentamiento, se sucedieron graves peligros y numerosos asesinatos por los dos bandos, hasta el extremo de que esta contienda dio a los leoneses la ocasión de imponerse [97], llegando a hacerse con algunas zonas de Castilla y Extremadura [98]. Y cuando

93 «La "Orden de Caballería" era conferida por el Rey o por quien ya era caballero, mediante el acto de armar como tal al novel, acto que consistía esencialmente en ceñirle la espada, previamente bendecida por el sacerdote, y en darle un pequeño golpe en la nuca: *palmada, espaldarazo*; *pescozada*, dicen las "Partidas"» (García de Valdeavellano, *op. cit.*, pág. 323).

94 Toda Díaz, sobrina de García Garcés de Aza.

95 Primo hermano de los Pérez de Lara.

96 Es, desde este momento, el personaje más poderoso del reino: regente y tutor del rey.

97 Los Castro habían buscado refugio en León.

98 En el año 1162.

el conde Manrique y sus hermanos vieron que ellos mismos corrían peligro, dejaron al rey niño en Soria en manos leales en la parroquia [99] de Santa Cruz. A todo esto falleció Gutierre Fernández y fue enterrado en el monasterio de San Cristóbal de Ibeas [100]. Y sin dilación el conde Manrique exigió a los sobrinos de Gutierre Fernández la devolución de las tierras, pero éstos se negaron a hacerlo en tanto el niño no cumpliera los quince años, de acuerdo con las disposiciones de su padre el rey Sancho. Esto provocó que aquéllos, con cruel saña, desenterraran el cadáver de Gutierre acusándole de traición si no devolvía las tierras; pero sus sobrinos le libraron de tal acusación alegando que el rey nunca le había pedido las tierras, por lo que, una vez muerto, no se le podía acusar; y, absuelto por la curia [101], es devuelto a su sepultura. Como pretendieran entonces hacer recaer la ignominia de la pretendida acusación sobre los sobrinos, declararon éstos que conservarían hasta que el niño cumpliera quince años las tierras que les habían sido confiadas, de acuerdo con la última voluntad del rey Sancho, y que en ese instante estarían dispuestos a devolvérselas a su rey. Encolerizados los ánimos por estas disputas, plagaron de asaltos y ruinas las tierras del rey niño, que tenían el deber de administrar y proteger con lealtad, y al extenderse las calamidades la situación llegó a tal punto que durante doce años casi todo el reino, incluida Toledo [102], estuvo pagando rentas y tributos al rey de León, y el conde Manrique se vio abocado a tal grado de necesidad que no tuvo más remedio que rendirle homenaje al rey de León, incluyendo la entrega del rey niño como vasallo. Y habiendo llegado a Soria junto a aquel rey para que, de acuerdo con el homenaje, recibiera el vasallaje del rey niño, tras reunirse el concejo de Soria, las personas a cuya lealtad había sido encomendado el pequeño rey hablaron así al conde Manrique: «Libre os lo damos y libre guardadlo». Y en aquel momento, asustado el niño por algo, empezó a llorar en brazos de quien lo sostenía, y lo entraron en la casa como para darle de comer, por ver si así dejaba de llorar y lo entregaban a su tío. Entonces un caballero valeroso y leal, Pedro Núñez de Fuente Armergil, cobijó al rey niño bajo su capa y a lomos de un caballo muy veloz lo llevó aquel mismo día hasta el castillo de San

---

99 Entiéndase como demarcación administrativa local.

100 No murió hasta 1166, y Manrique había muerto en 1164.

101 La curia, formada por la familia real, los magnates, oficiales y vasallos de la corte y los obispos y abades que estuvieran presentes, tenía unas amplísimas competencias, que se podrían resumir en Consejo del Rey y Tribunal de Justicia (v. García de Valdeavellano, *op. cit.*, págs. 450-457).

102 Fernando II ocupó Toledo el 9 de agosto de 1162, amparándose en el tratado de Sahagún de 1158; v. xiii.

Esteban. Y como el rey de León, los condes y los barones andaban tratando de variadas cuestiones en el concejo de Soria a la espera de que acabara lo que creían sueño del rey niño, el rey de León, que estaba cansado de la espera y deseoso de ver al niño, pregunta por él; y al inquirir del cuidador del niño sobre su estado, respondió: «Se presentó un caballero que se lo llevó para traerlo ante su tío». Y como los condes intentaran justificar el retraso con diversas excusas, surgido al cabo en la ciudad un gran alboroto, el rey de León, tío del niño, los dejó marchar con la condición de que lo buscaran con la mayor diligencia y que, donde quiera que lo hallasen, se lo entregaran de acuerdo con lo estipulado; y aquella misma noche llegaron a San Esteban. Pero el conde Nuño [103] se les adelantó con el pretexto de buscarlo y, luego de sacar de allí al niño, se refugió al día siguiente en Atienza, e hizo caso omiso, en bien de la libertad de su señor, de la promesa y del homenaje. Cuando el rey Fernando se enteró de esto, se irritó considerándose burlado y le envió un caballero al conde Manrique para que le echara en cara el incumplimiento de su palabra y de su juramento; éste, que andaba ingeniando qué podía hacer para liberar a su señor natural y que anteponía la seguridad de éste a todas las cosas, despidió [104] al enviado que había venido a reconvenirlo con burlas, chanzas y sin respuesta alguna. Al cabo del tiempo, cuando el rey Fernando en persona recriminó su acción al conde Manrique, se cuenta que éste le respondió así: «Desconozco si soy leal o traidor o felón, mas lo cierto es que, en la manera en que me fue posible, liberé al niño, mi señor natural». Ante estas palabras fue absuelto por unanimidad de la acusación que pesaba sobre él.

Cap. XVII

Cómo ocupó el rey Fernando casi toda Extremadura

Y de esta forma el rey Fernando se hizo con todas las ciudades, castillos y villas, salvo muy pocas en las que el niñito rey iba siendo escondido, a veces con algún riesgo. Este crío, que todavía se amamantaba en el pecho de su ama, que se hacía querer por su edad, inocente por su condición, digno de ser amado por el recuerdo de su padre, de ser observado por sus buenos augurios, ya se ve perse-

---

[103] Nuño Pérez de Lara.

[104] El verbo es en plural, *remiserunt*. El autor ha perdido el hilo de la narración.

guido a muerte como si fuera reo o culpable, desheredado como si no fuera el primogénito del emperador, del que debía ser heredero con todas sus consecuencias. ¿Qué mal causó quien ni podía hablar ni darse cuenta de su situación? A no ser que se considere motivo de persecución que lo que en esa edad subyacía como simple esperanza, eso ya empezaba a manifestarse en el niño con claros síntomas de bondad, que su crecimiento iba haciendo evidente en su niñez, en la que con el paso del tiempo se iba conformando de manera sorprendente una prestancia real extraña a la inconsciencia infantil. Y lo que en otros príncipes a duras penas consiguen los años, en éste lo daba en abundancia la gracia. Y de esta manera, mentalmente adulto, dejando de lado las diversiones propias de la adolescencia, no sólo llevó a cabo con justeza muchas batallas contra su tío sino que, con todo merecimiento, logró recuperar muchas fortificaciones que había perdido sin merecerlo, contando para esto con la ayuda de los condes Manrique y Nuño [105] y de numerosos nobles, que con gran lealtad estuvieron permanentemente a su lado durante toda su vida e incluso lo criaron y arroparon con sus propios brazos. Y aunque la inconsciente y tornadiza opinión de la masa era favorable al rey Fernando por las razones ya conocidas, no hubo lugar ni ciudad en donde los más sensatos y leales no estuvieran de parte del rey niño. A esto se debió el que algunos de ellos tuvieran que sufrir hostigamiento y menoscabo por parte del rey Fernando y sus cómplices y prefirieran el exilio y la lealtad para con su verdadero señor a la deslealtad y la obediencia para con un señor ilegítimo en provecho de su propia integridad; incluso hoy se tiene por gloriosos en todos los confines del reino el nombre y la estirpe de estas personas, que se ven colmadas de agradecimiento, con una fama sin tacha, recompensadas y honradas por la influencia y el trato familiar que tienen con el rey.

Cap. XVIII

Sobre la alabanza de la fe y de la lealtad

¿Qué hay más glorioso que la fe? *Sin fe no se puede agradar a Dios* [106], ya que afirman los teólogos que la primera gracia en el arrepentimiento es la fe del impío y mediante ella vuelve el pecador a la

[105] Recuérdese que los Castro estaban con el rey de León.
[106] *Hebreos*, II, 6.

gracia. ¿Qué se puede desear más que la lealtad? Como es provechosa y honrada, Dios, que todo lo puede, no quiso que el mundo se gobernase sin ella, porque si ella llegara a desaparecer, el hombre no se sometería al hombre ni nadie estaría seguro de los demás, y no habría acuerdo entre los hombres, sino que nadie se bastaría por sí solo y así perecería el género humano y, en consecuencia, todo habría sido hecho en vano. Por tanto, la fe es antes que todas las cosas, mediante la cual cualquiera puede agradar a Dios, que es el Señor de los señores; que conserve también intacta y sin daño, como a la pupila del ojo, la lealtad entre los inferiores. La segura posesión de esta heredad nunca se ve asaltada ni sus rentas menoscabadas por chalaneos; en ella no hay trabajo sin recompensa, no hay miedo sin socorro; sus ojos están a salvo, su ceño, que no sabe fruncirse, no *necesita protección; todos la tienen por segura* en lo oculto, gloriosa en público, alegre entre los amigos, noble entre los envidiosos, hostil para con las infamias, agradecida para con los encomios; incluso cuando desagrada, se la reconoce. Pero el espantoso montón de los vicios que rechaza la lealtad, cuando la rehúye para sí, la busca con pasión en otros; pues ella, esclarecida por la dignidad de la naturaleza humana, camina con mirada altiva, no abyecta, y, despreciando lo terrenal, se muestra semejante a lo celestial. Descansa en la seguridad de la consciencia, toma fuerza de la grandeza de las esperanzas, se muestra toda ella sin mancilla, anhelada, provechosa. A ella la anduvo buscando Alfonso, el hijo del añorado Sancho, desde su juventud, que, aun siendo niño, como se ha dicho [107], y viéndose casi despojado de su reino, recuperó lo perdido con la lealtad y la diligencia de los suyos, conquistó lo que no poseía, reconstruyó lo abandonado, hasta el extremo de poner los cimientos de las ciudades, levantar altísimas torres y acabar con ruinas inmemoriales. Pues *crecía en sabiduría y edad a los ojos de Dios y de los hombres* [108]; con la habilidad de los suyos consiguió verse libre de las manos de sus perseguidores. Acabó incluso por conquistar Toledo, que el rey Fernando había ocupado durante doce años. Persiguió a quien lo había perseguido, y a quien se había mostrado su enemigo sin razón, con frecuencia lo puso en fuga y lo persiguió. Reconquistó todo lo que había perdido, incluso el Infantado [109], que no se sabía bien a quién pertenecía. El Altísimo, su Creador, lo enalteció y ensalzó hasta asentarlo en un trono de gloria y magnificarlo con corona de victoria; *lo ayudó contra los engaños de los opresores y lo honró* con la gloria, lo *protegió* de sus *enemigos y lo salvaguardó de los embaucadores, y le dio*

[107] En los caps. xv y xvi.
[108] Lucas, 2, 52.
[109] La parte de la Tierra de Campos situada alrededor de Medina del Campo.

campo de acción para que venciera y supiera que el Todopoderoso reina sobre los reyes y por El poseen los príncipes la tierra [110]; de esta manera se hizo con todo lo que había sido de su padre y creció *en sabiduría y edad a los ojos de Dios y de los hombres.*

Cap. XVIIII

Sobre el rey Fernando de León, hijo del emperador

Fernando II (1157-1188)

Volvamos a la narración de las hazañas del rey Fernando, propósito del que nos hemos apartado un poco. Fue este rey Fernando persona piadosa, alegre, generosa, valiente y bondadosa, y salió con suerte de los combates; era tan devoto para con las órdenes religiosas y las iglesias que les regaló casi todo el patrimonio real, cosa que luego anuló su hijo [111], y estaba tan unido con todos que, como uno más, apenas si poseía alguna pertenencia suya; y aunque andaba escaso de medios, todos lo amaban más por la merced que por el miedo. Y casó con Urraca, hija del rey Alfonso de Portugal [112], de la que tuvo un hijo llamado Alfonso [113]. En pocas ocasiones estuvo el rey Fernando en paz con el rey de Portugal, a pesar de ser su yerno; a ello se debió el que, por consejo de un criado que había escapado dolido contra el rey de Portugal, repoblara un lugar idóneo llamado Ciudad Rodrigo, desde el que infligió graves daños a Portugal. También repobló Ledesma en la parte de Salamanca y Granada [114] en la de Coria, Benavente, Coyanca, que ahora se llama Valencia, en la diócesis de Oviedo, Villalpando, Mansilla y Mayorga, en la de León, y Castro Toraf, en la de Zamora.

Cap. XX

Sobre su guerra con los salmantinos

Como la ciudad de Salamanca aventajaba a las demás urbes del reino en población y extensión, irritados sus naturales porque el rey

[110] *Sabiduría*, 10, 11-12.
[111] En los últimos días de su vida Fernando II hizo algunas concesiones relativas a los cilleros reales. Su hijo las anuló tan pronto como subió al trono.
[112] Alfonso Enríquez (1138-1185).
[113] El futuro Alfonso IX de León.
[114] ¿Granadilla, cerca de Hervás, Cáceres?

les impedía la expansión, promovieron una revuelta contra el rey con la ayuda de los abulenses; y tras reunirse en Valmuza al mando de un jefe llamado Nuño Ravia, entablaron combate con el rey Fernando y, en contra de lo esperado por todos, la victoria correspondió al rey, y capturó con vida a Nuño Ravia, a quien habían hecho su jefe, al que condenó a muerte; y ganándose de este modo el apoyo de los principales, cuya opinión no pudo imponerse en un principio por la mucha presión que hacían las gentes comunes, una vez que éstas sufrieron el látigo de su atrevimiento y vieron menguada su influencia, imploraban ahora a sus principales y a su rey el perdón; y de esta forma el victorioso rey controló la ciudad a su antojo, recompensando a los principales que habían estado a su lado [115]. A continuación el rey Fernando trasladó a Astorga el cuerpo del rey Ramiro, que estaba enterrado en Destriana [116], y le dio sepultura en la catedral.

Cap. XXI

Sobre el socorro a Ciudad Rodrigo

Por aquella época había un noble de Castilla del que ya hablé [117], Fernán Ruiz, conocido como «el Castellano», quien, luego de haber devuelto al rey de Castilla los feudos que tenía, se había marchado de Castilla y se pasó a los agarenos; y con un gran número de éstos llegó a marchas forzadas hasta Ciudad Rodrigo con la intención de coger desprevenidos a la ciudad y a sus habitantes. Pero se cuenta que San Isidoro anunció al sacristán de su iglesia la llegada del citado noble y de los árabes, para que él se lo anunciara a su vez de la misma forma al rey Fernando; y al enterarse éste, dio gracias, corriendo al punto a socorrer a los asediados. Pero como la ciudad no estaba todavía fortificada con murallas, sus habitantes colocaron en derredor carros, baúles, tinajas, arcas, lechos y toda clase de maderos, con lo que pudieron resistir a los enemigos hasta la llegada del rey. En cuanto llegó éste seguro de su victoria, confiado en el Señor y animado por la revelación, arremetió contra los atacantes y, después de dar muerte a tantos que apenas se podían contar, a unos los puso en

115 Esto ocurrió el 13 de junio de 1162.
116 Ramiro III; v. V, xii, 28.
117 En V, i, 37.

fuga y a otros los mantuvo en cautiverio; y una vez fortificada Ciudad Rodrigo, la tierra se vio libre de combates durante mucho tiempo.

Cap. XXII

Sobre la guerra de Fernán Ruiz

Y el rey Fernando, que echaba en falta gente de valor, hizo llamar a Fernán Ruiz, del que he hablado. Pero este Fernán, incapaz de estar ocioso, comenzó a hostigar a los castellanos, y en la Tierra de Campos, en el lugar que se llama Lobregal, se enfrentó a los condes de Castilla y dio muerte a su suegro, el conde Osorio, que a la sazón residía en Castilla, y a Alvaro Gutiérrez, hermano de Rodrigo Gutiérrez, y luego de ahuyentar, capturar o matar a otros, capturó al conde Nuño y a Rodrigo Gutiérrez [118]. Sin embargo, éstos pudieron marchar poco después tras darle su palabra de regresar en las siguientes condiciones: que se reintegrarían al cautiverio el conde Nuño en un día fijo y Rodrigo Gutiérrez en cuanto enterrase a Alvaro Ruiz. Pero como Rodrigo Gutiérrez era persona de recursos, metió a su hermano en un ataúd y fue demorando su entierro hasta que murió Fernán Ruiz, y de esta forma se vio eximido de su juramento sobre el cautiverio. Por su parte el conde Nuño, llegado el día fijado, acudió con seiscientos caballeros a Dueñas, lugar al que debía volver, y en presencia de todos se entregó en manos de Fernán Ruiz, diciendo en voz alta: «Aquí estoy, y de acuerdo con lo convenido, hazme prisionero». Pero como Fernán Ruiz carecía de medios para enfrentarse a los seiscientos caballeros, nadie se hizo cargo de él; y el conde Nuño, poniendo a todos por testigos de que él se había entregado prisionero en el día establecido, marchó libre, y de esta manera se vio burlado el interés de su carcelero. Por otra parte, a la muerte del conde Osorio, Fernán Ruiz abandonó a su hija [119], con la que estaba casado, aumentando el desconsuelo de la desconsolada; mas ella casó con Pedro Arias, con el que tuvo a Rodrigo Pérez de Villalobos. Y pocos días más tarde el rey Fernando le dio por esposa a Estefanía, hermana suya de padre [120], de la que Fernán Ruiz tuvo un hijo, Pedro Fernández, que luego fue ilustre y muy apreciado por los reyes.

---

[118] Según J. González (*op. cit.*, págs. 153-155), esta batalla se produjo en marzo de 1160, primer conflicto entre Laras y Castros. El conde Nuño es Nuño Pérez de Lara, y más abajo, Alvaro Ruiz es, claro está, Alvaro Gutiérrez.

[119] Sancha Osórez.

[120] Era hija de Alfonso VII y de Sancha Fernández de Castro.

Cap. XXIII

Sobre las victorias del rey Fernando y su muerte

Por su parte el rey Alfonso de Portugal [121], sumamente molesto porque el rey Fernando había construido la ciudad [122], envió contra ésta un ejército al frente de Sancho, su hijo primogénito; pero como el rey Fernando estaba siendo hostigado por el rey de Castilla, divididas sus fuerzas, dejó una parte para atajar a los castellanos y condujo la otra contra el ejército de Portugal, y atajó la marcha de Sancho, el hijo del rey, ya en tierras de la ciudad, en un lugar que se llama Arganil. Y entablado el combate, al rey Fernando le correspondió el triunfo y a los portugueses la huida, y después de perder muchos la vida y de huir otros tantos, los demás se entregaron a la indulgencia del rey, que no los aniquiló como vencedor, sino que les permitió marchar como indulgente. Por su parte el rey de Portugal, enfurecido, comenzó a hostigar Galicia, y se apoderó de toda la Limia y el Toroño y otros muchos lugares; luego, reunido el ejército, atacó Badajoz, que había tocado en suerte al rey Fernando en el reparto de las tierras por conquistar [123]. Y cuando le llegó la noticia de esto, el rey Fernando, reunido su ejército, se lanzó contra Alfonso; y al empezar a ceder el ejército de Portugal, su rey se refugió en la ciudad en cuestión, pues ya se había apoderado de casi dos partes de ella tras forzar a los agarenos a encerrarse en el castillo. Pero como ni siquiera allí se consideraba seguro, cuando intentaba escapar por la puerta de la ciudad, que estaba atrancada por un cerrojo de hierro, chocó contra el cerrojo y, rota su pierna, a duras penas se podía mantener sobre el caballo; por lo que fue capturado allí mismo y llevado ante el rey Fernando en un estado bastante lamentable; el rey Fernando, acogiéndolo con amabilidad, lo sentó a su lado en el lugar de honor. Pero el rey de Portugal, considerando su difícil situación, reconoció que él había ofendido sin razón al rey Fernando, y le ofreció su reino y su persona como reparación; pero el rey Fernando, con su habitual y generosa solicitud, contento con lo suyo, entregó al rey de Portugal lo que le pertenecía. Entonces el rey Alfonso devolvió al rey Fernando la Limia y el Toroño y lo demás que había sido de su reino; y dejado marchar, regresó a su tierra, pero a causa de la fractura de tibia no le fue posible en adelante montar a caballo. Por otro lado, como el rey Fernando pusiera de nuevo sitio a Badajoz,

[121] Alfonso Enríquez.
[122] Ciudad Rodrigo; v. xviiii, 14-15.
[123] En el tratado de Sahagún; v. xiii.

los agarenos, saliendo a su presencia desde el castillo, le rindieron sus personas y la fortaleza. Tras recibir de ellos el homenaje de fidelidad, les puso a su cargo a un árabe que se llamaba Abenhabel, a cuya lealtad confió la protección de la ciudad; pero en cuanto el rey volvió a su patria, el citado árabe, olvidándose de la lealtad, no tardó en alzarse, y poniéndose a las órdenes del Miramamolín, causó luego graves problemas al rey Fernando. Por su parte los árabes, tomando en consideración que el rey Alfonso estaba impedido por la fractura que he contado, lo sitiaron en el castillo de Santarém, donde congregaron una gran muchedumbre. Al oírlo el rey Fernando, acudió en su ayuda a marchas forzadas; mas el rey Alfonso, aterrorizado por su llegada, temió que viniera a castigar las afrentas, pero, sabida la verdad, dio gracias tal como era debido. Por su parte los agarenos, incapaces de sufrir la presencia del rey Fernando, abandonaron inmediatamente el asedio. Y el rey Fernando, una vez vuelto a su reino, abandonó a su esposa Urraca porque tenía con ella un parentesco de tercer grado [124], y casó con Teresa, hija del conde Fernando [125], que había estado casada con el conde Nuño de Castilla [126], y fallecida ésta, casó con Urraca, hija del conde Lope de Nájera [127], de la que tuvo dos hijos, Sancho y García, que murieron sin descendencia. Por lo demás el rey Fernando, cumplidos felizmente treinta y un años de reinado, falleció en Benavente en la era 1228 [128], y fue enterrado en la iglesia de Santiago al lado de su abuelo el conde Ramón [129] y de su madre la emperatriz Berenguela.

Cap. XXIIII

Sobre el rey Alfonso, sus caballeros y sus hijos

Alfonso IX (1188-1230)

A la muerte del rey Fernando le sucedió su hijo Alfonso. Fue éste hombre piadoso, valiente y benévolo, pero se dejaba llevar por las murmuraciones de los intrigantes; y viéndose hostigado en los primeros tiempos de su reinado por el rey Alfonso de Castilla, su primo, y por el rey Sancho de Portugal [130], se presentó ante el rey

---

124 Sus abuelas, Urraca y Teresa, eran hermanas, hijas de Alfonso VI.
125 Fernando Pérez de Trava.
126 Nuño Pérez de Lara.
127 Lope Díaz de Haro.
128 Falleció el 22 de enero de 1188.
129 Ramón de Borgoña.
130 Sancho I.

de Castilla, y tras ser armado caballero por éste en las cortes celebradas en Carrión, le besó la mano ante el pleno de las cortes; y en esas mismas cortes el noble rey Alfonso de Castilla armó también caballero a Conrado, hijo de Federico [131], el emperador romano, y le prometió en matrimonio a su hija primogénita Berenguela [132]. Pero al regresar este Conrado a Alemania, la citada doncella rechazó en seguida el contrato nupcial, y una vez llevada a cabo la separación por intermedio de Gonzalo, primado de Toledo [133], y del cardenal Gregorio, diácono de Sant'Angelo, legado de la sede apostólica, la joven Berenguela quedó soltera. Y de esta forma, acordada la paz con buena voluntad, la tierra se calmó por un tiempo. Pero como, según se ha dicho, ⟨Alfonso⟩ cambiaba de opinión por las intrigas de los murmuradores, por consejo de éstos casó con Teresa, hija del rey Sancho de Portugal, aunque eran parientes en segundo grado [134], y tuvo de ella a Sancha y Fernando, que murieron sin descendencia, y otra hija, que se llama Dulce y aún vive. Y esta unión tenía por finalidad afrentar al rey de Castilla; pues, por instigación de sus consejeros, llevaba a mal haber sido armado caballero por el rey de Castilla. Y pese a todo, fue anulado el matrimonio con aquella mujer por decisión eclesiástica [135]. Por último, acabadas las guerras y los saqueos entre él y el rey de Castilla, casó con doña Berenguela, la hija del rey de Castilla, de cuyas virtudes hablaré más tarde [136], y tuvo de ella dos hijos, Fernando, al que luego correspondió la gobernación de Castilla y León [137], y Alfonso, y dos hijas, Constanza, que fue monja en el monasterio de Burgos, y Berenguela, que casó con Juan de Brena, quien, por herencia de su anterior esposa, rigió por un tiempo los destinos del reino de Jerusalén. Luego, a una hija que había tenido con la citada Berenguela, la prometió en matrimonio a Baldovino, emperador de Constantinopla; y como este Baldovino, que aún era un niño, no podía proteger al imperio de los ataques de los griegos, la sede apostólica confió el imperio a perpetuidad al citado Juan [138],

---

[131] Federico I (1152-1190).

[132] Las Cortes de Carrión se celebraron el 24 de junio de 1188.

[133] Gonzalo Pérez (1182-1191).

[134] Eran primos hermanos, ya que Urraca, la madre de Alfonso IX, era hermana de Sancho I.

[135] Fue el Papa Celestino III quien lo llevó a cabo, excomulgando además a ambos reyes y poniendo en entredicho sus reinos mientras durase el matrimonio, que se disolvió finalmente en 1194.

[136] v. xxxvi, 24 ss. y todo el lib. VIIII. Era hija de Alfonso VIII. Sobre la boda, v. xxxi.

[137] El futuro Fernando III.

[138] Se trata de Juan de Brena (o Brienne) y Baldovino II (1229-1237). La sucesión se produjo en 1228.

y de esta forma se convirtió en emperador y su esposa Berenguela en emperatriz. Tras la muerte de éstos, Baldovino y su esposa María ocupan el trono del imperio; que el Señor proteja sus vidas. Por su parte el rey Alfonso y la reina Berenguela, después de alumbrar a los hijos ya citados, vieron anulado su matrimonio por el Papa Inocencio III a causa de su parentesco [139]. Y en adelante apenas si tuvieron un momento de respiro las guerras y los saqueos entre los reyes, aunque el rey de Castilla llevó siempre las de ganar y se hizo con muchos castillos del otro reino; pero sin embargo, todo esto no lo conquistaba para él ni para su hijo, sino para su nieto Fernando [140].

Cap. XXV

Sobre los hechos del rey Alfonso de León [141]

Pero una vez llegado a la vejez, el rey de León consagró sus obras al Señor y lanzó la guerra contra los árabes, y les ganó Montánchez, Mérida, Badajoz, Alcántara y Cáceres [142]. También repobló Salvaleón, Salvatierra y Sabugal y otros muchos lugares, con los que ensanchó las fronteras de su reino [143]; también combatió con Abenhut, un hábil sarraceno que poco antes se había apoderado del trono de Andalucía [144] tras ahuyentar a los almohades; pero, derrotado en la batalla, volvió grupas ante el rey Alfonso en las cercanías de Mérida [145] y, conquistada Mérida, se rindió [146].

---

[139] Berenguela era sobrina segunda de Alfonso.

[140] Fernando III.

[141] El ms. *I* (y *B* antes de corregirlo) titula: «Sobre el rey Alfonso de León, su descendencia y muerte».

[142] Alcántara se tomó en 1213; Cáceres, atacada desde 1218, cayó en 1227; las otras tres, entre 1229 y 1230.

[143] Desde aquí hasta el final del cap. omite *I*.

[144] v. la n. 49 del lib. VIIII.

[145] Sobre Abenhut, v. VIIII, xiii. Esta batalla, en la que Abenhut resultó herido pero no prisionero, se dio junto a Alanje en 1230, pocos meses antes de la muerte de Alfonso X.

[146] Aquí añaden los mss. *IB* y los editores anteriores: «Falleció en Vilanova de Sarria en la era 1268 y descansa en la iglesia de Santiago, y dejó dos hijas, Sancha y Dulce, a las que también legó la sucesión del reino. Pero como todos los nobles del reino, tanto los que vivían en ciudades como los demás, habían prestado juramento tiempo atrás a su hijo Fernando, las hijas no pudieron conseguir el reino; pero, después de producirse bastantes enfrentamientos y dividirse las ciudades y los nobles en facciones distintas (*desde aquí añaden FG*), la noble reina Berenguela de Castilla utilizó su influencia y convenció a todos de tal modo con la habilidad de su gracia que, aunque las infantas contaban con

Cap. XXVI

Sobre las grandezas del noble Alfonso y la conquista de Cuenca

Volvamos ahora a la historia del noble Alfonso. Aunque, tal como se dijo, había recuperado por la lealtad de los suyos lo que había perdido de su reino, sin embargo siempre sufrió la hostilidad de su tío. Más adelante, el noble rey Alfonso guerreó contra su tío materno el rey Sancho de Navarra [147] y le arrebató Logroño, Navarrete, Entrena, Grañón, Cerezo y Brihuesca y casi todo lo que hay hasta Burgos [148], todo lo cual había ocupado su tío materno durante su infancia. A continuación surgió un enfrentamiento entre él y Alfonso, rey de los aragoneses [149], y le sustrajo un noble castillo, que se llama Ariza, por el buen hacer de un noble llamado Nuño Sánchez, que se apoderó del castillo y lo entregó al noble rey Alfonso [150]. Seguidamente, confortado por la virtud del Altísimo, tornó su poder contra los infieles para luchar por la fe. Con su poderosa mano los aniquiló y en la grandeza de su corazón los acogió; prendió fuego a las ciudades y taló los vergeles de sus retiros; cubrió la tierra con su temor y sitió a los árabes con su llegada; destruyó las guaridas de los emboscados y las fronteras de la fe ensanchó; asedió Cuenca, bastión de los árabes, y con muchos trabajos los estrechó; levantó en derredor muchos ingenios y ni de día ni de noche respiro les dio; los víveres y el alimento le escaseó, pero su regio corazón lo confortó; desdeñó los placeres turbadores y se entregó al nombre de la gloria; su gran espíritu lo enalteció y su perseverancia regia lo mantuvo en vilo hasta que quebrantó a los asediados y los enemigos suplicaron su gracia. Enviaron mensajeros a los almohades y palabras de dolor a la gente de Arabia. Imperturbable, el destinatario cerró sus oídos y les negó su socorro. El temor de la guerra lo anonadó y el olor de la guerra lo espantó. El nombre del rey Alfonso bloqueó el mar y su aureola paralizó a los caminantes hasta que se le entregó la fortaleza de Cuenca y sus torres se le sometieron. Sus roquedales se hicieron acce-

---

muchísimos partidarios y ocupaban muchísimas fortalezas y castillos en casi todos los puntos del reino, puso a las infantas y a su madre la reina Teresa en la necesidad de encomendarse a su gracia. Pero, fiel seguidora en su comportamiento de la generosidad de su padre, hizo que por su hijo les fueran asignadas de por vida grandes rentas a las infantas, y de este modo obtuvo sin problemas el reino de su padre en la era 1268». v. Introducción, págs. 30-32.

[147] Sancho VI.

[148] Año 1173.

[149] Alfonso II.

[150] Ariza fue prenda del pacto entre los dos Alfonsos contra Pedro Ruiz de Azagra, señor de Albarracín.

sibles y su escabrosidad, llanura. La consiguió tras muchos trabajos [151] y la convirtió en ciudad regia. Estableció en ella la silla de la fe y el título episcopal lo honró en ella. Reunió allí pueblos distintos y los fundió en un pueblo de grandeza. Levantó en ella un baluarte de fortaleza y un palacio de belleza enalteció en ella. Le entregó aldeas de su poder y con pastos fértiles la alegró. Aumentó la altura de sus murallas y la envolvió con segura protección. Se convirtió en ciudad populosa y se ensanchó en los límites de sus gentes. La contempla con arrobo el viejo morador y ante su vista se atemoriza el árabe. Su defensa está en sus rocas y su riqueza en los cauces de los ríos. Su gloria radica en su príncipe y su santidad en la silla de la prestancia. Su amenidad está en los pastos de sus rebaños y su abundancia en el pan y el vino. Recuerda, Cuenca, los días del príncipe y con su memoria alegra tu rostro. Esté su nombre en tus alabanzas y su gloria sea tu recuerdo. Añadió protección a tus tierras y ensanchó los límites de tu silla.

Cap. XXVII

De nuevo sobre las hazañas y piadosas obras del noble Alfonso

Conquistó Alarcón en rocas inmemoriales y reforzó el cerrojo de la defensa. Con muchas aldeas la dotó para que creciese en ella el morador de la fe. Encargó a los esforzados su salvaguarda para que los árabes encontraran el camino de la muerte. Los baldíos de Huete llenó de gente y en el camino los protegió con habitantes. Las Alcarrias rocosas domeñó con gentes y la dureza de la encina trocó en uvas. En Uclés fijó la jefatura de la orden y el afán de ésta fue espada de defensa. El hostigador de los árabes habita allí y su morador es el defensor de la fe. La voz de los que alaban se escucha allí y el júbilo de la pasión exulta allí. Enrojece la espada con la sangre de los árabes y crepita la fe con el amor de los corazones. La maldición queda para el adorador de los demonios, y una vida de honor, para el creyente en Dios. La ribera del Tajo llenó de habitantes, y de pobladores de defensa la serranía de Ocaña. Consagró al Excelso aquella tierra y a la orden de Santiago la encomendó. Los roquedales de Oreja los agregó a ella y el baluarte de Mora lo hizo depender de ella para dedicar la tierra a la santidad y hacerla partícipe de la religión. Sancho, su

[151] Fue tomada el 21 de septiembre de 1177, tras nueve meses de asedio.

añorado padre, dio a Fitero Calatrava, el noble Alfonso lo sancionó: acogió la vida monacal la orden de caballería y el punto de partida de los frailes fue Fitero. El rey Alfonso los formó y con muchas heredades los enriqueció. Zurita, Almoguera, Maqueda, Aceca y Cogolludo les entregó y les quitó el peso de la pobreza y les añadió bienes adecuados. Su aumento es la gloria regia, y su instrucción, la corona del príncipe. Los que entonaban salmos se ciñeron la espada y los que lloraban rezando defendieron la patria. Un frugal alimento fue su condumio, y la aspereza de la lana, su vestido. El rigor diario los pone a prueba y la práctica del silencio los acompaña. Reiteradas genuflexiones los humillan y la vigilia nocturna los mantiene tensos. La oración fervorosa los enriquece y el trabajo diario los adiestra. Cada uno vela por los pasos del otro y el fraile incita al fraile a la perseverancia.

Cap. XXVIII

Sobre la repoblación de Plasencia y el ejército del primado Martín [152]

Tornó su atención a las nuevas obras y construyó de raíz una ciudad de gloria. Fijó en ella el baluarte de la patria y su nombre fue el de Plasencia [153]. Llamó a las gentes a la nueva ciudad y glorificó allí la tiara pontifical. El sacerdocio de la ley la honró y ensanchó las fronteras de su espada. A la ciudad de Toledo envolvió con castillos y su término lo llenó de gentes. En su diócesis levantó fortines y la reverencia de la fe la estableció en ellos. A su grandiosidad agregó esfuerzo y construyó Alarcos como valle de sangre. La voluntad de Dios es un gran abismo, e insondable a los hijos de los hombres. La decisión de Dios recayó sobre sus obras, y la determinación del cielo, sobre su hueste. Lanzó sus tropas contra el rey de Africa y soliviantó al punto al pueblo de Africa. Su gente desplegó sus líneas y el poderío de sus armas enderezó contra los moros. Su ejército pasó el Betis y su jefe fue el arzobispo de Toledo. Los grandes de su reino eran los consejeros del arzobispo y todo el ejército estaba al mando del arzobispo de la honra. Su nombre, Martín Magno, y su familia, del Pisuerga. La gloria de sus antepasados era su vida, y su palio, la corona de la Iglesia. Su saber fue la paz de muchos, y su palabra, la garantía del orden. Su mano, socorro de los pobres, y su corazón, caridad de los humildes. Su cíngulo, el ardor de la fe, y sus armas, el

[152] Martín López de Pisuerga (1192-1208), el antecesor del Toledano.
[153] En el año 1186.

castigo de los blasfemos. Toda la hueste, a sus órdenes, y la sangre de los árabes, a su alcance. La tierra bética con fuego prende, y la empresa del arzobispo prospera. Pues avanza por los castillos de la Bética arrasando tierras y fortalezas. Felizmente regresó a su sede [154].

Cap. XXVIIII

Sobre la batalla de Alarcos

Se burló de él la blasfemia de Africa y estalló la cólera de los árabes. Yusef Mazemuto [155] reinaba en Africa y la estirpe almohade tenía el poder de su gente. Se alzó el príncipe en enorme tropel y de voces extrañas llenó los sembrados. El parto, el árabe, el africano, el etíope, el almohade y los de los Montes Claros [156] formaban sus filas y el andaluz de la Bética [157] estaba a sus órdenes. Pasó el Mediterráneo por el estrecho de Sevilla y las olas del mar holló con las trirremes. Su ejército, infinito, su muchedumbre, como la arena del mar. Su desembarco, en la metrópolis hispalense, y su avance, hacia las campiñas de Córdoba. Dirigió su propósito contra Alarcos, y su rostro de irritación, hacia el reino de Toledo. Los llanos de Tolosa [158] repeló de pastos y las veredas de los roquedales ensanchó con los cascos. Pasó la cima del monte [159] y con excesiva muchedumbre apuró los ríos. La etérea fama traspasó los siglos y la veloz noticia sacudió a España. Al recibo de la nueva se regocijaron muchos y la llegada de los enemigos incitó a la mayoría. Desconoce el hombre los caminos del Altísimo, y los hijos de Adán, los designios del Excelso. Y habiéndose acometido los ejércitos, cayó el ejército cristiano, y el noble rey, rescatado bruscamente por los suyos de en medio de la batalla, se libró por la eficiencia de éstos, aunque él prefiriera morir antes que salvarse. Además consiguió el agareno algunos castillos después del combate. Esta es la batalla de Alarcos, que tuvo lugar en la era 1233, el 18 de julio [160], durante el pontificado de Celestino III.

---

154 En el año 1191.
155 Al-mansur Yacub ben Yúsuf (1184-1198).
156 La cordillera marroquí del Atlas.
157 v. la n. 49 del lib. VIIII.
158 Las Navas de Tolosa, en Jaén.
159 El puerto del Muradal.
160 La fecha exacta fue un día después: el 19 de julio de 1195.

Cap. XXX

Sobre la ruptura entre los reyes de León y Navarra y el noble rey Alfonso

Pues, como el rey Alfonso de León y el rey Sancho de Navarra [161] habían fingido acudir en su ayuda a la batalla de Alarcos y ya habían llegado a los límites del reino de Castilla, cuando supieron que en la citada batalla no había habido éxito, cambiaron de opinión, y el rey de Navarra, que ya había llegado al reino de Castilla, se volvió atrás. El rey de León llegó a Toledo, y tras permanecer allí algunos días acompañando al noble rey, volvió a tierras de León, y poco después los dos irrumpieron en son de guerra en el reino de Castilla [162]. Pero el rey de León, que había procurado una alianza con los árabes, penetró con muchos de éstos entre sus tropas en el reino de Castilla por la Tierra de Campos, destruyendo, robando y asolando; y el rey de Navarra entraba a sangre y fuego por otro extremo asolando Soria y Almazán. Por otro, el rey de los almohades, llamado Yusef, sitió Toledo por segundo año y, luego, Madrid, Alcalá, Huete, Cuenca y Uclés, y desde allí regresó por Alcaraz, asolando y destruyendo todo lo que encontró fuera del amparo de las murallas. Por su parte el noble rey Alfonso, con la ayuda de su fiel amigo el rey Pedro [163], que por entonces reinaba en Aragón, irrumpió en las tierras de León y conquistó muchos castillos, a saber, Bolaños, Valderas, Castroverde y Coyanca, que, tras cambiar su nombre, se llama Valencia, Carpio y Paradinas; y, luego de obtener un gran botín y llevar a cabo matanzas, ahuyentados además los agarenos que el rey de León llevaba consigo, regresaron ambos a sus tierras. Sin embargo, el rey de los almohades, del que he hablado, se presentó por tercer año consecutivo [164] a sitiar de nuevo Toledo, Maqueda y Talavera, pero no pudo conseguir ninguna de ellas; en cambio, arrasó Santa Olalla y otros lugares que no disponían de defensas; y avanzando desde allí, tomó Plasencia, Santa Cruz, Montánchez y Trujillo; y desde allí regresó a su tierra con esplendor y orgullo. Por aquel entonces el rey de Castilla y el rey de los aragoneses se hallaban en el monte de la Palomera, cerca de Avila [165]. Y una vez que el agareno había retornado a su tierra, los dos reyes partieron al mismo tiempo desde el monte

161 Sancho VII (1194-1234).
162 En el año 1196.
163 Pedro II.
164 En el año 1197.
165 En la Paramera.

de la Palomera contra el rey de León y conquistaron Castroleón [166], Ardón, Castrogonzalo, Castrotierra y Alba de Aliste, y asolaron todo a sangre y fuego hasta Astorga; y marchando desde allí por la parte de Alba y Salamanca, devastaron todo por completo y se apoderaron de Monreal, un noble castillo; desde allí volvieron a sus tierras. Pero el noble rey Alfonso, teniendo por honroso dejar pasar el arrebato momentáneo, estableció durante algún tiempo una tregua con el rey de los árabes [167], para tener las manos libres contra los reyes vecinos.

Cap. XXXI

Cómo el noble rey Alfonso dio a su hija en matrimonio al rey de León

Y como su intención era atacar al rey de León con mayor contundencia, algunos, que temían el riesgo de la guerra, lograron con cariñosos consejos que el rey leonés pidiera al de Castilla a su hija Berenguela por esposa. Y aunque el noble rey era reticente a esto, porque él y el rey leonés estaban emparentados [168], la reina Leonor [169], esposa del noble Alfonso, que era sumamente juiciosa, calibraba con claro y profundo discernimiento el riesgo de la situación, que podía solucionarse con un enlace tal; y le dio por esposa a la citada hija al rey de León, que había acudido a Valladolid acompañado de sus nobles, y concedida una dote acorde con tal doncella y celebradas las bodas con gran esplendor, se la llevó a su reino [170]. Por su parte el noble rey Alfonso de Castilla le dio a su hija, ya casada, todo lo que había arrebatado a su actual yerno y antiguo enemigo. Y una vez establecida así la paz, como con un hijo, cesaron los ataques.

Cap. XXXII

Sobre la toma de Vitoria, Guipúzcoa y el condado de Treviño [171]

Seguidamente, el noble rey Alfonso, con el propósito de vengar las afrentas del rey de Navarra, armó un ejército con el concurso de

166 ¿Castrocalbón, cerca de La Bañeza, León?
167 Fue firmada por cinco años en Sevilla. Se prorrogó con posterioridad y no expiró hasta fines de 1210.
168 Eran primos hermanos.
169 Hija de Enrique II de Inglaterra.
170 La boda se celebró en octubre de 1197.
171 Agradezco aquí la valiosa ayuda que me prestó el Prof. Zabalo Zabalegui en la identificación de los topónimos vasco-navarros.

su fiel amigo el rey de los aragoneses, a fin de atacar Navarra; y conquistaron Ruconia y Aibar, que pasaron a manos del rey de Aragón. Conquistaron también Inzura y Miranda, que fueron para el noble rey. Y de esta forma ambos reyes, tras llevar a cabo diversas operaciones de castigo, regresaron a sus tierras. Por su parte el noble rey Alfonso de Castilla volvió a atacar el condado de Treviño y Alava y, después de un largo asedio, inició el asalto de Vitoria. Mientras tanto, el rey Sancho de Navarra, hombre de probado valor y fortaleza pero obcecado de por sí, dejado el reino al azar, se marchó junto a los árabes acompañado en su viaje por unos cuantos nobles, y permaneció allí algún tiempo esperando el regreso de unos mensajeros que había enviado al Miramamolín del otro lado del mar. Una vez que volvieron éstos cargados de dineros y regalos, el rey seguía por aquellas tierras yendo de una ciudad a otra de los árabes con la única intención de allegar fondos. Mientras tanto, los asediados de Vitoria, extenuados por el combate y el esfuerzo y enflaquecidos por la falta de provisiones, afrontaron el riesgo de la rendición. Pero García, el venerable obispo de Pamplona, persona de enorme generosidad, en cuanto vio el peligro que comportaba el hambre, corrió a las tierras de los árabes en busca del rey Sancho, acompañado de uno de los asediados; y una vez expuesta la verdad de la situación, consiguió del rey la autorización para entregar Vitoria al rey de Castilla. Y regresando en el plazo establecido junto con el caballero que los asediados de Vitoria le habían proporcionado, dio a conocer el encargo del rey Sancho de entregar Vitoria al rey de Castilla [172]. Y de esta forma conquistó el noble rey Alfonso Vitoria, el condado de Treviño, Alava y Guipúzcoa con las fortalezas y castillos de estas tierras, salvo ⟨la ciudad de⟩ Treviño, que la obtuvo más tarde a cambio de Inzura; en otro trueque también dio Miranda a cambio de Portilla. Conquistó San Sebastián, Fuenterrabía, Belascoaga, Zaitegui, Aizcorroz, Arlucea, Arzorocia, Victoriano, Marañón, Auza, Ataun, Irurita y San Vicente. Por su parte el rey de Navarra regresó provisto de presentes del agareno, pero desprovisto de todo lo reseñado y de la gloria.

Cap. XXXIII

Sobre la ruptura de Diego López, el asedio de Estella y la construcción del monasterio real

Una vez concluido todo esto, Diego López, señor de Vizcaya, que era considerado el principal de todos los nobles de España, se enajenó

---

[172] En el año 1199.

la voluntad del noble rey rompiendo su amistad. Por ello, tras hacer entrega de los feudos que ocupaba, se marchó junto al rey de los navarros; y desde allí ocasionó graves daños a los castellanos mediante continuos asaltos y correrías. Pero el noble rey Alfonso, que no toleraba una afrenta, luego de convocar a su yerno el rey de León irrumpió en las tierras de los navarros [173]. Y habiendo puesto sitio con gran ardor a Estella, el más noble enclave de los navarros, Diego López de Vizcaya, que se hallaba dentro de la ciudad con muchos nobles, aguantó con vehemencia los ataques de los castellanos, y entre los plantones de las viñas se sucedieron las muertes y los lances del combate. Pero como la ciudad embotaba las fuerzas de los atacantes por la solidez de su muralla y la esperanza de la victoria comenzaba a debilitarse, los reyes levantaron el asedio de la ciudad, y después de arrasar los alrededores con gran perjuicio para los de allí, los reyes regresaron a sus tierras. Seguidamente se estableció una tregua por algún tiempo entre el rey de Castilla, el rey de Navarra y el rey de León [174]; pues el noble rey Alfonso andaba meditando sobre la batalla de Alarcos en lo más profundo de su corazón. Pero, con el propósito de agradar al Altísimo, construyó cerca de Burgos, a instancias de su serenísima esposa la reina Leonor, un monasterio de monjas de la orden del Císter [175], y lo embelleció con la más noble construcción y lo dotó de tal modo con copiosas rentas y diversas heredades, que las santas vírgenes consagradas a Dios, que allí entonan día y noche salmos de alabanza a Dios, no sufren ninguna penuria ni escasez, sino que, rematados sin reparar en gastos los edificios, el claustro, la iglesia y demás dependencias, se deleitan continuamente en la contemplación y las alabanzas, libres de preocupación.

Cap. XXXIIII

Sobre la construcción del hospital, la fundación de los estudios y la conquista de Vasconia

También construyó junto al monasterio un hospital [176] primorosamente acabado en su armazón y estancias, y lo amplió con tales

---

[173] Diego López de Haro se marchó de Castilla, por razones desconocidas, a finales de 1201. El asedio de Estella fue en 1203.

[174] Esta debe de ser la paz de Guadalajara (1207), en la que tanta importancia tuvo la actuación de Jiménez de Rada (v. Introducción, pág. 19); pero Alfonso IX no estuvo presente en ella.

[175] El Real Monasterio de Santa María de las Huelgas (año 1181).

[176] Hospital y albergue de peregrinos, como se verá en seguida.

medios que a cualquier hora del día se proporciona lo necesario a todos los peregrinos, sin que se rechace a ninguno, y sin dilación se aprestan lechos de sorprendente calidad a todos los que desean pasar allí la noche. A su vez, los enfermos reciben toda clase de cuidados por obra de caritativas mujeres y varones, hasta que mueren o curan por completo, de manera que cualquiera puede contemplar las obras de la piedad en ese hospital como en un espejo; y el que mereció en vida ser alabado por todos a causa de lo extraordinario de sus hechos, merecerá después de la muerte ser coronado por el Señor debido a los muchos que rogaron por él. Y para que el ramillete de sus obras de caridad, que recayeron sobre él por obra del Espíritu Santo, no careciera de flor alguna, hizo buscar a los sabios de las Galias e Italia para que el culto del saber nunca faltara en su reino, y reunió en Palencia a los maestros de todas las materias, a los que concedió amplias remuneraciones para que el saber de cualquier materia fluyera como el maná en la boca de todo el que deseara aprender [177]. Y aunque estos estudios sufrieron alguna interrupción, sin embargo aún subsisten por la gracia de Dios. Y después que había sometido bajo su poder casi toda Vasconia [178] menos Burdeos, La Réole y Bayona, concluido el plazo de la tregua que por un tiempo había fijado con el Miramamolín, después, incluso, que había repoblado Moya, aquel noble rey, que anhelaba morir por la fe de Cristo, soportaba a duras penas, aunque con inteligencia, el deshonor de la última derrota [179]. Y como siempre aspiraba a las grandezas, no consintió en prolongar la tregua por más tiempo [180], sino que, empujado por su afán de superación y por el amor a su fe, lanzó la guerra en el nombre del Señor.

Cap. XXXV

Sobre la toma de Salvatierra

Una vez que los mensajeros cumplieron su labor [181], dio inicio la lucha entre el noble rey y los agarenos. Tras haber perpetrado los nuestros alguna correría por tierras de Baeza, Andújar y Jaén, el hijo

---

177 v. Introducción, págs. 20-21.

178 Entiéndase la Gascuña, todo el territorio francés al S. del Garona.

179 La de Alarcos.

180 La tregua que había establecido con los almohades (v. xxx, 41-42) y que expiraba en 1210.

181 *entrel noble rey Alffonsso et los moros* (*Crón. Gen.*, 686 b 50-51), para poner fin a las treguas.

del citado rey de los agarenos, llamado Mahomath, reclutado un ejército de su gente, acampó en torno a Salvatierra; y habiéndola sitiado durante casi tres meses y atacado con distintos ingenios, muertos muchos de los que estaban en el castillo, heridos la mayoría y derruidas casi la totalidad de las torres y la muralla, fenecidos la mayoría de los asediados por la sed y los ataques, fue finalmente conquistado el castillo, para vergüenza de la fe cristiana, en el mes de septiembre de la era 1249 [182]. Aquel castillo, castillo de salvación, y su pérdida, menoscabo de la gloria; por él lloraron las gentes y dejaron caer sus brazos; su aprecio espoleó a todos y su fama alcanzó a la mayoría; con la noticia se alzaron los jóvenes y por su aprecio se compungieron los viejos; su dolor, a los pueblos lejanos, y su conmiseración, a los envidiosos. Por aquel tiempo el noble Alfonso había concentrado su ejército en los alrededores de Talavera, y aunque estaba decidido a arrostrar la dudosa suerte del combate, ante los insistentes ruegos de su hijo primogénito Fernando, que pensaba con mayor clarividencia, determinó dejar para el año siguiente el riesgo del combate; pues es más ventajoso el momento sopesado que el arrebato de la cólera.

Cap. XXXVI

Sobre el anuncio de la batalla y la muerte del infante Fernando

El agareno, tras apoderarse de la fortaleza de Salvatierra, regresó muy engreído a su tierra. Pero el noble rey Alfonso, después de fructífera deliberación con el arzobispo [183], los obispos y los nobles, declaró en persona, entre las aclamaciones de todos, que era preferible comprobar la voluntad del cielo en el peligro del combate que contemplar los males de la patria y de los santuarios. Y ordenó pregonar por todas las provincias de su reino que los caballeros e infantes, abandonado lo frívolo de las vestiduras, tanto oropeles como cualquier adorno que no competía a la empresa, se proveyesen de armas convenientes, y que los que antes desagradaban al Altísimo con la futilidad, lo agradasen ahora con lo necesario y conveniente. Y todos, desde el menor al mayor, atendieron al requerimiento del rey, colaborando en todo esto, en forma digna de su modestia, el hijo primogénito del noble Alfonso, el queridísimo Fernando, quien, presa de la fiebre por aquellos días, murió antes de que la batalla llegara a

---

[182] En el año 1210.
[183] Rodrigo Jiménez de Rada, que ya aparece con su nombre en la línea 24.

su fin [184]. Su muerte fue el llanto de la patria, el dolor implacable de su padre, porque se miraba en él como en el espejo de su vida, pues era la esperanza de las gentes; pues el Señor lo había honrado de tal modo que era amado por todos, y lo que la edad aún no concede a los adolescentes, ya lo manifestaba la gracia en él [185]. Y así falleció en la fortaleza de Madrid, en la diócesis de Toledo, en el mes de octubre de la era 1249, con breve vida y amplia gracia y virtud. Fue enterrado en el monasterio de Santa María la Real, cerca de Burgos, por Rodrigo, arzobispo de Toledo, y muchos sufragáneos y destacados seglares y religiosos, haciéndose cargo, con largueza y conveniencia, de todo lo preciso del funeral y de los honores, del llanto y el dolor, su muy ilustre hermana la reina Berenguela, sobre quien luego recayó la sucesión del trono de Castilla; en esas circunstancias, brilló de tal manera la totalidad de sus virtudes que su prudencia superó a la piedad del devoto sexo y la prodigalidad de sus limosnas a la prodigalidad de los reyes. Igualmente, la pudorosa modestia de su afabilidad suministraba el consuelo al implacable dolor, de manera que el suave dulzor de su fama aumentó en seguida su intensidad. Durante toda su vida fue socorro y alivio de las órdenes religiosas y de los pobres y de todos los marcados por la pobreza, aparte de las formidables obras que brillaron con fulgor durante el reinado de su hijo [186]. Pero su noble padre, que sólo encontraba en las hazañas el consuelo por la muerte de su hijo, formado un ejército de los suyos, irrumpe en las tierras del sarraceno siguiendo el curso del río que se llama Júcar, sitía el castillo que se llama Alcalá [187] y conquista éste y Jorquera, Garandén y Cubas, en los que se halló un gran número de prisioneros de los agarenos [188] y también un gran botín; una vez tomados éstos y fortificados convenientemente, volvió felizmente a su patria cuando ya amenazaba el invierno.

[184] En el año 1211.

[185] Recuérdese una idea semejante referida a su padre, Alfonso VIII, en xvii, 12-17.

[186] Fernando III.

[187] Alcalá del Júcar, en Albacete.

[188] Sigo la versión de la *Crón. Gen* (688 a 40), aunque también podría significar «fueron apresados muchos agarenos».

LIBRO OCTAVO

Cap. I[1]

Sobre la llegada de los reyes a la ciudad regia

Sucedió al cabo del año[2]*, en la época en que los reyes acostumbran a salir a combatir*: el noble Alfonso, convocadas las gentes, aprestadas las armas, almacenados los víveres y, más que nada, listos los corazones para el combate, se produjo[3] la concentración de todos en Toledo, la única capaz, por su riqueza, de abastecer las exigencias de todos. Mientras tanto, Rodrigo, arzobispo de esta ciudad, y los demás embajadores regresaron de los distintos lugares adonde habían sido enviados con la misma misión. Y comenzó la ciudad regia a atiborrarse de gentes, sobreabastecerse de lo necesario, significarse por las armas, diferenciarse por las hablas, distinguirse por los atuendos, pues el ardor por la batalla hacía confluir en ella una diversidad de pueblos de casi todos los rincones de Europa. Y no había quien

---

[1] El mejor trabajo sobre la batalla de Las Navas de Tolosa sigue siendo el de A. Huici, *Estudio sobre la campaña de las Navas de Tolosa*, Anales del Instituto General y Técnico de Valencia, Valencia, 1916, que incluye los demás relatos sobre la batalla.

[2] En 1212. Toda esta frase pertenece a *Libro de los Reyes*, II, 11, 1.

[3] El autor ha vuelto a perder el hilo de la narración, dejando colgado el sujeto al principio de la frase.

pudiera quejarse de la falta de nada, ya que no sólo la propia ciudad lo aportaba por su riqueza, sino que además la generosa mano del noble príncipe atendía a todos en todo lo preciso. En febrero comenzaron a llegar los que venían por su cuenta, y fueron aumentando poco a poco durante toda la primavera hasta hacerse innumerables. Y como la diversidad de sus orígenes los hacía distintos en costumbres, hablas y atuendos, por decisión del rey el arzobispo de la ciudad permanecía en ella para que por su diligencia se disipase el choque de caracteres. Y por la gracia de Dios todopoderoso, que con su solo gesto lo disponía todo, se llevó a cabo de tal manera que no surgió ninguna querella, ningún alboroto que pudiera malograr la empresa de la batalla, aunque el enemigo del género humano lo intentase más de una vez. Y como aumentaba por días el número de los que lucían en su cuerpo la señal del Señor, a fin de que no se sintiesen agobiados por las estrecheces de la ciudad, el noble rey, deseoso de velar por el bien de ellos, puso a su disposición unos amenos jardines en las afueras de la ciudad, junto al cauce del Tajo —que habían sido plantados para el descanso de las labores de la real majestad—, con la finalidad de que se protegiesen de la dureza del sol con la sombra de los árboles; y fabricados unos alojamientos con los árboles frutales, permanecieron allí, a expensas del rey, hasta el día de la partida para la batalla. Y así, ocho días después de la fiesta con la que la religión cristiana celebra el Pentecostés [4], el rey Pedro de Aragón, el fiel amigo del noble Alfonso, después de unas jornadas de viaje más rápidas de lo que exige el protocolo real, en el día fijado en el acuerdo de Cuenca [5], llegó a Toledo, donde fue recibido en procesión por el arzobispo y todo el clero; y tras plantar su real en los jardines del rey, aguardaba allí la llegada de los suyos.

Cap. II

Sobre la llegada de los ultramontanos a la batalla

Comenzaron a llegar también nobles de la zona de las Galias, el arzobispo de Burdeos y el obispo de Nantes y muchos barones de esa

---

[4] El 20 de mayo, día de la Santísima Trinidad.

[5] Se firmó en el otoño del año anterior, 1211, después de la muerte del infante Fernando y antes de la expedición por la ribera del Júcar (v. el último cap. del lib. anterior).

misma zona y de Italia. Acudieron también simples caballeros y, sobre todo, un número incalculable de gentes de a pie. Vino también el venerable Arnaldo, quien habiendo desempeñado por algún tiempo el priorato del Císter, gobernaba por entonces la iglesia de Narbona. Este, empujado poco antes por su celo de la fe católica en contra de quienes osaron blasfemar con boca sacrílega del nombre del Señor y de la Iglesia en Narbona y las provincias limítrofes [6], alentó los corazones de los fieles para que se armaran con la enseña de la cruz contra las artimañas de los herejes. Y por la gracia de Dios sucedió que, donde la prédica, desdeñada, no dio fruto, segada la herejía con la hoz de la cruz, la fe católica creció con felicidad día a día; y arrasadas Béziers y Carcasona, la sangre de los blasfemos fue exprimida por el fuego aniquilador y la espada vengadora en la era 1246. Y así, este arzobispo hizo su entrada en la ciudad de Toledo acompañado de una muchedumbre de la Galia citerior provista de instrumentos de guerra, enseñas y armas, y allí fue recibido como merecía por el noble rey y el arzobispo de esa ciudad. También acudieron a la misma ciudad muchos caballeros de la zona de Portugal, una ingente multitud de infantes, que con sorprendente ligereza soportaban sin dificultad el peso de la marcha y atacaban con arrojo.

Cap. III

Sobre la venida de los obispos y nobles de España a la concentración

Además, se incorporaron a las fuerzas en Toledo los nobles del rey de los aragoneses, famosos por su valentía, vistosos por su marcialidad, aprestados de armas y caballos, entre los que se contaban García Romero, Jimeno Cornel, Miguel de Lusia, Aznar Pardo, Guillermo de Cervera, el conde de Ampurias Ramón Fulcón, Guillermo de Cardona y otros muchos príncipes y barones y simples caballeros, además de un notable contingente de ballesteros e infantes. Acompañaba al noble rey en la ciudad regia una nutrida representación de sus nobles, admirable por su nobleza, valentía y número, a quienes la exquisitez de su porte, la brillantez de su amabilidad y lo sobrado de su valor distinguía de tal manera que no sólo infundían pavor a los enemigos, sino que se hacían merecedores de honra. En cuanto a los concejos de las ciudades y los pueblos, acu-

[6] Los albigenses; v. VI, iiii, 15 ss.

dieron tal cantidad de escuadrones dotados de caballos, armas, transportes, víveres y todo lo preciso para la guerra, que no había entre ellos quien necesitara nada, incluso compartían generosamente lo suyo con los demás. Aunque en sus pueblos y ciudades dependen del gobierno de un solo príncipe, sin embargo son gentes no sólo avezadas en el manejo de las armas desde siempre, sino también de destacada gloria militar y que desde sus primeros tiempos alcanzaron renombre militar. Ellos y sus antepasados combatieron con éxito contra sarracenos y cristianos. También estuvieron allí presentes los obispos, que aportaron a la empresa de la fe tanto sus personas como sus haciendas, según se las dio Dios, colaborando espontáneamente en los gastos y responsabilidades, atentos a las dificultades, entregados al trabajo, clarividentes en el consejo, generosos en la necesidad, sinceros en las arengas, valientes en los peligros, sufridos en las penalidades; del reino de Castilla, el arzobispo Rodrigo de Toledo, los obispos Tello de Palencia, Rodrigo de Sigüenza, Menendo de Osma y Pedro de Avila; del reino de los aragoneses, García de Tarazona y Berenguel, electo de Barcelona; de la caballería seglar del reino de Castilla, Diego López de Haro [7], el conde Fernando de Lara y sus hermanos el conde Alvaro y el conde Gonzalo, Lope Díaz de Haro, Rodrigo Díaz de los Cameros, Gonzalo Ruiz y sus hermanos, y muchos otros nobles tan ilustres como valerosos, cuyos nombres sería largo enumerar; también estuvieron los frailes de Calatrava, al mando del maestre de su orden Rodrigo Díaz, fraternal compaña grata a Dios y los hombres; los frailes de la orden del Temple al mando de su maestre Gómez Ramírez, que falleció en paz después de la batalla [8]. Estos fueron los primeros que fundieron ante el Nuevo Testamento, tomando la enseña de la cruz, el boato del orgullo militar con el vínculo de la caridad y la religión, sin menoscabo de su bravura. También los frailes de la orden del Hospital, quienes, aplicados con devoción al amor al prójimo, movidos por el celo de la fe y la preocupación por Tierra Santa, empuñaron la espada de la defensa. Estos, al mando de su prior Gutierre Ermigildo; también los frailes de la orden de Santiago, al mando de su maestre Pedro Arias. Estos realizaron muchas y convenientes hazañas en las tierras de España; también acudieron allí muchas personas movidas por el afán y la entrega de distintos votos y promesas de la religión cristiana, significados por la enseña de la santa cruz.

---

[7] Que ya se había reconciliado con Alfonso VIII, al parecer por mediación del Toledano.

[8] Murió el 25 de julio, durante el asalto a Ubeda; v. xii.

Cap. IIII

Sobre la excelencia de las virtudes y la generosidad del noble Alfonso

Aunque no era fácil de gobernar una muchedumbre tan abigarrada, tan distinta, tan opuesta, ni siquiera para el más paciente, sin embargo el noble rey con su gran corazón todo lo llevaba con tranquilidad, todo con quietud, todo con justicia, de manera que el aburrimiento lo trocaba en virtud, superándolo con alegre semblante; las palabras desmesuradas tornaba en mesura con su mesurada respuesta; la ceñuda charlatanería de la ambición la transformaba en alegre discurso con su generosa mano; con simpática camaradería participaba en las paradas militares, sin que se resintiera un ápice la gravedad del porte real. Su condescendencia se manifestaba en él de tal forma que la preeminencia parecía igualdad; su sabiduría teñida de gravedad lo rubricaba todo de tal manera que su camaradería se hacía un alivio para los demás, y su valentía, ejemplo, de manera que se podía decir de él: posee más virtudes que todos los demás juntos. Adolescentes, jóvenes y los dotados de vigor por la edad, viejos y ancianos, descubrieron qué ensalzar, qué seguir, si sus condiciones se lo permitían, qué admirar, qué apreciar; se maravillaban estupefactos de su diligencia en la acción, y tanto lo engrandeció la grandeza de su continuo regalo, que desbordaba por las gracias de su honra y naturaleza, hasta el punto de que el orbe del mundo se reconocía deudor para con el noble Alfonso de España. Ennoblecía con título militar a los jóvenes y adolescentes honrados por la gracia de sus antepasados, con la intención de que quienes aún carecían de gloria de valor personal se sintieran obligados a grandes hechos por la mano de su protector y por los grandes hechos de sus ancestros. A ésos, los aseguraba de tal modo con la firme grandeza de los caballos, la abundosa seguridad de las armas, la elegante distinción de los trajes, que en él mismo hallaban no sólo al señor a quien amar sino también al patrón a quien ensalzar. Y aunque el comportamiento de los extranjeros era distinto y sus costumbres discordaban de las del país, ya que la virtud es maestra al diferenciar todas las costumbres, pudo dar contento a todos quien pudo concentrar en su persona las virtudes de todos y, como ciudadano de una sola patria, supo representar en su persona las costumbres de todos, hasta el extremo de que ninguno echaba en falta las suyas. De su generosidad, ¿quién podría imaginar algo, por pequeño que fuese, que a duras penas se pudiera hallar en los demás? Pues cultivó de tal modo la generosidad desde la niñez que le fue

imposible olvidarse de lo que aprendió en el vientre de su madre. De tal modo lo sancionó todo con el privilegio de su generosidad que, según opinión generalizada, hecho el silencio entre los demás patrones, logró el título de su generosidad. Y aunque regalaba a los grandes con grandeza, no dejaba de lado a los humildes. Pues aun siendo los ultramontanos más de diez mil jinetes y cien mil infantes, se le daba a cada jinete veinte sueldos corrientes[9] por día, y cinco a los infantes. Las mujeres, los niños, los enfermos y demás incapacitados para el combate no eran ajenos a esta gracia. Esto era lo que se pagaba en general y públicamente, sin contar los regalos particulares, que superaban en cantidad esa cifra y que se hacían llegar a los nobles no día a día, sino en grandes cantidades por intermediarios del noble rey. A estos regalos se añadía una infinita largueza de caballos, alegre diversidad de paños, que en conjunto era incapaz de abarcar con faz contenta la ceñuda rigidez de la severidad. Si a todo esto se añaden los presentes dados a los reyes, las soldadas pagadas a los suyos, el límite del regalo y la esplendidez superó lo que pudiera comprarse con todo ello. Y además, para que los extranjeros no carecieran de nada de la expedición, a todos les proporcionó tiendas y transportes. Añadió gracia a la gracia y les suministró, como transporte de vituallas y demás necesidades, más de sesenta mil albardas con sus respectivas bestias de carga.

Cap. V

Sobre la salida hacia la batalla y la toma de Malagón

Y habiendo cumplido así con todos en todas las cosas, el ejército del Señor partió de la ciudad regia el 20 de junio: los ultramontanos por un lado, llevando por guía a Diego López de Haro; Pedro, el valeroso rey de los aragoneses, con los suyos; el noble Alfonso, con los suyos. Y aunque marchaban a distancia, sin embargo no era grande el tramo que separaba a los ejércitos. El primer día se acampó junto al cauce del Guajaraz; el segundo[10], junto al Guadacelet; el tercero[11], junto al Algodor. Por su parte los ultramontanos plantaron su campamento junto a Guadalferza y, partiendo desde allí, sitia-

[9] *de los burgaleses* (*Crón. Gen.* 694 a 16).
[10] 21 de junio.
[11] 22 de junio.

ron la fortaleza de Malagón [12]; y aportando la gracia divina un buen augurio, aunque los que estaban en la fortaleza se defendieron muy bravamente, sin embargo el empuje de los ultramontanos, que ardía de valerosa pasión, en su afán por morir por la fe de Cristo quebrantó el valor de los defensores y la solidez de la fortificación en nombre del Señor y se apoderó de Malagón, matando a todos los de dentro. Al día siguiente [13] llegó el ejército de los reyes y se detuvo allí durante un día, pero escasearon un tanto los víveres; sin embargo, la diligencia del noble rey salió al paso y logró suministrar víveres en abundancia.

Cap. VI

Sobre la toma de Calatrava y la retirada de los ultramontanos

Así pues, avanzando todos a la par desde allí, llegamos [14] a Calatrava [15]. Por su parte, los agarenos que en aquel lugar resistían inventaron fabricar unos abrojos de hierro y los esparcieron por todos los vados del río Guadiana; y como tenían cuatro punzones, quedaba uno de ellos hacia arriba sea cual fuese la forma en que cayeran, y se clavaba en los pies de las personas y en los cascos de los caballos. Pero como las invenciones de los hombres nada pueden contra la providencia de Dios, la voluntad de Dios fue que escasísimos, o casi ninguno, se hirieran con aquellos abrojos; y sobre la mano de la gracia de Dios, a modo de puente, atravesamos el río Guadiana y acampamos en derredor de Calatrava. Por su parte, los agarenos habían asegurado de tal manera aquella fortaleza con armas, estandartes e ingenios en lo alto de los torreones, que parecía bastante dificultoso asaltarla a quien lo intentara. Además, aunque esa fortaleza está en terreno llano, sin embargo una parte de su muralla es inaccesible al lindar con el río [16]; por las otras partes está tan defendida por la muralla, los bastiones, fosos, torreones y baluartes que parecía imbatible sin un largo castigo de los ingenios. A su vez, se encontraba

---

[12] 24 de junio.
[13] 25 de junio.
[14] Es la primera vez que el Toledano utiliza este plural, incluyéndose en la acción.
[15] 27 de junio.
[16] El Guadiana.

allí un agareno, llamado Avenchaliz [17], hábil por su larga experiencia militar y muy curtido en acciones de guerra; los asediados confiaban más en su diligencia que en sus propias fuerzas, aunque se encontraba allí en el fortín un tal Almohat [18], que gobernaba la plaza. Y como llevábamos ya algunos días en el asedio y los reyes y los príncipes no andaban muy convencidos de poder asaltar la fortaleza, tras largas deliberaciones todos convinieron en no abandonarla sin ni siquiera intentarlo, por más que el asalto parecía dificultoso. Por otra parte, bastantes consideraban más provechoso marchar directamente a la batalla que demorarse en atacar castillos, más que nada porque en esas situaciones no sólo corren peligro los valerosos sino que el ejército se cansa, y además el derecho de conquista y de posesión de esos castillos queda a expensas del desenlace de la batalla. Y así, aprestadas las armas y repartidas entre países y príncipes las distintas zonas de la fortaleza, invocando el nombre de la fe arremetieron contra la fortaleza. Y por la gracia de Dios sucedió de tal modo que, en el domingo [19] después de la festividad de San Pablo, ahuyentados los árabes, tornó Calatrava a manos del noble rey, e inmediatamente fue guarnecida por los frailes que tiempo atrás tenían allí su sede [20] y devuelta al poder cristiano. Por su parte el noble rey no se reservó ninguna de las cosas que allí se encontraron, sino que se lo dejó todo a los ultramontanos y al rey de los aragoneses. Pero como el enemigo del género humano no deja de malquerer las obras cristianas, introdujo a Satán en el ejército de caridad y encizañó los corazones de los envidiosos; y quienes se habían aprestado para la contienda de la fe dieron marcha atrás en sus buenas intenciones. Pues casi todos los ultramontanos, dejadas las enseñas de la cruz, abandonados también los trabajos de la batalla, tomaron en común la determinación de regresar a sus tierras. Por su parte el noble rey les hizo partícipes de los víveres de los suyos, proporcionó a todos cuanto precisaban; pero ni aun así pudo revocarse la obcecada resolución; es más, se marcharon todos en masa sin pena ni gloria [21], salvo el venerable arzobispo Arnaldo de Narbona, que con todos los que pudo reunir y con muchos nobles de la provincia de Vienne perseveró

---

[17] El famoso Aben Qadas.

[18] Según otros relatos se llamaba Muhamuraj. Aquí también podría ser «un almohade».

[19] 1 de julio.

[20] v. VII, xiiii.

[21] La razón de la defección de los ultramontanos (que ocurrió el 3 de julio) fue la oposición que los españoles les presentaron a su costumbre de degollar a los enemigos vencidos, como habían hecho con los albigenses y con los árabes del castillo de Malagón.

en su buena disposición sin apartarse nunca del bien. Y eran alrededor de ciento treinta caballeros, además de los infantes, de los que también se quedaron algunos. También se quedó Teobaldo de Blazón, de tierras de Poitou, persona noble y valerosa, hispano de origen y de familia castellana[22]. El rey de los aragoneses continuó con todos los suyos hasta el final, unido al noble rey con inquebrantable amistad, y de acuerdo con las palabras de Salomón *«Si tienes un amigo, ponlo a prueba»*[23], entonces pudo demostrar cada uno su amistad. Pero *como a los que aman a Dios todo se les vuelve bien*[24], aunque de aquella defección se temían peligrosas consecuencias, sin embargo todo comenzó a resultar mejor cada día. Y así, tras la partida de los que abandonaron la cruz de Dios ante las dificultades, los hispanos solos, junto con los pocos ultramontanos citados más arriba, iniciaron esperanzados el camino hacia la batalla del Señor[25]. Y en primer lugar llegaron a Alarcos, y habiendo acampado allí se apoderaron de la plaza, aparte de otros castillos cercanos[26]. Durante aquel alto llegó el rey Sancho de Navarra[27], que, aunque en un principio fingió que no quería venir, no enajenó del servicio de Dios la honra de su valentía cuando se aproximaba el momento crítico. Y así la tríada de reyes avanzó en el nombre de la Santa Trinidad, y al primer día[28] acamparon en derredor de Salvatierra; al día siguiente, domingo[29], los reyes y los príncipes dispusieron que todo el ejército tuviera prestas las armas y que todo se llevara como para el combate. Y por la gracia de Dios surgió una muchedumbre tal, engalanada con armas, estandartes y caballos, que a quienes la veían parecía ilustre, a los enemigos, tremenda, a nosotros, entrañable, y que, lista para el combate, resarcía la retirada de los ausentes, de manera que incluso se acrecentaron los ánimos de los esforzados, cobraron fuerza los débiles, se aseguraron los dudosos y se borró de la mente de los recelosos la defección de los que se marcharon, que había amedrentado a muchos. Y permaneciendo allí otro día más, cubrimos etapa en un lugar que se llama Fresnedas[30]; luego, en otro del mismo nombre[31]; al tercer día, en las faldas del monte del Muradal, en Guadalfaiar[32].

---

[22] Era hijo de Pedro Ruiz de Guzmán.
[23] *Eclesiástico*, 6, 7.
[24] *Romanos*, 8, 28.
[25] 4 de julio.
[26] Piedrabuena, Benavente y Caracuel. Entre el 5 y el 6 de julio.
[27] Sancho VII.
[28] 7 de julio.
[29] 8 de julio.
[30] 10 de julio.
[31] 11 de julio.
[32] Un arroyo que hoy se llama Magaña. 12 de julio.

Cap. VII

Sobre la toma del monte desde donde el ejército cristiano partió hacia el combate

Mientras todo esto se llevaba a cabo, Mahomat [33], el rey de los agarenos, había concentrado sus fuerzas en las montañas cercanas a Jaén y allí aguardaba al ejército cristiano. No tenía la intención de combatir, ya que recelaba de los refuerzos extranjeros, sino de sorprenderlos a su vuelta, cuando quizás los cristianos, agotados por el esfuerzo, diezmados por las bajas, carecieran de recursos para hacerle frente. Y entonces dio la casualidad, por decisión del Altísimo, de que los foráneos se retiraran; y tras la retirada de éstos, algunos iniciados [34] por el diablo se pasaron a escondidas de nuestro ejército al bando de los árabes, desvelándoles la situación del ejército cristiano y los problemas de avituallamiento, que, sin embargo, habían desaparecido tras la defección de Calatrava. Y por intermedio de la providencia divina, que no yerra en su decisión, ocurrió que el agareno, modificado su plan, recobrada la osadía, intuyendo la gloria, avanzó desde la parte de Jaén, y dirigiéndose hacia nosotros llegó a Baeza y desde allí destacó a algunos hacia Las Navas de Tolosa para que cortaran el paso a los cristianos en un punto estrecho de su paso, donde hay una roca casi inaccesible y un torrente de agua, y para que, si los cristianos no se habían apoderado de la cima de la montaña [35], se apostaran en la cornisa del monte para impedir la subida del ejército cristiano, según confesaron después los que fueron apresados en la batalla. Con esta misión vigilaban el paso [36], para cuando la escasez de víveres nos obligara a regresar, víctimas de la desazón y el hambre. Sin embargo, disponiéndolo el Señor de otra forma, Diego López de Haro, a quien se había confiado la conducción del ejército, envió en avanzadilla [37] a su hijo Lope Díaz y a dos sobrinos suyos, Sancho Fernández y Martín Muñoz, para que se anticipasen a apoderarse de la cornisa del monte. Pero cuando éstos, seguros de su valor, marchaban un tanto descuidados, se dieron de bruces con unos árabes en la cima del monte, junto al castillo que se llama Ferral, quienes, cayendo de repente sobre ellos, casi los pusieron fuera de combate, si no llega a suceder que los citados cristianos y los suyos,

33 Muhammad ben Yacub ben Yúsuf, también llamado Anasir.
34 v. la n. 71 del lib. VI.
35 El puerto del Muradal.
36 El desfiladero de la Losa.
37 Esto había ocurrido con antelación: el 11 de julio.

por intervención de la gracia divina, tomadas las armas, los rechazaron con bravura, y por la gracia de Dios ocuparon la cumbre del monte, hasta el punto de plantar las tiendas en seguida y permanecer allí. Por otra parte, alrededor de la hora nona del jueves[38] llegamos al pie del monte y en ese mismo día muchos de los nuestros subieron a lo alto. Pero la mayor parte permaneció junto al cauce del Guadalfaiar. En la mañana del viernes[39] los tres reyes, Alfonso de Castilla, Pedro de Aragón y Sancho de Navarra, tras invocar el nombre del Señor, iniciaron la subida y acamparon allí en una explanada del monte. Y en ese día tomaron los nuestros el castillo de Ferral, a cuyo pie hay algunos torrentes, unas rocas cortadas a pico y unos barrancos junto a Losa, y es tan estrecho allí el paso que incluso se hace dificultoso para los equipados a la ligera. Y allí un destacamento de moros vigilaba el paso de los cristianos durante ese día y parte del siguiente, y allí se produjeron aquel día bastantes escaramuzas entre los nuestros y ellos, de manera que hubo algunas bajas, pero no muchas, por ambos bandos. Mientras esto sucedía, los reyes y los príncipes trataban de hallar el camino más seguro, pues el paso de Losa se hacía imposible sin quebranto. Y como el ejército del agareno estaba cada vez más cerca de nosotros, e incluso ya se podía divisar plantada su tienda roja[40], cada cual daba su propia opinión sobre el avance del ejército. Pues unos, teniendo por imposible el paso, se inclinaban por dar marcha atrás y entrar en los campos de los agarenos por un lugar más accesible. Ante esto dijo el noble rey Alfonso de Castilla: «Aunque este plan brilla por su prudencia, ⟨sin embargo⟩ comporta un riesgo; pues cuando los civiles y demás profanos nos vean volver atrás, pensarán que no queremos el combate, sino que le damos la espalda, y se producirá una desbandada en el ejército que no se podrá evitar; pero, ya que vemos al enemigo ahí al lado, es obligado que vayamos hacia ellos. Que sea como disponga la voluntad del cielo». E imponiéndose este plan del noble rey, Dios todopoderoso, que gobernaba la empresa con gracia especial, envió a un hombre del lugar, muy desaliñado en su ropa y persona, que tiempo atrás había guardado ganado en aquellas montañas y se había dedicado allí mismo a la caza de conejos y liebres; indicó un camino más fácil, completamente accesible, por una subida de la ladera del monte; y dando igual que nos resguardásemos de la vista de los enemigos, pues aunque nos vieran no estaría en su mano impedirlo, podríamos llegar a un lugar adecuado para el combate.

---

[38] Entre las 2,30 y las 3,30 del 12 de julio.
[39] 13 de julio.
[40] La tienda roja de Anasir (v. viii, 44), símbolo de su soberanía.

Cap. VIII

Sobre el avance hacia el lugar de la batalla y la llegada de los agarenos

Pero como en una situación tan crítica era demasiado arriesgado confiar en semejante persona, se adelantaron dos príncipes, Diego López de Haro y García Romero, para que, si comprobaban que era cierto lo que había dicho el pastor, ocuparan el monte que tenía la explanada en lo alto [41]. Y así sucedió por voluntad del Señor, de manera que aquél resultó cierto como un enviado de Dios, que se sirve de las escorias del mundo, y los citados príncipes ocuparon la explanada del monte; y el sábado [42] muy de mañana los tres reyes, tras recibir la bendición arzobispal y la gracia del sacramento, llegaron al citado monte con sus fuerzas; entonces fue abandonado el castillo de Ferral, que ya no servía de nada. Sin embargo, creyendo los otros que nos alejábamos del combate, ya que no tomábamos el paso de Losa, se hicieron con el citado castillo con gran contento. Así pues, los reyes, que se mantenían en la retaguardia de la columna, se adelantaron con todo su cortejo hasta los príncipes que iban en avanzadilla; al darse cuenta los agarenos de que eso no era una retirada, sino el avance, se dolieron sobremanera, y al observar a lo lejos las tiendas que se estaban plantando en la cima del monte, enviaron un grupo de caballería para disuadir a la vanguardia de la castrametación, pues nosotros nos veíamos obligados a avanzar en una larga hilera debido a la estrechez del camino; y después de un prolongado choque con los nuestros, quiso el Señor que fueran duramente rechazados, y los nuestros, luego de ocupar la explanada del monte por la gracia de Dios, establecieron el campamento sin novedad. Y en cuanto estuvieron plantadas las tiendas, como comprendiera el rey de los agarenos que de nada le servían la emboscada y la asechanza dispuestas sobre el paso, formadas sus fuerzas, salió aquel mismo día a campo abierto y apostó con gallardía al núcleo de sus tropas, que estaba a su mando directo, encima de una altura de difícil subida [43], desplegando con gran habilidad el resto de sus fuerzas a derecha e izquierda, y allí se mantuvieron a la expectativa desde la hora sexta [44] hasta el atardecer, creyendo que nosotros plantaríamos batalla ese mismo día. Pero tras un conciliábulo se determinó aplazar el combate hasta el lunes, ya que los caballos estaban extenuados y el ejército cansado

---

[41] Hoy llamada Mesa del Rey.
[42] 14 de julio.
[43] Entre Santa Elena y Miranda del Rey.
[44] Alrededor del mediodía.

de la dureza de la subida, y, además, para que en ese intervalo nos diera tiempo a observar la situación y el movimiento de los otros. Y como entendiera el agareno que no plantábamos batalla, envanecido, no creyó que ocurría por precaución, sino por miedo; y por ello envió cartas a Baeza y Jaén anunciando que había copado a tres reyes que no aguantarían más de tres días. Sin embargo, se cuenta que algunos de los suyos que juzgaban con más clarividencia dijeron lo siguiente: «Los vemos ordenados con criterio y razón, y más parecen disponerse a la lucha que buscar el recurso de la huida». Al siguiente día, domingo [45], de nuevo salió a campo abierto muy de mañana el agareno como el día anterior, y permaneció en formación de combate en el campo hasta mediodía, y para protegerlo del rigor del sol le trajeron como resguardo su tienda roja provista de distintos artilugios, y, sentado a su sombra con más vanidad de la que conviene, aguardaba el choque con boato real. Nosotros por nuestra parte continuamos observando su ejército como el día anterior, y a resguardo de nuestro campamento dilucidábamos el plan de ataque del día siguiente. A su vez, el arzobispo de Toledo y demás obispos predicaban palabras de ánimo y de indulgencia con gran unción por cada uno de los campamentos de las ciudades y los príncipes. Aquel día el ilustre rey de Aragón armó caballero a su sobrino Nuño Sánchez; además los agarenos querían provocar algunas escaramuzas del combate, a manera de torneo, justo delante de nuestro campamento. Finalmente, tras larga espera, los agarenos regresaron entre las horas sexta y nona al lugar donde habían acampado.

Cap. VIIII

Sobre el despliegue de las líneas y la posición de los combatientes

Alrededor de la medianoche del día siguiente [46] estalló el grito de júbilo y de la confesión en las tiendas cristianas y la voz del pregonero ordenó que todos se aprestaran para el combate del Señor. Y así, celebrados los misterios de la Pasión del Señor y hecha confesión, recibidos los sacramentos, tomadas las armas, salieron a la batalla campal; y desplegadas las líneas tal como se había convenido con antelación, entre los príncipes castellanos Diego López con los suyos mandó la vanguardia; el conde Gonzalo Núñez con los frailes

[45] 15 de julio.
[46] 16 de julio.

del Temple, del Hospital, de Uclés y de Calatrava, el núcleo central; su flanco lo mandó Rodrigo Díaz de los Cameros y su hermano Alvaro Díaz y Juan González, y otros nobles con ellos; en la retaguardia, el noble rey Alfonso y, junto a él, el arzobispo Rodrigo de Toledo y los otros obispos ya mencionados. De entre los barones, Gonzalo Ruiz y sus hermanos, Rodrigo Pérez de Villalobos, Suero Téllez, Fernando García y otros. En cada una de estas columnas se hallaban las milicias de las ciudades, tal como se había dispuesto. Por su parte el valeroso rey Pedro de Aragón desplegó su ejército en otras tantas líneas; García Romero mandó la vanguardia; la segunda línea, Jimeno Cornel y Aznar Pardo; en la última, él mismo con otros nobles de su reino; y de forma semejante, encomendó su flanco a otros nobles suyos. Además llevó consigo algunas fuerzas de las milicias de las ciudades de Castilla. El rey Sancho de Navarra, notable por la gran fama de su valentía, marchaba con los suyos a la derecha del noble rey, y en su columna se encontraban las milicias de las ciudades de Segovia, Avila y Medina. Desplegadas así las líneas, alzadas las manos al cielo, puesta la mirada en Dios, dispuestos los corazones al martirio, desplegados los estandartes de la fe e invocado el nombre del Señor, llegaron todos como un solo hombre al punto decisivo del combate. Los primeros en entrar en lid en la formación de Diego López de Haro fueron su hijo y sus sobrinos ya citados, valerosos y decididos. Por su parte los agarenos levantaron en la cima un reducto, parecido a un palenque, con los escriños [47] de las flechas, dentro [48] del cual estaban apostados infantes escogidos; y allí se sentó su rey teniendo a su alcance la espada, vistiendo la capa negra que había pertenecido a Abdelmón, el que dio origen a los almohades [49], y, además, con el libro de la maldita secta de Mahoma, que se llama Alcorán. Por fuera del palenque había también otras líneas de infantes, algunos de los cuales, tanto los de dentro como los de fuera, con las piernas atadas entre ellos para que tuvieran por imposible el recurso de la huida, soportaban con entereza la cercanía de la batalla [50]. El grueso de las tropas de los almohades se hallaba más al exterior, por delante del palenque, imponente por sus caballos, armas y su número incalculable; a derecha e izquierda de ellos se encontraban los árabes, dañinos para los bisoños por su rapidez y la presteza de sus lanzas, y que no sólo atacan mientras huyen sino que en su huida se revuelven

[47] Las canastas de paja en las que las transportaban. Otros dicen que el palenque estaba formado de estacas y cadenas.

[48] Los mss. dan *infra*, «por debajo de». Creo que hay que suponer *intra*.

[49] v. VII, x.

[50] Son los *imesebelen*. La costumbre es beréber (v. Huici, *op. cit.*, pág. 56, n. 2).

con violencia; mas en la llanura, donde no hay estrechez que *impida* el *movimiento, resultan* más dañinos. Estos, a semejanza de los partos, basan su poder en las flechas y llevan unas armas volátiles en la punta de sus mazas[51]; y unos y otros, dedicados a desconcertantes cabalgadas, no mantienen la formación con objeto de desbaratar a los contrarios con sus descubiertas y de abrir camino a los suyos que marchan en formación, una vez desordenadas las líneas del contrario; pero creo que ninguno de nosotros hubiera podido calcular con certeza el incontable número tanto de éstos como de aquéllos, *si no* llega a ser porque luego supimos por los agarenos que eran ochenta mil jinetes, mas no podían contar la turbamulta de infantes; añadían que se hallaban también unos *agarenos* de la zona de Azcora, cerca de Marrakech, que no eran bien vistos por su rey; éstos, dejándole sus caballos a su rey para congraciarse con él, lucharon a pie, y se cree que ninguno de ellos escapó con vida. Además, al lado de su rey se encontraba una admirable formación, abigarrada por el número y magníficamente pertrechada de enseñas de caballería.

Cap. X

Sobre la victoria de los cristianos y el descalabro de los sarracenos

Los agarenos, aguantando casi sin moverse del lugar, comenzaron a rechazar a los primeros de los nuestros que subían por lugares bastante *desventajosos para el combate, y en estos choques algunos de nuestros* combatientes, agotados por la dificultad de la subida, se demoraron un rato. Entonces, algunos de las columnas centrales de Castilla y Aragón llegaron en un solo grupo hasta la vanguardia, y se produjo allí un gran desconcierto y el desenlace no se veía claro, hasta el punto de que incluso parecía que algunos, aunque no de los ilustres, buscaban la huida; pero los de la vanguardia y los de la segunda línea de Aragón y Castilla redoblaban al unísono su esfuerzo; también las columnas de los flancos combatían violentamente *con las columnas* de los agarenos, hasta el punto de que alguno de aquéllos, que se dieron la vuelta, parecía huir. El noble Alfonso, al darse cuenta de ello y al observar que algunos, con villana cobardía, no atendían a la conveniencia, dijo delante de todos al arzobispo de Toledo: «Arzobispo, *muramos aquí yo y vos*». Aquél le respondió: «De ningún modo; antes bien, aquí os impondréis a los enemigos». A su vez el

[51] Se trataba de *unas hondas* (v. Huici, *op. cit.*, págs. 103-104).

rey, sin decaer su ánimo, dijo: «Corramos a socorrer a las primeras líneas que están en peligro». Entonces Gonzalo Ruiz y sus hermanos avanzaron hasta éstos; pero Fernando García, hombre de valor y avezado en la guerra, retuvo al rey aconsejándole que marchara a prestar socorro controlando la situación. Entonces el rey dijo de nuevo: «Arzobispo, muramos aquí. Pues no es deshonra una muerte tal en tales circunstancias». Y aquél le dijo: «Si es voluntad de Dios, nos aguarda la corona de la victoria, y no la muerte; pero si la voluntad de Dios no fuera así, todos estamos dispuestos a morir junto con vos». Y en todo esto, doy fe ante Dios, el noble rey no alteró su rostro ni su expresión habitual ni su compostura, sino que más bien, tan bravo y resuelto como un león impertérrito, estaba decidido a morir o vencer. Y no siendo capaz de soportar por más tiempo el peligro de las primeras líneas, apresurado el paso, las enseñas de los estandartes llegaron jubilosamente hasta el palenque de los agarenos por disposición del Señor. La cruz del Señor, que solía tremolar delante del arzobispo de Toledo, pasó milagrosamente entre las filas de los agarenos llevada por el canónigo de Toledo Domingo Pascasio [52], y allí, tal como quiso el Señor, permaneció hasta el final de la batalla sin que su portador, solo, sufriera daño alguno. En los estandartes de los reyes figuraba la imagen de Santa María Virgen, que siempre fue protectora y patrona de la provincia de Toledo y de toda España. A su llegada, aquella magnífica formación e incontable turbamulta, que hasta entonces había aguantado casi sin moverse y había resultado dura para los nuestros, echó a correr abatida por las espadas, ahuyentada por las lanzas, vencida por los golpes. También entonces el rey de los agarenos, a ruegos de su hermano, que se llamaba Zeyt Avozecri, recurrió a la huida a lomos de una montura entrepelada y llegó hasta Baeza acompañado en el peligro por cuatro jinetes, y al preguntarle los de allí qué podían hacer, se cuenta que contestó: «No puedo velar ni por mí ni por vosotros; quedad con Dios». Y tras cambiar de montura llegó a Jaén esa noche. Mientras tanto, fueron muertos muchos miles de agarenos ante la presión simultánea de los aragoneses, los castellanos y los navarros por sus frentes respectivos. Visto y oído lo cual, el arzobispo de Toledo dijo al noble rey lo siguiente: «Tened presente la gracia de Dios que suplió todas vuestras carencias y que hoy borró el deshonor que habéis soportado largo tiempo. Tened también presentes a vuestros caballeros, con cuyo concurso habéis logrado tan gran gloria». Una vez dichas estas palabras y otras de ese tenor, el propio toledano y otros obispos que se encontraban

[52] Domingo Pascual, que luego fue elegido arzobispo de Toledo el 2 de mayo de 1262, falleciendo a los tres meses justos sin haber llegado a ser consagrado.

con él, iniciando un canto de alabanza entre lágrimas de devoción, rompieron a entonar «*Te Deum laudamus, te Dominum confitemur*». También se encontraban allí los obispos Tello de Palencia, Rodrigo de Sigüenza, Menendo de Osma, Domingo de Plasencia, Pedro de Avila y otros muchos clérigos entonando los cánticos del Señor. Por otra parte, el campo de batalla se encontraba tan atiborrado por el desastre de los agarenos que, incluso con los más poderosos caballos, no costaba trabajo pasar sin problemas sobre sus cadáveres. A su vez, los agarenos que fueron hallados junto al ya mencionado palenque eran de elevada estatura, de gran obesidad y, cosa sorprendente, aunque quedaron tremendamente mutilados y ya habían sufrido el pillaje de los pobres, no se podía descubrir en todo el campo ni un rastro de sangre. Concluido lo cual, no queriendo los nuestros poner límites a la gracia de Dios, se dedicaron a perseguirlos sin descanso por todas partes hasta la noche, y, según cálculos, se cree que fueron muertos unos doscientos mil. En cambio, los nuestros apenas sufrieron veinticinco bajas.

Cap. XI

Sobre las hazañas de los combatientes

Creo que nadie está en condiciones de relatar las grandes acciones de cada uno de los nobles, puesto que a nadie le fue posible contemplar cada una de ellas, esto es: de qué forma colaboró la arrojada valentía de los aragoneses en la matanza, con qué facilidad dio alcance a los huidos; con cuánta bravura se unieron Jimeno Cornel y su grupo a los que luchaban en primera línea; con qué brillantez despejaron las dudas de la batalla García Romero y Aznar Pardo junto con otros nobles de Aragón y Cataluña; de qué forma la aguerrida rapidez de los navarros se lanzó a la urgencia del combate y persiguió a los huidos; con cuán esforzada disposición aguantaron también los ultramontanos que habían quedado los asaltos de los agarenos; de qué forma la brillante nobleza y la noble entrega de los castellanos suplió todo con abundancia, conjuró los peligros con mano valerosa, se anticipó a la acción con espada vencedora, allanó las asperezas con feliz victoria, trocó en gloria los denuestos a la cruz y diluyó con cánticos de alabanza las blasfemias del enemigo. Mas si pretendiera seguir contando las hazañas de cada uno, mi mano se cansaría de escribir antes de faltarme materia que relatar. Pues la gracia previsora

había predispuesto de tal modo a todos que ninguno de los que tenían cierta fama buscaba otra cosa sino padecer o ganar el martirio. Y así, una vez concluido felizmente todo esto, nos sentamos cansados en las tiendas de los agarenos poco antes de la puesta del sol, aunque bastante confortados por la alegría de la victoria, y nadie de los nuestros regresó al campamento salvo los servidores que fueron a traer el equipaje. Hubo tal cantidad de árabes en el campo que apenas si pudimos ocupar la mitad de su extensión. A su vez, los que quisieron pillar encontraron muchísimas cosas en el campo, esto es, oro, plata, ricos vestidos, atalajes de seda y muchos otros ornamentos valiosísimos, y además mucho dinero y vasos preciosos, de lo que en su mayor parte se apoderaron los infantes y algunos caballeros de Aragón. Pues los grandes y aquellos a los que había ennoblecido el amor a la fe, el respeto a la ley y el afán de valentía, continuaron bravamente la persecución hasta la noche dando de lado a todo eso, debido sobre todo a que el día anterior el arzobispo de Toledo había prohibido, bajo amenaza de excomunión, dedicarse al saqueo del campo si la divina providencia se dignaba conceder la victoria. Difícilmente podría calcular una fina mente qué cantidad de camellos y otros animales, además de las vituallas, fueron hallados allí. Y así, exhaustos, permanecimos en aquel lugar ese día y el siguiente. La diligencia de los servidores recuperó los hombres, transportes, enseres y bagajes que habían sido abandonados u olvidados por la inminencia de la batalla. Y lo que es difícil de creer, aunque es cierto, es que en aquellos dos días no utilizamos en ningún fuego otra leña que las astas de las lanzas y las flechas que habían traído consigo los agarenos; pese a todo, apenas si pudimos quemar la mitad en aquellos dos días, por más que no las echábamos al fuego por razón de nuestras necesidades, sino para quemarlas sin más.

Cap. XII

Sobre la toma de Baeza y Ubeda y otros castillos y el regreso del ejército

Partiendo desde allí, algunos de los nuestros sitiaron el poderosísimo castillo de Vilches. Nosotros, llegando al tercer día después de la batalla, es decir, el miércoles [53], tomamos el castillo de Vilches

[53] 18 de julio, otra vez con cómputo inclusivo.

y además otros tres, a saber, Ferral, Baños y Tolosa, que hasta el día de hoy los habitan los fieles por la gracia de Dios, y allí nos detuvimos un día. Y partiendo ⟨algunos de⟩ los nuestros hacia la ciudad de Baeza, la encontraron vacía por haber huido los agarenos. Y una vez conocido el desastre de los suyos, se refugiaron en Ubeda, salvo unos impedidos que perecieron a fuego en un templo de los suyos que se llama mezquita. Al saber esto, los reyes y los príncipes decidieron por unanimidad sitiar Ubeda. Esto ocurrió el viernes [54] después de la batalla. Así pues, el lunes [55], es decir, el octavo día después de la batalla, atacaron la ciudad invocando el nombre de Cristo; y fue voluntad del Señor que un escudero de Lope Ferrández de Luna escalara la muralla por la parte donde arremetían los aragoneses, y ante su escalo se vinieron abajo los ánimos de los de dentro y dieron palabra de encomendarse a la gracia del rey; y tras parlamentar largamente sobre ello, los sarracenos ofrecieron en primer lugar un millón de áureos a cambio de la indemnidad de la ciudad, lo que algunos aceptaron con gran contrariedad de los reyes, que sin embargo disimularon por el gran interés de los nobles. Finalmente, al prohibir tal acuerdo los arzobispos de Toledo, Narbona y los demás con su autoridad pontificia, se quedó en que la ciudad fuera arrasada hasta sus cimientos, perdonándosele la vida a los sarracenos y haciéndolos prisioneros. Y como ya la gracia de Dios se estaba marchitando por causa de los excesos de los hombres, los cristianos, presa de su avaricia, se dedicaban a los delitos y los robos, por lo que el Señor les colocó un freno en sus bocas y los golpeó con enfermedades a ellos y a sus animales de tiro, y apenas si había en las tiendas quien pudiera atender a su camarada o a su señor. Y forzados por la necesidad regresamos a Calatrava y allí nos encontramos con el duque de Austria, de tierras de Alemania, que venía con muy gran cortejo. Y se volvió desde allí a Aragón junto con el rey de los aragoneses, con el que estaba emparentado. Nosotros por nuestra parte llegamos a la ciudad de Toledo con el noble rey Alfonso, y junto con los arzobispos fue recibido, no sólo por el clero sino también por todo el pueblo, en procesión en la iglesia de Santa María Virgen entre grandes muestras de alabanza y estruendo musical en honor de Dios porque les había devuelto a su rey sano, ileso y con la corona de la victoria. Y separados allí los ejércitos, cada uno regresó a su tierra. Este fue el fin de la batalla, que tuvo lugar en la era 1250, el lunes 17 de julio [56].

---

54 20 de julio.

55 23 de julio.

56 La fecha exacta de la batalla fue el lunes 16 de julio (v. n. 46).

Cap. XIII

Sobre la toma de Alcaraz, Alcántara y otros castillos y el tratado con el rey de León

Seguidamente, aunque las gentes cristianas se encontraban agotadas por los esfuerzos y enfermedades, sin embargo el noble rey no podía prescindir de las hazañas; y armado el ejército ese mismo año, en el mes de febrero [57], tras atacar con ingenios el castillo de Dueñas, se apoderó de él y lo devolvió a los frailes de Calatrava, a quienes había pertenecido. Y marchando desde allí tomó el castillo que se llama Eznavexore y lo entregó a la orden de Santiago. Y dirigiéndose desde allí hasta el famoso castillo que se llama Alcaraz, lo acosó con largo asedio y lo tomó en el día de la Ascensión del Señor de ese mismo año, por voluntad del Señor, y fue recibido en procesión en la iglesia de San Ignacio, que había sido mezquita, por el arzobispo Rodrigo de Toledo y el clero que le acompañaba, celebrándose un oficio solemne. Tomó también el castillo que se llama Ríopar, tras arrojar de allí a los árabes. Y regresando así a su tierra, en acción de gracias celebró con gran boato la festividad de Pentecostés [58] en una villa de la iglesia de Toledo que se llama Santorcaz, encontrándose presentes su esposa la reina Leonor, su hijo Enrique [59], su hija Berenguela, reina de León, y sus nietos Fernando y Alfonso [60]. Por otra parte, aconteció aquel año que el castigo de Dios visitó España; pues hasta tal punto faltaron los alimentos en todos los rincones del reino que, como no había quien atendiera a los que pedían pan, las personas fallecían de inanición en las plazas y encrucijadas, por más que el noble rey repartiera abundantísimas limosnas y los obispos y los nobles, los caballeros y demás del pueblo se afanaran por encima de sus posibilidades en entregar a los pobres lo que podían reunir. Y no sólo la tierra dejó de producir sus frutos, sino que también afectó a las aves, piaras y rebaños, que ese año ni preñaron ni parieron por una esterilidad igual, y los caballos de montar y los de guerra murieron en gran cantidad por falta de paja y cebada. Y aunque una peste tan extendida atacaba a la patria, el noble rey no pudo renunciar a los ideales forjados en su corazón y renovó el

---

57 Es decir, cuando aún no ha transcurrido un año, ya que esto sucede en 1213.

58 El 2 de junio.

59 El futuro Enrique I.

60 El futuro Fernando III y Alfonso de Molina.

tratado establecido con el rey Alfonso de León, otrora su yerno [61], y el rey de Castilla devolvió a éste Carpio y Monreal para que en adelante no continuaran destruidas [62]. Y tras cederle como ayuda a Diego López de Haro, señor noble y poderoso, acordaron los reyes que cada uno guiara sus ejércitos contra los moros por sus fronteras respectivas; y en aquella incursión el rey leonés tomó Alcántara, noble fortificación, que luego dio a los frailes de Calatrava.

Cap. XIIII

Sobre el asedio de Baeza, la tregua con los árabes, la repoblación de Milagro y la epidemia de hambre

Por su parte, el noble rey Alfonso de Castilla, reunido su ejército, hizo su entrada en la ciudad de Toledo el 24 de noviembre de la era 1251 [63], y pasando por Consuegra y Calatrava plantó su campamento cerca de Baeza. Y hasta tal punto cobró allí fuerza la hambruna que el ejército se vio obligado a comer carnes impropias del género humano [64]; y ahí se presentó el citado Diego López de Haro con un gran séquito de caballeros. Pues el rey leonés regresó a su tierra tras la toma de Alcántara. Y como el asedio de Baeza se iba alargando en exceso y no se allegaban víveres desde la patria, debilitados casi todos por el hambre, el noble rey, aconsejado por los suyos, volvió a Calatrava tras pactar una tregua con los árabes, y como los frailes y los seglares que allí vivían padecían también el hambre y la escasez, los nobles, los caballeros y demás gentes los socorrieron en la medida de cada uno, según lo permitía tan gran calamidad. Igualmente el arzobispo Rodrigo de Toledo, teniendo presentes las palabras del apóstol Juan «*quien viere a su hermano sufrir necesidad y cerrare su corazón* a la misericordia, *¿de qué manera* radica *en él la caridad de Dios?*» [65], y asimismo dice la escritura: «Socorre al que muere de hambre, porque si no lo socorres, lo matas» [66], entregó a los frailes toda la plata que pudo tener a su alcance;

---

61 Recuérdese que se había separado de Berenguela en 1204. El primer tratado se había firmado en Coimbra el 11 de noviembre de 1212, siendo valedero hasta el 1 de mayo del año siguiente.

62 O «para que, una vez destruidas, no existieran más».

63 Es todavía el año 1213.

64 De caballo y burro, según la *Crónica latina de los reyes de Castilla*.

65 Epist. de S. Juan, I, 3, 17.

66 Esto pertenece al *Decreto* de Graciano, I, *Dist.* lxxxvi, xxi.

y para que los castillos de la frontera no quedaran vacíos de pobladores, decidió él pasar necesidad con los necesitados y permanecer durante aquel tiempo junto a los frailes como alivio y socorro de la tierra. Y así, vuelto el rey a la patria con el ejército, el citado arzobispo repartió sustento diario, desde la fiesta de la Epifanía hasta la octava de San Juan, a todos los seglares que habían quedado en Calatrava. Pero se llegó a tal extremo de necesidad durante la Cuaresma, que el arzobispo y el cabildo de los frailes determinaron comer carne antes que abandonar la tierra, si el Señor no proveía de otro modo. Mas la piadosa misericordia de Dios proveyó con tal abundancia que al citado arzobispo no sólo no le faltaron recursos, sino que socorrió la necesidad de los frailes hasta el día en que la tierra del Señor produjo su fruto para ricos y pobres. Por aquel tiempo, el mismo arzobispo repobló el castillo que se llama Milagro, en la ruta habitual que utilizaban los árabes para llevar el peligro a Toledo. Aunque se detuvo allí algún tiempo, las obras del castillo no avanzaban al presentarse el impedimento de las lluvias e inundaciones; sin embargo, hizo lo que pudo, y tras dejar allí a los caballeros y otros combatientes para que protegieran el recinto de la nueva población, acudió a la iglesia de Toledo ante la proximidad de la fiesta del Domingo de Ramos [67]. Allí, celebrada la procesión con gran solemnidad, como estallara el clamor de los pobres, el propio arzobispo predicó sobre la caridad. Y el Todopoderoso incitó de tal modo los corazones de los asistentes que, dando ejemplo él mismo, los demás que oían las palabras del Señor acogieron en sus casas a unos cuantos necesitados hasta que la tierra dio sus frutos; y acrecentó de tal modo la caridad el número de sus obras piadosas que apenas quedó en una ciudad tan grande quien no tuviera su propio valedor. Y en el mismo día en que se produjo este caritativo reparto, llegaron al castillo de Milagro setecientos jinetes y mil cuatrocientos infantes árabes, y durante un día atacaron duramente a los que estaban dentro, de manera que apenas quedó alguno de éstos vivo o ileso. Sin embargo los agarenos, temiendo la entereza de los asediados, se retiraron con muchas bajas por flechas, espada y piedras, y fueron tan numerosas las pérdidas de los sitiados que ninguno de ellos pudo permanecer en el castillo. Pero, después de la retirada de los árabes, enviado un mensaje al arzobispo Rodrigo, de quien dependían, recibieron tropas de refresco que los relevaron, y ellos fueron conducidos en transportes a Toledo, donde, atendidos con todo tipo de medidas, permanecieron al cuidado de los médicos hasta la alegría de la curación. Por su parte el arzobispo Rodrigo, una vez solucionado esto,

[67] El 23 de mayo de 1214.

marchó a Burgos a presencia del noble rey Alfonso, quien, alabando sus obras en el Señor, le entregó veinte aldeas para que pertenecieran a perpetuidad a la iglesia de Toledo.

Cap. XV

Sobre la muerte del noble rey Alfonso

Al concluir los cincuenta y tres años de reinado[68], el noble rey Alfonso citó a su yerno el rey de Portugal para una entrevista. Y cuando tenía la intención de llegar a Plasencia, la última ciudad de sus dominios, comenzó a enfermar de gravedad en una aldea de Arévalo que se llama Gutierre Muñoz, donde, presa de la fiebre, acabó por morir y con él enterró a la gloria de Castilla, hecha previamente confesión al arzobispo Rodrigo y recibido el sacramento de la extremaunción en presencia de los obispos Tello de Palencia y Domingo de Plasencia. La noche siguiente, en presencia de su amadísima esposa Leonor, de su queridísima hija la reina Berenguela, de su hijo Enrique, de su hija Leonor y de sus nietos Fernando y Alfonso, aún niños, en la era 1252, el día de Santa Fe virgen, a los 58 años de edad, el lunes 22 de septiembre[69], aún no cumplido de vida pero sí de virtudes y gloria, devolvió su feliz alma a su Creador, que se la había dado. Y se produjo el desconsuelo de todos y la orfandad de los nobles, además de la de todas las gentes. Y, colocado su cuerpo en un ataúd apropiado, llegamos a Valladolid aquel día. Más tarde acudieron a sus honras fúnebres obispos y abades, religiosos y seglares, caballeros y nobles, débiles y poderosos de todos los rincones del reino. Pues la noticia de su muerte hirió los corazones de todos del mismo modo que si cualquiera los atravesara de golpe con una flecha. Pues de tal modo lo habían pregonado desde su niñez la valentía, la generosidad, la simpatía, la sabiduría y la modestia, que se creía que tras su muerte todo ello había sido enterrado con su cadáver. Pues, desatadas las pasiones y dando rienda suelta al libertinaje, todos, no sólo en sus tierras sino en las otras de España, tiraron hacia donde les vino en gana y no respetaron nada al haber perdido los tesoros de la vergüenza. Fue enterrado en el monasterio real, cerca de Burgos, por los obispos Rodrigo de Toledo, Tello de Palencia, Rodrigo de Sigüenza, Menendo de Osma, Gerardo de Segovia y otros religio-

---

[68] En realidad eran 56.

[69] Murió la noche del 5 al 6 de octubre de 1214.

sos, corriendo todo el aparejo del funeral a cargo de su hija la reina Berenguela, que al cabo de él estaba tan transida de dolor que casi pierde la vida por las puñadas y llantos. Y así como en vida colmó a su reino de virtudes, de la misma forma en su muerte empapó de lágrimas a toda España, o mejor, al mundo. Fue enterrado por los citados obispos en el mencionado monasterio, donde ni la envidia ni el olvido podrán borrar el prestigio de sus alabanzas.

LIBRO NOVENO

Cap. I[1]

Sobre el reinado del rey Enrique y cómo fue confiado al conde Alvaro

Enrique I (1214-121

Así pues, una vez enterrado aquél, inmediatamente su sucesor y heredero, su pequeño hijo Enrique, es elevado a la cúspide del reino por los obispos y nobles mientras todo el clero entonaba *Te Deum laudamus*. Tenía once años cuando comenzó a reinar, y reinó durante dos años y diez meses. Mas, veinticinco días después de la muerte del noble rey, la esposa de éste, Leonor, emigró de este mundo; era ella hija del rey Enrique de Inglaterra[2], pudorosa, noble y discreta, y fue enterrada en el ya citado monasterio[3] junto a su marido, y la tutela del pequeño rey y la dirección del reino quedó en manos de la noble reina Berenguela, hermana de éste. Su habilidad brilló de tal modo durante todo el tiempo de su regencia que los pobres, los ricos, los religiosos y los seglares continuaron en la misma situación que habían tenido en tiempos del noble rey, aunque la disparidad de los nobles andaba buscando rencillas promovidas por el prurito de la envidia. Tres condes, Fernando, Álvaro y Gonzalo,

---

[1] Para este último libro es de gran utilidad la obra de J. González *Reinado y Diplomas de Fernando III*, Córdoba, 1980.
[2] Enrique II (1154-1189).
[3] El de las Huelgas.

hijos del ya nombrado conde Nuño, comenzaron a pretender por todos los medios la tutela del pequeño rey, para poder cobrarse los odios surgidos contra los que odiaban, tal como su padre había hecho durante la niñez del padre del rey [4]. Incluso algunos, en los que confiaba la reina Berenguela, estuvieron de acuerdo con sus pretensiones, siendo el instigador un caballero de Palencia llamado García Lorenzo y que por orden de la reina tenía a su cargo la protección del pequeño rey. Este, al que el conde Alvaro había prometido en herencia una villa que se llama Tablada, sugirió al rey que confiase su tutela al conde Alvaro. Cuando la perspicaz reina Berenguela lo advirtió, accedió de buen grado, pero, como previsión de los problemas que se derivaron, hizo jurar al conde Alvaro y a los nobles que, sin su aprobación expresa, no quitarían ni darían tierras a nadie, ni guerrearían con los reyes vecinos ni impondrían tributos, que en español [5] se llaman «pechos», en ningún lugar del reino; y lo rubricaron con un juramento y un homenaje en la mano [6] del arzobispo Rodrigo de Toledo, y si así no lo hacían, serían reos de traición. Pero como la reina estaba harta de los desplantes de los caballeros y los nobles, temía que el reino se alterase si ella conservaba la tutela, y por ello entregó el niño al conde Alvaro bajo las condiciones citadas [7]. Este, partiendo al punto de Burgos con Gonzalo Ruiz y sus hermanos [8], que por entonces estaban de su lado, comenzó a sembrar el terror, a afrentar a los grandes y despojar a los ricos del común del pueblo, a sojuzgar a las órdenes religiosas y a las iglesias, y del mismo modo comenzó a confiscar el tercio de los diezmos que correspondía a las obras de las iglesias [9]; pero, excomulgado por el deán Rodrigo de Toledo, que por entonces hacía las veces de arzobispo [10], se vio forzado a devol-

---

[4] Los Núñez de Lara son la tercera generación de Laras que aparece en la crónica. Su abuelo, Pedro González de Lara, tuvo destacada actuación en el reinado de Urraca, madre de Alfonso VII (v. VII, ii); los hijos de éste, Manrique, Nuño (el padre de los presentes) y Alvaro Pérez de Lara, la tuvieron durante la minoría de Alfonso VIII (v. VII, xv ss.).

[5] *hispanice,* en latín.

[6] v. la n. 9 del lib. VII.

[7] Esto ocurrió entre diciembre de 1214 y marzo de 1215.

[8] Los Ruiz de Girón, hijos de Rodrigo Gutiérrez, el que fue hecho prisionero por Fernán Ruiz en la batalla de Lobregal (v. VII, xxii).

[9] «Un tercio del diezmo eclesiástico (tres novenas partes del producto de éste) era destinado por la Iglesia a la fábrica de los templos (reparación de los mismos y atenciones del culto divino) y por ello era llamado "tercio de las iglesias" (*tertia ecclesiarum*)» (L. García de Valdeavellano, *Historia de las Instituciones*..., págs. 608-609). En tiempos de Fernando III dio origen a las «tercias reales».

[10] El Toledano debía de estar en el Concilio de Letrán, que se celebró en noviembre de 1215.

verlo y a jurar que no lo intentaría de nuevo; y comenzó a oprimir con impuestos y tributos a los hombres de las iglesias que disfrutaban de la inmunidad de los privilegios reales [11].

Cap. II

Sobre el casamiento del rey Enrique y doña Mafalda

Pero en la curia [12] que celebraron en Valladolid otros nobles, Lope Díaz de Haro, Gonzalo Ruiz y sus hermanos, Rodrigo Ruíz y Alvaro Díaz de los Cameros, Alfonso Téllez de Meneses y otros nobles hondamente preocupados por la ruina del reino, acordaron hacer frente a tantos desastres y, acudiendo a la sabiduría de la reina Berenguela, le rogaron humildemente que se apiadara de las desgracias del reino. A su vez, el conde Alvaro comenzó a hostigar a la noble reina, hasta el extremo de que ocupó lo que su padre le había dado e incluso le exigió con gran descaro que no permaneciera dentro de los límites del reino. Entonces la noble reina, junto con su hermana Leonor, que luego fue reina de los aragoneses y a la sazón era doncella, se refugió en un castillo de Gonzalo Ruiz que se llama Autillo, y allí residió hasta la muerte de su hermano. Pero los citados nobles, cerrando filas en torno a su señora natural, mantuvieron siempre su deber de lealtad al pequeño rey. Por lo demás, la perspicaz habilidad de la citada reina dispuso todas las cosas con tal clarividencia que los nobles que estaban de su lado no sólo pusieron coto a los desmanes del conde Alvaro, sino que también preservaron los derechos del pequeño rey. Pero como éste andaba ya vislumbrando con su innata sagacidad las intenciones del conde, deseaba gustoso volver a la tutela de su hermana. Mas el conde Alvaro tomó tales medidas por medio de sus cómplices que el rey niño no pudo llevar a efecto su deseo. Pues el conde ideó con habilidad buscarle una esposa de Portugal, mediante la cual pudiera mantener al niño a su favor. Pero la cosa resultó al revés. Pues habiéndole casado con Mafalda, hija del rey de Portugal [13], y no habiendo llegado el niño a la pubertad, la señora no pudo mantener relaciones conyugales y, como estaban emparentados [14], fue anulado el matrimonio por disposición del Papa

[11] Esto es, estaban exentos de impuestos por concesión del rey.
[12] No fue una sesión de la curia como tal, sino de algunos de sus componentes (v. la n. 101 del lib. VII). Debió de celebrarse hacia marzo de 1216.
[13] Sancho I. La boda se celebró el 29 de agosto de 1215.
[14] Eran primos segundos.

Inocencio III. Y después, según se cuenta, el conde Alvaro quiso contraer matrimonio con la señora; pero ella, que era pudorosa, rechazó airadamente la propuesta.

Cap. III

Sobre la muerte del mensajero, la toma de Montealegre y el asedio de Villalba

Después de la curia [15] de Valladolid, el conde Alvaro recorrió Extremadura acompañado de sus cómplices y del rey, intentando ganarse el favor de los grandes para poder, con su apoyo, imponerse a los otros y esquilmar las riquezas de los potentados, y desde allí pasó al otro lado de la sierra; y cuando había llegado a Maqueda, que es una fortaleza de la diócesis de Toledo, la noble reina envió un mensajero a interesarse en secreto por el estado de su hermano. Pues andaba preocupada ya que la tutela del conde Alvaro dejaba que desear. Y cuando éste tuvo noticia del mensajero, hizo redactar una carta apócrifa y lacrarla con un falso sello de la noble reina, en la que se leía que ésta, por consejo de los nobles de Tierra de Campos, pedía a algunos que le prepararan a su hermano una bebida envenenada con el tósigo que ella les enviaba, para que así indujeran al niño a odiar resueltamente a su hermana; y al mensajero lo ahorcaron al instante [16]. Pero como los labios de los malvados mienten ebrios de veneno, Aquel que exculpó a Susana del falso testimonio fue el que libró de la falsedad de la mentira a la noble e inocente reina. Y para que los miserables quedaran presos de sus mentiras, la común y leal opinión de todos corroboraba sin ninguna duda la verdad de la noble reina, rechazando con imprecaciones y gritos lo que tramó la maldad; y aunque el conde Alvaro se esforzaba en defender con altanería lo contrario, sin embargo estalló contra él tan gran animadversión de la gente que se vio obligado a retirarse de las tierras de la diócesis de Toledo; y llegándose a Huete se detuvo allí por algún tiempo. A su vez se presentó el noble caballero Rodrigo González de Valverde, que ya tenía la conformidad del pequeño rey para que lo llevara junto a su hermana sin que lo supiera el conde Alvaro. Pero como Fernando Muñoz, partidario y sobrino de éste, descubriese la llegada del citado noble, cayó sobre él de repente con un

[15] Esta curia, que sí contó con todos sus requisitos, es anterior a los hechos relatados en el cap. precedente; enlaza con el cap. I, cuando el conde Alvaro consigue la tutela del rey (primavera de 1215).

[16] Otoño de 1216.

grupo de caballeros y lo condujo preso a Alarcón. Entonces el conde Álvaro, a fin de provocar el enfrentamiento en el reino, atacó a los partidarios de la noble reina y, acompañado de los que pudo reunir, llegó con el rey a Valladolid ya en la Cuaresma, y tras celebrar el Domingo de la Pascua de Resurrección [17], saquearon Trigueros del Valle con la colaboración de caballeros castellanos y de Extremadura y arrasaron con saña las casas de los nobles que estaban del lado de la reina. Seguidamente sitiaron a Suero Téllez en el castillo que se llama Montealegre. Pero aunque Gonzalo Ruiz y sus hermanos y Alfonso Téllez tenían fuerzas más numerosas, por respeto a la persona del rey no quisieron ayudar al sitiado. Mas el propio Suero Téllez, al pedírselo el rey, le entregó al punto el castillo. Marchando desde allí con el rey, el conde saqueó a conciencia por la Tierra de Campos y se detuvo durante unos días en Carrión. A continuación se apresuró a atacar a Alfonso Téllez en Villalba de los Alcores; y algunos caballeros que marchaban por delante del grueso de las tropas descubrieron a éste fuera de la fortaleza y, aparte de quitarle los caballos y las armas, incluso lo hirieron; y el herido se refugió en el recinto, donde durante algunos días se defendió bravamente del asedio.

Cap. IIII

Sobre la muerte del rey Enrique

Mas el conde, desistiendo del asedio, corrió hacia Palencia. Por su parte, la noble reina y sus nobles se encontraban en Autillo y en el castillo de Cisneros y no sabían qué hacer, pues no podían atacar a un ejército en el que se hallaba el rey ni soportar las afrentas que se les hacían. Por ello determinaron de común acuerdo devolverle al rey su tierra y aguardar el socorro del cielo. Así pues, estando la tierra desolada por las distintas correrías, como se ha dicho, y habiendo llegado el conde a Palencia con el niño, sucedió que se alojó en la casa del obispo y gastaba y dilapidaba la hacienda de la iglesia como si fuera un enemigo. Un día en que el pequeño rey estaba jugando con otros de su edad vigilado con poca atención, uno de los niños, al arrojar por accidente una teja desde la torre, alcanzó al rey en la cabeza, y a consecuencia del golpe se produjo su triste muerte a los pocos días [18]. Pero antes de que las habladurías extendieran la noticia, la sabia reina envió a los nobles Lope Díaz y Gonzalo Ruiz a

[17] El 26 de mayo de 1217.
[18] Murió el 6 de junio de 1217.

buscar a su hijo Fernando, que por entonces se hallaba en Toro junto a su padre [19]. Mientras éstos iban de camino, se enteraron de la noticia de la muerte del pequeño rey y, aduciendo otra razón ante el rey de León, regresaron con el infante Fernando ante la reina Berenguela. Mientras tanto, el conde Alvaro sacó al rey de Palencia para ocultarlo en el castillo que se llama Tariego. Pero como el hecho no pudo pasar desapercibido, su hermana la reina, angustiada por las agoreras noticias, se dirigió a toda prisa acompañada de los nobles a Palencia, donde fueron recibidos en solemne procesión por el venerable Tello, obispo de la ciudad, y marchando desde allí al castillo que se llama Dueñas, lo tomaron en seguida al asalto. Entonces los nobles se entrevistaron con el conde Alvaro para llegar a un acuerdo, pero éste rechazó cualquier propuesta si no se le entregaba a su tutela al infante Fernando, futuro rey, como lo había sido su joven tío. La noble reina y los grandes, ante el temor de que se repitiera lo pasado, rechazaron de plano esa condición; y partiendo de allí llegaron a Valladolid y, luego de deliberar, se dirigieron hacia Extremadura. Y habiendo llegado a la villa que se llama Coca, los habitantes de ésta no los quisieron recibir, y se retiraron a una aldea que se llama Santiuste y allí recibieron aviso de que no se acercaran a Segovia, ni a Avila ni a ninguna ciudad de Extremadura. Incluso se les comunicó que Sancho Fernández, hermano del rey leonés, llegaba con un gran ejército en contra de la reina y de su hijo. Por ello, tanto la noble reina como sus hijos y los que los acompañaban regresaron en seguida a Valladolid.

Cap. V

Cómo el infante Fernando fue hecho rey de Castilla

Al enterarse la reina de que los poderosos de Extremadura y del otro lado de la sierra de Segovia estaban reunidos, les envió mensajeros para recordarles su deber de lealtad. Y cuando lo oyeron los hombres de Extremadura, acordaron acudir en seguida ante la noble reina, y habiéndose reunido todos en Valladolid, allí mismo tanto los más significados de Extremadura, que ostentaban la representación de todos, como los nobles y caballeros castellanos ofrecieron de común acuerdo y con la lealtad obligada el reino de Castilla a la noble reina. Pues, por haber fallecido los varones, la sucesión del reino le

[19] Fernando III y Alfonso IX.

correspondía a ella, que era la mayor de las hijas, y eso era lo que se había dispuesto en el privilegio de su padre que se conservaba en el registro de la iglesia de Burgos; e incluso todo el reino lo había ratificado por dos veces con un juramento y un homenaje antes de que el rey tuviese un hijo varón. Sin embargo, ella, refugiándose en los muros del pudor y la modestia por encima de todas las mujeres del mundo, no quiso hacerse cargo del reino. Pero, conducida la multitud de Extremadura y de Castilla fuera de las puertas de Valladolid, ya que no había edificio capaz de acoger a tan enorme gentío, se reunieron en el lugar donde se celebra el mercado[20]; y tras hacer entrega allí mismo del reino a su hijo, el infante Fernando, del que he hablado, es conducido con la aprobación de todos a la iglesia de Santa María y allí es elevado al trono del reino, contando entonces 18 años, mientras el clero y el pueblo entonaba *Te Deum laudamus, Te Dominum confitemur*. Y allí mismo todos le rindieron homenaje y juraron la lealtad obligada al rey, y de esta forma fue llevado de nuevo con honores de rey al palacio real. Por otra parte, al enterarse la noble reina de que el rey Alfonso de León había llegado a la villa que se llama Arroyo, reafirmándose en el pudor de su modestia le imploró humildemente por mediación de los obispos Mauricio de Burgos y Domingo de Avila que desistiese de importunar a su hijo. Pero el rey, movido por la arrogancia que el conde Alvaro[21] había inculcado en su corazón, rechazó la petición y los ruegos, ya que ansiaba el poder; es más, pasó el Pisuerga y llegó a Laguna; tras permanecer allí unos días, se dirigió contra Burgos y, después de destruir muchos lugares y casas de caballeros y de incendiar otras, cayó sobre la villa que se llama Arcos seguro de tomar Burgos. Pero al enterarse de que en esa ciudad se encontraban reunidos Lope Díaz y muchos nobles, desengañado de sus vanas ilusiones, irritado contra sus consejeros, regresó rápidamente a su tierra.

Fernando III (1217-1252)

Cap. VI

Sobre el entierro del rey Enrique

Una vez proclamado rey su hijo, la reina residía en Palencia mientras esto sucedía. Y allí se presentaron ante ella numerosos caballeros de Segovia, Avila y otras plazas de Extremadura a ofrecerle el ser-

[20] 2 de julio de 1217.

[21] Había marchado junto a Alfonso IX tras la fracasada entrevista de Dueñas (v. iiii, 25-30).

vicio de sus concejos. Y entonces la reina envió a Tariego a dos venerables obispos, Tello de Palencia y Mauricio de Burgos, a que se hicieran cargo del cuerpo del rey Enrique, a fin de enterrarlo junto a sus padres, teniendo en cuenta además que el conde Alvaro había ordenado lo mismo. Y los citados obispos, una vez recibido el cuerpo, regresaron a Palencia. Y desde allí el nuevo rey y su madre la noble reina marcharon al castillo que se llama Muñoz, y mientras el rey atacaba la fortaleza, la noble reina trasladó a su hermano el rey Enrique en un ataúd magníficamente aderezado al monasterio cercano a Burgos, y allí, celebrado el funeral con todos los honores y grandes llantos, le dio sepultura al lado de su hermano el infante Fernando[22]. Al volver la reina desde allí a Muñoz, encontró la fortaleza ya en poder del rey Fernando y sus leales, habiendo sido apresados los caballeros que estaban dentro. Seguidamente, dirigiéndose acompañados del concejo de Burgos a Lerma y Lara, que ocupaba el conde Alvaro, se apoderaron de ellas tras atacarlas con gran ardor y apresaron por la fuerza a los caballeros rebeldes. Volviendo desde allí a la ciudad de Burgos, fueron recibidos con todos los honores y en procesión por el obispo, el clero y el pueblo, regocijados todos porque, libres de sus enemigos, habían quedado bajo el poder de su señora natural.

Cap. VII

Sobre la generosidad de la reina Berenguela y el apresamiento del conde Alvaro

Pero como a causa de la duración de tales alteraciones escaseaban las rentas reales para pagar las soldadas, y la noble reina había repartido con sus donativos todo lo que tenía, recurrió a los bienes de plata, oro y piedras preciosas y, para ayudar a su hijo, regaló con generosidad lo que de ellos guardaba, y por consejo de los nobles que los acompañaban se dirigieron a la zona de Belorado y Nájera, y tras hacerse cargo de ellas, que sus habitantes les entregaron con sumo gusto, volvieron de nuevo a Burgos; pues no pudieron debelar, por sus grandes defensas, las fortalezas que ocupaba el conde Gonzalo Núñez[23]. Y mientras el rey y la noble reina se hallaban en Bur-

---

[22] El que había muerto antes de la batalla de Las Navas de Tolosa (v. VII, xxxvi).

[23] Gonzalo Núñez de Lara.

gos, el conde Alvaro y sus hermanos y sus cómplices pasaron por Tordajos y Quintana Fortuño y, arremetiendo como enemigos contra Belorado, no respetaron ni la edad ni el sexo, sino que lo aniquilaron todo a sangre y fuego, hecho que llenó de amargura y dolor al nuevo rey y a la noble reina. Y concluida esta destrucción, los condes volvieron a su tierra y el nuevo rey, acompañado de su madre la noble reina y sus nobles, tomó el camino de Burgos a Palencia. Y cuando llegaron a la villa que se llama Palenzuela, el conde Fernando estaba aprestado con sus fuerzas desplegadas en Revilla-Vallegera. El conde Alvaro se replegó a Ferreruela con sus caballeros, y el miércoles de témporas de septiembre [24], cuando el rey Fernando y la noble reina pasaron junto a Ferreruela camino de Palencia, se formó una columna en uno de los flancos al mando de Alfonso y Suero Téllez, a fin de que el grueso de las tropas no fuera importunado en su marcha por los caballeros del conde. Y habiéndose situado el conde Alvaro con algunos caballeros fuera de la villa para poder observar al ejército mientras los demás se mantenían dentro de ella, se quedó con unos cuantos desdeñando ampararse en la villa. Pero como Alfonso Téllez, Suero Téllez, Alvaro Ruiz y algunos otros lo reconocieran a lo lejos, se lanzaron contra él al galope; y al ver que ellos le aventajaban en número, desesperado ya, aunque altivo, intentó buscar cobijo. Pero como los citados caballeros ya estaban encima, el conde Alvaro se apeó del caballo y, tirándose al suelo, se cubrió con el escudo. Pero aquéllos, asiéndolo de las manos, lo llevaron apresado junto con otros dos caballeros ante el rey y la noble reina. Y el que a muchos había afrentado, el que a nadie había respetado, el que había contestado el poder a su señora natural, ahora, abatido por el juicio divino, desamparado de la ayuda de sus caballeros y de sus hermanos que lo tenían a la vista, es capturado sin gloria y con vergüenza. Entonces la noble reina, alabando a Dios con júbilo y llanto, expresó largamente su agradecimiento por haber logrado una captura tan fácil del enemigo suyo, del reino y de su hijo.

Cap. VIII

Cómo el conde Alvaro y el conde Fernando devolvieron algunos castillos al nuevo rey

Así pues, comprendiendo todos los que estaban presentes que Dios todopoderoso guiaba las obras de la noble reina, hicieron su

[24] El día 20.

entrada en Palencia entre manifestaciones de júbilo y de agradecimiento, y desde allí fueron a Valladolid, donde el conde Alvaro fue encarcelado y encadenado. Y habiéndose deliberado allí largamente para encontrar una solución, se llegó a un acuerdo por el que el conde Alvaro devolvería todos los castillos que ocupaba, esto es, Cañete, Alarcón, Amaya, Tariego, Cerezo, Villafranca, la torre de Belorado, Nájera y Pancorvo, y una vez entregados éstos, sería liberado. Su hermano el conde Fernando controlaba Castrojeriz y Orcejón, y hasta su conquista el conde Alvaro estaba obligado a seguir al rey con cien caballeros, en tanto que aquéllos no quedaran sometidos a su poder. A su vez el conde Alvaro fue confiado a Gonzalo Ruiz hasta que se cumpliera el acuerdo ya dicho. El rey a su vez condujo al ejército hacia Castro(jeriz), y aunque el conde Fernando mantenía allí su rebeldía amparado en una gran cantidad de víveres y un enorme número de soldados, entregó Castro(jeriz) y Orcejón con la condición de convertirse en vasallo del rey y, como tal, recibir de él los castillos. Acabado esto según la disposición del Señor, desaparecieron los problemas del nuevo rey y así se aplacó durante seis meses [25] una revuelta que parecía que iba a durar para siempre, de manera que el rey Fernando, aceptado por todos, comenzó a ejercer su poder real en todas partes.

Cap. VIIII

Sobre la muerte de los condes Alvaro y Fernando

Más adelante, comprendiendo los condes que el prestigio de su influencia decaía, o mejor, había desaparecido del reino, comenzaron a alzarse de nuevo en Valdenebro, en tierras de Palencia, y a cometer tropelías por Tierra de Campos. Pero el rey Fernando acudió a Tordehumos y Medina de Ríoseco acompañado de su madre la noble reina y un grupo de sus nobles, y así desapareció casi por completo el atrevimiento de los condes. Pero comprendiendo éstos que no podían hacer resistencia en Valdenebro, se sometieron al poder del rey de León y lo convencieron de que atacase a su hijo. Y habiéndose aprestado ambos ejércitos y penetrado algunos nobles de Castilla en

25 O «y en seis meses se aplacó», según se tome como punto de referencia el inicio de lo que sigue o de lo que precede.

tierras de Salamanca, al descubrir éstos que el rey de León se dirigía hacia ellos con su ejército, penetraron en una aldea de Medina del Campo que se llama Castejón. Y cuando el rey leonés los había rodeado y el conde Alvaro empezaba a calzarse sus grebas de hierro, golpeado por el Señor comenzó a enfermar de gravedad; y acordada una tregua entre padre e hijo, cada uno se marchó por su lado[26]. Por su parte el conde Alvaro, castigado por el dolor de la enfermedad y de la tregua, fue trasladado en las últimas a Toro, donde, acuciado por la angustia de la muerte y el fracaso, ingresó en la orden de Santiago y murió allí y fue enterrado en Uclés. Y poco tiempo después, su hermano el conde Fernando, viendo que sus planes no habían resultado en el reino de Castilla como quería, se embarcó hacia Africa y, tras recibir regalos del Miramamolín, contó diversos sucedidos; y mientras estaba allí entretenido sin prisa ninguna, como es costumbre de los árabes, le sobrevino una enfermedad y ordenó que lo trasladaran a un barrio cercano a Marrakech que se llama Elvira, pues ese barrio solamente era habitado por cristianos. Y cuando se dio cuenta de que la muerte era inevitable por lo irreparable de la enfermedad, tomó el hábito del Hospital de manos de Gonzalo, fraile de esta orden que había sido familiar del Papa Inocencio III, y tras seguir el camino de todos los mortales, fue llevado en un ataúd, junto con otros que también habían muerto allí, a la casa del Hospital que se llama Puente Fitero, en la diócesis de Palencia, y allí fue enterrado por su esposa la condesa Mayor y sus hijos Fernando y Alvaro y muchos otros.

Cap. X

Sobre la alabanza del rey Fernando y su esposa Beatriz

Así pues, juzgados de esta manera los adversarios por el Señor, el rey Fernando se hizo con el reino en paz y tranquilidad, siendo la inspiradora de todo la noble reina, que educó a su hijo con tanto esmero que ⟨éste⟩ llevó con paz y moderación las riendas del reino y de la patria hasta el año vigésimoquinto de su reinado, siguiendo la pauta de su abuelo el noble Alfonso. Pero como era inadecuado que un príncipe tan excelso quedara expuesto a pasiones fuera de

[26] Se firmó en Toro el 26 de agosto de 1218.

lugar, su madre, que siempre quiso tenerlo alejado de los pecados, le buscó una esposa llamada Beatriz, que era hija del rey Felipe, emperador electo de los romanos [27], y de María, hija del emperador Corsac de Constantinopla [28], y que era mujer excelente, hermosa, prudente y discreta; y los embajadores que fueron a solicitarla, el obispo Mauricio de Burgos, hombre encomiable y sabio, Pedro, abad de San Pedro de Arlanza, Rodrigo, abad de Ríoseco, y Pedro Odoario, prior del Hospital, acudieron a Alemania ante Federico, rey de los romanos [29], que por entonces tenía la tutela de la joven, y fueron magníficamente acogidos por este rey. Y tras exponer el motivo de su misión tal como se les había ordenado, el citado rey y sus príncipes demoraron la respuesta por algún tiempo, y los citados embajadores aguardaron durante casi cuatro meses. Finalmente el rey Federico, emperador electo, le envió al rey Fernando por medio de los citados embajadores y con un espléndido cortejo a su sobrina Beatriz, joven noble, hermosa, bella y prudente. Y cuando llegaron a París, el rey de los franceses, llamado Felipe [30], que entonces gobernaba en las Galias, la recibió estupendamente concediéndole una guardia de honor por su tierra, y llegaron felizmente al reino de Castilla. Y la noble reina Berenguela salió al encuentro de la noble doncella más allá de la población que se llama Vitoria, acompañada de un noble séquito de religiosos y seglares, nobles y damas; y marchando desde allí hacia Burgos, encontraron al rey Fernando que los aguardaba con los grandes, los nobles y los principales de las ciudades y que acogió a la joven y a los embajadores con el protocolo que correspondía. Y tres días antes de la festividad de San Andrés, tras celebrarse una misa por el venerable obispo Mauricio de Burgos en el monasterio real cercano a la ciudad y ser bendecidas las armas de caballería, el propio rey, tomada la espada que estaba sobre el altar, se armó caballero con su propia mano, y su madre, la noble reina, le desató el tahalí de la espada; y tres días después, esto es, en la festividad de San Andrés [31], contrajo solemne y legalmente matrimonio con la dulcísima doncella Beatriz, celebrando la misa en la iglesia catedral el venerable Mauricio e impartiendo la bendición a los contrayentes. Y se celebraron allí unas cortes grandiosas con asistencia de los nobles, las damas y casi todos los caballeros y los principales de las ciudades de todo el reino.

---

27 Su reinado fue de 1198 a 1208.
28 Isaac II (1185-1195 y 1203-1204).
29 Federico II (1197-1250).
30 Felipe II Augusto (1180-1223).
31 El 30 de noviembre de 1219.

Cap. XI

Sobre la rebelión de algunos nobles y la muerte del conde Gonzalo

Poco tiempo después, como Rodrigo Díaz de los Cameros estaba cometiendo desafueros en las tierras que le habían sido confiadas, el rey Fernando lo emplazó para que viniera a la curia a dar satisfacción de las acusaciones, aunque era cruzado para ir a Tierra Santa. Y habiendo llegado a la curia de Valladolid, como era propio de él dejarse llevar por los arrebatos de la cólera, aconsejado por falsos amigos se marchó sin ver ni saludar al rey. Irritado éste por tal comportamiento, le quitó la tierra; y como el citado Rodrigo Díaz se negara a devolver las fortalezas, las acabó por devolver con la condición de que el rey le entregara catorce mil áureos; y tras recibir el dinero, entregó entonces por fin los castillos al rey. Al cabo de un año, Gonzalo Pérez [32], señor de Molina, por consejo del conde Gonzalo comenzó a insolentarse con poca inteligencia contra el rey y a incordiar con saqueos y correrías la parte del reino lindante con Molina. Y como, a pesar de las advertencias, no quisiera cejar ni dar satisfacción, el rey Fernando aprestó un ejército contra él, pero interviniendo su madre la noble reina Berenguela ya que el rey no podía asaltar el castillo de Zafra, consiguió un acuerdo, y el rey, disuelto el ejército, se retiró de Molina con determinadas condiciones. Y unos días más tarde, como el conde Gonzalo Núñez, que se había marchado con los árabes, no podía ganarse el favor del rey de Castilla como pretendía, se volvió de nuevo con los agarenos; y cuando se hallaba en tierras de Córdoba, le sobrevino la muerte a causa de una enfermedad muy grave en la villa que se llama Baena, y, trasladado por los suyos, fue enterrado en Cefinis [33], donde los frailes del Temple tienen un oratorio.

Cap. XII

Sobre los hijos del rey y las primeras campañas contra los moros

El rey Fernando tuvo de su queridísima esposa Beatriz los siguientes hijos: Alfonso, el primogénito [34]; Federico [35]; Fernando; Enrique;

[32] Cuarta generación de los Laras. Gonzalo Pérez de Lara era hijo de Pedro Manrique y nieto de Manrique Pérez de Lara, y, por tanto, sobrino segundo de Gonzalo Núñez de Lara, que es quien aparece a continuación (v. la n. 4 de este mismo lib.).

[33] ¿Zahinos, en la Tierra de Campos?

[34] El futuro Alfonso X el Sabio.

[35] Más conocido por Fadrique.

Felipe, que, entregado a Dios y al arzobispo Rodrigo de Toledo por su noble abuela la reina Berenguela, ingresó en el cabildo de la iglesia de Toledo y en el camino del Señor de la mano del mismo arzobispo; y después el propio arzobispo le concedió la prebenda y otros beneficios en la citada iglesia [36]; otros hijos fueron: Sancho, que fue entregado al arzobispo Rodrigo de Toledo, del que recibió el cargo de salmista con la tonsura eclesiástica y alcanzó la prebenda y el beneficio en la iglesia de Toledo [37]; Manuel, y dos hijas, Leonor, que murió niña, y Berenguela, que vive consagrada al Señor en el monasterio real. Pero ante el deseo de la madre del rey, la noble reina Berenguela, de mantenerlo alejado de las afrentas de los cristianos, quiso ofrecer al Señor las primicias de su vida militar y se negó a prolongar por más tiempo la tregua con los árabes [38]; y reunido su ejército, contando con la colaboración del arzobispo Rodrigo de Toledo y otros nobles de su reino, tras perpetrar saqueos por Baeza y Ubeda, atacó Quesada, y después de apresar y matar a muchos miles de sarracenos, no quiso conservar el castillo porque se hallaba derruido a causa de los repetidos asaltos. El rey, una vez conquistada Quesada, como he dicho, se dirigió a tierras de Jaén siguiendo el curso del Betis, el gran río [39], y luego de arrasar algunas fortalezas, regresó a su tierra porque ya se acercaba el invierno. Más adelante formó de nuevo el ejército y, entregándoselas Avomahomat, que era el noble príncipe de los árabes, hijo de Aboabdella el hijo de Abdelmón, tomó Baeza, Andújar y Martos [40] y concedió este magnífico castillo a los frailes de Calatrava, y tras destruir otros castillos y plazas regresó felizmente a su tierra. Y penetrando por tercera vez en la tierra de los árabes, tomó Sabiote, Jódar y Garcíez [41] y las guarneció con soldados, y luego de llevar a cabo otras incursiones regresó a la ciudad de Toledo. Por aquellos días se encontraba en las Españas como legado de la Iglesia romana Juan, de Abbeville, que está en el condado de Ponthieu, cardenal y obispo de Sabina, persona de bondad, sabia y erudita, quien, después de celebrar concilios en cada

---

[36] Es decir, fue canónigo y beneficiado. Más tarde renunció a la vida religiosa y casó con Cristina de Noruega.

[37] Fue más tarde arzobispo de Toledo.

[38] Que se había ido renovando desde después de la batalla de Las Navas de Tolosa (v. VIII, xiiii). La decisión se tomó en la curia de Carrión en julio de 1224.

[39] Este es el significado de Guadalquivir en árabe.

[40] Hay bastantes anacronismos en este cap. Baeza se tomó en 1226, y Andújar y Martos en 1225. El acuerdo tuvo lugar en Las Navas de Tolosa en junio de 1225. Avomahomat era Muhammad Abdala el Bayasí, rey de Baeza, sobrino-nieto del califa Abd el-Wahid ben Yúsuf ben Abd el-Mumen (1223-1224).

[41] Esto ocurrió en 1229.

reino y predicar sobre la salvación, regresó a la sede apostólica al cabo de tres años de legación [42]. A continuación el rey Fernando penetró de nuevo en la tierra de los árabes y tomó Iznatoraf, Torres de Albánchez, Santisteban y Chiclana [43]; en otra ocasión condujo a su ejército hacia Jaén por la festividad de San Juan, pero no pudo conquistarla a causa de sus grandes defensas; y partiendo desde allí tomó Priego y, apresados y pasados a cuchillo sus moradores, demolió la fortaleza hasta los cimientos, y dirigiéndose al castillo que se llama Alhama, arrasó el lugar con el mismo sistema tras apresar y pasar a cuchillo a sus habitantes [44]. A continuación volvió a su tierra con su ejército. En esta expedición no tomó parte el arzobispo Rodrigo de Toledo, que había quedado en Guadalajara víctima de una subida de la fiebre, de cuyo riesgo escapó con dificultad; pero mandó con el ejército a su capellán, el venerable obispo Domingo de Plasencia, para que le sustituyera en sus obligaciones en el ejército.

Cap. XIII

Sobre la toma de Capilla y la fundación de la iglesia de Toledo, y sobre Abenhut

Y marchando de nuevo contra los moros asedió Capilla, castillo perfectamente defendido en la diócesis de Toledo, y tras prolongados ataques acabó por tomarlo, [45], y después de catorce semanas de campaña regresó a la ciudad regia. Y entonces el rey y el arzobispo Rodrigo pusieron la primera piedra de los cimientos de la iglesia de Toledo, que aún conservaba su forma de mezquita desde el tiempo de los árabes, cuyo edificio se va elevando por días con formidable trabajo entre la enorme admiración de los hombres [46]. En tiempos de este rey Fernando se levantó un tal Abenhut [47] en el castillo de Ricote, en tierras de Murcia, y comenzó a enfrentarse con los almohades, que tenían sometidos a los árabes de la península con tan duro yugo que apoyaron sin más problemas la tentativa de Abenhut; y capturada Murcia [48] y las fortalezas y castillos cercanos, les cortó la

---

[42] Estuvo entre 1227 y 1229. Los Concilios fueron en Valladolid (1228) y en Salamanca y Lérida (1229). También intervino en la separación matrimonial de Jaime I el Conquistador y Leonor, hija de Alfonso VIII (v. VI, v, 13-15).
[43] Año 1235.
[44] Esto había tenido lugar diez años antes, en 1225.
[45] En el año 1226.
[46] v. Introducción, págs. 24-25.
[47] Su nombre era Abu Abd Allah Muhammad ben Yúsuf ben Hud al-Yudamí.
[48] En agosto de 1228.

cabeza a todos los almohades que pudo hallar, y considerando que todas las mezquitas estaban infectadas por la presencia de los almohades, hizo que sus sacerdotes las purificaran echándoles agua, e hizo que fueran negras las enseñas de sus armas, que portaba en las batallas y en otros momentos como anunciando con el luto el exterminio de su pueblo. Y en poco tiempo conquistó la Andalucía de los hispanos [49], salvo Valencia y sus alrededores, en donde se alzó Zaén [50], que era de estirpe real. Por su parte Abenhut pertenecía a la familia de Abohaget, otrora rey de Zaragoza, y considerándose como monarca en la Andalucía peninsular, hacía gala de generosidad, justicia y verdad, en la medida en que lo permite la deslealtad y la artería de ese pueblo. Pero, invitado por uno de los suyos, que se llama Avenroman, a un banquete y a un festín familiar, a lo que es muy aficionado aquel pueblo, es asesinado en un aposento del castillo de Almería por una conjura de su huésped y vasallo [51]. Y entonces surgió la figura de un árabe llamado Mahomat Avenalagmar [52], que no mucho antes andaba tras la yunta y el arado. Este gobierna hoy en día en Arjona, Jaén, Granada, Baza, Guadix y otros muchos lugares; y después de la muerte de Abenhut, la Andalucía peninsular se fraccionó entre diversos reyezuelos y se desgajó de los almohades, hecho que resulta beneficioso para el interés de los cristianos.

Cap. XIIII

Sobre la muerte del rey Alfonso de León y la sucesión del rey Fernando

A continuación sitió de nuevo Jaén [53] y la atacó con poderosos ingenios; pero al comprobar que la ciudad estaba dotada de tales

[49] *Vandalia* o *Wandalia*, en latín. En VI, 39-44 de la *Historia Hugnorum, Vandalorum...*, también obra del Toledano (v. mi edición en *Habis*, XVI (1985), págs. 201-227), dice así: «el tercer (reino), en la Bética de los silingos, región que todavía hoy se llama *Wandalia* por los vándalos silingos, *quam Andaluziam corrupto uocabulo uulgariter appellatur* (...) *et incolas Andaluzes*». En la presente edición han aparecido *Wandalucii* en VI, xxx, 18, y *Vandalus Bethice* en VII, xxviiii, 6-7, además de *Wandalia* en VII, xxv, 8. Es evidente que el Toledano está traduciendo Al-Andalus del árabe: los dominios musulmanes en la península.

[50] Ibn Zeyán.

[51] El 12 de enero de 1238. Su huésped era Aben Ramini, gobernador de Almería.

[52] Muhammad ben Yusuf ben Nasar (Muhammad I Alhamar), primer rey nazarí de Granada (1231-1272).

[53] En el año 1230.

defensas que no había medio humano de conquistarla, tras deliberar con sus nobles se retiró de allí; y cuando había llegado a Guadalferza, recibió la noticia de que su padre había marchado de este mundo en Vilanova de Sarria y había sido enterrado en la iglesia de Santiago, en la era 1268 [54], y, además, que había dejado el reino a las hijas que había tenido con la reina Teresa [55]. Por este motivo, su madre la noble reina Berenguela venía a su encuentro con la maternal preocupación de que se apresurara cuanto antes a hacerse cargo del reino de su padre —cosa que por dos veces le habían jurado los obispos, los nobles y los concejos de las ciudades por mandato de su padre—, no fuera a ser que con el retraso surgiera algún problema. Se encontraban con él el arzobispo Rodrigo de Toledo, Lope Díaz, Alvaro Pérez, Gonzalo Ruiz, García Fernández, Alfonso Téllez, Guillermo González, Diego Martínez y otros nobles y magnates y muchos caballeros de las ciudades, quienes, acompañando al ilustre rey, encontraron a la noble reina en el pago que se llama Orgaz y desde allí se trasladaron todos juntos a la ciudad regia, de la que partieron todos sin demora alguna y llegaron a la fortaleza que se llama Tordesillas; y marchando desde allí con su madre y su cortejo hasta el castillo de San Cebrián de Mazote, le fue hecha entrega de éste como señor de él. Al día siguiente le hicieron el mismo recibimiento en Villalar, adonde acudieron ante el rey, como señor suyo, caballeros de la muy noble fortaleza de Toro, quienes lo reconocieron como su rey y señor natural de la fortaleza y le rogaron con gran insistencia que acudiera a Toro al día siguiente, siendo la noble reina la que planeaba todo esto con gran habilidad. Al día siguiente entramos en Toro, donde el rey Fernando, tras rendírsele homenaje, fue recibido como rey y señor entre el asentimiento de todos. Y cuando desde allí seguíamos hacia adelante por los castillos de la reina, recibimos a caballeros y enviados que venían de otras ciudades, quienes daban la impresión de no estar muy decididos a recibir al rey. Pues las hermanas de éste, Sancha y Dulce, de las que ya hablé, se disponían a alzarse con sus cómplices. Pero sin embargo, los prelados del reino, cuya misión es velar por lo humano y lo divino, recibieron al rey Fernando como rey suyo tan pronto como supieron su llegada; fueron ésos Juan de Oviedo, Nuño de Astorga, Rodrigo de León, Miguel de Lugo, Martín de Salamanca, Martín de Mondoñedo, Miguel de Ciudad Rodrigo y Sancho de Coria. Muerto el padre, todos se sometieron al hijo junto con sus ciudades, y la revuelta planeada no pudo

[54] Falleció el 24 de septiembre de 1230.

[55] Teresa de Portugal, su primera esposa; v. VII, xxiiii, 16-24.

cuajar. Pues tan pronto como llegamos a Mayorga y Mansilla, se entregaron en seguida al rey.

Cap. XV

Sobre la entrada en León y la avenencia del rey con sus hermanas

Al día siguiente entramos en León, que goza en aquel reino de la dignidad de sede real, y allí es alzado al trono del reino de León por el obispo y todos los vecinos, mientras el clero y el pueblo entonaban *Te Deum laudamus* con común regocijo; y desde entonces posee ambos títulos de rey de Castilla y León. Y allí se presentaron unos enviados de la reina Teresa con un mensaje para llegar a un acuerdo; y aunque sus palabras desagradaron a los nobles, sin embargo la noble reina sintió tal temor a un desastre del reino y de los pobres, que se las ingenió para que el rey permaneciera en León y ella marchara a Valencia [56] a negociar el acuerdo con la reina Teresa. Y habiéndose reunido las dos reinas en Valencia, la habilidad de la noble reina Berenguela se las ingenió de tal modo que las hermanas del rey entregaron a éste todo lo que poseían y quedaron conformes con la asignación que les otorgaron el rey y la noble reina, y renunciaron sin más a cualquier derecho que tuvieran sobre el trono. Y una vez ratificado este acuerdo [57], se presentó el rey y desde allí fuimos todos a Benavente, adonde también acudieron las infantas hijas de la reina Teresa, y el rey Fernando y la noble reina les asignaron una renta vitalicia de treinta mil aúreos a recibir en lugares convenientes; y de esta forma el rey Fernando se hizo cargo en paz y tranquilidad de todas las fortificaciones y todos los castillos; y en esto refulgió a más no poder la sagaz disposición de la noble reina, que logró este reino para su hijo con no menor acierto que el reino de Castilla, que le correspondía a ella por derecho de sucesión. Pues supo prever de tal modo todas las cosas que, aunque la unión de los reinos no convencía a casi nadie, ella se afanó en disponerlo de tal forma que la unión de los reinos se produjo sin derramamiento de sangre, y uno y otro reino gozaron de eterna paz. Desde allí marchó el rey a Zamora, Salamanca, Ledesma, Ciudad Rodrigo, Alba y demás partes del reino, en donde fue acogido por todos como rey y señor. Entonces [58] el rey Fernando dio al arzobispo Rodrigo de Toledo, con derecho de suce-

[56] Valencia de Don Juan.
[57] El 11 de diciembre de 1230.
[58] El 20 de enero de 1231.

sión, Quesada, la cual, aunque en vías de reconstrucción, sin embargo estaba habitada por sarracenos. Pero al cabo de tres meses de la donación, el arzobispo Rodrigo, armado un ejército, marchó contra Quesada con un enorme contingente de soldados, y tras ahuyentar a los árabes que reconstruían las ruinas del castillo, se hizo con él, y en honor del rey, que lo había concedido a la iglesia de Toledo, lo defendió y lo sigue defendiendo junto con otros castillos, a saber, Pelos, Toya, Lacra, Aosín, Fuente de Julián, Torres de Alicún, Fique, Maulula [59], La Iruela, Dos Hermanas, Villamontín, Nubla, Cazorla, Cuenca y Chiellas. A continuación el rey Fernando sitió de nuevo Ubeda, fortaleza muy poblada, asegurada con soldados y grandes defensas, pero arremetió contra ella con tal ímpetu que los asediados se le rindieron a cambio de sus vidas. Y entonces el rey, una vez conquistada la fortaleza, regresó a la ciudad regia. En la era 1272 falleció la reina Beatriz en la fortaleza que se llama Toro [60] y, trasladada al monasterio real cerca de Burgos, fue enterrada con todos los honores al lado del rey Enrique.

Cap. XVI

Sobre el asedio y la toma de Córdoba

Por lo demás, al cabo de dos años de la muerte de su padre el rey leonés, asedió Córdoba, ciudad regia y patricia, a cuyo asedio se llegó de esta manera: unos sarracenos que estaban enfrentados con los principales de la ciudad acudieron a unos caballeros cristianos con la promesa de que les entregarían un arrabal de la ciudad [61]. Estos caballeros, que en árabe se llaman *almogaveres*, al oír la gozosa noticia, se lanzaron al peligro aunque no se fiaban mucho, y en el silencio de la noche se acercaron a la muralla de Córdoba, y como no oían las voces de los centinelas ya que habían caído en la tentación del sueño, aplicadas las escalas que llevaban con ellos, subieron a lo alto de la muralla y se apoderaron de algunos torreones, en donde dieron muerte a los centinelas y atacaron el arrabal que se llama Xarquia matando a muchos de los árabes que moraban allí, y una vez

59 ¿Majuela?
60 Murió el 5 de noviembre de 1235.
61 Un barrio fuera del recinto de la ciudad, pero también amurallado. Los almogávares o algareros formaban las tropas escogidas que se dedicaban a hacer incursiones rápidas en la frontera.

perdido el temor, se parapetaron en los torreones, aunque los árabes los atacaban duramente desde otro arrabal con flechas, hondas, dardos y piedras [62]; y comunicaron lo que había ocurrido a los cristianos que se encontraban en la frontera. Cuando lo supo un caballero de la casa del rey que se llamaba Ordoño Alvarez, sin dilación condujo a Córdoba a todos los que pudo reunir e informó inmediatamente al rey su señor de la situación del asedio. Mientras tanto, llegó Alvaro Pérez, noble y poderoso entre los grandes del reino, y se sumó a los asediadores. Y el rey Fernando, que por entonces se encontraba en el reino de León, una vez recibida la noticia, después de llamar a paisanos y caballeros pero sin esperar su llegada, se puso en seguida en camino con apenas cien caballeros, mas, retardado un tanto por las lluvias y el desbordamiento de los ríos, no pudo avanzar a la velocidad que pretendía; sin embargo, llegó aún a tiempo [63], y cada día acudían, tanto de Castilla como de León, caballeros, nobles y milicias de las ciudades, y comenzó a estrechar el cerco de Córdoba; finalmente, víctima de los ataques y la falta de víveres, queda vencida y doblegada, y con la sola concesión de la vida salieron los árabes sitiados, y la ciudad patricia es purificada de las abominaciones de Mahoma en la festividad de los apóstoles Pedro y Pablo [64]. Pero el rey ordenó que se hiciera exaltación de la cruz redentora en la torre mayor, desde donde se acostumbraba a invocar el nombre del maldito, y todos prorrumpieron a exclamar entre el gozo y el llanto «*Dios, ayuda*», y acto seguido plantaron el estandarte del rey junto a la cruz del Señor, y en los aposentos de los justos comenzó a oírse la voz del gozo y la alegría, mientras el clero y los obispos entonaban a gritos *Te Deum laudamus, Te Dominum confitemur.*

Cap. XVII

Sobre la reconstrucción y la dote de la iglesia de Córdoba, y las campanas devueltas a Santiago

Y entonces el venerable obispo Juan de Osma, canciller del palacio real, acompañado de los obispos Gonzalo de Cuenca, Domingo de Baeza, Adán de Plasencia y Sancho de Coria, entró en la mezquita de Córdoba, que aventaja en lujo y tamaño a todas las mezquitas de

[62] En diciembre de 1235.
[63] Llegó a Córdoba el 7 de febrero de 1236.
[64] El 29 de junio de 1236.

los árabes. Y como el venerable Juan, del que he hablado, sustituía al primado Rodrigo de Toledo, que por entonces se encontraba en la sede apostólica, una vez borrada la porquería de Mahoma y esparcida el agua de la purificación, la convirtió en iglesia, levantó un altar en honor de la Santa Virgen y celebró una misa solemne, y con el sermón de divina exhortación, que pronunció de acuerdo con la sabiduría que le había sido concedida y la gracia derramada en sus labios, caló de tal modo en el corazón de los que lo oyeron que, confortados con el gozo de la penitencia, ofrendaron al Señor los sacrificios de su arrepentido corazón y las plegarias de sus labios. Y el rey Fernando otorgó a la nueva iglesia [65] una dote adecuada. Más adelante, consagrado allí como obispo el maestre Lope por Rodrigo, primado y arzobispo de Toledo, le confirmó algunas rentas mediante un privilegio y además le concedió Lucena. Y es tal la riqueza, bondad y prosperidad de esa ciudad que, nada más oído el pregón de tan gran ciudad, acudieron pobladores y futuros vecinos desde todos los rincones de España como a una boda real, abandonando su lugar de nacimiento, y al punto se colmó con tal cantidad de pobladores que faltaron casas para los pobladores y no pobladores para las casas. Y como las campanas de Santiago que, como dije [66], había trasladado Almanzor a la mezquita de Córdoba, estaban ⟨allí⟩ colgadas sirviendo de lámparas para vergüenza del pueblo cristiano, el rey Fernando hizo que esas campanas fuesen devueltas a la iglesia de Santiago, y a la iglesia de Santiago fueron llevadas [67]. Al repicar ahora acompasadamente con las otras esquilas, la devoción de los peregrinos alaba a Dios en sus festividades. Así pues, asegurada la ciudad con vecinos y soldados, el rey Fernando volvió a Toledo junto a la noble reina, quien, alborozada por la victoria en tanto en cuanto ella lo había preparado todo, aunque en la lejanía, con su consejo y ayuda, dio gracias a Dios entre lágrimas porque, debido a su diligencia y al esfuerzo de su hijo, había sido devuelta a España la antigua dignidad, pulverizada por la indolencia de los príncipes. Pues esta noble reina Berenguela educó de tal modo a su hijo en las buenas acciones que la noble reina, sin olvidarse de ninguna virtud, ajena a ninguna gracia, no dejó de inculcar en el corazón de aquél los buenos propósitos, como la leche con miel espolvoreada de gracia, y siempre lo amamantó en su pecho repleto de virtudes, y aunque ya hecho un hombre y fortalecido por la edad, su madre nunca dejó de instruirlo con atento esmero en las cosas que

---

65 El texto del ms. *I* (y en parte el de *B*, antes de tacharlo) dice así: «...nueva iglesia solemnemente todas las ganancias que tenía la mezquita en el tiempo de los paganos».

66 v. V, xvi, 7-10.

67 Esta última frase puede ser una interpolación.

son gratas a Dios y los hombres, porque no le inculcó nunca afanes de mujeres, sino siempre de grandeza. Pues esta noble reina mantuvo con tanta constancia y amplió hasta tal punto las gracias recibidas, que toda edad, todo sexo, toda condición, toda creencia, todo pueblo, toda lengua sintió su afecto correspondido con hechos, y comparte con todos las obras de su misericordia sin que mengüe el cofre de sus virtudes, y, fiel seguidora de las obras de su padre, siempre resulta más desprendida con el reino y las riquezas que con sus virtudes; con razón la admira nuestra época, pues ni la actual ni la de nuestros padres hallaron nunca otra igual. Roguemos al Señor por ella para que se digne darle una larga vida y le conceda prosperidad y quedar sobrada de buenas obras, hasta que entregue su feliz espíritu a su Redentor [68].

Cap. XVIII

Sobre el casamiento de la segunda esposa, la reina Juana

Y con el fin de que la virtud del rey no se menoscabase con relaciones ilícitas, su madre la noble reina pensó darle por esposa a una doncella noble, linajuda, llamada Juana, biznieta del muy ilustre rey de Francia [69], hija del ilustre conde Simón de Ponthieu y de María, ilustre condesa del mismo lugar [70]; llegando aquélla a Burgos en la era 1275, después de celebrarse las cortes y el matrimonio a la manera real, adquiere la dignidad de reina. Brilló ella de tal modo por su belleza, apostura y discreción que, grata por sus virtudes a los ojos de su marido, goza de general aceptación ante Dios y los hombres. Y tuvo de ella un hijo, que se llama Fernando, y una hija pequeña, que se llama Leonor por su bisabuela [71], y otro hijo pequeño, Luis. Por su parte el rey Fernando volvió a Córdoba acompañado de sus hijos Alfonso y Fernando [72], que por entonces gozaban de la flor de la edad, y ante su llegada, muchos castillos de los sarracenos, que desde largo tiempo atrás languidecían por las arremetidas de los cristianos y las luchas internas, se sometieron al poder del rey mediante un acuerdo, ya que deseaban cultivar en paz sus tierras. Enton-

[68] Moriría el 8 de noviembre de 1246.
[69] Luis VII.
[70] Recuérdese VII, vii, 15-19. Juana era tataranieta de Alfonso VII.
[71] La esposa de Alfonso VIII.
[72] Hijos de Beatriz de Suabia.

ces se le entregaron ciudades y castillos, cuyos recintos guarneció con cristianos, como he dicho [73], y recibió tributos de los árabes, y los nombres de aquéllos son los siguientes: Ecija, Almodóvar, Luque, Lucena, Estepa, Setefilla y muchos otros cuyos nombres sería largo de contar [74].

Concluí esta obrita, como supe y pude, en el año 1243 de la Encarnación del Señor, era 1281, año vigésimosexto del reinado del rey Fernando, el jueves 31 de marzo, en el trigesimotercer año de mi pontificado, encontrándose aún vacante la sede apostólica después de un año, ocho meses y diez días de que el Papa Gregorio IX siguiera el camino de todos los mortales [75].

---

[73] No ha dicho antes nada referente a esto. La *Crón. Gen.* (736 a 30-32) aclara: *assi como dixiemos que fizieran en las otras conquistas fechas antes desto.*

[74] La entrega se llevó a cabo a principios de 1241.

[75] v. Introducción, págs. 49-50.

Alf. III	*Crónica de Alfonso III*, ed. J. Gil en *Crónicas Asturianas*, Oviedo, 1985, págs. 43-188.
Cixila	*Cixilanis Vita Ildephonsi*, ed. I. Gil en *Corpus Scriptorum Muzarabicorum*, I, págs. 59-66.
Conc. Tol.	*Concilios Visigóticos e Hispano-Romanos*, ed. J. Vives, Barcelona-Madrid, 1963.
Crón. Gen.	*Primera Crónica General de España*, ed. R. Menéndez Pidal, Madrid, 1977 (3.ª reimpresión).
Exord. Scyth.	*Exordia Scythica*, ed. Mommsen en *Mon. Germ. auct. antiq. XI chron. min. II*, págs. 308-322.
Historia Roderici	Ed. R. Menéndez Pidal en *La España del Cid*, vol. II.
Isid. *Goth.*	Isidoro, *Historia Gothorum*, ed. Mommsen, *loc. cit.*, págs. 268-295.
Sueb.	*Historia Sueborum*, *ibidem*, págs. 300-303.
De laude Spanie	*Ibidem*, pág. 267.
Etim.	*Etymologiarum siue originum libri XX*, ed. W. M. Lindsay, Oxford, 1957.
Jord.	Jordanes, *De origine actibusque Getarum*, ed. Mommsen, *loc. cit.* V, i, págs. 53-138.
Lib. Reg.	*Liber Regum*, ed. M. Serrano y Sanz en «Cronicón Villarense», *Boletín de la Real Academia Española*, VI (1919), págs. 192-220.
Moz.	*Chronica Muzarabica*, ed. I. Gil en *C.S.M.*, I, págs. 15-54.
Najer.	*Crónica Najerense*, ed. A. Ubieto Arteta, Valencia, 1966.
Oros.	Paulo Orosio, *Historiarum aduersus paganos libri VII*, ed. C. Zangemeister, Hildesheim, 1967.
Pelag.	*Crónica del Obispo Don Pelayo*, ed. B. Sánchez Alonso, Madrid, 1924.
Samp.	*Sampiro. Su crónica y la monarquía leonesa en el siglo X*, ed. J. Pérez de Urbel, Madrid, 1952.
Severo, *Chron.*	*Chronicon atribuido a Severo Sulpicio*, ed. H. Flórez, en *España Sagrada*, IIII, 1756, págs. 428-454.
Rasis	*Crónica del Moro Rasis*, ed. D. Catalán y M.ª S. de Andrés, Madrid, 1975.
Sil.	*Historia Silense*, ed. J. Pérez de Urbel y A. González Ruiz-Zorrilla, Madrid, 1959.
Tud.	Lucas de Tuy, *Chronicon Mundi*, ed. A. Schott en *Hispaniae Illustratae*, IV, Frankfurt a/M, 1608, págs. 1-116.

I. INDICE DE FUENTES *

LIBRO PRIMERO

II. Oros. I, 2, 4, 7; Jord. 45; Isid. *Etim.* IX, ii, XIII, xv; XIV, vi
III. Isid. *Etim.* III, lxxi, VI, vi, VII, vi, IX, ii, XIV, iv
VI. Virgilio, *Eneida,* VIII, 190-267; Severo, *Chron.* p. 433, 435
VIII. Jord. 16-17, 19, 23-26
VIIII. Jord. 26-29; Isid. *Goth.* 1-3, 66-70; Oros, I, 14, 3
X. Jord. 30-34, 39-43; Isid. *Goth.* 4
XI. Jord. 44, 47-48
XII. Jord. 48-52, 56; *Exord. Scyth.* 9-11, 13-18
XIII. Jord. 58-62
XIIII. Jord. 63-66
XV. Jord. 67-69, 71, 73
XVI. Jord. 76-78, 82, 89, 97, 99-101, 103
XVII. Jord. 104, 106-110; Isid. *Goth.* 4
XVIII. Jord. 110, 115-120; Isid. *Goth.* 5
XVIIII. Jord. 129-133

LIBRO SEGUNDO

I. Isid. *Goth.* 6-8
II. Isid. *Goth.* 9-10; Jord. 134-138
III. Jord. 139-144
IIII. Isid. *Goth.* 11-15; Jord. 145-146, 152-155
V. Isid. *Goth.* 15-18; Oros. VII, 39, 40; Jord. 156-158
VI. Jord. 158-163; Isid. *Goth.* 19
VII. Isid. *Goth.* 19, 21-22; Jord. 168-170, 173, 176
VIII. *Isid.* Goth. 23-26; Jord. 191, 194-218, 226-228
VIIII. Isid. *Goth.* 31-33, *Sueb.* 88-90; Jord. 229-231, 233-234
X. Isid. *Goth.* 34-35; Jord. 235, 237-238, 244
XI. Isid. *Goth.* 36-38; Jord. 251
XII. Isid. *Goth.* 41-44
XIII. Isid. *Goth.* 45-46
XIIII. Isid. *Goth.* 47-51; Tud. 49, 50
XV. Isid. *Goth.* 52-56; *Conc. Tol.* III
XVI. Isid. *Goth.* 57-59
XVII. Isid. *Goth.* 60-61; *Moz.* 11, 12; Tud. 53
XVIII. Isid. *Goth.* 62-65; Tud. 52
XVIIII. *Moz.* 14, 15; *Conc. Tol.* IV, V; Tud. 54
XX. *Moz.* 19; *Conc. Tol.* VII
XXI. *Moz.* 21; Tud. 55
XXII. Tud. 55; *Moz.* 21, 30; *Conc. Tol.* VIII, IX, X; Cixila, 1, 6-8

LIBRO TERCERO

I. Tud. 58, 59
II. Tud. 59, 60

* Este índice es meramente indicativo. Para correspondencias exactas y citas concretas, remito al aparato de fuentes de mi edición.

Abreviaturas

Alf. III	*Crónica de Alfonso III*, ed. J. Gil en *Crónicas Asturianas*, Oviedo, 1985, págs. 43-188.
Cixila	*Cixilanis Vita Ildephonsi*, ed. I. Gil en *Corpus Scriptorum Muzarabicorum*, I, págs. 59-66.
Conc. Tol.	*Concilios Visigóticos e Hispano-Romanos*, ed. J. Vives, Barcelona-Madrid, 1963.
Crón. Gen.	*Primera Crónica General de España*, ed. R. Menéndez Pidal, Madrid, 1977 (3.ª reimpresión).
Exord. Scyth.	*Exordia Scythica*, ed. Mommsen en *Mon. Germ. auct. antiq. XI chron. min. II*, págs. 308-322.
Historia Roderici	Ed. R. Menéndez Pidal en *La España del Cid*, vol. II.
Isid. *Goth.*	Isidoro, *Historia Gothorum*, ed. Mommsen, *loc. cit.*, págs. 268-295.
Sueb.	*Historia Sueborum*, *ibidem*, págs. 300-303.
De laude Spanie	*Ibidem*, pág. 267.
Etim.	*Etymologiarum siue originum libri XX*, ed. W. M. Lindsay, Oxford, 1957.
Jord.	Jordanes, *De origine actibusque Getarum*, ed. Mommsen, *loc. cit.* V, i, págs. 53-138.
Lib. Reg.	*Liber Regum*, ed. M. Serrano y Sanz en «Cronicón Villarense», *Boletín de la Real Academia Española*, VI (1919), págs. 192-220.
Moz.	*Chronica Muzarabica*, ed. I. Gil en *C.S.M.*, I, págs. 15-54.
Najer.	*Crónica Najerense*, ed. A. Ubieto Arteta, Valencia, 1966.
Oros.	Paulo Orosio, *Historiarum aduersus paganos libri VII*, ed. C. Zangemeister, Hildesheim, 1967.
Pelag.	*Crónica del Obispo Don Pelayo*, ed. B. Sánchez Alonso, Madrid, 1924.
Samp.	*Sampiro. Su crónica y la monarquía leonesa en el siglo X*, ed. J. Pérez de Urbel, Madrid, 1952.
Severo, *Chron.*	*Chronicon atribuido a Severo Sulpicio*, ed. H. Flórez, en *España Sagrada*, IIII, 1756, págs. 428-454.
Rasis	*Crónica del Moro Rasis*, ed. D. Catalán y M.ª S. de Andrés, Madrid, 1975.
Sil.	*Historia Silense*, ed. J. Pérez de Urbel y A. González Ruiz-Zorrilla, Madrid, 1959.
Tud.	Lucas de Tuy, *Chronicon Mundi*, ed. A. Schott en *Hispaniae Illustratae*, IV, Frankfurt a/M, 1608, págs. 1-116.

I. INDICE DE FUENTES *

LIBRO PRIMERO

II. Oros. I, 2, 4, 7; Jord. 45; Isid. *Etim.* IX, ii, XIII, xv; XIV, vi
III. Isid. *Etim.* III, lxxi, VI, vi, VII, vi, IX, ii, XIV, iv
VI. Virgilio, *Eneida,* VIII, 190-267; Severo, *Chron.* p. 433, 435
VIII. Jord. 16-17, 19, 23-26
VIIII. Jord. 26-29; Isid. *Goth.* 1-3, 66-70; Oros, I, 14, 3
X. Jord. 30-34, 39-43; Isid. *Goth.* 4
XI. Jord. 44, 47-48
XII. Jord. 48-52, 56; *Exord. Scyth.* 9-11, 13-18
XIII. Jord. 58-62
XIIII. Jord. 63-66
XV. Jord. 67-69, 71, 73
XVI. Jord. 76-78, 82, 89, 97, 99-101, 103
XVII. Jord. 104, 106-110; Isid. *Goth.* 4
XVIII. Jord. 110, 115-120; Isid. *Goth.* 5
XVIIII. Jord. 129-133

LIBRO SEGUNDO

I. Isid. *Goth.* 6-8
II. Isid. *Goth.* 9-10; Jord. 134-138
III. Jord. 139-144
IIII. Isid. *Goth.* 11-15; Jord. 145-146, 152-155
V. Isid. *Goth.* 15-18; Oros. VII, 39, 40; Jord. 156-158
VI. Jord. 158-163; Isid. *Goth.* 19
VII. Isid. *Goth.* 19, 21-22; Jord. 168-170, 173, 176
VIII. *Isid.* Goth. 23-26; Jord. 191, 194-218, 226-228
VIIII. Isid. *Goth.* 31-33, *Sueb.* 88-90; Jord. 229-231, 233-234
X. Isid. *Goth.* 34-35; Jord. 235, 237-238, 244
XI. Isid. *Goth.* 36-38; Jord. 251
XII. Isid. *Goth.* 41-44
XIII. Isid. *Goth.* 45-46
XIIII. Isid. *Goth.* 47-51; Tud. 49, 50
XV. Isid. *Goth.* 52-56; *Conc. Tol.* III
XVI. Isid. *Goth.* 57-59
XVII. Isid. *Goth.* 60-61; *Moz.* 11, 12; Tud. 53
XVIII. Isid. *Goth.* 62-65; Tud. 52
XVIIII. *Moz.* 14, 15; *Conc. Tol.* IV, V; Tud. 54
XX. *Moz.* 19; *Conc. Tol.* VII
XXI. *Moz.* 21; Tud. 55
XXII. Tud. 55; *Moz.* 21, 30; *Conc. Tol.* VIII, IX, X; Cixila, 1, 6-8

LIBRO TERCERO

I. Tud. 58, 59
II. Tud. 59, 60

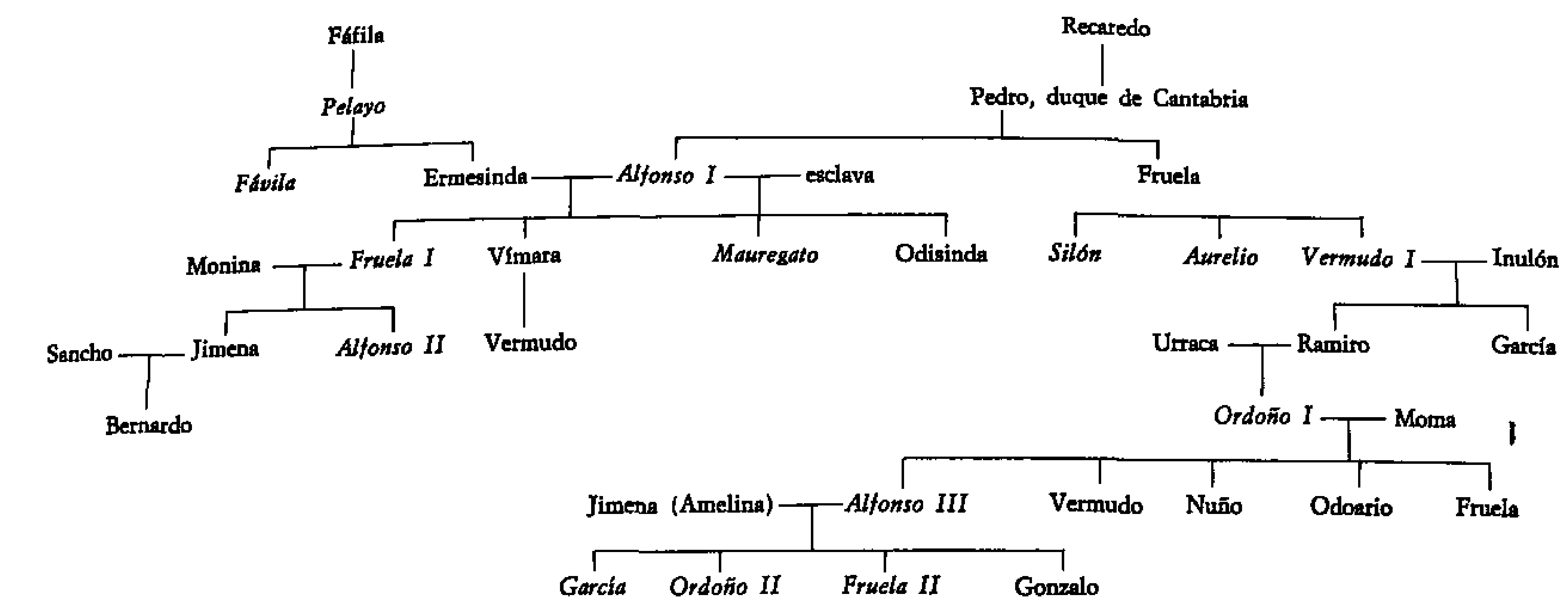
* Este índice es meramente indicativo. Para correspondencias exactas y citas concretas, remito al aparato de fuentes de mi edición.

LIBRO CUARTO

LIBRO QUINTO

LIBRO SEXTO

IV. LOS REYES DE ASTURIAS, SEGUN EL TOLEDANO



Los nombres en cursiva pertenecen a los reyes

V. CUADRO SINCRONICO DE LOS REYES CRISTIANOS

LEON	CASTILLA	NAVARRA	ARAGON
García (910-914)			
Ordoño II (914-924)	Fernán González (923-970)	García Sánchez (925-970)	
Fruela II (924-925)			
Alfonso IV (925-931)			
Ramiro II (931-951)			
Ordoño III (951-956)			
Sancho I (956-966)			
Ordoño IV (958-960)			
Ramiro III (966-982)	García Fernández (970-995)	Sancho Garcés II (970-994)	
Vermudo II (982-999)	Sancho García (995-1017)	García Sánchez II (994-1000)	
Alfonso V (999-1927)	García Sánchez (1017-1029)	Sancho III (1000-1035)	
Vermudo III (1027-1937)			
	Fernando I (1035-1065)	García III (1035-1054)	Ramiro I (1035-1063)
Fernando I (1037-1065)		Sancho IV (1054-1076)	Sancho Ramírez (1063-1094)
Alfonso VI (1065-1109)	Sancho II (1065-1072)	Sancho Ramírez (1076-1094)	
Alfonso VI (1072-1109)		Pedro I (1094-1104)	
Urraca (1109-1126)		Alfonso I (1104-1134)	
Alfonso VII (1126-1157)		García IV (1134-1150)	Ramiro II (1134-1137)
Fernando II (1157-1188)	Sancho III (1157-1158)	Sancho VI (1150-1194)	Ramón B. IV (1137-1162)
	Alfonso VIII (1158-1214)	Sancho VII (1194-1234)	Alfonso II (1162-1196)
Alfonso IX (1188-1230)			Pedro II (1196-1215)
	Enrique I (1214-1217)		
	Fernando III (1217-1252)	Teobaldo I (1234-1253)	Jaime I (1213-1276)
Fernando III (1230-1252)			

VI. INDICE DE CAPITULOS *

LIBRO PRIMERO

* Los mss. *BD* y *F* se inician con un índice de capítulos, lo mismo que las ediciones de Nebrija y Lorenzana. El que aquí incluyo no es éste, aunque se diferencia bien poco (puede verse en las páginas 303-313 de mi edición), sino la reproducción exacta de los capítulos tal como aparecen en la crónica.

Indice de capítulos

LIBRO SEGUNDO

LIBRO TERCERO

LIBRO CUARTO

LIBRO QUINTO

Indice de capítulos

LIBRO SEXTO

LIBRO SEPTIMO

Indice de capítulos

LIBRO OCTAVO

LIBRO NOVENO

LIBRO SEPTIMO



L*A Historia de rebus Hispanie* o HISTORIA DE LOS HECHOS DE ESPAÑA es la obra cumbre de la cronística hispano-latina medieval en el doble sentido de que es la más importante y la última. Se trata de la culminación y compendio de una larga tradición que se remonta a varios siglos antes y que se había ido configurando poco a poco; sin embargo, no se trata de una simple recopilación, ya que las crónicas anteriores fueron pasadas por el tamiz del sistema de trabajo de RODRIGO JIMENEZ DE RADA, enfrentadas entre sí para encontrar lo que cree que es la verdad de la historia, refundidas en una sola línea argumental y, sobre todo, sometidas a un criterio único y previo de composición que el autor tiene claro en su mente antes de comenzar su relato. Su plan historiográfico de relatar los hechos históricos desde Jafet hasta Fernando III es lineal y seguido escrupulosamente. Por otra parte, es el precedente inmediato y la fuente más directa de la *Primera Crónica General* con la que nacía la historiografía española en romance. Esta edición —traducida y prologada por JUAN FERNANDEZ VALVERDE— incorpora la necesaria y urgente revisión crítica que exigía una crónica cuya última edición era de 1793; además, se trata de la primera traducción completa y directa de la obra del Toledano, ya que ninguna de las diversas traducciones y en diferentes lenguas respetaba con fidelidad el texto latino. En definitiva, se ha pretendido que Jiménez de Rada hable por sí mismo y que su voz se oiga con la mayor claridad posible.

Alianza Editorial